

COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

1 Y 2 PEDRO

JOHN MACARTHUR

“Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual”.

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*

Table of Contents

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Contenido](#)

[Prólogo](#)

[Introducción a 1 Pedro](#)

[1. Los elementos de la elección](#)

[2. La herencia eterna del creyente](#)

[3. El gozo de la salvación](#)

[4. La grandeza de la salvación](#)

[5. Respuesta del creyente a la salvación](#)

[6. La maravilla de la redención](#)

[7. El amor sobrenatural](#)

[8. Desear con ganas la Palabra](#)

[9. Privilegios espirituales. Primera parte: Unión con Cristo y acceso a Dios](#)

[10. Privilegios espirituales. Segunda parte: Seguridad en Cristo, afecto por Cristo, decisión por Cristo y gobierno con Cristo](#)

[11. Privilegios espirituales. Tercera parte: Separación para Cristo, adquisición por parte de Cristo, iluminación en Cristo, compasión de Cristo y proclamación de Cristo](#)

[12. La vida cristiana ejemplar](#)

[13. Sometimiento a la autoridad civil](#)

[14. Sometimiento en el lugar de trabajo](#)

[15. El Jesús sufriente](#)

[16. Cómo ganar a un cónyuge no salvo](#)

[17. Vivamos y amemos la buena vida](#)

[18. Valores contra un mundo hostil](#)

[19. El triunfo del sufrimiento de Cristo](#)

[20. Cómo armarse contra el sufrimiento injusto](#)

[21. Deber espiritual en un mundo hostil](#)

[22. La prueba de fuego](#)

[23. El pastoreo del rebaño](#)

[24. Actitudes fundamentales de la mente cristiana](#)

[Introducción a 2 Pedro](#)

[25. La fe preciosa del creyente. Primera parte: Origen, sustancia y suficiencia](#)

[26. La fe preciosa del creyente. Segunda parte: Su seguridad](#)

[27. Declaración del legado de Pedro](#)

[28. La Palabra segura](#)

[29. Una descripción de los falsos maestros](#)

[30. Juicio divino sobre los falsos maestros](#)

[31. Criaturas nacidas para ser asesinadas](#)

[32. La certeza de la Segunda Venida](#)

[33. Cómo vivir en la anticipación del regreso de Cristo](#)

[Bibliografía](#)

[Créditos](#)

[Tomos del Comentario al Nuevo Testamento de John -MacArthur](#)

[Editorial Portavoz](#)

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

1 Y 2 PEDRO

JOHN MACARTHUR



Dedicatorias

1 Pedro

A Louis Herwaldt, con gratitud por su liderazgo excepcional y generosidad al transmitir visión y fidelidad perdurables, a través de todos los años de lucha y sacrificio, hasta las actuales alegrías de su realización en el derramamiento de la gracia de Dios en The Master's College and Seminary. ¡No habríamos llegado hasta aquí sin su ayuda!

2 Pedro

A Rick Holland, mi consiervo pastor en Grace Community Church, quien me anima siempre con su amistad leal, su servicio fiel, su liderazgo entusiasta, y su excepcional predicación expositiva.

Contenido

[Cubierta](#)

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Introducción a 1 Pedro](#)

[1. Los elementos de la elección](#)

[2. La herencia eterna del creyente](#)

[3. El gozo de la salvación](#)

[4. La grandeza de la salvación](#)

[5. Respuesta del creyente a la salvación](#)

[6. La maravilla de la redención](#)

[7. El amor sobrenatural](#)

[8. Desear con ganas la Palabra](#)

[9. Privilegios espirituales. Primera parte: Unión con Cristo y acceso a Dios](#)

[10. Privilegios espirituales. Segunda parte: Seguridad en Cristo, afecto por Cristo, decisión por Cristo y gobierno con Cristo](#)

[11. Privilegios espirituales. Tercera parte: Separación para Cristo, adquisición por parte de Cristo, iluminación en Cristo, compasión de Cristo y proclamación de Cristo](#)

[12. La vida cristiana ejemplar](#)

[13. Sometimiento a la autoridad civil](#)

[14. Sometimiento en el lugar de trabajo](#)

[15. El Jesús sufriente](#)

[16. Cómo ganar a un cónyuge no salvo](#)

[17. Vivamos y amemos la buena vida](#)

[18. Valores contra un mundo hostil](#)

[19. El triunfo del sufrimiento de Cristo](#)

[20. Cómo armarse contra el sufrimiento injusto](#)

[21. Deber espiritual en un mundo hostil](#)

[22. La prueba de fuego](#)

[23. El pastoreo del rebaño](#)

[24. Actitudes fundamentales de la mente cristiana](#)

[Introducción a 2 Pedro](#)

[25. La fe preciosa del creyente. Primera parte: Origen, sustancia y suficiencia](#)

[26. La fe preciosa del creyente. Segunda parte: Su seguridad](#)

[27. Declaración del legado de Pedro](#)

[28. La Palabra segura](#)

[29. Una descripción de los falsos maestros](#)

[30. Juicio divino sobre los falsos maestros](#)

[31. Criaturas nacidas para ser asesinadas](#)

[32. La certeza de la Segunda Venida](#)

[33. Cómo vivir en la anticipación del regreso de Cristo](#)

[Bibliografía](#)

[Créditos](#)

[Tomos del Comentario al Nuevo Testamento de John -MacArthur](#)

[Editorial Portavoz](#)

Prólogo

Para mí sigue siendo una experiencia gratificante de comunión divina predicar de manera expositiva a través del Nuevo Testamento. Mi meta es tener siempre un profundo compañerismo con el Señor en el entendimiento de su Palabra, y a partir de esa experiencia explicar a su pueblo lo que un pasaje bíblico significa. En las palabras de Nehemías 8:8, me esfuerzo por poner “el sentido” en las Escrituras para que las personas puedan oír realmente a Dios hablando, y que al hacerlo puedan a su vez contestarle.

Es evidente que el pueblo de Dios debe entenderle, lo cual exige conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que more en abundancia en nosotros (Col. 3:16). De ahí que la idea central de mi ministerio sea ayudar a hacer viva la Palabra de Dios a su pueblo. Se trata de una aventura reconfortante.

Esta serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja el propósito de explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son sobre todo lingüísticos, otros teológicos, y otros tienen que ver más con la homilética. En esencia este comentario es explicativo o expositivo. No es lingüísticamente técnico, pero tiene que ver con la lingüística cuando eso parece ayudar a la adecuada interpretación. No es teológicamente extenso, pero se enfoca en las principales doctrinas de cada texto y en cómo estas se relacionan con toda la Biblia. Ante todo, no es homilético, aunque por lo general a cada unidad de pensamiento se la trata como un capítulo, con un claro esquema y flujo lógico de pensamiento. La mayoría de las verdades se ilustran y se aplican con otras Escrituras. Después de establecer el contexto de un pasaje, he tratado de seguir de cerca el desarrollo y el razonamiento del escritor.

Oro pidiendo que cada lector comprenda bien lo que el Espíritu Santo está diciendo a través de este segmento de su Palabra, de modo que su revelación pueda alojarse en las mentes de los creyentes y así lograr una mayor obediencia y fidelidad para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción a 1 Pedro

A lo largo de sus casi dos milenios de existencia, la Iglesia de Jesucristo ha estado habituada al sufrimiento. El choque de la verdad con el error, del reino de la luz con el de las tinieblas, y de los hijos de Dios con los del diablo produce inevitablemente un conflicto grave. A través de los siglos la realidad frecuente de los creyentes ha sido la de oposición, rechazo, ostracismo, desprecio, maltrato y hasta martirio. Que el diabólico sistema mundial descargue su furia sobre la Iglesia no debería sorprender a nadie, porque así es cómo trató al Señor Jesucristo. Al describir la persecución que sus seguidores experimentarían, Jesús señaló esta indiscutible verdad: “El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?” (Mt. 10:24-25).

Siglos antes de su nacimiento, Isaías predijo que Cristo sería “despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto” (Is. 53:3). El apóstol Juan indicó el rechazo hacia el Señor por parte del mundo pecador: “En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Jn. 1:10-11). Jesús dijo claramente a sus discípulos que iría a padecer y a morir. Mateo 16:21 expresa que “desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día” (cp. 17:12; Mr. 8:31; 9:12; Lc. 9:22; 17:25; 22:15; 24:26, 46; Hch. 1:3; 3:18; 17:3; 26:23; He. 2:10, 18; 5:8; 13:12; 1 P. 1:11; 2:21, 23; 4:1; 5:1).

Al no poder atacar a Jesús después de la resurrección, los enemigos de la verdad agredieron a los seguidores de Cristo. Incómodas por el crecimiento fenomenal de los discípulos, las autoridades judías intentaron desesperadamente y en vano acabar con la recién formada iglesia. Hechos 4:1-3 registra que

Hablando ellos [Pedro y Juan] al pueblo, vinieron sobre ellos los sacerdotes con el jefe de la guardia del templo, y los saduceos, resentidos de que enseñasen al pueblo, y anunciasen en Jesús la resurrección de entre los muertos. Y les echaron mano, y los pusieron en la cárcel hasta el día siguiente, porque era ya tarde.

Al día siguiente el concilio les ordenó dejar de predicar en el nombre de Jesús (4:5-21). Sin desanimarse, los apóstoles siguieron predicando el evangelio, y como resultado, “levantándose el sumo sacerdote y todos los que estaban con él, esto es, la secta de los saduceos, se llenaron de celos; y echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la cárcel pública” (5:17-18). Milagrosamente liberados de la cárcel, Pedro y Juan fueron al templo y reanudaron la predicación del evangelio (5:19-25). Arrastrados ante el concilio por segunda vez, a los apóstoles les ordenaron de nuevo que dejaran de predicar en el nombre de Jesús, amenaza reforzada esta vez con latigazos (5:26-40). Esteban, un predicador elocuente y audaz, enfrentó oposición (6:9-11), arresto, juicio ante el concilio (6:12—7:56), y martirio (7:57-60). La primera persecución dirigida a la Iglesia como un todo estalló tras el martirio de Esteban (8:1-4; 9:1-2; 11:19). Esta fue encabezada por Saulo de Tarso, un joven y celoso judío, quien se convertiría en el apóstol Pablo. Más tarde el malvado rey Herodes mandó matar a Santiago el hermano de Juan y arrestó a Pedro, solo para ver a este último liberado milagrosamente de la cárcel por parte de un ángel (12:1-11).

Después de su dramática conversión mientras se dirigía a Damasco (9:3-18), Pablo, anteriormente el más feroz perseguidor de la Iglesia, se convirtió en su más celoso misionero. El Señor estableció el curso del ministerio de Pablo cuando le manifestó a Ananías: “Yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre” (Hch. 9:16). Y padeció, casi desde el mismo instante de su conversión (cp. Hch. 9:20-25). Mientras viajaba por todo el Imperio Romano proclamando con valor la fe que una vez intentó destruir (Gá. 1:23), Pablo enfrentó continua aflicción e implacable oposición (Hch. 14:5-6, 19-20; 16:16-40; 17:5-9, 13-14, 18, 32; 18:12-17; 19:9, 21-41; 20:3, 22-23; 21:27-36; 23:12—24:9; 25:10-11; 27:1—28:28; cp. 1 Ts. 2:2; 2 Ti. 1:12; 2:9-10; 3:11). No sorprende que el sufrimiento fuera un tema importante en sus epístolas (p. ej., Ro. 8:17-18; 2 Co. 1:5-7; Fil. 1:29; 3:8-10; 1 Ts. 2:14; 2 Ts. 1:5; 2 Ti. 1:8; 2:3).

Con el paso del tiempo, la persecución de la iglesia se volvió más organizada, generalizada y sanguinaria. Lo que comenzó como sucesos aislados de las autoridades judías, o de turbas judías y gentiles, poco a poco se desarrolló dentro de la política oficial del gobierno romano, que veía el rechazo de los cristianos a participar en la religión estatal como una forma de rebelión. Tres siglos de persecuciones cada vez más crueles y generalizadas culminaron a principios del siglo IV en el intento sin cuartel del emperador Diocleciano de acabar con la Iglesia. En un cambio sorprendente de este acoso, en el año 313 d.C., el emperador Constantino, junto con Licinio, el gobernador de la parte oriental del imperio, publicó el edicto de Milán, que concedía total tolerancia para la fe cristiana.

Bajo la Iglesia Católica Romana que reemplazó a la Roma imperial como la potencia dominante en la Edad Media, la persecución se desató de nuevo. Los horrores de la Inquisición, la Masacre de San Bartolomé, y los martirios de -hombres como Jan Hus, Hugh Latimer, Nicholas Ridley, Thomas Cranmer y William Tyndale personificaron el esfuerzo de la Iglesia Romana por exterminar el evangelio de Jesucristo. Más recientemente, cristianos han sido brutalmente reprimidos por regímenes comunistas e islámicos en todo el mundo.

Mientras Pedro escribía esta epístola, ya se estaban acumulando los siniestros nubarrones del primer gran estallido de persecución oficial instigada por el demente emperador Nerón. Como necesitaba chivos expiatorios para desviar las sospechas de los habitantes de que él había iniciado el gran incendio de julio del 64 d.C. que devastó a Roma, Nerón culpó a los cristianos, a quienes ya había percibido como enemigos de Roma debido a que no adorarían sino a Cristo. Como resultado los recubrieron de cera y los quemaron en la hoguera, los crucificaron, y los arrojaron a bestias salvajes. Aunque según parece la persecución oficial estaba confinada a la vecindad de Roma, los ataques a los cristianos sin duda alguna se extendieron sin control de las autoridades a otras partes del imperio. Fue a consecuencia de la persecución de Nerón que tanto Pedro como Pablo murieron martirizados. Sin embargo, antes de morir, Pedro escribió esta magnífica epístola para los creyentes que cuyo sufrimiento se intensificaría pronto. A lo largo de los siglos los cristianos asediados se han beneficiado del consejo sabio y de las amables y alentadoras palabras de consuelo del apóstol.

AUTOR

Pedro era el líder y portavoz reconocido de los Doce; su nombre encabeza las cuatro listas de los apóstoles en el Nuevo Testamento (Mt. 10:2-4; Mr. 3:16-19; Lc. 6:13-16; Hch. 1:13). Pedro y su hermano Andrés (quien le llevó a Jesús [Jn. 1:40-42]) se dedicaban al negocio de la pesca en el lago de Galilea (Mt. 4:18; Lc. 5:1-3). Originalmente eran de la aldea de Betsaida (Jn. 1:44), pero más tarde se mudaron a la ciudad cercana más grande de Capernaúm (Mr. 1:21, 29). El negocio de los hermanos era próspero, y les permitió poseer una casa espaciosa en esta ciudad (Mr. 1:29, 32-33; Lc.

4:38). Pedro era casado; Jesús sanó a su suegra (Lc. 4:38-39); además su esposa lo acompañaba en sus viajes misioneros (1 Co. 9:5).

El nombre de pila de Pedro era Simón, nombre común en la Palestina del siglo I. (En el Nuevo Testamento se mencionan otros ocho Simón: Simón el zelote o cananista [Mt. 10:4]; Simón el medio hermano del Señor [Mt. 13:55]; Simón el leproso [Mt. 26:6]; Simón de Cirene, a quien escogieron para llevar la cruz de Jesús [Mt. 27:32]; Simón el fariseo, en cuya casa Jesús cenó [Lc. 7:36-40]; Simón el padre de Judas Iscariote [Jn. 6:71]; Simón el mago [Hch. 8:9-24]; y Simón el curtidor, con quien Pedro se quedó en Jope [Hch. 9:43].) El nombre completo de Pedro era Simón Barjonás (Mt. 16:17), literalmente “Simón hijo de Jonás” (o Juan; cp. Jn. 1:42). En su primer encuentro, Jesús lo llamó Cefas (Jn. 1:42; cp. 1 Co. 1:12; 3:22; 9:5; 15:5; Gá. 1:18; 2:9, 11, 14), que es el nombre arameo para “roca”; “Pedro” es su equivalente griego (Jn. 1:42).

En ocasiones a Pedro se le llamó “Simón” en ambientes seculares o neutrales (p. ej. en referencia a su casa [Mr. 1:29; Lc. 4:38], a su suegra [Mr. 1:30; Lc. 4:38], o su negocio [Lc. 5:3, 10]). En tales momentos el uso del nombre no tenía insinuaciones espirituales. Pedro fue llamado “Simón” para resaltar los errores clave en su vida, aquellos momentos en que actuaba como su ego no regenerado.

En Mateo 17:24-25, Pedro confiadamente aseguró a los recaudadores de impuestos que Jesús pagaría el gravamen de dos dracmas para el mantenimiento del templo. Recordándole que como Hijo de Dios, Él estaba exento de pagar el impuesto, Jesús se dirigió a Pedro como “Simón” (v. 25). Afligido por la incapacidad de Pedro de mantenerse despierto con Él durante la agonía en Getsemaní, Jesús le dijo: “Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora?” (Mr. 14:37). Después de usar la barca de Pedro como plataforma desde la cual enseñó a las multitudes, Jesús le dijo: “Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar” (Lc. 5:4). Pedro se mostró escéptico y reacio para seguir el consejo del Señor; después de todo, Jesús era rabino, no pescador. Sin duda de alguna manera exasperado, dijo: “Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red” (v. 5). La asombrosa redada de peces que resultaron de su obediencia (vv. 6-7) abrió los ojos de Pedro a la realidad de la deidad de Jesús, por tanto Lucas lo llamó por su nuevo nombre: “Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (v. 8). Tras un acalorado debate entre los Doce sobre cuál de ellos era el más grande, Jesús advirtió al orgulloso y presumido Pedro su traición inminente: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo” (Lc. 22:31).

Después de la resurrección, Jesús llamó “Simón” a Pedro por última vez. Cansado de esperar que el Señor se apareciera (Mt. 28:7), Pedro anunció de manera impulsiva: “Voy a pescar” (Jn. 21:3). En obediencia a su líder, el resto de los discípulos dijeron: “Vamos nosotros también contigo” (v. 3). Pero aquellos a quienes Jesús llamó a ser pescadores de hombres (Mt. 4:19) no se les permitió volver a ser recogedores de peces, “y aquella noche no pescaron nada” (v. 3). A la mañana siguiente Jesús se reunió con el frustrado equipo en la playa, donde les preparó desayuno. Después Jesús preguntó tres veces a Pedro: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” (Jn. 21:15-17), y en todas las tres ocasiones este reafirmó su amor por el Señor.

Unas semanas después, el Espíritu Santo descendió sobre Pedro y el resto de los apóstoles, y de ahí en adelante la “Roca” vivió a la altura de su nombre. El apóstol tomó la iniciativa en buscar un reemplazo para Judas Iscariote (Hch. 1:15-26), valientemente predicó el evangelio (2:14-40; 3:12-26), realizó sanidades milagrosas (3:1-9; 5:12-16), confrontó audazmente a las autoridades judías (4:8-20), y sin vacilación alguna disciplinó a miembros pecadores de la Iglesia (5:1-11). Fue Pedro quien confrontó a Simón el mago, diciéndole sin rodeos: “Tu dinero perezca contigo, porque has

pensado que el don de Dios se obtiene con dinero” (Hch. 8:20). Fue a través del ministerio de Pedro que las puertas de la Iglesia se abrieron a los gentiles (Hch. 10:1-11:18).

Después de su aparición ante el concilio en Jerusalén (Hch. 15:7-12), Pedro casi desaparece del registro histórico del Nuevo Testamento hasta que escribió sus epístolas. Por el relato de Pablo acerca de la confrontación que tuvieron, es evidente que Pedro visitó Antioquía (Gá. 2:11-21), y la referencia a la disensión de Pedro en Corinto (1 Co. 1:12) sugiere que también pudo haber visitado esa ciudad. Como ya se registró, Pablo hizo alusión a los viajes misioneros de Pedro en 1 Corintios 9:5, pero la extensión de tales viajes no se conoce. Que el apóstol dirigiera 1 Pedro a iglesias en regiones específicas de Asia Menor (véase el análisis posterior bajo “Destino y lectores”) podría indicar que había predicado en esas regiones.

La fuerte tradición de la iglesia primitiva ubica a Pedro en Roma al final de su vida. Es evidente que Pedro no estaba allí cuando Pablo escribió a los romanos (aprox. 57 d.C.), puesto que su nombre no aparece en la lista de personas a las que Pablo saludó (Ro. 16:1-15). Tampoco es probable que Pedro estuviera en Roma durante el primer encarcelamiento de Pablo, ya que no se lo menciona en las Epístolas de la Prisión (Efesios, Filipenses, Colosenses, Filemón), que fueron escritas en ese tiempo. Lo más probable es que Pedro llegara a Roma después que Pablo fuera liberado de su primer arresto romano. Fue allí que Pedro, al igual que Pablo, sufrió el martirio relacionado con la persecución de Nerón. Puesto que Nerón murió en el 68 d.C., la crucifixión cabeza abajo de Pedro, como sostiene la tradición, debió producirse sin duda antes de esa fecha.

A pesar de la circulación de falsificaciones que afirman ser escritas por Pedro (p. ej. el Evangelio de Pedro, Los Hechos de Pedro, y el Apocalipsis de Pedro), la iglesia primitiva nunca dudó que el apóstol escribiera 1 Pedro. La primera afirmación de eso viene en 2 Pedro, que él mismo describió como la segunda carta que había dirigido a sus lectores (2 P. 3:1). Hay comentarios acerca de que las palabras y las frases de 1 Pedro en tales escritos de fines del siglo I e inicios del siglo II pertenecen a la Epístola de Bernabé, la Primera Epístola de Clemente (que usa varias palabras griegas que no se encuentran en ninguna parte del Nuevo Testamento excepto en 1 Pedro), el Pastor de Hermas, y las Cartas de Ignacio. La obra antigua existente que en realidad cita de 1 Pedro es la Epístola de Policarpo a los Filipenses, probablemente escrita en la segunda década del siglo II. A mediados del siglo II, Justino Mártir pudo haber sabido de 1 Pedro; a finales de los siglos II y III, Ireneo, Tertuliano y Clemente de Alejandría definitivamente atribuyeron 1 Pedro al apóstol Pedro. Al resumir el punto de vista de la iglesia primitiva sobre la autenticidad de 1 Pedro, el historiador del siglo IV Eusebio de Cesarea escribió: “Las obras que se llaman de Pedro, de las que sólo una epístola se conoce como auténtica y admitida entre los antiguos ancianos, son las ya mencionadas” (*Historia Eclesiástica* 3.3).

No obstante, a pesar del claro testimonio de la iglesia primitiva, incrédulos modernos escépticos, niegan la autenticidad de 1 Pedro, igual que hacen con la mayoría de los otros libros del Nuevo Testamento. Algunos ven en el libro una dependencia servil en los escritos de Pablo, y sostienen que no pudo haber caracterizado un verdadero escrito de Pedro, quien en sí era un eminente apóstol. Es cierto que Pedro conocía al menos algunos de los escritos de Pablo, puesto que se refiere a ellos en 2 Pedro 3:16. Sin embargo, las semejanzas entre 1 Pedro y las epístolas de Pablo no son tan grandes como para exigir dependencia literaria, en especial entre dos hombres que enseñaron la misma verdad apostólica (cp. Hch. 2:42). E.G. Selwyn advierte sabiamente:

El vocabulario del N. T. no es muy amplio; y es limitada la cantidad de palabras disponibles para expresar una idea en particular. Por consiguiente, a menudo los paralelismos verbales no tienen

otra razón que el hecho de que la palabra en cuestión era la obvia y natural para ser usada en las circunstancias. Las ideas en sí no son infinitamente numerosas; debido a que forman parte, o se derivan de, un evangelio definido... que era la razón de ser de la Iglesia Cristiana y de su fe (*The First Epistle of St. Peter* [Londres: Macmillan, 1961], p. 8).

Otros sostienen que Pedro, un compañero de Jesús, habría incluido más recuerdos personales del Señor en su epístola. Pero es precisamente la *presencia* de tales recuerdos en 2 Pedro lo que hace que los críticos rechacen su autenticidad (cp. 2 P. 1:16-18; 3:2). Ellos no pueden tocar en dos pianos a la vez. Tampoco tales recuerdos faltan por completo en 1 Pedro (5:1; cp. 5:2 con Jn. 21:16; 5:5 con Jn. 13:3-5). En un tema relacionado, 1 Pedro contiene paralelismos sorprendentes con sermones de Pedro registrados en Hechos (cp. 1:10-12 con Hch. 3:18; 1:17 con Hch. 10:34; 1:20 con Hch. 2:23; 1:21 con Hch. 2:32; 2:4, 7 con Hch. 4:11; 3:22 con Hch. 2:33; 4:5 con Hch. 10:42; el uso de *xulon* [“cruz”; lit., “madero”] en 2:24 y Hch. 5:30 y 10:39).

Otro argumento esgrimido por quienes rechazan la autoría petrina es que la persecución a la vista en 1 Pedro se realizó bajo el emperador Trajano (98-117 d.C.). Eso, por supuesto, fue mucho después de la vida del apóstol y, por tanto, él no pudo ser el autor de esta epístola. Señalan que Plinio, gobernador romano de Bitinia, escribió al emperador Trajano preguntándole en parte “si el nombre mismo [cristiano], aunque inocente de delito, debería castigarse, o únicamente los delitos vinculados a ese nombre” (citado en Henry Bettenson, *Documents of the Christian Church* [Londres: Oxford Univ., 1967], p. 3). Los críticos ven eso como el trasfondo para la amonestación de Pedro de que “si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello” (4:16). Sin embargo, el concepto de sufrir por el nombre de Cristo no era nuevo a 1 Pedro, y fue presentado por el mismo Jesús. En Marcos 13:13 Él advirtió a sus seguidores: “Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre”. Después de ser golpeado por el concilio, los apóstoles “salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hch. 5:41; cp. 9:16; Mt. 5:11; 10:22; 24:9).

Pero el argumento más elocuente para quienes rechazan la autenticidad de 1 Pedro es el lingüístico. Insisten en que un simple pescador galileo cuya lengua nativa era el arameo no pudo haber escrito el griego fluido y pulido de 1 Pedro, sobre todo siendo un hombre descrito en Hechos 4:13 como “sin letras y del vulgo”. Un argumento consecuente es que Pedro, no hablante griego nativo, no habría citado de la Septuaginta, como lo hace el escritor de 1 Pedro.

Existen buenas respuestas para cada uno de esos argumentos. Primera, algunos han exagerado las afinidades clásicas del griego de 1 Pedro. Segunda, la epístola contiene expresiones semíticas coherentes con la educación judía de Pedro. Tercera, Pedro era de Galilea, que incluso en la época de Isaías era conocida como “Galilea de los gentiles” (Is. 9:1). El griego, junto con el arameo y el hebreo, se hablaba comúnmente en toda Palestina (Robert L. Thomas y Stanley N. Gundry, *A Harmony of the Gospels* [Chicago: Moody, 1979], pp. 309ss.). Eso era específicamente cierto en Galilea, donde la influencia griega era fuerte, y cuyo territorio estaba cerca de la región gentil conocida como Decápolis. Siendo hombre de negocios en Galilea, casi con seguridad Pedro conocía el griego. Además, Pedro (Hch. 15:14) y sus compañeros galileos Andrés y Felipe tenían nombres griegos. Mateo y Santiago, también galileos, escribieron libros del Nuevo Testamento en excelente griego. Cuarta, Pedro escribió esta epístola después de tres décadas de viajar y ministrar entre personas en gran medida de habla griega, lo que le habría dado una mayor habilidad con el idioma griego. Quinta, para Pedro era natural citar la Septuaginta, ya que esa era la versión más conocida de sus lectores. Sexta, la frase “sin letras y del vulgo” en Hechos 4:13 no significa que Pedro fuera

iletrado, sino más bien que era un laico, sin preparación rabínica (cp. Jn. 7:15). Tampoco son los eruditos los únicos que pueden producir grandes obras literarias; por ejemplo, John Bunyan, autor de una de las obras más fabulosas, *El progreso del peregrino*, era un humilde hojalatero (alguien que reparaba utensilios caseros). Por último, era común que escritores antiguos usaran amanuenses, o secretarios, para que les ayudaran a escribir sus libros. Aunque Pablo era un erudito muy bien educado (Hch. 26:24), hizo uso de uno de tales amanuenses (Ro. 16:22; cp. 1 Co. 16:21; Col. 4:18; 2 Ts. 3:17). Pedro también usó uno para escribir 1 Pedro, dictando su carta a Silvano (5:12), quien pudo pulir, bajo la supervisión de Pedro, el estilo literario del apóstol.

Quienes niegan la autoría de Pedro alegan que 1 Pedro o era una carta anónima a la que de alguna manera se relacionó su nombre, o más la obra apócrifa de un “falsificador piadoso” que anexó el nombre de Pedro a su carta en un intento de investirla con autoridad apostólica. Pero tales afirmaciones engañosas están llenas de abrumadores inconvenientes. Quienes afirman que originalmente la carta fue anónima sostienen que la introducción y la conclusión fueron añadidas más tarde para hacerla aparecer como si Pedro la hubiera escrito. Pero es difícil imaginar cómo una carta que había estado circulando anónimamente de repente pudo haber tenido el nombre de Pedro agregado a ella sin levantar sospechas en las iglesias a las que fue dirigida. Tampoco hay evidencia en algún manuscrito antiguo de que 1 Pedro circulara sin introducción ni conclusión.

Otra versión del punto de vista del “falsificador piadoso” sostiene que un individuo utilizó el nombre de Pedro, no para engañar, sino como un inofensivo recurso literario que sus lectores habrían entendido. Pero a esa teoría no le va mejor, como señala Donald Guthrie:

Es imposible elaborar un caso inteligible para el uso de pseudónimo en 1 Pedro. El hecho de que el propósito del autor fuera alentar significa que las relaciones personales entre lectores y escritor jugarían una parte mucho más importante que la autoridad apostólica. ¿Por qué el autor, si no fue Pedro, no publicó sus estímulos en su propio nombre? Parece no haber respuesta satisfactoria a esta pregunta. La epístola no trata con alguna herejía que podría haber requerido autoridad apostólica para refutarla. Por otra parte, la mención de Silas y Marcos no puede considerarse como parte de la maquinaria para atribución de un nombre falso, porque un falso Pedro sin duda evitaría asociar tan de cerca con Pedro a aquellos que, según Hechos y las epístolas paulinas, eran asociados de Pablo (*New Testament Introduction* [4ª edición revisada; Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1990], p. 778).

La afirmación de que el uso de pseudónimos era un recurso literario aceptado también es falsa; la iglesia primitiva no aprobaba las supuestas falsificaciones piadosas. Pablo advirtió de cartas falsas que pretendían venir de parte de él (2 Ts. 2:2), y dio pasos para autenticar las suyas (1 Co. 16:21; Col. 4:18; cp. 2 Ts. 3:17). Tertuliano, uno de los padres de la iglesia primitiva, escribió acerca del líder de una iglesia que fue destituido del cargo por falsificar un documento en nombre de Pablo, aunque lo hizo por amor a Pablo (*On Baptism, XVII; The Ante-Nicene Fathers* [reimpreso; Grand Rapids: Eerdmans, 1973], 3:677). D. A. Carson, Douglas J. Moo y Leon Morris advierten que “no debemos enfocar las epístolas del Nuevo Testamento como si fuera algo común para los primeros cristianos escribir cartas a nombre ajeno. Hasta donde sabemos, no existe una de tales cartas que surja de cristianos de cualquier lugar cerca del período del Nuevo Testamento” (*An Introduction to the New Testament* [Grand Rapids: Zondervan, 1992], p. 368. Para un estudio a fondo del tema de los pseudónimos, véase pp. 367-71; véase también Thomas R. Schreiner, *1, 2 Peter, Jude*, The New American Commentary [Nashville: Broadman & Holman, 2003], pp. 270-73).

A pesar de los reparos de los críticos, la evidencia apoya fuertemente la afirmación de propiedad de que la carta fue escrita por “Pedro, apóstol de Jesucristo” (1:1).

DESTINO Y LECTORES

Pedro dirigió su epístola a los cristianos residentes en “Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia” (1:1), regiones dentro del Imperio Romano que hoy día forman parte de Turquía. El orden en que se nombran podría reflejar la ruta que el portador de la carta (Silvano, 5:12) siguió cuando la entregó. No se sabe a ciencia cierta cómo se extendió el evangelio a esas regiones. Pablo ministró en al menos parte de Galacia y Asia, pero no hay constancia de su obra evangelizadora en Ponto, Capadocia o Bitinia. Es más, el Espíritu Santo le prohibió entrar a Bitinia (Hch. 16:7). Podría ser que los convertidos por Pablo fundaran algunas de las iglesias (cp. Hch. 19:10, 26); y otras las podrían haber fundado aquellos que se convirtieron el día de Pentecostés (cp. Hch. 2:9). Pedro también pudo haber ministrado en esas regiones, aunque no hay registro de eso en Hechos. Las congregaciones consistían sobre todo de gentiles (cp. 1:14, 18; 2:9-10; 4:3-4), pero indudablemente también incluían a algunos judíos -cristianos.

FECHA Y LUGAR DEL ESCRITO

Tres posibles ubicaciones se han sugerido para la “Babilonia” desde donde Pedro escribió (5:13). Algunos abogan por la antigua ciudad de Babilonia en Mesopotamia, pero esa región estaba escasamente poblada en la época de Pedro. Es poco probable que tanto él como Marcos y Silvano hubieran estado allí al mismo tiempo. Otros señalan a Babilonia en el río Nilo en Egipto. Sin embargo, este era poco más que un puesto militar romano, y también es poco probable que Pedro (junto con Marcos y Silvano) hubiera establecido residencia allí. “Babilonia” es más probable un nombre secreto para Roma, escogido por el libertinaje y la idolatría de la capital imperial (que caracterizará a la Babilonia de los últimos tiempos; cp. Ap. 17, 18). Con la persecución avicinándose en el horizonte, Pedro debió tener cuidado de no poner en peligro a los cristianos en Roma, quienes podrían haber enfrentado más dificultades si las autoridades romanas hubieran descubierto la carta. La fuerte asociación de Pedro con Roma en la tradición temprana apoya el punto de vista de que el apóstol escribió 1 Pedro desde Roma.

La fecha más probable para 1 Pedro es justo antes de la persecución de Nerón, que siguió al gran incendio que destruyó Roma en el verano del 64 d.C. La ausencia de alguna referencia al martirio hace menos probable que la epístola fuera escrita después que la persecución empezara, ya que para entonces habrían dado muerte a numerosos cristianos.

TEMA Y PROPÓSITO

El propósito expresado de Pedro para escribir su epístola fue que sus lectores estuvieran firmes en la verdadera gracia de Dios (5:12) frente a la escalada de persecución y sufrimiento. Para ese fin les recordó la decisión que tomaron y la esperanza segura de su herencia celestial, les delineó los privilegios y las bendiciones de conocer a Cristo; además el apóstol les dio instrucciones sobre cómo comportarse en un mundo hostil, y les señaló el ejemplo del padecimiento de Cristo. Pedro quería que sus lectores vivieran de manera triunfal en medio de la hostilidad, sin abandonar la esperanza, sin amargarse, sin perder la fe en Cristo, y sin olvidar la Segunda Venida. Al obedecer la Palabra de Dios a pesar del antagonismo del mundo, las vidas cristianas testificarán de la verdad del evangelio (2:12; 3:1, 13-17).

BOSQUEJO

Saludo (1:1-2)

I. Los cristianos que sufren deben recordar su gran salvación (1:3—2:10)

A. La seguridad de la salvación (1:3-12)

1. Está preservada por el poder de Dios (1:3-5)
2. Está probada por los sufrimientos de Dios (1:6-9)
3. Fue predicha por los profetas de Dios (1:10-12)

B. Las consecuencias de la salvación (1:13—2:10)

1. La prioridad de la santidad (1:13-23)
2. El poder de la Palabra (1:24—2:3)
3. El sacerdocio de los creyentes (2:4-10)

II. Los cristianos que sufren deben recordar su ejemplo delante de los hombres (2:11—4:6)

A. Al vivir con honor delante de incrédulos (2:11—3:7)

1. Sumisión en el ámbito cívico (2:11-17)
2. Sumisión en el lugar de trabajo (2:18-25)
3. Sumisión en la familia (3:1-7)

B. Al vivir con honor delante de creyentes (3:8-12)

C. Al vivir con honor en medio del sufrimiento (3:13—4:6)

1. El principio de sufrir por la justicia (3:13-17)
2. El modelo de sufrir por la justicia (3:18-22)
3. El propósito de sufrir por la justicia (4:1-6)

III. Los cristianos que sufren deben recordar que su Señor regresará (4:7—5:11)

A. Las responsabilidades de la vida cristiana (4:7-11)

B. La realidad del padecimiento cristiano (4:12-19)

C. Requisitos para el liderazgo cristiano (5:1-4)

D. Consecución de la victoria cristiana (5:5-11)

Conclusión (5:12-14)

1. Los elementos de la elección

Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas. (1:1-2)

Aunque este es el punto de partida de la historia de la redención, puede parecer sorprendente iniciar una epístola haciendo referencia a la doctrina de la elección, pero eso es exactamente lo que el apóstol Pedro hace (cp. Ef. 1:1-5 y Tit. 1:1-2, donde Pablo empieza de igual modo). Y lo hace sin

vacilar, después de las identificaciones de apertura, con la palabra **elegidos** (v. 2). Así Pedro empieza su carta escribiendo de una de las doctrinas más controversiales y odiadas, y lo hace sin vacilación, sin disculparse, sin esfuerzo destinado a paliar, y sin ninguna explicación o postergación a argumentos en contra. Declara esta verdad de la soberana elección por lo que es: una realidad reconocida y creída entre los apóstoles y en la Iglesia. Sin embargo, hoy esta doctrina innegablemente verdadera es cuestionada por muchos y despreciada por muchos otros. Arthur W. Pink, maestro bíblico y prolífico escritor teológico de origen británico que murió en 1952, escribió esto acerca de las opiniones sobre la soberanía de Dios y, en consecuencia, la doctrina adicional de la elección divina:

Somos muy conscientes de que lo que hemos escrito está en abierta oposición con gran parte de la enseñanza actual tanto en la literatura religiosa como en los púlpitos típicos de la nación. Reconocemos que los postulados de la soberanía de Dios con todos sus corolarios están en desacuerdo directo con las opiniones y pensamientos del hombre natural. No obstante, la verdad es que el hombre natural es *incapaz* de pensar en estos asuntos: no es competente para formar una valoración adecuada del carácter y de las maneras en que Dios se manifiesta; y por esto Él nos ha dado una revelación de *su* mente, en que declara explícitamente: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis -pensamientos más que vuestros pensamientos” (Is. 55:8-9). En vista de este pasaje, solo es de esperar que gran parte de los contenidos de la Biblia *entre en conflicto* con los sentimientos de la mente carnal, que está *en enemistad* contra Dios. Nuestro llamado entonces no es a las creencias populares de la época, ni a los credos de las iglesias, sino a la ley y el testimonio de Jehová. Lo único que pedimos es un examen imparcial y atento a lo que hemos escrito, y eso hecho en oración a la luz de la Lámpara de Verdad (*The Sovereignty of God*, edición revisada [Edinburgh: Banner of Truth, 1961], p. 19; cursivas en el original).

Según revela el análisis todavía relevante de Pink, es imperativo que los cristianos entiendan y aprecien plenamente esta enseñanza tan vital y crucial. Pedro expone las repercusiones teológicas y prácticas de la elección divina en siete categorías: la condición, la naturaleza, el origen, la esfera, el efecto, la seguridad y las ventajas de la elección.

LA CONDICIÓN DE LA ELECCIÓN

Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, (1:1)

Pedro, el autor inspirado, se identifica como **apóstol de Jesucristo**. Otros versículos del Nuevo Testamento también identifican a Pedro como un apóstol y, al poner su nombre a la cabeza de todas las listas de los apóstoles de Jesús (Mt. 10:2; Mr. 3:16; Lc. 6:14; Hch. 1:13), destacan que él era el líder de los Doce.

La intención de Pedro en esta primera parte de su saludo no solo fue identificar a sus lectores en cuanto a su origen celestial, como escogidos de Dios, sino también en cuanto al estado que tenían como residentes terrenales. El apóstol describe a sus lectores en esta condición terrenal como **expatriados**. *Parepidēmois* (**expatriados**) puede designar a quienes son residentes temporales, o a quienes son extranjeros o refugiados (cp. Gn. 23:4; Éx. 2:22; 22:21; Sal. 119:19; Hch. 7:29; He. 11:13). El apóstol los identifica además como personas que pertenecían a **la dispersión** en varios

lugares. **Dispersión** se traduce de *diáspora*, de donde se deriva otro término castellano: *dispersos*. Comentarios, obras teológicas, y escritos sobre historia bíblica a menudo transcriben *diáspora* y la usan de forma intercambiable con **dispersión**. En sus otras dos apariciones en el Nuevo Testamento, *diáspora* es un término técnico que se refiere a la diseminación de los judíos a través del mundo a causa de los cautiverios asirio y babilonio. En ambos casos la palabra tiene el artículo definido (Jn. 7:35; Stg. 1:1). Sin embargo, aunque Pedro sí incluye aquí el artículo definido, es mejor interpretar el término como una referencia no técnica a creyentes muy dispersos geográficamente.

Aunque Dios llamó a Pedro a ser el **apóstol** a los judíos (Gá. 2:7), la ausencia del artículo definido con la *diáspora* argumenta que en su saludo Pedro no se estaba dirigiendo como tal a judíos. Otro pasaje apoya esa interpretación. En 2:11 identifica a sus lectores, no de manera racial o nacional sino espiritual: “Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma”. Por tanto, el apóstol no solamente se dirigió a judíos que estaban dispersos de su tierra natal, sino a creyentes gentiles, quienes espiritualmente eran **expatriados** en el mundo.

La Iglesia está compuesta de extranjeros y peregrinos esparcidos por todo el planeta, lejos de su verdadero hogar en el cielo (cp. Fil. 3:20; He. 11:13-16; 13:14). Específicamente, Pedro se estaba dirigiendo a las iglesias en **Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia**, todas provincias de Asia Menor (la moderna Turquía) en esa época. **Ponto** se hallaba en el extremo norte, y algunos de sus peregrinos judíos estuvieron en Jerusalén durante los acontecimientos extraordinarios de Pentecostés (Hch. 2:9). La provincia también era el hogar de Aquila (Hch. 18:2), el judío que junto con su esposa Priscila se hicieron cristianos en Roma y después ministraron al lado de Pablo (Hch. 18:18). **Galacia** estaba en Asia Menor central y contenía las poblaciones de Derbe, Listra e Iconio, donde Pablo ministró varias veces (Hch. 14:1-13; 16:1-5; 18:23). **Capadocia** estaba ubicada en la sección este de Asia Menor, al norte de Cilicia, y también se la menciona en relación con los peregrinos de Hechos 2:9. **Asia** incluía la mayor parte del occidente de Asia Menor y contenía tales divisiones como Misia, Lidia, Caria y gran parte de Frigia. La provincia fue el sitio de un ministerio extenso de Pablo en su tercer viaje: “Todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús” (Hch. 19:10) y se mencionan otros doce lugares en Hechos. **Bitinia** se localizaba en el noroeste de Asia Menor cerca del Bósforo, el estrecho que separa las secciones europea y asiática de la moderna Turquía. A esta provincia se alude solo en otro sitio en el Nuevo Testamento, cuando el Espíritu Santo, durante el segundo viaje misionero de Pablo, le prohibió entrar en ella (Hch. 16:7).

Según indican las regiones geográficas que Pedro menciona en su saludo, esta carta tuvo amplia circulación. Sin duda, en cada una de esas regiones las iglesias recibieron y leyeron la epístola. Por ejemplo, había al menos siete iglesias en Asia Menor (Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea) que treinta años más tarde recibieron revelación especial del mismo Cristo resucitado (Ap. 1:11; capítulos 2—3). Y había otros lugares notables en Asia Menor, como Colosas, que Pedro ni siquiera menciona. Así que él estaba escribiendo a una gran cantidad de creyentes diseminados como extranjeros espirituales a través de una región pagana y hostil.

Pedro se dirigió a tan amplia audiencia debido a que la persecución romana de cristianos se había extendido a todo el imperio. Los creyentes en todas partes iban a sufrir (cp. Lc. 21:12; Fil. 1:29; Stg. 1:1-3). El apóstol quería que esos cristianos recordaran que en medio de sufrimiento y dificultades potencialmente enormes aún eran los escogidos de Dios, y que como tales podían enfrentar persecución con esperanza triunfante (cp. 4:13, 16, 19; Ro. 8:35-39; 2 Ti. 3:11; He. 10:34-36).

NATURALEZA DE LA ELECCIÓN

elegidos (1:2a)

Como expatriados espirituales, lo más importante para los lectores de Pedro no era su relación con la tierra sino su relación con el cielo. Al describir la esperanza de Abraham, el escritor de Hebreos declaró: “Esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (11:10; cp. vv. 13-16; Jn. 14:1-3; Fil. 3:20).

Con la comprensión de esa verdad, Pedro identifica a sus lectores como **elegidos** (*eklektos*). El apóstol reitera esta idea en 2:9: “Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”. Las alusiones de Pedro al Antiguo Testamento en ese versículo dejan en claro su comprensión de que Dios había escogido soberanamente a Israel: “Tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra” (Dt. 7:6; cp. 14:2; Sal. 105:43; 135:4).

El amor soberano de Dios también dio lugar a su elección de la Iglesia. El apóstol Pablo informó a la iglesia en Éfeso: “En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11). A los tesalonicenses declaró: “Nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2 Ts. 2:13; cp. Jn. 15:16; Ro. 8:29-30; 1 Co. 1:27; Ef. 1:4-5; 2:10; Col. 3:12; 1 Ts. 1:4; Tit. 1:1).

Jesús tampoco dudó en enseñar sin ambigüedades ni complejos la verdad de la elección: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero” (Jn. 6:44); “no hablo de todos vosotros; yo sé a quienes he elegido” (13:18; cp. Lc. 10:20; 18:7; Jn. 17:6, 9). El Señor supuso la verdad de la elección divina en su discurso del Monte de los Olivos, haciendo referencia indirecta a esta en tres ocasiones: “Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados” (Mt. 24:22; véase también vv. 24, 31; Mr. 13:20).

Dios ha escogido personas de todo el mundo (Ap. 5:9; 7:9; cp. Jn. 10:16; Hch. 15:14) para que le pertenezcan, y la Iglesia son esas personas (cp. Ro. 8:29; Ef. 5:27). A lo largo del Nuevo Testamento esta verdad se presenta claramente (2:8-9; Mt. 24:22, 24, 31; Lc. 18:7; Col. 3:12; Tit. 1:1-2; Stg. 2:5). El apóstol Juan cita reiteradamente a Jesús diciendo que el Padre da el Hijo a quien Él escoge:

Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Murmuraban entonces de él los judíos, porque había dicho: Yo soy el pan que descendió del cielo. Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido? Jesús respondió y les dijo: No murmuréis entre vosotros. Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero. Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí (Jn. 6:37-45).

He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra... Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera... Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo (17:6, 12, 24).

Los escogidos son expresiones del amor del Padre por el Hijo. Todos los que el Padre da, el Hijo recibe; y el Hijo los protege y los resucita a vida eterna. En principio, Jesús reveló esto a sus discípulos en el aposento alto: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé” (Jn. 15:16). Juan 5:21 afirma: “Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida”. Lucas narra la elección soberana que Dios hizo de la iglesia en Pisidia durante el primer viaje misionero de Pablo:

Entonces Pablo y Bernabé, hablando con desnudo, dijeron: A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la deseáis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles. Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra. Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna. Y la palabra del Señor se difundía por toda aquella provincia (Hch. 13:46-49).

Pablo escribió con claridad la verdad de que la elección es totalmente consecuencia del propósito soberano y de la gracia de Dios, “quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Ti. 1:9). El gran apóstol define más adelante esta verdad en Romanos 8:28-30:

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.

Juan destaca además lo eterno de la elección al final del Nuevo Testamento cuando observa que el libro de la vida existió desde antes de la fundación del mundo (Ap. 13:8; 17:8; cp. 3:5; 20:12, 15; 21:27). Desde la eternidad pasada, Dios ha tenido en mente un enorme cuerpo de creyentes a los que decidió amar (1 Jn. 4:10; cp. Ro. 10:20), para salvarlos de su pecado (Ef. 2:1-5; Col. 2:13), y conformarlos a la imagen de su Hijo (Ro. 8:29; 1 Co. 1:7-9; 2 Co. 3:18; Jud. 24-25). Y cada uno de esos nombres, de toda nacionalidad y época de la historia, Dios lo aseguró específicamente en propósito eterno antes de que el mundo comenzara.

EL ORIGEN DE LA ELECCIÓN

según la presciencia de Dios Padre (1:2a)

Una explicación popular para la elección de parte de aquellos que no pueden aceptar la decisión soberana de Dios basada en nada más que su propia voluntad, se deriva de una mala comprensión de

la **presciencia**. Según esa comprensión, el término simplemente significa adivinación o conocimiento sobrenatural del futuro. Los proponentes afirman que Dios en su omnisciencia miró los corredores del tiempo y vio quién creería el evangelio y quién no lo creería. Entonces eligió para la salvación a todos aquellos que Él sabía que decidirían creer, y les garantizó que llegarían al cielo. Sin embargo, hay por lo menos tres razones de que tal interpretación de **presciencia** no es bíblica. Primera, hace al hombre soberano en la salvación en lugar de Dios, aunque Jesús afirmó la soberanía suya y del Padre cuando les dijo a sus discípulos: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Jn. 15:16; cp. Ro. 9:11-13, 16). Segunda, esta interpretación da al hombre un mérito excesivo por su propia salvación, lo que le permite participar de la gloria que pertenece solo a Dios. El conocido pasaje de la salvación, Efesios 2:8-9, acaba con esa noción: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que *nadie se gloríe*” (cursivas añadidas; cp. 1 Co. 1:29, 31). Tercera, supone que el hombre caído puede buscar a Dios. Romanos 3:11, citando de Salmos 14:1-3 y 53:1-3, declara sin ambages: “No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios” (cp. Ef. 2:1). El apóstol Juan define con exactitud la iniciativa salvadora de Dios: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:10; cp. Ro. 5:8).

Cualquier tipo de definición de la presciencia centrada en el hombre es incompatible con la absoluta soberanía de Dios sobre todas las cosas: “Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Is. 46:9-10; cp. 14:24, 27; Job 42:1-2; Sal. 115:3; 135:6; Jer. 32:17).

El uso de la palabra griega traducida **presciencia** en el versículo 2 también prueba que no puede significar simplemente conocimiento de acontecimientos y actitudes futuras. *Prognōsis* (**presciencia**) se refiere a intención eterna, predeterminada, amorosa y salvadora. En 1:20, Pedro usa el verbo relacionado “ya destinado”, una forma de *proginōskō*, en referencia al conocimiento de Dios de la eternidad pasada de que enviaría a su Hijo para redimir a pecadores. El uso de este verbo no puede significar que Dios mirara dentro de la historia futura y viera que Jesús elegiría morir, por lo que lo hizo el Salvador. De la misma manera que Dios Padre conoció de antemano su plan para la crucifixión de Cristo desde antes de la fundación del mundo (Hch. 2:23; cp. 1 P. 2:6), también conoció de antemano a los elegidos. En ningún caso se trató de un asunto de simple información previa acerca de lo que iba a acontecer. Por tanto, **presciencia** implica determinación de parte de Dios de tener una relación con algunos individuos, basado en su plan eterno. Es el propósito divino el que lleva al cumplimiento de la salvación para los pecadores, conseguida por medio de la muerte de Jesucristo en la cruz, no simplemente es un conocimiento anticipado que observa cómo las personas responderán a la oferta de salvación que Dios haría.

En el Antiguo Testamento, “conocer” a alguien podía indicar una relación sexual (Nm. 31:18, 35; Jue. 21:12; cp. Gn. 19:8). Mucho antes de que Pedro articulara la naturaleza del conocimiento previo de Dios, “Jehová dijo a Moisés: También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre” (Éx. 33:17). En relación con Cristo el Siervo, Isaías 49:1-2 declara: “Oídmelo, costas, y escuchad, pueblos lejanos. Jehová me llamó desde el vientre, desde las entrañas de mi madre tuvo mi nombre en memoria. Y puso mi boca como espada aguda, me cubrió con la sombra de su mano; y me puso por saeta bruñida, me guardó en su aljaba”. Dios tuvo una relación predeterminada con el profeta Jeremías: “Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones” (Jer. 1:5). Amós escribió acerca del conocimiento previo de Dios en cuanto a Israel: “A vosotros solamente he conocido de todas las

familias de la tierra” (Am. 3:2). En todas las referencias anteriores no se habla tan solo de que Dios tenga información *respecto de* alguien, sino que Él quería establecer una relación *con* alguien. Y la **presciencia** nos dice que Dios estableció eso por decreto divino antes del inicio del tiempo.

De acuerdo con la continuidad de las Escrituras, la comprensión del conocimiento previo en el Antiguo Testamento aparece otra vez en los evangelios. Jesús, aclarando la verdadera naturaleza de la salvación en su Sermón del Monte, declaró esto acerca de los falsos elegidos: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mt. 7:22-23). Sin duda, Jesús sabía quiénes eran tales individuos, pero no los “conocía” en el sentido de que hubiera predeterminado una relación salvadora con ellos. Esa clase de relación está reservada para sus ovejas: “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen” (Jn. 10:14; cp. vv. 16, 26-28; 17:9-10, 20-21). La **presciencia** de salvación entonces implica que Dios decide conocer a alguien para tener una relación íntima de salvación, escogiéndolo por consiguiente desde la eternidad pasada para que reciba su amor redentor.

LA ESFERA DE LA ELECCIÓN

en santificación del Espíritu, (1:2b)

La manifestación exterior de la elección de los elegidos hecha por Dios en la eternidad comienza a tiempo **en santificación del Espíritu**. La **santificación** abarca todo lo que **el Espíritu** produce en la salvación: fe (Ef. 2:8), arrepentimiento (Hch. 11:15-18), regeneración (Tit. 3:5) y adopción (Ro. 8:16-17). Por tanto, la elección, el plan de Dios, se convierte en una realidad en la vida del creyente a través de la salvación, la obra de Dios, que el Espíritu Santo lleva a cabo.

La **santificación** (*hagiasmō*) se refiere a separación, consagración y santidad. Primera de Pedro 2:9-10 ilustra el principio: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia”. En la salvación, la **santificación del Espíritu** aparta del pecado a los creyentes para Dios, los separa de la oscuridad y los lleva a la luz, los aparta de la incredulidad y los lleva a la fe, y los aísla misericordiosamente del amor al pecado y los lleva al amor de la justicia (Jn. 3:3-8; Ro.8:2; 2 Co. 5:17; cp. 1 Co. 2:10-16; Ef. 2:1-5; 5:8; Col. 2:13).

Años antes, ante el concilio de Jerusalén, Pedro expresó el mismo principio:

Y después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyese por mi boca la palabra del evangelio y creyesen. Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones (Hch. 15:7-9).

El Espíritu Santo limpió por fe los corazones de los gentiles convertidos. Eso pone de relieve una vez más que la salvación es obra del Espíritu (Jn. 3:3-8; cp. Ro. 15:16; 1 Co. 6:11; 1 Ts. 1:4-6; 2 Ts. 2:13; Tit. 3:5).

Una vez que el Espíritu Santo separa en la salvación a los creyentes del pecado, continúa para hacerlos más y más santos (cp. Fil. 1:6) en el proceso progresivo de separación y santificación de por vida (Ro. 12:1-2; 2 Co. 7:1; 1 Ts. 5:23-24; He. 12:14; cp. Ef. 4:24, 30; 2 Ti. 4:18). Pablo dice que

Dios eligió a creyentes “para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Ef. 1:4). Tal situación empieza en la salvación y se completa en la glorificación. El proceso de santificación es la manera en que el propósito redentor de Dios obra en la vida terrenal de los cristianos (cp. Ro. 6:22; Gá. 4:6; Fil. 2:12-13; 2 Ts. 2:13; He. 12:14).

EL EFECTO DE LA ELECCIÓN

para obedecer (1:2c)

La obediencia a Jesucristo es el efecto o subproducto de la elección divina. Efesios 2:10 declara: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”. **Obedecer** a Jesucristo es entonces equivalente a ser salvos. Pablo lo denominó “la obediencia a la fe” (Ro. 1:5). Los creyentes no obedecen perfecta y totalmente (1 Jn. 1:8-10; cp. Ro. 7:14-25), pero sin embargo existe un patrón de obediencia en sus vidas, mientras por medio de Cristo se vuelven siervos de la justicia (Ro. 6:17-18; cp. Ro. 8:1-2; 2 Co. 10:5b).

Pablo estaba agradecido por los creyentes tesalonicenses porque vio en sus vidas muchos ejemplos de obediencia a Cristo.

Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo. Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección; pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros. Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo, de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído. Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada; porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera (1 Ts. 1:2-10).

Todos esos ejemplos (su fe, amor y esperanza en Cristo; la imitación de Pablo y el Señor; su conducta ejemplar delante de los demás; su proclamación de la Palabra; volverse de los ídolos; esperar a Cristo) demostraba verdadera regeneración de los tesalonicenses. (La primera epístola de Juan narra un caso aún más extenso de verdadera salvación como resultado de la obediencia a Cristo [2:3-5; 3:6-10, 24; 5:2-3].)

En la glorificación viene el cumplimiento del propósito de la elección y de la obra final de santificación, cuando los creyentes sean totalmente conformados a Cristo (Ro. 8:29; 1 Jn. 3:2). Hasta entonces, la obediencia es el efecto de la elección.

LA SEGURIDAD DE LA ELECCIÓN

y ser rociados con la sangre de Jesucristo: (1:2d)

Otro componente muy importante y práctico de la elección es la seguridad para el creyente. Esto se afirma en el pasaje citado antes (Jn. 6:37-40), en que Jesús dijo que no echaría fuera a quienes

confían verdaderamente en Él, sino que los resucitaría en el día postrero. Dios indica esa seguridad en que los elegidos son **rociados con la sangre de Jesucristo**. La metáfora de Pedro aquí mira hacia atrás a la época del Antiguo Testamento en que se rociaba sangre sobre el pueblo de Israel. Ese acontecimiento es tan importante que la carta a los Hebreos lo menciona una vez específicamente y otra por alusión (9:19-20; 12:24). El siguiente pasaje en Éxodo describe el extraordinario suceso:

Y Moisés vino y contó al pueblo todas las palabras de Jehová, y todas las leyes; y todo el pueblo respondió a una voz, y dijo: Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho. Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana edificó un altar al pie del monte, y doce columnas, según las doce tribus de Israel. Y envió jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y becerros como sacrificios de paz a Jehová. Y Moisés tomó la mitad de la sangre, y la puso en tazones, y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar. Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos. Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas (24:3-8).

Moisés acababa de regresar del monte Sinaí y oralmente revisó la ley para el pueblo de Dios recibida allí. Según afirma el texto, los israelitas respondieron con sumisión comprometiéndose a obedecer todo lo que Dios requería. Esto inició el acuerdo del pacto de decisiones entre Dios y su pueblo (cp. Éx. 19:3—20:17). Bajo la inspiración del Espíritu, Moisés escribió todas las palabras de la ley que acababa de recitar. Cuando terminó, a la mañana siguiente construyó un altar al pie del monte para simbolizar la ratificación del pacto entre Dios y el pueblo. A fin de representar la participación de toda la nación, el altar consistía de doce montones de piedras (columnas), una por cada una de las doce tribus. Para facilitar al pueblo una oportunidad adicional de expresar su determinación de obedecer la ley, Moisés ofreció holocaustos y becerros como ofrendas de paz. Moisés puso la mitad de la sangre de los animales sacrificados en grandes tazones, y la otra mitad la esparció sobre el altar de Dios. Entonces Moisés leyó al pueblo las palabras de la ley que había escrito la noche anterior y los israelitas comenzaron a jurar obediencia. Después de eso, Moisés salpicó al pueblo con la sangre restante de los tazones, y de este modo oficializó de manera visual y ceremonial la promesa y el compromiso de obediencia por parte del pueblo. La sangre derramada era una demostración tangible de que dos partes habían hecho un compromiso vinculante (cp. Gn. 15:9-18; Jer. 34:18-19). Israel hizo una promesa de obediencia a Dios, mediada a través de un sacrificio. La sangre esparcida sobre el altar representaba el pacto de Dios para revelar su ley, y la sangre esparcida sobre el pueblo significaba la aceptación de obedecer por parte del pueblo.

El Espíritu Santo compara ese compromiso excepcional con el pacto inherente en la fe salvadora en Jesucristo, la cual conlleva una promesa similar de obedecer la Palabra del Señor. Cuando los creyentes confían en el sacrificio expiatorio de Cristo por ellos, no solo aceptan el beneficio de su muerte a su favor, también se están sometiendo a su señorío soberano (cp. Mt. 7:24-27; 1 Ts. 1:9; 2:13; Stg. 1:21-23). Y la sangre de Cristo derramada en la cruz actúa como un sello para ese pacto. Es más, la noche antes de su muerte, cuando instituyó la Cena del Señor, Jesús repitió las palabras de Moisés en Éxodo 24:8: “Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mt. 26:27-28). Intrínseca en el nuevo pacto estaba la promesa de que el Señor vendría y redimiría a los pecadores, y estos responderían cumpliendo la Palabra de Dios.

Pedro afirma que cuando los creyentes fueran espiritualmente **rociados con la sangre de Jesucristo**, entrarían en un pacto de obediencia. Años antes, Pedro y los demás apóstoles se

refirieron a la verdad de obediencia cuando declararon a los líderes judíos: “A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen” (Hch. 5:31-32).

Para recapitular la analogía del Antiguo Testamento: la sangre rociada sobre el altar de Dios simbolizaba su compromiso de perdonar (cumplido por completo en la muerte expiatoria de Cristo), y la sangre rociada sobre el pueblo simbolizaba su intención de obedecer la ley de Dios (más plenamente cumplido cuando los cristianos andan en el Espíritu y obedecen la Palabra). Primera de Juan 2:3-6 es inequívoca en cuanto a esta sumisión:

Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo.

Así como una moneda tiene dos caras, el nuevo pacto tiene dos lados: salvación y obediencia. Como resultado de la elección divina, los hijos de Dios reciben salvación del pecado y tienen el afán de obedecerle; y Él promete perdonarlos cuando no lo hacen. La misma sangre de Jesucristo que selló el nuevo pacto sigue limpiando espiritualmente los pecados de los cristianos cuando estos desobedecen (cp. He. 7:25; 9:11-15; 10:12-18; 1 Jn. 1:7).

LAS VENTAJAS DE LA ELECCIÓN

Gracia y paz os sean multiplicadas. (1:2e)

Los saludos de muchas otras epístolas del Nuevo Testamento (p. ej., Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; Gá. 1:3; Fil. 1:2; 2 Ts. 1:2; Tit. 1:4; Ap. 1:4) repiten el deseo de Pedro para sus lectores. La idea de tal deseo se deriva aquí del modo optativo del verbo *plēthuntheiē*: **os sean multiplicadas**. El apóstol deseaba para su audiencia la **gracia** de Dios y su **paz** resultante (Ro. 5:1) en su máxima adjudicación o cantidad. Quería que ellos tuvieran lo mejor que Dios puede ofrecer a los creyentes, y que siguiera aumentando para su beneficio.

Pedro anhelaba que los destinatarios de su carta experimentaran todas las ricas y variadas bendiciones de ser los elegidos de Dios. Sin embargo, por lo general hoy día la tendencia es evitar las profundas consecuencias de la elección. A menudo los cristianos justifican tal actitud afirmando que la doctrina es demasiado profunda, demasiado confusa y demasiado divisiva. Pero los creyentes deberían regocijarse por los gloriosos beneficios que resultan al comprender la elección, y este versículo señala algunos de ellos.

Primero, la doctrina de la elección es la verdad que más humildes nos hace en toda la Biblia. Para los creyentes es muy aleccionador darse cuenta de que no tuvieron absolutamente nada que ver con la elección que Dios hiciera de ellos (Jn. 1:12-13; Ro. 9:16). Al entenderla de manera adecuada, la elección aplasta el orgullo moral y religioso, lo que representa una bendición porque Dios da gracia a los humildes (5:5; Pr. 3:34).

Segundo, la elección es una doctrina que exalta a Dios y resalta la adoración porque le concede toda la gloria. Deja en claro que la fe, el arrepentimiento y la capacidad del pecador de obedecer a Dios provienen de Él (cp. Sal. 110:3; Ef. 2:8-9). Solamente Dios puede otorgar perdón a su pueblo, cuando este peca (Pr. 20:9; Mi. 6:7; Ef. 1:7; 1 Jn. 1:7; 3:5). El salmista declara: “No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad” (Sal. 115:1).

Tercero, otra ventaja de la elección es que produce gran gozo. Aquellos a quienes Dios elige se regocijan porque saben que no tienen esperanza de salvación aparte de la gracia electiva (Jn. 6:44; Hch. 4:12; 1 Ti. 2:5-6). Finalmente, los elegidos habrían perecido para siempre como todos los demás pecadores, si Dios no los hubiera escogido (cp. Ro. 9:29). El Salmo 65:4 expresa en parte: “Bienaventurado el que tú escogieres y atrajeres a ti, para que habite en tus atrios”. Es un gozo supremo para los elegidos considerar que el Señor los ha amado con un amor eterno (cp. Lc. 10:20), desde antes de la fundación del mundo y hasta la eternidad futura.

Cuarto, la elección es beneficiosa porque promete a los cristianos una -eternidad de privilegios espirituales. La expresión reverente de alabanza y gratitud a Dios de parte del apóstol Pablo, con la que inicia su carta a los efesios, es un resumen apropiado de muchos de tales privilegios.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo. En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria (Ef. 1:3-14; cp. 1 P. 2:9-10).

Por último, la doctrina de la elección es un poderoso incentivo para una vida santa. Saber que Dios ha separado a los creyentes a causa de su amor especial por ellos es una motivación muy eficaz a vivir para la gloria de Dios. Ese principio sin duda estaba en la mente de Pablo cuando exhortó a los colosenses: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Col. 3:12-13). La gratitud a Dios por haberlos elegido debería impulsar a los creyentes a llevar una vida de obediencia y santidad.

Si los cristianos ignoran la doctrina de la elección fallan en comprender las glorias de la redención, fallan en honrar la soberanía de Dios y de Cristo, y no valoran los inmensos privilegios espirituales que les pertenecen. Los creyentes de hoy, así como aquellos en la época de Pedro, no deben pasar por alto la doctrina de la elección porque Dios desea que conozcan lo que su gracia ha provisto, y porque toda enseñanza espiritual es motivo para ofrecerle la alabanza que Él merece (cp. Sal. 19:7-9; 119:7, 14-16).

La elección es una verdad tan poderosa que cuando los cristianos la entienden sus ramificaciones prácticas transformarán su manera diaria de vivir. El hecho de que los creyentes conozcan la condición de su elección (que residen en la tierra como extranjeros espirituales a fin de alcanzar a quienes los rodean), la naturaleza de su elección (consecuencia total de la decisión soberana de Dios),

la fuente de su elección (que Dios puso su amor en ellos desde la eternidad pasada), la esfera de su elección (que se convierte en una realidad por medio de la santificación del Espíritu Santo), el efecto de su elección (obediencia amorosa a Jesucristo), la seguridad de su elección (el pacto de obediencia que asegura perdón divino), y las ventajas de su elección (los muchos privilegios y bendiciones espirituales disponibles), produce en sus vidas tal poder que nunca podrían apreciar de ninguna otra manera.

2. La herencia eterna del creyente

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. (1:3-5)

El apóstol Pedro sigue la introducción de su primera carta con una profunda doxología respecto a la maravilla de la salvación. Consideró esencial comenzar el cuerpo de la carta con este himno gozoso de alabanza, ya que los creyentes a los que la dirigió se enfrentaban a una severa persecución de parte de Roma. El pasaje es un himno de adoración que tiene el propósito de animar a los cristianos que viven en un mundo hostil a mirar más allá de sus problemas temporales y disfrutar de su herencia eterna.

La doxología de Pedro tiene componentes que ayudan a todos los creyentes a alabar a Dios de manera más inteligente. A fin de ayudar a la Iglesia a captar su herencia eterna, a bendecir y a adorar a Dios con mayor plenitud, Pedro establece cinco características relevantes: el origen, el motivo, la apropiación, la naturaleza, y la seguridad de la herencia del creyente.

EL ORIGEN DE LA HERENCIA DEL CREYENTE

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, (1:3a)

Pedro da por sentado que es necesario para los creyentes bendecir a **Dios**. La intención es tan implícita que el texto griego omite la palabra “sea”, que la mayoría de versiones añade. (En el original, la frase literalmente empieza: “Bendito el Dios”, que transmite la expectativa de Pedro de que sus lectores “bendigan a Dios” como la fuente de toda herencia espiritual.) El apóstol adora a Dios e implora a los demás a hacer lo mismo.

Pedro además lo llama **el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo**, frase que identificaba a Dios de una manera claramente cristiana. Históricamente los judíos habían bendecido a Dios como su creador y redentor de Egipto. La creación resaltaba el poder soberano de Dios en acción, y la

redención de Israel de la esclavitud en Egipto resaltaba su poder salvador en acción. Pero quienes se convertían en cristianos debían bendecir a **Dios** como el **Padre de su Señor Jesucristo**.

Con una sola excepción (cuando el Padre lo abandonó en la cruz, Mt. 27:46), cada vez que los evangelios registran que Jesús se dirigió a Dios, lo llamó “Padre” o “mi Padre”. Al hacer eso, Jesús estaba rompiendo con la tradición judía que casi nunca llamaban a Dios Padre, y que siempre lo hacían en un sentido más colectivo que personal (p. ej., Dt. 32:6; Is. 63:16; 64:8; Jer. 3:19; 31:9; Mal. 1:6; 2:10). Además, al llamar a Dios su **Padre**, Jesús estaba afirmando que participaba de la naturaleza divina. Mientras hablaba con los judíos en una observancia de la fiesta de la dedicación, Cristo declaró: “Yo y el Padre uno somos” (Jn. 10:30). Más adelante, en respuesta a la solicitud de Felipe de que revelara al Padre, Jesús expresó: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn. 14:9; cp. vv. 8, 10-13). Jesús afirmó que Él y el Padre poseían la misma naturaleza divina, que Él es totalmente Dios (cp. Jn. 17:1, 5). El Padre y el Hijo comparten la misma vida (uno es íntima y eternamente igual al otro) y nadie puede conocer de veras a uno sin conocer de verdad al otro (cp. Mt. 11:27; Lc. 10:22). Ninguna persona puede afirmar que conoce a Dios a menos que lo conozca como Aquel revelado en Jesucristo, su Hijo. Jesús mismo dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto” (Jn. 14:6-7).

En sus escritos, el apóstol Pablo también declaró que el Padre y el Hijo tienen la misma esencia: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (2 Co. 1:3; cp. Ef. 1:3, 17). De igual modo, Juan escribió en su segunda epístola: “Sea con vosotros gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y del Señor Jesucristo” (2 Jn. 3). Cada vez que el Nuevo Testamento llama a Dios Padre, principalmente denota que Él es el **Padre del Señor Jesucristo** (Mt. 7:21; 10:32; 11:25-27; 16:27; 25:34; 26:39; Mr. 14:36; Lc. 10:21-22; 22:29; 23:34; Jn. 3:35; 5:17-23; 6:32, 37, 44; 8:54; 10:36; 12:28; 15:9; 17:1; Ro. 15:6; 2 Co. 11:31; cp. Jn. 14:23; 15:16; 16:23; 1 Jn. 4:14; Ap. 1:6). Dios también es el Padre de todos los creyentes (Mt. 5:16, 45, 48; 6:1, 9; 10:20; 13:43; 23:9; Mr. 11:25; Lc. 12:30, 32; Jn. 20:17; Ro. 1:7; 8:15; Gá. 4:6; Ef. 2:18; 4:6; Fil. 4:20; He. 12:9; Stg. 1:27; 1 Jn. 2:13; 3:1).

Un comentarista llama “una confesión enfocada” al uso que Pedro hace en el versículo 3 del nombre totalmente redentor de Cristo. Todo lo que la Biblia revela acerca del Salvador aparece en ese título: **Señor** lo identifica como Gobernante soberano; **Jesús** como Hijo encarnado; y **Cristo** como Rey y Mesías ungido. El apóstol personaliza ese magnífico título con la simple inclusión del pronombre **nuestro**. El divino **Señor** del universo pertenece a todos los creyentes, así como el **Jesús** que vivió, murió y resucitó por ellos, y así también el **Cristo**, el Mesías a quien Dios ungió como Rey eterno que les concederá su herencia gloriosa.

EL MOTIVO PARA LA HERENCIA DEL CREYENTE

que según su grande misericordia (1:3b)

Su grande misericordia fue el motivo detrás del cual Dios concedió vida eterna a los creyentes, esto es, participar de la misma vida del Padre, del Hijo y del Espíritu. Efesios 2:4-5 también expresa esta generosidad divina: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)” (cp. Tit. 3:5). Tanto aquí como en Efesios, el escritor apostólico añadió un adjetivo ampliador (**grande** y “rico”).

La **misericordia** se centra en la miserable y lastimera condición del pecador. El evangelio está motivado por la compasión de Dios hacia los que estaban muertos en sus delitos y pecados (Ef. 2:1-3). Todos los creyentes estuvieron una vez en esa condición desdichada y desamparada, agravada por un corazón engañoso (Gn. 6:5; 8:21; Ec. 9:3; Jer. 17:9; Mr. 7:21-23), una mente corrupta (Ro. 8:7-8; 1 Co. 2:14), y unos deseos malvados (Ef. 4:17-19; 5:8; Tit. 1:15) que los esclavizaban al pecado y los dirigían al justo castigo en el infierno. Por tanto, necesitaban que Dios, en su **misericordia**, mostrara compasión hacia la condición desesperada y perdida de ellos y la remediara (cp. Is. 63:9; Hab. 3:2; Mt. 9:27; Mr. 5:19; Lc. 1:78; Ro. 9:15-16, 18; 11:30-32; 1 Ti. 1:13; 1 P. 2:10).

Misericordia no es lo mismo que gracia. La misericordia tiene que ver con una condición miserable del individuo, mientras que la gracia tiene que ver con su culpa, lo que provocó tal condición. La misericordia divina lleva al pecador de la miseria a la gloria (un cambio de condición), y la gracia divina lo lleva de la culpa a la absolución (un cambio de posición; véase Ro. 3:24; Ef. 1:7). Al Señor le apena la condición no redimida de perdición y desesperación del pecador (Ez. 18:23, 32; Mt. 23:37-39). Eso se manifestó claramente durante su encarnación cuando Jesús sanó a las personas de sus enfermedades (Mt. 4:23-24; 14:14; 15:30; Mr. 1:34; Lc. 6:17-19). Él pudo haber demostrado su deidad en muchas otras maneras, pero decidió las sanidades porque estas ilustraban mejor el corazón compasivo y misericordioso de Dios hacia pecadores que sufrían la miseria temporal de su condición caída (cp. Mt. 9:5-13; Mr. 2:3-12). Los milagros de sanidad de Jesús, que casi desterraron la enfermedad de Israel, demostraron que era cierto lo que el Antiguo Testamento decía acerca de que Dios el Padre es misericordioso (Éx. 34:6; Sal. 108:4; Lm. 3:22; Mi. 7:18).

Aparte incluso de la posibilidad de cualquier mérito o valía de parte del pecador, Dios concede misericordia a quien quiere: “Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Ro. 9:15-16). Por su infinita compasión y su libre, abundante e ilimitada **misericordia**, Él decidió otorgar vida eterna, y no fue por algo que los pecadores pudieran hacer o merecer (Éx. 33:19; Ro. 9:11-13; 10:20; 2 Ti. 1:9). Es totalmente comprensible que Pablo llamara a Dios “Padre de misericordias” (2 Co. 1:3).

LA APROPIACIÓN DE LA HERENCIA DEL CREYENTE

nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, (1:3c)

El profeta Jeremías hizo una vez la pregunta retórica: “¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas?” (Jer. 13:23). Esta gráfica analogía sugería una respuesta negativa a la pregunta de si los pecadores podían cambiar sus naturalezas o no (cp. 17:9). La naturaleza pecaminosa de la humanidad necesita cambiar (Mr. 1:14-15; Jn. 3:7, 17-21, 36; cp. Gn. 6:5; Jer. 2:22; 17:9-10; Ro. 1:18-2:2; 3:10-18), pero solo Dios, obrando por medio de su Espíritu Santo, puede transformar el corazón humano pecador (Jer. 31:31-34; Jn. 3:5-6, 8; Hch. 2:38-39; cp. Ez. 37:14; Hch. 15:8; Ro. 8:11; 1 Jn. 5:4). A fin de que los pecadores reciban una herencia eterna de parte de Dios, deben experimentar el medio divino de transformación: el nuevo nacimiento. Pedro afirma esa verdad en esta última parte del versículo 3, cuando declara que Dios **nos hizo renacer** a los creyentes (véase análisis sobre 1:23-25 en el capítulo 7 de esta obra; cp. 2 Co. 5:17).

Jesús explicó de manera eficaz la necesidad de regeneración (el nuevo nacimiento) a Nicodemo, un destacado maestro judío.

Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu. Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto? De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna (Jn. 3:1-15).

Con el fin de ilustrar la idea del nuevo nacimiento, Jesús se refirió al episodio de la serpiente de bronce (Nm. 21:4-9), un relato del Antiguo Testamento que Nicodemo habría conocido bien. Cuando los israelitas mordidos por serpientes en el desierto reconocían tanto su pecado como el juicio de Dios sobre ellos por ese pecado, y miraban el objeto que Él proveyó para liberarlos (una serpiente de bronce en un asta), recibían sanidad física de las venenosas mordidas. Por analogía, para que los pecadores reciban liberación espiritual deben reconocer su condición espiritual como envenenada por su pecado y experimentar la salvación de la muerte espiritual y eterna mirando hacia el Hijo de Dios y confiando en Él como su Salvador. Jesús encaró el fariseísmo de Nicodemo y le dijo lo que todos los pecadores deben oír: que son espiritualmente regenerados solo por la fe en Jesucristo (cp. Jn. 1:12-13; Tit. 3:5; Stg. 1:18).

Pedro continúa declarando que los resultados de la regeneración en los creyentes es recibir **una esperanza viva**. El mundo incrédulo únicamente conoce esperanzas muertas (Job 8:13; Pr. 10:28; Ef. 2:12), pero los creyentes tienen una esperanza viva y eterna (Sal. 33:18; 39:7; Ro. 5:5; Ef. 4:4; Tit. 2:13; He. 6:19) que tendrá un cumplimiento pleno, definitivo y glorioso (Ro. 5:2; Col. 1:27). Se trata de una esperanza que más tarde Pedro describió así: “Nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 P. 3:13). Esta esperanza es la que llevó a Pablo a decir a los filipenses: “Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (Fil. 1:21). Al morir, la esperanza de los creyentes se hace realidad cuando entran a la gloriosa presencia de Dios y a la comunión plena, gozosa y libre de obstáculos con la Trinidad, los ángeles y otros santos (Ro. 5:1-2; Gá. 5:5).

El recurso por el cual los cristianos se apropian de esta esperanza viva y eterna es el nacimiento espiritual, y el poder para esa apropiación fue demostrado **por la resurrección de Jesucristo de los muertos**. Jesús le dijo a Marta, justo antes de resucitar de la tumba a su hermano Lázaro: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Jn. 11:25-26; cp. 14:19). Pablo instruyó a los corintios en cuanto a las consecuencias vitales de la resurrección: “Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados” (1 Co. 15:17). Incluso si alguien esperó en Cristo en esta vida, pero no más allá de

ella, estaría perdido (v. 19). Sin embargo, Cristo resucitó de los muertos, asegurando para siempre la esperanza viva del creyente en el cielo al conquistar definitivamente a la muerte (vv. 20-28, 47-49, 54-57).

LA NATURALEZA DE LA HERENCIA DEL CREYENTE

para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, (1:4a)

La palabra clave de todo este pasaje es **herencia**, que es riqueza transmitida, o un legado que alguien recibe como miembro de una familia. El concepto tuvo sus orígenes en el Antiguo Testamento, con el cual los lectores de Pedro se habrían identificado fácilmente. Es más, la misma palabra griega (*klēronomia*), aquí traducida **herencia**, se usa en la Septuaginta para hablar de las partes de Canaán asignadas por Dios a cada tribu de Israel menos Leví (cp. Nm. 18:20-24; Jos. 13:32-33). Véase Números 26:54, 56 (la forma del verbo aparece en los vv. 53, 55); 34:2 (donde se usa para toda la tierra prometida como herencia colectiva de Israel; cp. Dt. 12:9); Josué 11:23; Deuteronomio 3:20 (para las tierras asignadas a las tribus al otro lado del Jordán). La palabra también se usa muchas veces para otra clase de herencia (p. ej., la herencia individual de las hijas de Zelofehad [Nm. 27:7-11]). *Klēronomia* a menudo se traduce “posesión” en varias traducciones castellanas del Antiguo Testamento.

El Antiguo Testamento afirma repetidas veces que bajo el antiguo pacto el pueblo de Dios, la nación de Israel, recibió una herencia (Nm. 26:53-56; 34:2, 29; Dt. 3:28; 26:1; 31:7; Jos. 11:23; 14:1; 1 R. 8:36; 1 Cr. 16:18; Sal. 105:11; cp. Sal. 78:55). Pedro les dijo a sus lectores que así como Israel recibió una herencia terrenal, la tierra de Canaán, así la Iglesia recibe una herencia espiritual en el cielo (Hch. 20:32; 26:18; Ef. 1:11,18; Col. 1:12; 3:24; He. 9:15). El apóstol les recordó que en medio de la persecución debían alabar a Dios y esperar con paciencia la **herencia** eterna prometida (4:13; Mt. 24:13; He. 12:2-3; cp. Ro. 6:18; 8:18; 12:12). Por tanto, él quería aumentar el conocimiento de ellos (y de todos los creyentes) respecto a la bendición eterna que ya les pertenece por la promesa en Cristo (cp. Ro. 8:16-17; 1 Jn. 3:2-3). Hasta ese momento, Dios está en el proceso de hacer madurar a sus hijos y conformarles la conducta para que sean cada vez más coherentes con la herencia espiritual que ya tienen (cp. 4:12-13, 19; 5:10; He. 12:5-12; Stg. 1:2-4; 5:11). Las palabras de Pedro recuerdan la exhortación de Pablo a los colosenses para que se centren en esa herencia: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col. 3:1-2; cp. Mt. 6:33; 1 Jn. 2:15-17).

Pedro agrega tres términos descriptivos para definir más el tipo de herencia que los creyentes obtienen: **incorruptible, incontaminada e inmarcesible**. **Incorruptible** (*aphtharton*) se refiere a lo que no se degenera, no muere, ni está sujeto a la destrucción. A diferencia de la herencia terrenal de los israelitas que vino y se fue a causa de sus pecados, la herencia espiritual de los creyentes nunca estará sujeta a destrucción. La herencia de los cristianos en el cielo, que se revelará en el futuro, es un tesoro glorioso que nunca se perderá.

Incontaminada (*amianton*) describe cosas que permanecen puras o impolutas. Todo en la creación caída es impuro y está contaminado por el pecado (Ro. 8:20-22; 1 Jn. 5:19), y por consiguiente, todo es defectuoso. A esto es a lo que el apóstol Pablo se refirió al escribir: “Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Ro. 8:22). Toda la herencia terrenal está contaminada, pero no la herencia **incontaminada** que los creyentes tienen en Jesucristo (cp. Fil. 3:7-9; Col. 1:12). Esta es sin defecto y perfecta.

Por último, la herencia del creyente es **inmarcesible**. Esa palabra se traduce de la expresión *amaranton*, que se usaba en el griego secular para describir una flor que no se marchitaba ni moría. El término en este contexto sugiere que los creyentes tienen una herencia que nunca perderá su magnificencia. Ninguno de los elementos decadentes del mundo puede afectar el reino celestial (Lc. 12:33; cp. Ap. 21:27; 22:15). Ninguno de los estragos del tiempo ni los males del pecado pueden tocar la herencia de los creyentes porque esta se encuentra en un reino eterno sin pecado (cp. Dt. 26:15; Sal. 89:29; 2 Co. 5:1). Más tarde en esta carta Pedro reitera la naturaleza incorruptible de la herencia de la Iglesia: “Cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria” (5:4).

LA SEGURIDAD DE LA HERENCIA DEL CREYENTE

reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. (1:4b-5)

Después de prometer que la herencia espiritual de los creyentes era de carácter permanente, Pedro añade algo más a la seguridad de sus lectores, declarando que esa herencia les está **reservada en los cielos**. Su naturaleza es fija e inalterable, y también lo es su lugar. **Reservada** (*tetērēmenēn*) significa “guardada” o “vigilada”. El participio pasivo perfecto transmite la idea de la herencia ya existente que es vigilada cuidadosamente **en los cielos** para todos aquellos que confían en Cristo. No solo que esa herencia no cambia, sino que nadie la saquea. La realidad de una herencia eterna protegida e imperecedera es precisamente a lo que Jesús se refirió cuando declaró:

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón (Mt. 6:19-21).

Los cielos es el lugar más seguro en todo el universo. El apóstol Juan lo describe como un lugar al que no entrará “ninguna cosa inmundada, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Ap. 21:27; cp. 22:14-15).

No solo que la herencia está divinamente protegida, sino que quienes la poseen también son **guardados por el poder de Dios** de hacer algo para perderla o quedar separados de ella. **El poder de Dios** es su omnipotencia soberana que continuamente protege a sus elegidos. Si Dios es por los creyentes, nadie puede oponérseles (Ro. 8:31-39; Jud. 24). Todos los detalles de esta promesa son para proporcionar al creyente una esperanza imperecedera del cielo, a fin de proveer gozo y perseverancia.

La continua **fe** del cristiano en Dios es evidencia de la obra divina de guardar y proteger (Jn. 8:31; Col. 1:21-23; He. 3:6,14; Stg. 2:17, 20-26; 1 Jn. 5:4,11-13). En la conversión, Dios activa la fe en los corazones de los creyentes, y a medida que los guarda sigue activándoles esa fe (Sal. 37:24; Jn. 10:28; Fil. 1:6). Por su gracia, siempre obran juntos el poder omnipotente y protector de Dios, y la perseverancia del creyente en la fe (cp. Dn. 6:1-23).

Esta seguridad para el creyente y su herencia miran no solo más allá de esta vida sino también más allá de la historia humana, a fin de **alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero**. **Salvación** (*sōtērian*) significa “rescate” o “liberación”, y aquí denota la vida plena, eterna y definitiva que Dios aún no ha consumado. El Nuevo Testamento revela

implícitamente una cronología triple para la salvación. El aspecto pasado de la salvación es la justificación; esta llega cuando una persona cree en Cristo (Ro. 10:9-10, 14-17) y es liberada del castigo por el pecado. El aspecto presente de la salvación es la santificación. Los creyentes están siendo continuamente liberados del poder del pecado (1 Jn. 1:9). Efesios 2:8 declara: “Porque por gracia sois salvos”. La lengua griega literalmente expresa: “Están siendo salvados”. La salvación por consiguiente es una ocurrencia pasada con resultados continuos en el presente. Tercero, la salvación también tiene un aspecto futuro: la glorificación (cp. Ro. 13:11). Cuando un creyente muere, Dios lo libera total y finalmente de la presencia del pecado (cp. He. 9:28) y al instante lo lleva a su herencia eterna en su presencia celestial. Pablo expresó con gran elocuencia a Timoteo su confianza personal en la seguridad de su herencia futura: “Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén” (2 Ti. 4:18; cp. Hch. 26:18; Ef. 1:11, 14, 18; Col. 1:12).

El libro de Hebreos tiene mucho que decir acerca de la herencia futura del creyente. En referencia a los ángeles, el escritor pregunta de forma retórica: “¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?” (1:14). Más tarde él dice esto respecto de Cristo y el nuevo pacto: “Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna” (9:15; cp. v. 28).

Del aspecto futuro de la salvación se dice en particular que **está preparada**, es decir, completa y ya esperando la llegada del creyente. Pero la salvación futura también está relacionada con el fin de la historia humana. Pedro dice que debe **ser manifestada en el tiempo postrero**. Dios no completará totalmente la herencia de los creyentes hasta el último episodio de la historia redentora, concretamente el regreso de Jesucristo (cp. Mt. 25:34). Todos los creyentes reciben recompensas en el tribunal de Cristo después del arrebatamiento:

Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa (1 Co. 3:11-14; cp. 2 Co. 5:10; 2 Ti. 4:1, 8).

Y la plenitud de la herencia eterna del cristiano se completará al final del reino milenial cuando Dios cree el cielo nuevo y la tierra nueva (Ap. 21:1-27):

Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos (Ap. 22:1-5).

Así como originalmente el Señor mismo fue la herencia de los levitas (Jos. 13:33), la tribu sacerdotal de Israel, así también Él es la herencia del sacerdocio real de Cristo (1 P. 2:9). El salmista sabía con certeza que heredaría a Dios: “Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa; tú sustentas mi suerte. Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado” (Sal. 16:5-6; cp. 73:23-26). El profeta Jeremías, incluso en medio de los tiempos más

difíciles, captó firmemente el mismo concepto: “Mi porción es Jehová, dijo mi alma; por tanto, en él esperaré” (Lm. 3:24). Los cristianos también son herederos de Dios con Cristo: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Ro. 8:16-17).

Los cristianos poseen algunos de los beneficios de la salvación en esta vida, pero la gran plenitud de la redención está por venir. Dios ha prometido glorias indescriptibles en la perfección eterna del cielo que un día serán la experiencia consciente de todo creyente. Él es la fuente de la herencia del cristiano; esta viene debido a la misericordia divina y por el compasivo medio del nuevo nacimiento; y permanece perfecta y eternamente segura, una realidad en la que todos los creyentes pueden poner su esperanza.

3. El gozo de la salvación

En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas. (1:6-9)

Uno de los capítulos más apreciados en los evangelios es Lucas 15. Allí Cristo narra tres parábolas memorables: la de la oveja perdida (vv. 4-7), la moneda perdida (vv. 8-10), y la del hijo perdido (pródigo) (vv. 11-32). Cada parábola representa la salvación, cada una describe un alma perdida perdonada y reconciliada con Dios. Además, cada parábola concluye con una celebración de tremendo júbilo por la recuperación de lo que se había perdido, que ilustra la respuesta del cielo ante la salvación de un pecador (15:6, 9, 32).

La salvación genuina y el gozo verdadero van de la mano y no se limitan a los habitantes celestiales. La meta de Pedro en este texto es lograr que, a la luz de la salvación eterna, los creyentes entiendan que el gozo debería ser para ellos una expresión constante. Este gozo refleja lo que sin duda Pedro conocía de la revelación del Antiguo Testamento. El salmista tenía mucho que decir acerca del gozo y el creyente: “Envía tu luz y tu verdad; éstas me guiarán; me conducirán a tu santo monte, y a tus moradas. Entraré al altar de Dios, al Dios de mi alegría y de mi gozo; y te alabaré con arpa, oh Dios, Dios mío” (Sal. 43:3-4; cp. 4:7; 5:11; 9:2; 32:11; 37:4; 51:12). El profeta Isaías escribió: “Y los redimidos de Jehová volverán, y vendrán a Sion con alegría; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido” (Is. 35:10; cp. 61:10). El Evangelio de Lucas llama al nacimiento de Cristo “nuevas de gran gozo” (2:10), y Pablo elogió a los creyentes

tesalonicenses por recibir “con gozo del Espíritu Santo” (1 Ts. 1:6; cp. Fil. 4:4; 1 Ts. 5:16) el mensaje del evangelio que les ofreció.

Pedro escribió con anticipación sobre el tema del gozo y el creyente porque sus lectores necesitaban el recordatorio y el ánimo cuando enfrentaran severa persecución. Más adelante, en 2:12, los exhortó: “Manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras”. La clara sugerencia es que aunque los destinatarios de esta carta estuvieran sufriendo injustamente, debían esperar tal maltrato y soportarlo con gozo y paciencia (cp. 2:18-21; 3:9, 14-15, 17; 4:1, 12, 14, 16, 19; 5:10). A la luz de la bendición de la salvación, ninguna dificultad terrenal debía disminuirles el gozo (cp. Hab. 3:17-18; Mt. 5:11-12; Stg. 1:2).

El gozo de la salvación no es una emoción breve, superficial o circunstancial, sino más bien algo permanente y profundo (Ro. 5:11; 14:17; Gá. 5:22; Fil. 1:25; 4:4; cp. 1 Cr. 16:27; 29:17; Esd. 3:12; Neh. 8:10; Job 8:19; Sal. 5:11; 16:11; 43:4; Is. 35:10; 51:11; Mt. 13:44; 25:21; Lc. 24:52; Jn. 16:24; Hch. 13:52; Jud. 24), ligado estrechamente a las bendiciones espirituales de fe, esperanza y amor (cp. Ro. 5:2; 12:12; 15:13; He. 12:2), y otorgado por Dios a través de su Hijo y el Espíritu Santo (Lc. 2:10-11, 29-32, 38; 24:52; Jn. 15:11; 16:22; 17:13; 1 Ts. 1:6; cp. Jn. 10:10; 14:26-27; 16:33). La simple felicidad viene de acontecimientos positivos externos, pero el gozo de la salvación resulta de la confianza profundamente arraigada de que se posee vida eterna de parte del Dios vivo mediante el Cristo crucificado y resucitado (cp. Fil. 3:7-11; He. 6:19-20; 10:19-22; 1 Jn. 5:13-14), gozo que se comprenderá totalmente en la gloria del cielo.

Pedro brinda cinco perspectivas sobre el gozo para que los creyentes puedan triunfar incluso en las circunstancias más adversas. Él destaca la realidad de que el gozo se deriva de la confianza en una herencia protegida, en una fe probada, en una honra prometida, en una comunión personal con Cristo, y en una liberación presente.

CONFIANZA EN UNA HERENCIA PROTEGIDA

En lo cual vosotros os alegráis, (1:6a)

En lo cual se refiere al pasaje anterior (1:3-5), que detallaba la primera gran verdad que trae gozo a los cristianos, concretamente su herencia eterna protegida. **Os alegráis** (de *agalliaō*) es un término intenso y expresivo que significa estar enorme y abundantemente feliz, una felicidad que no es provisional ni basada en circunstancias o sensaciones superficiales. Jesús la usó en Mateo 5:12 en adición a la palabra más común para **alegráis** (*chairō*). Con ese uso intensificó el significado de su mandato a sus discípulos. Es más, en ese versículo los traductores de la Nueva Versión Internacional tradujeron la palabra como “llénense de júbilo”. En el Nuevo Testamento *agalliaō* siempre se refiere al gozo espiritual en lugar del temporal, y por lo general tiene referencia a una relación con Dios (cp. 1:8; 4:13; Lc. 1:47; 10:21; Hch. 2:26; 16:34; Ap. 19:7). Además, ya que Pedro lo pone en el tiempo presente, transmite la idea de *continuo* gozo y felicidad.

Según se analizó en el capítulo anterior de esta obra, Dios ha reservado y protegido con seguridad una herencia eterna en los cielos para cada creyente. Por eso el apóstol Pablo instó a los creyentes a centrarse “en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col. 3:2). Hubo una época en que ese gozo parecía difícil de alcanzar para los discípulos de Cristo. Jesús les declaró en el aposento alto: “De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Jn. 16:20). Por poco tiempo los incrédulos se alegrarían y los discípulos llorarían como resultado de la muerte del Salvador (cp. Mt.

27:39, 44; Mr. 14:27; 16:10-11, 14; Lc. 24:17, 36-39). Pero cuando Él resucitó de la tumba y los discípulos lo vieron, su tristeza se convirtió en gozo (Lc. 24:12, 32, 52-53; cp. Jn. 21:7) y la promesa de vida después de la muerte para los creyentes (cp. Jn. 11:25-26; 14:1-4) se hizo creíble.

En todos los creyentes mora el Espíritu Santo (Jn. 14:16-17; Hch. 1:8; Ro. 8:9; 1 Co. 6:19; 12:13; Gá. 3:14; 1 Jn. 2:27; 3:24; 4:13; cp. Jn. 14:26; 16:13; Hch. 6:5; 2 Co. 6:16), quien se desempeña como una garantía o sello para asegurarles la herencia eterna:

En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria (Ef. 1:13-14; cp. 4:30).

El autor de Hebreos también se enfoca en la herencia espiritual protegida del creyente (4:1-10; 6:9-12, 19-20; 9:11-15; 11:13-16) y anima a sus lectores judíos a hacer lo mismo en medio del sufrimiento:

Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante. Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos. No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa (10:32-36).

Por difíciles que sean las circunstancias y las persecuciones que los creyentes enfrenten, se alegran en gran manera porque la esperanza futura se deriva de la resurrección de Cristo (1:3; 1 Co. 15:51-57; cp. Ro. 5:2; 12:12) y de la realidad presente de la morada del Espíritu (1:2), asegurando así una herencia protegida y eterna (cp. He. 10:32-36).

CONFIANZA EN UNA FE PROBADA

aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, (1:6b-7a)

A continuación, Pedro pasa a una fuente de gozo que tiene inmensas ramificaciones prácticas para los creyentes: confianza en una fe probada. En vez de dejar que severos sufrimientos y persecuciones les roben el gozo y echen a perder la anticipación de la bendición futura en el cielo, los verdaderos creyentes con una perspectiva bíblica saben que tales sufrimientos en realidad pueden añadir a su gozo cuando experimentan gracia y anticipan el futuro.

En el resto del versículo 6 el apóstol enumera cuatro características concisas de las tribulaciones que Dios usa para probar la fe de los creyentes. Primero declara que los problemas se presentan **ahora por un poco de tiempo**. Son transitorios (cp. Sal. 30:5; Is. 54:7-8; Ro. 8:18), literalmente “por una temporada”, lo que significa que pasarán rápidamente, como nuestro tiempo en la tierra. Pablo los denomina “leve tribulación momentánea” (2 Co. 4:17), con relación al “eterno peso de gloria”.

Segundo, los problemas llegan **si es necesario**; es decir, cuando cumplen un propósito en las vidas de los creyentes (cp. Job 5:6-7; Hch. 14:22; 1 Ts. 3:3). Dios los usa para hacer humildes a los creyentes (Dt. 8:3; 2 Co. 12:7-10), separarlos de las cosas del mundo e indicarles el cielo (Jn. 16:33;

Ap. 14:13; cp. Job 19:25-26), enseñarles a valorar la bendición divina como algo opuesto al dolor de la vida (4:13; Ro. 8:17-18), prepararlos con el fin de ayudar a otros (2 Co. 1:3-7; He. 13:3), disciplinarlos por sus pecados (1 Co. 11:30; cp. Job 5:17; Lc. 15:16-18; He. 12:5-12), y ayudarlos a fortalecer el carácter espiritual (Ro. 5:3; 2 Ts. 1:4-6; Stg. 1:2-4; 5:11). Más tarde en esta carta Pedro resume el beneficio de las tribulaciones: “El Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (5:10).

Tercero, por medio de la frase **tengáis que ser afligidos**, Pedro reconoce que es innegable que los problemas producen aflicción (cp. Gn. 3:16-19; Sal. 42:7; 66:12; 89:30-32). **Afligidos** se refiere no solo a dolor físico sino también a angustia mental, incluso tristeza, congoja, desilusión y ansiedad. Por diseño divino, la tribulación debe ser dolorosa a fin de refinar a los creyentes para una mayor utilidad espiritual (cp. Sal. 34:19; 78:34; 119:71; Jn. 9:1-3; 11:3-4; 2 Co. 12:10).

Cuarto, el apóstol observa en el versículo 6 que los cristianos experimentan **diversas pruebas**; las tribulaciones vienen en muchas formas (Stg. 1:2). La palabra griega traducida **diversas** es *poikilos*, que significa “de diferentes colores”. Más tarde Pedro usa la misma expresión, traducida “multiforme”, para describir la diversa gracia de Dios (4:10). Así como las pruebas son diversas, la suficiente gracia de Dios para los creyentes es igualmente diversa. No existe forma de tribulación que alguna faceta de la gracia divina no pueda reemplazar (cp. 1 Co. 10:13). La gracia de Dios es suficiente para todo sufrimiento humano.

Tales elementos simplemente declarados reiteran de modo implícito por qué la prueba no debe disminuir el gozo de los creyentes, y la primera mitad del versículo 7 afirma de manera explícita la razón: ellos se regocijan **para que [sea] sometida a prueba [su] fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego**. Esta perspectiva sobre la tribulación no solo que no disminuye el gozo sino que en realidad produce gozo triunfante, ya que la experiencia valida la fe de los cristianos. **Prueba** (*dokimion*) se usa para describir el análisis del metal. El proceso de análisis pone al descubierto la pureza del metal y determina su verdadero contenido y valor después que todas las impurezas se han fundido Nm. 31:22-23; cp. Pr. 17:3; Zac. 13:9). Por analogía, Dios prueba la fe del creyente a fin de revelar su autenticidad (cp. Job 23:10). (Lo hace no porque deba descubrir quién es un verdadero creyente, sino para que los creyentes obtengan gozo y confianza en su fe probada [cp. Abraham en Gn. 22:1-19, y el ejemplo de las semillas en suelos poco profundos y espinosos en Mt. 13:5-7]). La expresión adjetival **prueba [de] vuestra fe**, más exactamente “el residuo probado de vuestra fe”, capta la esencia del proceso de análisis espiritual.

Además de Abraham, el Antiguo Testamento contiene varios ejemplos más de cómo Dios pone a prueba la fe de su pueblo. Éxodo 16:4 expresa: “He aquí yo os haré llover pan del cielo; y el pueblo saldrá, y recogerá diariamente la porción de un día, para que yo lo pruebe si anda en mi ley, o no”. En Deuteronomio 8:2 Moisés ordenó a los israelitas: “Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos”. Pero todo el libro de Job es el ejemplo clásico de que Dios pone a prueba a un creyente. Sin importar lo que Satanás, con el permiso de Dios, arrojara sobre Job, este nunca dejó de confiar en el Señor (Job 1:6—2:10). A pesar de los esfuerzos tan inapropiados de sus amigos por consolarlo y aconsejarlo, y de que constantemente lo juzgaron mal (además de la exigencia de su esposa sin fe de que maldijera a Dios y se muriera) Job permaneció firme y su fe resultó ser verdadera (27:1-6) y se fortaleció en gran manera (42:1-6, 10-17).

Pedro usó el **oro** en su analogía porque era el más precioso y apreciado de todos los metales (Esd. 8:27; Job 28:15-16; Sal. 19:10; cp. 2 R. 23:35; Mt. 2:11), y en tiempos antiguos era la base para la mayoría de transacciones monetarias (cp. Ez. 27:22; Mt. 10:9). Así como el **fuego** separa el oro de la escoria inútil, así también Dios usa los sufrimientos y las pruebas para aislar la verdadera fe de la manifestación superficial. Sin embargo, aunque el oro se puede purificar al ser probado **con fuego**, es **perecedero** (cp. Stg. 5:3). Aun así, la fe probada es eterna, haciéndola **más preciosa que el oro**.

Los apóstoles, ministrando después de Pentecostés, son excelentes ejemplos de aquellos que pasaron pruebas difíciles y que por eso llegaron a confiar en su fe probada. Luego de que los líderes judíos los azotaran por continuar predicando el evangelio, “[los apóstoles] salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hch. 5:41; cp. 4:13-21; 5:17-29, 40-41). Se regocijaron no solo porque Dios los consideró dignos de padecer por causa de la justicia, sino indudablemente debido a la confianza que obtuvieron al pasar la prueba. Habían recorrido un largo camino desde los días en que Jesús los amonestó por su “poca fe” (Mt. 8:26; cp. 16:8; 17:20; Lc. 8:25; 17:5), cuando lo abandonaron y huyeron después de la crucifixión (Mr. 14:27, 50-52), y cuando Pedro lo negó tres veces (Lc. 22:54-62).

CONFIANZA EN UNA HONRA PROMETIDA

sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo; (1:7b)

La reflexión del apóstol acerca de la fe probada en la primera parte del versículo 7 lleva en realidad a su punto principal en la segunda mitad, es decir, que los creyentes deben regocijarse en la perspectiva de una honra prometida. En última instancia la verdadera fe llega a través de todos los problemas y sufrimientos de la vida, y obtiene honra eterna de parte de Dios.

El enfoque de Pedro no está en los cristianos que honran a Dios (aunque lo estarán haciendo, cp. Mt. 28:16-17; Jn. 4:23; 9:38; Ap. 4:10-11), sino en el elogio que Dios les hace. Dios concederá **alabanza, gloria y honra** a los creyentes **cuando sea manifestado Jesucristo**. Es increíble que ellos, quienes en esta vida están llamados a honrar siempre al Señor, puedan por su fidelidad en las pruebas provocar **alabanza** de parte del Señor en la vida venidera (cp. 1 S. 2:26; Sal. 41:11; 106:4; Pr. 8:35; 12:2; Hch. 7:46). Cerca de la conclusión de su parábola de los talentos, Jesús manifestó a los discípulos:

Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos. Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor (Mt. 25:21-23; cp. 24:47; 25:34; Lc. 22:29; 2 Ti. 4:8).

La fe que salva y sus buenas obras resultantes siempre reciben elogio divino. “Es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios” (Ro. 2:29). Que Dios alabaría la fe que salva y la verdadera fidelidad en medio de las dificultades es realmente sorprendente, por más que en primera instancia ambas sean dones de su gracia y poder (Ef. 2:8; Fil. 1:29). Tal alabanza para los creyentes demuestra la suprema generosidad del Señor (cp. Éx. 34:6; Sal. 33:5; 104:24; 2 Co. 8:9).

Pedro también usa el término **gloria**, que así como **alabanza** se refiera a lo que los creyentes reciben de Dios. Esto repite la enseñanza del apóstol Pablo: “El cual pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad...”

pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego” (Ro. 2:6-7, 10). **Gloria** podría relacionarse mejor a la semejanza a Cristo con que Dios dotará a cada creyente (Jn. 17:22; Ro. 9:23; 1 Co. 15:42-44; 2 Co. 3:18; Fil. 3:21; Col. 3:4; 2 Ts. 2:14; 1 Jn. 3:2). Jesucristo fue Dios encarnado (Jn. 1:14), y el apóstol Juan declara: “Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn. 3:2).

Honra probablemente se refiere a las recompensas que Dios dará a los creyentes debido a su servicio a Él. Pablo explica esto con más detalles en 1 Corintios 3:10-15:

Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego (cp. 9:25; 2 Co. 5:10; Col. 3:24; Stg. 1:12; 1 P. 5:4; 2 Jn. 8; Ap. 21:7; 22:12).

Este triple tributo (**alabanza, gloria y honra**) ocurre **cuando sea manifestado Jesucristo**. **Manifestado** (*apokalypsei*) se refiere a la segunda venida de Cristo y en particular se enfoca en la época en que regrese para premiar a su pueblo redimido. Más adelante en este mismo capítulo Pedro vuelve a dirigir a sus lectores hacia estas realidades: “Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado” (1:13; cp. 4:13; Ro. 8:18; 1 Co. 1:7-8; 2 Ts. 1:5). En su parábola del siervo vigilante, Jesús habló de la anhelante anticipación de la recompensa eterna:

Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles (Lc. 12:35-37).

Sin embargo, ninguno de estos pasajes indica que los creyentes tendrán que esperar hasta el regreso de Cristo antes de que Él encuentre genuina la fe de ellos. La realidad de esa fe ya está validada al soportar con fidelidad las tribulaciones y pruebas. Es una asombrosa verdad que cuando Jesús vuelva a por los suyos no solo que ellos lo servirán gozosos, sino que también Él gentilmente les servirá y los honrará.

CONFIANZA EN UNA COMUNIÓN PERSONAL CON CRISTO

a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; (1:8)

Amor y confianza son dos ingredientes fundamentales en cualquier relación significativa. En este versículo, el apóstol exalta esos dos aspectos como esenciales para la relación de los creyentes con Cristo, y vitales para el gozo que resulta. Pedro también refleja verdaderos rasgos conmovedores y humildad personal con estas palabras, basado en su experiencia pasada y personal como uno de los Doce.

Sin incluir a Judas Iscariote (Mt. 26:14, 16; Lc. 22:47-48), Pedro fue el discípulo que mostró la violación más flagrante de fe y confianza en su Señor. No mucho después que el apóstol negara a Cristo por tres veces (Lc. 22:54-62), Jesús lo confrontó y tres veces le preguntó: “¿Me amas?” (Jn. 21:15-22). En forma humilde Pedro reflexionó en ese momento e implícitamente elogió a sus lectores perseguidos por su relación con Cristo. Pedro, a pesar de ser el líder de los apóstoles y de que vivió con Jesús durante tres años, en un momento crucial falló en afirmar su amor y confianza en Él. En marcado contraste, sus lectores, aunque **sin haberle visto**, en medio de amenazadora persecución y de sufrimientos conservaron un verdadero amor por Jesús y una fuerte confianza en Él.

La palabra **amor** (*agapate*) es el amor de la voluntad, la forma más noble de amar. El tiempo presente indica que la audiencia de Pedro constantemente amaba a su Señor, con un **amor** que define la esencia de ser cristiano. Pedro subraya este hecho más adelante en su carta: “Para vosotros, pues, los que creéis, él [Cristo] es precioso” (2:7; cp. 1 Co. 16:22; Ef. 6:24; 1 Jn. 4:19). El gozo verdadero fluye de un amor por el Maestro **a quien** no se le ha **visto**, Aquel a quien los creyentes también obedecen (cp. Jn. 14:21).

A continuación, Pedro elogia la fe y la confianza de sus lectores en Cristo. Es evidente que creer en Él va de la mano con amarlo. El alma que ama a Cristo no puede dejar de creer en Él, y el alma que cree no puede evitar amarlo. **Aunque ahora** los cristianos no ven a Cristo, aun así creen en Él. Jesús le dijo a Tomás: “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (Jn. 20:29; cp. He. 11:1). La fe acepta el registro revelado y escrito de Jesucristo (los Evangelios; 2 Ti. 3:15; cp. 2 Cr. 20:20; Hch. 24:14), que lo describen en toda su gloria y lleva a que los creyentes lo amen (cp. He. 11:6). Cuanto más pueda la fe conocer de Cristo, y tanto más ese conocimiento posea el corazón, más fuerte se vuelve el amor de los creyentes por Él (cp. 2 Co. 8:7; Gá. 5:6; 1 Ti. 1:5; 1 Jn. 2:5) y más gozo muestran (cp. Sal. 5:11; 16:11). Por tanto, el amor y la confianza son los dos elementos que unen a los creyentes en una comunión viva con Jesucristo.

Tal relación maravillosa hizo que los lectores de Pedro se alegraran **con gozo inefable y glorioso**. **Inefable** (*aneklalēto*) literalmente significa “superior al habla”. Quienes viven en comunión personal con Cristo experimentan un **gozo** tan divino que les es imposible comunicarlo; humanamente hablando, tal gozo está más allá del alcance del habla y de la expresión. Y ese gozo también es **glorioso** (*doxazō*), palabra que significa “rendir la más elevada alabanza” y de la que se deriva *doxología*. En su comunión con el Señor, los creyentes tienen tanto un amor sobrenatural (cp. Gá. 5:22; 2 Ts. 3:5; 1 Jn. 4:19) como un **gozo** trascendente (cp. Ec. 2:26; Sal. 4:7; 21:6; 68:3; 97:11; Jud. 24).

CONFIANZA EN UNA LIBERACIÓN PRESENTE

obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas. (1:9)

Pedro no está mirando el futuro sino el aquí y ahora; se podría traducir literalmente **obteniendo** (*komizomenoi*), como “recibir en el presente por uno mismo”. La raíz *komizō* significa “recibir lo que se mereció”. Que fluya la comunión personal de los creyentes con Cristo es el resultado debido, **el fin** presente **de la fe** de ellos, es decir **la salvación de sus almas**. **Salvación** se refiere a la liberación constante y actual que los creyentes obtienen del castigo y el poder del pecado... de su culpa (Ro. 6:18; Ef. 1:7; Col. 2:13-14), la condenación (Ro. 8:1), la ira (Ro. 5:9; 1 Ts. 1:10), la ignorancia (Ro. 10:3; Gá. 4:8; 1 Ti. 1:13), la angustia, la confusión, la desesperanza (1 Co. 15:17; 1 P. 1:3), y el dominio (Ro. 6:10-12).

Realmente no hay razón para que los creyentes pierdan su gozo cuando pueden aprovechar todas las realidades espirituales actuales y futuras mencionadas en este pasaje (fe probada en el presente, comunión con Cristo, y liberación; además una herencia futura protegida, y honra prometida. Así aseguró Jesús a los apóstoles: “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Jn. 15:11).

4. La grandeza de la salvación

Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles. (1:10-12)

La historia comienza un día de verano hacia el final del siglo XIX cuando un joven de una ciudad inglesa fue de visita a la Escocia rural. Esa tarde fue a nadar en un pequeño lago en la campiña. Después de nadar una buena distancia desde la orilla, un grave calambre se apoderó del muchacho impidiéndole seguir nadando. Experimentó gran dolor y lanzó un grito a voz en cuello pidiendo ayuda. Un joven campesino que trabajaba en un campo cercano oyó los gritos del citadino y corrió tan rápido como pudo hacia el lago. Una vez allí se despojó de la camisa, se lanzó al agua, nadó hasta donde se hallaba el chico de la ciudad, y lo llevó sano y salvo a la orilla.

Varios años después los dos jóvenes se volvieron a encontrar. El citadino, aún lleno de gratitud porque el otro le había salvado la vida, estaba emocionado de volver a ver al joven campesino y le preguntó qué profesión había decidido seguir. Él contestó que había decidido seguir medicina. Puesto que los padres del chico de la ciudad eran acaudalados y estaban en gran deuda con el otro joven por haber salvado la vida de su hijo, al enterarse de la elección de carrera del campesino al instante prometieron pagarle la educación médica. Siguieron adelante con su promesa y el joven pasó a tener una brillante carrera en la investigación científica.

En 1928 el joven agricultor, entonces médico y bacteriólogo, descubrió el famoso y maravilloso fármaco llamado penicilina. En 1945 compartió el premio Nobel con otros dos científicos por el descubrimiento y el desarrollo de ese antibiótico. El joven agricultor escocés convertido en investigador científico, que murió en 1955, fue Alexander Fleming.

El joven citadino rescatado también obtuvo gran renombre. Durante la Segunda Guerra Mundial contrajo un caso de neumonía que puso en peligro su vida. Se recuperó en un hospital después de recibir penicilina, lo que significó que indirectamente Alexander Fleming le salvó dos veces la vida. El muchacho de la ciudad fue Winston Churchill, el famoso estadista y primer ministro británico.

durante la guerra. Curiosamente, al igual que Fleming, Churchill obtuvo un premio Nobel. Pero en su caso ganó el premio de 1953 en literatura por sus incisivos escritos sobre la historia de la Segunda Guerra Mundial.

Es maravilloso salvar una vida, y aún más fantástico salvar dos veces la vida de alguien, en especial cuando el salvado llegó a ser alguien tan influyente como Winston Churchill. Pero las contribuciones esforzadas y desinteresadas de Alexander Fleming no son nada comparadas con la grandeza de salvar el alma eterna de la persona. Esa gran salvación es el núcleo de la preocupación del apóstol Pedro en este pasaje. Él quería que sus lectores creyentes se enfocaran en ese rescate definitivo y total del pecado, Satanás, la muerte y el infierno que Dios tan misericordiosamente decidió darles por medio de la fe en su Hijo, Jesucristo. Pedro celebra la grandeza de la salvación recordando a sus lectores que por difíciles que sean las circunstancias o por severa que sea la persecución, podían aferrarse con confianza a la esperanza de la salvación eterna.

Difícilmente hay otra palabra tan bendita, esperanzada, consoladora o prometedora como *salvación*. El mensaje de la Biblia es que aunque el hombre no se puede salvar por sí mismo de las consecuencias eternas y atormentadoras de su pecado (Gn. 2:17; Jer. 2:22; 18:12; Jn. 3:19; Ro. 6:23; Ef. 2:1-3; Col. 2:13; 2 Ti. 2:25-26), Dios puede y quiere rescatar de la condenación a todos los que confían en Él y creen su Palabra (Mt. 11:28-30; Lc. 19:10; Jn. 1:12-13,29; 3:14-17; Hch. 10:43; Ef. 1:7; 1 Ts. 5:9; 2 Ti. 1:9; He. 7:25; Stg. 1:18). El apóstol Pablo escribió: “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8). Dios no solamente ama a los pecadores, sino que solo Él puede salvarlos, porque “la salvación es de Jehová” (Sal. 3:8). Además, Dios desea salvar a los pecadores; Él “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Ti. 2:4).

Por sobre todo, la salvación está de acuerdo con el plan y el propósito soberanos de Dios (Ro. 8:28-30; 2 Ts. 2:13-14; Ap. 13:8). Pablo recordó a Timoteo que Dios “nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Ti. 1:9). Esa declaración también indica que Dios designó que su Hijo fuera el medio de salvación (cp. 2:6; Is. 53:6, 10; Mt. 20:18-19; Jn. 1:17; Hch. 2:22-24; 13:23-32). Pablo declaró anteriormente a los creyentes en Roma: “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Ro. 1:16). Y Dios fue fiel para ordenar predicadores que anunciaran que la obra de Jesucristo es el único medio de rescatar pecadores (cp. Hch. 13:1-3; Ro. 10:14-17; 1 Co. 1:21-25). Como vimos en el capítulo anterior de esta obra, Pedro observó el gozo de la iglesia en el glorioso regalo de la salvación (1:6-9). Por adversas que sean sus circunstancias, los cristianos nunca deben dejar de regocijarse por la grandeza de su salvación: “Cantad a Jehová, bendecid su nombre; anunciad de día en día su salvación” (Sal. 96:2; cp. Sal. 9:14; 21:1; 40:16; 71:23; 1 Cr. 16:23; Is. 25:9; 35:10; 1 Co. 6:20; 1 Ts. 5:16; Ap. 5:9).

El tema de Pedro en el capítulo inicial de esta carta es la bendición o grandeza de la salvación. Aquí la examina desde el punto de vista de cuatro agentes divinos que estuvieron involucrados con el mensaje de salvación: los profetas del Antiguo Testamento que la estudiaron, el Espíritu Santo que la inspiró, los apóstoles del Nuevo Testamento que la predicaron, y los ángeles que la examinaron.

LA SALVACIÓN FUE EL TEMA DE ESTUDIO DE LOS PROFETAS

Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo (1:10-11a)

El apóstol llama primero la atención a la **salvación** a la que se refiere en el versículo 9 desde el punto de vista de **los profetas**. Estos fueron portavoces de Dios en el Antiguo Testamento **que profetizaron de la gracia destinada a nosotros**. Luego buscaron el significado de sus propios escritos proféticos para saber todo lo que podían conocer acerca de la salvación prometida de parte de Dios. De toda la verdad que los profetas recibieron a través de revelación divina (cp. Os. 12:10; Am. 3:7; He. 1:1; Stg. 5:10), la verdad de la salvación fue su mayor pasión. Desde Moisés a Malaquías, todos los profetas del Antiguo Testamento estaban fascinados por las promesas de salvación. Sin embargo, ellos no simplemente *desearon* recibir la salvación; *en realidad* la obtuvieron. Pero recibieron el don de la salvación de Dios sin ver su total cumplimiento (cp. He. 11:39-40), sin ver a Jesucristo y sin tener una relación con Él. Aunque los profetas escribieron acerca del Mesías, nunca comprendieron por completo todo lo que estaba involucrado en la vida, muerte y resurrección de Cristo.

El enfoque del intenso estudio de los profetas al tratar de comprender la persona y la obra de Cristo se centró en **la gracia destinada** a los pecadores a través de Él. La salvación tiene que ver sobre todo con el acto divino de salvar a pecadores (cp. Mt. 20:28; Lc. 24:46-47; Jn. 12:32-33; Tit. 3:7; He. 9:24-28), mientras que la gracia abarca todo el motivo detrás de la obra salvadora de Dios (cp. Hch. 20:32; Ro. 5:15; Ef. 2:5, 8-10; 2 Ts. 1:11-12). Los profetas trataron de entender **la gracia** de Dios y la misericordia en Cristo, su perdón, su bondad, su favor inmerecido, y su bendición prodigada en indignos pecadores. Sabían que la promesa divina de salvación por **la gracia destinada** se extendía más allá de Israel para incluir a gente de toda nación sobre la tierra (Is. 45:22; 49:6; 52:10; cp. Jn. 10:16; Ro. 15:9-12; 1 Jn. 2:2; Ap. 4:8-10; 7:9).

Es fundamental destacar que la frase **profetizaron de la gracia destinada** no indica que los profetas esperaran con interés una gracia salvadora que no existió en absoluto en tiempos del Antiguo Testamento. Por naturaleza Dios siempre ha sido un Dios inmutable en su misericordia (Éx. 34:6; Sal. 102:26-27; 116:5; Stg. 1:17). En el Antiguo Testamento siempre fue compasivo con quienes creyeron antes de que Cristo viniera (cp. Sal. 84:11), y desde entonces Él es compasivo con todos los que creen (Jn. 1:14).

Noé recibió gracia del Señor (Gn. 6:8). Moisés estaba totalmente consciente de esa misericordia cuando primero registró los principios morales y derechos de propiedad de la ley de Dios, como demuestra Éxodo 22:26-27: “Si tomares en prenda el vestido de tu prójimo, a la puesta del sol se lo devolverás. Porque sólo eso es su cubierta, es su vestido para cubrir su cuerpo. ¿En qué dormirá? Y cuando él clamare a mí, yo le oiré, porque soy misericordioso” (cp. 33:19; Gn. 43:29). El profeta Jonás, aunque tuvo dificultades en aceptar el arrepentimiento de los ninivitas, reconoció la misericordia de Dios: “Oró a Jehová y dijo: Ahora, oh Jehová, ¿no es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal” (Jon. 4:2).

La salvación siempre ha estado disponible para los pecadores (Dt. 32:15; Sal. 3:8; 27:1; Is. 55:1-2, 6-7; Jon. 2:9) y siempre únicamente por gracia. Así que durante el Antiguo Testamento nunca hubo ninguna duda de que Dios fuera misericordioso, pero la gran manifestación de su gracia estaba **destinada a nosotros** con la llegada de su Hijo. Isaías lo profetizó:

Reuníos, y venid; juntaos todos los sobrevivientes de entre las naciones. No tienen conocimiento aquellos que erigen el madero de su ídolo, y los que ruegan a un dios que no salva. Proclamad, y hacedlos acercarse, y entren todos en consulta; ¿quién hizo oír esto desde el principio, y lo tiene dicho desde entonces, sino yo Jehová? Y no hay más Dios que yo; Dios justo y Salvador; ningún

otro fuera de mí. Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más. Por mí mismo hice juramento, de mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua. Y se dirá de mí: Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza; a él vendrán, y todos los que contra él se enardecen serán avergonzados (Is. 45:20-24).

El profeta muestra la provisión divina de salvación para todas las naciones. Isaías y los demás profetas no vieron que se cumpliera esa salvación gentil (cp. Ro. 15:8-12; Ef. 3:4-7), pero sabían que el Mesías la iba a efectuar (Is. 53:4-5). Escribieron acerca de una gracia de salvación que era mucho más amplia que cualquier cosa que habían observado (cp. Dt. 32:43; 2 S. 22:50; Sal. 18:49; 117:1; 118:22; Is. 8:14; 11:1-5, 10; 28:16; 65:1-2; Jer. 17:7; Os. 1:10; 2:23), y esas profecías incluyeron varios hechos básicos, algunos de los cuales más tarde fueron citados por escritores del Nuevo Testamento como Pablo (p. ej., Ro. 9:25-26, 33; 10:11-13, 20; 15:8-12, 20-21). Primero, las profecías declaraban que el Mesías iba a padecer. El Salmo 22 describe su crucifixión, e Isaías 53 describe otros detalles de su sufrimiento. Segundo, los escritores del Antiguo Testamento profetizaron que el Mesías triunfaría. El salmista declara que Dios establecerá a su Rey, Jesucristo, sobre su monte santo, donde Cristo gobernará entonces con mano de hierro (Sal. 2:6-9). El Salmo 16:10 dice que Dios no permitirá que su Santo vea corrupción, y Cristo efectivamente resucitó de la tumba y ascendió al cielo cuarenta días después (Lc. 24:1-12; Hch. 1:2-9). El profeta Isaías escribió que el gobierno estaría en hombros del Mesías y que sería un Dios poderoso que iba a reinar desde el trono de David (Is. 9:6-7). Tercero, los profetas previeron un Mesías que iba a salvar. Isaías anticipó el mandato del Mesías: “El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová” (Is. 61:1-2). Jesús leyó esas palabras a la congregación en la sinagoga de su ciudad natal y se proclamó como el cumplimiento de ellas (Lc. 4:16-21).

A pesar de que los profetas del Antiguo Testamento estaban conscientes de que sus escritos describían una manifestación futura de la gracia de la salvación, su deseo de entender esas profecías era tan convincente y dominante que **inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación** en sus propios escritos. Estos dos verbos hacen hincapié en la intensidad con que habían profundizado en sus profecías y en la diligencia con que las habían investigado para comprender mejor la magnitud de la gracia de la salvación.

Como Jesús dijo a sus discípulos: “Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron” (Mt. 13:17; cp. Is. 6:11; Hab. 1:2). Debido a que los profetas del Antiguo Testamento, entre ellos el último, Juan el Bautista, estaban limitados, pusieron gran empeño en estudiar sus propios escritos a fin de ver al Mesías y comprender la salvación que Él traería.

Algunos comentaristas han sugerido que Pedro reflexiona aquí en la actitud de los profetas *antes* de que Dios les diera algunas profecías. De acuerdo con este punto de vista, los profetas desearon con tal fuerza comprender el significado total de la salvación que analizaron con cuidado la verdad que habría de revelarse. En consecuencia, Dios les entregó profecía acerca del Mesías para que entendieran mejor la salvación divina. Sin embargo, eso no tiene sentido -porque los profetas necesitaron primero revelación divina acerca de la salvación, de otro modo no habrían tenido base para inquirir e indagar como lo hicieron. Si ellos no hubieran tenido revelación acerca de una gracia futura traída por el Mesías, no habrían buscado más información al respecto, porque nadie hace

preguntas en cuanto a algo de lo que no está consciente. Además, Dios no les entregó revelación a los hombres simplemente porque estos le suplicaran, porque tuvieran curiosidad acerca de ella, o porque tuvieran un deseo intenso de saber algo, sino que en su soberanía Él eligió a sus profetas, sus voceros, y el mensaje que les inspiraría que escribieran (cp. Éx. 3:1-10; 1 S. 3; Is. 6; Jer. 1:4-5).

Pedro señala también que los profetas del Antiguo Testamento no estaban interesados únicamente en la doctrina general de la salvación o en la enseñanza general respecto al Mesías. Intentaron saber más exactamente **qué persona** vendría como salvador, juez, profeta, sacerdote y rey, y durante **qué tiempo** o época ocurriría esa venida. Las indagaciones fueron acerca de quién y cuándo. (Procede observar aquí que a menudo los creyentes de hoy día enfrentan las mismas inquietudes relacionadas con las profecías acerca del futuro en el Nuevo Testamento. Pueden saber los acontecimientos revelados en la Biblia, pero las identidades exactas de las personas clave involucradas y cuándo exactamente ocurrirán ciertos hechos es un plan de estudios continuo para todos los interesados en la escatología). Juan el Bautista, último profeta del Antiguo Testamento y precursor de Cristo, provee una ilustración clásica de esta minuciosa búsqueda entre los profetas. Los discípulos de Juan ya conocían del ministerio de Jesús (cp. Mt. 9:14) y habían informado al respecto (Lc. 7:18). No obstante, Juan deseaba conocer con seguridad si Jesús era el Mesías profetizado:

Cuando Jesús terminó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí a enseñar y a predicar en las ciudades de ellos. Y al oír Juan, en la cárcel, los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos, para preguntarle: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro? (Mt. 11:1-3).

En respuesta, Jesús dio a conocer sus credenciales, todo lo cual cumplía las profecías del Antiguo Testamento (cp. Is. 29:18-19; 35:5-10; 61:1) respecto al Mesías: “Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio” (vv. 4-5). Juan ya había señalado a Jesús y profetizado: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29). A pesar de que el Espíritu Santo lo inspiró a declarar eso, él aún cavilaba en su significado y quiso comprobar si en realidad Jesús era el Mesías (Lc. 7:18-23).

Si la grandeza de la salvación que había de venir fue el estudio intenso y la preocupación de todos los profetas, entonces debería ser igual de precioso, si no más, para aquellos creyentes de hoy que tienen toda la revelación.

LA SALVACIÓN FUE EL TEMA DE LA INSPIRACIÓN DEL ESPÍRITU

indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, (1:11b-12a)

Las profecías que el Espíritu Santo reveló a los profetas fueron divinamente inspiradas y escritas bajo su supervisión (cp. Jer. 1:9; 23:28; Ez. 2:7; Am. 3:7-8). Y el tema general de esas profecías era doble: **los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían**. El Antiguo Testamento se refiere a **los sufrimientos de Cristo** en pasajes como el Salmo 22:1-31; Isaías 52:13—53:12; Daniel 9:24-26; y Zacarías 12:10; 13:7 (cp. Sal. 89:24-37; Lc. 24:25-27; Ap. 19:10). **Las glorias que vendrían**, incluyendo tales verdades como la resurrección, ascensión y entronización de Cristo, aparecen en pasajes como Isaías 9:6-7; Daniel 2:44; 7:13-14; y Zacarías 2:10-13; 14:16-17.

El hecho de que Pedro usara la frase **Espíritu de Cristo que estaba en ellos** (cp. Ro. 8:9) demuestra que el Cristo eterno e inseparable del Espíritu Santo obró desde el interior de los escritores del Antiguo Testamento para registrar la revelación infalible de Dios. De ahí que el apóstol escribiera en su segunda carta que “nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21; p 2 Ti. 3:16). El Espíritu les **anunciaba** (*edēlou*, “planificaba”) **de antemano** (*promarturomenon*, “previamente”) lo que vendría. Claramente estaba atestiguando a los profetas acerca de la salvación de Dios que se lograría totalmente por medio de Jesucristo.

El Espíritu también dejó en claro que la indagación de los profetas no sería totalmente satisfecha, ya que el evangelio completo no se podía revelar durante esa época. Pedro indicó esta realidad cuando escribió: **A éstos se les reveló que no para sí mismos**. En el Pentateuco, Moisés profetiza acerca de la venida del Profeta, quien en realidad era el Mesías: “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis” (Dt. 18:15; cp. Nm. 24:17). Moisés y los demás profetas estaban mirando al futuro hacia la culminación de la obra salvadora de Cristo en un segmento futuro de la historia redentora (cp. He. 1:1-2). El escritor de Hebreos proporciona visión adicional: “Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos” (He. 11:13; cp. vv. 39-40).

Aun así las profecías tuvieron gran valor (cp. Lc. 1:70; Hch. 3:18; 1 Ts. 5:20; 2 P. 1:19), aunque su cumplimiento no era para que los profetas del Antiguo Testamento lo presenciaran. En lugar de eso previeron una época en que la obra salvadora del Mesías abarcaría a creyentes de todas las naciones en las bendiciones del nuevo pacto (Sal. 22:27-28; 72:8-17; cp. Is. 42:6; 60:1-3; 62:1-3, 11-12; 66:12-13). Ellos vivieron en esperanza, así como los cristianos que esperan la segunda venida del Señor. Los santos del Antiguo Testamento fueron salvos por fe en Dios basándose en el hecho de que el Mesías Jesús cargaría en el futuro con el juicio total de Dios por sus pecados (Is. 53:4-6). Dios estuvo aplicando siempre el nuevo pacto, ofreciendo siempre por gracia el perdón de los pecados a aquellos que se arrepentían y creían, aunque el nuevo pacto no fue ratificado hasta la cruz. Los creyentes del Antiguo Testamento fueron salvos por una gracia futura, los del Nuevo Testamento por una gracia pasada: la cruz es el pináculo de la redención.

LA SALVACIÓN FUE EL TEMA DE LA PREDICACIÓN DE LOS APÓSTOLES

las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; (1:12b)

El Espíritu Santo inspiró no solo a los profetas del Antiguo Testamento, sino también a los apóstoles del Nuevo, quienes tomaron el evangelio totalmente revelado como tema de su predicación. **Las cosas** se refieren otra vez a la gracia de la salvación que vendría, específicamente en la persona de Jesucristo, y la actual proclamación del evangelio. Estas verdades que **son anunciadas** las había notificado Pedro años antes en el primer sermón apostólico registrado y predicado en Pentecostés, cuando “dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hch. 2:38-39; cp. 2 Co. 6:2). Además de Pedro, entre aquellos que **han predicado el evangelio** se incluía al resto de los Doce, Pablo, Bernabé, Silas, Timoteo, Felipe, Jacobo el medio hermano de Jesús, Judas el hermano medio de Jesús, Esteban y otros no mencionados por nombre. No todos estos

fueron apóstoles de Cristo en el mismo sentido que Pablo y los Doce (no todos habían visto al Señor resucitado), pero fueron enviados por la Iglesia como mensajeros del evangelio facultados **por el Espíritu Santo enviado del cielo**.

Pablo ilustra bien la devoción singular que tales predicadores tuvieron hacia la grandeza del mensaje de salvación. A los creyentes en Corinto les escribió:

Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1 Co. 2:1-5; cp. Ro. 1:16-17).

LA SALVACIÓN ES TEMA DE EXAMEN PARA LOS ÁNGELES

cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles. (1:12c)

Los creyentes se preguntan qué saben y experimentan los ángeles en el reino espiritual e invisible. La Biblia indica algunas de las cosas que los ángeles hacen (se oponen a los demonios, Dn. 10:13; Jud. 9; llevan mensajes de parte de Dios Dn. 8:16-17; 9:21-23; 10:11; 12:6-7; Mt. 2:13; Lc. 1:19, 28; 2:10-14; y realizan otros servicios divinos, 1 R. 19:5; Sal. 91:11-12; Mt. 4:11; 13:39-42; Hch. 12:7-11; He. 1:14). Los cristianos desean tener santidad eterna y experimentar gloria y comunión con la Trinidad tanto como hacen los ángeles elegidos. Pero a la inversa, los ángeles se preguntan qué es experimentar la gracia, la gloria de la salvación y el perdón del pecado por parte de Dios. Pedro afirma que los ángeles están continuamente mirando con fascinación dentro de la grandeza de la salvación.

Cosas denota las muchas características de la salvación **en las cuales anhelan mirar los ángeles**. **Anhelan** se traduce de *epithumousin*, que describe que se tiene un fuerte deseo o impulso irresistible que no se satisface fácilmente. El término indica que el interés de los ángeles en la salvación no es meramente un capricho o una curiosidad secundaria, sino una fuerte pasión dentro de ellos. **Mirar** (*parakupsai*) literalmente significa estirar la cabeza o inclinarse. Otra forma de la misma palabra denota lo que el apóstol Juan hizo ante la tumba de Jesús: “Y bajándose a mirar, vio los lienzos puestos allí, pero no entró” (Jn. 20:5; cp. v. 11). Los ángeles, por así decirlo, quisieron acercarse y mirar profundamente en los asuntos relacionados con la salvación. Ellos tienen una curiosidad santa para entender el tipo de gracia que nunca experimentarán. Los santos ángeles no necesitan ser salvos, y los ángeles caídos no pueden ser salvos. Pero los santos intentan entender la salvación para poder glorificar con mayor plenitud a Dios, lo cual es la razón principal de la existencia humana (Job 38:7; Sal. 148:2; Is. 6:3; Lc. 2:13-14; He. 1:6; Ap. 5:11-12; 7:11-12; cp. Neh. 9:6; Fil. 2:9-11).

No es que los ángeles no hayan participado en el plan de salvación de Dios. Ellos anunciaron el nacimiento de Cristo (Lc. 1:26-35; 2:10-14), lo ministraron durante sus momentos de prueba (Mt. 4:11; Lc. 22:43), estuvieron al pie de la tumba cuando Él resucitó de los muertos (Mt. 28:5-7; Mr. 16:4-7; Lc. 24:4-7), estuvieron en su ascensión a los cielos (Hch. 1:10-11), y ahora le sirven al ministrar a todos los creyentes (3:22; He. 1:14). Dios ha hecho que sus ángeles -presencien lo que ocurre en el cuerpo de Cristo. Ellos se regocijan y alaban a Dios siempre que salva a un pecador (Lc. 15:7, 10). Estaban observando al apóstol Pablo y a los demás apóstoles (1 Co. 4:9). Dios sigue exhibiendo su gracia salvadora delante de los ángeles “para que la multiforme sabiduría de Dios sea

ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Ef. 3:10).

Aunque los ángeles nunca experimentarán la redención, el libro del Apocalipsis contiene una fascinante descripción del interés que tienen en ella:

Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra. Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza (Ap. 5:7-12).

Los santos ángeles se unirán al cántico de redención aunque no hayan experimentado la salvación. Han sido testigos de la grandeza de la salvación de Dios, y **anhelan mirar** más profundamente en ella para poder alabarlos y glorificarlos más.

Por difíciles que sean las pruebas de la vida, los cristianos pueden enfrentarlas de manera triunfal debido a la grandeza de la gracia de Dios al darles una salvación que los profetas estudiaron, el Espíritu Santo inspiró, los apóstoles predicaron, y los ángeles siguen investigando.

5. Respuesta del creyente a la salvación

Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo. Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; (1:13-17)

En su parábola del siervo fiel, Jesús dijo a sus oyentes: “A todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará” (Lc. 12:48). Sin duda ese principio también se relaciona con la respuesta de los cristianos a su salvación. Ya que ningún regalo es más grande que el del perdón de Dios y la salvación en Jesucristo, nada puede demandar una mayor respuesta.

En los versículos 1-12, el apóstol Pedro describió el lugar supremo de la salvación en el plan predestinado de Dios, explicó la maravillosa promesa de la herencia eterna, y proclamó su grandeza

intrínseca. Entonces en el versículo 13 Pedro cambia al modo imperativo. Pasa de describir y explicar la naturaleza de la salvación, a indicar qué obligaciones y responsabilidades la salvación divina pone en todos aquellos que la han recibido. Estas obligaciones se pueden resumir en tres palabras: esperanza, santidad y honra.

LOS CREYENTES DEBEN RESPONDER CON ESPERANZA

Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; (1:13)

La conjunción transitiva **por tanto** hace ir al lector de la declaración a la aplicación, del hecho a la inferencia. Dirige al creyente al énfasis principal de este versículo, que es ser **sobrios** y esperar. *Elpisate* es un imperativo presente activo por medio del cual Pedro exhorta a los creyentes en forma militar a una clase decisiva de acción; les dice **esperad**, como un acto obligatorio de la voluntad, no simplemente un sentimiento emocional. Les ordena vivir de manera expectante, anticipando con “una esperanza viva” su “herencia... reservada en los cielos... para ser manifestada en el tiempo postrero” (1:3, 4, 5).

La verdadera esperanza es una realidad espiritual vital, una de las tres virtudes supremas de la vida cristiana (1 Co. 13:13). Básicamente definida, la esperanza es la actitud del cristiano hacia el futuro (Hch. 24:15; Tit. 1:2; 2:13; 3:7). En su esencia, esperar es equivalente a tener fe (Ro. 5:1-2; Gá. 5:5; He. 11:1); es confiar en Dios (1 P. 1:21). La mayor diferencia entre las dos actitudes es que la fe consiste en confiar en Dios en la actualidad (Ro. 1:17; 3:28; 2 Co. 5:7; Gá. 2:20; 1 Ti. 6:12; Stg. 1:6), mientras que la esperanza es fe futura: confiar en Dios para lo que está por venir (He. 3:6). La fe se apropia de lo que Dios ya ha dicho y hecho en su Palabra revelada, y la esperanza anticipa lo que Él aún hará, como lo prometió en las Escrituras. **Por completo** significa sin reservas, y también se puede traducir “plenamente” o “perfectamente”. Los cristianos no deben esperar a medias o de manera indecisa, sino con firmeza, sin ninguna ambigüedad o duda respecto a las promesas de Dios (cp. Ro. 8:25; 15:13; Col. 1:23; He. 6:19-20).

Los creyentes deben su esperanza exclusivamente a la misericordia y fidelidad de Dios (Sal. 33:18; 39:7; Tit. 1:2; 1 P. 1:21). Él proporcionó la salvación perfecta en Cristo (Is. 45:21-22; Jn. 3:14-16; Hch. 4:12; Ro. 1:16-17; 2 Ti. 1:10; cp. 1 Ti. 1:1), la cual resultó en el perdón de todos sus pecados pasados, presentes y futuros (Mt. 1:21; Jn. 1:29; Ef. 1:7; Col. 2:13-14; 1 Jn. 1:7; 3:5) y en la transformación que experimentan al pasar del reino de las tinieblas al reino eterno de la luz (Col. 1:13). Dios ha sido fiel en el pasado, es fiel en el presente, y será fiel a todas sus promesas para el futuro (Sal. 89:33; 119:90; 146:6; Is. 49:7; 1 Co. 1:9; 1 Ts. 5:24; cp. 1 Co. 10:13; 2 Ts. 3:3; 1 Jn. 1:9). Por tanto, los santos viven en una esperanza invariable. Pablo fue testigo del modo en que los tesalonicenses ilustraron esto: “Cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo” (1 Ts. 1:9b-10a).

Sin embargo, aunque la esperanza es beneficiosa para asentar y fortalecer a los santos (cp. Sal. 39:7; Hch. 24:15; Ro. 4:18; 1 Ts. 1:3), es también una forma de adoración que descansa en la fidelidad de Dios (cp. Job 13:15; Sal. 13:5; 31:14; 65:5; Pr. 14:26) y por ende glorifica su nombre (cp. Sal. 5:11; 33:21). La esperanza bíblica afirma la integridad de la promesa de Dios y declara que Él es un Dios que cumple el pacto (Dt. 7:9; Sal. 111:5). Pablo usó a Abraham para ilustrar esta esperanza:

Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros (como está escrito: Te he puesto por padre de

muchas gentes) delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen. El creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia. Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios (Ro. 4:16-20).

El patriarca esperó en la promesa de Dios de que le daría un hijo, y a pesar de que esto era “esperanza contra esperanza” (humanamente imposible), su fe se fortaleció ante la gloria de Dios. Dios recibe honra cuando se confía en Él.

La característica fundamental de la esperanza del creyente es **la gracia que se les traerá**. Pedro usa el participio presente *pheromenēn*, pero los traductores lo expresan como futuro, reconociendo la construcción gramatical griega que indica la absoluta seguridad de un acontecimiento futuro, refiriéndose a este como si ya hubiera ocurrido. El contexto exige claramente el uso del presente para tal uso, porque el suceso **que se les traerá** ocurrirá **cuando Jesucristo sea manifestado** (*apokalupsei*, “develado”): su Segunda Venida. Pedro insta a sus lectores a esperar esto como si fuera una realidad presente (véase también 1:7; 4:13; cp. 1 Co. 1:7). Esta frase, **cuando Jesucristo sea manifestado**, es exactamente la misma que inicia el libro del Apocalipsis, el cual desarrolla la culminación futura de la historia redentora, según la resume Apocalipsis 1:7: “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén”. A continuación, el libro describe las asombrosas, maravillosas y sobrecogedoras visiones asociadas con el regreso de Cristo.

Los creyentes tienen la obligación de vivir en razón de la Segunda Venida. En esperanza aguardan aquel día en que Cristo regresará a por su pueblo para luego premiarlo y glorificarlo (Ro. 8:23; Fil. 3:20-21; Col. 3:4; 2 Ti. 4:8; 1 Jn. 3:2; Ap. 22:12). Pablo se refiere a este privilegio en su carta a Tito:

Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras (Tit. 2:11-14).

Pedro no manda a los cristianos fijar su atención en los asombrosos fenómenos de la Segunda Venida, como se describen para que los entiendan en el -Apocalipsis, en las profecías del Antiguo Testamento, y en el sermón del Monte de los Olivos (Mt. 24—25). Tampoco reitera aquí las recompensas que los creyentes recibirán, según se estableció anteriormente en 1:3-4 (cp. Ap. 22:12). Más bien Pedro los exhorta, y exhorta a todos los creyentes, a ver todas estas cosas desde el punto de vista de la total falta de mérito que tienen, y a ver el cumplimiento de todas estas promesas en gloria eterna como **la gracia que se les traerá**. El punto del apóstol es que así como la salvación inicial fue enteramente por la **gracia** de Dios (Ef. 2:5, 8; 2 Ti. 1:9; cp. Hch. 15:11), también lo será su culminación en la glorificación y vida eterna que disfrutarán en el cielo. Así como los creyentes no merecen la redención de sus almas (Ef. 2:9; Tit. 3:5), la morada del Espíritu Santo en ellos (1 Co. 6:19; Ef. 1:13-14), o el perdón del pecado (Ef. 1:7; Col. 1:14), tampoco merecerán la redención de sus cuerpos pecadores (Ro. 8:23; cp. Gá. 1:4), el disfrute de un “eterno peso de gloria” (2 Co. 4:17), ni los privilegios de la perfección eterna, la felicidad celestial, y la comunión con el Padre (cp. Ap.

7:16-17). Todo lo que los elegidos reciben de Dios siempre se deriva del misericordioso propósito divino, no de la valía o mérito que tengan.

Al principio del versículo 13, dos frases adjetivales modificadoras describen cómo los creyentes deben fijar su esperanza. Primero, Pedro les dice a sus lectores: **ceñid los lomos de vuestro entendimiento**. Ceñir literalmente significa “rodear” y se puede referir a apretar un cinturón, amarrar una cuerda, o asegurar algo en preparación para cierta acción. En tiempos antiguos este concepto se refería a ceñirse la túnica (Éx. 12:11; 1 R. 18:46; 2 R. 4:29; 9:1; Jer. 1:17). Si una persona quería moverse con mayor rapidez y facilidad solía levantarse los bordes de la túnica y engancharlos en el cinturón. Metafóricamente Pedro aplica este proceso al **entendimiento**. Insta a los creyentes a tirar de todos los cabos sueltos de sus vidas, lo que quiere decir disciplinar los pensamientos (cp. Ro. 12:2), vivir según prioridades bíblicas (cp. Mt. 6:33), desenredarse de los estorbos pecaminosos del mundo (cp. 2 Ti. 2:3-5; He. 12:1), y llevar una vida justa y piadosa, en vista de la futura gracia que acompaña al regreso de Cristo (cp. Lc. 12:35; Col. 3:2-4).

Pablo usó tanto la misma palabra como la metáfora en su pasaje sobre la armadura de Dios: “Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia” (Ef. 6:14). Implícita en la frase “ceñidos vuestros lomos con la verdad” está otra vez el concepto de usar un cinturón. Es más, una traducción más literal de “verdad” sería “cinturón de veracidad”. Lo primero que un soldado romano hacía antes de dirigirse a la batalla era ponerse el cinturón y atarse la túnica a fin de que sus bordes no le obstaculizaran la eficacia en combate. Ceñirse la túnica indicaba que el soldado tomaba en serio la preparación para la vida y la muerte, y el combate mano a mano. Pedro está diciendo que los creyentes deben asumir el mismo enfoque en la vida cristiana (cp. Stg. 4:7; 1 P. 5:8-9).

La segunda frase adjetival de Pedro a su audiencia manda: **sed sobrios**, y literalmente significa no intoxicarse, que es perder el control del pensamiento y la acción. Metafóricamente significa no perder la autoridad espiritual al absorber el sistema pecaminoso del mundo. Implica todo el reino de la firmeza o del dominio propio espiritual: tener claridad de mente y disciplina de corazón, encargarse de las prioridades y equilibrar la vida para que no esté sujeta a la influencia dominadora y corrupta de las seducciones de la carne (cp. Mt. 16:26; 18:7; Jn. 15:18-19; Ro. 12:2; 1 Co. 1:20-21; 2:12; 3:19; Gá. 4:3; 6:14; Ef. 2:2; Fil. 2:15; Col. 2:8, 20; 1 Ti. 6:20; Tit. 2:12; Stg. 1:27; 2 P. 1:4). La obediencia a este encargo viene a través de la obra de la Palabra y del Espíritu (Ef. 5:18; Col. 3:16).

Si un creyente encuentra algo más atractivo que la comunión con Jesucristo (2 Ti. 4:10; Stg. 4:4), si anhela más disfrutar de este mundo que recibir las alegrías del cielo, entonces no ama la venida de Cristo. Todos los creyentes deben más bien adoptar la perspectiva del apóstol Juan: “El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Ap. 22:20). Este tipo de esperanza es la respuesta adecuada para quienes han recibido la gran dádiva de la salvación.

LOS CREYENTES DEBEN RESPONDER EN SANTIDAD

como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo. (1:14-16)

Los cristianos que viven esperando el regreso de Cristo y tienen en cuenta todo el significado de este suceso, estarán motivados a vivir en santidad. El apóstol Juan manifiesta: “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Jn. 3:3). La verdadera esperanza

da como resultado pureza de vida, o santidad, que es la segunda respuesta obligatoria del creyente para recibir el don de la salvación.

Pedro inicia este pasaje con la importante expresión **como hijos obedientes**. La palabra (*hupakoēs*), traducida como el adjetivo **obedientes** es en realidad un pronombre genitivo. Significa que la obediencia caracteriza a todo verdadero hijo de Dios (Jn. 8:31-32; 14:15, 21; 15:10; Ro. 6:17; Ef. 2:10; 1 Jn. 5:2-3; cp. Lc. 6:46), y distingue a los cristianos de los incrédulos, llamados “hijos de desobediencia” (Ef. 2:2). Los cristianos son lo opuesto; el carácter básico de un creyente es la obediencia a Dios, mientras el carácter básico de un incrédulo es la desobediencia (Jn. 3:20; Ro. 1:28-32; 8:7-8; Ef. 2:2; 4:17-18; 2 Ti. 3:2; Tit. 1:16; 3:3).

Sin embargo, a veces la desobediencia rompe los patrones de obediencia de los creyentes (cp. Mt. 18:15; Gá. 6:1; He. 12:1; 1 Jn. 1:8-10) porque sus espíritus redimidos están encarcelados en cuerpos carnales, donde el pecado mora todavía (Ro. 7:18,25; 8:12-13; cp. Mr. 14:38). En vista de esa realidad, Pedro los llama a ser santos. La obediencia es una consecuencia inevitable de la salvación (Ef. 2:10; 4:24; 1 Ts. 4:7; 2 Ti. 1:9), no obstante el apóstol insta a los creyentes a vivir en coherencia con los anhelos del corazón nuevo, buscando la santidad (cp. Ro. 6:12-14; 12:1; 2 Co. 7:1; Ef. 5:1-3, 8; Col. 3:12-13; He. 12:14; 2 P. 3:11).

La verdadera santidad tiene un aspecto negativo. Se experimenta cuando los creyentes **no** se conforman **a los deseos que antes** tenían. Conformarse significa “ser formado por” o “moldeado según” (cp. Ro. 12:2; Ef. 4:20-24). **Los deseos** que caracterizaban esa antigua vida incluyen ansias y pensamientos pecaminosos, anhelos perversos, apetitos descontrolados, impulsos sensuales, y todas las demás motivaciones y urgencias injustas que fuerzan a los no regenerados (cp. 1 Co. 6:9-11; Gá. 5:19-24; Ef. 5:3-5; 1 Ts. 4:4-5). Para los creyentes, esos **deseos** los tenían **antes estando en su ignorancia**, previamente a su salvación y cuando no conocían algo mejor (cp. Hch. 26:18; Ef. 2:1), lo que podría ser verdad en cuanto a gentiles (cp. Ef. 4:17-19) y también a judíos (cp. Ro. 10:2-3). La regeneración crea una nueva vida (2 Co. 5:17) que tiene tanto el deseo como el poder para vivir de manera justa. Las palabras inspiradas de Pablo en Colosenses 3:1-10 repiten el llamado de Pedro a la santidad:

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno.

Pedro presenta entonces la norma positiva de santidad como la misma perfección de **aquel que es santo** que **llamó** a los creyentes, es decir Dios mismo. Negativamente, estos tienen que dejar de vivir en pecado como lo hacían antes de la regeneración; positivamente, tienen que ser **santos en toda su manera de vivir**. En el Sermón del Monte, Jesús fijó esta misma norma: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mt. 5:48; cp. Ef. 5:1). En esta vida los creyentes no pueden ser inmaculados (cp. Ro. 7:14-25; 1 Jn. 1:8) como lo es Dios, pero no menos

que la santidad de Dios es la meta a la que deben apuntar, equipados por la Palabra y el Espíritu (Ef. 2:10).

El llamado de Pedro a la santidad no era nuevo, pero imitaba al del Antiguo Testamento, como lo indica el apóstol al presentar una cita del antiguo pacto con la frase común **porque escrito está** (cp. Mr. 1:2; Lc. 2:23; Jn. 6:31; Ro. 1:17), seguida de la cita: **Sed santos, porque yo soy santo**, derivada de Levítico 11:44; 19:2; y 20:7. Dios reiteró este mandato en otras partes de la ley mosaica (cp. Éx. 19:5-6; Dt. 7:6-8). En Levítico 11:43-45 también declaró:

No hagáis abominables vuestras personas con ningún animal que se arrastra, ni os contaminéis con ellos, ni seáis inmundos por ellos. Porque yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo; así que no contaminéis vuestras personas con ningún animal que se arrastre sobre la tierra. Porque yo soy Jehová, que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios; seréis, pues, santos, porque yo soy santo.

La razón dominante y atractiva para que el pueblo de Dios viva en santidad era su relación con Dios: “Habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a toda la congregación de los hijos de Israel, y diles: Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios” (Lv. 19:1-2; cp. vv. 3, 10, 12, 14, 16, 18, 25, 28, 30-32, 34, 36-37; 18:2, 4-6, 21,30; 20:7-8, 24, 26; 21:6-8, 12, 15, 23; 22:2, 16, 32-33; 23:22). Así como los hijos de Israel estaban llamados a amar y servir a Dios, y a separarse de la inmoralidad e inmundicia, los creyentes de hoy deben responder al llamado soberano de llevar la imagen de Dios (Col. 3:10; cp. Ro. 8:29; 1 Co. 15:49; 2 Co. 3:18) y obedecer sus mandamientos a fin de ser santos, ya que el Santo se ha identificado con ellos en una obra eternamente gloriosa de gracia salvadora.

LOS CREYENTES DEBEN RESPONDER EN HONRA

Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; (1:17)

Unida inseparablemente a la obligación de los creyentes de responder a la salvación en esperanza y santidad está su responsabilidad de honrar a Dios. La frase **conducíos en temor**, que significa “reverencia”, “asombro” y “respeto” hacia Dios es el mandato de esta oración. La esperanza y la santidad producen una vida de adoración, la más elemental de las virtudes espirituales: “El temor de Jehová es el principio de la sabiduría, y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia” (Pr. 9:10; cp. 14:26-27; 15:33; 19:23; Éx. 18:21; Lv. 25:17; Dt. 5:29; 6:13, 24; 10:12; Jos. 4:24; 1 S. 12:14, 24; Sal. 19:9; 25:14; 33:8; 34:9; 103:11; 111:10; 115:11, 13; 118:4; 2 Co. 5:11; He. 12:28-29; 1 P. 2:17; Ap. 14:7; 19:5).

Pedro empieza este versículo explicando la razón de tal conducta: Dios es el juez. **Si invocáis** a Dios **por Padre** implica que los creyentes todo el tiempo invocan (la actual voz media de *epikaleisthe*, “clamar” o “apelar a”) a Dios de ese modo, y deberían hacerlo. Jesús instruyó a los discípulos a orar: “Padre nuestro que estás en los cielos” (Mt. 6:9). Pablo afirmó la legitimidad de tan íntima forma de invocar cuando dijo a los gálatas: “Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gá. 4:6; cp. Ro. 8:15). Esa es la manera adecuada para que los santos clamen a Dios. Pero Pedro no quería que los creyentes olvidaran que aunque tienen una relación íntima con su Padre celestial, deben conducirse en santidad **todo el tiempo de su peregrinación** en la tierra porque Dios también es **aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno** (1 Co. 3:10-15; 2 Co. 5:9-10; He. 12:5-6; cp. Ef. 6:9).

Mientras haya personas viviendo en esta tierra como creyentes, Dios les lleva el registro de sus obras. En la manifestación de Jesucristo habrá un juicio para todos los creyentes. Pablo lo describió así a los corintios:

Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego (1 Co. 3:10-15).

Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano; y ni aun yo me juzgo a mí mismo. Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios (1 Co. 4:3-5).

Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables. Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo (2 Co. 5:9-10).

Sin embargo, esta advertencia acerca de Dios como juez de los creyentes no se limita a la futura recompensa de ellos. Primera de Pedro 4:17 afirma: “Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?” En ocasiones esta obra de Dios como juez de su Iglesia trae su disciplina directa, como se indicó en Hebreos 12:5-11:

Habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, Ni desmayes cuando eres reprendido por él; Porque el Señor al que ama, disciplina. Y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.

En otras ocasiones esta disciplina de parte de Dios es indirecta, llevada a cabo por la Iglesia, como Jesús instruyera a los discípulos:

Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano. De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo. Otra vez os digo,

que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt. 18:15-20).

El verdadero amor y la verdadera adoración a Dios están marcados por la comprensión de que Él es el Padre amoroso, misericordioso y generoso del cristiano; pero que también es su Juez santo que disciplina. La manera cómo los creyentes se conducen delante de la omnisciente presencia del Señor importa tanto en el tiempo como en la eternidad. El testimonio de Pablo a los creyentes de Tesalónica es un modelo para todos los creyentes:

Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irrepreensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes; así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros, y os encargábamos que anduvieseis como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria (1 Ts. 2:10-12).

6. La maravilla de la redención

sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios. (1:18-21)

El puritano Thomas Watson observó correctamente que la redención fue la obra más grandiosa de Dios: “Grande fue la obra de la creación, pero más grande es la obra de la redención; costó más redimirnos que crearnos; en la primera solo se necesitó hablar una Palabra, en la otra hubo que derramar sangre. Lucas 1:51. La creación no fue más que la obra de los dedos de Dios. Salmo 8:3. La redención es la obra de su brazo” (*Body of Divinity* [reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1979], p. 146).

Redención es un término que describe una de las características esenciales de la salvación. Trata específicamente con el costo de la salvación y el medio por el cual Dios recibió el pago. Ya que todos los seres humanos son esclavos indefensos del pecado y están condenados por la ley, si se les ha de perdonar y de reconciliar con Dios, Él tiene que rescatarlos de su condición. Solo entonces puede liberarlos de la esclavitud y de la maldición del pecado.

Rescatados es la palabra clave en este pasaje. Este término (*lutroō*) significa “comprar la libertad mediante el pago de una redención”, o “liberar por medio del pago de un precio”. Para los griegos la palabra también era un término técnico para pagar dinero con el fin de recuperar un prisionero de guerra.

En lugar del sentido griego típico de la palabra para referirse a esclavos y prisioneros, las imágenes del apóstol Pedro para describir a los **rescatados** se deriva de varios pasajes del Antiguo Testamento. Sin duda uno de los principales fue la narración de la primera Pascua:

Habló Jehová a Moisés y a Aarón en la tierra de Egipto, diciendo: Este mes os será principio de los meses; para vosotros será éste el primero en los meses del año. Hablad a toda la congregación de Israel, diciendo: En el diez de este mes tómese cada uno un cordero según las familias de los padres, un cordero por familia. Mas si la familia fuere tan pequeña que no baste para comer el cordero, entonces él y su vecino inmediato a su casa tomarán uno según el número de las personas; conforme al comer de cada hombre, haréis la cuenta sobre el cordero. El animal será sin defecto, macho de un año; lo tomaréis de las ovejas o de las cabras. Y lo guardaréis hasta el día catorce de este mes, y lo inmolará toda la congregación del pueblo de Israel entre las dos tardes. Y tomarán de la sangre, y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas en que lo han de comer. Y aquella noche comerán la carne asada al fuego, y panes sin levadura; con hierbas amargas lo comerán. Ninguna cosa comeréis de él cruda, ni cocida en agua, sino asada al fuego; su cabeza con sus pies y sus entrañas. Ninguna cosa dejaréis de él hasta la mañana; y lo que quedare hasta la mañana, lo quemaréis en el fuego. Y lo comeréis así: ceñidos vuestros lomos, vuestro calzado en vuestros pies, y vuestro bordón en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente; es la Pascua de Jehová. Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, así de los hombres como de las bestias; y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo Jehová. Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto (Éx. 12:1-13).

La vida del cordero fue el precio requerido para salvar la vida de los primogénitos de las familias de Israel. El cordero fue una ilustración divinamente ordenada, y su sacrificio tipificó la muerte expiatoria de un sustituto inocente que redimía a quienes estaban en esclavitud. Este evento de la Pascua se convirtió inmediatamente en símbolo de redención sustitutiva (1 Co. 5:7-8). Dios decretó además que Israel celebrara anualmente la Pascua a fin de recordar perpetuamente a la nación la poderosa liberación que Dios les hiciera de Egipto (Dt. 16:2-3, 5-7), y para señalar al pueblo hacia el verdadero Cordero que un día iba a morir y a resucitar como sacrificio sustitutivo perfecto y definitivo por pecadores redimidos con su sangre (cp. Mt. 26:28; Jn. 1:29; 1 Co. 11:25-26; He. 9:11-12, 28).

Los israelitas recordaban la primera Pascua como la más grande demostración divina de poder redentor hasta ese momento: “Por tu gran amor guías al pueblo que has rescatado; por tu fuerza los llevas a tu santa morada” (Éx. 15:13, NVI; cp. Dt. 7:8; 2 S. 7:23; Sal. 78:35; 106:10-11; Is. 63:9). Pero por grandiosa que fuera esa redención, aquella de la cual escribió Pedro la sobrepasó infinitamente. Como para dar un nuevo énfasis a la grandeza de la salvación de Dios (cp. 1:1-12), este pasaje proporciona a los creyentes una teología de redención al contestar cuatro preguntas cruciales: ¿De qué redimió Dios a los creyentes? ¿Con qué los redimió? ¿Para quién los redimió? y ¿Para qué los redimió?

¿DE QUÉ REDIMIÓ DIOS A LOS CREYENTES?

de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres (1:18b)

La Biblia deja en claro la verdad de que todos los creyentes estuvieron una vez sujetos a la esclavitud del pecado y de la ira, y de que únicamente la redención de Cristo rompió esa esclavitud. Romanos 6:6, 17-18 (NVI), afirma:

Sabemos que nuestra vieja naturaleza fue crucificada con él para que nuestro cuerpo pecaminoso perdiera su poder, de modo que ya no siguiéramos siendo esclavos del pecado... Pero gracias a Dios que, aunque antes eran esclavos del pecado, ya se han sometido de corazón a la enseñanza que les fue transmitida. En efecto, habiendo sido liberados del pecado, ahora son ustedes esclavos de la justicia (cp. vv. 20, 22; Gá. 3:13; Ef. 1:7; Col. 1:13-14; Tit. 2:14; 3:5; He. 9:15).

A la luz de esa realidad, Pedro estableció cuatro rasgos que caracterizan a todos, y que incluyen a los redimidos antes de la redención.

La primera característica de todos los pecadores no redimidos es lo que el versículo 14 de este capítulo llama “los deseos”. “Deseos” (*epithumiais*) son pasiones irresistibles y dominadoras, generalmente hacia lo que es malo (cp. 4:2-3; Mt. 5:28; Ro. 1:24; Ef. 4:22; 1 Ts. 4:5; Tit. 3:3; Stg. 1:14-15; 2 P. 1:4; 1 Jn. 2:16; Jud. 16, 18). El término *imaginación*, usado a menudo en la literatura cristiana más antigua pero casi nunca en escritos contemporáneos y en traducciones de la Biblia, difunde claridad adicional sobre el significado de deseos. La traducción de Génesis 6:5 en la Reina-Valera 1960, la descripción de la abrumadora perversidad de la sociedad antediluviana, es un ejemplo: “Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”.

“Pensamientos del corazón” se refiere claramente a la mente, y todo pecado — en especial los deseos lujuriosos — se origina en la mente y en su “imaginación”. Santiago 1:14-15 describe la obra de la imaginación pecaminosa: “Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte”. Jeremías 3:17 declara: “En aquel tiempo llamarán a Jerusalén: Trono de Jehová, y todas las naciones vendrán a ella en el nombre de Jehová en Jerusalén; ni andarán más tras la dureza de su malvado corazón” (cp. Jer. 7:24; 9:14; 11:8; 13:10; 16:12; 18:12; 23:17).

La carne controla la imaginación de los no redimidos (cp. 1 Co. 2:14; 2 Co. 4:3-4), y si no se la mantiene bajo control también puede afectar la imaginación del creyente (cp. Mr. 14:38; Ro. 13:14; Gá. 5:24; Fil. 3:3). Cuando la carne -alimenta un pensamiento pecaminoso dentro de la imaginación, esta inventa un escenario de fantasía pecaminosa, ese escenario estimula la lujuria, la lujuria mueve las emociones, las emociones activan la voluntad, y la voluntad inicia una conducta pecaminosa (véase otra vez Stg. 1:14-15). La imaginación pecaminosa se compone principalmente de mentiras y distorsiones acerca de uno mismo, de las relaciones personales, de la realización personal, de la naturaleza de las cosas, y de Dios (cp. Jer. 17:9; Mr. 7:21-22; Ro. 7:23; 8:6-8). Esas falsas percepciones llevan a las personas a toda clase de conducta pecaminosa, que da como resultado lamentables sentimientos de culpa. Por tanto, ya que Dios ha redimido a los creyentes de una imaginación perversa y lujuriosa, entonces estos deben proteger sus mentes (Sal. 25:20; 39:1; Pr. 4:23; Lc. 21:34; 2 Jn. 8) de todas las influencias destructivas que tratan de atraerlos de nuevo a tales deseos pecaminosos. Cuando David finiquitaba su elogio por la generosa ofrenda del pueblo para la construcción del templo, ofreció este modelo de oración:

Yo sé, mi Dios, que tú pruebas los corazones y amas la rectitud. Por eso, con rectitud de corazón te he ofrecido voluntariamente todas estas cosas, y he visto con júbilo que tu pueblo, aquí presente, te ha traído sus ofrendas. Señor, Dios de nuestros antepasados Abraham, Isaac e Israel, conserva por siempre estos pensamientos en el corazón de tu pueblo, y dirige su corazón hacia ti (1 Cr. 29:17-18, nvi).

Segundo, el versículo 14 identifica la esclavitud de los no redimidos como “ignorancia”, refiriéndose a la ausencia de comprensión espiritual. La ignorancia de los líderes judíos obligó a Jesús a reprenderlos de esta manera:

¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira (Jn. 8:43-44; cp. 17:25).

El apóstol Pablo quizás resumió mejor tal ignorancia en Efesios 4:18 cuando afirmó de los no redimidos: “Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (cp. 2:1-3,12; Ro. 1:28; 1 Co. 2:14; Gá. 4:8). Pablo dio testimonio de su antiguo estado en esa misma condición: “Habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad” (1 Ti. 1:13).

El versículo que abre este pasaje se refiere a la tercera característica de los no redimidos: su **vana manera de vivir**, que identifica una existencia -superficial, inútil y sin valor alguno. Sin que importe su manera de pensar, todo hombre o mujer no redimidos están viviendo de una **manera vana**. Incluso los mayores logros que los incrédulos parecen tener no tienen sentido desde la perspectiva de la eternidad. Jesús dejó eso en claro por medio de dos preguntas perspicaces a sus discípulos: “¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Mt. 16:26).

Pablo reconoció la inutilidad de la vida no redimida cuando prohibió a los habitantes de Listra que los adoraran a Bernabé y a él. “Varones, ¿por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros, que os anunciamos que de estas vanidades os convirtáis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay” (Hch. 14:15; cp. Ro. 1:21; 6:20-21; 8:20; 1 Co. 3:20). Pablo también exhortó a los creyentes efesios a prohibir tan vanas maneras: “Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente” (Ef. 4:17).

Aquí también hay un cuarto rasgo de la condición perdida de los no redimidos, es decir, la tradición religiosa, identificada como ideas que **recibisteis de vuestros padres**. Los fariseos y sus seguidores eran partidarios principales de tan inútil tradición, que motivó el duro reproche que Jesús les hiciera: “Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres” (Mt. 15:7-9; 23:1-4). La religión tradicional, sea el judaísmo apóstata o el paganismo en sus muchísimas formas, es un rasgo de la esclavitud al pecado (cp. Is. 29:13; Mt. 15:3, 6; Mr. 7:8-9, 13; Gá. 1:14; Col. 2:8), de la que las personas necesitan redención.

Las palabras de Pablo a Tito resumen bien esta esclavitud total de los no redimidos: “Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos

unos a otros” (Tit. 3:3; cp. Jer. 2:22; Ro. 1:18-32; Gá. 5:19-21; Ef. 5:5; Col. 3:5-7). Únicamente Dios puede liberar a las almas de esta esclavitud. El Salmo 107 lo describe de manera dramática:

Algunos moraban en tinieblas y sombra de muerte, aprisionados en aflicción y en hierros, por cuanto fueron rebeldes a las palabras de Jehová, y aborrecieron el consejo del Altísimo. Por eso quebrantó con el trabajo sus corazones; cayeron, y no hubo quien los ayudase. Luego que clamaron a Jehová en su angustia, los libró de sus aflicciones; los sacó de las tinieblas y de la sombra de muerte, y rompió sus prisiones. Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres. Porque quebrantó las puertas de bronce, y desmenuzó los cerrojos de hierro (vv. 10-16; cp. Pr. 20:9; Is. 43:25; 61:1; Jon. 2:9; Ro. 7:4-6; Gá. 4:3-5; Col. 2:13-14).

¿CON QUÉ REDIMIÓ DIOS A LOS CREYENTES?

sabiendo que fuisteis rescatados... no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, (1:18a, 19)

El Salmo 49:7-8 declara: “Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate (porque la redención de su vida es de gran precio, y no se logrará jamás)”. Pedro apeló al conocimiento básico de sus lectores de que la humanidad no tenía a su disposición nada que pudiera satisfacer ese precio. **Sabiendo** resalta **que** los creyentes estaban conscientes de que fueron **rescatados no con cosas corruptibles**. El precio de la redención no fue un valioso producto terrenal, **como oro o plata**. ¿Por qué incluso en este contexto Pedro mencionó esos dos metales preciosos? Es posible que en este caso recordara el pasaje del Antiguo Testamento acerca de la ofrenda de rescate que Dios requería que los israelitas pagaran (cp. Éx. 30:13, 15) por la acción de numerar a todos los varones en edad militar:

Habló también Jehová a Moisés, diciendo: Cuando tomes el número de los hijos de Israel conforme a la cuenta de ellos, cada uno dará a Jehová el rescate de su persona, cuando los cuentes, para que no haya en ellos mortandad cuando los hayas contado. Esto dará todo aquel que sea contado; medio siclo, conforme al siclo del santuario. El siclo es de veinte geras. La mitad de un siclo será la ofrenda a Jehová. Todo el que sea contado, de veinte años arriba, dará la ofrenda a Jehová. Ni el rico aumentará, ni el pobre disminuirá del medio siclo, cuando dieren la ofrenda a Jehová para hacer expiación por vuestras personas. Y tomarás de los hijos de Israel el dinero de las expiaciones, y lo darás para el servicio del tabernáculo de reunión; y será por memorial a los hijos de Israel delante de Jehová, para hacer expiación por vuestras personas (Éx. 30:11-16).

Hacer un censo era pecado y se consideraba falta de confianza en Dios. En esa ocasión exclusiva en que Dios ordenó un censo, exigió una ceremonia de purificación como limpieza. Por ella los israelitas cancelarían el castigo implícito en el censo. Cuando Israel hizo un censo en desobediencia directa a la orden divina de no hacerlo, que significó un acto de desconfianza pecaminosa en el poder de Dios, como hizo David en 1 Crónicas 21, la Biblia registra que él cayó en la tentación de Satanás de satisfacer su orgullo en la fuerza militar de la nación. La falta de David en confiar y obedecer a Dios en el trato con sus enemigos acarrió la ira del Señor que lo llevó a castigar a Israel con una plaga letal ocasionada por un ángel destructor (vv. 11-17).

Pedro sabía que, a diferencia de la redención temporal que Dios permitió que los israelitas compraran con dinero en Éxodo 30, ninguna cantidad de dinero puede redimir de la esclavitud al

pecado a las almas de las personas. El profeta Isaías vio la verdadera naturaleza de la redención definitiva de Dios para su pueblo cuando escribió: “Porque así dice Jehová: De balde fuisteis vendidos; por tanto, sin dinero seréis rescatados” (Is. 52:3).

Tras establecer con qué los creyentes no fueron redimidos, Pedro declaró el medio por el cual Dios los redimió: **con la sangre preciosa**. Él usó **sangre** como un sinónimo vívido para la muerte expiatoria en que participaba derramamiento de sangre. La **sangre** no solo era cualquier sangre sino la **preciosa** que pertenecía a **un cordero sin mancha y sin contaminación**. Las palabras del apóstol describen implícitamente el inmenso sacrificio que el propietario de tal cordero hacía cuando mataba su animal más fino, más puro y más perfecto, la misma clase de animal que Dios siempre requería como sacrificio (Lv. 22:19; Nm. 6:14; 28:3-4; Dt. 15:21; 17:1; cp. Éx. 12:5; Lv. 22:17-25). Ningún cordero expiatorio o ningún otro sacrificio animal pudo alguna vez quitar realmente el pecado, como lo deja en claro Hebreos 10:1-10:

Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado. Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados; porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre (cp. 9:24-26; 10:11, 14).

Todos esos sacrificios mostraban los efectos mortales del pecado y describían la idea de un sustituto final que tomaba el lugar del pecador, cumplido en el sacrificio de Jesucristo “una vez para siempre”. Que Jesús fuera absoluta y perfectamente **sin mancha y sin contaminación** es el claro testimonio de la Biblia, relacionado en especial con la doctrina de la imputación, contenida en 2 Corintios 5:21: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”:

Imputación hace referencia a un recuento legal. Imputar una culpa a alguien es asignar culpabilidad en la cuenta de esa persona. Del mismo modo, imputar justicia es contar la persona como justa. La culpa o la justicia que se imputa de este modo es una realidad plenamente objetiva; existe totalmente aparte de la persona a quien es imputada. En otras palabras, una persona a quien se imputa una culpa no se hace culpable por esa razón en un sentido real, sino que es tenida por culpable en un sentido legal. Es contar algo como si fuera de la persona sin que esto implique un cambio como tal en su carácter intrínseco.

La culpa de los pecadores fue imputada a Cristo. Él no estaba en ningún sentido manchado en realidad con la culpa. Simplemente fue tenido por culpable ante la corte del cielo, y la penalidad de toda esa culpa fue ejecutada en su contra. El pecado le fue imputado, mas no impartido a Él.

Esta es una declaración notable: “Al que no conoció pecado, por nosotros [Dios] *lo hizo pecado*, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. No puede significar que Cristo se

convirtió en un pecador. No puede significar que Él hubiera cometido algún pecado, que su carácter se hubiera mancillado, o que Él llevó nuestro pecado en cualquier otro sentido aparte de una imputación legal.

Cristo no tenía capacidad para pecar. Él fue impecable. Este mismo versículo dice inclusive: “No conoció pecado”. No tenía mancha alguna. Tenía que ser así para servir como el perfecto sustituto. Él era santo, inofensivo, incontaminado: separado de los pecadores (He. 7:26). Él era sin pecado (He. 4:15). Si el pecado hubiera denigrado su carácter en cualquier sentido — si se hubiera convertido en un pecador como tal — entonces Él mismo habría sido merecedor del castigo por el pecado, y por tanto no estaría calificado para presentar el pago por los pecados de los demás. El perfecto Cordero de Dios no podía ser otra cosa que un cordero sin mancha. Así que la frase “[Dios] lo hizo pecado” *no puede* significar que Cristo se hubiera manchado con el pecado como tal.

Lo que significa simplemente es que culpabilidad por *nuestros* pecados le fue imputada a Él, le fue tomada en cuenta como si fuera propia de Él. Muchos versículos de las Escrituras enseñan este concepto: “Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados” (Is. 53:5). “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 P. 2:24). Él llevó “los pecados de muchos” (He. 9:28).

Así que en 2 Corintios 5:21, lo que Pablo quiere decir sencillamente es que Dios trató a Cristo como si Él fuera un pecador. Él imputó nuestra culpa en Él y aplicó sobre Él el castigo pleno por el pecado, aunque Cristo mismo no conocía el pecado.

La culpa que Él llevó no era su culpa, pero Él la sobrellevó como si fuera suya. Dios puso *nuestra* culpa en la cuenta de Él y le hizo pagar el castigo por ello. Toda la culpa de todos los pecados de todos los que existen, fue imputada a Jesucristo: transferida a su cuenta como si Él fuera culpable de todo ello. Entonces Dios derramó toda la furia de su ira contra todo ese pecado, y Jesús tuvo que experimentarlo todo. Esto es lo que este versículo significa cuando dice de Cristo que Dios por nosotros, lo hizo pecado (John MacArthur, *La libertad y el poder del perdón* [Grand Rapids, MI: Portavoz, 1999], pp. 24-25; cursivas en el -original).

Ya que todo pecado es una violación de la ley santa de Dios, y una deuda contraída con Él, es a Dios a quien hay que pagarle el precio. Únicamente el acreedor puede determinar los términos del rescate o la redención. El precio no fue pagado a Satanás como algunos han sugerido, como si se le hubiera ofendido y se le debiera compensar por los pecados en su contra. Todo pecado es contra Dios, y es Él quien establece los términos de la redención. El precio que Él requirió como pago fue la vida de su propio Hijo (Hch. 20:28; Ro. 3:24-25; Gá. 4:4-5; Ef. 1:7; Col. 1:13-14; Tit. 2:13-14).

La sangre de Cristo es la sangre más preciosa de todas porque Él fue la única persona totalmente perfecta que ha existido (cp. Jn. 1:14, 27; He. 4:14-15; 7:26-28). El escritor de Hebreos captó la esencia de Cristo como el perfecto mediador y sumo sacerdote del nuevo pacto, hecho posible por medio de su muerte como el sacrificio perfecto:

Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que

sirváis al Dios vivo? Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna (He. 9:11-15; cp. 4:15).

El Nuevo Testamento afirma en otros muchos pasajes la misma verdad de la singularidad de la muerte expiatoria de Jesús (3:18; Jn. 1:29; 1 Co. 1:30; Gá. 3:13; Ap. 1:5; cp. 1 P. 2:4; Ap. 5:6-9; 14:4).

La sangre de Cristo se refiere no al fluido en su cuerpo sino a la totalidad de su muerte redentora. La Biblia habla de la sangre de Cristo casi tres veces más de lo que menciona la cruz, y cinco veces más de lo que se refiere a la muerte de Cristo. La palabra **sangre**, por tanto, es el término principal que usa el Nuevo Testamento para referirse a la expiación.

Pedro escribió que la elección es “para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1:2). “Ser rociados con la sangre” es lo que selló el nuevo pacto (cp. He. 9:1-18). “Sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (v. 22). Si Cristo no hubiera derramado literalmente su sangre en sacrificio por los pecados de los creyentes, estos no se habrían podido salvar. Esta es una razón de que la crucifixión fuera el medio ordenado por Dios mediante el cual Cristo debía morir; esta fue la demostración más vívida y visible de vida que fuera derramada como precio por los pecados.

El derramamiento de sangre fue igualmente el diseño de Dios para casi todos los sacrificios del Antiguo Testamento. Se derramaba la sangre en vez de matar a garrotazos, o por estrangulamiento, sofocamiento o quemadura. Dios diseñó que la muerte expiatoria ocurriera con pérdida de sangre, “porque la vida de la carne en la sangre está” (Lv. 17:11).

La **sangre de Cristo** fue literal y violentamente derramada en la crucifixión. Quienes niegan esta verdad o tratan de espiritualizar la muerte de Cristo son culpables de corromper el mensaje del evangelio. Jesucristo sangró y murió en el sentido más completo y literal, y cuando resucitó de los muertos fue literalmente resucitado. Negar la realidad absoluta de esas verdades es invalidarlas (cp. 1 Co. 15:14-17).

Sin embargo, el significado de la crucifixión no se expresa por completo únicamente en la pérdida de sangre. No hubo nada sobrenatural en la sangre de Jesús que santificara a quienes esta tocara. Aquellos que lo flagelaron pudieron haber quedado salpicados con la sangre. Pero esa aplicación literal de la sangre de Jesús no hizo nada para purgar sus pecados. Si el Señor hubiera sangrado sin morir, no se hubiera podido lograr la redención. Si la expiación se hubiera detenido antes sin que se hubiera satisfecho toda la paga del pecado, la sangre derramada de Jesús habría sido derramada en vano. Si la sangre en sí pudiera redimir pecadores, ¿por qué Jesús no solo sangró, sino que murió? No lo hizo porque “el derramamiento de sangre” en la Biblia es una expresión que significa más que solo sangrar.

El significado bíblico de este asunto es fácilmente evidente. Romanos 5:9-10 clarifica el punto; esos dos versículos muestran uno al lado del otro que ser “justificados en su sangre” (v. 9) es lo mismo que ser “reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (v. 10). El elemento crítico en la salvación es la muerte expiatoria de Cristo en beneficio de los pecadores. El derramamiento de su **sangre** fue la manifestación visible de su vida siendo derramada en sacrificio, y la Biblia usa constantemente la expresión “derramamiento de sangre” como una metonimia para muerte expiatoria (He. 9:22; 12:4; cp. 9:12, 14; 10:19; 11:28; 13:12, 20; Éx. 12:7, 13, 22-23; 23:18; 30:10; 34:25; Lv. 16:27; 17:11; Dt. 12:27; Mt. 26:28; Hch. 20:28; Ro. 3:25; 1 Co. 11:25; Ef. 1:7; 2:13; Col. 1:20; 1 P. 1:19; 1 Jn. 1:7; Ap. 1:5; 7:14).

Así, pues, la **sangre de Cristo** es preciosa; pero por preciosa que sea, esa sangre física sola no podía salvar ni lo hizo. Solo cuando fue derramada en muerte se pudo pagar el castigo por el pecado (Lc. 24:46; Hch. 17:3; Ro. 5:8-11; Ef. 2:13-16; Ap. 5:9; 13:8; cp. Jn. 11:50-51).

Es importante observar también que aunque Cristo derramó su sangre, la Biblia no dice que se desangrara hasta morir; enseña más bien que Él voluntariamente dobló su espíritu (Jn. 10:18). Sin embargo, aun la muerte física no pudo haber producido salvación separada de su muerte espiritual, conforme a la cual Él fue separado del Padre (cp. Mt. 27:46) al cargar con la culpa completa por la totalidad de los pecados de todos los que alguna vez se salvarían.

Es claro que aunque Cristo derramara su sangre literal, no se pretende que muchas referencias a la sangre sean tomadas en sentido literal. Por ejemplo, una interpretación estrictamente literal no puede explicar pasajes como Juan 6:53-54: “De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero”. Sería igualmente difícil explicar cómo se entiende la sangre física en Mateo 27:25 (“su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos”); Hch. 5:28 (“queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre”); 18:6 (“vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza”); 20:26 (“estoy limpio de la sangre de todos”); y 1 Corintios 10:16 (“la copa de bendición... ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?”).

Tratar de tomar en forma literal toda referencia a la sangre de Cristo puede llevar a errores graves. Por ejemplo, la doctrina católica romana conocida como transustanciación, enseña que el vino de comunión cambia milagrosamente en la verdadera sangre de Cristo, y que quienes participan de los elementos en la misa literalmente cumplen las palabras de Jesús en Juan 6:54: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero”.

Algunos afirman que la sangre de Cristo no fue realmente humana. Sin embargo, ellos insisten en interpretar literalmente toda referencia del Nuevo Testamento a la sangre de Jesús. Erróneamente enseñan que la sangre física de Cristo fue preservada de alguna manera después de la crucifixión y llevada al cielo, donde ahora se aplica literalmente al alma de cada cristiano en la -salvación.

Los creyentes no se salvan por alguna mística aplicación celestial de la sangre literal de Jesús. Nada en la Biblia indica que la sangre literal de Cristo esté preservada en el cielo ni que se aplique a los creyentes individuales. Cuando Pedro afirma aquí que los santos son redimidos por la sangre, no está hablando de un cuenco de sangre en el cielo. El apóstol se refiere a que son salvos por la muerte expiatoria de Cristo.

De igual modo, cuando Pablo se glorió en la cruz (Gá. 6:14), no se refirió a las vigas literales de madera; estaba hablando de todos los elementos de la obra redentora. Así como la cruz es una expresión que incluye toda la obra expiatoria de Cristo, así también lo es la sangre. No es el verdadero fluido lo que limpia a los creyentes del pecado sino la obra de redención de Cristo lograda al derramar su sangre en la muerte.

¿POR MEDIO DE QUIÉN REDIMIÓ DIOS A LOS CREYENTES?

ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, (1:20a, 21a)

En esta sección Pedro describe más plenamente la singularidad del Cordero precioso, Jesucristo. El primer aspecto de eso es su predestinación. Que Él **ya** estuviera **destinado** (*proegnōsmenou*), literalmente “habiendo estado preparado”, indica con claridad que Dios planificó enviar al Hijo como

el Redentor encarnado **desde antes de la fundación del mundo**. El Padre no reaccionó ante la caída del hombre con una solución de última hora; antes de la caída (incluso antes de la creación) Él predestinó enviar a su Hijo como el Salvador (Hch. 2:23; 4:27-28; 2 Ti. 1:9; Ap. 13:8; cp. Is. 42:1; Ro. 8:29-30; Ef. 1:5-11). Incluso mientras actuaban burlonamente delante de la cruz, algunos enemigos de Jesús entre los gobernantes judíos parecieron reconocer que Dios tenía un Mesías predestinado: “A otros salvó; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios” (Lc. 23:35). Por desgracia para ellos, estos dirigentes se negaron a reconocer que Jesús era ese escogido para ser el sacrificio por el pecado.

En segundo lugar, el Cordero precioso es único debido a su encarnación. El verbo que se tradujo **manifestado** (*phanerōthentos*) incluye la idea de dejar algo en claro o manifiesto, y es un pasivo indefinido que denota un acontecimiento histórico... en este contexto, el Hijo se vuelve humano (cp. Gá. 4:4-5). En su enriquecedor pasaje sobre la humildad de Cristo, Pablo resume la encarnación:

[Jesús] siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil. 2:6-8; cp. Jn. 1:14; Gá. 4:4).

La frase **en los postreros tiempos** es una expresión conocida que se refiere a todo el período entre el nacimiento de Cristo y su segunda venida (cp. el sinónimo “postreros días” en 2 Ti. 3:1; He. 1:2; Stg. 5:3; 2 P. 3:3; y “último tiempo” en 1 Jn. 2:18). El griego para **tiempos** (*chronōn*) se refiere a un punto cronológico en el calendario divino de acontecimientos. Años antes, Pedro usó una expresión similar cuando citó del Antiguo Testamento para describir el milagro del día de Pentecostés acerca de la venida del Espíritu Santo: “Esto es lo dicho por el profeta Joel: y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne” (Hch. 2:16-17; cp. 1 Ti. 4:1; He. 1:2).

La tercera característica de la singularidad del Hijo es su resurrección. Dios **le resucitó de los muertos** en una prueba inequívocamente poderosa acerca de que Él era el sacrificio por el pecado y que había logrado la obra redentora de Dios (Hch. 2:24, 32; 3:15; 4:10; 13:33; 17:31; 26:23; Ro. 4:25; 1 Co. 15:20-26). En su saludo de inicio en la epístola a los Romanos, Pablo resume de manera concisa el significado de la resurrección: “[Jesús] fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Ro. 1:4).

En cuarto lugar, Pedro recuerda a los creyentes que Cristo es único porque en afirmación absoluta y culminante, Dios **le ha dado gloria**. Esa frase señala hacia la ascensión (Mr. 16:19; Lc. 24:50-51; Hch. 1:9-11), cuando Cristo regresó al paraíso y a la gloria que había disfrutado con el Padre desde toda la eternidad (3:22; Lc. 24:26; Jn. 17:4-5; Ef. 1:20-21; cp. Sal. 68:18). Al escribir sobre la superioridad de Cristo, el autor de Hebreos se refirió a la ascensión como la recompensa por la obra redentora perfecta: “Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos” (He. 2:9; cp. 9:24; 12:2). Filipenses 2:9-11 le asigna a Jesús absoluto señorío sobre todas las cosas:

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

¿PARA QUÉ REDIMIÓ DIOS A LOS CREYENTES?

por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios para que vuestra fe y esperanza sean en Dios. (1:20b, 21b)

Como para resaltar una verdad ya aclarada, Pedro reiteró a sus lectores que la obra redentora de Cristo fue **por amor de vosotros**, refiriéndose a todos los redimidos. Este énfasis en que Jesús murió por amor a los redimidos se explica más en los comentarios sobre 2:24 y 3:18 de los capítulos 15 y 19 respectivamente de esta obra (cp. Is. 53:4-6; 2 Co. 5:21; 8:9; Ef. 1:6).

Ya que la redención únicamente es **mediante** Jesús (Hch. 3:16; 4:12; cp. Jn. 3:36; 10:7,9; 1 Co. 1:4; 1 Ti. 2:5; 1 Jn. 5:11-12; 2 Jn. 9-11), no existe otra manera de llegar a Dios (Jn. 14:6). Esto marca la exclusividad del evangelio como la única forma de redención. Las personas no pueden creer **en Dios** aparte de reconocer la muerte, resurrección y señorío soberano de su Hijo. Es más, todos los que no creen en el evangelio no pueden conocer en absoluto a Dios y están sujetos a destrucción eterna.

Y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder (2 Ts. 1:7-9).

También se debe considerar que la palabra **mediante** podría no solo indicar el *camino* hacia la fe salvadora de Dios, sino el *poder* para creer el evangelio. En 1 Corintios 3:5, Pablo escribió que él y Apolos eran “servidores por medio de los cuales habéis creído” en el lado humano; sin embargo, es evidente que ya que todas las personas están indefensas, ciegas y muertas en sus pecados, se necesita poder divino. Por eso Pablo sigue diciendo: “Según lo que a cada uno concedió el Señor”. El mismo Cristo, por el Espíritu Santo, es el agente de salvación de los creyentes. Pedro sabía esto, como algunos creyentes judíos en Jerusalén lo reconocieron años antes, mientras concordaban con su enseñanza: “¿De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!” (Hch. 11:18).

Puesto que la redención **mediante** Jesús produce creyentes **en Dios**, es obvio que es por fe que debemos apropiarnos de la salvación (Mr. 1:15; 16:16; Jn. 6:29; 20:31; Hch. 11:21; 13:39, 48; 16:31; 20:21; Ro. 3:28; 5:15; 10:9-10, 14-15, 17; Ef. 2:8-9). La fe salvadora incluye creer **en** el único, verdadero y vivo **Dios** (He. 10:39; 11:6) y creer **mediante** su Hijo, Jesucristo (Jn. 6:40). Contenida en la frase **creéis en Dios** se halla todo lo que está implícito en la verdadera fe salvadora.

El final del versículo 21 da a conocer la doble y definitiva bendición de la redención: **para que la fe y la esperanza** de los creyentes **sean en Dios**. La **fe** permite a los creyentes confiar en que Dios les provee la gracia necesaria en medio de las actuales circunstancias, luchas y ansiedades de la vida (5:7; Sal. 5:11; 31:1; 37:5; 56:11; Pr. 29:25; Is. 26:3; Nah. 1:7; Fil. 4:6); y la **esperanza** permite creer en gracia futura, que habrá de revelarse para ellos en gloria celestial (véase el estudio de 1:4, 5, 13 en los capítulos 2 y 5 de esta obra; cp. Sal. 146:5; Hch. 23:6; 24:15; Ro. 5:2; 8:18, 25; Gá. 5:5; Tit. 2:13; He. 6:11, 19). El salmista vincula la esperanza y la redención de esta manera: “Dios redimirá mi vida del poder del Seol, porque él me tomará consigo” (Sal. 49:15). Los creyentes tienen una esperanza inquebrantable de que un día Dios los resucitará de la tumba y les dará la bienvenida a la gloria final. El apóstol Pablo recordó a los romanos que la segura esperanza de los creyentes incluye redención del cuerpo: “Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Ro. 8:23; cp.

Fil. 3:20-21; 1 Jn. 3:2). Por fe, los santos disfrutaban ahora la redención del alma (“las primicias del Espíritu”), y por la esperanza anticipan la redención del cuerpo de todos los efectos restantes de la caída.

7. El amor sobrenatural

Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. Porque: Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada. (1:22-25)

Una anécdota de principios del siglo XX ilustra muy bien cómo los cristianos deben estar agradecidos por lo que Cristo ha hecho por ellos. Un día, mientras se hallaba sobre un andamio en un tercer piso, un ingeniero de la construcción tropezó y cayó a tierra en lo que pareció ser una fatal caída en picado. Justo debajo del andamio, un obrero levantó la mirada mientras el hombre caía, se dio cuenta de que estaba parado exactamente donde iba a caer el ingeniero, se apuntaló, y absorbió todo el impacto de la caída del otro hombre. El golpe hirió levemente al ingeniero, pero gravemente al obrero. La brutal colisión le fracturó casi todos los huesos de su cuerpo, y después de recuperarse de esas heridas quedó gravemente discapacitado.

Años más tarde, un periodista preguntó al antiguo obrero de la construcción cómo le había tratado el ingeniero desde el accidente. El discapacitado contestó: “Me dio la mitad de todo lo que posee, incluso una participación en su negocio. Constantemente se preocupa por mis necesidades y nunca permite que yo carezca de algo. Casi todos los días me da alguna muestra de agradecimiento o recuerdo”.

A menudo los creyentes, a diferencia del agradecido ingeniero de la historia, olvidan que en el Calvario hubo un sustituto que sufrió todo el impacto de su peso pecador y que los rescató cuando se precipitaban hacia una eternidad en el infierno. Dios derramó su ira sobre el Sacrificio perfecto (1:19; cp. He. 4:15; 7:26-27), su Hijo sin pecado que “herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga -fuimos nosotros curados” (Is. 53:5; cp. 2 Co. 5:21; Gá. 1:3-4; He. 10:9-10; 1 P. 2:24). Cristo se sacrificó por todos los que creen, y cada uno de ellos sin duda debería estar consumido con gratitud demostrable hacia Él debido a ese amor, motivados a manifestarle amor superior a lo que es natural. Más allá de ese amor por el Salvador está el amor mutuo participado con todos los demás que han sido rescatados de la muerte eterna. El apóstol Pedro lo llama **amor fraternal no fingido**.

En este pasaje se plantean cuatro preguntas básicas que el texto contesta para explicar este amor sobrenatural: ¿Cuándo están habilitados los creyentes para amar? ¿A quiénes deben amar los creyentes? ¿Cómo deben amar los creyentes? y ¿Por qué deben amar los creyentes?

¿CUÁNDO ESTÁN HABILITADOS LOS CREYENTES PARA AMAR?

Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, (1:22a)

La Biblia reiteradamente deja en claro que el individuo no convertido está muy lejos de tener la capacidad de demostrar verdadero amor (Jn. 5:42; 1 Jn. 2:9, 11; 3:10; 4:20; cp. Job 14:4; Sal. 58:3; Jn. 15:18, 25; Ro. 8:7-8; 1 Co. 2:14; 2 Co. 3:5). Jesús dijo a los fariseos: “¡Ay de vosotros, fariseos! que diezmaís la menta, y la ruda, y toda hortaliza, y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios. Esto os era necesario hacer, sin dejar aquello” (Lc. 11:42). Ellos estaban preocupados de los detalles minuciosos de la religión externa pero no pudieron (ni podían) manifestar el amor de Dios (cp. Jn. 5:42; 1 Jn. 3:16-17). En contraste, Jesús declaró que sin lugar a dudas ese amor distingue a los creyentes: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:35; cp. Jn. 14:21; 2 Co. 5:14; 1 P. 1:8; 1 Jn. 2:5; 4:12, 19; 5:1).

Fue en la salvación que los creyentes recibieron la capacidad de demostrar amor sobrenatural (Ro. 5:5). Cuando manifestaron **obediencia a la verdad** (fueron salvos), también habían **purificado** sus **almas**. **Purificado** (*hāgnikotes*) es un participio perfecto que describe una acción pasada con resultados continuos. Dios no solamente limpia el pasado de cristianos impuros (cp. 4:1-3; He. 9:22-23), sino que también les confiere nuevas capacidades para el presente y el futuro (2 Co. 5:17; cp. Ro. 6:3-14; Col. 3:8-10; 2 P. 1:4-9). Ezequiel esperaba con interés esta realidad espiritual cuando profetizó lo que Dios haría por los creyentes bajo el nuevo pacto:

Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra (Ez. 36:25-27; cp. Jer. 31:31-34; Mt. 26:28; Jn. 3:5; Ef. 5:26; Tit. 3:5).

En apariencia, **purificado** parecería referirse a una obra humana; al contrario, se refiere a una obra totalmente divina. El profeta Ezequiel dejó eso en claro en el pasaje recién citado, y en sus cartas el apóstol Pablo también afirmó lúcidamente que la obra purificadora de la salvación es obra de Dios:

Pues, mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles... Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor (1 Co. 1:26, 30-31; cp. Sal. 37:39; Pr. 20:9; Ro. 11:6; 1 Co. 6:11; Ef. 5:25-26; 2 Ts. 2:13; Tit. 2:14; 3:5; He. 5:9).

En este pasaje, Pedro supuso pero no se refirió a la *fe* que el Nuevo Testamento tan necesariamente asocia con la salvación (1:9; Hch. 14:27; 15:9; 20:21; 26:18; Ro. 3:22, 25-28; 4:5; 5:1; Gá. 2:16; 3:11, 24, 26; Ef. 2:8; Fil. 3:9; 2 Ts. 2:13; 2 Ti. 3:15). Sin embargo, junto con la purga que viene a través de la fe salvadora (Hch. 15:8-9), él se refiere a **la obediencia a la verdad**, un elemento intrínseco de la fe que salva (cp. Jn. 3:36; Ro. 10:10; Ef. 2:8-10; He. 5:9; 11:1-34). Así que Pedro no pasó por alto la fe con relación a la salvación; sencillamente definió esa fe. El apóstol reiteró para sus lectores la verdad de 1:2, donde afirmó que fueron salvos “según la presciencia de Dios Padre en

santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (véase el estudio de ese versículo en el capítulo 1 de esta obra). Sin duda, **obediencia** puede ser un sinónimo del Nuevo Testamento para *fe*. Otros pasajes afirman ese hecho. Pablo escribió a los romanos: “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?” (Ro. 6:16; cp. 1:5; 6:17; 15:18; 16:19, 26; 2 Co. 9:13).

La fe no es una obra de obediencia iniciada por el ser humano (Ef. 2:8: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”), pero si en realidad es dada por Dios resultará en obediencia regular a la verdad por parte de los creyentes (cp. Stg. 1:22-25; 2:14-26; 1 Jn. 2:3-6; 3:7-9, 24) que manifestarán el amor de Dios a otros (cp. 1 Jn. 2:10-11; 3:10-11, 14-17; 4:7-8, 16, 20).

¿A QUIÉNES DEBEN AMAR LOS CREYENTES?

para el amor fraternal no fingido, (1:22b)

En la salvación, los creyentes se convierten en miembros del Cuerpo de Cristo, la Iglesia, que entonces se vuelve el objetivo para la nueva capacidad de amar conferida por el Espíritu que poseen (Ro. 5:5; 1 Ts. 4:9; 1 Jn. 3:14, 23; cp. Jn. 15:12; Fil. 1:9; 1 Jn. 3:18; 4:7-8; 5:1-2). Este **amor fraternal** (*philadelphia*) **no** debe ser **fingido** (*anupokriton*, “sin hipocresía”). Como conocía el peligro de la -hipocresía, Pablo amonestó a los romanos: “El amor sea sin fingimiento” (Ro. 12:9). **El amor no fingido** debe ser la norma común para los creyentes (Ro. 12:10; 2 Co. 6:6; 8:8; Fil. 2:1-2; He. 13:1; 1 Jn. 3:11, 18), que reemplaza a todas las limitaciones y consideraciones terrenales (cp. 1 Co. 10:23-30). Dios puede usar la amorosa unidad de los creyentes para atraer a un mundo perdido y despertarlo a su necesidad de salvación (cp. Jn. 13:34-35; 1 Co. 10:31-33).

¿CÓMO DEBEN AMAR LOS CREYENTES?

amaos unos a otros entrañablemente, (1:22c)

El conocido verbo del Nuevo Testamento *agapaō* expresa el tipo ideal de amor, el cual es ejercido por voluntad y no por emoción, y que no lo determina la belleza o lo apetecible del objeto, sino la noble intención de aquel que ama. **Entrañablemente** (*ektenōs*) es un término fisiológico que significa estirar hasta el máximo límite la capacidad de un músculo. Metafóricamente, la palabra significa hacer algo de manera intensa, alcanzar la máxima extensión de algo, ser ferviente (Lc. 22:44; Hch. 12:5; cp. Hch. 26:7). Así es como Pedro la usó en 4:8 cuando escribió: “Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados”. Dios quiere que el amor de los creyentes se propague de modo que con misericordia perdone y cubra el pecado entre ellos (véase todo el estudio de este versículo en el capítulo 21 de esta obra).

Sin embargo, ese amor tan fuerte no se deriva de algún requisito externo y legalista (cp. Sal. 40:8; Ro. 8:2; Gá. 5:1). Al contrario, Pedro manifestó a sus lectores que ese amor es una actitud motivada desde el interior, **de corazón puro** (Pr. 4:23; Mt. 22:37-39; Ef. 4:32; 1 Ti. 1:5; cp. Ro. 12:10; 1 Co. 13:8, 13; Gá. 5:14; 1 Ts. 1:3; He. 6:10), porque es un fruto que resulta cuando el Espíritu Santo mora en el cristiano. Pablo declaró a los gálatas que si vivían por ese Espíritu verían tal fruto en sus vidas:

Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne... Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y

deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu (Gá. 5:16, 22-25; cp. Ef. 5:15-21).

¿POR QUÉ DEBERÍAN AMAR LOS CREYENTES?

siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. Porque: Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada. (1:23-25)

Los creyentes deben amarse mutuamente al máximo porque esto es coherente con la nueva vida en Cristo. El apóstol Juan escribió: “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos” (1 Jn. 5:1-2; cp. 3:14; 4:7).

Es como si Pedro anticipara la pregunta de sus lectores de por qué deben amar de la manera en que les había mandado; por tanto, les dijo que se debería esperar que amaran de ese modo porque eran **renacidos**. El tiempo perfecto del participio *anagegennēmenoi* (**siendo renacidos**) resalta que el nuevo nacimiento ocurre en el pasado, con efectos continuos en el presente. Uno de esos efectos es que los creyentes mostrarán amor los unos por los otros.

Pablo definió esta transformación como una muerte con subsiguiente nueva vida en Cristo:

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva (Ro. 6:3-4).

La verdad de ese texto es en realidad “seca”. Es decir, Pablo no está hablando de bautismo en agua, sino de inmersión espiritual en Jesucristo, *simbolizada* por el bautismo en agua. La inmersión en Cristo significa que los creyentes son colocados en la muerte de Jesús, por medio de la cual mueren a la antigua vida y Dios los considera participantes en la resurrección de Cristo, por la cual tienen nueva vida en Él. Además, el nuevo nacimiento conlleva una decisiva transformación completa y radical que se debe describir en los términos extremos de muerte y nuevo nacimiento (2 Co. 5:17). Los creyentes se visten “del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4:24; cp. Ro. 6:6; Col. 3:10). Aquellos que son **renacidos** pasan de estar sin Dios, sin ley y de ser egoístas (Ro. 3:9-18; 8:7-8) a manifestar verdadero arrepentimiento, confianza y amor. El Espíritu Santo los ilumina para que discernan la verdad espiritual (1 Co. 2:14-15; 2 Co. 4:6) y les confiere poder para servir a la ley de Dios (la verdad contenida en su Palabra) y no a la ley del pecado (Ro. 6:17-18).

El nuevo nacimiento es monergista; es una obra hecha únicamente por el Espíritu Santo. Los pecadores no cooperan en su nacimiento espiritual (cp. Ef. 2:1-10) más de lo que los bebés cooperan en su nacimiento natural. Jesús dijo a Nicodemo: “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (Jn. 3:8; cp. Jn. 1:12-13; Ef. 2:4-5; Fil. 2:13).

Simiente representa la fuente de la vida. Todo lo que viene a la vida en el orden creado empieza con una simiente, la fuente básica de vida que inicia la existencia de plantas y animales. Pero nada en el

mundo material tiene la capacidad de producir vida espiritual y eterna. Por eso Dios **no** efectúa el nuevo nacimiento usando **simiente corruptible**. En contraste a cómo un padre terrenal inicia el nacimiento humano con su **simiente corruptible**, Dios inicia el nacimiento espiritual con una simiente **incorruptible**. Todo lo que crece de simientes naturales es una creación soberana de Dios (Gn. 1:11-12), pero finalmente todo eso perece (Is. 40:8; Stg. 1:10-11). No obstante, los pecadores que nacen de nuevo obtienen vida eterna del Espíritu de Dios. Eso es así porque Él usa la simiente incorruptible de **la palabra de Dios que vive y permanece para siempre**. Las palabras de Pedro repiten lo que Santiago escribiera antes a sus lectores acerca del nuevo nacimiento: “El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas” (Stg. 1:18; cp. Ro. 10:17).

A fin de fortalecer este punto, Pedro citó Isaías 40:6, 8, que contiene un conocido principio bíblico respecto a la transitoriedad de la vida (cp. Job 14:1-2; Sal. 39:4; 103:15; Mt. 6:27, 30; Stg. 4:14). **Toda carne** se refiere a todos los humanos y animales, y **hierba** se refiere al pasto silvestre de la típica campiña del Oriente Medio. La frase **la gloria del hombre como flor de la hierba** indica la belleza del escenario en que flores coloridas (cp. Mt. 6:28-29) surgen de vez en cuando por sobre el pasto. Por eso Pedro observó que aunque algo puede ser tan común como la **hierba** o tan exclusivamente encantador como una **flor**, finalmente **se seca** o **se cae**, muere. La vida humana es breve en este mundo. Las personas mueren como hierba seca bajo un agotador viento del este. En sus tumbas, los pobres y los analfabetos sin ninguna influencia son iguales a los acaudalados y los bien educados de gran influencia (cp. Job 3:17-19). Sin embargo, se trate de personas comunes o no, en Cristo estas nunca se deteriorarán o morirán espiritualmente. En vez de eso, son como **la palabra del Señor** que **permanece para siempre**.

Esa **palabra** que salva es el evangelio, como indica la elección de palabras de Pedro. Él usa *rhēma* para **palabra** (en vez de la expresión común *logos*, la referencia más amplia a Escrituras), que indica declaraciones específicas. **Anunciada** corresponde a *euangelisthen*, de la misma raíz de la palabra que significa “buenas nuevas”, o “el evangelio”. El apóstol se está refiriendo entonces al mensaje del evangelio, esa verdad bíblica que cuando se cree es la simiente **incorruptible** que produce nueva vida que también **permanece para siempre**.

Aunque los creyentes poseen nueva vida en Jesucristo y la capacidad de amar en una manera transcendental y agradable a Dios, la continua presencia de su carne no redimida (cp. Ro. 7:14-25) les impide amar como deberían hacerlo. Por tanto, como en todo lo relacionado con la obediencia, el Nuevo Testamento contiene para los creyentes una cantidad de otras exhortaciones hacia el amor verdadero (Jn. 13:34; 15:12; Ro. 12:10; Fil. 1:9; 1 Ts. 3:12; 4:9; 2 Ts. 1:3; 2 P. 1:7; 1 Jn. 3:23; 4:7, 21). Tales exhortaciones son para que, por la gracia y el poder de Dios, la Iglesia haga lo que ya es capaz de hacer. El llamado en este texto es para que los santos manifiesten un amor eterno por sus hermanos creyentes, el cual es coherente con una nueva vida incorruptible en Jesucristo por el poder de la palabra del evangelio que en sí es incorruptible.

8. Desear con ganas la Palabra

Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detecciones, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor. (2:1-3)

El amor por la Palabra de Dios y deleitarse en ella distingue siempre a los que son de verdad salvos. Jesús manifestó: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn. 8:31-32). El apóstol Pablo repitió esos principios cuando afirmó: “Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (Ro. 7:22). Los santos del Antiguo Testamento también expresaron un gran anhelo por la Palabra de Dios. Job declaró: “Guardé las palabras de su boca más que mi comida” (Job 23:12). El Salmo 1 declara que el hombre de Dios “en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche” (Sal. 1:2; cp. 19:9-10; 40:8). El profeta Jeremías valoró la revelación de Dios en una época difícil: “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón” (Jer. 15:16).

El placer del creyente en la Palabra de Dios es el tema principal del capítulo más largo de la Biblia, el Salmo 119. Aproximadamente en la mitad del capítulo, el salmista resume así su deleite en la Palabra y su dependencia de ella:

¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación. Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos, porque siempre están conmigo. Más que todos mis enseñadores he entendido, porque tus testimonios son mi meditación. Más que los viejos he entendido, porque he guardado tus mandamientos; de todo mal camino contuve mis pies, para guardar tu palabra. No me aparté de tus juicios, porque tú me enseñaste. ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca. De tus mandamientos he adquirido inteligencia; por tanto, he aborrecido todo camino de mentira (Sal. 119:97-104; cp. vv. 16, 24, 35, 47-48, 72, 92, 111, 113, 127, 159, 167, 174).

Pedro quería que los cristianos fueran fieles a ese mismo anhelo hacia la Palabra de Dios, motivado por el Espíritu. De ahí que este pasaje sugiera cinco perspectivas que, si se siguen, llevarán a un deseo más fuerte y constante por la Palabra: los creyentes deben recordar su fuente de vida, deben eliminar sus pecados, deben admitir su necesidad, deben buscar su crecimiento espiritual, y deben reconocer sus bendiciones.

RECORDAR SU FUENTE DE VIDA

pues, (2:1a)

Pues (equivalente a “**por tanto**”) nos remite a 1:23-25 y “la palabra del Señor permanece para siempre”, la “simiente... incorruptible”: el evangelio que produjo el nuevo nacimiento. La Palabra de Dios fue la fuente de salvación (2 Ti. 3:15) porque su gracia transformadora obró a través de la Palabra para crear nueva vida (Stg. 1:18; cp. Jn. 20:31; Ro. 10:17). La Palabra, actuando no como una simiente natural corruptible (cp. 1 Co. 15:36-37) sino como una simiente divina incorruptible (cp. Lc. 8:11; 1 Jn. 3:9), se convierte en la fuente de continua transformación y crecimiento espiritual

de los creyentes (Sal. 119:105; Jn. 15:3; 17:17; Ro. 15:4; Ef. 5:26; 2 Ti. 3:16-17; cp. Dt. 17:19-20; Jos. 1:8).

Pues resultó ser un conciso recordatorio para los lectores de Pedro a perpetuar el poder salvador de la Palabra de Dios en sus vidas como una base para el compromiso constante con la Biblia como el único poder para vivir la vida cristiana (cp. Mt. 4:4; Hch. 20:32; Ro. 15:4; Gá 3:3; 4:9; 2 Ti. 3:16-17).

La Biblia contiene muchos otros recordatorios y exhortaciones acerca de su condición de indispensable como fuente de vida y poder espiritual (Sal. 19:10; 119:50, 93, 140; Pr. 6:23; 30:5; Mt. 7:24; Lc. 11:28; Col. 3:16). Dios declaró por medio del profeta Isaías:

Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié. (Is. 55:10-11; cp. He. 4:12)

Jesús dijo a los discípulos: “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado” (Jn. 15:3). La Palabra de Dios es siempre tan poderosa en las vidas de los creyentes como cuando creyeron por primera vez (1 Ts. 2:13; cp. Sal. 19:7-9; Fil. 1:6).

ELIMINAR SUS PECADOS

Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones, (2:1b)

Esforzarse por eliminar los pecados es prerequisite para sustentar el deseo por la Palabra de Dios. Aferrarse a los pecados lleva a la persona en dirección opuesta a la verdad que desenmascara el pecado, lo confronta y exige justicia. Pedro usó un gerundio para mandar a sus lectores a deshacerse de los pecados en sus vidas. El verbo traducido **desechando** (*apothemenoi*) que se aplica a toda clase de rechazo, y a veces se refiere especialmente a quitarse la ropa sucia, que es la analogía que Pablo tenía en mente cuando amonestó a los colosenses: “Dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos” (Col. 3:8-9; cp. Ef. 4:22, 25; He. 12:1; Stg. 1:21).

En las antiguas ceremonias de bautismo cristiano, por costumbre quienes eran bautizados se quitaban y descartaban la ropa que usaban para la ceremonia. Después de su bautismo se ponían ropa nueva que recibían de la iglesia. El cambio de ropa simbolizaba la realidad de la salvación de hacer a un lado la antigua vida y emprender la nueva (Ro. 6:3-7; 2 Co. 5:17; Ef. 4:24). Si tal transformación ocurría realmente en la vida de una persona, esta debía desechar **toda** (**toda** se usa aquí tres veces para resaltar totalidad) pecaminosidad que representaba un obstáculo para desear completamente la Palabra de Dios (He. 12:1; cp. 2 Ti. 2:4).

Toda malicia es la primera categoría de pecado que Pedro enumera. **Malicia** (que en español da la idea de querer hacer daño a alguien más) es una palabra con todo incluido (*kakia*) para pecado, refiriéndose a maldad y bajeza generalizada. Otras varias veces en la *Nueva Versión Internacional* (NVI) se traduce **malicia** (Ro. 1:29; 1 Co. 5:8; Ef. 4:31; Col. 3:8; Tit. 3:3), pero también se traduce como “afanes” (Mt. 6:34) y “maldad” (Hch. 8:22; Stg. 1:21).

Lo segundo que se manda a los creyentes es eliminar **todo engaño**, un término (*dolos*) que se refiere literalmente a “carnada” o “anzuelo”. Denota astucia, deshonestidad, falsedad y traición (2:22; 3:10;

cp. Mr. 7:22-23; Jn. 1:47; Ro. 1:29). Lucas usó el mismo término en Hechos 13:10 cuando cita la reprensión de Pablo a Elimas el mago por estar “lleno de todo tipo de *engaño* y fraude” (cursivas añadidas).

En tercer lugar, Pedro enumera **hipocresía** (*hupokrisis*), que originalmente identificaba a un actor que usaba una máscara. Se refiere a falta de sinceridad y fingimiento espiritual (cp. Ez. 33:31-32; Mt. 15:7-9; 23:23-24; Lc. 18:11; 2 Co. 5:12). La palabra describe cualquier conducta que no sea verdadera o coherente con lo que alguien realmente cree o afirma creer (Mt. 23:28; Mr. 12:15; Lc. 12:1; Ro. 12:9; Gá 2:13; 1 Ti. 4:2; Stg. 3:17).

Envidias (*phthonos*) define la actitud de quienes se resienten por la prosperidad de otros (cp. Mt. 27:18; Ro. 1:29; Fil. 1:15; Tit. 3:3). Con frecuencia eso lleva al rencor, la amargura, el odio y el conflicto (cp. 1 Co. 3:3; 1 Ti. 6:4; Stg. 3:16).

Por último, Pedro menciona **todas las detecciones** (*katalalias*), palabra onomatopéyica diseñada a sonar igual que los susurros y chismes llevados a cabo a espaldas de alguien como chismografía y murmuración (2 Co. 12:20). Se refiere esencialmente a difamar el carácter de alguien (cp. 2:12; 3:16; Stg. 4:11).

La lista de Pedro acerca de pecados específicos no es extensa pero sin duda representa el mal. Es más, el primer término, **toda malicia**, puede abarcar todos los pecados de modo que los lectores fueran motivados a confesar y arrepentirse. Esto allana el camino para un deseo sin obstáculos por la verdad de Dios.

ADMITIR SU NECESIDAD

desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, (2:2a)

Los creyentes necesitan la verdad de Dios igual que un bebé necesita **leche**. Pedro compara la fortaleza de ese anhelo por la revelación divina con el deseo singular y dominante de los **niños recién nacidos** (*artigennēta brephē*) por la leche de la madre. Pedro pudo haber planteado el asunto solo con el término *brephē*, pero para resaltarlo añadió el adjetivo *artigennēta*, que literalmente significa “acabado de nacer”. Las dos palabras identifican a un infante que acaba de salir del vientre de su madre y que con llanto pide la leche del seno materno. Esa única y desesperada ansia por leche es el primer anhelo expresado del recién nacido, diseñado por Dios para responder a la mayor necesidad del niño, e ilustra cuán fuertemente los creyentes deben desear la Palabra. Este anhelo es singular e implacable porque la vida depende de ello.

Desead (*epipothēsate*) es un verbo imperativo que manda a los creyentes a desear o apetecer algo fuertemente. El apóstol Pablo usa la palabra siete veces (Ro. 1:11; 2 Co. 5:2; 9:14; Fil. 1:8; 2:26; 1 Ts. 3:6; 2 Ti. 1:4), y en cada caso expresa intenso, periódico e insaciable deseo o pasión (cp. Sal. 42:1 y 119:174; Stg. 4:5). Su significado abarca tales aspectos como el fuerte deseo que un esposo o esposa sienten por su cónyuge, la fuerte ansiedad física que acompaña al hambre extrema, el anhelo conmovedor que se tiene por un ser querido muerto, el intenso deseo de un padre cristiano porque un hijo espiritualmente caprichoso se arrepienta y regrese a la obediencia, y los fuertes deseos que los creyentes tienen por la salvación de un familiar incrédulo o un amigo íntimo. Cada una de esas definiciones ilustra la clase de ansia fuerte e incontenible que Pedro quería que sus lectores tuvieran por la Biblia. Sin embargo, nada es más fuerte que el deseo que un bebé tiene por leche.

Pedro compara el objeto de sus ansias con **la leche espiritual no adulterada**. **No adulterada** (*adolos*) significa pura o no contaminada, y a menudo se refiere a productos agrícolas como cereales, vino, aceite vegetal, o en este caso **leche**. Los creyentes tienen que ansiar lo que es sin mezcla y puro,

lo que proporciona verdadero sustento, es decir, **la leche espiritual**. **Espiritual** se traduce de *logikos*; que es la transcripción normal del término. En Romanos 12:1 muchas versiones utilizan “racional” para traducir *logikos*. Otras versiones castellanas traducen en ese versículo la palabra *logikos* como “agradable” (cp. NTV; NVI), un hecho que demuestra que no se debe ser excesivamente intolerantes con relación al significado de la palabra. Originalmente, *logikos* significaba “perteneciente al habla”, o “perteneciente a la razón”, que transmitía una sensación de racionalidad o razonabilidad. Si ese significado se aplicara al uso que Pedro hace de la palabra, los traductores habrían traducido la frase como “leche racional pura”, o “leche razonablemente pura”. Aquí los traductores de la RVR-60 decidieron traducir *logikos* como **espiritual**, porque la palabra transmite bien el intento de Pedro para guiar a sus lectores hacia la Biblia. Los rabinos tradicionalmente se referían a la ley de Dios como leche, y el Salmo 19:8-9 y 119:140 afirman que el precepto de Dios es puro y limpio. Por tanto, la traducción **leche espiritual** es una opción legítima y justa que describe a la Palabra como la fuente de **leche espiritual no adulterada** para los creyentes.

El contexto más amplio del versículo 2 apoya la traducción de *logikos*. Pedro concluye el capítulo 1 con un enfoque en que “la palabra del Señor permanece para siempre”, es decir que es la fuente de la nueva vida para los creyentes. Por eso la referencia del apóstol a **leche espiritual** se relaciona contextualmente otra vez con la Palabra de Dios. Tal leche es por tanto sinónimo de la Biblia.

Es extraordinario que Pedro no mandara. No encargó a los creyentes que leyeran la Palabra, que estudiaran la Palabra, que meditaran en la Palabra, que enseñaran la Palabra, que predicaran la Palabra, que investigaran la Palabra, o que memorizaran la Palabra. Todos esos aspectos son esenciales, y otros pasajes sí mandan a que los creyentes que lo realicen (cp. Jos. 1:8; Sal. 119:11; Hch. 17:11; 1 Ti. 4:11, 13; 2 Ti. 2:15; 4:2). Sin embargo, Pedro se enfocó en el elemento más básico (que los creyentes necesitaban antes de ir tras alguno de los otros aspectos): un profundo y continuo anhelo por la Palabra de verdad (cp. 2 Ts. 2:10b).

Sea que se trate de creyentes recién convertidos o más maduros en la fe, desear la Palabra de Dios (cp. Neh. 8:1-3; Sal. 119:97, 103, 159, 167; Jer. 15:16; Hch. 17:11) siempre es esencial para la nutrición y el crecimiento espiritual (Job 23:12). Jesús afirmó esto cuando confrontó a Satanás en el desierto: “Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt. 4:4; cp. Dt. 8:3; Lc. 4:4). En vista de la incesante producción de la cultura posmoderna de comida chatarra informativa a través de radio, televisión, cine, Internet, juegos por computadora, libros, periódicos, e incluso supuestos púlpitos cristianos (todo lo cual ocasiona desnutrición espiritual y embota los apetitos por el verdadero alimento espiritual) los creyentes deben comprometerse a nutrirse con regularidad de la Palabra de Dios.

BUSCAR CRECIMIENTO ESPIRITUAL

para que por ella crezcáis para salvación, (2:2b)

Siempre es triste ver a un ser humano desnutrido, débil y con retraso en su desarrollo. Pero más triste es ver creyentes espiritualmente desnutridos y poco desarrollados. Todos los creyentes deberían estar motivados por la oportunidad de crecer fuertes y maduros en Cristo, disfrutando mayor bendición y utilidad. **Crezcáis** (*auxēthēte*) es un verbo pasivo, que literalmente significa “que ojalá crezcan”. Pedro usa el mismo verbo al final de su segunda carta cuando ordenó a los creyentes: “Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 3:18; cp. Hch. 20:32; 1 Ti. 4:6). Es por la ingesta de la verdad que el Espíritu Santo hace crecer y madurar a los creyentes (cp. 2 Co. 3:18).

Para salvación es el objetivo obvio del crecimiento espiritual de los creyentes. La Palabra los convertirá en la expresión final del aspecto de la santificación de su salvación, según Pablo mandó a los filipenses:

Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad (Fil. 2:12-13; cp. Jn. 8:31-32; 2 Co. 3:18; Col. 1:21-23; He. 3:14; Stg. 1:25).

La exhortación de Pedro de que los creyentes crezcan por medio de la Palabra implica firmemente la necesidad de no estar contentos con la condición actual de desarrollo espiritual. Esto también evoca lo que Pablo declaró acerca de su insatisfacción con el modo en que estaban las cosas en su propia vida:

Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Fil. 3:7-14).

La motivación por el verdadero crecimiento espiritual brota de una sensación justa de descontento, junto con un deseo sincero de no estar satisfecho sino por la Palabra de Dios.

RECONOCER SUS BENDICIONES

si es que habéis gustado la benignidad del Señor. (2:3)

La quinta perspectiva o motivación de Pedro para desear la Palabra de Dios repite las palabras del salmista: “Gustad, y ved que es bueno Jehová” (Sal. 34:8). **Si** empieza una cláusula condicional que explica los hechos o las condiciones necesarias para que una proposición sea cierta. Ya que en la conversión los lectores de Pedro habían **gustado** o experimentado **la benignidad** (bondad y gracia) **del Señor**, ya sabían cuán bendita y maravillosa era esta. Por tanto, debían haber deseado más de esa bondad por medio de alimentarse de la Palabra. Los creyentes deben reconocer con regularidad las bendiciones de su salvación, recordando las muchas ocasiones en que Dios ha contestado sus oraciones (cp. Sal. 40:1; 116:1; 138:3; Jer. 33:3; Mt. 7:7; Jn. 15:7; 1 Jn. 5:14-15), y todas las veces que Él ha tocado sus vidas con benevolencia y misericordia (cp. Sal. 17:7; 26:3; 36:7; 103:11; 106:1; 117:2; 118:29; 138:2; Lm. 3:22-23; Lc. 1:50; Gá 6:16; Ef. 2:4). El profeta Jeremías escribió: “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos” (Jer. 15:16).

La sencilla analogía de Pedro de comparar a un bebé recién nacido que ansía la leche de su madre con un creyente de cualquier nivel de madurez que anhela apasionadamente la Palabra de Dios, concluye la serie de exhortaciones del apóstol que comenzaron en 1:13. Primero, como resultado de su salvación, los cristianos deben responder a Dios buscando santidad (1:13-21). Segundo, los

creyentes deben responder a otros en la iglesia amándolos como hermanos y hermanas en Cristo (1:22-25). Por último, los creyentes deben responder a su necesidad esencial de la Palabra deseándola continuamente (2:1-3). Todos deben afirmar con el salmista: “Sumamente pura es tu palabra, y la ama tu siervo. Pequeño soy yo, y desechado, mas no me he olvidado de tus mandamientos. Tu justicia es justicia eterna, y tu ley la verdad” (Sal. 119:140-142).

9. Privilegios espirituales. Primera parte: Unión con Cristo y acceso a Dios

Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificadas como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. (2:4-5)

El diccionario define privilegio como “derecho o inmunidad otorgada como beneficio, ventaja o favor peculiar”, que puede estar “unido específicamente a una posición o cargo”. Se trata de una bendición o libertad disfrutada por algunas personas, pero de la que otras no pueden beneficiarse. Los cristianos son una clase especial de personas que disfrutan exclusivos y eternos favores espirituales, otorgados por Dios a causa de la posición que tienen en Cristo. En este fragmento de su primera epístola, Pedro examina continuamente el variado y diverso conjunto de privilegios cristianos, y reorganiza las mismas verdades básicas en variadas imágenes para que sus lectores puedan ver la multifacética gloria de lo que significa ser hijos de Dios.

Muchos creyentes ven la vida cristiana más desde el punto de vista del deber espiritual que como un privilegio espiritual. Tienden a preocuparse con las presiones temporales de ese punto de vista como obligaciones y no aprecian las prerrogativas perdurables que Dios les ha dado para que disfruten. A menudo creen que esas bendiciones están reservadas para el cielo, para ser apreciadas únicamente en la presencia de Dios y de Cristo en ese lugar de perfecta alegría, paz, armonía, unidad, descanso, conocimiento y sabiduría. Puesto que no habrá enfermedad, dolor o muerte, el cielo parece ser el reino donde todo es privilegio y nada es deber. Sin embargo, los privilegios del cielo no excluirán el deber sino que lo combinarán perfectamente con una eternidad de adorar, honrar, servir y exaltar al Señor. Por tanto, el privilegio y los deberes espirituales no son mutuamente exclusivos de los creyentes, sea en esta vida o en la vida venidera. En este pasaje, el apóstol resalta la riqueza de los privilegios que los cristianos ya poseen en Cristo.

INICIO DE PRIVILEGIOS ESPIRITUALES

Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, (2:4)

Es por medio de acercarse a Cristo que los creyentes ingresan al reino del privilegio espiritual. Jesús mismo, con Pedro y los demás apóstoles como testigos, invitaron a las personas a abandonar la confusión del pecado y acudir a Cristo mediante la fe, experimentando así el verdadero descanso del alma. “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mt. 11:28-29). El alma que antes estaba atribulada ahora está en paz. En Juan 6:35, Jesús declaró a la multitud: “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (cp. vv. 37, 44, 65; 7:37-38). El apóstol Pablo afirmó a los efesios que únicamente en Cristo se hallan todas las bendiciones espirituales: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Ef. 1:3; cp. vv. 4-14).

Sin embargo, el verbo compuesto **acercándoos** (*proserchomenoi*) transmite más que el solo hecho de acercarse a Cristo en busca de salvación. La preposición *pros* es un prefijo para el verbo normal *erchomai* y añade intensidad, expresando una aproximación a Cristo en comunión íntima, permanente y personal. El escritor de Hebreos usa varias veces este mismo término para indicar una entrada consciente al interior de la presencia de Dios, con la intención de permanecer en ella (4:16; 7:25; 10:22). Para Pedro, la palabra sugiere el movimiento de toda la persona interior hacia la experiencia de íntima y continua comunión con Jesucristo.

Pedro usa luego la metáfora de una **pedra viva** para identificar a Aquel a quien llegan los creyentes, Jesucristo, y para presentar su análisis del privilegio espiritual. **Piedra** (*lithos*) a veces se refiere a una piedra preciosa tallada, pero por lo general significa “piedra de construcción”. El Antiguo Testamento designa a Dios como la única roca (Dt. 32:3-4, 31), el cimiento y la fortaleza de su pueblo. En el Nuevo Testamento, Jesucristo es la roca (2:8; 1 Co. 10:4) y la **pedra** sobre la cual reposa la Iglesia. Aquí la imagen de Pedro es de una piedra que está perfectamente diseñada, conformada y tallada para convertirse en la piedra angular de la Iglesia, no solo en una piedra sino en una **pedra viva**. Esa **pedra viva** es Cristo porque Él vive para siempre, al haber resucitado de los muertos (Ro. 6:9). No solo que Jesús está vivo, sino que también da vida a todos los que confían en Él (cp. 1:3, 23; Jn. 5:21, 25; 6:51-53; 1 Co. 15:45; Col. 2:13; 1 Jn. 4:9; 5:11-13). La ausencia de un artículo definido antes de **pedra viva** resalta la calidad de esa vida y el carácter divino de Jesucristo.

Aunque Cristo es la fuente de todos los privilegios espirituales, esa fuente fue **desechada ciertamente por los hombres**. Esa frase se refiere principalmente a los líderes judíos y al pueblo judío que los siguieron al exigir la crucifixión de Cristo. Pero las palabras de Pedro también abarcan a todos los que han rechazado a Cristo desde esa época. **Desechada** (*apodedokimasmenon*) significa “rechazado después de haber sido examinado o probado”. Puesto que los líderes judíos esperaban al Mesías, cuando Jesús afirmó ser el Cristo (Mt. 26:63-64; Jn. 1:49-51; 4:25-26; cp. Mt. 16:13-20; Lc. 4:14-21) ellos examinaron tal afirmación. Basados en sus corazones ciegos y sus falsas normas (Mt. 12:2, 10, 38; 15:1-2; 16:1; Mr. 12:13-34; Jn. 8:12-27) dedujeron que Él no daba la talla, así que lo desearon (Jn. 19:7, 12, 15; cp. 7:41-52; 12:37-38). Desprecio y odio caracterizaron ese rechazo (Mt. 26:57-68; 27:20-25, 39-43; Mr. 12:12; Lc. 6:11; 13:14; Jn. 8:59; 10:31, 39; cp. Lc. 4:28-30); para ellos era inconcebible que Jesús pudiera ser la posible piedra angular del reino de Dios (cp. Sal. 118:22). Aquellos dirigentes le vieron como alguien que denunciaba neciamente su sistema religioso (cp. Mt. 23:1-36; Mr. 8:13-21), que era demasiado débil y humilde para derrocar a los invasores romanos y asegurar la libertad nacional de los judíos, y que estaba dispuesto a morir de manera ignominiosa en una cruz (Mt. 17:22-23; 20:17-19; Mr. 9:30-32; Lc. 18:31-34). Jesús simplemente no cumplía con ninguna de las expectativas del sistema judío.

A pesar de que los incrédulos han rechazado a Jesucristo, Él es **para Dios piedra viva escogida y preciosa**. El Padre lo midió por los estándares de la perfección divina, y declaró: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mt. 3:17). Dios elogió y ordenó a Cristo (Dt. 18:15-16; Is. 42:1; Jer. 23:5-6; Mi. 5:2; Hch. 2:23; Gá 4:4; Ef. 1:22; He. 3:1-2; 5:4-5; cp. Gn. 3:15; Nm. 24:17; Sal. 45:6-7), como indica el uso que Pedro hace de **escogida** (*eklekton*). Dios también consideró a Jesús como **piedra preciosa** (*entimon*), que significa “valiosísima, de alto precio, fantástica” (cp. 1:19; Sal. 45:2), y la piedra angular perfecta y viva (Is. 28:16; 1 Co. 3:11; Ef. 2:20).

Uno de los temas principales de la predicación de Pedro en el libro de Hechos es el testimonio de la perfección de Cristo. En Hechos 2:22, lo identificó así: “Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él”. Más adelante en Hechos hizo estas declaraciones: “A este Jesús resucitó Dios” (2:32; cp. 4:10; 5:30); “Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo” (4:11). Como testigo digno de confianza, Pedro estaba convencido de la extraordinaria posición de Cristo; por tanto, manifestó a quienes estaban reunidos en la casa de Cornelio: “Vosotros sabéis... cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Y nosotros somos testigos de todas las cosas que Jesús hizo en la tierra de Judea y en Jerusalén; a quien mataron colgándole en un madero” (10:37-39). Es a esa única **piedra viva** que todo el mundo debe acudir para recibir los privilegios espirituales que acompañan a la salvación (cp. Mt. 11:28; Jn. 1:12; 2 Co. 5:17).

EL PRIVILEGIO DE LA UNIÓN CON CRISTO

vosotros también, como piedras vivas, (2:5a)

Cuando los pecadores llegan a la fe en Cristo, la “piedra viva”, ellos también se convierten en **piedras vivas**; cuando alguien cree en Cristo comparte la vida de Él (cp. Jn. 17:21, 23; 2 Co. 3:18; Ef. 4:15-16; 1 Jn. 3:2). Ser **piedras vivas** significa que los creyentes tienen la vida eterna de Cristo; están unidos con Él, el cual es su primer privilegio espiritual. Ellos no solamente lo adoran, le obedecen y le oran; también están unidos con Él como piedras en un edificio espiritual del cual Cristo es la piedra angular. Los cristianos se convierten en partícipes de la naturaleza divina: “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Col. 3:3-4; cp. Gá 2:20). Además, Pablo les dijo a los efesios:

Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu. (Ef. 2:19-22; cp. 1 Co. 3:9)

El cimiento de este edificio espiritual es la doctrina de los apóstoles (cp. Hch. 2:42), la Biblia, la que por medio del Espíritu Santo recibieron y enseñaron fielmente (cp. Jn. 14:26; 15:26-27; 16:13; 2 Ti. 3:16; 2 P. 1:19-21; 3:1-2, 16).

En su unión con Cristo los creyentes tienen recursos espirituales para suplir todas sus necesidades. Por eso Pablo pudo orar a favor de los efesios: “Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros”

(Ef. 3:20; cp. Gá 2:20; Col. 1:29). Y también por esto es que pudo decir a los romanos: “Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras” (Ro. 15:18). La eficacia evangelizadora de Pablo resultaba del poder de Cristo obrando a través de él (cp. Hch. 13:46-48; 1 Co. 2:1-5; 1 Ti. 2:7; 2 Ti. 4:17). El poder de Cristo activa todo servicio espiritual de los creyentes (cp. 1 Co. 1:30; Fil. 4:13; 2 Ti. 2:21) y reside en ellos debido a su unión con Él (Jn. 15:4-11). Quienes confían en Cristo para salvación se vuelven **pedras vivas** al igual que su Salvador y Señor, y tienen el privilegio de acceder al poder espiritual que reside en Él.

EL PRIVILEGIO DE ACCEDER A DIOS COMO SACERDOTES

sed edificadas como casa espiritual y sacerdocio santo, (2:5b)

El inmenso mundo de personas no redimidas no tiene acceso a Dios. Él no admite a incrédulos dentro de su compañerismo (cp. Pr. 12:2; Mt. 7:21-23; Col. 1:21; Ap. 22:14-15); es más, la Biblia dice que ellos están lejos (cp. Hch. 2:39; Ef. 2:13). Por otra parte, quienes conocen a Dios por medio de Cristo tienen el privilegio del acceso y la admisión a la presencia divina (Sal. 65:4; Jn. 10:9; Ro. 5:2; Ef. 2:18; 3:12; He. 4:16; 10:19-22).

Como creyente judío, el apóstol Pedro se dio cuenta de que la economía del Nuevo Testamento era diferente a la del Antiguo en términos de la presencia de Dios con los creyentes (Jn. 1:17-18; He. 8:7-13). En la antigua economía, el templo de Dios, que representaba su presencia (1 R. 8:10-11; 2 Cr. 5:13; 7:2-3), era una casa temporal y material (Lc. 21:5; Jn. 2:20); pero en la nueva, los creyentes están siendo **edificados como casa espiritual** que reemplaza a cualquier edificio material (Ef. 2:20-22; He. 3:6). Ellos constituyen el templo espiritual de Dios (cp. Hch. 17:24; 1 Co. 6:19-20; 2 Co. 6:16) que Pablo llamó “la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente” (1 Ti. 3:15). El escritor de Hebreos identifica más la **casa espiritual** de este modo: “Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros” (He. 3:6). Por tanto, los creyentes tienen acceso a Dios “como pedras vivas”, y están en contacto con Él como su morada espiritual.

Los creyentes también funcionan como **sacerdocio santo**. Por desgracia, muchas personas asocian al “sacerdocio” con el modelo antibíblico que vemos en la Iglesia Católica Romana. Sin embargo, cuando la Biblia habla de que los creyentes son “sacerdotes”, no se refiere al sistema católico, ni al sistema sacerdotal del antiguo pacto en que solo una tribu de sacerdotes servía oficialmente a Dios en ceremonias sagradas. En el Antiguo Testamento solo el sumo sacerdote podía entrar al lugar santísimo una vez al año (Lv. 16:2, 29-34; He. 9:1-10, 25). Cualquiera que de manera presuntuosa utilizaba la función sacerdotal sin cumplir plenamente los requisitos y las calificaciones del sacerdocio sufría grave juicio. Por ejemplo, el rebelde Coré y sus compañeros tuvieron la ambición errónea y pecaminosamente de ser sacerdotes, y Dios los destruyó (Nm. 16:1-40). Cuando el rey Saúl usurpó la función sacerdotal de Samuel en Gilgal, Dios le quitó el reino (1 S. 13:8-14). Cuando Uza tocó de manera imprudente el arca de Dios, la acción le costó la vida (2 S. 6:6-7). El rey Uzías usurpó el papel de los sacerdotes y fue castigado severamente por Dios (2 Cr. 26:16-21).

Sin embargo, bajo el nuevo pacto tales limitaciones no existen, ya que todos los creyentes son un **sacerdocio santo** (cp. 2:9). Tres pasajes del Antiguo Testamento brindan importantes paralelismos a las características del sacerdocio de los creyentes. Éxodo 28—29 establece los mandatos de Dios con relación al sacerdocio, tales como las normas y los principios para el cargo, así como las funciones del oficio. Levítico 8—9 describe la investidura de hombres en el oficio sacerdotal. Malaquías 2 contrasta un sacerdocio apóstata con el sacerdocio legítimo ordenado por Dios. De esos pasajes

fluyen seis características básicas del sacerdocio en el Antiguo Testamento que tienen gran relevancia para los privilegios espirituales de los creyentes del Nuevo Testamento como sacerdotes.

Primero, Éxodo 28 revela que Dios elige soberanamente a los sacerdotes. A Moisés le ordenó: “Harás llegar delante de ti a Aarón tu hermano, y a sus hijos consigo, de entre los hijos de Israel, para que sean mis sacerdotes; a Aarón y a Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar hijos de Aarón” (28:1). Igualmente, el sacerdocio de creyentes del Nuevo Testamento es un privilegio elegido. Jesús dijo a sus discípulos: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca” (Jn. 15:16). Los cristianos tienen este sacerdocio tan solo porque Dios los escogió antes de la fundación del mundo (Hch. 13:48; Ro. 8:29-33; Ef. 1:3-6; 1 Ts. 1:3-4; 2 Ts. 2:13; 2 Ti. 1:9; cp. Jn. 6:44; 15:16).

Dios eligió a Aarón y a sus hijos para el sacerdocio del Antiguo Testamento a pesar de que eran de la tribu de Leví, una de las menos respetadas de las doce tribus de Israel porque fue maldecida (Gn. 49:5-7). Dios eligió los sacerdotes de entre una tribu conocida por su violencia pecaminosa. Esa decisión funciona por el mismo principio bajo el nuevo pacto:

Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia (1 Co. 1:26-29; cp. Mr. 2:17; Lc. 5:32; He. 7:28; Stg. 2:5).

Dios eligió a los primeros sacerdotes de entre pecadores muy imperfectos y maldecidos: la tribu de Leví; y todavía elige su sacerdocio espiritual de entre los innobles, débiles y despreciados: pecadores comunes y corrientes.

La segunda característica del sacerdocio del Antiguo Testamento es que Dios los limpió del pecado antes de que cumplieran con sus deberes. Levítico 8:6-36 declara:

Entonces Moisés hizo acercarse a Aarón y a sus hijos, y los lavó con agua. Y puso sobre él la túnica, y le ciñó con el cinto; le vistió después el manto, y puso sobre él el efod, y lo ciñó con el cinto del efod, y lo ajustó con él. Luego le puso encima el pectoral, y puso dentro del mismo los Urim y Tumim. Después puso la mitra sobre su cabeza, y sobre la mitra, en frente, puso la lámina de oro, la diadema santa, como Jehová había mandado a Moisés. Y tomó Moisés el aceite de la unción y ungió el tabernáculo y todas las cosas que estaban en él, y las santificó. Y roció de él sobre el altar siete veces, y ungió el altar y todos sus utensilios, y la fuente y su base, para santificarlos. Y derramó del aceite de la unción sobre la cabeza de Aarón, y lo ungió para santificarlo. Después Moisés hizo acercarse los hijos de Aarón, y les vistió las túnicas, les ciñó con cintos, y les ajustó las tiaras, como Jehová lo había mandado a Moisés. Luego hizo traer el becerro de la expiación, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del becerro de la expiación, y lo degolló; y Moisés tomó la sangre, y puso con su dedo sobre los cuernos del altar alrededor, y purificó el altar; y echó la demás sangre al pie del altar, y lo santificó para reconciliar sobre él. Después tomó toda la grosura que estaba sobre los intestinos, y la grosura del hígado, y los dos riñones, y la grosura de ellos, y lo hizo arder Moisés sobre el altar. Mas el becerro, su piel, su carne y su estiércol, lo quemó al fuego fuera del campamento, como Jehová lo había mandado a Moisés. Después hizo que trajeran el carnero del holocausto, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del carnero; y lo degolló; y roció Moisés la sangre sobre el altar alrededor, y cortó el carnero en trozos; y Moisés hizo arder la cabeza, y los trozos,

y la grosura. Lavó luego con agua los intestinos y las piernas, y quemó Moisés todo el carnero sobre el altar; holocausto de olor grato, ofrenda encendida para Jehová, como Jehová lo había mandado a Moisés. Después hizo que trajeran el otro carnero, el carnero de las consagraciones, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del carnero. Y lo degolló; y tomó Moisés de la sangre, y la puso sobre el lóbulo de la oreja derecha de Aarón, sobre el dedo pulgar de su mano derecha, y sobre el dedo pulgar de su pie derecho. Hizo acercarse luego los hijos de Aarón, y puso Moisés de la sangre sobre el lóbulo de sus orejas derechas, sobre los pulgares de sus manos derechas, y sobre los pulgares de sus pies derechos; y roció Moisés la sangre sobre el altar alrededor. Después tomó la grosura, la cola, toda la grosura que estaba sobre los intestinos, la grosura del hígado, los dos riñones y la grosura de ellos, y la espaldilla derecha. Y del canastillo de los panes sin levadura, que estaba delante de Jehová, tomó una torta sin levadura, y una torta de pan de aceite, y una hojaldre, y las puso con la grosura y con la espaldilla derecha. Y lo puso todo en las manos de Aarón, y en las manos de sus hijos, e hizo mecerlo como ofrenda mecida delante de Jehová. Después tomó aquellas cosas Moisés de las manos de ellos, y las hizo arder en el altar sobre el holocausto; eran las consagraciones en olor grato, ofrenda encendida a Jehová. Y tomó Moisés el pecho, y lo meció, ofrenda mecida delante de Jehová; del carnero de las consagraciones aquella fue la parte de Moisés, como Jehová lo había mandado a Moisés. Luego tomó Moisés del aceite de la unción, y de la sangre que estaba sobre el altar, y roció sobre Aarón, y sobre sus vestiduras, sobre sus hijos, y sobre las vestiduras de sus hijos con él; y santificó a Aarón y sus vestiduras, y a sus hijos y las vestiduras de sus hijos con él. Y dijo Moisés a Aarón y a sus hijos: Hervid la carne a la puerta del tabernáculo de reunión; y comedla allí con el pan que está en el canastillo de las consagraciones, según yo he mandado, diciendo: Aarón y sus hijos la comerán. Y lo que sobre de la carne y del pan, lo quemaréis al fuego. De la puerta del tabernáculo de reunión no saldréis en siete días, hasta el día que se cumplan los días de vuestras consagraciones; porque por siete días seréis consagrados. De la manera que hoy se ha hecho, mandó hacer Jehová para expiaros. A la puerta, pues, del tabernáculo de reunión estaréis día y noche por siete días, y guardaréis la ordenanza delante de Jehová, para que no muráis; porque así me ha sido mandado. Y Aarón y sus hijos hicieron todas las cosas que mandó Jehová por medio de Moisés.

Cada parte de la ceremonia de limpieza: el lavado (v. 6), la ofrenda de expiación (vv. 14-17), la ofrenda quemada (vv. 18-21), las consagraciones y las ofrendas mecidas (vv. 22-29) indicaban lo mismo: nadie, ni siquiera un hombre de la tribu de Leví o de la familia de Aarón, podía entrar al sacerdocio a menos que Dios lo hubiera limpiado totalmente del pecado.

De igual manera, cuando Jesús lavó los pies de sus discípulos en el aposento alto, dijo a Pedro, y en consecuencia a los demás: “Si no te lavare, no tendrás parte conmigo” (Jn. 13:8). Pablo proveyó más tarde adicional visión a la obra de limpieza de Cristo: “[Él] se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras... nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tit. 2:14; 3:5). Jesús limpió a su pueblo mediante su sangre (Mr. 14:24; Hch. 20:28; Ro. 3:25; 5:9; Ef. 1:7; 2:13; He. 9:11-15; 1 Jn. 1:7; Ap. 1:5) y por medio de su Espíritu (Jn. 3:5; Ef. 1:13-14; cp. Mt. 3:11; Hch. 11:16) para que pudieran convertirse en sus sacerdotes.

Tercero, Dios vistió a los sacerdotes para el servicio. Éxodo 28 ofrece un relato detallado de las vestiduras de los sacerdotes, el propósito de las cuales lo resumen los versículos 40-43:

Y para los hijos de Aarón harás túnicas; también les harás cintos, y les harás tiaras para honra y hermosura. Y con ellos vestirás a Aarón tu hermano, y a sus hijos con él; y los ungirás, y los consagrarás y santificarás, para que sean mis sacerdotes. Y les harás calzoncillos de lino para cubrir su desnudez; serán desde los lomos hasta los muslos. Y estarán sobre Aarón y sobre sus hijos cuando entren en el tabernáculo de reunión, o cuando se acerquen al altar para servir en el santuario, para que no lleven pecado y mueran. Es estatuto perpetuo para él, y para su descendencia después de él (cp. Lv. 8:7-9).

Los “calzoncillos”, o ropa interior, simbolizaban pureza sexual, y las otras vestimentas especiales simbolizaban el llamado único de los sacerdotes a la justicia, a la virtud y a la devoción. Dios los apartó y quería que parecieran distintos de los demás para que todo el mundo supiera que le pertenecían exclusivamente a Él (cp. Sal. 132:9, 16).

Los creyentes de hoy también son sacerdotes a quienes Dios ha vestido de justicia (cp. Sal. 24:5; Is. 61:10; Ro. 4:5, 11, 22). Pablo manifestó a los corintios: “Por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Co. 1:30; cp. Ro. 14:17; 2 Co. 5:21; Fil. 3:9).

Cuarto, Dios ungió por medio de Moisés a los sacerdotes levitas para el servicio. “Luego tomó Moisés del aceite de la unción, y de la sangre que estaba sobre el altar, y roció sobre Aarón, y sobre sus vestiduras, sobre sus hijos, y sobre las vestiduras de sus hijos con él; y santificó a Aarón y sus vestiduras, y a sus hijos y las vestiduras de sus hijos con él” (Lv. 8:30; cp. v. 12). Esa unción identificaba que el poder y la presencia de Dios reposaban en el sacerdocio; simbolizaba atribución de poder de parte de Espíritu Santo (cp. Éx. 30:23-25, 29; 40:13-15; 1 S. 16:13). De igual modo, los creyentes del nuevo pacto son sacerdotes que han recibido una unción divina (cp. Jn. 7:38-39; 14:26; 16:13; Hch. 1:5, 8; Ro. 15:13; 1 Co. 12:13; Tit. 3:5-6). El apóstol Juan recordó a los destinatarios de su primera carta: “Vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas” (1 Jn. 2:20; cp. v. 27). Dios ha investido a los suyos con el poder y la autoridad de la presencia interior del Espíritu.

Puesto que Dios les ha concedido su autoridad especial, los sacerdotes de Israel tenían privilegios que no disfrutaban las demás personas: podían ir a donde a nadie más se le permitía ir y hacer cosas que a nadie más se le permitía hacer. Los cristianos de hoy tienen la misma ventaja espiritual, pero mucho mayor, de entrar a la presencia santa de Dios en cualquier momento, un privilegio que los incrédulos no poseen.

Una quinta característica del sacerdocio es que Dios preparó a sus miembros para el servicio. Después de las ceremonias descritas antes en Levítico 8, Moisés ordenó a Aarón y sus hijos: “De la puerta del tabernáculo de reunión no saldréis en siete días, hasta el día que se cumplan los días de vuestras consagraciones; porque por siete días seréis consagrados” (v. 33). Aunque exteriormente todo estaba en orden para la conclusión de Levítico 8, antes de que Aarón y sus hijos pudieran actuar como sacerdotes (cp. Lv. 9:2-4, 22-23), Dios requirió que pasaran un tiempo en preparación del corazón (cp. Esd. 7:10; Sal. 10:17), representado por los siete días.

La vida de Pablo ilustra para los creyentes del Nuevo Testamento el principio de preparación sacerdotal:

Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre, ni subí a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo; sino que fui a Arabia, y volví de nuevo a Damasco (Gá 1:15-17; cp. He. 10:22).

Después de su conversión, Pablo poseía todos los requisitos para ser un sacerdote ejemplarmente espiritual, pero se alejó para tener un tiempo de preparación del corazón. No debía entrar al ministerio de manera prematura o ingenua (cp. el principio en 1 Ti. 3:6; 5:22). Esto sugiere la necesidad de preparación antes del servicio. Esta preparación del corazón se expresa en el llamado al sacrificio personal en Lucas 9:23-24 y Romanos 12:1-2.

Sexto, Dios llamó a los sacerdotes a la obediencia. Levítico 10:1-3 ilustra de manera gráfica las consecuencias de la desobediencia:

Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová. Entonces dijo Moisés a Aarón: Esto es lo que habló Jehová, diciendo: En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado. Y Aarón calló.

Quizás Nadab y Abiú usaron fuego que de alguna manera no era aceptable porque no venía del lugar sagrado ordenado por Dios (Lv. 16:12-13). O tal vez ellos usaron incienso que no estaba hecho según la receta divina (Éx. 30:34-38). O quizás ellos simplemente se habían emborrachado al celebrar su ordenación para el sacerdocio (cp. Lv. 10:9-11). Cualquiera que sea el caso, Dios se indignó mucho con su conducta y los destruyó, enviando así a todos los subsiguientes sacerdotes el mensaje aleccionador de que Él espera total obediencia de parte de ellos (cp. 1 S. 15:22; Mt. 7:21; Jn. 8:31; Hch. 5:29). En 1:14 Pedro amonesta a sus lectores con relación al llamado a la obediencia: “Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia”.

Los sacerdotes obedientes tendrán gran respeto por la Palabra de Dios (Sal. 1:2; 119:42, 97, 161-162; Jer. 15:16; Tit. 1:9), por el verdadero caminar con Dios (Ef. 5:8-10; Col. 4:5-6; Stg. 1:25) y, como mensajeros de Dios, por un impacto sobre pecadores (2 Co. 5:18-21). El profeta Malaquías resaltó estas características cuando se refirió a los primeros días del sacerdocio:

La ley de verdad estuvo en su boca, e iniquidad no fue hallada en sus labios; en paz y en justicia anduvo conmigo, y a muchos hizo apartar de la iniquidad. Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque mensajero es de Jehová de los ejércitos (Mal. 2:6-7; cp. Dt. 33:10).

El modelo de Malaquías para el sacerdocio fiel (cp. Mal. 2:5) fue quizás el mismo Aarón. Este presentó un marcado contraste con el sacerdote pecador de la época de Malaquías (Mal. 2:1-3) y proporcionó una sólida justificación para la reprensión del profeta a esos apóstatas (v. 4; cp. Nm. 25:7-13 y el ejemplo del nieto de Aarón, Finees, el sacerdote celoso que hizo retroceder la ira de Dios contra el pueblo y recibió el pacto divino de paz). La descripción que hace Malaquías del sacerdote fiel también sirve como una excelente analogía para los cristianos (cp. Hch. 1:8; Col. 2:6; 1 Jn. 2:6; Jud. 3), quienes resultan privilegiados de ser mensajeros de la verdad divina como sacerdotes del nuevo pacto.

EL PRIVILEGIO DE TENER ACCESO A DIOS POR MEDIO DE SACRIFICIOS ESPIRITUALES

para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. (2:5c)

La función principal de los sacerdotes del Antiguo Testamento cuando ministraban en el tabernáculo y después en el templo, era ofrecer sacrificios de animales a Dios (Éx. 29:10-19; 2 Cr. 35:11). Pero cuando Cristo inició el nuevo pacto, esos sacrificios ya no fueron necesarios (He. 8:13; 9:11-15; 10:1-18). Según Pedro, ahora los únicos sacrificios que quedan para el sacerdocio que los creyentes deben **ofrecer** son **sacrificios espirituales**. R. C. H. Lenski, en su comentario, resume de manera eficaz la diferencia entre los sacrificios antiguos y nuevos:

La tarea principal de los sacerdotes del Antiguo Testamento era la ofrenda material, sacrificios de animales, los cuales señalaban al venidero y grandioso sacrificio de Cristo. Estas muertes ya no son necesarias puesto que Cristo ofreció su sacrificio totalmente suficiente de una vez por todas. Ahora solo quedan para el sacerdocio santo de Dios los sacrificios de alabanza y acción de gracias, al considerar que todos los tesoros de la gracia de Dios se derraman ahora sobre nosotros a través de Cristo. De ahí que Pedro escriba en relación a todos sus lectores: “Sed edificadas como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” [*anenegkai*], aoristo, derivado de [*anapherein*], con el fin de cargar o colocar tales sacrificios sobre el altar de sus corazones. El infinitivo aoristo es eficaz: en realidad llevar. “Sacrificios espirituales” armoniza con “casa espiritual”, los adjetivos se ponen de manera repetitiva, la repetición resalta el hecho de que todo en la relación de los lectores hacia Dios por medio de Cristo es ahora totalmente espiritual (*The Interpretation of the Epistles of St. Peter, St. John and St. Jude* [reimpresión; Minneapolis: Augsburg, 1966], p. 90).

Obviamente los sacerdotes del Antiguo Testamento debían ofrecer sacrificios que cumplieran los requisitos de Dios. Los animales que ofrecían debían ser los mejores: sin tacha, inmaculados y sin defecto alguno (Éx. 12:5; Lv. 9:2-3; 22:19; Nm. 6:14; Dt. 15:21; 17:1). Los sacerdotes también debían ofrecer los sacrificios animales y usar incienso de acuerdo con los requerimientos de Dios. (No seguir estrictamente los requerimientos divinos costó las vidas de Nadab y Abiú). Los sacerdotes del Nuevo Testamento tienen una responsabilidad parecida. Aunque disfrutan del privilegio de acceder sin restricciones a la presencia de Dios (He. 10:19-22), los cristianos aún tienen la seria responsabilidad de ofrecer sacrificios espirituales que sean **aceptables a Dios por medio de Jesucristo**. Cristo es el único mediador (Jn. 14:6; Hch. 4:12; 1 Ti. 2:5-6), el único que permite a los creyentes verdadero acceso al Padre (He. 4:14-16; 9:11-15).

Durante su discurso en el aposento alto, Jesús declaró a sus discípulos: “Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré” (Jn. 14:13-14). Cualquier cosa que sus seguidores pidan, de acuerdo con la persona de Cristo, con su voluntad, y con el plan del reino, Él la cumplirá. De igual modo, cualquier ofrenda espiritual que los sacerdotes del nuevo pacto presenten a Dios debe ser de acuerdo con la persona y la obra de Cristo (1:15-16; 2:21-22; 1 Jn. 2:6); se debe conformar al diseño y método que revela su Palabra. Todas esas ofrendas deben ser actos puros de sacrificio, derivados de motivos puros, y enfocados en el objetivo puro de honrar a Dios. El Nuevo Testamento establece siete sacrificios espirituales básicos aceptables para los cristianos: sus cuerpos, su alabanza, sus buenas obras, sus posesiones, sus convertidos, su amor y sus oraciones.

La conocida y práctica exhortación del apóstol Pablo a los romanos manifiesta:

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este

siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta (Ro. 12:1-2).

El sacrificio espiritual que honra a Dios empieza cuando los creyentes le ofrecen todas sus facultades humanas, que incluye la mente y cada parte de su cuerpo. Los no regenerados ceden los miembros de sus cuerpos al pecado, pero los redimidos entregan sus miembros como instrumentos de justicia (Ro. 6:13). En Romanos 12:1 Pablo enfatiza que Dios desea que el cuerpo del creyente sea “un sacrificio vivo”, no uno muerto. Igual que cuando Abraham estuvo dispuesto a hacer con Isaac en Génesis 22:1-19, solo cuando los santos ofrecen a Dios todo lo que son en la vida, todo lo que poseen, y todo lo que esperan es que realmente se presentan ante Él con un sacrificio vivo. Ese es el compromiso total que Dios espera de los sacerdotes espirituales.

Un segundo sacrificio espiritual que es aceptable a Dios es la alabanza o adoración. “Ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre” (He. 13:15). Ofrecer alabanza a Dios involucra mucho más que solo expresar las palabras: “Alabado sea el Señor”. Implica declarar de manera más completa y agradecida los atributos de Dios (p. ej., Sal. 83:18; 86:5, 10; 90:2; 92:15; 99:9; 102:26-27; 117:1-2; 119:68; 139:1-7; 145:1-9; Is. 44:6; Ro. 11:33; 1 Ti. 1:17) y sus obras (p. ej., Éx. 15:1-18, 20-21; Jue. 5:1-31; 1 S. 2:1-10; 2 S. 22:1-51; 1 Cr. 16:7-36; 29:10-15; Sal. 8:1-9; 19:1, 4; 30:1-7; 33:1-22; 66:1-20; 96:1-13; 103-107; 111:1-10; 121:1-8; 135-136; 145:10; 148-150).

Hebreos 13 elogia un tercer y cuarto sacrificios aceptables: “De *hacer bien* y de la *ayuda mutua* no os olvidéis” (v. 16, cursivas añadidas). “Hacer bien” implica llevar a cabo lo que es justo y que honra a Dios (cp. 2 Co. 9:8; Tit. 3:8; Stg. 3:17). Toda buena obra (sea la reprensión que restaura a un hermano, la acción amorosa y útil hacia alguien, el estudio de la Palabra de Dios, escuchar la Palabra predicada, o expresar una palabra justa) es un sacrificio espiritual en el nombre de Cristo que glorifica a Dios (2:12; Mt. 5:16; Col. 1:10; 3:17; He. 13:21; cp. 2 Ts. 3:13).

“Ayuda”, o generosidad, es una buena obra específica que el escritor de Hebreos enumera. Implica dar de manera sacrificial de los propios recursos para suplir la necesidad de alguien más (Mr. 12:42-44; Hch. 2:45; 4:36-37; 2 Co. 8:1-4; 9:6-7; cp. Lc. 12:33; Fil. 2:30). El apóstol Pablo ilustró a los filipenses muchos de los aspectos de la verdadera ayuda y los elogió por su ejemplo de auténtica generosidad sacrificial para con él:

En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis revivido vuestro cuidado de mí; de lo cual también estabais solícitos, pero os faltaba la oportunidad. No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece. Sin embargo, bien hicisteis en participar conmigo en mi tribulación. Y sabéis también vosotros, oh filipenses, que al principio de la -predicación del -evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos; pues aun a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades. No es que busque dádivas, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta. Pero todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis; olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios. Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús (Fil. 4:10-19).

Quinto, los convertidos — pecadores reconciliados — constituyen otro sacrificio ofrecido a Dios. Pablo describió este sacrificio espiritual a los romanos:

Mas os he escrito, hermanos, en parte con atrevimiento, como para haceros recordar, por la gracia que de Dios me es dada para ser ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el evangelio de Dios, para que los gentiles le sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo (Ro. 15:15-16).

El apóstol veía las almas de aquellos que Dios le había permitido influir para salvación por medio de Cristo como **sacrificios espirituales aceptables a Dios**.

La muerte expiatoria de Cristo, derivada de su amor por los pecadores, sugiere un sexto sacrificio espiritual para los creyentes: el propio amor sacrificial de unos por otros (4:8; Mt. 22:37-39; Mr. 12:33; Jn. 13:34-35; Ro. 12:10; 1 Co. 10:24; 13:4-7; Gá 5:13; 1 Ts. 4:9; He. 6:10; 2 P. 1:7; 1 Jn. 4:7, 21; 5:1). Pablo animó a los efesios: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef. 5:1-2). El amor demostrado en humildad generosa de unos para con otros es agradable a Dios.

Por último, las oraciones en el Nuevo Testamento se representan como sacrificios espirituales adecuados (4:7; Mt. 6:6; Mr. 1:35; Ef. 6:18; Fil. 4:6; 1 Ti. 2:1-2, 8; Stg. 5:16). El apóstol Juan, al principio de su visión del séptimo sello, identificó las oraciones de los santos como ofrendas:

Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono. Y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos (Ap. 8:3-4; cp. Lc. 1:8-10).

Tales ofrendas, apoyadas por el incienso suplido de manera divina, demuestran que Dios honra las oraciones de los creyentes, ofrecidas adecuadamente. A menudo a la oración no se le presta atención o se le subestima como un sacrificio espiritual, pero la iglesia antigua la tenía en una elevada opinión. -Crisóstomo, el padre de la iglesia y arzobispo de Constantinopla a principios del siglo V, declaró lo siguiente respecto a la necesidad de la oración:

El poder de la oración ha sometido la fuerza del fuego; ha refrenado la furia de los leones, ha acabado con la anarquía, ha extinguido guerras, ha apaciguado los elementos, ha expulsado demonios, ha roto las cadenas de la muerte, ha expandido las puertas del cielo, ha mitigado enfermedades, ha repelido fraudes, ha rescatado ciudades de la destrucción, ha suspendido al sol en su curso, y ha detenido el avance del rayo. La oración es una cubierta protectora totalmente eficaz, un tesoro no disminuido, una mina que nunca se agota, un cielo al que las nubes no pueden oscurecer, un cielo ecuánime ante la tormenta. Es el origen, la fuente, la madre de mil bendiciones (Citado en E. M. Bounds, *Purpose in Prayer* [Chicago: Moody, s.f.], p. 19).

Los privilegios espirituales de los creyentes empiezan el momento en que el Espíritu Santo los atrae a la unión redentora con Jesucristo. Entonces tienen acceso a la mismísima presencia de Dios como sacerdotes que tienen el privilegio de ofrecer una variedad de sacrificios espirituales, los cuales son en realidad las características esenciales de la vida cristiana. Una de las principales funciones de la misión de la Iglesia para hacer que el reino de Dios avance es estimular a sus miembros a cumplir plenamente con sus deberes sacerdotales. Ese cumplimiento es, por encima de todas las representaciones externas, la medida divina del éxito de la Iglesia.

10. Privilegios espirituales. Segunda parte: Seguridad en Cristo, afecto por Cristo, decisión por Cristo y gobierno con Cristo

Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será avergonzado. Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, la piedra que los edificadores desecharon, ha venido a ser la cabeza del ángulo; y: piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados. Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, (2:6-9b)

En cierta ocasión un estudiante universitario acudió a un pastor.

—He decidido no creer en Dios — le dijo.

—Muy bien — replicó el pastor—, ¿podrías describirme por favor el Dios en el que no crees?

El estudiante procedió a esbozar un estereotipo de Dios, una representación que es totalmente injusta y carente de bondad esencial.

—Bueno, estamos en el mismo barco — comentó el pastor—. Yo tampoco creo en ese Dios.

Por desgracia, no todos los cristianos darían una respuesta tan acertada como hizo el pastor. Algunos individuos, incluso creyentes profesos, ven las circunstancias generales plagadas de pecado de la humanidad y, sin una verdadera comprensión del pecado, deciden que Dios es menos que bueno, interesado en nosotros, o capaz. Pero cuando alguien ve constantemente las cosas desde una perspectiva bíblica, es claro y convincente que Dios en realidad es bueno, misericordioso, compasivo y benevolente. Ese es el Dios que describe la Biblia, como el salmista escribiera: “La misericordia de Dios es continua” (Sal. 52:1; cp. Nah. 1:7). El significado original de la palabra *Dios* era “el bueno”, e indica que desde hace muchos siglos el nombre de Dios era sinónimo de bondad.

Dios sigue siendo la fuente infinita e inagotable de toda bondad, visible en las bellezas de la creación y experimentada en su misericordia hacia los pecadores (cp. Stg. 1:17). Su bondad suprema y más generosa es el regalo de la redención del pecado, que culmina con vida eterna. El apóstol Pedro quería que sus lectores siguieran enfocándose en la bondad de Dios, quien ha concedido todos los privilegios espirituales. En 2:4-5 afirmó los dos primeros privilegios como unión con Cristo y acceso a Cristo... comunión esta expresada a través de creyentes que realizan un sacerdocio santo que a su vez brinda sacrificios espirituales. En los versículos 6-9b el apóstol presenta cuatro privilegios espirituales más para que los creyentes examinen: seguridad en Cristo, afecto por Cristo, elección por parte de Cristo y gobierno con Cristo.

SEGURIDAD EN CRISTO

Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será avergonzado. (2:6)

Pedro añade a la lista de privilegios espirituales mencionando Isaías 28:16 con la frase **lo cual también contiene la Escritura**, dando testimonio de la inspiración y autoridad del libro profético.

Ese versículo constituye una importante declaración mesiánica (cp. la referencia de Pablo al mismo versículo en Ro. 9:33) con la promesa de que cuando Cristo viniera sería la piedra angular de la nueva casa espiritual de Dios, la cual está formada por creyentes (cp. Mt. 21:42; Hch. 4:11; Ef. 2:19-22).

Por medio del profeta, Dios llamó la atención de su pueblo con las palabras **he aquí** para que vieran al Mesías como la piedra especial que el Padre mismo puso **en Sion**, Israel, y más específicamente el monte en Jerusalén (cp. 2 S. 5:7; 1 R. 8:1; Sal. 48:2; 51:18; 102:21; Is. 2:3; 4:3; 10:12; 24:23; 30:19; 52:2; Jer. 26:18; Am. 1:2; Mi. 3:12; Sof. 3:16; Zac. 1:17). El Mesías iba a venir a esa ciudad a establecer su reino espiritual entre quienes habrían de creer en Él. Cristo vino a Israel, a Jerusalén, y a pesar de que su gobierno terrenal fue rechazado y postergado hasta el milenio futuro (Ap. 20:1-7), sí estableció su gobierno espiritual en los corazones de todos los que creen en Él (cp. Lc. 17:20-21). En sentido figurado, **Sion** puede referirse al nuevo pacto, igual que Sinaí corresponde al antiguo pacto (cp. Gá. 4:24-25) o a bendiciones celestiales al igual que Sinaí representa juicio (cp. He. 12:18-23).

Cristo está equipado de manera única para su tarea y por tanto es una **-piedra escogida**, elegida de Dios. Los lectores judíos creyentes de Pedro habrían recordado que durante la construcción del templo de Salomón los trabajadores prepararon las piedras por adelantado y las llevaron al lugar (1 R. 6:7). Con la ayuda de un meticuloso plano del templo, los artesanos cortaron y moldearon cada piedra a su tamaño perfecto y determinaron el lugar exacto en que cada una calzaba. Con solo ajustes menores en el sitio, esas piedras del templo fueron colocadas con exactitud como partes de un enorme rompecabezas. Esa descripción es análoga a la elección que Dios hiciera de Cristo como el fundamento sobre el cual construir su templo espiritual (cp. Jn. 10:16; 1 Co. 3:9, 16-17; 1 Ti. 3:15; He. 3:6) conformado de creyentes en el Mesías Jesús, divinamente preparado (elegido) desde antes de la creación del mundo (2 Ti. 1:9; Ap. 13:8; 17:8).

Cristo no solo es una piedra viva y escogida, sino también una **piedra preciosa**. La palabra griega traducida **preciosa** (*entimon*) significa “inigualable en valor”, “costosa” o “irremplazable”. Cristo es irremplazable porque Él es la piedra angular, la piedra más importante en cualquier construcción. La palabra traducida **piedra del ángulo** (*akrogōniaios*) indica una piedra angular principal y describe la piedra que establece todos los ángulos adecuados para el edificio. Es como la plomada de la edificación en que se establecen las líneas horizontal y vertical del resto de la construcción; también establece la simetría exacta de toda la edificación. A fin de asegurar la perfecta precisión de la casa espiritual de Dios, la piedra angular principal tenía que ser sin tacha alguna. El único que podía establecer todos los ángulos de la casa de Dios era la **piedra del ángulo** perfectamente **escogida**, Jesucristo (Mt. 21:42; 1 Co. 3:11; Ef. 1:22; Col. 1:18; cp. Jn. 1:14; Fil. 2:9; Col. 1:15; He. 1:3; 7:26-28; 8:6).

De esta realidad fluye uno de los grandes privilegios para todo el que cree: cuando pone su confianza en Cristo, **no será avergonzado**. La palabra traducida **avergonzado** (*kataischunthē*) indica ser engañado en alguna confidencia, o poner la esperanza en alguien y que esa persona defraude esa esperanza. Quienes creen sinceramente en Cristo como Señor y Salvador nunca serán decepcionados por Él (Ro. 10:11-13; cp. Jer. 17:7-8). Al contrario, para siempre estarán seguros en Él (Jn. 10:3-4, 14, 27-28; Ro. 8:16; Ef. 1:13-14; Fil. 1:6; 2 Ti. 1:12; Stg. 1:12; 1 Jn. 5:20; cp. He. 4:15-16).

Puesto que Jesucristo es el Ser perfecto, exacto y preciso sobre quien Dios ha construido su Iglesia, todas las líneas que vienen de Él en toda dirección completan el perfecto templo de Dios. Nadie está nunca desalineado. Nadie cae de la estructura. Todo encaja de manera exacta y permanente (cp. Ef. 4:16). Por tanto, esta es la analogía que ilustra adecuadamente la seguridad de los -creyentes.

Siglos antes de la encarnación de Cristo el profeta Isaías declaró que Israel podía tener suprema confianza en la seguridad que Dios proporcionaba:

No temas, pues no serás confundida; y no te avergüences, porque no serás afrentada, sino que te olvidarás de la vergüenza de tu juventud, y de la afrenta de tu viudez no tendrás más memoria. Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado... Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti. (Is. 54:4-5, 10; cp. 50:7; 54:1-3)

El apóstol Pablo expresó a los romanos esa misma clase de confianza. En vista de la decisión de los creyentes (Ro. 8:28-30) planteó una serie de preguntas retóricas (vv. 31-35) y resumió su respuesta a esas preguntas con esta majestuosa y poética expresión de alabanza a Dios por la seguridad de los creyentes:

Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. (vv. 37-39)

La traducción que el historiador e himnólogo de la iglesia del siglo XIX, John Mason Neale, hace de las palabras de un himno latino del siglo VII resume de manera majestuosa y sucinta la esencia del versículo 6:

Seguro cimienta Cristo ha sido hecho, Cristo la cabeza y piedra angular, escogido del Señor y precioso, une a toda la Iglesia en una sola, la ayuda eterna de la santa Sion, y su única confianza.

AFECTO POR CRISTO

Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, la piedra que los edificadores desecharon, ha venido a ser la cabeza del ángulo; y: piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados. (2:7-8)

Debido al valor **precioso** que los creyentes dan a Jesucristo, ellos tienen verdadero afecto por Él, lo que en sí mismo es otro privilegio espiritual. Este beneficio es el gozo de amar a Jesús. Él declaró a los judíos: “Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais” (Jn. 8:42). En el discurso del aposento alto les dijo a los apóstoles: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Jn. 14:21; cp. vv. 23-24). Más tarde les dijo: “Pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios” (16:27). Creer en Cristo y amarlo son por tanto privilegios inseparables (1 Co. 8:3; 1 P. 1:8; 1 Jn. 5:1).

Solamente **los que creen** manifiestan un amor incomparable por Cristo (cp. Mt. 10:37; 2 Co. 5:14). Sin embargo, en total contraste **los que no creen** (como los incrédulos líderes judíos) no aman ni amarán a Cristo. Con la cita del Salmo 118:22, Pedro afirmó que los judíos fueron **los edificadores** que **desecharon** a Cristo (**la piedra**). Como estudiamos en el capítulo anterior de esta obra, los judíos examinaron pero no aceptaron a Aquel que **ha venido a ser la cabeza del ángulo** (cp. 2:4). Para ellos, Jesús no tenía ningún valor como piedra angular de Dios porque no calzaba en la idea preconcebida que tenían acerca de lo que el Mesías debía ser (cp. Mt. 13:54-57; Lc. 4:20-30; 6:6-11).

Tal rechazo fue trágico pero no sorprendente, como Pedro indicó al citar Isaías 8:14-15, donde se profetizó que el Mesías sería considerado **piedra de tropiezo, y roca que hace caer** para la mayoría de judíos, como lo fue el mismo Isaías (v. 12). Una **piedra de tropiezo** era algún pedrusco con que las personas podían tropezar mientras recorrían un camino, y **roca que hace caer** era el lecho rocoso contra el que podían quedar aplastadas después de caer a causa de la otra piedra. En el simbolismo de Pedro, los judíos **desecharon la verdadera cabeza del ángulo**, luego terminarían cayendo sobre ella para finalmente ser aplastados en juicio por la misma roca (Lc. 20:17-18; cp. Mt. 13:41).

El versículo 8 deja en claro que quienes rechazan a Cristo **tropiezan** y se enfrentan al juicio divino porque son **desobedientes a la palabra**. Los incrédulos reciben el juicio exacto que exige su decisión pecaminosa (perdición a la **cual fueron también destinados**) porque no creen ni obedecen el evangelio. Dios no destina activamente personas a la incredulidad; pero sí designa juicio (perdición) sobre todo incrédulo (Jn. 3:18, 36; 8:24; 2 Ts. 1:6-9; He. 3:19; 4:11). Dios juzga a los incrédulos como consecuencia de su falta de amor por Él, de su desobediencia a la Palabra, y de su negativa a creer en Él. Pablo declaró a los corintios: “El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema” (1 Co. 16:22).

ELECCIÓN POR PARTE DE CRISTO

Mas vosotros sois linaje escogido, (2:9a)

Para resaltar los destinos eternos opuestos de incrédulos y creyentes, Pedro comenzó este versículo con un fuerte adversativo: **mas**. A diferencia de los incrédulos que a causa de su rechazo a Cristo están destinados a la destrucción eterna, los creyentes son **linaje escogido**. Son un pueblo espiritual elegido por el mismo Dios.

El apóstol extrae otra vez su terminología de un pasaje del Antiguo Testamento:

Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto. Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones (Dt. 7:6-9).

Pedro identifica a quienes creen en Cristo como grupo **escogido**, así como Dios había escogido a Israel para un propósito especial dentro de su plan redentor (cp. Is. 43:21). Como estudiamos en el capítulo 1 de esta obra, es importante que los cristianos comprendan que su salvación se basa en el propósito soberano de elección por parte de Dios. De manera explícita e implícita la Biblia presenta esto como algo inconfundible (Jn. 15:16; Hch. 13:48; Ro. 9:13-16; 11:5; 1 Co. 1:9; Ef. 1:3-5; 1 Ts. 1:4; 2 Ts. 2:13-14; 2 Ti. 1:9; 2:10; Ap. 13:8; 17:8; 20:15); y la elección es el gran privilegio del cual se derivan todos los demás privilegios espirituales.

Las Escrituras sugieren al menos cinco superlativos relacionados con la elección soberana de Dios en cuanto a salvar a ciertos pecadores. Primero, la elección es absolutamente decisión única de Dios, por tanto, es la verdad más demoledora del orgullo humano que hallamos en la Palabra de Dios. Destroza la soberbia del hombre, ya que nada en su salvación se deriva de algún mérito que tenga, todo tiene que ver con Dios (cp. Jon. 2:9; Jn. 1:12-13; Ef. 2:8-9). Segundo, ya que la elección es

totalmente por gracia divina, esta es la doctrina que más exalta a Dios (cp. Ro. 9:23; Ef. 1:6-7; 2:7; 2 Ts. 2:13). Tercero, la elección es la doctrina que más promueve la santidad. Puesto que Dios puso su amor sobre los creyentes antes de que el mundo comenzara, pase lo que pase ellos deberían estar consumidos de agradecimiento y pasión por obedecerle (cp. Dt. 11:13; Jos. 24:24; Ro. 6:17; 7:25). Cuarto, ya que la elección de Dios es eterna e inmutable, constituye la doctrina bíblica que brinda más fortaleza. Por eso proporciona a los creyentes verdadera paz sin importar las circunstancias que enfrenten (cp. Sal. 85:8; Jn. 14:27; 1 Co. 14:33; Ef. 2:14-15; Col. 1:20; 3:15; 2 Ts. 3:16). Por último, la elección es el privilegio espiritual que produce más gozo porque es la esperanza más segura que los creyentes tienen en medio de un mundo pecador (cp. 1:21; Ef. 4:4; Col. 1:5, 23; 1 Ts. 5:8; He. 7:19).

GOBIERNO CON CRISTO

real sacerdocio, (2:9b)

Pedro empleó un maravilloso símbolo cuando combinó en una metáfora referencias a la realeza y al sacerdocio. El concepto de un **real sacerdocio** viene de Éxodo 19:6, donde Dios le dio a Israel por medio de Moisés: “Vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa”. No obstante, la triste realidad es que Israel perdió su privilegio de poder sacerdotal a causa de su apostasía y su rechazo del Mesías (cp. Jn. 12:37-48; Ro. 10:16-21; 11:7-10; He. 3:16-19). Pero todos aquellos que creen en Jesús como el Mesías y confían únicamente en Él para salvación reciben el privilegio de convertirse en sacerdotes reales (Ap. 5:10).

Dos elementos principales constituyen la imagen del **real sacerdocio**. Primero, los sacerdotes sirven al Rey al tener acceso a su santa presencia, a la que llegan para ofrecerle sacrificios espirituales (véase el capítulo anterior de esta obra), y segundo, los sacerdotes gobiernan con el Rey en su reino.

Basileion (real) por lo general describe una residencia o palacio real (cp. Lc. 7:25), pero también se puede referir a una soberanía o monarquía. Pedro usa aquí el término para transmitir la idea general de realeza. La casa espiritual que mencionó en el versículo 5 resulta ser una casa real, el dominio de una familia real. Los creyentes son un sacerdocio gobernante, literalmente “una casa real de sacerdotes”. El apóstol Juan escribió: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años” (Ap. 20:6; cp. Lc. 22:29-30; Ap. 3:21).

El único que puede establecer esa dinastía real es Jesucristo. Él es tanto Rey (Is. 9:7; Zac. 9:9; Mt. 2:2; Lc. 1:33; Jn. 1:49; 12:12-15; 18:36-37; 19:19; Ap. 19:16) como Sacerdote (Sal. 110:4; He. 4:15). El escritor de Hebreos expresó la cualidad única del sacerdocio real de Cristo:

Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio. Y esto es aún más manifiesto, si a semejanza de Melquisedec se levanta un sacerdote distinto, no constituido conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible. Pues se da testimonio de él: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec (He. 7:14-17; cp. Sal. 110:4; He. 5:6; 6:20).

Melquisedec fue el modelo del Antiguo Testamento para el sacerdocio real (Gn. 14:18-20) y vislumbró a Cristo, el sacerdote real supremo y perfecto. Igual que Melquisedec, Cristo no heredó el sacerdocio a través de la línea sacerdotal, sino que Dios lo ungió como el sacerdote real sin pecado que trascendió el sistema levítico (He. 3:1-2; 5:4-5; 7:11, 14, 16; 8:1-2,6), cumplió la ley del antiguo pacto (Sal. 40:7-8; Mt. 5:17-18; He. 10:11-14), y se ofreció como el sacrificio del nuevo pacto por el

pecado (Mt. 20:28; Jn. 1:29; He. 2:17; 7:27; 9:25-26; 10:12). Puesto que la salvación une a los creyentes con Cristo, ellos también se convierten en sacerdotes reales.

El privilegio de los cristianos de gobernar con Cristo incluye algunas conclusiones prácticas:

¿Osa alguno de vosotros, cuando tiene algo contra otro, ir a juicio delante de los injustos, y no delante de los santos? ¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas? ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de esta vida? Si, pues, tenéis juicios sobre cosas de esta vida, ¿ponéis para juzgar a los que son de menor estima en la iglesia? (1 Co. 6:1-4)

Ya que los creyentes gobernarán con Cristo en su reino, deben estar suficientemente calificados, sin ayuda o supervisión secular, para solucionar disputas relativamente pequeñas entre ellos. Pablo dijo además que ellos tendrán dominio sobre esos reinos celestiales que Dios les asigne. Nadie, ni siquiera un ángel, puede colocarse entre ellos y Dios.

Todo esto es motivo para provocar una doxología. Mientras los creyentes contemplan todos sus privilegios espirituales, desde la unión con Cristo hasta la seguridad en Él y gobernar con Él, deben ser transportados en alabanza y adoración sin límites. Cualquier cosa menos que esto denota indiferencia pecaminosa a esos grandes privilegios.

11. Privilegios espirituales. Tercera parte: Separación para Cristo, adquisición por parte de Cristo, iluminación en Cristo, compasión de Cristo y proclamación de Cristo

nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia. (2:9c-10)

En repetidas ocasiones los relatos evangélicos hacen hincapié en el costo de seguir a Jesucristo. En Lucas 9:23-26, Jesús declaró a todos los que serían sus discípulos:

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará. Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo? Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará

el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles (cp. Mt. 5:19-20; 7:13-14, 21; Jn. 6:53-58, 60).

Los regenerados entienden que vivir una vida cristiana conlleva sacrificios y costos. Jesús proporcionó dos analogías del discipulado que ilustran la necesidad de evaluar el costo:

Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. ¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Lc. 14:27-33).

Varios pasajes más en las epístolas también resaltan el costo del discipulado (5:8-9; Ro. 12:1-2; 1 Co. 9:24-27; Ef. 6:10-18; Fil. 3:7-14; 1 Ti. 6:11-12; 2 Ti. 2:1-10; He. 12:1-2, 7-11; Stg. 1:21-25; 1 Jn. 2:15-17; cp. Ro. 13:11-14; Gá. 6:1-2; Ef. 5:15-21).

Sin embargo, en 2:4-10 el apóstol Pedro no mira el costo y el deber de seguir a Cristo sino el rico caleidoscopio de privilegios espirituales que Él proporciona a quienes han aceptado ese costo. Pedro sostiene las joyas de la redención a la luz de la gracia de Dios y revela maravillosos patrones de bendiciones espirituales que pertenecen a todos los que están en Cristo. El tema del privilegio espiritual, desde unión con Cristo hasta gobernar con Él, es un énfasis conocido del Nuevo Testamento. En Romanos 9:22, Pablo escribió que Dios quería demostrar su ira y manifestar su poder, por eso pacientemente soportó a los vasos de ira (incrédulos). El versículo 23 explica después la razón para el enfoque de Dios: “Y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria”. Dios quería derramar sobre los creyentes las riquezas de su gloria (2 Co. 4:6; cp. Ef. 1:12; Fil. 2:11), todos los privilegios que acompañan a la salvación. Tales riquezas espirituales están prometidas tanto para el día de hoy como para el futuro (cp. Ro. 11:12; Ef. 1:7-8; 2:7; 3:8,16; Fil. 4:19).

Cuando Pedro concluyó su investigación de las glorias de los privilegios espirituales de los creyentes, enumeró cinco ventajas adicionales que los cristianos poseen: separación para Cristo, adquisición por parte de Cristo, iluminación en Cristo, compasión de Cristo, y proclamación de Cristo.

SEPARACIÓN PARA CRISTO

nación santa, (2:9c)

Como se indicó en capítulos anteriores de esta obra, Pedro continuó refiriéndose al Antiguo Testamento en apoyo de los privilegios que Dios ha concedido a los creyentes. Aquí alude a Éxodo 19:6 (“vosotros me seréis un reino de... gente santa”) cuando declara que los creyentes están separados para Cristo como una **nación santa**. La palabra **nación** se traduce de *ethnos*, que significa “pueblo”, como grupo étnico (Lc. 7:5; 23:2; Jn. 11:48, 50-52; Hch. 2:5; 10:22; Ap. 5:9). **Santa** (*hagios*) significa “separada” o “apartada”. En el Antiguo Testamento era común llamar nación santa al pueblo de pacto de Dios (cp. Lv. 19:2; 20:26; Dt. 7:6; Is. 62:12). Sin embargo, debido al pecado y a la incredulidad, Israel perdió (Dt. 4:27; 28:64; Ez. 16:59; Os. 9:17; Zac. 7:14; Ro. 11:17, 20) su

gran privilegio (Gn. 12:2-3; Dt. 33:29; Ro. 3:1-2; 9:4-5) de ser el pueblo exclusivo de Dios. Pero lo que fue una tragedia para Israel se convirtió en una bendición para los creyentes gentiles (cp. Ro. 9—11). Israel no volverá a disfrutar el privilegio de ser el pueblo santo de Dios hasta que la nación finalmente se vuelva en fe hacia el Mesías (cp. Ez. 36:25-31; Ro. 11:24, 26).

Dios pone aparte a los creyentes principalmente para que tengan una relación con Él, y el servicio a Él fluye de esa relación. Varias referencias bíblicas indican que en el nuevo nacimiento los creyentes son apartados para Dios de la condenación del pecado y del mundo (cp. Sal. 4:3; Ro. 6:4-6; 1 Co. 6:11; 2 Co. 5:17; 6:17; 2 Ti. 2:21; He. 2:11). Años antes en el Concilio de Jerusalén, Pedro declaró:

Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen. Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones (Hch. 15:7-9; cp. He. 10:10, 14).

Así la santificación (limpieza del pecado) está intrínsecamente ligada a la salvación (cp. 1 Co. 1:30). Y la santificación conlleva dos aspectos importantes: La posición de los cristianos delante de Dios, y el patrón progresivo y práctico de vida santa en ellos. Por eso al comienzo de su carta Pedro pudo declarar santos a sus lectores (1:1-2) y, sin embargo, en 1:16 los insta a ser santos. En el aspecto posicional de la santificación, Dios reconoce a los creyentes como separados del castigo del pecado, pero en el aspecto progresivo y práctico de la santificación, Él por medio del Espíritu Santo los ayuda a vivir más y más en santidad, ejerciendo así la realidad de la posición de ellos en su conducta (cp. Ro. 6:4; 8:1-2; Gá. 5:16-23; Ef. 4:20-24; Fil. 2:12-13; 1 Ts. 4:3).

El relato de Hechos en varios lugares refuerza la verdad de que la santificación es inseparable de la justificación. Pablo les dijo a los ancianos de Éfeso: “Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados” (Hch. 20:32). El apóstol identificó a los salvos por la frase “todos los santificados”. De igual modo, en su defensa ante Agripa, Pablo repitió parte de lo que Dios le había dicho en su conversión en el camino a Damasco: El apóstol fue enviado “para que abras sus ojos [de los gentiles], para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hch. 26:18). De nuevo “los santificados” se usó para describir a aquellos que Dios había perdonado y a quienes les había otorgado herencia celestial.

La santificación posicional hace a los cristianos una **nación santa** delante de Dios porque se les atribuye la propia justicia divina. Y prácticamente ellos están progresando en santidad por medio de la obra del Espíritu (cp. 2 Co. 3:18).

ADQUISICIÓN POR PARTE DE CRISTO

pueblo adquirido por Dios, (2:9d)

Dios prometió a los israelitas en el Sinaí: “Si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos” (Éx. 19:5; cp. Dt. 7:6-7; 14:2; 26:18; Mal. 3:17). Una vez más, eso anuncia la verdad de la declaración de Pedro de que los cristianos son ahora un **pueblo adquirido por Dios**.

El término griego traducido **adquirido** (*peripoiēsis*) significa “comprar”, “obtener por un precio” (cp. Ef. 1:14). Los creyentes le pertenecen a Dios porque Él los compró en el precio final (1:18-19; cp. 1 Co. 6:20; 7:23; He. 13:12; Ap. 5:9). Como Pablo recordó a Tito, ese precio fue “nuestro gran

Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros [los cristianos] para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio” (Tit. 2:13-14; cp. Hch. 20:28; 1 Co. 6:20).

Dios eligió de manera soberana a todos los que creen, y por el sacrificio de Cristo en la cruz pagó el precio para redimirlos (2:24; 3:18; Ro. 3:25-26; 5:8-11; Col. 1:20-22; 1 Ti. 2:6; 1 Jn. 4:10), y el Espíritu Santo los llevó a nueva vida por medio de la convicción de pecado y la fe en el Salvador. Por tanto, todos los creyentes le pertenecen al Dios que los redimió.

George Wade Robinson, del siglo XIX, expresó muy bien este privilegio en una de las estrofas de su himno evangélico: “Yo soy suyo y Él es mío”:

Suyo para siempre, solo suyo... ¿quién nos separará al Señor y a mí? Ah, ¡con qué resto de dicha puede Cristo llenar al tierno corazón! Cielo y tierra podrán desaparecer y huir, la primera luz nacida declinar en tinieblas, pero mientras Dios y yo seamos, yo soy suyo y Él es mío.

ILUMINACIÓN EN CRISTO

de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; (2:9f)

A lo largo de la historia, el mundo no regenerado ha enfrentado dos clases de oscuridad: intelectual y moral. La oscuridad intelectual es ignorancia: -incapacidad para ver y conocer la verdad; mientras la oscuridad moral es inmoralidad: -incapacidad para ver y hacer lo que es recto (Sal. 58:3; Jer. 17:9; Ro. 8:7-8; 1 Co. 2:14; Ef. 4:17-19). Las **tinieblas** a las que Pedro se refiere aquí corresponden al segundo tipo: el estado pecaminoso de los incrédulos que están atrapados en la oscuridad espiritual de Satanás (Ef. 2:1-2; 2 Ti. 2:25-26; 1 Jn. 5:19), el príncipe de las tinieblas. Tal oscuridad moral es generalizada en su extensión y honda en su profundidad (Sal. 143:2; Ec. 7:20; Is. 53:6; Ro. 3:9-12). Los incrédulos son hijos nacidos en la oscuridad. No solo *andan* en tinieblas, sino que *aman* las tinieblas. Según Jesús:

Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. (Jn. 3:19-20)

No obstante, Pedro recuerda a sus lectores que Cristo, de manera soberana, poderosa y eficaz, los **llamó de las tinieblas a su luz admirable**. Casi siempre en las epístolas cuando *kaleō* (**llamó**), o las palabras relacionadas *klēsis* y *klētos* aparecen, indican el llamamiento eficaz de Dios a la salvación (p. ej., 1:15; 2:21; 5:10; Ro. 1:6-7; 8:28, 30; 9:24; 1 Co. 1:9, 24; Gá. 1:6, 15; Ef. 4:4; 2 Ti. 1:9; 2 P. 1:3; Jud. 1). Ese llamado salvador es un tema repetitivo, cercano al corazón del apóstol en esta carta (cp. 1:1, 15; 2:21; 3:9; 5:10).

El lado positivo del llamado de Cristo para que los pecadores salgan **de las tinieblas** es que también de este modo los llama **a su luz admirable**. Pablo expresó este privilegio espiritual a los colosenses: “[Dios] nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Col. 1:13). Cuando los creyentes reciben la luz de Cristo, Él les ilumina la mente para que puedan discernir la verdad, y les cambia las almas para que puedan aplicar esa verdad (cp. Sal. 119:105, 130; 1 Co. 2:15-16; 2 Co. 4:4; 2 P. 1:19). Reciben tanto la luz intelectual de la verdad de Dios como los deseos justos para obedecerla, ninguno de los cuales tenían ellos antes de la conversión.

COMPASIÓN DE CRISTO

vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia. (2:10)

Pedro sacó una analogía del profeta Oseas cuando presentó el siguiente privilegio espiritual para los creyentes: la compasión de Cristo:

Concibió ella otra vez, y dio a luz una hija. Y le dijo Dios: Ponle por nombre Lo-ruhama, porque no me compadeceré más de la casa de Israel, sino que los -quitaré del todo. Mas de la casa de Judá tendré misericordia, y los salvaré por Jehová su Dios; y no los salvaré con arco, ni con espada, ni con batalla, ni con caballos ni jinetes. Después de haber destetado a Lo-ruhama, concibió y dio a luz un hijo. Y dijo Dios: Ponle por nombre Lo-ammi, porque vosotros no sois mi pueblo, ni yo seré vuestro Dios. Con todo, será el número de los hijos de Israel como la arena del mar, que no se puede medir ni contar. Y en el lugar en donde les fue dicho: Vosotros no sois pueblo mío, les será dicho: Sois hijos del Dios viviente. (Os. 1:6-10)

Según este pasaje, habría de venir un tiempo en que los judíos ya no recibirían misericordia de Dios. Esto se cumplió directamente en el juicio que vino sobre el reino del norte a manos de los asirios (722 a.C.). Pero también habrá un tiempo futuro (v. 10), durante el milenio, en que Él tendrá compasión de “los hijos de Israel” y de Judá al salvar incontable cantidad de ellos (cp. Is. 61:4-6; Jer. 16:14-15; Ez. 37:20-22; Ro. 11:26-27).

En principio, Pedro aplicó a la iglesia, particularmente a sus miembros gentiles, las palabras del profeta relacionadas con los judíos (cp. Os. 2:23; Ro. 9:22-26). Como no creyentes, los gentiles no conocían ninguna misericordia de parte de Cristo, pues **en otro tiempo no** [eran] **pueblo**. Pero ahora ellos se habían convertido en el **pueblo de Dios**, porque habían **alcanzado misericordia** divina. **Misericordia** es sinónimo de compasión y esencialmente involucra la conmiseración de Dios junto con la miseria de los pecadores y el hecho de retenerles el justo castigo por sus pecados.

La Biblia habla de dos tipos de misericordia divina. Primero está la misericordia general de Dios (cp. Sal. 145:9; Lm. 3:22), que es evidente en su compasión providencial hacia toda la creación (Sal. 36:7; 65:9-13; Mt. 5:44-45; Hch. 14:14-17; 17:23-28; cp. Ro. 1:20). La misericordia común muestra la paciente piedad de Dios y la tolerante compasión hacia los pecadores (3:20; Sal. 86:15; 103:8; 2 P. 3:9; cp. Lc. 13:6-9) porque Él tenía todo el derecho, en vista del pecado de ellos, de destruirlos a todos. En vez de eso, en el momento actual Dios decide en forma compasiva no desatar todas las desastrosas consecuencias que la pecaminosidad de la humanidad merece (cp. Gn. 9:8-11). Pero finalmente la misericordia general de Dios expirará y las personas sentirán las plenas consecuencias del pecado (Mt. 24:4-22; Ap. 6:7-8; 8:7—9:19; 14:14-19; 16:1-21; 18:1-24; 19:17-21; 20:7-15; cp. Gn. 6:3; Is. 27:11; Jer. 44:22).

En segundo lugar está la clemencia divina y salvadora mostrada hacia los elegidos, que es la **misericordia** a la que Pedro se refirió. Ellos no solo reciben la misericordia común de Dios en esta vida, sino también su misericordia redentora para la vida venidera (Dn. 7:18; Jn. 14:2; 2 Ti. 4:8; Ap. 2:7; 7:16-17; 21:1-7). Los elegidos, aunque sin merecer más intrínsecamente que todos los demás, reciben el perdón de Dios por sus pecados y su liberación de la condenación eterna, todo según los propósitos soberanos y amorosos de Dios (Ro. 8:28-30; Ef. 1:4; 2 Ti. 1:9; Tit. 1:2; cp. Sal. 65:4; Ro. 9:15-16; Stg. 2:5).

La compasión de Cristo, o **misericordia** hacia los creyentes es un privilegio espiritual que excede los límites del lenguaje (cp. Sal. 57:10; 59:16-17; 103:11; 136:1-9). Rescata a los creyentes del juicio en el infierno y les concede una herencia eterna en el cielo (1:4; Sal. 37:18; Hch. 20:32; 26:18; Ef. 1:11, 14, 18; Col. 1:12; 3:24; He. 9:15), por lo que Pablo llamó a Dios como “Padre de misericordias” (2 Co. 1:3; cp. Ro. 9:23; Tit. 3:5). Las palabras de un escritor expresan de manera apropiada cómo todos los cristianos se deberían sentir hacia tan divina compasión:

Cuando tus misericordias todas, oh mi Dios,
Mi resurgida alma examina,
Embelesado con la escena absorto quedo,
En asombro, amor y alabanza.

PROCLAMACIÓN DE CRISTO

para que anunciéis las virtudes (2:9e)

Por último, Dios ha provisto su caleidoscopio de privilegios espirituales para los creyentes por un propósito general: **que** anuncien **las virtudes** de Cristo. No existe mayor privilegio que ser un heraldo para el evangelio.

Anunciéis (*exangeilēte*) viene de una palabra griega que aparece solo aquí en el Nuevo Testamento. Significa “publicar”, o “divulgar” y hacerlo en el sentido de decir algo de otro modo desconocido. Aquello que generalmente se desconoce y que Pedro anima a que los creyentes divulguen son **las virtudes** de Cristo, el Salvador. **Virtudes** (*aretas*) puede implicar la capacidad de realizar actos poderosos y heroicos. Contrario a lo que podría indicar en castellano, el término se refiere más a esas clases de acciones que a algunos atributos o cualidades reales intrínsecas. Los cristianos tienen el gran privilegio de decir al mundo que Cristo tiene el poder para llevar a cabo la obra extraordinaria de redención (Hch. 1:8; 2:22; 4:20; 5:31-32; Ap. 15:3; cp. Sal. 66:3, 5, 16; 71:17; 73:28; 77:12, 14; 104:24; 107:22; 111:6-7; 118:17; 119:46; 145:4; Jn. 5:36; 10:25 con relación a los actos maravillosos de Dios).

Que Dios elija pecadores indignos como representantes suyos y los use para atraer hacia sí a otros pecadores es un privilegio más allá de toda expectativa. Esto hizo que Pablo escribiera:

Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús. Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna. Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén (1 Ti. 1:12-17).

12. La vida cristiana ejemplar

Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma, manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles;

para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras. (2:11-12)

En un aspecto importante, la cultura moderna es parecida a la de la época de Pedro: incrédulos en todas partes atacan y critican constantemente al cristianismo. Tales oponentes del evangelio suelen ser ruidosos en sus críticas y muchos han tenido éxito en conquistar las principales instituciones económicas, sociales y educativas de la sociedad occidental. El apologista cristiano Wilbur M. Smith al final de la Segunda Guerra Mundial observó correctamente que el mundo se ha opuesto al cristianismo incluso desde los días de Jesús, y que los creyentes no deberían esperar que hoy la situación sea diferente:

Al principio se pensaría que una religión que exalta y trata de seguir al único hombre perfecto y justo que ha vivido sobre esta tierra; que nunca dañó a nadie; cuyas palabras liberaron de la superstición y del temor; cuyas obras redimieron del dolor, de los demonios, de la muerte y del hambre; cuya vida fue un gran rayo de luz disparado en la tenebrosa oscuridad del mundo romano en ese siglo sensual y escéptico; quien murió porque nos amó, y que siempre trató de llevar a los hombres a la comunión con Dios para otorgarles vida eterna y un hogar en el cielo, tendría aceptación. Pues cualquiera habría creído que tal personaje, y la religión que su vida y su obra establecieron en la tierra, habrían sido recibidos con brazos abiertos desde el primer momento en que fueran anunciados. Además, se habría creído que por su mismo mensaje y por las buenas obras que fluyeron de él, y la esperanza que estableció, nunca recibiría oposición, ataque o denuncia, excepto por parte de los demonios del infierno y de Satanás, quien es mentiroso y asesino desde el principio. Sin embargo, esa no ha sido la marcha de los acontecimientos. Es más, según los registros desde el nacimiento de nuestro Señor hasta el final de la visión de San Juan acerca del tiempo de anarquía y persecución por venir, el mismo Nuevo Testamento da testimonio en la manera más sorprendente del hecho de que Cristo mismo fue atacado de la forma más brutal y constante, de que sus apóstoles padecieron la misma oposición, y de que esos mismos apóstoles profetizarían que el cristianismo seguiría sufriendo hasta el final de esta era (*Therefore, Stand* [Grand Rapids: Baker, 1945], p. 1).

A menudo es la conducta escandalosa de los supuestos cristianos la que proporciona combustible para las crueles acusaciones de críticos y escépticos, mientras que la rectitud de los verdaderos cristianos hace lo posible por acallar a los oponentes del cristianismo. El comentarista Robert Leighton escribió:

Cuando un cristiano anda de manera irreproachable, sus enemigos no tienen dónde hincarle los dientes, sino que se ven obligados a roerse sus propias lenguas perversas. Así lo garantiza el piadoso, a fin de cerrar las bocas mentirosas de hombres insensatos, pues a estos les es doloroso ser así detenidos, como la mordaza es a las bestias, y esto castiga la malicia que poseen. Este es el camino de un cristiano sabio, que en vez de preocuparse impacientemente por los errores o las malas censuras intencionales de los hombres, se mantiene quieto mediante su espíritu apacible, su vida recta, y su inocente silencio; esto, como una roca, rompe las olas dentro de la espuma que ruge molesta (*Commentary on First Peter* [reimpresión; Grand Rapids: Kregel, 1972], p. 195).

Alexander MacLaren, el predicador escocés del siglo XIX, comentó: “El mundo saca sus ideas acerca de Dios principalmente de las personas que afirman pertenecer a la familia de Dios. Nos interpretan mucho más de lo que leen la Biblia. Pues a nosotros nos ven, mientras solo oyen acerca de Jesucristo” (*First and Second Peter and First John* [Nueva York: Eaton and Maines, 1910], p.

105). En el Sermón del Monte, Jesús declaró a todos los que habrían de seguirlo en serio: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt. 5:16). Esa es la esencia de lo que en este pasaje Pedro exhortó a que sus lectores hicieran: llevar vidas ejemplares, lo cual es la base más eficaz para hacer atractivo y creíble el evangelio.

Los destinatarios de la carta del apóstol necesitaban un poco de motivación para perseverar en su evangelización en medio de los difíciles sufrimientos y persecuciones que estaban enfrentando. Pedro invitó a sus lectores a fortificar sus testimonios con dos aspectos cruciales de la vida justa: una disciplina personal ejemplar que es interior y privada, y una conducta personal que es exterior y pública.

DISCIPLINA INTERIOR EJEMPLAR

Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma, (2:11)

Pedro comenzó su exhortación dirigiéndose a sus lectores como **amados**, lo que implicaba que ellos, como objetos del incommensurable amor de Dios, tenían el deber de obedecer a Aquel que los amaba. Sobre esa base les dijo: les **ruego** (*parakaleō*, como en Ro. 12:1, o “adviento”) que correspondan al amor de Dios viviendo para Él.

Pedro identificó además a sus lectores **como a extranjeros y peregrinos**, lo que les recordaba que en realidad no eran miembros de la sociedad del mundo. Pablo escribió: “Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo” (Fil. 3:20). Como **extranjeros** espirituales, los creyentes deben evitar las cosas de este mundo (1 Jn. 2:15-17; cp. Mr. 4:19; Jn. 12:25; 15:19; Ro. 12:2; Col. 2:8, 20; Stg. 1:27; 1 Jn. 5:4). **Extranjeros** (*paroikous*) literalmente significa “al lado de la casa”. La palabra vino a indicar a todo aquel que vive en una nación que no es la suya, y que por tanto es un forastero. El término se adapta a cristianos que no pertenecen al sistema de este mundo, pero que viven junto a aquellos que sí pertenecen aquí.

Pedro también usó el término **peregrinos** (*parepidēmous*), que es un sinónimo para **extranjeros**. Se refiere a un visitante (la DHH traduce la palabra “de paso por este mundo”) que viaja por un país y que quizás tiene allí una breve estadía. El escritor de Hebreos recordó a los creyentes: “No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir” (13:14; cp. 11:13-16).

Puesto que los cristianos no son parte del mundo, deben abstenerse **de los deseos carnales** (cp. Ro. 8:5-9, 12-13; 13:14; Gá 5:13, 16-17). A pesar de que la regeneración produce nueva disposición con anhelos santos, esa fuerza de nueva vida se mantiene encarcelada dentro de la antigua carne humana no redimida, lo que precipita una batalla continua entre el espíritu y la carne. Sin embargo, los creyentes ya no son esclavos de la injusticia, y el pecado ya no es su amo, si no son libres del dominio y del poder exclusivo de estas fuerzas. La palabra **abstengáis** significa que mediante la nueva vida y el Espíritu que mora en ellos, los santos tienen la capacidad de refrenar su carne libidinosa, incluso en una cultura posmoderna dominada por la sensualidad, la inmoralidad y el relativismo moral.

La expresión **deseos carnales** no se limita a inmoralidad sexual, sino que más bien abarca los males de la naturaleza pecaminosa de la humanidad. El apóstol Pablo advirtió a los galatas: “Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras,

orgías, y cosas semejantes a estas” (Gá 5:19-21). Cuando los creyentes ven a Cristo, su humanidad no redimida será redimida (cp. Ro.8:23).

Al usar la frase **que batallan contra el alma** Pedro intensificó su reflexión sobre los **deseos carnales**. En el griego, la palabra **que** indica que es el carácter de tales deseos y ansias los **que batallan contra** el nuevo corazón que Dios ha creado dentro del **alma** de todo creyente. Incluso Pablo mismo se halló en medio de la intensa lucha que cada cristiano experimenta:

Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros (Ro. 7:14-23; cp. Gá 5:17-18).

Que batallan es una expresión fuerte que por lo general significa llevar a cabo una campaña militar de largo alcance. Implica no solo antagonismo sino agresión implacable y maliciosa. Ya que esto se lleva a cabo en **el alma**, se trata de una clase de guerra civil. Unida con el concepto de **deseos carnales**, la imagen es la de un ejército de terroristas libidinosos que emprende una búsqueda interna y destruye la misión a fin de conquistar el alma del creyente.

Antes de la conversión, todos los pecadores viven bajo el dominio de los deseos carnales:

Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás (Ef. 2:1-3; cp. 4:25-28; 5:8-11; Col. 3:5-11).

Sin embargo, una vez salvados Dios ordena a los creyentes abstenerse de ser impulsados por la lujuria:

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre (1 Jn. 2:15-17; cp. 2 Co. 6:16-7:1).

La clave para abstenerse de los deseos carnales y vencer las tentaciones carnales yace en caminar en el poder del Espíritu (Gá. 5:16) y ejercer una disciplina espiritual (1 Co. 9:27; 2 Co. 7:1). La batalla se gana o se pierde en el interior, según Santiago informa:

Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte. (Stg. 1:13-15)

Esto sigue al llamado de Santiago en el versículo 12 para el mismo tipo de conducta de la que habla Pedro: “Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman”.

COMPORTAMIENTO EXTERIOR RECTO

manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras. (2:12)

A fin de evangelizar de manera eficaz, la vida interior del cristiano debe ser visible al mundo exterior. De ahí que Pedro ordene a sus lectores que vivan **manteniendo** su **manera de vivir** (conducta diaria) en un alto nivel. **Buena** se traduce de una palabra (*kalēn*) rica y variada en significado, que por lo general significa “de hermosa forma externa”. Al menos otras seis palabras y expresiones en español ofrecen visión sobre su significado: precioso, delicado, encantador, refinado, aceptable a la vista y noble. El término connota el tipo más encantador de bondad visible. **Gentiles** (*ethnos*) se refiere a “naciones” o al mundo no salvo (cp. Lc. 2:32; Ro. 2:14; 15:9-12, 16; 1 Co. 5:1; 12:2; Gá 3:8; 1 Ts. 4:5; 3 Jn. 7). Si los lectores de Pedro iban a ser testigos **entre los gentiles**, era esencial que manifestaran una conducta irreprochable.

En el siglo I, la calificación de **malhechores** (*kakopoiōn*) hacía recordar muchas de las acusaciones paganas específicas hechas contra los cristianos: rebeldes contra el gobierno romano, practicantes de canibalismo, participantes en incesto, involucrados en actividades subversivas que amenazaban el progreso económico del imperio y se oponían a la esclavitud, y que practicaban el ateísmo al no adorar al César o a los dioses romanos (cp. Hch. 16:18-21; 19:19, 24-27).

En lo que murmuran, los creyentes debían vivir de manera opuesta a todo lo antedicho, manifestando así que los incrédulos estaban equivocados, y demostrando la validez del evangelio (Mt. 5:16; Tit. 3:8). En la plataforma de esa credibilidad, el testimonio personal tiene gran influencia. Al observar la vida excepcional de tales creyentes, algunos creerán, serán salvos, y glorificarán **a Dios en el día de la visitación**.

Día de la visitación es un concepto del Antiguo Testamento (cp. Jue. 13:2-23; Rt. 1:6; 1 S. 3:2-21; Sal. 65:9; 106:4; Zac. 10:3) que se refiere a ocasiones en que Dios visitó a la humanidad ya sea para bendición o juicio. El profeta Isaías escribió acerca de la visitación divina con el propósito de juicio: “¿Y qué haréis en el día del castigo? ¿A quién os acogeréis para que os ayude, cuando venga de lejos el asolamiento? ¿En dónde dejaréis vuestra gloria?” (Is. 10:3; cp. 23:17). Por otra parte, Éxodo 3:2-10 habla de la visitación de Dios para anunciar la liberación definitiva de Israel de Egipto, lo cual sería una bendición para su pueblo. De igual modo, Jeremías profetizó la visita de Dios para liberar a los judíos de Babilonia: “Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar” (Jer. 29:10; cp. 27:22). El Antiguo Testamento habla de otros casos más en que Dios visitó al pueblo para bendición y juicio.

Por lo general, en el Nuevo Testamento **visitación** indica bendición y redención. En el período inmediatamente posterior al nacimiento de Juan el Bautista, su padre Zacarías profetizó: “Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo” (Lc. 1:68; cp. v. 78; 7:16). Por otra parte, con relación a la destrucción de Jerusalén en el 70 d.C., Jesús expresó: “Te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de

tu visitación” (Lc. 19:44). Ya que los judíos rechazaron la visitación de salvación de Cristo, esta se convirtió en una visitación de juicio (cp. Mt. 11:20-24; 21:37-43; Ro. 11:17, 20; 1 Ts. 2:14-16).

La redención de Dios es inherente en la referencia de Pedro al **día de la visitación**. El apóstol usó la expresión para mostrar que al ver buenas obras y virtud cristiana en las vidas de los creyentes, algunos tendrían el privilegio de glorificar **a Dios** cuando Él también los visite con salvación.

Un conmovedor ejemplo del siglo XX de cómo una vida santa puede influir en la salvación de los incrédulos viene de un campamento japonés de prisioneros en Filipinas durante la Segunda Guerra Mundial. Los misioneros estadounidenses Herb y Ruth Clingen y su joven hijo fueron prisioneros de los japoneses durante tres años. El diario de Herb narra cómo los captores de su familia torturaron, asesinaron y mataron de hambre a muchos de los otros reclusos del campamento. En particular, los prisioneros odiaban y temían al comandante del campamento, Konishi. Herb describió un plan especialmente diabólico que Konishi ejecutó sobre los Clingen y sus compañeros reclusos casi al final de la guerra:

Konishi halló una manera ingeniosa de abusar aún más de nosotros. *Aumentó* la ración de comida, pero nos dio *palay*: arroz con cáscara. Comer arroz con su afilada cáscara exterior ocasionaría hemorragia intestinal que nos mataría en horas. No teníamos herramientas para quitar la cáscara, y hacer manualmente el trabajo, machacando el grano al extenderlo con un pesado madero, consumiría más calorías de las que el arroz podía suministrar. Esta era una sentencia de muerte para todos los internos (Herb y Ruth Clingen, “Cántico de liberación”, revista *Masterpiece* [primavera de 1989], p. 12; cursivas en el original).

Sin embargo, la providencia divina salvó a los Clingen y a otros en febrero de 1945 cuando las fuerzas aliadas liberaron el campamento donde estaban los prisioneros. Eso evitó que el comandante llevara a cabo su plan de disparar y matar a todos los prisioneros sobrevivientes. Años después, los Clingen “se enteraron que a Konishi lo habían encontrado trabajando como guardián de un campo de golf en Manila. El hombre fue llevado a juicio y ahorcado por sus crímenes de guerra. Antes de su ejecución profesó su conversión al cristianismo, diciendo que le había afectado profundamente el testimonio de los misioneros cristianos que él había perseguido” (“Cántico de liberación”, p. 13). La evangelización eficaz fluye del poder de una vida recta.

13. Sometimiento a la autoridad civil

Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto

para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey. (2:13-17)

Como ciudadanos del cielo, los cristianos se someten por completo a la autoridad divina, pero la posibilidad de la aplicación errónea de esa verdad es que estos se pueden volver indiferentes y hasta despectivos hacia el mundo en que viven, perdiendo así muchas oportunidades de dar un testimonio positivo. La separación que los creyentes hagan del mundo debe ser equilibrada mediante el adecuado respeto y la humilde sumisión a todas las instituciones legítimas de autoridad humana.

Esteban, el primer mártir cristiano, es un modelo convincente de sumisión correcta a los mandatos de la autoridad terrenal. El Nuevo Testamento lo presenta como un “varón lleno de fe y del Espíritu Santo” (Hch. 6:5). Hechos 6:8-14 describe el trasfondo de los sucesos que llevaron a su gran enfrentamiento con las autoridades judías:

Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo. Entonces se levantaron unos de la sinagoga llamada de los libertos, y de los de Cirene, de Alejandría, de Cilicia y de Asia, disputando con Esteban. Pero no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba. Entonces sobornaron a unos para que dijese que le habían oído hablar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios. Y soliviantaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas; y arremetiéndolo, le arrebataron, y le trajeron al concilio. Y pusieron testigos falsos que decían: Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra este lugar santo y contra la ley; pues le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos dio Moisés.

Esteban tuvo una asombrosa reacción ante esas acusaciones injustas y distorsionadas: “Todos los que estaban sentados en el concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel” (6:15). Esteban entonces respondió a la breve pregunta del sumo sacerdote: “¿Es esto así?” (7:1), con un mensaje evangelizador amplio e inspirado por el Espíritu Santo (7:2-53). Sus convincentes palabras enfurecieron a los líderes judíos, pero la reacción de él al violento rechazo hacia su persona y su predicación fue de sumisión piadosa y humilde, y de fe inquebrantable:

Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones, y crujían los dientes contra él. Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios. Entonces ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon; y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo. Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió. Y Saulo consentía en su muerte. En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles (Hch. 7:54—8:1).

La forma humilde en que Esteban se sometió a la injusticia y la persecución contribuyó sin duda alguna a la transformación de Saulo de Tarso de ser un odioso perseguidor a ser un apóstol fiel de Jesucristo.

En este pasaje, lleno de imperativos, emergen seis elementos de sumisión cristiana a la autoridad: el mandato de sumisión, el motivo para la sumisión, el grado de sumisión, la razón para la sumisión, la actitud de la sumisión, y la aplicación de la sumisión.

EL MANDATO DE SUMISIÓN

someteos (2:13b)

Aunque a fin de cuentas los creyentes no están bajo autoridad humana, Dios sin embargo espera que se sometan a las instituciones humanas que Él ha ordenado. Quiere que demuestren cualidades de un carácter fiel (cp. 2 P. 1:5-7) y un verdadero interés por la sociedad; es decir, una preocupación que busca la paz (3:11; cp. Sal. 34:14; Mt. 5:9; Ro. 14:19; Stg. 3:18) y que desea evitar tribulaciones y delitos (cp. Ro. 12:14-21). Con esa finalidad, los cristianos deben obedecer las leyes y respetar toda autoridad, a menos que sean llamados a hacer algo que Dios prohíbe, o a no hacer algo que Él ordena (Hch. 4:19; 5:27-29).

Someteos (*hupotassō*) es una expresión militar que literalmente significa “ordenar en formación bajo la autoridad del comandante”. El Antiguo Testamento apoya el principio de sumisión a la autoridad (cp. Dt. 17:14-15; 1 S. 10:24; 2 R. 11:12; 1 Cr. 29:24). Proverbios 24:21-22 declara: “Teme a Jehová, hijo mío, y al rey; no te entremetas con los veleidosos; porque su quebrantamiento vendrá de repente; y el quebrantamiento de ambos, ¿quién lo comprende?” La sumisión a los gobernantes es correcta porque es Dios quien los designa; por tanto, no hay lugar para apoyar a “los veleidosos”, a rebeldes que tratan de derrocar al gobierno.

Por medio del profeta Jeremías, el Espíritu Santo declaró lo siguiente:

Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, a todos los de la cautividad que hice transportar de Jerusalén a Babilonia: Edificad casas, y habitadlas; y plantad huertos, y comed del fruto de ellos. Casaos, y engendrad hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos, y dad maridos a vuestras hijas, para que tengan hijos e hijas; y multiplicaos ahí, y no os disminuyáis. Y procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová; porque en su paz tendréis vosotros paz. Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: No os engañen vuestros profetas que están entre vosotros, ni vuestros adivinos; ni atendáis a los sueños que soñáis. Porque falsamente os profetizan ellos en mi nombre; no los envié, ha dicho Jehová. Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar. Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón. Y seré hallado por vosotros, dice Jehová, y haré volver vuestra cautividad, y os reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde os arrojé, dice Jehová; y os haré volver al lugar de donde os hice llevar (Jer. 29:4-14).

Aunque ese pasaje fue sobre todo un mensaje para los judíos con relación a su conducta mientras estaban cautivos en Babilonia, tiene connotaciones para los cristianos, quienes deben promover el bienestar de la sociedad y su gobierno mientras ponen la esperanza en su hogar eterno (cp. Jn. 14:2-3; He. 4:9-10; 11:13-16; Ap. 21:1-4).

Casi una década antes de que Pedro escribiera su carta, el apóstol Pablo ya había enseñado acerca de la sumisión al gobierno:

Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos.

Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo (Ro. 13:1-4).

Aunque tanto Pedro como Pablo vivieron en el abiertamente pecador y decadente Imperio Romano, una sociedad tristemente célebre por la maldad (homosexualidad, infanticidio, corrupción gubernamental, maltrato de la mujer, inmoralidad, violencia), ninguno de los apóstoles ofreció alguna exención por medio de la cual los creyentes fueran libres para desafiar a la autoridad civil. Jesús mismo había ordenado: “Dad, pues, a César lo que es de César” (Mt. 22:21).

A lo largo de la historia y en la actualidad ha habido varias transgresiones a ordenanzas, hechos de desobediencia civil, insurrecciones, revoluciones, y diferentes intentos subversivos de derrocar gobiernos, todo ello en nombre del cristianismo. La Biblia de ninguna manera absuelve tales acciones. Al contrario, la orden bíblica es sencilla: **someteos** a la autoridad civil, sea cual sea su naturaleza (véase el estudio de 2:18 en el siguiente capítulo de esta obra). Incluso gobernantes perversos y crueles, y sistemas opresores son mucho mejor que la anarquía. Además, todas las formas de gobierno, desde dictaduras hasta democracias, están llenas de maldad porque las dirigen pecadores caídos. No obstante, la autoridad civil es de parte de Dios, aunque los gobernantes individuales sean impíos.

EL MOTIVO PARA LA SUMISIÓN

Por causa del Señor (2:13a)

Pedro declaró el motivo para someterse a la autoridad con tanta claridad como dio la orden básica de someterse. **Por causa del Señor**, por lo que es obligatorio someterse, al igual que ocurre con todos los mandamientos divinamente inspirados. Los cristianos obedecen porque desean honrar al Señor (cp. Sal. 119:12-13, 33; Hch. 13:48; 1 Co. 10:31).

En realidad, los creyentes obedecen a la autoridad terrenal para honrar a la autoridad soberana de Dios (cp. Sal. 2:8; 9:20; 22:28; 46:10; 47:8; 66:7; 72:11; 83:18; 96:10; 113:4). Robert Culver escribió acerca de la soberanía de Dios sobre toda autoridad humana:

Solamente Dios tiene derechos soberanos... La teoría democrática es tan antibíblica como la monarquía de derecho divino. Por cualquier medio que los hombres lleguen a las posiciones de gobierno (descendencia dinástica, relación aristocrática familiar, recursos materiales plutócratas, o elección democrática, “no hay autoridad sino de parte de Dios” (Ro. 13:1). Además, el gobierno civil es un instrumento, no un fin. Los hombres son el fin cercano, pero solo Dios es fin supremo. El estado no posee ni a sus ciudadanos, ni las propiedades, las mentes, los cuerpos o los hijos de ellos. Todos pertenecen a su Creador: Dios, quien nunca ha entregado al estado derechos de dominio eminente (*A Biblical View of Civil Government* [Chicago: Moody, 1974], p. 47).

Los creyentes también se someten para imitar el ejemplo de Cristo de sumisión obediente a su Padre. El versículo 23 de este capítulo revela el comportamiento modelo del Señor, “quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente”. Cristo vivió bajo el gobierno injusto e inicuo de las autoridades judías y romanas, y sin embargo nunca se opuso al derecho de gobernar de tales autoridades. Denunció los pecados de los líderes judíos (Mt. 16:11-12; 23:13-33), pero no trató de derrocarles su autoridad. De igual modo, Jesús nunca dirigió demostraciones contra la esclavitud y el abuso de la justicia del

gobierno romano, ni participó en ningún acto de desobediencia civil. Ni siquiera objetó cuando esas autoridades lo trataron y lo crucificaron injustamente (Mt. 26:62-63; Mr. 15:3-5; Jn. 19:8-11). En vez de preocuparse con reformas políticas y sociales, Cristo siempre se enfocó en asuntos pertenecientes a su reino (Mt. 4:17; Mr. 1:15; Lc. 5:31-32; 19:10; Hch. 1:3; cp. Mt. 11:28-30).

Dios se complace cuando las personas no salvas asocian a los cristianos con virtud espiritual, justicia, amor, bondad, humildad y el evangelio de la salvación (Fil. 2:14-15; cp. Pr. 4:18), y no con protestas contra instituciones humanas. Pablo también tenía el compromiso firme y unánime requerido para los creyentes cuando ministran: “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Co. 2:1-2). El apóstol únicamente se involucraría en la guerra espiritual por las almas de los pecadores, como lo explica el siguiente texto:

Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (2 Co. 10:3-5).

Las “fortalezas” se describen como “argumentos”. El griego es *logismes*, que significa “ideologías”. La verdadera guerra que los santos deben emprender es contra ideas fatales, maneras impías de pensar, y cualquier sistema religioso o filosófico “que se levanta contra” la verdad de Dios. Todos los sistemas antibíblicos de ideas que mantienen cautivas a las personas deben ser aplastados por la Palabra de verdad, y los pecadores cautivos deben liberarse para que obedezcan a Jesucristo. Cuando el Señor expresó: “Mi reino no es de este mundo” (Jn. 18:36), definió la esfera del llamado y el deber de los creyentes: enfocar los esfuerzos ministeriales únicamente en asuntos relacionados con el gobierno espiritual y eterno del Señor.

EL GRADO DE SUMISIÓN

a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. (2:13c-14)

Al revisar la enseñanza fundamental y detallada de la responsabilidad de los creyentes a la autoridad civil, se pueden ver tres propósitos esenciales para el gobierno:

Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo (Ro. 13:3-4).

Tales propósitos — restringir al mal, promover el bien público y castigar la maldad — se derivan de la verdad general de que Dios establece toda autoridad (Ro. 13:1), y explican por qué la orden de Pedro se extiende **a toda institución humana**. Para mantener la paz y el orden en la sociedad, Dios las ha ordenado todas; por tanto, limitar o hacer excepción a la orden de someterse a **toda** autoridad aprobaría la desobediencia y la falta de respeto al plan de Dios. (Para un análisis más completo y bíblico de los propósitos del gobierno, véase el capítulo 3 de mi libro: *Why Government Can't Save You* [Nashville: Word, 2000]).

La palabra griega *ktisis* (“cimiento”), de la que se deriva **institución**, siempre aparece en el Nuevo Testamento en relación con las actividades creativas de Dios (cp. Ro. 1:20, 25; 8:39; 2 Co. 5:17; Gá 6:15; Col. 1:15, 23; 2 P. 3:4). (Es, más, el segundo significado léxico que por lo general se da a *ktisis* es “la acción de crear” o “creación”). Dios ha creado todos los fundamentos de la sociedad **humana**: trabajo, familia y gobierno. Pedro designó a la sociedad humana no en relación con su origen sino con su función o esfera de operación. La intención del apóstol fue, por tanto, ordenar sometimiento a **toda institución humana** porque cada una es ordenada por Dios. Los creyentes deben someterse a las autoridades civiles, a empleadores (2:18; Ef. 6:5; Col. 3:22), y en la familia (Ef. 5:21-6:2). En los dos últimos ámbitos, el motivo también es a causa de Señor (Ef. 5:22; 6:1, 5-6; Col. 3:18, 20, 22-24).

Esa orden no excluye a autoridades que toman decisiones malas o injustas. El Antiguo Testamento reconoce la existencia de gobernantes corruptos (cp. Dn. 9:11-12; Mi. 7:2-3) pero también reconoce que Dios tiene la prerrogativa de juzgarlos. A pesar del mal que ocurre debido a que las autoridades son caídas y las instituciones son imperfectas, los creyentes deben confiar en que Dios aún ejerce un gobierno soberano y perfectamente sabio sobre las sociedades y las naciones (cp. Gn. 18:25).

Pedro explica en detalle la sumisión de los creyentes al hacer ver que esto se aplica a todos los niveles de autoridad. Al desglosar la autoridad en categorías específicas, él habla del nivel más alto de quien está en autoridad: el **rey, como a superior**. Obviamente esto reconoce la legitimidad del gobierno de un hombre como una forma de gobierno ordenada por Dios. La monarquía, o su paralelo la dictadura, es una forma que Dios usa en el mundo. Fue en especial un reto para los creyentes en la época de Pedro obedecer esta parte de la orden porque el rey (el César) era un tirano demente: el emperador romano Nerón. Pero hasta él era divinamente ordenado para su papel de liderazgo de llevar a cabo los propósitos fundamentales del gobierno. **Gobernadores** es un término que se refiere a un nivel más bajo de autoridad (cp. Lc. 2:1-2; 3:1; Hch. 7:10): funcionarios debajo del rey que **por él** podían ser **enviados**.

Pedro imitó a Pablo cuando dijo que los funcionarios de gobierno han sido designados **para castigo de los malhechores**. Años antes, cuando lo traicionaron y lo arrestaron, Jesús enseñó a Pedro la lección de que se requiere y se reserva al gobierno la responsabilidad de la pena capital (Gn. 9:5-6):

Entonces se acercaron y echaron mano a Jesús, y le prendieron. Pero uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la mano, sacó su espada, e hiriendo a un siervo del sumo sacerdote, le quitó la oreja. Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? (Mt. 26:50-53; cp. Jn. 18:10-11).

Jesús estaba afirmando el derecho del gobierno romano de usar la espada contra Pedro si este la usaba contra alguien. Solo a los gobernantes se les ha dado ese derecho de llevar la espada para castigar a los transgresores (Ro. 13:4). Por tanto, los creyentes nunca deben participar en actos de justicia por mano propia.

Por otra parte, Dios ha establecido a los funcionarios civiles para la **alabanza de los que hacen bien**. Por lo general las autoridades premian a buenos ciudadanos con trato justo y favorable (Ro. 13:3; cp. Gn. 39:2-4; 41:37-41; Pr. 14:35; Dn. 1:18-21). La función del gobierno es clara: crear temor que refrene el mal, castigar a quienes hacen lo malo, y proteger a quienes hacen el bien.

LA RAZÓN PARA LA SUMISIÓN

Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; (2:15)

La razón por la que los cristianos se deben someter a toda autoridad es bastante clara y básica: tal conducta calla las bocas de los críticos del evangelio. Es **la voluntad de Dios** que los cristianos estén **haciendo bien** por medio del respeto a la autoridad, para así hacer **callar la ignorancia de los hombres insensatos**.

La palabra traducida **callar** (*phimoun*) significa “refrenar, amordazar o dejar sin palabras” (cp. Mt. 22:12, 34; Mr. 1:25; 4:39; Lc. 4:35). Denota silenciar o acallar a alguien a fin de hacer que esa persona sea incapaz de responder.

La palabra que Pedro usó para **ignorancia** (*agnōsian*) significa más que solo falta de conocimiento. Si ese significado fuera lo único que él hubiera querido transmitir, habría usado una forma del término *agnoia*. Pero *agnōsian* indica rechazo intencional y hostil a la verdad (cp. 1 Co. 15:34). El apóstol se refirió a una falta de percepción espiritual que más adelante caracterizó como **insensatos** (*aphronōn*). Ese término significa “carente de sentido, sin razón”, y puede expresar falta de sanidad mental.

Integridad, fibra moral impecable, y pureza de vida son herramientas de carácter eficaces para acallar a los enemigos del cristianismo. Pablo mandó a Tito que les dijera a los nuevos convertidos en Creta:

Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra. Que a nadie difamen, que no sean pendencieros, sino amables, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres. Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros (Tit. 3:1-3).

Esa conducta virtuosa de buenos ciudadanos es especialmente necesaria para los líderes de la iglesia. Una de las calificaciones para ser un anciano es que el hombre “tenga buen testimonio de los de afuera, para que no caiga en -descrédito y en lazo del diablo” (1 Ti. 3:7; cp. Tit. 1:6). Esa clase de testimonio impecable, aun delante de quienes rechazan el evangelio, acalla al enemigo y permite que el poder salvador de Cristo se manifieste.

LA ACTITUD DE SUMISIÓN

como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. (2:16)

La actitud correcta es necesaria para que los cristianos sumisos mantengan su credibilidad entre los no creyentes. Muestran la actitud correcta cuando actúan **como libres**. Ellos deben comprender que, como consecuencia de la obra redentora de Cristo (cp. 1:18-19), están libres de la condenación del pecado (Ro. 6:7, 18; 8:1-2), de la maldición de la ley (Gá 3:13), de la esclavitud a Satanás (cp. Ro. 16:20; Col. 1:13; He. 2:14; 1 Jn. 2:13; 4:4), del control del mundo (cp. 1 Co. 9:19; Gá 4:3-5; 5:1; Col. 2:20), y del poder de la muerte (Ro. 8:38-39; 1 Co. 15:54-56).

Sin embargo, Pedro advierte que quienes son libres en Cristo no **tienen** esa **libertad** espiritual **como pretexto para hacer lo malo** de no someterse a las autoridades (cp. 1 Co. 8:9; 10:32; Gá 5:13). **Pretexto** indica poner una máscara o velo sobre algo, **malo** (*kakias*) es un término que significa “bajeza” y resulta de la venganza, la amargura, la hostilidad y la desobediencia (Gn. 6:5; 8:21; Pr. 6:14; Is. 13:11; Mt. 12:35; 15:19; Jn. 3:19-20; 7:7; Ro. 1:29-30; Gá 1:4).

Una verdadera actitud justa hará que los cristianos usen su libertad **como siervos de Dios**. Pablo exhortó a los corintios: “Porque el que en el Señor fue llamado siendo esclavo, liberto es del Señor;

asimismo el que fue llamado siendo libre, esclavo es de Cristo” (1 Co. 7:22). Esa libertad los ha llevado de la esclavitud de servir al pecado al privilegio de ser esclavos de la justicia.

¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia. Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna (Ro. 6:16-22).

Siervos (de la misma palabra para esclavos) definía al nivel más bajo de servidumbre en el mundo greco romano, pero para los creyentes describió la gozosa libertad de ser siervos de Cristo y de hacer lo recto en vez de lo malo (cp. Jn. 15:15; Gá 5:13; Ef. 6:6; Tit. 2:14). La libertad en Cristo y la ciudadanía en el reino de Dios de ninguna manera permiten a los creyentes abusar o ignorar las normas de conducta que Dios ha establecido para ellos en la tierra.

LA APLICACIÓN DE LA SUMISIÓN

Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey. (2:17)

Pedro resumió su mandato de sumisión a toda autoridad — su teología de ciudadanía — en cuatro dimensiones prácticas y aplicables de vida. Primera, los creyentes deben honrar a **todos**. Toda persona fue creada a imagen de Dios (Gn. 1:26; 9:6b; Stg. 3:9b; cp. Sal. 100:3a) y, por tanto, se le debe algún grado de respeto. En el siglo I la mayoría de la gente creía que los esclavos no eran personas y que no tenían derechos. Pero Pedro dijo a sus lectores que ya no debían tratarlos de esa manera (cp. Col. 4:1). Los cristianos no deben discriminar a ninguna clase de individuo a causa de raza, nacionalidad o posición económica (cp. Ro. 2:11; Ef. 6:8-9; Stg. 2:1-9). Eso no significa que ignoren los diferentes niveles de autoridad y estructura social, o que participen en una tolerancia sin sentido por la conducta de cualquiera, sino quiere decir que deben mostrar respeto por todos como individuos creados a imagen de Dios.

La segunda aplicación es que los creyentes amen **a los hermanos**. Deben mostrar al mundo que aman a sus compañeros cristianos. El apóstol Juan también escribió en varias ocasiones acerca de este principio:

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros (Jn. 13:34-35; cp. 15:12).

Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado (1 Jn. 3:23; cp. 4:7, 21).

Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él (1 Jn. 5:1).

Tercera, los creyentes deben temer **a Dios** (Dt. 13:4; Sal. 111:10; Pr. 9:10; Ec. 12:13; He. 12:9, 28; Ap. 15:4), lo cual incluye confiar en Él en toda circunstancia (Sal. 36:7; Pr. 3:5; 14:26; 16:20; Is. 26:4), por difícil que sea (cp. 5:7; Sal. 34:22; Pr. 29:25; Nah. 1:7; 2 Co. 1:10; 2 Ti. 1:12). Los cristianos deben adorarlo como Único soberano (Mt. 6:33-34; Ro. 8:28; 11:33) y como quien organiza todo según su perfecta voluntad (1 S. 2:7-8; Sal. 145:9; Pr. 19:21). Tal temor también anima a los creyentes a someterse a toda autoridad terrenal, porque tienen el mayor respeto por Aquel que les ha mandado hacerlo.

Por último, los creyentes deben honrar **al rey**, lo que lleva el tema al punto de partida, de nuevo al mandato básico del versículo 13. Esta aplicación vuelve a repetir la enseñanza de Pablo en Romanos 13, en particular el versículo 7: “Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra”. Como agente de Dios para llevar a cabo los propósitos del gobierno, el monarca, presidente o primer ministro es digno del respeto que ordena Dios.

Cuando los creyentes obedecen los principios de este pasaje, esto da verdadera credibilidad a su fe. La sumisión a la autoridad civil es la realización de lo que se podría llamar “ciudadanía evangélica”, a lo largo de las líneas de la declaración de Jesús en el Sermón del Monte:

Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt. 5:14-16).

14. Sometimiento en el lugar de trabajo

Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar. Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; (2:18-21a)

Hoy día la cultura posmoderna parece aferrarse a una sola obligación moral básica: el sagrado deber de garantizar la igualdad de derechos para todo el mundo. Ya nadie habla de sacrificio o privilegio, sino solo de derechos, tales como derechos étnicos, derechos reproductivos, derechos de inmigrantes, derechos de homosexuales, y derechos en el lugar de trabajo.

Si las personas no reciben la libertad personal que creen que se les debería dar, expresan sus quejas en forma de paros, huelgas, boicoteo y rebeliones políticas. A tales manifestantes por lo general los motiva la creencia de que todos son iguales en toda forma y con derecho exactamente a las mismas cosas que todos los demás.

En el lugar de trabajo, los empleados expresan sus quejas por una falta de “derechos” a través de bajo rendimiento, “enfermedades”, protestas o huelgas generales que impiden a la administración realizar la tarea de la empresa. En ocasiones la administración responde con cierres patronales o incluso con el despido de los empleados en huelga. A veces las acciones laborales resultan en aumentos de salarios y en mejoras de beneficios para los empleados, o quizás en un acuerdo de compromiso que a la larga beneficia a ambas partes.

Sin embargo, el enfoque en los “derechos” en el lugar de trabajo, cualesquiera que sean los resultados, es incongruente con la vida cristiana. En vez de eso, los creyentes deben preocuparse de la obediencia y la sumisión a la voluntad de Dios. Cuando obedecen y se someten a sus superiores, como Él manda, demuestran que su verdadera esperanza está en el mundo venidero. David -provee una excelente ilustración de la actitud sumisa que Dios busca en el contexto de servir bajo la autoridad de alguien. Una vez que Dios lo eligió para reemplazar a Saúl como rey, Saúl intentó matar a David. Primera de Samuel describe la razón fundamental del odio de Saúl:

Aconteció que cuando volvían ellos, cuando David volvió de matar al filisteo, salieron las mujeres de todas las ciudades de Israel cantando y danzando, para recibir al rey Saúl, con panderos, con cánticos de alegría y con instrumentos de música. Y cantaban las mujeres que danzaban, y decían: Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles. Y se enojó Saúl en gran manera, y le desagradó este dicho, y dijo: A David dieron diez miles, y a mí miles; no le falta más que el reino. Y desde aquel día Saúl no miró con buenos ojos a David. Aconteció al otro día, que un espíritu malo de parte de Dios tomó a Saúl, y él desvariaba en medio de la casa. David tocaba con su mano como los otros días; y tenía Saúl la lanza en la mano. Y arrojó Saúl la lanza, diciendo: Enclavaré a David a la pared. Pero David lo evadió dos veces (1 S. 18:6-11; cp. 19:9-10).

Frente a tal hostilidad, David descansó en la promesa divina de que sería rey. Por tanto, no necesitó exigir su derecho a gobernar; tampoco insistió en vengarse del rey Saúl. Sin embargo, el monarca siguió tratando de quitarle la vida a David.

Y tomando Saúl tres mil hombres escogidos de todo Israel, fue en busca de David y de sus hombres, por las cumbres de los peñascos de las cabras monteses. Y cuando llegó a un redil de ovejas en el camino, donde había una cueva, entró Saúl en ella para cubrir sus pies; y David y sus hombres estaban sentados en los rincones de la cueva. Entonces los hombres de David le dijeron: He aquí el día de que te dijo Jehová: He aquí que entrego a tu enemigo en tu mano, y harás con él como te pareciere. Y se levantó David, y calladamente cortó la orilla del manto de Saúl. Después de esto se turbó el corazón de David, porque había cortado la orilla del manto de Saúl. Y dijo a sus hombres: Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque es el ungido de Jehová. Así reprimió David a sus hombres con palabras, y no les permitió que se levantasen contra Saúl. Y Saúl, saliendo de la cueva, siguió su camino. También David se levantó después, y saliendo de la cueva dio voces detrás de Saúl, diciendo: ¡Mi señor el rey! Y cuando Saúl miró hacia atrás, David inclinó su rostro a tierra, e hizo reverencia. Y dijo David a Saúl: ¿Por qué oyes las palabras de los que dicen: Mira que David procura tu mal? He aquí han visto hoy tus ojos cómo Jehová te ha puesto hoy en mis manos en la cueva; y me dijeron que te matase, pero te perdoné, porque dije: No extenderé mi mano contra mi señor, porque es el ungido de Jehová. Y mira, padre mío, mira la orilla de tu manto en mi mano; porque yo corté la orilla de tu manto, y no te maté. Conoce, pues,

y ve que no hay mal ni traición en mi mano, ni he pecado contra ti; sin embargo, tú andas a caza de mi vida para quitármela. Juzgue Jehová entre tú y yo, y vénguese de ti Jehová; pero mi mano no será contra ti (1 S. 24:2-12).

Increíblemente, desde un punto de vista humano, otra vez David no quiso hacer daño a Saúl, aunque tuvo otra oportunidad de contraatacar al rey. Primera de Samuel 26:6-12 narra lo que aconteció:

Entonces David dijo a Ahimelec heteo y a Abisai hijo de Sarvia, hermano de Joab: ¿Quién descenderá conmigo a Saúl en el campamento? Y dijo Abisai: Yo descenderé contigo. David, pues, y Abisai fueron de noche al ejército; y he aquí que Saúl estaba tendido durmiendo en el campamento, y su lanza clavada en tierra a su cabecera; y Abner y el ejército estaban tendidos alrededor de él. Entonces dijo Abisai a David: Hoy ha entregado Dios a tu enemigo en tu mano; ahora, pues, déjame que le hiera con la lanza, y lo enclavaré en la tierra de un golpe, y no le daré segundo golpe. Y David respondió a Abisai: No le mates; porque ¿quién extenderá su mano contra el ungido de Jehová, y será inocente? Dijo además David: Vive Jehová, que si Jehová no lo hiriere, o su día llegue para que muera, o descendiendo en batalla perezca, guárdeme Jehová de extender mi mano contra el ungido de Jehová. Pero toma ahora la lanza que está a su cabecera, y la vasija de agua, y vámonos. Se llevó, pues, David la lanza y la vasija de agua de la cabecera de Saúl, y se fueron; y no hubo nadie que viese, ni entendiese, ni velase, pues todos dormían; porque un profundo sueño enviado de Jehová había caído sobre ellos.

El apóstol Pablo expresó más específicamente el principio divino de conceder respeto y no buscar retaliación: “No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Ro. 12:17-19; cp. Lc. 6:32-35; 1 Co. 7:20-21, 24). Como estudiamos en el capítulo anterior de esta obra, ni Pedro, ni Pablo, ni ninguno de los demás escritores del Nuevo Testamento defendió alguna vez que los subordinados se levantaran contra sus superiores.

En esta sección Pedro pasa de la política al trabajo, y manda a los creyentes que son siervos o esclavos que se sometan a sus amos. En términos más amplios, eso significa que los empleados cristianos deben respetar y obedecer a sus empleadores. El apóstol emitió su orden no solo como un mandato sino también como un motivo de sumisión.

EL MANDATO PARA LA SUMISIÓN

Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar. (2:18)

La fuerza laboral en el mundo romano consistía de esclavos, y la manera en que se les trataba era amplia. Algunos amos apreciaban a sus esclavos como miembros confiables de la casa y los trataban como parte de la familia. Pero muchos no lo hacían, porque había escasas protecciones (y prácticamente ningún derecho) para los esclavos, quienes eran considerados propiedad y no como personas. Los esclavos poseían poco o nada, y no tenían ningún recurso legal al que pudieran apelar cuando los maltrataban. Por ejemplo, el influyente filósofo griego Aristóteles escribió: “Un esclavo es una herramienta viva, y una herramienta es un esclavo inanimado” (*Ethics*, 1161b). Al escribir acerca de la agricultura, el noble romano Varro aseguró que lo único que distinguía a un esclavo de una bestia o de una carreta era que el esclavo podía hablar.

Se puede decir que mientras el evangelio se extendía por todo el mundo grecorromano, la mayoría de convertidos eran esclavos. Pablo dijo a los corintios:

Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios. (1 Co. 1:26-28)

Esa realidad es la razón de que el Nuevo Testamento dirigiera mucha enseñanza a esclavos (1 Co. 7:20-24; Ef. 6:5-6; Col. 3:22; 1 Ti. 6:1-2; Tit. 2:9-10; Flm. 12-16). Estos conformaban gran parte de la iglesia gentil, y su lugar en la sociedad hizo que surgieran algunos problemas importantes. Primero, a menudo los creyentes esclavos suponían que al haberse vuelto libres en Cristo (Ro. 6:17-18; 7:6; 1 Co. 7:22; 12:13; Gá 3:28; Ef. 6:8; Col. 3:11, 24) también tenían el derecho a ser libres de sus amos. Segundo, a veces los esclavos convertidos suponían que les correspondía cierto ascenso social debido a sus dones espirituales y a su liderazgo en la iglesia. Cuando un esclavo se convertía en anciano de la iglesia, y por tanto en supervisor espiritual de su amo creyente, era necesario abordar el tema de su subordinación a su amo en el lugar de trabajo. Bajo enseñanza apostólica, los primeros cristianos desarrollaron fuertes y correctas convicciones sobre cuestiones relacionadas con la esclavitud. No trataron de incitar una rebelión de esclavos, sino que se enfocaron en asegurarse que las actitudes cristianas de los esclavos fueran correctas. La carta de Pablo a Filemón es un testimonio inspirado de la voluntad divina para un esclavo, quien era hermano en Cristo, a fin de cumplir su deber con su amo.

Criados (*oiketai*) viene de la raíz que significa “casa”, y por tanto es el término básico para sirvientes de la casa (cp. Hch. 10:7). La mayor parte de esos criados servían en un hogar o bajo el propietario de una hacienda con los deberes de ser campesinos que araban el campo del propietario, a fin de pagar a los galenos que atendían las necesidades médicas de su familia. El mandato básico de Pedro para ellos es: **estad sujetos** (*hupotassomenoi*, un participio pasivo presente con el sentido de un imperativo presente, que significa “alinearse debajo de”). Los esclavos debían estar continuamente sujetos a sus **amos**, los *despotai* (de donde se deriva la palabra castellana *déspotas*), que tenían absoluta propiedad y total control sobre los esclavos (cp. 1 Ti. 6:1-2; Tit. 2:9).

La sumisión de los criados se debía rendir **con todo respeto**, es decir, sin amargura o negatividad, sino más bien con una actitud de gentil honra. Esa era una manera de mostrar respeto a Dios mismo y de cumplir las enseñanzas de Pedro acerca del temor de Dios, expresado en otra parte de su carta (1:17 [véase el estudio de este versículo en el capítulo 5 de esta obra]; 2:17; 3:2; 3:15). Dios diseñó la relación criado-amo a fin de asegurar seguridad, cuidado, apoyo, productividad y la conducta de la actividad humana. La tierra cede sus productos y su riqueza material para apoyar y enriquecer a la humanidad a través de la providencia de las relaciones laborales. Esta es una institución de Dios desde la caída hacia adelante (Gn. 3:17-19). Dios ha diseñado un complejo de habilidades y oportunidades, relaciones y experiencias, para permitir a los seres humanos obtener los ricos recursos de este planeta.

Tal actitud temerosa hacia Dios debe extenderse más allá de los amos **buenos y afables**, incluso **también a los difíciles de soportar**. **Buenos** (*agathois*) significa “alguien que es recto, favorable y razonable por las necesidades de otro”. **Afables** (*epieikesin*) se refiere a “alguien que es considerado, sensato y justo”. Por tanto, la expresión **buenos y afables** describe a una persona magnánima, amable y compasiva, la clase de amo a quien es fácil someterse. El tipo de amos a los que no es fácil someterse Pedro los llama **difíciles de soportar** (*skoliois*), un término que literalmente significa

“curvado” o “torcido”, y que metafóricamente significa “perverso” o “deshonesto”. (La palabra se transcribe en terminología médica para describir una condición torcida de la columna vertebral [escoliosis]).

En su carta a los efesios, el apóstol Pablo explicó más la voluntad de Dios sobre este asunto:

Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo; no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios; sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre. Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas (Ef. 6:5-9).

En el lugar de trabajo los empleados deben someterse a los empleadores como si estuvieran sirviendo a Cristo mismo. Tal sumisión imposibilita toda rebelión, protesta, motín, huelga o desobediencia de cualquier tipo, aunque el empleador sea difícil de soportar.

EL MOTIVO PARA LA SUMISIÓN

Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; (2:19-21a)

Debería tener poca importancia para los creyentes cuáles son sus circunstancias en el lugar de trabajo, ya sean ellos directores generales o custodios, o que reciban un considerable aumento salarial o que se conformen con un recorte de salario a fin de que la compañía pueda mantener su solvencia. El factor de importancia primordial es que mantengan su testimonio ante el mundo de pecadores que observan (cp. Mt. 5:15-16; Mr. 4:21; Fil. 2:14-16), y eso ocurre en el lugar de trabajo cuando los creyentes trabajan con conciencia de la gloria de Dios. Tal conciencia es la motivación no solo para el comportamiento ejemplar y la sumisión en el trabajo, sino también para confiar en la soberanía de Dios en toda situación. El teólogo A. W. Pink escribió:

Cuando vemos la aparente derrota de lo justo, y el triunfo del poder y de la maldad... parecería como si Satanás estuviera sacando lo mejor del conflicto. Pero cuando miramos por *encima*, y no alrededor, se hace explícitamente evidente un trono para el ojo de la fe... Esta es entonces nuestra confianza: *Dios está en el trono (The Sovereignty of God*, ed. rev., [Edinburgh: Banner of Truth, 1961], pp. 149-50; cursivas en el original).

La motivación para el sometimiento de los creyentes en el lugar de trabajo reside en la corta frase **porque esto merece aprobación**, que literalmente significa “esta es una gracia”. Dios se complace cuando los creyentes hacen su trabajo en una manera humilde y sumisa para sus superiores (cp. 1 S. 15:22; Sal. 26:3; 36:10; Stg. 1:25). Es especialmente propicio para Dios **si alguno** [un -creyente] **a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente**. Trátese de un esclavo en la época de Pedro que soportaba con paciencia un trato cruel, o de un empleado en la época actual que no toma represalias contra un supervisor cruel e injusto, Dios se agrada. Esto es a lo que Santiago se refirió como una experiencia de “sumo gozo” por la cual los creyentes son perfeccionados (Stg. 1:2-4). La mayor bendición es realmente para quien sufre.

Conciencia delante de Dios se refiere a la conciencia general ya mencionada de su presencia, que a su vez es la principal motivación de los creyentes para someterse en el sitio de trabajo. La palabra traducida **sufre** significa “soportar”, y el término **molestias** sugiere dolor, sea físico o mental. Es el deseo del Señor que cuando los creyentes están **padeciendo injustamente** en el lugar de trabajo, no vacilen en su testimonio sino que con humildad y paciencia acepten el trato injusto, sabiendo que Dios tiene control soberano de toda circunstancia (Sal. 33:11; 103:19; Pr. 16:1, 9; 19:21; Is. 14:27; 46:9-10; Hch. 17:28; Ro. 8:28-30; cp. 1:6-7; 2 Co. 4:17-18) y que promete bendecir a quienes sufren.

Sin duda muchos destinatarios de esta epístola soportaban dolorosas e injustas palizas como esclavos. Sus amos quizás los privaban de comida, los obligaban a trabajar sin razón largas horas, o los castigaban con injusticia en muchas maneras. A diferencia de los empleados modernos en las naciones occidentales industrializadas, aquellos esclavos no tenían a nadie a quién acudir por indemnización de agravios, ningún representante sindical, ni juntas de gobierno o defensores del pueblo para resolver disputas, y ninguna manera de presentar demandas civiles. Simplemente debían soportar todas las circunstancias dolorosas y difíciles que sus amos les imponían... y los creyentes lo hacían para la gloria y la honra de Dios (cp. Mt. 5:10; 2 Ts. 1:4-5; Stg. 5:11), lo que evidenciaba la perspectiva celestial que tenían.

Pedro insistió en su razonamiento con una pregunta retórica negativa, seguida por una afirmación positiva. La respuesta implícita a su pregunta: **¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis?** es: “No hay gloria”. Los creyentes que pecan merecen castigo (cp. Sal. 66:18; Jer. 5:25; Dn. 9:8; He. 12:5-11), y lo deben soportar con paciencia.

Por otra parte, Pedro ofreció la aseveración positiva: **Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios.** Cuando los esclavos creyentes hacían lo que era **bueno**, aun así algunos tenían que padecer por eso, incluso hasta el punto de ser **abofeteados** como si realmente merecieran castigo. Esto indica que, entre varias formas, el duro trato venía físicamente por medio de fuertes golpes con los puños o con instrumentos (cp. Mr. 14:65). Quizás algunos eran castigados debido a sus convicciones cristianas. Repito, quienes soportaban tal sufrimiento **ciertamente** eran aprobados **delante de Dios**. A Él siempre le complace ver creyentes que aceptan fielmente cualquier adversidad y que tratan con ella (cp. 3:14; 4:14, 16; Mt. 5:11-12; 1 Co. 4:11-13; 2 Co. 12:9-10; Stg. 1:12).

Pedro concluyó esta sección con la asombrosa declaración del inicio del versículo 21: **Pues para esto fuisteis llamados.** Haber sido **llamados** se refiere al eficaz llamado de la salvación (1:15; 5:10; cp. Ro. 8:28, 30; 9:24; 1 Co. 1:9; Gá 1:6, 15; Ef. 4:1, 4; Col. 3:15; 2 Ts. 2:14; 2 Ti. 1:9; He. 9:15; 2 P. 1:3). Tan pronto como el Espíritu Santo llama a las personas de la oscuridad a la luz, estas se convierten en enemigas del mundo (Jn. 15:18-19; 1 Jn. 3:13) y en blanco de ataques injustos y desleales cuando tratan de obedecer a Cristo. Pablo le dijo a Timoteo: “Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Ti. 3:12; cp. Mr. 10:30; Jn. 15:20; 16:33).

Para Dios es más importante que quienes son ciudadanos del cielo muestren un testimonio fiel, marcado por integridad espiritual, a que luchen por conseguir sus derechos percibidos en este mundo. Para Él es más importante que los cristianos defiendan la credibilidad del poder del evangelio, a que obtengan un aumento o un ascenso en su profesión. Definitivamente es mucho más importante para Dios que los creyentes demuestren sumisión a la soberanía divina en todo aspecto, a que protesten contra problemas en su lugar de trabajo. Martyn Lloyd-Jones ilustra así el valor de la sumisión de los cristianos a aquello a lo que fueron **llamados**, al rigor de la disciplina y las tribulaciones en el día a día:

Somos como el muchacho escolar que le gusta evadir ciertas cosas, y que huye de los problemas y las pruebas. Pero damos gracias a Dios de que debido a que Él tiene mayor interés en nosotros y sabe lo que resulta para nuestro bien, nos hace pasar a través de las disciplinas de la vida; Dios hace que aprendamos las tablas de multiplicar; fuimos creados para luchar con los elementos de la gramática. Muchas cosas que constituyen sufrimientos para nosotros son esenciales para que un día podamos ser hallados sin mancha ni arruga (*The Miracle of Grace* [reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1986], p. 39).

Siempre que los creyentes enfrentan pruebas en el trabajo deben verlas como oportunidades para su crecimiento espiritual y para evangelizar. La razón principal de que Dios permita a los creyentes permanecer en este mundo es porque podría usarlos para ganar a los perdidos y así llevar gloria a su nombre. Aquellos que sufren teniendo la actitud adecuada serán bendecidos en esta vida y honrados más adelante en la presencia del Señor.

15. El Jesús sufriente

porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas. (2:21b-25)

Si fuéramos a obtener una muestra representativa de cómo las personas en la sociedad occidental vislumbran quién fue Jesús, las respuestas sin duda incluirían las siguientes precisiones: Él fue el niño de Navidad en el pesebre de Belén (Lc. 2:15-16); fue el joven carpintero de Nazaret que en una ocasión confundió a los maestros religiosos en Jerusalén (Lc. 2:45-47); fue un maestro humilde y amoroso (Mt. 5:1-12); Jesús fue un sanador compasivo y poderoso que curó enfermedades (Mt. 8:14-17) y resucitó muertos (Jn. 11:1-44); fue un predicador valiente y perspicaz que entusiasmó a las multitudes mientras explicaba la voluntad de Dios (Mt. 7:28-29); y fue el ejemplo perfecto y el modelo ideal de masculinidad (Lc. 2:52; cp. Mt. 4:1-11; Fil. 2:7; He. 4:15).

Cada una de las anteriores imágenes de Cristo es verdadera e instructiva hasta cierto punto. Pero podemos afirmar que todas ellas no captan por completo su vida y ministerio. Una imagen del Hijo de Dios reemplaza a todas las demás en importancia, y es crucial para el propósito de su encarnación. Se trata de la de Jesús como Siervo sufriente y Salvador crucificado. En la cruz Él mostró claramente su deidad y su humanidad juntas, y concluyó su obra redentora: la expiación por el pecado, la razón para que viniera al mundo. El apóstol Pablo resumió así la suprema importancia de la muerte y

resurrección de Cristo: “Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Co. 2:2).

Este pasaje final de 1 Pedro 2 presenta al Mesías sufriente y revela tres aspectos de su sufrimiento: Él fue para los creyentes el ejemplo perfecto para el sufrimiento, el sustituto perfecto de los creyentes en el sufrimiento, y se convirtió en el perfecto pastor de los creyentes a través del sufrimiento.

EL EJEMPLO PERFECTO DE SUFRIMIENTO PARA LOS CREYENTES

porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; (2:21b-23)

Como vimos en el capítulo anterior de esta obra, los cristianos han sido llamados a la persecución y el sufrimiento, ya sea en el lugar de trabajo o en cualquier otro ámbito de la vida (2:20-21a). En toda forma de sufrimiento deben mirar hacia Cristo como su norma y su ejemplo. Para Él, la senda hacia la gloria fue el camino del sufrimiento (Lc. 24:25-26), y el patrón es el mismo para sus seguidores.

La frase de Pedro **porque también Cristo padeció por nosotros** nos recuerda sin duda la realidad de su muerte eficaz, sustitutiva y en relación con el pecado, es decir, su sufrimiento redentor (cp. la exposición en la siguiente sección de este capítulo). El sufrimiento del Cristo redentor como el único sacrificio por el pecado no tiene parangón con los sufrimientos de sus seguidores. Sin embargo, hay características del sufrimiento de Jesús que proporcionan un ejemplo para que los cristianos sigan en sus propios padecimientos. Por ejemplo, en violación total de la justicia y la bondad, fue crucificado como un criminal (Is. 53:12; Mt. 27:38) aunque no cometió ningún delito (1:19; cp. Is. 53:9; Jn. 8:46; 2 Co. 5:21; He. 7:26). Él fue perfectamente sin pecado. Por otro lado, la vida en este mundo siempre ha estado llena de un trato injusto hacia los fieles de Dios (cp. 2 Ti. 3:12). No obstante, la ejecución de Cristo demuestra que se puede ser absolutamente fiel a la voluntad de Dios y aun así experimentar sufrimiento injusto. Por eso la actitud de Cristo en su muerte en la cruz provee a los creyentes el ejemplo definitivo de cómo reaccionar ante la persecución y castigos inmerecidos (cp. He. 12:3-4).

Eso es sin duda a lo que se refiere Pedro, porque añade las palabras **dejándonos ejemplo**. Los creyentes nunca sufrirán por la salvación de otros, ni por la de ellos mismos. Pero sufrirán por causa de Cristo, y el ejemplo de Él es su ejemplo para una respuesta que honre a Dios. La palabra traducida **ejemplo** es *hupogrammon*, que literalmente significa “por escrito”, y se refiere a un modelo puesto bajo una hoja de papel de calcar para que las imágenes originales se puedan duplicar. En tiempos antiguos los niños aprendían a escribir haciendo trazos sobre las letras del alfabeto para facilitarles el aprendizaje de escribirlas. Cristo es el **ejemplo** o modelo sobre el cual los creyentes trazan sus vidas. Al hacerlo, están siguiéndole **sus pisadas**. *Ichnesin* (**pisadas**) significa “huellas” o “rastros”. Tanto para los creyentes como para Cristo, las huellas por este mundo son a menudo por senderos de padecimiento injusto.

En vista del sufrimiento que estaban soportando (1:6-7; 2:20; 3:14, 17; 4:12-19; 5:9) y que habrían de soportar, Pedro quiso que sus lectores miraran más de cerca cómo su Señor reaccionó ante el sufrimiento. Ya que Cristo soportó inigualable padecimiento cuando fue a la cruz, Pedro, a fin de exponer el ejemplo, enfocó ese acontecimiento como la máxima experiencia. El apóstol examinó la

reacción de Jesús al sufrimiento intenso a través de las palabras proféticas de Isaías 53, el capítulo más importante del Antiguo Testamento sobre el sufrimiento del Mesías.

Pedro tomó primero de Isaías 53:9 para describir la reacción de Cristo ante el trato injusto. La frase **el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca** es un paralelo cercano a las palabras del profeta en la segunda mitad de ese versículo: “aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca”. En algunas traducciones Isaías usa la palabra “violencia” (p. ej. NVI, RVC, NBLH, LBLA) en vez de maldad, no en el sentido de un simple acto de fanatismo, sino con el significado de pecado (maldad), todo lo cual es violencia contra Dios y su ley. El profeta señaló que el Siervo sufriente (el Cristo que vendría) nunca violaría la ley de Dios. Los traductores de la Septuaginta entendieron esto y usaron “sin ley” en vez de “violencia” para traducir el término. Pedro escogió la palabra **pecado** porque bajo la inspiración del Espíritu Santo supo que ese era el significado de Isaías.

Pedro tomó aún más de Isaías, afirmando la impecabilidad de Cristo al declarar que no **se halló engaño en su boca**. Con gran facilidad y frecuencia el corazón del hombre expresa el pecado a través de la boca, según el profeta dejó en claro incluso al documentar su propia experiencia: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Is. 6:5; cp. Mt. 15:18-19; Lc. 6:45; Stg. 1:26; 3:2-12). La boca de Jesús nunca pudo haber pronunciado algo pecaminoso, puesto que no hubo pecado en Él (Lc. 23:41; Jn. 8:46; 2 Co. 5:21; He. 4:15; 7:26; 1 Jn. 3:5). **Engaño** viene de *dolos* (véase el estudio de esa palabra en 2:1, capítulo 8 de esta obra), que se usa aquí como un término general para corrupción pecaminosa.

Pedro describe a continuación la respuesta ejemplar de Cristo ante tan injusta tortura, diciendo: **quien cuando le maldecían, no respondía con maldición**, repitiendo de nuevo la predicción de Isaías 53:7: “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca”. Durante las crueles horas que antecedieron a la crucifixión misma, Jesús padeció bajo repetidas provocaciones de sus acusadores (Mt. 26:57-68; 27:11-14, 26-31; Jn. 18:28—19:11). Intentaron presionarlo hasta el límite con sus intensas burlas y tortura física, pero no pudieron lograrlo (Mr. 14:65; Lc. 22:63-65). Él no se enojó ni tuvo represalias contra sus acusadores (Mt. 26:64; Jn. 18:34-37).

Cuando le maldecían es un participio presente (*loidoroumenos*) que significa usar lenguaje abusivo y vil una y otra vez contra una persona, “apilar maltrato sobre alguien”. Describía un tipo sumamente duro de maltrato verbal que podía ser más molesto que el maltrato físico. Pero Jesús aceptó con paciencia y humildad todo el maltrato verbal que le lanzaron (Mt. 26:59-63; 27:12-14; Lc. 23:6-10) y no devolvió el maltrato a sus torturadores. La realidad de que Jesús **no respondía con maldición** es mucho más notable si se consideran las justas, rectas, poderosas y legítimas amenazas que Él pudo haber expresado en respuesta (cp. Mt. 26:53). Como el soberano y omnipotente Hijo de Dios y Creador y Sustentador del universo, Jesús pudo haber lanzado a sus crueles e incrédulos enemigos al infierno eterno con una palabra de su boca (cp. Lc. 12:5; He. 10:29-31). Al final, aquellos que no se arrepintieron ni creyeron en Él serían enviados al infierno; pero por esta vez Jesús soportó sin represalia, estableciendo así un ejemplo para los creyentes. **Cuando padecía, no amenazaba**; en vez de devolver amenazas ante el ultraje continuo e injusto, Él prefirió aceptar el sufrimiento e incluso pedir a su Padre que perdonara a quienes lo maltrataban (Lc. 23:34).

Para esa asombrosa respuesta, y contra quienes le rechazaron llenos de odio, Jesús sacó las fuerzas de su total confianza en el propósito final de su Padre de lograr justicia para su causa. Él **encomendaba la causa al que juzga justamente**. El verbo traducido **encomendaban** (*paredidou*) significa “comprometer”, o “entregar”, y al estar en tiempo imperfecto quiere decir acción pasada

repetida. Con cada nueva oleada de maltrato que venía una y otra vez, Jesús siempre estuvo “entregándose” a Dios para que lo guardara a buen recaudo. Lucas registra cómo hasta el mismo final, ese patrón continuó: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró” (Lc. 23:46). Subyacente a la aceptación firme y pacífica de Jesús había una inquebrantable confianza en el plan perfectamente justo de aquel **que juzga justamente** (cp. Jn. 4:34; 15:10; 17:25). Él sabía que Dios lo protegería según su justicia perfecta y santa. Alan Stibbs comenta:

En... el caso único de la pasión de nuestro Señor, cuando el inmaculado sufrió como si fuera el peor de los pecadores, y soportó el castigo extremo del pecado, hay un doble sentido en que Él pudo haber reconocido a Dios como el Juez justo. En primer lugar, debido a que voluntariamente y en cumplimiento del propósito divino, Él estaba tomando el lugar del pecador y al llevar el pecado no protestó ante lo que habría de sufrir. En vez de eso reconoció conscientemente que ese era el castigo justo por el pecado. Así que se entregó para ser castigado y reconoció que al permitir que tal vergüenza, dolor y maldición cayeran sobre Él, el Dios justo estaba juzgando con justicia. En segundo lugar, puesto que Él no tenía pecado, también creyó que a su debido tiempo Dios, como el Juez justo, lo vindicaría como justo y lo exaltaría de la tumba premiándolo porque había soportado de manera voluntaria por el bien de los demás al darle al Padre el derecho de salvarlos por completo del castigo y el poder de las propias maldades de los seres humanos (*The Tyndale New Testament Commentaries, The First Epistle of Peter* [Grand Rapids: Eerdmans, 1971], p. 119).

Jesús es el ejemplo perfecto de los creyentes en padecer por causa de la justicia, y establece la norma para que ellos confíen en Dios como su Juez justo (cp. Job 36:3; Sal. 11:7; 31:1; 98:9; 119:172; Jer. 9:24). Aunque los santos no son sin pecado, son justos en Cristo y tienen la promesa de la vindicación de Dios para ellos. Tal esperanza sin duda motivó a Esteban a fijar la mirada en el Cristo exaltado y a pedir a Dios perdón para sus asesinos (Hch. 7:54-60). Pablo escribió:

Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas (2 Co. 4:17-18; cp. Ro. 8:18; 2 Ti. 2:12; He. 2:10; Stg. 1:2-4; 1 P. 1:6-7).

El apóstol sugiere que la intensa pero comparativamente insignificante cantidad de sufrimiento que los creyentes experimentan en esta vida dará como resultado un peso infinitamente más grande (lit., “masa pesada”) de gloria en la vida venidera.

EL PERFECTO SUSTITUTO DE LOS CREYENTES EN EL SUFRIMIENTO

quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. (2:24)

Pedro pasa entonces a la realidad esencial del sufrimiento del Señor: su muerte sustitutoria (Mr. 10:45; Ro. 5:8; Ef. 5:2; cp. He. 2:17). Leon Morris comenta:

La redención es sustitutiva, porque significa que Cristo pagó el precio que nosotros no podíamos pagar, lo pagó en nuestro lugar, y quedamos libres. La justificación interpreta nuestra salvación de manera judicial, y como lo ve el Nuevo Testamento, Cristo asumió nuestra responsabilidad legal, la tomó en nuestro lugar. Reconciliación significa hacer que las personas se integren al quitar la

causa de la hostilidad. En este caso la causa es el pecado, y Cristo quitó esa causa por nosotros. No podíamos tratar con el pecado. Él pudo y lo hizo, y lo hizo en tal manera que nos es contado. La propiciación nos señala hacia la eliminación de la ira divina, y Cristo logró esto al soportar la ira por nosotros. Fue nuestro pecado lo que atrajo esa ira; fue Él quien la llevó... ¿Había que pagar un precio? Él lo pagó. ¿Había una victoria que debía ganarse? Él la ganó. ¿Había un castigo que debía soportarse? Él lo soportó. ¿Había un juicio que debía enfrentarse? Él lo enfrentó (*The Cross in the New Testament* [Grand Rapids: Eerdmans, 1965], p. 405).

Pablo, igual que Pedro, dio suma importancia a la expiación sustitutiva de Cristo. A los gálatas les escribió: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)” (Gá 3:13; cp. 2 Co. 5:21; 1 P. 3:18). La importancia de la sustitución de Cristo no se puede exagerar:

Dicho sin rodeos y con claridad, si Cristo no es mi sustituto, aún ocupo el lugar de un pecador condenado. Si mis pecados y mi culpa no son transferidos a Él, si Él no los lleva sobre sí, entonces con toda seguridad permanecen conmigo. Si Él no lidió con mis pecados, yo debo enfrentar las consecuencias. Si Él no llevó mi castigo, aún se cierne sobre mí (Morris, p. 410).

Pedro explicó el sacrificio de Cristo a favor de los creyentes con alusiones adicionales a la conocida descripción de Isaías acerca de la muerte del Mesías (Is. 53:4-5, 11). **Él mismo** (*hos... autos*) es una personalización enérgica y resalta que el Hijo de Dios, de manera voluntaria y sin coerción (Jn. 10:15, 17-18), murió como el único sacrificio suficiente por los pecados de todos los que creerían (cp. Jn. 1:29; 3:16; 1 Ti. 2:5-6; 4:10; He. 2:9, 17). El mismo nombre *Jesús* indica que “él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21). **Llevó** viene de *anapherō* y aquí significa acarrear el peso enorme e intenso del pecado. Ese peso del pecado es tan fuerte que Romanos 8:22 afirma “que toda la creación gime a una” debajo de él. Solo Jesús podía quitar de los elegidos tan enorme peso (cp. He. 9:28).

Cualquiera que entendiera las Escrituras hebreas como lo hizo Pedro, y que experimentara los sacrificios en el templo, habría estado familiarizado con la verdad de la muerte sustitutiva y por ende captaría el significado de Cristo como la ofrenda total y definitiva por el pecado.

Que Jesús **llevó él mismo** los **pecados** de los creyentes significa que sufrió el castigo por todos los pecados de quienes alguna vez serían perdonados. Al recibir la ira de Dios contra el pecado, Cristo soportó en la cruz no solamente la muerte en su cuerpo (Jn. 19:30-37), sino que resistió por un tiempo la más horrible separación del Padre (Mt. 27:46). Cristo cargó todo el castigo por los pecados de los santos, satisfaciendo así la justicia divina y liberando a Dios para perdonar a quienes se arrepienten y creen (Ro. 3:24-26; 4:3-8; 5:9; 1 Ts. 1:10). Explícito en el pronombre **nuestros** está la provisión específica, la real expiación a favor de todos los que alguna vez creerían. La muerte de Cristo es eficaz únicamente por los pecados de aquellos que creen, quienes son los elegidos de Dios (cp. Mt. 1:21; 20:28; 26:28; Jn. 10:11, 14-18, 24-29; Ap. 5:9; véase también el estudio de la elección en el capítulo 1 de esta obra).

Cuando Cristo murió, lo hizo **para que** los creyentes, **estando muertos a los pecados**, pudieran vivir **a la justicia**. Esta es la manera de Pedro de decir lo que el apóstol Pablo declara en Romanos 6:3-11:

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en

vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.

La unión con Cristo en su muerte y resurrección no cambia únicamente la posición de los creyentes delante de Dios (quien los declara justos, puesto que sus pecados han sido pagados y quitados de ellos), sino que también les cambia la naturaleza: no solo son justificados y santificados, sino transformados de pecadores en santos (2 Co. 5:17; Tit. 3:5; Stg. 1:18).

Apogomenoi (**estando muertos**) no es la palabra normal para “fallecer” y se usa solo aquí en el Nuevo Testamento. Significa “estar lejos de, partir, estar perdido, o dejar de existir”. Cristo murió por los creyentes para separarlos del castigo por el pecado, de modo que este no puede condenarlos. El registro de los pecados de ellos, la acusación de culpabilidad que los habría dirigido al infierno fue clavada “en la cruz” (Col. 2:12-14). Jesucristo pagó por completo a Dios la deuda que ellos tenían. En ese sentido, todos los cristianos son liberados del castigo por el pecado. También son liberados de su poder dominante, de modo que puedan vivir para **la justicia** (cp. Ro. 6:16-22).

Pedro describe esta muerte al pecado, y el hecho de llegar a estar vivos para la justicia, como una sanidad: **por cuya herida fuisteis sanados**. Esto también lo tomó del profeta del Antiguo Testamento cuando escribió: “Por su llaga fuimos nosotros curados” (Is. 53:5). **Herida** es un uso mejor que “flagelación” puesto que la última podría dar la impresión de que la paliza dada a Jesús produjo salvación. Tanto Isaías como Pedro quisieron decir que la **herida** de Jesús fue parte del proceso de ejecución. **Herida** es una referencia general, un sinónimo para todo el sufrimiento que llevó a Cristo a la muerte. Y la sanidad aquí es espiritual, no física. En estas referencias a los padecimientos de Cristo, ni Isaías ni Pedro pensaron en sanidad física como consecuencia. La sanidad física para todos los que creen resulta de la obra expiatoria de Cristo, pero tal sanidad espera un futuro cumplimiento en las perfecciones del cielo. En la gloria de la resurrección, los creyentes no experimentarán enfermedad, dolor, sufrimiento o muerte (Ap. 21:1-4; 22:1-3).

En consideración justa de esta explicación, se debe admitir que el apóstol Mateo parece relacionar el ministerio de sanidad física de Jesús con la profecía de Isaías:

Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias. (Mt. 8:16-17)

Algunos afirman que lo anterior demuestra que los cristianos pueden reclamar ahora sanidad física en la expiación. Sin embargo, una comprensión más exacta de la narración de Mateo (8:16-17) revela que Jesús sanó a las personas para ilustrar la sanidad física que todos los creyentes experimentarán en la gloria que ha de venir.

La enfermedad y la muerte no se pueden quitar de manera permanente hasta que el pecado sea permanentemente quitado, y por eso la suprema obra de Jesús fue conquistar el pecado. En la expiación Él trató con el pecado, la muerte y la enfermedad; pero estos tres aún están con nosotros. Cuando murió en la cruz, Jesús magulló la cabeza de Satanás y quebrantó el poder del

pecado, y la persona que confía en la obra expiatoria de Cristo es inmediatamente liberada del castigo por el pecado y un día será liberada de la misma presencia del pecado y sus consecuencias. El cumplimiento final de la obra redentora de Cristo está aún en el futuro para los creyentes (cp. Ro. 8:22-25; 13:11). Cristo murió por los pecados de la humanidad, pero los cristianos aún caen en pecado; Él conquistó la muerte, pero sus seguidores todavía mueren; y Él venció el dolor y la enfermedad, pero su pueblo sigue sufriendo y enfermando. Hay sanidad física en la expiación, así como hay total liberación del pecado y la muerte en la expiación; pero todavía esperamos el cumplimiento de esa liberación en el día en que el Señor ponga fin al sufrimiento, al pecado, y a la muerte.

Quienes afirman que los cristianos nunca deben enfermar porque hay sanidad en la expiación también deberían afirmar que los cristianos no deberían morir, porque Jesús también conquistó la muerte en la expiación. El mensaje central del evangelio es la liberación del pecado; es la buena nueva del perdón, no de la salud. Cristo fue hecho pecado, no enfermedad, y murió en la cruz por nuestro pecado, no por nuestra enfermedad. Como Pedro deja en claro, la herida de Cristo nos sana del pecado, no de la enfermedad. “Llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia” (1 P. 2:24) (John MacArthur, *Matthew 8-15*, MacArthur New Testament Commentary [Chicago: Moody, 1987], p. 19).

Si la sanidad física de la expiación estuviera totalmente llevada a cabo ahora, ningún creyente enfermaría ni moriría. Pero es evidente que eso no es así. El sacrificio sustitutorio del Señor a favor de los suyos sana sus almas ahora y sus cuerpos en el futuro.

EL PASTOR PERFECTO DE LOS CREYENTES A TRAVÉS DEL SUFRIMIENTO

Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas. (2:25)

Al concluir este pasaje, Pedro aludió una vez más a Isaías 53: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (v. 6). Si Dios no hubiera determinado que los pecados de todos los creyentes debían recaer en Jesús, no habría pastor para llevar el rebaño de Dios al redil.

La frase **porque vosotros erais como ovejas descarriadas** describe por analogía el deambular extraviado, sin propósito, peligroso e inútil de los pecadores perdidos, a quienes Jesús describió como “ovejas que no tienen pastor” (Mt. 9:36). El verbo traducido **habéis vuelto** (*epestraphēte*) tiene la connotación de arrepentimiento: apartarse del pecado y volverse en fe hacia Jesucristo. Pero los lectores de Pedro habían confiado en la muerte sustitutoria de Cristo y se habían vuelto a Él por salvación. Igual que el hijo pródigo en Lucas 15:11-32, ellos se habían alejado de la desdicha de su antigua vida pecaminosa (cp. Ef. 2:1-7; 4:17-24; Col. 3:1-7; 1 Ts. 1:2-10) y habían recibido nueva vida en Cristo (cp. Ef. 5:15-21; Col. 3:8-17; 1 Ts. 2:13-14). Todos aquellos que son salvos, llegan a estar bajo el perfecto cuidado, la provisión y la protección del **Pastor y Obispo de sus almas**.

La analogía de Dios como pastor es un tema conocido y profuso en las Escrituras (cp. 5:4; Sal. 23:1; Ez. 34:23-24; 37:24). Jesús se identificó como Dios cuando tomó el título divino y habló de sí mismo como “el buen pastor” (Jn. 10:11, 14). **Pastor** es un título adecuado para el Salvador ya que transmite bien su tarea de alimentar, guiar, proteger, limpiar y restaurar su rebaño. Y los creyentes como ovejas

también es una analogía adecuada porque las ovejas son torpes y fáciles de engañar (una oveja llamada “la oveja Judas” en tiempos modernos dirige a las otras ovejas al matadero), sucias, (la lanolina en la lana de las ovejas recoge toda clase de suciedad), e indefensas (no tienen capacidades naturales defensivas). (Véase el estudio del pastoreo en el capítulo 23 de esta obra).

El término **Obispo** (*episkopos*) sirve como un sinónimo, es otra forma de describir el cuidado de Cristo por su rebaño. Es la palabra generalmente traducida “supervisor”, que junto con **Pastor** también describe las responsabilidades del pastor o anciano (cp. 1 Ti. 3:1-7; Tit. 1:5-9). Más adelante en esta carta Pedro usa ambas raíces cuando exhorta a los ancianos: “Apacentad la grey de Dios... cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto” (5:2). Al morir y resucitar por su rebaño, el Señor se ha convertido en el **Pastor y Obispo** de sus almas eternas. Al sufrir, Él se convirtió en su ejemplo, su sustituto y su pastor.

16. Cómo ganar a un cónyuge no salvo

Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa. Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza. Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo. (3:1-7)

Para que los creyentes mantengan un testimonio ejemplar en este mundo incrédulo deben vivir con integridad en las cuatro áreas principales de interacción social, ordenadas por Dios, que Pedro trata: la sociedad (2:13-17), el lugar de trabajo (2:18-25), la familia (3:1-7), y la iglesia (3:8-9). Con relación a las tres dimensiones seculares de vida, el apóstol manda a los creyentes ser un testimonio del bien positivo del evangelio (2:9), y también negativamente para acallar a los críticos de la fe (2:12-15).

Esta sección de apertura del capítulo 3 trata con la tercera y la más pequeña unidad de la estructura social ordenada por Dios: la familia. En las otras dos categorías se requiere sometimiento a la autoridad civil (2:13-14) y a los empleadores (2:18). El asunto de la sumisión también es crucial en la familia, comenzando con la esposa al esposo. Pedro dirige aquí seis versículos a la sumisión de las esposas a los esposos y uno al servicio de los esposos a las necesidades de las esposas, una división que a primera vista podría parecer desequilibrada. Pero en la época de Pedro, cuando una esposa se volvía cristiana el potencial para la dificultad era mucho mayor del que resultaba si el esposo se

convertía primero en creyente. En esa sociedad, cuando las mujeres, a quienes se les veía como inferiores a los hombres, se hacían cristianas sin que sus esposos también fueran salvos, era previsible la probabilidad de ser avergonzadas por lo que se veía como un acto de desafío por parte de la esposa, como era el conflicto generado posteriormente.

LA RESPONSABILIDAD DE LA ESPOSA

Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa. Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza. (3:1-6)

En la cultura grecorromana de siglo I las mujeres recibían poco o ningún respeto. Mientras vivían en la casa de su padre estaban sujetas a la ley romana de la *patria potestas* (“el poder del padre”), que concedía a los padres autoridad final de vida y muerte sobre sus hijos. Los esposos tenían una clase parecida de autoridad legal sobre sus esposas. La sociedad relacionaba a las mujeres como simples siervas que debían quedarse en casa y obedecer a sus esposos. Si una mujer decidía obedecer el evangelio, esa decisión de cambiar de religión por su cuenta podía resultar en grave maltrato por parte de su marido no salvo. Cuando ocurría tal conversión, una esposa debía saber cómo responder a su esposo a fin de que pudiera ganarlo para el evangelio. El deber esencial de ella era ser sumisa, como en el caso de las relaciones civiles y en el lugar de trabajo.

Primero, la esposa creyente tiene la responsabilidad de permanecer con su esposo incrédulo. Si él desea mantener la unión, ella no debe divorciarse: “Si una mujer tiene marido que no sea creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone” (1 Co. 7:13; cp. v. 39; Ro. 7:2-3). Pablo continuó diciendo que los cónyuges no salvos se benefician de las bendiciones divinas que sus cónyuges salvos reciben de parte de Dios: “Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido” (1 Co. 7:14). Sin embargo, si un esposo incrédulo no quiere permanecer con su esposa creyente, ella no tiene que obligarlo a quedarse porque tal intento solo podría producir perturbación, y los creyentes están llamados a la paz: “Pero si el incrédulo se separa, sepárese; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios” (v. 15). Cuando el vínculo se rompe bajo tales condiciones, el creyente es libre para volver a casarse en el Señor, igual que en el caso de muerte (v. 39).

Que las mujeres cristianas son espiritualmente iguales a los hombres en Cristo está claro en Gálatas 3:27-28: “Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”. Sin embargo, Dios ha mandado a las mujeres tener ciertas obligaciones con sus esposos, lo que Pedro identifica como sumisión, fidelidad y modestia.

ELLA DEBE SER SUMISA Y FIEL

Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa. (3:1-2)

La expresión **asimismo** se remite a los dos ejemplos antes mencionados de sumisión: los ciudadanos a las autoridades civiles (2:13) y los siervos a sus amos (2:18). El mismo verbo (*hupotassō*), traducido **estad sujetas** y considerado en relación con esas dos referencias, aparece únicamente aquí y es una forma presente intermedia, que resalta acción reflexiva (“sométete”). El uso en el Nuevo Testamento de esta palabra, que significa “bajar la cabeza”, “estar sujeto a”, o “bajo rango”, es común (cp. 2:18; 3:5; 5:5; Lc. 2:51; 10:17, 20; Ro. 8:7; 10:3; 13:1, 5; 1 Co. 14:32, 34; 15:27; 16:16; Ef. 1:22; 5:21, 24; Fil. 3:21; Tit. 2:9; 3:1; He. 2:5, 8; 12:9; Stg. 4:7). Bajo inspiración del Espíritu, el apóstol Pablo también enseñó que las esposas deben someterse al liderazgo de sus esposos (Ef. 5:22-23; Col. 3:18; Tit. 2:4-5). Sumisión no implica inferioridad moral, intelectual o espiritual en la familia, en el lugar de trabajo o en la sociedad en general; pero es el diseño de Dios para las funciones necesarias para el bienestar de la humanidad. En la misma línea, un oficial al mando no necesariamente es superior en carácter a las tropas que dirige, pero su autoridad es vital para el apropiado funcionamiento de la unidad. Que Pedro se refiriera específicamente **a vuestros maridos** (cursivas apropiadas añadidas) indica la intimidad matrimonial y señala que el apóstol no estaba mandando a las mujeres ser serviles a todos los hombres en todo contexto. Pablo también establece el diseño de Dios para la autoridad y la sumisión en las funciones de hombres y mujeres dentro de la Iglesia (1 Co. 11:3,8-9; 1 Ti. 2:11-14; cp. 1 Co. 14:34).

La frase **los que no creen a la palabra** describe la condición del esposo incrédulo como alguien que rechaza el evangelio (cp. 2 Ts. 1:8-9; He. 4:2). Es asombroso que a pesar de la enemistad del alma de este individuo hacia el Señor, si su esposa cristiana sigue sometién dose al marido ella podría ser el instrumento que Dios use a fin de ganarlo para Cristo **sin palabra**. Esa expresión no se refiere a la Palabra de Dios sino a las palabras de la esposa. Ya antes en esta carta Pedro dejó en claro que la Biblia es esencial para la salvación de todos: “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1:23; cp. Ro. 10:17). El punto de Pedro aquí es que **la conducta** santa de la esposa es el testimonio más valioso para abrir el corazón del esposo al evangelio. Él necesitará oír las palabras de salvación, quizás de parte de su esposa; pero esto ocurrirá si él puede ver que ella es sumisa como una mujer fiel que realmente recomienda el evangelio al esposo. Cómo vive un creyente en esa relación tan íntima ayuda a que la gracia de Cristo sea algo creíble (cp. Mt. 5:16).

Una actitud encantadora, amable y sumisa es la herramienta de evangelización más eficaz que tiene la esposa creyente (cp. Pr. 31:26; Mt. 5:16; Fil. 2:15; Tit. 2:3-5). Relacionado con eso se encuentra la responsabilidad de ellas de mostrar una **conducta casta y respetuosa**, manifestando su santificación a través de Cristo por medio de una vida compuesta de comportamiento irreprochable y puro hacia Dios y hacia sus esposos. La palabra **respetuosa** viene de *phobos* (“temor”), usada en 2:17 para definir la actitud requerida de aquellos que dan honra al mismo Dios (cp. Pr. 24:21). Esto es precisamente lo que se manda a las esposas en Efesios 5:22: “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor”. Eso significa que ellas deben mostrar honra y respeto a sus esposos como al Señor. El tema se desarrollará y se ilustrará más en el estudio del versículo 6, bajo el siguiente título.

ELLA HA DE SER MODESTA

Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a

Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza. (3:3-6)

Este texto no prohíbe a las esposas peinarse el cabello ni usar joyas o ropa bonita; por eso algunas traducciones bíblicas (NTV, BLPH) añaden la palabra *tanto*. La esposa en Cantar de los cantares estaba hermosamente adornada, como por ejemplo en Cantares 1:10; 4:11; 7:1. Lo importante es que esto no debía constituir la preocupación o el interés principal en el asunto de atraer a un esposo incrédulo hacia Cristo. En la cultura grecorromana las mujeres se dedicaban a su **atavío** superficial, usando a menudo los mejores cosméticos, tinturando el cabello con colores extravagantes, usando **peinados ostentosos**, y portando (especialmente en la cabeza) costosas joyas para coronar su vestimenta elegante. Pero los **peinados ostentosos**, los **adornos de oro** o los **vestidos lujosos** no hacían ninguna contribución a la transformación espiritual. Tales preocupaciones frívolas aún consumen a las mujeres en la cultura actual dominada por los medios de comunicación. Sin embargo, las mujeres cristianas, en especial aquellas cuyos esposos no son salvos, aún están bajo este mandato. Mucho tiempo antes de la época de Pedro, Dios pronunció juicio a través del profeta Isaías con relación a las mujeres que prestan atención obsesiva y ostentosa a los adornos externos:

Asimismo dice Jehová: Por cuanto las hijas de Sion se ensoberbecen, y andan con cuello erguido y con ojos desvergonzados; cuando andan van danzando, y haciendo son con los pies; por tanto, el Señor raerá la cabeza de las hijas de Sion, y Jehová descubrirá sus vergüenzas. Aquel día quitará el Señor el atavío del calzado, las redecillas, las lunetas, los collares, los pendientes y los brazaletes, las cofias, los atavíos de las piernas, los partidores del pelo, los pomitos de olor y los zarcillos, los anillos, y los joyeles de las narices, las ropas de gala, los mantoncillos, los velos, las bolsas, los espejos, el lino fino, las gasas y los tocados. Y en lugar de los perfumes aromáticos vendrá hediondez; y cuerda en lugar de cinturón, y cabeza rapada en lugar de la compostura del cabello; en lugar de ropa de gala ceñimiento de cilicio, y quemadura en vez de hermosura. (Is. 3:16-24; cp. Jer. 2:32)

En lugar de estar consumidas por su apariencia externa, las esposas cristianas deben estar dedicadas a embellecer lo **interno**, lo **del corazón**. La Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy pone esta nota al pie de página: Lit. *la persona oculta en el corazón*. (Persona viene de *anthrōpos*, “hombre”, que demuestra el uso bíblico del género masculino para describir incluso a una mujer). Ellas deberían manifestar la belleza interna de la virtud espiritual. Pablo ordenó a las mujeres creyentes que “se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad” (1 Ti. 2:9-10; para una observación acerca de estos versículos, véase John MacArthur, *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Primera Timoteo* [Grand Rapids: Portavoz, 2004], pp. 93-94).

En particular, la esposa creyente debe caracterizarse no por modas terrenales pasajeras, que hoy están aquí y mañana habrán desaparecido, sino literalmente por lo **incorruptible** (la calidad está implícita), que describe la herencia eterna del creyente en el cielo. Las esposas cristianas deben ser devotas, no a la belleza temporal sino a los adornos encantadores de la piedad. **Afable** viene de una palabra que se refiere a una actitud humilde y dócil, expresada en sumisión paciente; **apacible** significa “tranquilo” o “calmado”. Tal carácter en el **espíritu** de una esposa creyente constituye la verdadera belleza interior **que es de grande estima delante de Dios**, y que resulta eficaz en presentarla no solo valiosa y atractiva ante su esposo, sino en demostrar la belleza y el valor de la regeneración.

Sin duda, es posible que la apariencia de una mujer sea tan desaliñada y sin adornos como para avergonzar y desalentar a su marido, a quien tal indiferencia en el nombre de Cristo haría ofensivo el evangelio y sería tan perjudicial espiritualmente como prestar demasiada atención a lo externo. El Señor se agrada más cuando el adorno modesto de una mujer cristiana, aunque considerado y encantador, refleja la belleza interior que Cristo ha conformado en ella.

En otro tiempo (en los días del Antiguo Testamento) muchas mujeres creyentes (**santas mujeres**) ejemplificaban estos principios de sumisión y piedad modesta (cp. Rt. 3:11; Pr. 31:10-31). Pedro afirma que ellas **así también se ataviaban, estando sujetas a sus maridos**. Por tanto, su llamado a tal comportamiento tiene precedentes, y como ejemplo el apóstol cita específicamente a **Sara**, observando que ella **obedecía a Abraham, llamándole señor** (amo). **Llamándole** (*kalousa*) es un participio presente que indica la actitud continua de Sara de respeto hacia su esposo Abraham: lo trataba como su **señor** o amo.

Cuando Pablo escribió que por fe todos los santos son hijos de Abraham, estaba diciendo que todos los creyentes han seguido el mismo camino que tomó Abraham. Él es el modelo del Antiguo Testamento para creer la Palabra de Dios, y todos después de él y que hacen lo mismo pertenecen a la familia de la fe (Ro. 4:1-16; Gá 3:7-29). De igual modo, todas las esposas de los creyentes que siguen el ejemplo de Sara de sumisión y modestia han **venido a ser hijas** suyas en ese sentido. Las esposas que siguen el modelo de Sara se han comprometido a hacer **el bien** o lo que es correcto, aunque sin embargo pudieran tener algunos temores serios en cuando a dónde pudiera llevar tal sumisión a un esposo incrédulo. La palabra griega para **temer** es *ptoēsis*, una expresión fuerte que significa “aterrador” o “pavoroso”. En lugar de sucumbir a tales temores (cp. Sal. 27:1; Pr. 1:33; 29:25; 2 Ti. 1:7; 1 Jn. 4:18), aquellas que son fieles a someterse puesto que esto es correcto o está **bien**, pueden ser usadas por el Señor en la salvación de sus esposos.

LA RESPONSABILIDAD DEL ESPOSO

Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo. (3:7)

Igualmente se refiere otra vez al deber de la sumisión (2:13, 18; 3:1). Esta vez es el esposo creyente el que se somete a servir a su esposa. Los **maridos** obedecen ese deber al adherirse a tres responsabilidades básicas respecto a cuidar de las necesidades de sus esposas: consideración, caballerosidad y compañerismo.

CONSIDERACIÓN

vivid con ellas sabiamente, (3:7a)

Primero, los esposos deben cumplir el mandato: **vivid con ellas sabiamente**, lo que significa que deben ser considerados. **Sabiamente** habla de ser sensibles y tener en cuenta las necesidades físicas y emocionales de sus esposas. La palabra traducida **vivid** (*sunoikountes*) significa “morar juntos”, y se refiere a convivir con una persona en intimidad y amarla. Los maridos creyentes deben nutrir y amar constantemente a sus esposas en el vínculo de la intimidad:

Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres

como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. (Ef. 5:25-28; cp. Pr. 5:18-19; 1 Co. 7:3-5)

CABALLEROSIDAD

dando honor a la mujer como a vaso más frágil, (3:7b)

Un esposo creyente debe también ser caballeroso con su esposa, entendiendo que ella es un **vaso más frágil**, ya que es **mujer**. Así como la sumisión no implica inferioridad intrínseca para quienes se someten (véase el estudio del versículo 1 de este pasaje), así la frase **más frágil** no significa que la esposa sea intrínsecamente más débil en carácter o intelecto que su esposo. La palabra traducida “**vaso más frágil**” por los traductores de la Reina Valera 1960 tampoco significa que las mujeres sean espiritualmente inferiores a los hombres (cp. Gá 3:28). Solo quiere decir que ellas por lo general poseen menos fuerzas físicas que ellos. Con eso en mente, los esposos cristianos son los proveedores y protectores sacrificiales de sus esposas (cp. 1 S. 1:4-5; Ef. 5:23, 25-26; Col. 3:19; 1 Ti. 5:8), sean estas creyentes o no.

COMPAÑERISMO

y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo (3:7c)

Tercero, los esposos deben ser compañeros de sus esposas **como coherederas de la gracia de la vida**, lo que no se refiere a la vida eterna sino a la amistad verdadera e íntima que solo pertenece a aquellos que son poseedores del regalo más bendecido de Dios en esta vida: el matrimonio. Pedro califica al matrimonio como **la gracia de la vida** porque **gracia** (*charis*) significa “favor inmerecido” (cp. Ro. 1:5; 3:24; 5:15, 17; 12:3; 15:15; 2 Co. 8:1; 9:8; Gá 2:9; Ef. 2:7; 3:2, 7; 4:7; 4:29; 2 Ti. 1:9; He. 4:16; Stg. 4:6). El matrimonio es una providencia divina dada a la humanidad independientemente de la actitud que esta tenga hacia el Dador. La compañía íntima en el matrimonio, la bendición más rica de esta vida, era un concepto extraño para la cultura grecorromana de la época de Pedro. Por lo general los esposos no estaban interesados en tener amistad con sus esposas, y esperaban simplemente que ellas mantuvieran cuidada la casa y criaran hijos. En contraste, el esposo cristiano debe cultivar todas las riquezas que Dios diseñó dentro de la gracia del matrimonio **dando honor** a la esposa en amorosa consideración, caballerosidad y compañerismo. **Para que sus oraciones no tengan estorbo** es la recompensa que Dios promete al esposo cariñoso y atento (cp. Sal. 66:18; Is. 59:2; Jn. 9:31; Stg. 4:3). Las **oraciones** aquí en mente podrían ser específicamente por la salvación de una esposa incrédula, pero nada en el texto las limitan a eso. La advertencia claramente dada es que si un esposo en Cristo no está cumpliendo sus responsabilidades para con su esposa, Dios quizás no le conteste las oraciones. Ninguna amenaza divina más seria que esa podría darse a un creyente: la interrupción de todas las promesas de oraciones oídas y contestadas (cp. Jn. 14:13-14). El corte de la bendición es gravísimo, lo que muestra cuán importante es el tierno cuidado que los esposos cristianos deben dar a sus compañeras en esta **gracia de la vida**.

La clave para tener un testimonio positivo ante una esposa no salva es llevar una vida cristiana ejemplar como esposo fiel y sumiso. Esa obediencia agrada a Dios y proporciona el testimonio que honra a Jesucristo delante de la compañera no salva.

17. Vivamos y amemos la buena vida

Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición. Porque: El que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño; apártese del mal, y haga el bien; busque la paz, y sígala. Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal. (3:8-12)

La Declaración de Independencia de los Estados Unidos contiene la conocida frase “la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”, que su autor Thomas Jefferson enumeró entre los “derechos inalienables” que Dios otorgó a las personas. Para la mayor parte de la sociedad posmoderna la búsqueda de ese ideal significa principalmente ir tras objetos de gratificación personal tales como dinero, casas, autos, vacaciones, ropa fina, buenos alimentos, las mejores sillas en eventos deportivos y de diversión, además de salud y bienestar. En ocasiones esa búsqueda incluye los aspectos hedonistas más básicos de la vida como sexo promiscuo, frecuente consumo de alcohol, y uso sin restricciones de supuestas drogas recreacionales (p. ej., marihuana, pasta base de cocaína, éxtasis y metanfetaminas). No obstante, la triste realidad es que tales sustancias representan solo una fiebre temporal que dista mucho de ser la verdadera vida buena que realmente satisface el corazón.

Una de las más notorias personificaciones de la vida hedonista del siglo XX fue el famoso novelista Ernest Hemingway. Autor de destacadas obras literarias tales como *Fiesta*, *Adiós a las armas*, *El viejo y el mar*, Hemingway también se hizo notorio por su estilo de vida innovador. Tenía poca consideración por las enseñanzas de la Biblia o por sistemas tradicionales de moralidad. Buscaba la “buena vida” con determinación. Su talento literario le trajo fama, prestigio y dinero, lo que le permitió buscar placer en todo el mundo por medio de expediciones de caza y pesca, fiestas y reuniones con celebridades, mucho consumo de licor, entretenimiento y reportajes en varias guerras y revoluciones, además de dormir con mujeres dondequiera que iba. Sin embargo, nada de eso finalmente le proporcionó a Hemingway alguna clase de satisfacción genuina o duradera. Su vida terminó de modo trágico un día de 1961 cuando él mismo se mató con un disparo de pistola en la cabeza.

Incluso las páginas de las Escrituras contienen ejemplos de hombres que fueron tras la buena vida en todos los lugares equivocados. Salomón poseía increíble riqueza en forma de tierras, palacios, carros y caballos, oro y plata, y muchas mujeres hermosas. Puesto que era rey sobre Israel, también tenía gran poder e influencia. Él parecía poseer todo lo que constituía la buena vida. Es más, 2 Crónicas 9:3-4 declara que cuando la reina de Sabá visitó a Salomón y observó el enorme poder, las inmensas riquezas y la imponente presencia del rey, se quedó impresionada. Sin embargo, hacia el final de su vida, Salomón no estaba contento y falló en experimentar la vida en toda su plenitud. En Eclesiastés 2:17 escribió: “Aborrecí, por tanto, la vida, porque la obra que se hace debajo del sol me era fastidiosa; por cuanto todo es vanidad y aflicción de espíritu”. Salomón llegó a darse cuenta de que la buena vida no se halla en grandes logros o mucha educación (Ec. 1:12-14, 16). Tampoco la encontró en el placer (2:3) ni en las posesiones materiales (2:4-11). Finalmente llegó a esta aleccionadora conclusión de que en realidad la vida era más angustiosa que agradable:

Me volví y vi todas las violencias que se hacen debajo del sol; y he aquí las lágrimas de los oprimidos, sin tener quien los consuele; y la fuerza estaba en la mano de sus opresores, y para ellos no había consolador. Y alabé yo a los finados, los que ya murieron, más que a los vivientes, los que viven todavía. Y tuve por más feliz que unos y otros al que no ha sido aún, que no ha visto las malas obras que debajo del sol se hacen (Ec. 4:1-3).

Los creyentes deberían amar la vida que Dios les ha concedido y disfrutar las bondades de la existencia día a día, pero muchos no lo hacen. Pedro reconoció que los creyentes no están exentos de severas y variadas dificultades que roban el gozo (1:6). Según se analizó antes en esta obra, la fe de los creyentes los identifica como extranjeros en medio de una sociedad agresivamente hostil (2:11), que hace de la persecución y el sufrimiento parte integral de lo que significa vivir en un ambiente impío (2:20-21; 3:14-15, 17; 4:1, 12, 19; 5:10). Sin embargo, a pesar del sufrimiento, en este pasaje Pedro se dirige al creyente como “el que quiere amar la vida y ver días buenos” (v. 10) y le da instrucciones sobre cómo llevar a cabo ese deseo. Aquí podemos discernir fácilmente cuatro consejos básicos del apóstol para vivir y amar la buena vida, incluso en medio de los problemas amenazantes actuales: tener la actitud correcta, la respuesta oportuna, la norma apropiada, y el incentivo correcto. Pedro concluye su estudio sobre la conducta cristiana en un mundo impío, que comenzó en 2:11, empezando en 3:8a con la palabra **finalmente** (*to de telos*), que la Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy (NBLH) traduce “en conclusión”. Esto no significa el final de la carta, sino la clausura de la sección actual. Tras referencias específicas a las relaciones civiles (2:13-17), a las relaciones en el lugar de trabajo (2:18-20), y a las relaciones con cónyuges incrédulos (3:1-7), Pedro ofrece a todos los creyentes una exhortación general, que les abrirá las puertas a la vida de bendición que Dios desea que disfruten.

TENER LA ACTITUD CORRECTA

sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; (3:8b)

Todo empieza con la actitud adecuada. Cinco virtudes espirituales constituyen esta perspectiva que honra a Dios.

Primera, los creyentes deben tener **un mismo sentir**. La palabra compuesta traducida **un mismo sentir** (*homophrones*) literalmente significa “ser armoniosos”. Los creyentes deben vivir juntos en armonía, manteniendo un compromiso común con la verdad que produce unidad interna de corazón los unos para con los otros (cp. Ro. 12:5, 16; 1 Co. 10:17; 12:12; Gá 3:28; Fil. 2:1-5). No deben estar en conflicto entre sí, ni siquiera bajo severa persecución:

Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio, y en nada intimidados por los que se oponen, que para ellos ciertamente es indicio de perdición, mas para vosotros de salvación; y esto de Dios (Fil. 1:27-28).

Jesús instruyó a los discípulos: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:34-35). En su oración sacerdotal, Jesús oró con gran sentimiento por la unidad espiritual de todos los creyentes (Jn. 17:20-23), oración que fue contestada. Todos los creyentes son uno en Cristo (Ef. 4:4-6; cp. 1 Co. 6:17; 8:6). Esta realidad espiritual debería

ser la base para la armonía visible de la Iglesia. La iglesia primitiva fue un modelo de unidad visible (Hch. 2:42-47).

Compasivos, el segundo factor para experimentar la plenitud de la vida cristiana es prácticamente una transcripción de *sumpatheis*, que significa “tener en común el mismo sentimiento”. Los cristianos deben estar unidos en la verdad, pero también listos para ser **compasivos** con los sufrimientos de otros, incluso los de aquellos a quienes no conocen (cp. Mt. 25:34-40; He. 13:3; Stg. 1:27). Igual que Cristo, el compasivo sumo sacerdote (He. 4:15), ellos deben participar de los sentimientos de los demás, así de sus tristezas como de sus alegrías (Ro. 12:15; 1 Co. 12:26; 2 Co. 2:3; Col. 3:12; cp. Jn. 11:35; Stg. 5:11). Los creyentes no deben ser insensibles, indiferentes, ni críticos, aun hacia los perdidos en su dolor de luchar con las dificultades de la vida (cp. Mt. 9:36; Lc. 13:34-35; 19:41). Los santos deben estar a su lado con compasión para declarar la verdad redentora de Dios (cp. Hch. 8:26-37).

Tercero, Pedro usó el término *philadelphoi*, traducido aquí como **fraternalmente**. La primera parte de la palabra proviene del verbo *phileō*, “amar”, y se refiere al afecto entre personas que están íntimamente relacionadas en alguna forma. Aquellos que demuestran ese afecto lo harán por medio de servicio generoso de unos por otros (Hch. 20:35; Ro. 14:19; 15:2; 2 Co. 11:9; Fil. 4:14-16; 1 Ts. 5:11, 14; 3 Jn. 6). Tal servicio comienza en la Iglesia entre creyentes y se extiende hacia afuera en el mundo.

Cuarto, **misericordiosos** se traduce de *eusplagchnoi*, la raíz que se refiere a los órganos internos de alguien y que a veces se traduce “entrañas” o “intestinos” (p. ej., Hch. 1:18). Los afectos y las emociones tienen un impacto visceral, de ahí que la palabra signifique una clase poderosa de sentimiento (Ef. 4:32; cp. 2 Co. 7:15; 1 Ts. 2:8). Al igual que **compasivos**, la expresión simboliza estar tan afectado por el sufrimiento de otros como para sentirlo profundamente, siguiendo el tipo de compasión misericordiosa que Dios, por medio de su Hijo, tiene por los pecadores (cp. Mt. 23:37; Lc. 13:34; 19:41-42; Jn. 11:35).

El último factor en la lista de Pedro para disfrutar la bondad de la vida cristiana, **amigables**, viene de una palabra griega, *tapeinophrones* (“de mente humilde”). Podría decirse que la humildad es la virtud más esencial y global de la vida cristiana (5:5; Mt. 5:3; 18:4; Lc. 14:11; 18:14; Ef. 4:1-2; Col. 3:12; Stg. 4:6; cp. Sal. 34:2; Pr. 3:34; 15:33; 22:4). Pablo usó una forma de esta expresión griega en Filipenses 2:3: “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo”. Años antes Jesús demostró la importancia de su propio ejemplo de humildad cuando declaró: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mt. 11:29; cp. Fil. 2:5-8).

Las alegrías de la vida de los creyentes en Cristo se maximizan cuando están unidos en la verdad y la vida unos con otros, teniendo un carácter pacífico, siendo misericordiosos hacia aquellos que necesitan el evangelio, sensibles a los dolores de pecadores caídos, sacrificiales en amoroso servicio hacia todos, compasivos en lugar de implacables, y sobre todo humildes como su Salvador.

TENER LA RESPUESTA OPORTUNA

no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición. (3:9)

El enfoque cristiano hacia la vida incorpora no solamente la acción correcta motivada por la actitud adecuada, sino también la reacción oportuna cuando se recibe maltrato. **No devolviendo mal por**

mal empieza con un participio imperativo presente que expresa un mandato negativo (*mē apodidontes*), que también puede querer decir “dejar de responder”. Si un creyente no está contraatacando al mal con más mal, no debe empezar a hacerlo; si lo está haciendo, debe dejar de hacerlo (cp. Lv. 19:18; Dt. 32:35-36; Pr. 20:22; 24:29; Ro. 12:19; He. 10:30).

Mal viene de *kakos*, que denota la calidad intrínseca de la maldad, no solo malas palabras o acciones. Cuando son maltratados por alguien con perversa disposición, los creyentes no deben tomar represalias. Pedro repite lo que Jesús enseñó en el Sermón del Monte:

Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses. Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos (Mt. 5:38-45a; cp. Is. 53:7; Lc. 23:34; Hch. 7:60; Ro. 12:14, 17; 1 Co. 4:12; 1 Ts. 5:15).

Una vez más, como sucede con la actitud correcta (v. 8), Cristo es el ejemplo (véase el estudio de 2:21-23 en el capítulo 15 de esta obra).

Volviendo al asunto del habla, Pedro advirtió a sus lectores que no devolvieran **maldición por maldición**. El término **maldición** (*loidoria*) significa “una queja abusiva contra”, “insulto” o “hablar mal de” alguien, y es la raíz de la palabra traducida también “maldición” en 2:23. Participar en tal venganza es una respuesta inaceptable para los creyentes (Ef. 4:29; Col. 3:8; cp. Pr. 4:24; 19:1; Ec. 5:6). El apóstol Pablo procuró tener la respuesta verbal adecuada para sus enemigos: “Nos maldicen, y bendecimos” (1 Co. 4:12), y advirtió a otros creyentes a no maldecir (6:10) y ni siquiera a juntarse con quienes lo hacen (5:11). Hay una ocasión, registrada en Hechos 23:1-5, en que Pablo fue culpable de dar un insulto en venganza:

Entonces Pablo, mirando fijamente al concilio, dijo: Varones hermanos, yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy. El sumo sacerdote Ananías ordenó entonces a los que estaban junto a él, que le golpeasen en la boca. Entonces Pablo le dijo: ¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada! ¿Estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y quebrantando la ley me mandas golpear? Los que estaban presentes dijeron: ¿Al sumo sacerdote de Dios injurias? Pablo dijo: No sabía, hermanos, que era el sumo sacerdote; pues escrito está: No maldecirás a un príncipe de tu pueblo.

En lugar de tomar represalias cuando los tratan con hostilidad, los creyentes deben responder **bendiciendo**. El término traducido **bendiciendo** es la palabra de la cual se deriva la palabra *elogio* en español. Significa alabar o hablar bien de otros (cp. Lc. 1:42). La amonestación de Pedro sugiere varias aplicaciones prácticas.

Primera, los creyentes pueden bendecir a las personas amándolas de manera incondicional (Jn. 13:34; 15:12; Ro. 12:9-10; Col. 2:2; 3:14; 1 Ts. 4:9; Stg. 2:8; 1 Jn. 3:23; 4:7). Segunda, pueden dar una bendición al orar por la salvación de un incrédulo (cp. Mt. 5:44; 1 Ti. 2:1-4) o por la santificación de un hermano creyente. Tercera, los creyentes pueden bendecir a los demás expresando gratitud por ellos (Ro. 1:8; 1 Co. 1:4; 2 Co. 1:11; Fil. 1:3-5; Col. 1:3-6; 2 Ts. 1:3). Por último, y lo más importante, los creyentes deben perdonar a quienes los persiguen (4:8; Mr. 11:25;

Lc. 17:4; Col. 3:13; cp. Gn. 50:20-21; 2 S. 18:5; Pr. 19:11). Jesús ilustró perfectamente el motivo para tal perdón en la parábola de Mateo 18:21-35:

Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete. Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda. Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus conservos, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Mas él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda. Viendo sus conservos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado. Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas.

Es inconcebible que los creyentes vivan con esa forma evidente de doble criterio que mostraba el siervo implacable en la parábola. Pedro lo deja en claro al declarar que los creyentes han sido **llamados para que** heredaran (recibieran libremente) **bendición** (un regalo). Lo que resalta el apóstol es que los creyentes han recibido la bendición divina, inmerecida y eterna de perdón total de una deuda impagable para con un Dios santo, y vida celestial para siempre con Él (Mt. 1:21; Jn. 10:28; Ro. 5:8-9; 6:23; Gá 1:4; Ef. 1:7; Col. 1:14; 2:13-14; 1 Ts. 5:9; 1 Jn. 4:9-10), en lugar de la merecida ira de Dios y de venganza por el pecado. El perdón de un creyente concedido libremente a alguien que lo ha ofendido debería ser una consecuencia fácil, ya que tanto el creyente como el ofensor son muy pequeños comparados con la grandeza de Dios y con cómo Él ha sido ofendido.

TENER LA NORMA APROPIADA

Porque: El que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño; apártese del mal, y haga el bien; busque la paz, y sígala. (3:10-11)

Robertson McQuilkin escribió lo siguiente acerca de una presuposición y convicción crucial que todos los creyentes deben tener con relación a la naturaleza de la Biblia y su uso:

Ya que Dios es el autor, la Biblia es certificada. Es absoluta en su autoridad para el pensamiento y la conducta humana. “Por medio de las Escrituras” es un tema repetitivo en todo el Nuevo Testamento. En realidad, el Nuevo Testamento contiene más de doscientas citas directas del Antiguo Testamento. Además, el Nuevo Testamento presenta una larga e incierta cantidad de alusiones al Antiguo. Los escritores del Nuevo Testamento, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, construyeron su teología basándose en el Antiguo Testamento. Para Cristo y los apóstoles, citar la Biblia era resolver un problema (*Understanding and Applying the Bible*, ed. rev. [Chicago: Moody, 1983, 1992], p. 20).

Así como Cristo y los apóstoles vivieron y ministraron por la norma definitiva de la Santa Biblia, así también deben hacer los cristianos que disfrutarían el regalo de vida de Dios (Pr. 6:23; Mt. 4:4; Ro. 15:4; 2 Ti. 3:16; He. 4:12). Pedro ilustra ese principio aquí citando de un salmo para defender lo que acababa de enseñar.

La palabra **porque** al inicio del versículo 10 vincula los versículos 8 y 9 a la cita que Pedro hace del Salmo 34:12-14, apoyando su exhortación de que los creyentes deben tener una respuesta adecuada ante la hostilidad. Un cristiano, descrito aquí como **el que quiere amar la vida y ver días buenos**, debe abstenerse de hablar algo que venga del subyacente **mal** de una disposición inmoral.

La **lengua** a menudo es indomable y propensa al pecado: “Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno” (Stg. 3:6; cp. 1:26; 3:9-10; Sal. 12:3; Pr. 12:18; 15:2, 4).

Además de abstenerse de represalias verbales, los creyentes deben evitar que **sus labios hablen engaño**. Ellos deben estar absolutamente comprometidos con la verdad (Sal. 51:6; Pr. 3:3; 23:23; 1 Co. 13:6; Fil. 4:8; cp. Jos. 24:14; 1 S. 12:24) y en oposición a todo engaño, mentira e hipocresía (Éx. 20:16; Pr. 6:16-19; 10:18; 12:17, 19, 22; Zac. 8:16; Ef. 4:25; Col. 3:9). Estos asuntos del habla se controlan, no en la boca sino en el interior, como Jesús dijo en Mateo 12:34: “Porque de la abundancia del corazón habla la boca”.

El versículo 11, tomado del Salmo 34:14, contiene cuatro mandatos imperativos directos. Primero, los creyentes deben apartarse **del mal** (cp. Pr. 3:7; 16:6, 17; Is. 1:16-17; 1 Ts. 5:22). El verbo apartarse (*ekklinatō*) connota un rechazo intensamente fuerte de lo que es pecaminoso; en este contexto, se refiere a trato pecaminoso de otros, incluso de quienes persiguen a los santos (cp. Mt. 5:44; Ro. 12:14).

Segundo, Pedro manda a sus lectores hacer **el bien**, lo cual es excelente en calidad, y expresa profunda virtud. Eso contrasta bruscamente con la idea contemporánea de la buena vida como “cada cual hace lo suyo”, es decir cualquier cosa que se sienta bien (sexo ilícito, drogas, alcohol, entretenimiento excesivo y sin sentido) a expensas de obedecer la voluntad de Dios. (Un examen de varias palabras en la frase anterior **el que quiere amar la vida y ver días buenos** agudiza aún más el contraste entre una visión mundana de la buena vida y un punto de vista bíblico). **Vida** [*zōēn*, antes que *bios*] connota todas las experiencias y riquezas de vivir a lo máximo, no simplemente vivir como algo opuesto a morir. **Amar** [*agapan*] viene de la palabra más fuerte para esa emoción y denota un afecto o deseo de voluntad firme [p. ej., Mt. 22:37-39; Jn. 13:34-35; 14:15, 23; 21:15-17; Ro. 5:8; 8:35, 39; 1 Co. 13:1-4, 8, 13; Ef. 2:4; 5:25; 1 Jn. 3:1, 16].

El tercer y cuarto imperativos aparecen juntos en el mandato para los creyentes: **busque la paz, y sígala**. Los verbos traducidos **busque** y **sígala** transmiten una acción dinámica y de actividad intensa. (Implícita en la frase está la analogía del cazador que enérgicamente rastrea su presa). **Paz** (*eirēnēn*) denota una condición constante de tranquilidad que produce alegría y felicidad permanentes (cp. Lc. 2:14; 8:48; 19:38; Jn. 14:27; 16:33; Ro. 5:1; 8:6; 15:13; Gá 5:22; Fil. 4:7; Col. 3:15; 2 Ts. 3:16). Los cristianos deben buscar **la paz** y seguirla de forma activa, incluso con sus perseguidores y con otros que no conocen a Cristo (cp. Ro. 12:18; 14:19; 1 Ts. 5:13; 2 Ts. 3:16). Deben ser conocidos en el mundo como pacificadores: quienes luchan por la armonía con otros hasta donde sea posible, sin comprometer la verdad (cp. Mt. 5:9; Ro. 12:18; 14:17, 19; 2 Co. 13:11; 2 Ti. 2:22; Stg. 3:17).

TENER EL INCENTIVO CORRECTO

Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal. (3:12)

La cita que aquí Pedro hace del Salmo 34:15-16 fija de manera vívida la realidad que debería motivar a los creyentes a llevar vidas que agraden a Dios. Las palabras del salmista describen a un Dios soberano que gobierna (Sal. 90:2; 102:25-27; Dn. 4:35; Ef. 3:11), que lo ve todo (Job 28:24; Pr. 5:21), que lo sabe todo (Sal. 147:5; Ro. 11:33), que responsabiliza a las personas por el comportamiento que muestran (Gn. 2:16-17; Ro. 1:20), y que amenaza con castigar la desobediencia (Ez. 18:4; Ro. 6:23). Pero para Pedro el tema principal aquí no es el juicio sino el cuidado compasivo que Dios tiene por su pueblo.

Los ojos del Señor es una frase común del Antiguo Testamento que se relaciona con la vigilancia bondadosa y especial de Dios sobre su pueblo (Pr. 5:21; Zac. 4:10). A veces la frase indica la vigilancia de juicio de parte de Dios (Am. 9:8; cp. Pr. 15:3), pero aquí el énfasis está en su omnisciente conciencia de todo detalle de las vidas de los creyentes (cp. Sal. 139:1-6).

Dios también está mirando **sobre los justos** de modo que **sus oídos estén atentos a sus oraciones**. La palabra traducida **oraciones** (*deēsin*) significa “súplica”, “petición”, o “ruego”, y se relaciona con el clamor de los creyentes porque Dios les supla sus necesidades (Sal. 5:2; Mt. 7:7; Fil. 4:6; 1 Jn. 5:14-15). Dios siempre está consciente de todo en la vida de sus hijos. Debería ser un gran incentivo para los creyentes vivir como Pedro ha esbozado, sabiendo que pueden tener confianza en que el Señor siempre está observando y esperando, listo para oír y contestar sus oraciones (4:7; Sal. 50:15; 65:2; 138:3; Ro. 8:26; He. 4:16).

Por otra parte, **el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal**. En contraste a **los ojos del Señor**, que se refiere a la vigilancia, el concepto del Antiguo Testamento del **rostro del Señor** se relaciona con juicio (cp. Gn. 19:13; Lm. 4:16). Sus **ojos** representan su omnisciencia que lo ve todo, mientras que su **rostro** en este contexto representa la manifestación de su ira y desagrado (cp. Sal. 76:6-8). La ira de Dios es **contra aquellos que hacen el mal** y contra aquellos que desobedecen su Palabra (cp. Ap. 6:16).

Los cristianos, sean de hoy o de la época de Pedro, siempre han tenido que contender con un mundo hostil. Pero pueden vivir con humildad, respondiendo a la persecución igual que Cristo, y adhiriéndose a la norma de autoridad divina porque ellos tienen la promesa de que aun en medio de circunstancias incómodas Dios está vigilando sobre ellos, protegiéndolos, y listo para extenderles sus bendiciones.

18. Valores contra un mundo hostil

¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien? Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis, sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros; teniendo buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo. Porque mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal. (3:13-17)

Hoy día hay una creciente hostilidad hacia el cristianismo bíblico en toda la cultura occidental. Pero las raíces de esa hostilidad tienen décadas, incluso siglos, de antigüedad. Francis Schaeffer proporcionó el siguiente análisis en la década de los setenta:

En el antiguo Israel, cuando la nación se había apartado de Dios y de su verdad y sus mandatos como se dan en las Escrituras, el profeta Jeremías gritó que había muerte en la ciudad. Estaba hablando no solo de muerte física en Jerusalén sino también de una muerte más amplia. Debido a que la sociedad judía de esa época se había alejado de lo que Dios les había dado en la Biblia, había muerte en la *polis*, es decir muerte en toda la cultura y en toda la sociedad.

En nuestra época, sociológicamente el hombre destruyó la base que le daba la posibilidad de libertad sin anarquía. Los humanistas han estado decididos a darle muerte al conocimiento de Dios y al conocimiento de que Dios no ha guardado silencio, sino que ha hablado en la Biblia y por medio de Cristo; ellos han estado decididos a hacer esto a pesar de que la muerte de los valores ha llegado con la muerte de ese conocimiento.

Vemos dos efectos de nuestra pérdida de significado y de valores. El primero es degeneración. Piense en el Times Square de la ciudad de Nueva York, en la cuarenta y dos y Broadway. Si vamos a lo que solía ser la encantadora Kalverstraat en Ámsterdam, ¡descubriremos también que se ha vuelto igual de repugnante! Lo mismo se puede decir de encantadoras calles antiguas en Copenhagen. ¡Pompeya ha regresado! Las marcas de la antigua Roma nos dejan una cicatriz: degeneración, decadencia, depravación, amor a la violencia sin ninguna justificación. La situación es clara. Si nos fijamos, la vemos. Si la vemos, nos preocupamos.

Sin embargo, *debemos* notar que hay un segundo resultado de la pérdida moderna de significado y de valores que es más inquietante, y que muchas personas no ven. Este segundo resultado es que existirá la élite. La sociedad no puede soportar el caos. Algún grupo o individuo llenará el vacío. Una élite nos ofrecerá absolutos arbitrarios, ¿y quién se interpondrá en su camino? (*How Should We then Live?* [Westchester, Ill.: Crossway, 1976], pp. 226-27; cursivas en el original).

Los creyentes de la época de Pedro vivían en el Imperio Romano al que se refirió Schaeffer, enfrentando la misma clase de degeneración y depravación que asaltan a la Iglesia hoy. No obstante, ellos enfrentaron hostilidad y persecución más abierta y con mayor frecuencia de la que enfrentan los creyentes en la cultura moderna. Sin embargo, en algunos lugares del mundo existe persecución directa a creyentes, y es probable que en los años venideros los cristianos en todas partes enfrenten creciente hostilidad, tanto de parte de autoridades civiles como de incrédulos a nivel personal. Este

pasaje habla a todos los que viven de manera santa en medio de una cultura hostil e impía. El apóstol Pedro ofrece cinco principios que los creyentes deben comprender para equiparse y defenderse contra las amenazas de un mundo incrédulo y hostil: pasión por la bondad, disposición a sufrir... por lo bueno y lo malo, devoción a Cristo, preparación para defender la fe, y buena conciencia.

PASIÓN POR LA BONDAD

¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien? (3:13)

La pregunta retórica de Pedro muestra que es anormal para la mayoría de la gente, incluso la que es hostil al cristianismo, hacer daño a los creyentes que siguen **el bien**. Por otra parte, el mundo vacila muy poco en atacar con gran hostilidad a esos charlatanes y farsantes que se enriquecen a expensas de otros. **Bien** se refiere por lo general a una vida caracterizada por generosidad, altruismo, amabilidad y consideración hacia los demás (cp. Sal. 37:3; 125:4; Pr. 3:27; 11:23; 2 Co. 9:8; Gá 6:9-10; Ef. 2:10; Col. 1:10; 1 Ts. 5:15; 1 Ti. 6:18; Tit. 1:8; 2:7, 14; 3:14; He. 13:16; Stg. 3:13, 17; 3 Jn. 11). Tal estilo de vida tiene una manera de refrenar la mano incluso de los enemigos más acérrimos del evangelio (cp. 2:12; Mt. 5:16; Ro. 12:20-21).

La Biblia de las Américas traduce así este versículo: “¿Y quién os podrá hacer daño si demostráis tener celo por lo bueno?” **Demostráis** (*genēsthe*) significa “cumplir” e indica la calidad básica del creyente, que debe ser seguir **el bien** y ser irreprochable (cp. Ro. 13:3; Fil. 2:14-16; 2 Ti. 2:20-22). **Celo** (*zēlōtēs*) significa “intensidad” o “entusiasmo”, y describe a una persona con gran ardor por una causa específica. En tiempos del Nuevo Testamento había un partido político radical de patriotas judíos, llamado los zelotes (de *zēlōtēs*), que se empeñaba en liberar a los judíos de todo dominio extranjero por medio de cualquier medida extrema (mentir, robar, asesinar) que fuera necesaria, incluso si tales esfuerzos daban como resultado su propia muerte. Sin duda Pedro conocía a ese grupo; Simón el zelote, uno de sus compañeros apóstoles, probablemente había sido uno de los miembros (Mt. 10:4; Mr. 3:18; Lc. 6:15; Hch. 1:13) y el apóstol quería que sus lectores tuvieran celo por lo que era noble (cp. 1 Co. 14:12; 2 Co. 7:11; Tit. 2:14; Ap. 3:19).

Por supuesto, tener celo por lo bueno, o seguir **el bien**, produce una vida ejemplar — el deleite y el objetivo de todos los creyentes — que lleva a vivir de manera pura y a perder las ansias por las atracciones impías del mundo.

DISPOSICIÓN A SUFRIR... POR LO BUENO Y LO MALO

Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis... Porque mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal. (3:14, 17)

Tener pasión por la bondad sin duda no es una garantía de primer orden contra el sufrimiento; solo podría hacerlo menos probable o menos frecuente. Jesucristo “anduvo haciendo bienes” (Hch. 10:38; cp. Jn. 10:32), pero un mundo hostil finalmente lo mató (Mt. 27:22-23; Lc. 23:23-25; Hch. 2:23; cp. Is. 53:9). El mismo Cristo dejó en claro que los creyentes no pueden suponer que han de escapar a todo sufrimiento si su Señor no escapó (cp. Mt. 10:24-25; Lc. 6:22; Jn. 15:20; Hch. 14:22; Fil. 1:29-30; 2 Ti. 3:12; He. 12:3-4).

Mas también si transmite la idea de “tal vez” o “contrario a lo que se esperaba”, y calza con el verbo **padecéis** (*paschoite*), que en esta forma verbal griega (optativa) expresa una condición de cuarta clase que sugiere que no hay seguridad de que el sufrimiento ocurrirá, pero podría ocurrir.

Muchos cristianos en la iglesia primitiva, incluso algunos de los lectores de Pedro (1:6-7; 2:20; 4:12-16), sí padecieron **por causa de la justicia** (Hch. 5:40-41; 7:57-60; 8:3-4; 12:1-4; 13:50; 16:20-24; 17:5-9; 26:9-11), debido a su conducta recta y piadosa. De igual modo, los fieles cristianos de hoy no deben sorprenderse o asustarse si llegan tales sufrimientos, porque eso se convierte en un medio por el cual resultan **bienaventurados**. ¿De qué maneras trae bendición sufrir por la bondad? Más adelante en esta carta Pedro describe algunas de las maneras: “El Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (5:10).

Pedro no es el único escritor del Nuevo Testamento que habló de bendición en el sufrimiento. Santiago lo hizo en su carta: “Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna” (1:2-4). Las bendiciones del sufrimiento tampoco escaparon a la observación de Pablo.

Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas (2 Co. 4:16-18).

Al apóstol Juan se le dio en Apocalipsis 2:10 una promesa relacionada con el sufrimiento: “No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”.

Bendecidos (*makarioi*) no resalta aquí el efecto (felicidad o gozo) sino el motivo para tal “privilegio” u “honor”. Elisabet, madre de Juan el Bautista y pariente de María, la madre de Jesús, le dijo a esta última: “Bendita tú entre las mujeres” (Lc. 1:42). El corazón de María sería traspasado con muchas tristezas (2:35), por tanto, la declaración de Elisabet no fue simplemente una referencia a felicidad general. Por el contrario, se refirió al favor divinamente concedido y al privilegio de dar a luz a Cristo (1:26-35). Todos los creyentes pueden tener la misma sensación de privilegio al participar en los sufrimientos de Jesús:

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros (Mt. 5:10-12; cp. Ap. 14:13).

La amonestación de Pedro para sus lectores, **no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis**, es una alusión a Isaías 8:12b-13: “Ni temáis lo que ellos temen, ni tengáis miedo. A Jehová de los ejércitos, a él santificad; sea él vuestro temor, y él sea vuestro miedo”. El contexto histórico de estos versículos es importante. Con una invasión inminente por parte de Asiria, Acáz, rey de Judá enfrentaba una crisis. Los reyes de Israel y Siria habían tratado de hacer una alianza con él en contra de las fuerzas asirias, pero Acáz se había negado. Por eso Israel y Siria amenazaban invadir a Judá. Mientras tanto Acáz había aliado a Judá con Asiria, pero el profeta Isaías le advirtió contra tan infame alianza y le dijo que no temiera. Acáz y el pueblo de Judá no debían temer a Asiria como ocurría con Siria e Israel, sino que más debían temer al Señor confiando en Él.

De igual modo, Pedro escribió a los cristianos: **no os amedrentéis por temor de ellos**, literalmente les dijo que no debían “temer a su propio temor”, es decir, a ser intimidados por incrédulos que los perseguirían (cp. Sal. 118:6; Pr. 29:25; Mt. 10:28; Lc. 12:4-5; Hch. 4:23-30). Además, el apóstol les dijo: **ni os conturbéis**, literalmente les expresó: “No tiemblen ni se conmuevan” (cp. 4:16, 19).

En su disposición a sufrir, los creyentes deben enfrentar con valor todas las circunstancias (cp. Jos. 1:7, 9; 10:25; 2 S. 10:12; 1 Cr. 28:10, 20; Esd. 10:4; Sal. 31:24; Mr. 6:50; 1 Co. 16:13). El sufrimiento debe verse como una oportunidad para recibir bendiciones espirituales, no como una excusa para comprometer la fe ante un mundo hostil. Así como John Bunyan, el predicador y escritor inglés del siglo XVII, aceptó la prisión en la cárcel de Bedford por predicar sin licencia, y el reformador Martín Lutero se paró firme delante de sus enemigos y se negó a retractarse de sus creencias bíblicas, los creyentes de hoy día deben mantenerse firmes frente al sufrimiento. Los cristianos cuyas mentes y afectos están puestos en las cosas de arriba (Col. 3:2-3) se regocijarán cuando deban experimentar sufrimiento porque a través de este visualizan las bendiciones que obtendrán.

Con relación al sufrimiento, hay dos posibilidades. Primera, **por causa de la justicia** los creyentes pueden aceptar ese dolor como parte del plan sabio y soberano de Dios para bendecir sus vidas. Segunda, pueden padecer **haciendo el mal**, recibiendo la disciplina esperada del Señor por la desobediencia a su Palabra (cp. 2:20; 4:15-19). A veces Dios quiere que los creyentes sufran por causa de la justicia para que puedan recibir las bendiciones que resultan de tal sufrimiento. También es la voluntad de Dios que los creyentes soporten el beneficioso castigo divino cuando pecan (He. 12:5-11). De las dos posibilidades que pueden venir, Pedro reconoce que la primera es única porque llega tan solo **si la voluntad de Dios así lo quiere**. Esa es una promesa consoladora. Sin duda Pablo aprendió tal lección:

Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremedida; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Co. 12:7-10).

Los cristianos sufren **por causa de la justicia** cuando Dios quiere que así sea. Él no quiere que pequemos, por tanto en cierto sentido ese sufrimiento no es lo que deseaba para ellos aunque a veces se vuelve la voluntad divina para el ejercicio de la justicia de los creyentes (He. 12:11).

DEVOCIÓN A CRISTO

sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, (3:15a)

Aquí el apóstol vuelve a aludir a Isaías 8:13: “A Jehová de los ejércitos, a él santificad”. Cuando los creyentes santifican al **Señor en sus corazones** afirman su sujeción al control, a la instrucción y a la guía de Dios. Al hacerlo también declaran la majestad soberana de Dios, se someten a ella (cp. Dt. 4:35; 32:4; 1 R. 8:27; Sal. 90:2; 92:15; 99:9; 145:3,5; Is. 43:10; Ro. 8:28; 11:33) y demuestran que solamente lo temen a Él (Jos. 24:22-24; Sal. 22:23; 27:1; 34:9; 111:10; 119:46, 63; Pr. 14:26; Mt. 4:10).

Santificad (*hagiasate*) significa “apartarse” o “consagrarse”. Pero en este contexto también conlleva dar el principal lugar de adoración, exaltación y adoración al **Señor**. Los creyentes que santifican al **Señor** lo apartan de todos los demás como el único objeto de su amor, reverencia, lealtad y obediencia (cp. Ro. 13:14; Fil. 2:5-11; 3:14; Col. 3:4; 2 P. 1:10-11). Reconocen la perfección de Él (He. 7:26-28), magnifican su gloria (Hch. 7:55-56; cp. Ap. 1:12-18), exaltan su preeminencia (Col. 1:18), y se someten a la voluntad divina (Mr. 3:35; Ro. 12:2; Ef. 6:6; He. 10:36; 1 Jn. 2:17), con la comprensión de que en ocasiones esa sumisión incluye sufrimiento.

Esta honra a Cristo como Señor no es algo externo, sino que sucede **en los corazones** de los verdaderos adoradores, aunque deban enfrentar sufrimiento injusto. Ese sometimiento y confianza en los propósitos perfectos del Señor soberano producen valor, audacia y fortaleza para triunfar en medio de las situaciones más adversas.

PREPARACIÓN PARA DEFENDER LA FE

y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros; (3:15b)

No se trata solo de resistir a través de la bendición de sufrir a lo que los creyentes deben someterse; también está la oportunidad de defender la verdad cuando son perseguidos. Los cristianos deben estar **preparados para presentar defensa** de la fe. El término griego para **defensa** (*apologia*) es la palabra de la que se derivan los términos *apología* y *apologética* en español. A menudo significa una defensa formal ante un tribunal judicial (cp. Hch. 25:16; 2 Ti. 4:16), pero Pablo también usa la palabra de manera informal a fin de manifestar su habilidad para responder a quienes lo cuestionaban (Fil. 1:16). **Siempre** indica la necesidad de los creyentes de preparación constante y prontitud para responder, sea en un tribunal formal o de manera informal, **ante todo el que les demande razón** de por qué viven y creen de la manera en que lo hacen. **Razón** es simplemente *logos*, “palabra” o “mensaje”, y llama a los santos a estar **preparados** en el momento en que alguien **demande** (tiempo presente) para dar las palabras correctas en respuesta a preguntas acerca del evangelio.

Al evangelio se le identifica como **la esperanza que hay en** los creyentes. **Esperanza** es sinónimo de fe cristiana porque el motivo de que los creyentes acepten a Jesucristo como Señor y Salvador representa el anhelo que tienen de escapar del infierno y entrar en la gloria eterna (cp. Hch. 26:6; Ef. 1:18; 4:4; Col. 1:23; He. 10:23). Por tanto, la **esperanza** se convierte en el foco de cualquier explicación razonable que los creyentes deberían poder brindar con relación a su salvación. (Para más entendimiento del significado de esperanza, véase el estudio de 1:3 en el capítulo 2 de esta obra).

La defensa del creyente de esta esperanza ante el incrédulo que la **demande** debe ser firme y contundente, pero al mismo tiempo transmitida **con mansedumbre y reverencia**. **Mansedumbre** se refiere a modestia o humildad, no en el sentido de debilidad sino en el de no ser dominante o déspota (cp. Ef. 4:15, “siguiendo la verdad en amor”). El Señor mismo se caracterizó por esta virtud, como recordó Pablo: “Yo Pablo os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo” (2 Co. 10:1a).

Reverencia expresa devoción a Dios, un profundo respeto por su verdad, e incluso respeto por la persona que escucha (Col. 4:6; 2 Ti. 2:24-26).

Los cristianos que no pueden presentar una explicación bíblicamente clara de su fe (cp. 1 Ts. 5:19-22; 1 Jn. 2:14) estarán inseguros cuando sean fuertemente cuestionados por los incrédulos (cp. Ef. 4:14-15). En algunos casos tal inseguridad puede socavar su seguridad en cuanto a la salvación. Los ataques del mundo pueden abrumar a aquellos que no se han “vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo” (1 Ts. 5:8; cp. Ef. 6:10-17).

BUENA CONCIENCIA

teniendo buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo. (3:16)

Lo último que permitirá a los creyentes estar seguros en medio de un mundo hostil es una **buena conciencia**. La **conciencia** es el mecanismo interior divinamente colocado que o acusa o excusa a una persona, actuando como medio de convicción o afirmación. Según manifiesto en otra parte:

La conciencia es el alma reflexionando sobre sí misma; la palabra en español “**conciencia**” y en griego *suneidēsis* conlleva la idea de conocerse a sí mismo. De acuerdo con Romanos 2:14, aun quienes no tienen la ley escrita de Dios tienen un sentido moral innato de lo que está bien y está mal: “Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos”. La conciencia, o bien afirma el comportamiento correcto, o bien condena el comportamiento pecador.

Sin embargo, la conciencia no es infalible. No es la voz de Dios ni su ley moral, como señala Colin G. Kruse de manera muy útil:

La conciencia no debe ser equiparada ni con la voz de Dios ni con la ley moral, es más bien una facultad humana que juzga las acciones humanas a la luz de la norma de conducta más elevada que una persona puede percibir. Dado que toda la naturaleza humana se ha visto afectada por el pecado, tanto la percepción de la norma de conducta requerida como la función de la conciencia (como parte constitutiva de la naturaleza humana) se han visto afectadas por el pecado. Por esta razón, la conciencia no puede tener nunca la posición de juez final del comportamiento humano. Es posible que la conciencia nos excuse de lo que Dios no nos excusará; y, a la inversa, es igualmente posible que la conciencia nos condene por cosas que Dios permite. Por lo tanto, el veredicto final pertenece solamente a Dios (cp. 1 Co. 4:2-5). No obstante, rechazar la voz de la conciencia es exponerse al desastre espiritual (cp. 1 Ti. 1:19). No podemos rechazar la voz de la conciencia con impunidad, pero podemos modificar la norma de conducta con la cual se mide si obtenemos una mayor comprensión de la verdad (*The Second Epistle of Paul to the Corinthians*, The Tyndale New Testament Commentaries [Grand Rapids: Eerdmans, 1995], pp. 70-71).

Dado que la conciencia obliga a la persona a cumplir el más alto nivel de norma que posee, los creyentes tienen que establecer esa norma al máximo nivel mediante el reconocimiento de toda la Palabra de Dios. Ya que los creyentes llenan sus mentes con las verdades de las Escrituras, ven más claramente la ley perfecta de Dios. Entonces sus conciencias los llamarán a vivir de acuerdo con esta ley.

La conciencia funciona como una claraboya, no como una lámpara; no produce su propia luz, solamente deja que entre la luz de la moral. Por ello, la Biblia enseña la importancia de tener una limpia y buena conciencia. Pablo le escribió así a Timoteo: “El propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida” (1 Ti. 1:5). Pocos versículos después, Pablo enfatizaba la importancia de mantener “la fe y buena conciencia”, y advirtió que por desechar la segunda “nafragaron en cuanto a la fe algunos” (v. 19). Un requisito necesario para los diáconos es “que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia” (1 Ti. 3:9). Pedro ordenó esto a los creyentes: “[Tengan] buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena

conducta en Cristo” (1 P. 3:16). Tanto Pablo (Hch. 23:1; 2 Ti. 1:3) como el autor de Hebreos (He. 13:18) testificaron que habían mantenido buenas conciencias.

En la salvación, Dios limpia la conciencia de toda su acumulación de culpa, vergüenza y menosprecio propio. El autor de Hebreos lo escribió así: “La sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo” (He. 9:14). Por ello los creyentes tienen “purificados los corazones de mala conciencia” (He. 10:22). La conciencia limpia ya no acusa por los pecados del pasado, que están perdonados (Sal. 32:5; 103:12; Pr. 28:13; Mi. 7:18-19; Col. 1:14; 2:13-14; 1 Jn. 1:9) por la sangre de Cristo (Ef. 1:7; 1 Jn. 1:7; Ap. 1:5).

Los creyentes deben guardar la pureza de sus conciencias limpiadas ganando la batalla por la santidad en su interior, donde opera la conciencia. Pablo ganó la victoria en ese objetivo, por esto declaró al sanedrín lo siguiente: “Yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy” (Hch. 23:1); y al gobernador Félix dijo: “Por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hch. 24:16). A Timoteo le escribió así: “Doy gracias a Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia” (2 Ti. 1:3). Le recordó a su joven protegido que “el propósito [del] mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida” (1 Ti. 1:5) y lo exhortó a guardar la “buena conciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos” (1 Ti. 1:19). Como se señaló anteriormente, Pablo instruyó que los diáconos deben guardar “el misterio de la fe con limpia conciencia” (1 Ti. 3:9). Los cristianos también deben tener cuidado de no provocar que otros creyentes violen sus conciencias (1 Co. 8:7-13; 10:24-29) (John MacArthur, *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: 2 Corintios* [Grand Rapids: Portavoz, 2015], pp. 34-34).

Una **buena conciencia** es lo que todo cristiano debe tener, o mejor aún, mantener.

Una **conciencia** tranquila permite a los creyentes ser libres de cualquier carga de culpa cuando enfrentan hostilidad y crítica del mundo (cp. Job 27:6; Ro. 14:22; 1 Ti. 3:9). No obstante, una conciencia impura no puede estar tranquila (cp. Gn. 42:21; 2 S. 24:10; Hch. 2:37) y es incapaz de soportar la presión procedente de pruebas difíciles y de persecuciones. En cuanto a lo **que murmuran**, los creyentes deberían estar de acuerdo con el apóstol Pablo, quien declaró: “Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hch. 24:16; cp. 2 Co. 1:12). (Para un análisis más profundo de la conciencia, véase John MacArthur, *The Vanishing Conscience* [Dallas: Word, 1994], especialmente los capítulos 2, 3, 10, y apéndices 2 y 3).

Los creyentes de quienes **murmuran**, y que tienen **buena conducta en Cristo**, tendrán sus conciencias tranquilas, estarán despreocupados por la culpa, y sus vidas piadosas demostrarán que todas las críticas de los incrédulos son falsas. **Murmuran** (*katalaleisthe*) es una palabra onomatopéyica (cuya pronunciación sugiere su significado) que describe “hablar mal” o “maltrato verbal”. **Calumnian** significa “amenazan”, “insultan”, o “maltratan”. Una conciencia pura puede soportar y desviar cualquier lenguaje abusivo e insultante que el mundo le arroje (cp. 1 Co. 4:12). Quienes participan en tan pecaminoso maltrato a creyentes obedientes (Sal. 42:10; 74:10; Mt. 27:29, 31, 41, 44; Mr. 15:32; Lc. 23:36; Hch. 2:13), con el propósito de avergonzarlos y frustrarlos, serán **avergonzados** (cp. Gn. 42:8-21).

La adversidad es una realidad, y sufrir es un privilegio espiritual para los creyentes. Si comprenden “que a los que aman a Dios, todas las cosas les -ayudan a bien” (Ro. 8:28), podrán aceptar el sufrimiento como parte del plan de Dios para ellos, y se dotarán a sí mismos con las seguridades divinas contra un mundo hostil. El puritano Thomas Watson escribe:

Las aflicciones actúan para bien, mientras dan paso a la gloria... No que ellos merezcan gloria, pero tales aflicciones los preparan para eso. Así como el arado prepara la tierra para un cultivo, así también las aflicciones nos preparan y nos alistan para la gloria. El pintor pone su oro sobre colores oscuros, por lo que Dios pone primero los colores oscuros de la aflicción, y luego pone el color dorado de la gloria. Al odre se le curte antes de ponerle el vino: Los odres de misericordia se curten primero con aflicción, y luego se derrama en ellos el vino de gloria. Por tanto, vemos que las aflicciones no son perjudiciales sino provechosas para los santos (*All Things for Good* [reimpresión; Edinburgh: Banner of Truth, 1986], p. 32).

19. El triunfo del sufrimiento de Cristo

Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua. El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades. (3:18-22)

Pedro termina su sección sobre el sufrimiento injusto de los creyentes con el ejemplo de cómo el padecimiento injusto de Cristo logró el propósito triunfal de Dios. En el corazón del evangelio está el hecho de que Jesucristo, quien era perfectamente justo, murió por individuos absolutamente injustos. Triunfó a través de ese sufrimiento injusto, según Dios había predeterminado, proveyendo redención para el mundo. En ese hecho único, Dios cumplió sus intenciones y los hombres perversos también cumplieron las suyas (Hch. 2:23-24; 4:27-28; cp. Gn. 50:19-20). El misterio de la providencia divina es que Dios es absolutamente soberano, pero su gobierno y su predeterminación no están separados de la responsabilidad humana. Y la maldad del hombre no reduce a Cristo a una causa secundaria. Dios es primordial en llevar a cabo providencialmente todos los elementos de su plan y voluntad perennes. El ejemplo perfecto de Cristo de padecer injustamente y a través de eso lograr el glorioso propósito salvador de Dios debería brindar a los creyentes esperanza y confianza para el triunfo del propósito divino en medio de sus propios sufrimientos (cp. Ro. 8:17; 2 Co. 2:14; Fil. 1:29). A fin de darles un entendimiento más enriquecedor del bendito resultado de la injusticia en la cruz, Pedro insta a sus lectores a considerar cuatro elementos de la victoria del Señor: Su victoriosa carga del pecado, su victorioso sermón, su victoriosa salvación, y su victoriosa supremacía.

SU VICTORIOSA CARGA DEL PECADO

Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, (3:18a)

Las conjunciones **también** y **por** hacen volver a los lectores de Pedro al pasaje anterior (3:13-17) y les recuerda que no se deberían sorprender o desanimar por el padecimiento, ya que **Cristo** triunfó en su sufrimiento aunque **padeció** una muerte muy dolorosa, y del tipo más horrible: la crucifixión. En contraste, el autor de la carta a los hebreos recuerda a sus lectores que sufrían, que ellos “aún no [habían] resistido hasta la sangre” (12:4). La mayoría de creyentes no morirá como mártires, pero incluso cuando lo hacen, esa muerte es la paga por sus pecados (Ro. 6:23). Todas las personas mueren porque son pecadoras, lo que en un sentido convierte en una muerte justa incluso a la muerte por causa de la justicia. El hombre merece morir; Jesús no lo merecía.

Algunas versiones (p. ej. LBLA, BLPH, NBLH, TLA, NVI) traducen en este versículo a la palabra **padeció** como “murió”, una interpretación basada en diferentes manuscritos griegos. Pero las distintas traducciones no cambian el significado: Cristo **padeció** al morir por los pecados. El pecado ocasionó la muerte del Cristo inmaculado. Este es el ejemplo supremo de sufrimiento por causa de la justicia (v. 18), y Él estuvo dispuesto a soportarlo para beneficio de los pecadores (Is. 53:4-6, 8-12; Mt. 26:26-28; Jn. 1:29; 10:11, 15; Ro. 5:8-11; 8:32; 1 Co. 15:3; 2 Co. 5:15, 18-19; Gá 1:4; Ef. 2:13-16; Col. 1:20-22; 1 Ts. 1:10; 1 Ti. 2:5-6; He. 2:9, 17; 7:27; 9:12, 24-28; 10:10; 13:12; 1 Jn. 1:7; 2:2; 4:10; Ap. 1:5; 5:9). Ya antes en esta carta Pedro afirmó que Cristo “no hizo pecado” (2:22). Nunca tuvo un solo pensamiento, palabra o acción que no agradara por completo a Dios; más bien su conducta en todo aspecto fue perfectamente santa (Is. 53:11; Lc. 1:35; 2 Co. 5:21; He. 4:15; 7:26; cp. Jn. 5:30; He. 1:9).

Por tanto **Cristo padeció por los pecados** porque “fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos” (He. 9:28; cp. Ro. 8:3; He. 10:5-10). En la economía del Antiguo Testamento, Dios requería sacrificios de animales para simbolizar la necesidad de expiar el pecado por medio de la muerte de un sustituto inocente (Éx. 29:31-33, 36; Lv. 1:4-5; 8:34; 16:2-16; 17:11; 23:26-27; Nm. 15:25; 1 Cr. 6:49); el Nuevo Testamento presenta a Cristo como el sacrificio perfecto que cumplió todos los símbolos en la realidad de expiar por todos los pecadores que alguna vez creerían (Jn. 3:14-15; Ro. 5:6-11; 1 Co. 5:7; He. 9:11-14, 24, 28; 12:24; 13:11-12).

La frase **una sola vez** se traduce de la palabra *hápax*, que significa “de validez perpetua, que no requiere repetición”. Para los judíos tan familiarizados con su sistema de sacrificios, este era un concepto totalmente nuevo. A fin de expiar por el pecado habían matado millones de animales a lo largo de los siglos. Durante su celebración anual de la Pascua se sacrificaba hasta un cuarto de millón de ovejas. Pero la única muerte expiatoria de Jesucristo acabó con ese desfile insuficiente de animales hacia el altar de una vez y para siempre (He. 1:3; 7:26-27; 9:24-28; 10:10-12), cuando llevó el castigo que los elegidos debían pagar y lo soportó por ellos, cumpliendo así a satisfacción el justo juicio de Dios.

Por consiguiente, en la muerte sustitutoria de Cristo padeció **el justo por los injustos**. Como la ofrenda perfecta por el pecado, Él voluntariamente (Jn. 10:15-18) y de acuerdo con el propósito redentor del Padre desde antes de la fundación del mundo (Hch. 2:23; 4:27-28; 13:27-29; cp. 2 Ti. 1:9; Ap. 13:8) llevó sobre sí todo el castigo que los injustos debían pagar (2:24). Ningún texto lo declara de manera más concisa que 2 Corintios 5:21: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. Mucho más se puede decir acerca del pecado y la imputación, como dice en otra parte (cp. Ro. 3—6), pero aquí Pedro dirige sus

declaraciones a lo práctico, refiriéndose al sufrimiento sustitutorio de Jesús como una ilustración de cómo la más extrema aflicción e injusticia dio como resultado el triunfo singularmente supremo de la salvación. Esto debería ser eminentemente alentador para los creyentes que sufren de manera injusta.

El triunfo en la muerte de Cristo se expresa en la frase **para llevarnos** [a los creyentes] **a Dios**. El rasgado divino del velo del templo de arriba hacia abajo (Mt. 27:51) demostró simbólicamente la realidad de que Él había abierto el camino hacia Dios. El lugar santísimo celestial, el “trono de la gracia” (He. 4:16), fue hecho disponible para el inmediato acceso de todos los verdaderos creyentes. Como sacerdotes reales (2:9), todos los creyentes son bienvenidos a la presencia de Dios (He. 4:16; 10:19-22).

El verbo traducido **para llevarnos** (*prosagō*) expresa el propósito específico de las acciones de Jesús. A menudo describe a alguien a quien se está haciendo pasar o a quien se le da acceso hacia otra persona. En el griego clásico la forma del pronombre tácito se refiere a quien hace pasar. En los tribunales antiguos ciertos funcionarios controlaban el acceso al rey. Verificaban el derecho de alguien de verlo y luego hacían pasar a esa persona a donde estaba el monarca. Cristo ahora realiza esa función para los creyentes. Hebreos 6:20 dice con relación al atrio interior del cielo que Él “entró por [los creyentes] como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre”. Cristo entró para llevar a los elegidos a la comunión con Dios (cp. Sal. 110:4; He. 2:17-18; 3:1-2; 4:14—15; 5:4-6; 7:17, 21-22, 25; 8:1-2, 6; 9:13-14).

EL SERMÓN VICTORIOSO DE CRISTO

siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, (3:18b-20a)

Algunos críticos han puesto en duda la resurrección de Cristo de entre los muertos afirmando que en primer lugar no murió. Según ese razonamiento escéptico, Él simplemente se desmayó y quedó en un estado semicomatoso en la cruz, la frialdad de la tumba lo revivió, se desenvolvió, y salió. Pero la frase **siendo a la verdad muerto en la carne** no deja duda de que la vida física de Jesús cesó en la cruz. A fin de acelerar la muerte de los dos ladrones en el Calvario, crucificados a cada lado de Cristo, los verdugos romanos quebraron sus piernas (Jn. 19:31-32). (Las víctimas de crucifixión posponían sus muertes tanto como fuera posible levantándose sobre las piernas, lo que les permitía tomar otra bocanada de aire). Sin embargo, los soldados no se molestaron en romper las piernas de Cristo porque pudieron ver que Él ya estaba muerto. Para confirmar esa realidad, uno de ellos le horadó el costado con una lanza, ocasionándole que saliera agua y sangre, una señal fisiológica de que sin duda estaba muerto (19:33-37).

La frase **pero vivificado en espíritu** es una referencia a la persona eterna de Jesús. El texto griego omite el artículo definido, lo que sugiere que Pedro no se estaba refiriendo al Espíritu Santo, sino a que el Señor estaba espiritualmente vivo, contrastando la condición de la **carne** (cuerpo) de Cristo con la de su **espíritu**. Su espíritu eterno siempre ha estado vivo, aunque su cuerpo terrenal estuvo entonces muerto; pero tres días después ese cuerpo fue resucitado en un estado transformado y eterno.

Algunos intérpretes creen que la mencionada frase describe la resurrección de Jesús. Pero si el apóstol hubiera querido hacer tal referencia habría usado una expresión como “siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en la *carne*”. La resurrección no fue simplemente una realidad espiritual, fue física (cp. Lc. 24:39; Jn. 20:20, 27). De ahí que el planteamiento aquí de Pedro debe

ser que aunque el cuerpo de Jesús estaba muerto, permaneció **vivificado en su espíritu** (cp. Lc. 23:46).

A pesar de que Cristo es Aquel que en sí es vida eterna (1 Jn. 5:20), experimentó un tipo de muerte espiritual, definida no como cese de la existencia sino como una experiencia de separación de Dios. Mientras se hallaba en la cruz, Jesús estaba plenamente consciente al gritar: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46). Esa declaración refleja su sentido temporal y humanamente incomprensible del aislamiento por parte del Padre, mientras que toda la ira de Dios y la carga de las iniquidades de los pecadores fue puesta en Él y juzgada (cp. 2 Co. 5:21; Gá 3:10-13; He. 9:28). Durante ese breve tiempo la experiencia de Cristo iguala a la condición de los incrédulos que paradójicamente viven en muerte espiritual (separación de Dios) en esta vida y enfrentan juicio divino en la muerte física (cp. Dn. 12:2; Mt. 25:41, 46; Mr. 9:43-48; Jn. 3:36; Ap. 20:15). En su muerte por el pecado y su resurrección a gloria eterna, Cristo conquistó la muerte; sin embargo, los pecadores no regenerados -experimentan sus propias muertes por los pecados de los que no se arrepintieron, y experimentarán vergüenza y castigo por toda la eternidad.

En el cual también se refiere a lo que ocurrió con su espíritu vivo mientras su cuerpo físico muerto yacía en la tumba (con relación a su sepultura, véase Mt. 27:57-60; Jn. 19:38-42). **Fue** (*poreuomai*) denota ir de un lugar a otro (véase también el v. 22, donde la palabra se usa con referencia a la ascensión). Cuando el texto certifica que Cristo **predicó a los espíritus encarcelados**, está indicando que a propósito fue a un lugar real para hacer un anuncio triunfal a seres cautivos antes de resucitar al tercer día.

El verbo traducido **predicó** (*kērussō*) significa que Cristo “enseñó” o “anunció su triunfo como un heraldo”. En el mundo antiguo los heraldos llegaban a una ciudad como representantes de los reyes para hacer anuncios públicos o preceder a generales y monarcas en las procesiones que celebraban triunfos militares, anunciando las victorias ganadas en batalla. Este verbo no sugiere que Jesús fuera a predicar el evangelio, o si no Pedro probablemente habría usado una forma del verbo *euangelizō* (“evangelizar”). Cristo fue a proclamar su victoria al enemigo anunciando su triunfo sobre el pecado (cp. Ro. 5:18-19; 6:5-6), la muerte (cp. Ro. 6:9-10; 1 Co. 15:54-55), el infierno, los demonios, y Satanás (cp. Gn. 3:15; Col. 2:15; He. 2:14; 1 Jn. 3:8).

Cristo dirigió su anuncio **a los espíritus**, no a seres humanos, o si no Pedro habría usado *psuchai* (“almas”) en lugar de *pneumasin*, una palabra que el Nuevo Testamento nunca usa para referirse a personas excepto cuando un genitivo las califica (p. ej., He. 12:23; “los espíritus de los justos”).

Desde la caída de Satanás y sus demonios ha habido un conflicto cósmico entre las fuerzas angelicales del bien y el mal (cp. Job 1—2; Dn. 10:13; Zac. 3:1; Ef. 6:16; Ap. 12:3-4; 16:12-14). Después de la aparente victoria del diablo cuando indujo a Adán y Eva (y en consecuencia a todos sus descendientes) a caer en pecado (Gn. 3:1-7; Ro. 5:12-14), Dios prometió al mismo diablo la destrucción final por parte del Mesías, quien triunfaría con una aplastante victoria sobre él, a pesar de que también sufriría una herida leve de parte del diablo (Gn. 3:15). En consecuencia, Satanás trató de evitar esto por medio del genocidio de los judíos (cp. Est. 3:1—4:3) y de la destrucción de la línea mesiánica misma durante la época de Joás (2 Cr. 22:10-12; cp. 23:3, 12-21). Cuando toda esa estrategia falló, intentó matar al naciente Mesías (Mt. 2:16-18). Frustrado por eso, Satanás trató de tentar al mismo Cristo a que abandonara su misión (Mt. 4:1-11; Lc. 4:1-13). Más tarde incitó a los líderes judíos y a sus seguidores a causar disturbios que dieron como resultado la crucifixión del Señor (Mr. 15:6-15). Los diabólicos dirigentes judíos incluso se encargaron de que la tumba de Jesús estuviera custodiada para que Él no saliera del sepulcro (Mt. 27:63-66). Los demonios quizás habían estado celebrando su aparente victoria tras la muerte y sepultura de Cristo, pero solo para de

inmediato quedar profunda y -permanentemente desilusionados cuando el mismo Cristo vivo se les apareció. Los espíritus angelicales a los que Cristo se dirigió estaban **encarcelados** (*phulakē*; en un verdadero lugar de prisión, no simplemente en una condición).

En la actualidad los creyentes deben luchar contra los poderes de las fuerzas demoníacas sueltas mientras estas influyen en ellos a través del sistema mundial corrupto sobre el cual Satanás rige. El apóstol Pablo manifestó a la iglesia en Éfeso: “No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Ef. 6:12), lo que claramente dice que la jerarquía demoníaca está realizando de manera activa y libre su obra en el mundo. No fue a tales espíritus sueltos, sino a los demonios encarcelados, a los que Cristo fue a anunciarles su triunfo.

El libro de Apocalipsis llama a esta prisión “el pozo del abismo”, literalmente “el pozo sin fondo”. Algunos análisis de Apocalipsis 9:1-2 proveen mayor entendimiento de la prisión y de sus sujetos cautivos.

Con su teatro de operaciones hoy día restringido a la tierra, y acabándosele el tiempo (cp. 12:12), Satanás buscará ahora reunir a todas sus huestes demoníacas: las que ya están en la tierra, que fueron echadas al planeta junto con él, y las encarceladas en el pozo del abismo (literalmente “el pozo sin fondo”. *Abussos* (pozo del abismo) aparece siete veces en Apocalipsis, siempre en referencia a la morada de demonios encarcelados (cp. 9:2, 11; 11:7; 17:8). Durante el milenio Satanás mismo será mantenido cautivo allí, encadenado y encerrado con los demás prisioneros demoníacos (20:1, 3).

La Biblia enseña que Dios ha escogido, en su soberanía, encarcelar a algunos demonios en ese **pozo** de castigo. Segunda Pedro 2:4 dice que “Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio”. La frase “arrojándolos al infierno” es un participio griego derivado del sustantivo griego *Tartarus*. Tal y como Jesús empleó un término para el infierno, derivado del vocabulario popular de los judíos (*Gehenna*; cp. Mt. 5:22), así Pedro escogió un término de la mitología griega que conocían sus lectores. Tártaro era el nombre que se usaba en la literatura griega para referirse al lugar donde los peores pecadores, los que habían ofendido personalmente a los dioses, iban después de la muerte y recibían castigo. El lugar donde Dios guarda a los demonios encarcelados es sin duda diferente del lugar imaginario de la mitología griega. Sin embargo, el empleo del término *Tártaro* sí parece llevar la idea de que, debido a la atrocidad de su pecado, Dios ha encarcelado a ciertos ángeles caídos en tal lugar de aislamiento y de los tormentos más severos. Ellos permanecen en ese lugar, esperando su sentencia para el castigo final en el eterno lago de fuego (Ap. 20:10, 13-14).

Los demonios encarcelados en el abismo son, sin duda, los más malvados, viles y perversos de todos los ángeles caídos. Judas describe algunos de ellos como “ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada”, apuntando que Dios “los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno” (Jud. 6-7). Ese pasaje describe a ciertos ángeles caídos que dejaron su dominio angelical para entregarse al pecado sexual con seres humanos, como los hombres de Sodoma y Gomorra intentaron pervertidamente tener relaciones sexuales con ángeles (Gn. 19:1, 4-5).

Pedro revela cuándo ocurrió este pecado de los ángeles:

Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua (1 P. 3:18-20).

Los “espíritus encarcelados” en el abismo son “los que en otro tiempo desobedecieron... en los días de Noé”. Son demonios que cohabitaron con mujeres en el fallido intento de Satanás de corromper el género humano y hacer imposible su redención (Gn. 6:1-4). Que los demonios aún temen ser enviados al abismo es evidente por el hecho de que algunos le rogaron a Jesús que no los enviara allá (Lc. 8:31). Eso sugiere que otros demonios han sido encarcelados después de los sucesos de Génesis 6. Los demonios liberados por Satanás al toque de la quinta trompeta puede que no incluya a los que pecaron en la época de Noé (cp. Jud. 6), ya que de ellos se dice que están “en prisiones eternas” (Jud. 6) hasta el último día cuando se les enviará al eterno lago de fuego (20:10; Jud. 7). Los liberados pudieran ser otros demonios encarcelados en el abismo. Así que el pozo es el lugar preparatorio de encarcelación de los demonios, desde donde algunos serán liberados para este juicio (*Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Apocalipsis* [Grand Rapids: Portavoz, 2010], pp. 261-62).

Pedro identifica aún más a los demonios a los que Cristo predicó su sermón triunfal como **los que en otro tiempo desobedecieron**. Según la razón de que Dios los atara permanentemente en el lugar de reclusión, esa desobediencia se relaciona específicamente con algo que ocurrió **en los días de Noé**.

¿Cuál fue esa desobediencia que tuvo resultados tan graves y permanentes? Los lectores de Pedro deben haber conocido el pecado específico cometido por los demonios encarcelados porque el apóstol no lo detalló. Génesis 6:1-4 relata esta desobediencia demoníaca:

Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, que viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas. Y dijo Jehová: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años. Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre.

Satanás y sus ángeles ya se habían rebelado, habían sido expulsados del cielo, siendo sujetados eternamente en un estado de perversidad pura. El diablo había tenido éxito en el huerto y su fuerza demoníaca había estado en acción motivando la corrupción en el mundo.

El relato de Génesis 6 fue quizás el esfuerzo más atroz que Satanás hizo en relación con la provisión ordenada por Dios en cuanto al matrimonio (v. 1). Los demonios montaron un ataque sobre el matrimonio y la procreación, que tuvo malvada influencia en las generaciones posteriores.

“Los hijos de Dios” se yuxtapone con “las hijas de los hombres”. El contraste es entre seres sobrenaturales y mujeres. “Hijos de Dios” no pueden ser hombres, o serían llamados “hijos de los hombres”. Tampoco pueden ser hombres justos de una línea justa de personas, o setitas (como algunos sugieren), porque eso no contrasta con “hijas de los hombres”, como si todas las mujeres fueran injustas y todos los “hijos de Dios” fueran únicamente hombres.

La interpretación más antigua, el punto de vista tradicional judío de antiguos rabinos y modernos comentaristas judíos, así como de los padres de la iglesia, es que “los hijos de Dios” eran demonios, o ángeles caídos. El contexto de juicio en el diluvio imposibilita que ángeles santos estén a la vista (véase Gordon J. Wenham, *Genesis 1-15*, Word Biblical Commentary [Waco, Tex.: Word, 1987], 1:139).

La frase “hijos de Dios” (hebreo *bene haelohim*) siempre se refiere a ángeles en sus otros usos en el Antiguo Testamento (cp. Job 1:6; 2:1; 38:7; Sal. 29:1; 89:6). El término siempre se emplea como aquellos creados directamente por Dios, no los que son procreados por medio de nacimiento humano, igual que los -setitas, los nobles, reyes o aristócratas. Los espíritus celestiales están en contraste con las mujeres terrenales. Estos entonces son ángeles caídos que actuaron de manera perversa, sobrepasando los límites de su esfera. Desafiaron a Dios al dejar su mundo espiritual para entrar en la esfera humana (así como Satanás había entrado al mundo animal en el Edén). Este es el primer registro bíblico de posesión demoníaca: demonios morando en personas.

Tales espíritus malvados fueron atraídos hacia mujeres, a quienes vieron “hermosas” en alguna manera perversa y lujuriosa. Ellas eran “las hijas” que se mencionan en 6:1 (no un tipo especial de mujeres), a quienes los demonios tomaron por esposas. El hebreo es *Laqach*, que describe transacciones matrimoniales (Gn. 4:19; 11:29; 12:19; 20:2-3; 25:1), no violación o fornicación.

Sin duda esa situación plantea la pregunta: ¿Cómo pueden seres espirituales casarse con mujeres? Esto es posible solo si moran en cuerpos humanos, como los ángeles pueden hacer y han hecho (cp. Gn. 18:1-2, 8; 19:1, 5; He. 13:2). Esos demonios entraron en cuerpos humanos (un fenómeno a menudo encontrado por Cristo y los apóstoles en la narración del evangelio), como es evidente por los hijos que nacieron de esas uniones (Gn. 6:4). A pesar de que los hijos eran humanos, había en ellos una generalizada influencia de los demonios.

Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Jehová: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho (Gn. 6:5-7).

El hecho de que las personas estuvieran accesibles a los demonios muestra la maldad del ser humano en esa época. Tales individuos poseídos por demonios produjeron entonces una generación que era más que corrupta tanto por dentro como por fuera, a la que se debía destruir.

Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra. Dijo, pues, Dios a Noé: He decidido el fin de todo ser, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra (Gn. 6:11-13).

La tentación original en el huerto puede ayudar a explicar la estrategia demoníaca:

Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para

alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella (Gn. 3:1-6).

El plan de Satanás en el Edén fue convencer a Eva de que ella se volvería como Dios; de que ella y Adán podían ser elevados a una vida superior, escapando incluso a las pocas limitaciones que experimentaban. Si eso era atractivo, volverse más “sobrenaturales”, antes de que el pecado y la muerte reinaran, ¿cuán atractivo podría ser después? Génesis 4 y 5 relatan que la muerte reinaba en toda la creación, y con ella el sufrimiento y la aflicción (ocho veces en el capítulo 5 aparece la frase “y murió”). Sería coherente con la estrategia de Satanás prometer un encumbramiento sobrenatural, una experiencia trascendental, una comunión con los espíritus, e incluso victoria sobre la muerte y, por tanto, vida eterna, a través de una pervertida unión marital.

Satanás siempre ha prometido que si la humanidad es receptiva al mundo espiritual puede eludir el juicio y obtener inmortalidad. Tal insidiosa promesa parece conocida. Ciertas religiones falsas desde entonces, comenzando ya en las religiones de misterio babilónicas con sus ritos paganos de fertilidad, han prometido alguna vía mágica para que los humanos obtengan un nivel superior de existencia (inmortalidad o incluso divinidad), en que las relaciones sexuales fuera de lo común juegan un papel clave en el proceso.

Pero a pesar de la participación y la promesa de Satanás, la descendencia de las uniones de Génesis, aunque demonizada, estaba conformada solo por seres humanos y por tanto objetivos para el juicio divino que estaba a punto de ocurrir. Cuando Dios ahogó al mundo ciento veinte años después, todos ellos perecerían porque solo eran “carne” (Gn. 6:3). No eran más que individuos depravados y dominados por demonios.

Génesis 6:4 agrega: “Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre”. “Gigantes” se traduce de una palabra hebrea que significa “los caídos”, o aquellos de gran poder que aplastan a las personas. El texto expresa que ellos ya estaban en la tierra cuando los demonios encarnados fueron tras las mujeres. El término se usa en otro lugar, Números 13:30-33, donde describe no una raza de antepasados, puesto que ninguno sobrevivió al diluvio, sino a individuos en la tierra de Canaán que eran poderosos conquistadores que amenazaban a Israel. Cuando los incrédulos espías que entraron a Canaán quisieron impedir que Israel fuera a la batalla, describieron a los moradores como gigantes, adoptando la antigua transcripción con el fin de explicarse mejor, porque la palabra se usaba comúnmente para describir enemigos aterradores.

La frase “y también después” clarifica el propósito de mencionar a los gigantes. Después que los “hijos de Dios” y las “hijas de los hombres” se casaran, proliferaron hijos que eran como los gigantes (“valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre”). De tales uniones salió una gran cantidad de guerreros poderosos e infames, que igual que los gigantes eran héroes en una forma peligrosa... que obtuvieron poder y reputación, y que indujeron temor en tiempos antiguos siendo feroces y mortíferos. Todos esos hijos, junto con los anteriores gigantes, perecieron con el resto del mundo (Gn. 7:23-24).

Lo que sella esta interpretación es el texto dado aquí por Pedro. El Señor predicó su triunfo sobre Satanás, el pecado, la muerte y el infierno a los peores demonios: los que desobedecieron a Dios en la peor manera en los días de Noé antes del diluvio. El gran esfuerzo de los ángeles caídos por endemoniar a las personas, obstaculizar el propósito redentor de Dios, y evitar que la “simiente” de la

mujer (Gn. 3:15) aplastara la cabeza de Satanás y enviara a los demonios al lago de fuego (Mt. 25:41; Ap. 19:20; 20:10, 14, 15) fue finalmente frustrado en la cruz.

En su segunda carta, Pedro también se refiere brevemente al pecado de los demonios encarcelados:

Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio; y si no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos; y si condenó por destrucción a las ciudades de Sodoma y de Gomorra, reduciéndolas a ceniza y poniéndolas de ejemplo a los que habían de vivir impíamente (2 P. 2:4-6).

La inmoralidad que ocasionó el diluvio está vinculada con la perversión que trajo como consecuencia el fuego y el azufre sobre Sodoma y Gomorra (Gn. 18 y 19). Judas hace el mismo paralelo:

Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno (vv. 6-7).

Esos espíritus malignos fueron enviados al abismo porque sobrepasaron los límites de la tolerancia de Dios. Llenaron la tierra con su vileza hasta tal punto que ni siquiera ciento veinte años de predicación de Noé convencieron a nadie más allá de su familia a arrepentirse, creer en Dios, y escapar de su juicio. Desde esa época, los demonios que cometieron tales pecados atroces habían estado encarcelados y atados cuando Jesús murió en el Calvario. Quizás para entonces creían que Él había perdido la ventaja sobre ellos, pero ese no era el caso. En lugar de eso, Cristo apareció en medio de ellos y les predicó su triunfo. Colosenses 2:15 declara: “[Dios] despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”.

Lo que Pedro quiere dar a conocer es fascinante y dramático: los creyentes sufrirán “por causa de la justicia” (3:14), y por hacer el bien (v. 17). Todo creyente que sufre se puede animar con que esto no es un desastre sino más bien la senda hacia la victoria espiritual. El ejemplo sin igual de tal triunfo es el Señor mismo, quien padeció injustamente y por medio de ese sufrimiento conquistó al pecado y los demonios del infierno (v. 22). En realidad Dios usa poderosamente la persecución injusta para sus propósitos santos.

LA VICTORIOSA SALVACIÓN DE CRISTO

cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua. El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo, (3:20b-21)

Pedro vio al relato bíblico de **cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé**, antes de enviar el diluvio, como una analogía para la triunfal salvación provista por medio de Jesucristo. Dios fue paciente con el mundo corrupto, según declara Génesis 6:3: “No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años”. Durante ese período de gracia de ciento veinte años, Noé fue un “pregonero de justicia” (2 P. 2:5) que anunció juicio, pero también ofreció el camino de la liberación. Los miembros de la familia de Noé fueron las únicas **personas, es decir, ocho** sobre la tierra en prestar atención a la advertencia

divina y escapar de la catástrofe que se avecinaba de un diluvio universal. Por tanto, solo Noé, su esposa y sus tres hijos con sus esposas **fueron** las únicas personas **salvadas por agua** mientras los demás miembros de la humanidad perecieron ahogados en un acto de justicia por parte de Dios (Gn. 6:9—8:22).

Durante el período de gracia, la gente pudo ver **mientras se preparaba el arca** por parte de Noé y sus hijos. Aunque el propósito del arca era rescatar del diluvio a Noé y su familia, también fue para los creyentes una lección objetiva del inminente juicio de Dios sobre el mundo. La nula capacidad de respuesta al “sermón del arca” revela cuán profunda era la maldad en la época de Noé: “Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gn. 6:5).

Pedro usó la frase **que corresponde a esto**, que contiene la palabra *antitupon*, cuyo significado es “copia”, “contraparte” o “figura que apunta a” para hacer la transición a la salvación en Cristo. De esa palabra proviene el término teológico *símbolo*, que en el Nuevo Testamento describe una expresión terrenal de una realidad celestial; un símbolo o analogía de una verdad espiritual (cp. Jn. 3:14-16; He. 4:1-10; 8:2, 5). La preservación en el arca de aquellos que le creyeron a Dios es análoga a la salvación que los creyentes tienen en Cristo.

Algunos comentaristas creen que el diluvio es el símbolo porque *antitupon* (bautismo, v. 21) y *hudatos* (**agua**, v. 20) son sustantivos neutros. Sin embargo, es mejor ver el símbolo en el sentido más amplio de Noé y la experiencia total de su familia con el arca. Dios los preservó de las aguas del diluvio mientras el resto de la humanidad perecía. Noé y sus hijos son un verdadero símbolo de la salvación en Jesucristo, quien preserva a los creyentes sin peligro a través del juicio de Dios sobre los pecadores.

Ciertas tradiciones teológicas malinterpretan la declaración de Pedro **el bautismo... ahora nos salva** para referirse a la salvación espiritual por bautismo en agua (es decir, regeneración bautismal). Pero **bautismo** (de *baptizō*) simplemente significa “inmersión”, y no solo en agua. Pedro emplea aquí **bautismo** para referirse a inmersión figurada en Cristo como el arca de protección que navegará por sobre el holocausto del juicio a los malvados. Noé y su familia fueron inmersos no solo en agua, sino en el mundo bajo juicio divino. Todo el tiempo estuvieron protegidos por estar en el arca. Dios los preservó en medio de su juicio, que es lo que también hace por todos los que confían en Cristo. El juicio final de Dios traerá fuego y furia sobre el mundo, destruyendo todo el universo (cp. 2 P. 3:10-12); no obstante, el pueblo de Dios será protegido y llevado a eternos cielos nuevos y tierra nueva (v. 13).

Pedro dejó en claro que no quería que sus lectores creyeran que se estaba refiriendo al **bautismo** en agua cuando específicamente dijo **no quitando las inmundicias de la carne**. (Para un estudio más completo del bautismo y la regeneración, véase John MacArthur, *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Hechos* [Grand Rapids: Portavoz, 2014], pp. 76-79). Que Pedro realmente estaba refiriéndose a una realidad espiritual cuando escribió **el bautismo... ahora nos salva** también está claro por la frase **sino como la aspiración de una buena -conciencia hacia Dios, por la resurrección de Jesucristo**. El único bautismo que salva a las personas es seco — el espiritual tanto en la *muerte* como en la resurrección de Cristo — para aquellos que apelan a Dios para que los ponga en la seguridad del arca espiritual de la salvación (cp. Ro. 10:9-10).

Así como el diluvio sumergió a todas las personas en el juicio de Dios, pero algunas lo pasaron a salvo, así también en el juicio final participará todo el mundo, pero aquellos que están en Cristo lo pasaran a salvo. La experiencia de la familia de Noé en el diluvio también es análoga a la experiencia de todos los que reciben salvación. Así como ellos murieron a su mundo anterior cuando entraron al

arca y luego experimentaron casi una resurrección cuando salieron del arca hacia un nuevo mundo después del diluvio, así también todos los cristianos mueren a su mundo antiguo cuando entran al cuerpo de Cristo (Ro. 7:4-6; Gá 2:19-20; Ef. 4:20-24). Ellos posteriormente disfrutaron novedad de vida que culmina un día con la resurrección a vida eterna. Pablo enseñó a los -romanos:

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva (Ro. 6:3-4; cp. 1 Co. 6:17; 10:2; 12:13; Gá 3:27; Ef. 4:5).

Por tanto, Dios provee salvación porque un pecador, por fe, es sumergido en la muerte y resurrección de Cristo, de quien se vuelve propiedad a través de esa unión espiritual. La salvación no ocurre por medio de un rito, inclusive el bautismo en agua (**quitando las inmundicias de la carne**), sino por **la aspiración de una buena conciencia hacia Dios**. **Aspiración** (*eperōtēma*) es un término técnico que se usaba al hacer contratos. Aquí se refiere a estar de acuerdo en cumplir ciertas condiciones requeridas divinamente antes de que Dios ponga a alguien en el arca de la seguridad (Cristo). Todo aquel que va a ser salvo debe llegar primero a Dios con un deseo de obtener una **buena** (limpia) **conciencia** y una disposición de cumplir las condiciones (arrepentimiento y fe) necesarias para obtenerla. Cuando aspiran a tener una buena conciencia para con Dios, es decir, una conciencia libre de acusación y condenación (cp. Ro. 2:15), las personas no regeneradas muestran que están cansadas del pecado que las domina y que desean ser liberadas de su carga de culpa y de la amenaza del infierno (cp. Lc. 18:13-14; Hch. 2:37-38). Ansían la limpieza espiritual que viene por medio de la sangre derramada de Cristo (3:18; cp. 1:18-19; 2:24; He. 9:14; 10:22). Por tanto, se arrepienten de sus pecados y le suplican a Dios que las perdone y les quite la culpa que plaga su conciencia, todo lo cual está disponible al confiar en el sacrificio expiatorio de Cristo. El bautismo en agua no salva; es el bautismo del Espíritu Santo en el pecador que confía en Jesucristo, la única arca de -salvación de los elegidos, lo que rescata para siempre del infierno al pecador y lo lleva en forma segura al cielo. Este es el triunfo definitivo del sufrimiento de Cristo por esa persona y la garantía del triunfo en medio de su propio sufrimiento injusto.

LA SUPREMACÍA VICTORIOSA DE CRISTO

quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades. (3:22)

Pedro concluye este pasaje con una gloriosa nota final relacionada con el sufrimiento triunfal de Cristo. El Antiguo y el Nuevo Testamentos afirman que **la diestra** es un lugar de prestigio y poder (Gn. 48:18; 1 Cr. 6:39; Sal. 16:8; 45:9; 80:17; 110:1; Mr. 16:19; Hch. 2:33; 5:31; Ro. 8:34; Ef. 1:20; He. 12:2). **La diestra de Dios** es el lugar preeminente de honor y autoridad por toda la eternidad (Éx. 15:6; Dt. 33:2; Sal. 16:11; 18:35; 45:4; 48:10; 89:13; 98:1; 118:15-16; Mt. 26:64; Hch. 7:55-56; Col. 3:1; He. 1:3; 8:1; Ap. 5:7; cp. Ap. 2:1). Allí es donde Cristo fue después de concluir su obra de redención, y allí es desde donde gobierna hoy día.

Después de describir la humildad, el sufrimiento y la muerte de Jesús, el apóstol Pablo aseveró con confianza:

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra,

y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Fil. 2:9-11).

El autor de Hebreos se refirió varias veces a la posición de soberanía de Cristo, comenzando a inicios de la carta:

El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos. Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy, y otra vez: Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo? Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios (He. 1:3-6; cp. Hch. 5:31; 7:55-56; Ro. 8:34; He. 10:12; 12:2).

Habiendo subido al cielo es una referencia a la ascensión de Cristo, que Lucas describe en el primer capítulo de Hechos:

Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Hch. 1:9-11).

Cuando ascendió al cielo, “Jesús entró por [los pecadores] como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (He. 6:20). Desde esa posición como sumo sacerdote celestial, Cristo intercede continuamente por los creyentes (He. 7:25; 9:24).

Cristo asumió su posición de supremacía sobre **ángeles, autoridades y potestades** (seres angelicales, inclusive Satanás y sus demonios; véase Gn. 19:1; 28:12; Sal. 78:49; 148:2; Mt. 4:11; 13:41; 25:31; Lc. 2:15; 15:10; Ro. 8:38; Ef. 3:10; 6:12; Col. 1:16; 2:18; Jud. 6; Ap. 5:11; 8:2) **y a él están sujetos** por la cruz, hecho del cual Jesús predicó a los demonios encarcelados. Esto vuelve a demostrar que Él no estaba predicando a los demonios un mensaje de salvación, ya que los demonios no pueden ser salvos, sino que están condenados para siempre: “Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham” (He. 2:16).

La declaración final de Pedro en este pasaje y capítulo resalta otra vez que la cruz y la resurrección son las que someten a las huestes angelicales caídas y rebeldes ante Jesucristo, y las que salvan del juicio eterno a las almas, que es el mayor triunfo del sufrimiento que alguna vez ha habido de una persona justa. Esto también refleja las palabras de Pablo a los efesios:

Según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero (Ef. 1:19-21; cursivas añadidas).

La palabra traducida **están sujetos** (de *hupotassō*: “alinearse según rango debajo de”) describe la actual situación de todos los seres espirituales en relación a Cristo. Él es supremo sobre todos (Fil. 2:9-11).

La muerte sustitutoria de Cristo por los pecadores fue una acción de gracia (Hch. 15:11; Ro. 5:15, 17; Ef. 1:7; 2:5, 8-9; Tit. 2:11; 3:7; He. 2:9), gracia victoriosa y soberana extendida a hombres y

mujeres depravados y malvados que en realidad no merecían nada más que juicio eterno de parte de Dios. Charles Wesley escribió en su himno “And Can It Be”:

¡Tus misterios tuyos son! ¡Muere el inmortal!
Tu extraño diseño ¿quién lo puede explorar?
El serafín primogénito en vano intenta
hacer sonar lo profundo del amor divino.
¡Tuya la misericordia es! Deja que la tierra adore,
que las mentes angelicales no pregunten más.

Fue por los seres humanos perdidos por los que Cristo murió, y los ángeles perdidos solo podían escuchar consternados la proclama de la victoria de Cristo. Incluso los ángeles elegidos solo pueden maravillarse ante lo que no pueden entender por completo (cp. 1:12). Los creyentes deberían estar agradecidos porque “Cristo, cuando aún [eran] débiles, a su tiempo murió por los impíos” (Ro. 5:6).

Una vez más, cuán poderosamente el Señor Dios saca victoria de la persecución al Salvador. Y los santos pueden tener la confianza en que Él hará lo mismo en medio de las persecuciones que ellos padecen. “Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento” (2 Co. 2:14). Finalmente ellos estarán a la diestra de Dios en el cielo (Ap. 3:21), juzgando incluso a los ángeles (1 Co. 6:3).

Los creyentes no solo miran a Cristo como un ejemplo de triunfo en medio del sufrimiento injusto, también se unen plenamente y para siempre en ese triunfo.

20. Cómo armarse contra el sufrimiento injusto

Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios. Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías. A éstos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan; pero ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos. Porque por esto también ha sido predicado el evangelio a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios. (4:1-6)

Todo lo que conduce a este pasaje desde los versículos anteriores (3:8-22) se ha enfocado en los creyentes esparcidos que sufren persecución por parte del mundo, y que incluso enfrentan la posibilidad de morir. Sufrir injustamente por ser justo también está en la mente de Pedro en 1:6-9;

2:19-23; 4:14-19; 5:6-10. Saber cómo enfrentar esas pruebas es esencial para el crecimiento y el gozo de los cristianos.

En esta sección el apóstol invita a los creyentes a estar dispuestos a enfrentar persecución a causa de la justicia, e incluso martirio por Cristo. Su invitación es un llamado a la fortaleza, a la decisión, y a la firmeza inquebrantable igual que un soldado que va a la batalla.

El verbo clave en todo este párrafo es el mandato de **armaos**, de lo cual surgen todas las motivaciones para obedecer la orden. El verbo, empleado solo aquí en el Nuevo Testamento, viene de *hoplizō*, un imperativo indefinido medio, que literalmente significa “protegerse con armas” o “ponerse como armadura”. La forma sustantiva *hoplon* significa “armas” y se usa en seis pasajes como p. ej., Juan 18:3; 2 Corintios 6:7; 10a. La imagen es de preparación para la batalla.

El apóstol Pedro proporciona a los creyentes cuatro perspectivas que los motivan a ser fuertes cuando la rectitud conlleva sufrimiento y quizás martirio. Los creyentes fortalecen su determinación en medio de la persecución cuando están armados con una comprensión de la actitud de Cristo, de la voluntad de Dios, de la transformación del pasado, y de la esperanza de vida eterna.

LA ACTITUD DE CRISTO

Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, (4:1)

Puesto que obviamente señala de nuevo a lo que Pedro escribió en el pasaje precedente, que Cristo soportó en la cruz su mayor sufrimiento, muriendo bajo el juicio divino como el justo por los injustos; pero Él también logró allí para los creyentes el más grande triunfo sobre el pecado y su poder condenador, sobre las fuerzas del infierno, y sobre el poder de la muerte. La cruz de Jesucristo es la prueba definitiva de que el sufrimiento puede llevar a la victoria sobre las fuerzas del mal.

Puesto que Cristo ha padecido en la carne, los creyentes deben armarse **del mismo pensamiento**. Cuando Jesús padeció **en la carne**, murió (3:18; cp. Is. 53:10; Mt. 27:50; Hch. 2:23) en cumplimiento del plan divino de redención. Cuando Él fue a la cruz, el Padre lo hizo pecado y maldición por todo aquel que cree; como dijera Pablo: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)” (Gá 3:13; cp. Dt. 21:23). Él vino “en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado” (Ro. 8:3; cp. 2 Co. 5:21; 1 P. 2:24). Por tanto, sintió injustamente toda la fuerza de la maldad del pecado, pero al hacerlo ganó para sus santos la salvación y para sí mismo el eterno honor y la alabanza de todos los que vivirán en el cielo (cp. Ap. 5:8-14).

El recurso principal que Pedro pide para armar a los creyentes es el **mismo pensamiento** que se manifestó a través del sufrimiento y la muerte de Cristo. Tal **pensamiento** (“actitud”, “propósito” o “principio”) es una disposición a morir, debido a que los cristianos saben que la muerte produce la más grande victoria (cp. 1 Co. 15:26, 54-55; 2 Ti. 1:10; Ap. 21:4). El mismo Pedro tendría esa misma oportunidad cuando enfrentó el martirio y fue fiel hasta la muerte (cp. Jn. 21:18-19).

El apóstol no estaba expresando una idea nueva a sus lectores. Jesús había enseñado positivamente: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lc. 9:23), y negativamente: “El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” (Mt. 10:38-39). Tomar la cruz no tiene ninguna connotación mística y significa algo más que solo un poco de dedicación espiritual adicional. Cuando Jesús habló de tomar la cruz, sus oyentes sabían que se estaba refiriendo a ser ejecutado en una cruz. Sabían exactamente lo que Él quería decir, que debían confesar a Jesús como

Señor, a cualquier precio, aunque esto significara morir físicamente por causa de Cristo. El apóstol Pablo entendió bien el principio de tomar la cruz:

estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida (2 Co. 4:8-12; cp. 1 Co. 15:31; 2 Ti. 4:6).

Miles de mártires a lo largo de la historia de la Iglesia han estado dispuestos a morir (cp. He. 11:13-16, 35-38) porque se armaron **del mismo pensamiento** que tenía Jesucristo: ser fiel al Padre a cualquier costo, sabiendo que la cruz precede a la corona. Cuanto mayor sea el sufrimiento justo, mayor es la recompensa. Y los mártires de la historia comprendieron que el mayor triunfo de todos está en la muerte, porque los creyentes que han muerto han terminado **con el pecado**. El verbo en tiempo perfecto resalta una condición de libertad permanente del pecado. Por supuesto, esto fue eterno para Cristo. Él llevó la maldición del pecado solo una vez y para siempre (He. 7:27; 9:12; 10:10, 12, 14). Los creyentes pueden enfrentar la muerte con la misma actitud que su Señor tuvo, de modo que cuando esta venga ellos habrán entrado en una condición eterna de perfección santa, libres de las influencias y los efectos de todo pecado (cp. 1 Co. 15:42-43; 2 Co. 5:1; Ap. 21:4; 22:14-15).

Jesús es el precursor que aseguró victoria total sobre el pecado y la muerte. Después de morir y resucitar de la tumba, Él obtuvo un cuerpo glorificado (Mr. 16:9-14; Lc. 24:36-43; Jn. 20:19-29; cp. Fil. 3:21) y fue liberado de los poderes pecaminosos (demonios y hombres malvados) a los que se había expuesto de manera voluntaria (Mt. 4:1-11) en su encarnación (Jn. 1:9-11, 14-16; Fil. 2:6-8) y al cargar con el pecado (Is. 53:4-5; Mt. 20:28; Jn. 1:29; 2 Co. 5:21; He. 2:17; 1 Jn. 2:1-2). Jesús enfrentó voluntariamente la muerte “por el gozo puesto delante de él” (He. 12:2). Saber que en su muerte conquistaría el pecado para siempre constituyó un gozo que compensó cualquier sufrimiento que debió soportar en este mundo. Lo peor que le puede ocurrir a un creyente que padece injustamente es la muerte, y en realidad eso es lo mejor que le puede suceder porque significa el final definitivo y eterno del pecado. Si el cristiano está armado con el objetivo de ser liberado del pecado, y se logra por medio de la muerte, -desaparece la terrible amenaza de la muerte y esta incluso se convierte en preciosa (cp. Fil. 1:21; 2 Ti. 4:18).

Los cristianos pueden animarse aún más cuando recuerdan lo que el pecado les ha hecho toda su vida en la tierra. El pecado siempre está presente en la carne no redimida y asalta a los creyentes mientras estén vivos (Sal. 38:18; Ro. 7:5; He. 12:1), levantándose constantemente dentro de ellos para extender sus perjudiciales efectos (cp. Stg. 1:14-15). El conflicto constante con el pecado les hace desear más y más escapar de él (Ro. 7:18, 23-24; cp. 8:20-22; 2 Ti. 2:19), y comprender la esperanza que Pablo ofreció cuando le afirmó a Tito que “Jesucristo... se dio a sí mismo por [los creyentes] para [redimirlos] de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tit. 2:13-14). Así como Cristo resucitó a una nueva vida y a la libertad del pecado, Dios ha prometido lo mismo para los creyentes después que mueran: “Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder” (1 Co. 15:42-43; cp. vv. 44, 49).

En las siguientes palabras culminantes relacionadas con la resurrección Pablo resume muy bien el triunfo que los creyentes tienen sobre el pecado y la muerte:

Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo (1 Co. 15:54-57).

LA VOLUNTAD DE DIOS

para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios. (4:2)

Todo pecado es desobediencia **a la voluntad de Dios**. En ese sentido todo pecado es un acto personal de rebelión por parte de los creyentes en contra de Él (cp. Sal. 51:4). El Nuevo Testamento contiene muchas exhortaciones a la obediencia que resaltan este hecho. Por ejemplo, al concluir su Sermón del Monte, Jesús advirtió a sus oyentes en términos muy personales acerca de la desobediencia. Llamó suyas “estas palabras”:

Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina (Mt. 7:24-27).

Al final la condenación vendrá sobre quienes no obedecieron la voluntad de Dios (Mt. 25:41-46; Jud. 15), inclusive sobre quienes profesaron ser obedientes: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mt. 7:21).

Pablo manda a los creyentes: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Ro. 12:2; cp. Ef. 6:5-6; Col. 4:12). Por otra parte, el pecado es una expresión de desobediencia (cp. Neh. 9:26; 1 Jn. 3:4) y una negativa a hacer lo que Dios ha mandado (Sal. 106:24-25; 107:11; cp. Jer. 22:21; 35:14b).

La esperanza de los cristianos es dejar de pecar algún día en el cielo. Ya que esa es la meta, el propósito para su salvación, tiene fuertes implicaciones para ellos hoy día, así que deben **no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres**. Puesto que avanzan hacia la santidad en la eternidad venidera, los santos deben **vivir** (*bioō*; una referencia a la vida terrenal) el resto del tiempo que Dios les da en la tierra en busca de esa santidad, cualquiera que sea el costo físico. Ellos deben estar armados para la victoria de vivir según **la voluntad de Dios**, no para los deseos pecaminosos **de los hombres**. Pedro llama **concupiscencias** a esos deseos, una palabra fuerte (*epithumia*) que significa “anhelo apasionado”, y en este contexto sugiere malos deseos. El apóstol insta a los creyentes a rehuir el pecado, a no vivir ya impulsados por los deseos humanos (2 Ti. 2:22) que están arraigados en la carne no redimida (Ro. 7:17-18; Gá 5:17) y que caracteriza el estado no regenerado de las personas (Ef. 2:1-3) y la vida en este mundo (1 Jn. 2:15-17).

Pedro está diciéndoles a los creyentes que se armen con un compromiso de hacer la voluntad de Dios y de abandonar sus antiguos pecados. Esto es precisamente lo que el apóstol Pablo pide en Romanos 6:8-12:

Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias.

LA TRANSFORMACIÓN DEL PASADO

Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías. A éstos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan; pero ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos. (4:3-5)

Este pasaje es una descripción vívida del patrón de vida trágica y devastadora de los incrédulos, que termina inexorablemente en juicio. Los versículos igualan varias de las descripciones que Pablo hace en cuanto a la condición perdida de la humanidad, y que describen el carácter y las consecuencias del pecado (Ro. 1:18-32; 1 Co. 6:9-10; Gá 5:19-21; cp. Ef. 5:3-7; Col. 3:5-10; 2 Ti. 3:1-7). Pedro recuerda a los creyentes que dejen atrás todo lo que pertenece a la antigua vida que llevaban en pecado y bajo juicio. Puesto que han sido liberados de esa vida malvada, sus almas están purificadas (1:22) y **el tiempo** de servir al pecado **ya** forma parte del **pasado** (Ro. 7:5; 1 Co. 6:9-11a; Ef. 2:1-3). La frase **el tiempo pasado** es literalmente “ha fallecido el tiempo” (*parelāluthōs chronos*) que significa tiempo cronológico. Está en modo perfecto, como los dos verbos que siguen, **haber hecho** (de *katergazomai*, “producir”) y **andando** (de *poreuomai*, “conducir la vida de alguien”). Desarrollándose cada uno en el otro, estos tres verbos en tiempo perfecto dejan en claro que el pasado pecaminoso es para el creyente un libro cerrado y que su serie de pecado está acabada. **Baste** (*arketos*) en este contexto significa más que simplemente adecuado, pero transmite el sentido de ser más que suficiente. Los lectores de Pedro habían tenido una vida plena de oportunidades para pecar, y eso es más que suficiente en cuanto a **haber hecho lo que agrada a los gentiles** (las personas no convertidas) y haber vivido para satisfacer pasiones pecaminosas (cp. Ef. 2:1-3). **Lo que agrada** (*boulēma*) transmite aquí el sentido de un anhelo propuesto. Los corazones de los no salvos determinan seguir sus pasiones como parte de lo que Pedro llamó antes la “vana manera de vivir” que llevan (1:18).

Esa antigua disposición es de estar **andando** tras algo, y ha dirigido los asuntos de la vida a lo largo de una senda específica de comportamiento; Pedro describió eso a sus lectores con seis términos: **Lascivias** (*aselgeia*) describe a quienes se dedican a un vicio desenfrenado sin restricciones de ninguna clase (cp. Ro. 13:13). También se podría traducir “libertinaje”, es decir una indulgencia excesiva en placer sensual. Muchas personas no regeneradas viven anárquicamente, haciendo alarde de sus vicios en abierto desafío a la ley de Dios (cp. Ro. 1:21-32; 2 Co. 12:21), mientras otras son menos evidentes (cp. 1 Ti. 5:24). **Concupiscencias** (*epithumia*) son las pasiones pecaminosas que impulsan a las personas a tal indulgencia (cp. 1 Ts. 4:5; 1 Ti. 6:9; Jud. 18). **-Embriagueces** (*oinophlugia*) -literalmente significa “vino burbujeante”, y se refiere a intoxicación habitual. Este

término también puede referirse a los efectos del uso de narcóticos. **Orgías** (*kōmos*) se refiere a participar en fiestas bestiales y desenfrenos. En una fuente griega extra bíblica, el término describía una pandilla de borrachos que cantan a todo pulmón y se tambalean por las calles, ocasionando disturbio público. El apóstol completó su lista de términos con dos expresiones más que encajan en esta imagen de conducta incontrolada: **disipación y abominables idolatrías**. **Potos (disipación)** se trata de sesiones en que las personas se reúnen con el único fin de emborracharse. **Abominables idolatrías** denota la adoración inmoral y pervertida a falsos dioses (tales como Dionisio o Baco, el dios griego del vino) que acompañaba a la **disipación y las embriagueces**.

En el ejercicio de tales prácticas en sus antiguas vidas, los lectores del apóstol se habían entregado a suficiente cantidad de despreciables pecados como esos, los que no debían volver a cometer. Recordarles el dolor y la miseria que les ocasionaban esos hechos era una motivación para que evitaran con diligencia tal conducta, sobre todo debido a que la meta de su nueva vida era entrar al lugar santo donde el pecado terminaría para siempre.

Aquellos pecados habían sido una forma de vida tan arraigada para los lectores de Pedro que cuando los abandonaron, a sus compañeros pecadores que aún no habían sido regenerados **les parecía cosa extraña** (*xenizō*), que significa “estar asombrados” o “sorprendidos”, con la connotación de ofenderse o resentirse. El pecado era un estilo de vida tan normal para los incrédulos (cp. Sal. 64:5; Jn. 8:34; 2 P. 2:14) que no solamente se asombraban de que la vida de los cristianos hubiera cambiado de manera tan rotunda (cp. 1 Ts. 1:9), sino que incluso se resentían del hecho de que los nuevos creyentes ya no corrieran **con ellos en el mismo desenfreno de disolución**. Esa expresión representa tan vívidamente a una enorme multitud corriendo alocadamente, que un comentarista la describió como “una eufórica estampida de buscadores de placer”. **Desenfreno** (*anachusis*) representa aguas juntándose y desbordándose en exceso o sobreabundancia. **Disolución** o disipación (*asotia*) es ese estado en que la mente de una persona es tan corrupta, que solo piensa en la maldad y en cómo podría satisfacer sus pasiones pecaminosas. Huelga decir que los cristianos ya no desean tal búsqueda sin sentido de las pasiones que arrojan las personas en un estado de libertinaje excesivo.

Los que fueron amigos se convierten en enemigos y a menudo **ultrajan** a quienes pareciera que se les dice: **no corráis con ellos en** la conducta pecaminosa. **Ultrajan** (*blasphemeō*) literalmente significa “blasfemar”, “calumniar o difamar a alguien”, o “hablar mal de alguien”. Fuentes antiguas, tanto cristianas como no cristianas, proveen amplia evidencia de que fue la renuencia de los cristianos a ser parte de muchas diversiones convencionalmente aceptadas y de ceremonias obscenas, y su negativa a participar en funciones idólatras e -inmorales, lo que ocasionó que los incrédulos los odiaran y los calumniaran. Eso llevó a la persecución y sufrimiento injustos por causa de la justicia.

Sin embargo, Pedro aseguró a sus lectores que quienes calumnian y persiguen a los creyentes **darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos**. Estos atacantes despiadados están acumulando una deuda con Dios que estarán pagando por toda la eternidad. El **que está preparado para juzgar** los hará responsables en última instancia (cp. Mt. 18:23-34). **Los vivos** (aquellos que vivían cuando Pedro les escribió, y **los muertos**, quienes ya habían fallecido) serán juzgados, de modo “que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios” (Ro. 3:19; cp. Mt. 25:31-33, 41-46). El apóstol Pablo describió quizás de manera más gráfica la severidad del juicio a los perseguidores incrédulos:

Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a

Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder (2 Ts. 1:6-9).

Dios está preparado para administrar juicio imparcial (1:17), pero al mismo tiempo, ya que ha entregado todo juicio a Jesucristo (Jn. 5:22-27), el Padre juzgará a través de la delegación en su Hijo a aquellos que se oponen a los cristianos:

Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego (Ap. 20:11-15).

LA ESPERANZA DE VIDA ETERNA

Porque por esto también ha sido predicado el evangelio a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios. (4:6)

Por último, los creyentes deben equiparse con la esperanza genuina de la realidad de la vida eterna. Dios les ha prometido que a través de la muerte vencerán el pecado, escaparán al juicio final, y entrarán al cielo eterno en santa perfección. Pedro, por tanto, recuerda a sus lectores que **el evangelio** (el mensaje salvador de Cristo) **también ha sido predicado** (anunciado) incluso **a los muertos** (aquellos que oyeron y creyeron el evangelio pero que habían muerto para cuando él escribió). Algunos que leyeron esta carta los habrían conocido y comprendieron que varios de los santos muertos fueron mártires. Aunque algunos de los creyentes muertos fueron **juzgados en carne según los hombres** (ejecutados físicamente), estaban triunfalmente vivos **en espíritu según Dios** (cp. He. 12:23). Lo que Pedro está diciendo es que esos creyentes, incluso bajo trato injusto (incluida la muerte) deberían estar dispuestos y sin temor a sufrir, sabiendo que lo único que puede hacer la muerte es llevar triunfalmente sus espíritus eternos hacia la vida eterna en el cielo.

Había preguntas en la iglesia primitiva acerca de si los creyentes que murieron y se perdieron el regreso del Señor podrían haberse perdido la promesa de gloria, especialmente si fueron muertos por los enemigos de Jesucristo. Pablo escribió a los tesalonicenses el famoso pasaje del arrebatamiento para asegurarles que quienes murieron no perdieron las promesas relacionadas con el regreso de Cristo:

Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristzcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras (1 Ts. 4:13-18).

Así como Cristo fue crucificado pero estaba vivo en espíritu y fue resucitado de los muertos, los creyentes podrán sufrir muerte física pero sus espíritus permanecerán vivos y entrarán en la promesa de vida eterna. (Véase el estudio de 3:18-20 en el capítulo anterior de esta obra).

Ninguna presión de los enemigos del evangelio y ninguna persecución injusta por parte de un mundo impío pueden privar a los creyentes de la victoria; más bien, todo su sufrimiento por causa de la justicia tiene un poder perfeccionador, les aumenta la fuerza espiritual, los hace humildes, los motiva a orar, les enriquece su recompensa, y en caso de que los enemigos de Cristo les quiten la vida, ellos habrán alcanzado su objetivo final y el propósito eterno de Dios; pues para siempre habrán “terminado con el pecado”.

Pablo entendía esto cuando escribió:

Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas (2 Co. 4:16-18).

21. Deber espiritual en un mundo hostil

Mas el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración. Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados. Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones. Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén. (4:7-11)

Comenzando a finales de la década de los sesenta y extendiéndose en la mayor parte de la de los setenta, la iglesia evangélica en América del Norte experimentó un avivamiento y una expansión por medio del llamado movimiento Jesús. Esto destacó un renovado interés en el estudio bíblico, y en consecuencia en la evangelización y el discipulado, especialmente en los campus universitarios. Nuevas traducciones y paráfrasis de la Biblia aparecieron (p. ej., *The Living Bible*, *Good News Bible*, *New International Version*), y otras traducciones modernas obtuvieron mayor aceptación (p. ej., *Revised Standard Version*, *New American Standard Bible*, *New English Bible*). Al mismo tiempo se extendieron rápidamente ministerios de radiodifusión evangélica y de publicación de libros y música. En todo el continente aparecieron muchas iglesias independientes nuevas y, junto con algunas iglesias evangélicas existentes, experimentaron un rápido crecimiento numérico. Algunas

construyeron auditorios y otras instalaciones más grandes, y hasta cierto punto aquellas congregaciones fueron precursoras de las mega iglesias de hoy día.

Sin embargo, las tendencias actuales en algunos sectores se han desviado en gran manera de esos días bíblicamente impulsados de avivamiento y renovación. La filosofía del buscador sensible en el crecimiento de la iglesia, con su espíritu de inclusividad y de reducción del énfasis en la claridad doctrinal y en el amor por la verdad, ha asimilado la estrategia de mercadeo del mundo y ha desarrollado una clase de evangelio popular que hoy domina el paisaje eclesiástico. A medida que se sigue eliminando de su comunicación todo lo que puede parecer ofensivo, y por ende se va perdiendo el control sobre el verdadero contenido del mensaje bíblico, la Iglesia presenta cada vez más un egocentrismo cimentado en la psicología secular, en el pragmatismo, y en realidad un afán por hacer de los “expertos” incrédulos los asesores más influyentes de la Iglesia. (Para un análisis mucho más amplio y profundo de este fenómeno, véase John MacArthur, *El evangelio según Jesucristo*, ed. revisada y expandida [El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1991; *The Gospel According to the Apostles* [Nashville: Word, 1993, 2000]; *¿Por qué un único camino?* [Grand Rapids: Portavoz, 2004]; y *Difícil de creer* [Nashville: Grupo Nelson, 2011]).

Más que el liberalismo teológico, el cual está claramente definido y es más fácil de reconocer y confrontar, la búsqueda de aceptación social y cultural constituye una amenaza sutil e insidiosa para la salud espiritual de la Iglesia. Ese movimiento evangélico mundano pretende adherirse a la verdad, pero calladamente la socava. Esa ideología ofrece experiencia musical estilo pop, emoción sentimental, atención a necesidades autodefinidas, y técnicas de solución práctica de problemas (a menudo derivada de encuestas de mercado) en lugar de respuestas bíblicas con relación a la ley de Dios, al pecado, al perdón y a la justicia.

La Iglesia contemporánea necesita urgentemente renovación espiritual, y eso ocurrirá solo cuando los creyentes vayan más allá de los deseos personales y anhelan pensar, hablar y vivir en la manera que la Biblia enseña. Cuando lo hagan, la Iglesia será más que una multitud; se volverá espiritualmente poderosa ante un mundo hostil. Para tal fin, en este pasaje el apóstol Pedro instruye a los cristianos con relación a tres aspectos muy básicos de nuestro deber: el incentivo para nuestro deber espiritual, las instrucciones para nuestro deber, y la intención de nuestro deber.

EL INCENTIVO PARA NUESTRO DEBER ESPIRITUAL

Mas el fin de todas las cosas se acerca; (4:7a)

La palabra traducida **fin** (*telos*) no necesariamente indica cese, terminación o conclusión cronológica. Más bien aquí significa “consumación”, “cumplimiento”, “un objetivo alcanzado”, “o una meta lograda”. En este contexto se refiere a la segunda venida de Cristo. El **fin** a la vista aquí no es la consumación de la persecución para los lectores de Pedro. Tampoco el apóstol tenía en mente un inminente cambio en el gobierno que daría como resultado un trato más benévolo para los creyentes. La referencia de Pedro al cumplimiento **de todas las cosas** indica que está hablando del regreso del Señor (cp. Hch. 3:21; Col. 3:4; 2 Ts. 1:10; 2 Ti. 4:1, 8; He. 9:28; Ap. 20:11-13).

El verbo traducido **se acerca** (*ēggiken*) significa “inminente”. El tiempo perfecto indica un proceso consumado con una cercanía resultante, el evento (el regreso de Cristo) es inminente; podría ocurrir en cualquier momento (cp. Mt. 24:37-39; Ro. 13:12; 1 Ts. 5:2; Ap. 16:15; 22:20). Por eso los creyentes deben vivir con una actitud continua de anticipación o expectativa, como un símbolo de fidelidad. El hecho de que Pedro viviera con una sensación de dicha inminencia se muestra al principio de esta epístola cuando animó a sus lectores a que estuvieran protegidos por el poder de

Dios “para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero” (1:5), “cuando sea manifestado Jesucristo” (1:7; cp. 1:13; 2:12). Muchas otras referencias del Nuevo Testamento también resaltan la importancia de la anticipación de los creyentes por el inminente regreso del Señor (Mr. 13:35-37; Lc. 12:40; 21:36; 1 Co. 1:7; 1 Ti. 6:14; Tit. 2:13; Stg. 5:7-9).

Los judíos que vivieron durante el ministerio terrenal de Cristo presenciaron el final del antiguo pacto y la inauguración del nuevo pacto. Todo el sistema de ceremonias, rituales, sacrificios, sacerdotes y ofrendas del Antiguo Testamento terminó con el rasgado en dos del velo del templo y la apertura del lugar santísimo a todo el mundo (Mt. 27:51; Jn. 19:30; He. 10:14-22). En el año 70 d.C. Dios resaltó esa transición al enviar juicio por medio del ejército romano bajo el mando de su general Tito Vespasiano, con el fin de destruir a Jerusalén y al templo. Eso dio cumplimiento a la profecía de Cristo a los apóstoles: “Cuando Jesús salió del templo y se iba, se acercaron sus discípulos para mostrarle los edificios del templo. Respondiendo él, les dijo: ¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada” (Mt. 24:1-2).

El apóstol Pablo escribió a los corintios con relación a la repentina fracción de segundo en el arrebatamiento de la Iglesia, el primer acontecimiento en la secuencia que lleva al regreso y al gobierno terrenal de Cristo:

He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (1 Co. 15:51-53).

En ese evento Dios vestirá en inmortalidad a todo cristiano (cp. 5:4; Fil. 3:21; 2 Ti. 4:8) en la fracción de segundo que la luz tarda en reflejarse en la pupila del ojo. Dicho suceso es tanto repentino como un misterio, lo que indica que Dios aún no ha revelado todos sus detalles, inclusive el tiempo.

Con relación al arrebatamiento, Pablo dio instrucciones a los tesalonicenses:

Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que -durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (1 Ts. 4:15-17).

“Nosotros” indica que el apóstol creía que el regreso de Cristo podría ocurrir durante su vida. Hoy la Iglesia debería vivir con mucha más expectativa (cp. Stg. 5:7-8).

El autor de Hebreos exhortó a sus lectores a seguir reuniéndose y animándose unos a otros porque el día del regreso de Cristo “se acerca” (He. 10:25). Casi dos mil años han transcurrido desde entonces, y el regreso del Señor está obviamente cerca. Por tanto, hoy es aún más urgente que los creyentes no dejen de reunirse para edificarse y consolarse unos a otros con la verdad divina (cp. Hch. 2:42; Ro. 15:5-7; He. 3:13; 10:24-25; 12:26-28).

Cuando se acercaba el final de su vida, el apóstol Juan estaba firmemente convencido de que el regreso de Cristo, con todos sus acontecimientos y fenómenos relacionados y divinamente mostrados a él en las visiones de revelación, podían ocurrir muy pronto. Bajo la inspiración de Espíritu, Juan

dio testimonio de esa verdad para bendición de los cristianos vivos que anticipaban el regreso de Cristo (cp. Ap. 1:3; 22:20).

Justo antes de su ascensión, Jesús les dijo a los apóstoles: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad” (Hch.1:7; cp. Mt. 24:36). A pesar de que Dios quiere que los creyentes se centren en la esperanza del regreso de Cristo, ha decidido no revelar el tiempo exacto en que eso ocurrirá. Si ellos hubieran sabido que la fecha específica del regreso del Señor estaba muy lejos, podían haber perdido la motivación y haber caído en la complacencia, o si hubieran creído que estaba demasiado cerca pudieron haber participado en una actividad frenética y llena de pánico a medida que el día se acercara. La inminencia elimina ambos extremos a fin de que todos los cristianos a lo largo de la historia de la Iglesia puedan vivir con expectativa bíblicamente equilibrada.

Vivir con el entendimiento de que la primera característica del regreso del Señor, el arrebatamiento de la Iglesia, **se acerca**, estimula a los creyentes a una vida santa. Juan escribió:

Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es (1 Jn. 3:1-2; cp. 2 Co. 5:10).

Estar conscientes también de que cuando Él regrese vendrá para juzgar a los impíos (4:5; cp. 2 Ts. 1:6-9) incita a los santos a evangelizar, como indicó Pablo: “Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres; pero a Dios le es manifiesto lo que somos; y espero que también lo sea a vuestras conciencias” (2 Co. 5:11).

La iglesia primitiva ya estaba en los últimos días (1 Jn. 2:18), lo cual había comenzado con la primera venida de Cristo (He. 1:1-2). Pablo describió detalladamente a Timoteo la atmósfera espiritual de su época, de modo que supiera qué esperar mientras trabajaba en la iglesia:

También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita (2 Ti. 3:1-5; cp. 4:3-4; 1 Ti. 4:1-3).

El autor de la carta a los Hebreos proporcionó más comentarios adicionales sobre el pleno significado de Cristo y los últimos días:

pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan (He. 9:26-28).

La primera venida del Señor proveyó salvación a través de su muerte en el Calvario. Por medio de la obra expiatoria de Cristo, Dios redimió del reino de las tinieblas a los creyentes, les perdonó sus pecados, y los instaló en el reino de su Hijo (Col. 1:13-14; cp. Sal. 103:12; Mt. 26:28; Hch. 26:18; 1 Co. 1:30; 2 Co. 5:19; Ef. 1:7; 2:13; Col. 2:13; He. 9:14; 1 Jn. 1:7). Cristo vino para demostrar su autoridad, proclamar su reino y derrotar al pecado y la muerte (cp. Sal. 45:6; Is. 9:7; Jer. 23:5; Mt.

12:28; 18:3; Mr. 1:15; Lc. 10: 9, 11; 11:20; 17:21; Jn. 18:36; Ro. 14:17; He. 1:8; 12:28). La Iglesia está ahora en los últimos días de ese reino espiritual e interior. El regreso de Cristo y su juicio culminarán en el establecimiento de su reino terrenal de mil años (cp. Is. 65:17-25; Ez. 37:24-25; Os. 3:5; Zac. 14:16-21; Ap. 20:1-6), antes de los eternos cielos nuevos y nueva tierra donde los justos morarán para siempre (cp. Mt. 25:34; Jn. 14:2; He. 12:22-24, 28; 2 P. 1:11; 3:13; Ap. 3:21; 7:16-17; 21:1-4; 22:3-4).

Otros textos del Nuevo Testamento respaldan la exhortación de Pedro hecha aquí de que los creyentes deben llevar vidas santas, esperando el inminente regreso de Jesucristo (cp. 1 Co. 1:7; 16:22; 2 P. 3:11-13; 1 Jn. 2:28). Sin embargo, la Biblia no requiere un extremismo escatológico demasiado celoso (p. ej., fijación de fechas, preocupación o fascinación indebidas respecto a detalles no revelados, especulación imprudente en cuanto a la relación de acontecimientos actuales con los últimos hechos, abandono de la sociedad o elusión de responsabilidades mientras de manera pasiva esperamos el regreso de Jesús). Jesús enseñó:

Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles (Lc. 12:35-37).

Cuando Cristo regrese servirá a quienes han anticipado con paciencia ese día. Pero también advirtió a los creyentes a estar alertas y preparados para ese acontecimiento (Mt. 24:42-44), porque ellos no saben la hora o el día exacto de su aparición (cp. 2 P. 3:10).

El apóstol Pablo afirmó que la característica de todo verdadero cristiano es un deseo de agradar al Señor: “Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables. Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Co. 5:9-10). Los cristianos estarán delante Cristo en ese tribunal para rendir cuentas de sus vidas. Él no los juzgará por sus pecados porque su sacrificio en la cruz ya los limpió. En ese tribunal el Señor recompensará a todos los creyentes por obras que fueron buenas, evaluando eficacia, dedicación, devoción y utilidad en el servicio a Él (cp. 1 Co. 3:10-15; 4:1-5). Comprender esa realidad futura debería infundir dentro de cada creyente un deseo de pureza constante (2 P. 3:14, 18), como ocurrió con los apóstoles Pablo (Fil. 3:14; 2 Ti. 4:7-8) y Juan (1 Jn. 3:2-3).

INSTRUCCIONES EN CUANTO A NUESTRO DEBER

sed, pues, sobrios, y velad en oración. Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados. Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones. Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, (4:7b-11a)

Tales mandatos exigentes dejan en claro que todo aquel que recibe de veras a Jesucristo debe considerar primero el alto costo de hacerlo. Seguir a Jesús exige total abnegación y anhelante sumisión a su señorío, incluso si obedecer significa la muerte. “Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lc. 9:23; para más sobre el costo del discipulado, véase John MacArthur, *Difícil de creer* [Nashville: Nelson, 2011]). Cuando

los cristianos evangelizan a otros también deben animarlos a considerar el costo (Mt. 19:21; Lc. 9:59-62; 14:26-33; cp. Mt. 13:44-46). Sin embargo, aunque el mensaje del evangelio es un llamado a someterse a Cristo, es también una gentil invitación. Jesús declaró: “Llevad mi yugo sobre vosotros... porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mt. 11:29, 30). El discipulado es costoso y eternamente placentero, pero el costo del rechazo es infinitamente mayor y eternamente horrible (cp. Sal. 9:17; Pr. 13:15; Is. 33:14; Mt. 8:12; 13:42; 25:41; Lc. 16:23). Una vida sin Cristo tarde o temprano implica aplastante culpa, desilusión sin esperanza, problemas sin solución, y como si todo eso fuera poco, condenación eterna. Por tanto, el discipulado es una paradoja en cuanto a que seguir al Señor es costoso pero fácil (cp. Mt. 11:28-30; 1 Jn. 5:3), y a que es exigente pero gratificante (cp. Ro. 2:7; 8:17-18; He. 4:9; 10:35; Stg. 1:12; Ap. 2:10; 3:21; 21:7).

Dios no solo requiere que los discípulos obedezcan los mandamientos, sino que por medio del poder del Espíritu Santo, que obra con misericordia a través de la Biblia, les hace posible cumplir esos mandamientos (Ef. 5:15-21; Fil. 4:13; Col. 3:16-17; cp. 2 Ti. 1:7-8). Debido a que el mundo posmoderno es tan complejo, el cristianismo contemporáneo a menudo supone erróneamente que las soluciones a los problemas y las dificultades de los creyentes también son complejas. Pero los principios básicos de la vida cristiana son sencillos y directos, ya que Dios ha elegido personas humildes y comunes para que conozcan el propósito y la voluntad divina (1 Co. 1:27-28). Además, a causa de la regeneración los creyentes anhelan obedecer a Dios y ser más conformados a la imagen de Cristo (Fil. 3:7-14). El pecado les limita la habilidad para hacer lo que es correcto (Ro. 7:19), pero todos los verdaderos cristianos odian el pecado y aman la justicia (vv. 22-25). La clave para el manejo de las tribulaciones y las tentaciones es desarrollar disciplina espiritual diaria (cp. Lc. 6:40; 16:10-12; 1 Co. 4:2; 2 Ti. 2:2), que incluye cultivar las disciplinas espirituales necesarias que producen fe y valor crecientes (cp. Sal. 31:24; 1 Co. 16:13; Ef. 6:16; Col. 1:23; He. 11:1-2; 1 Jn. 5:4-5).

Esta sección contiene tres elementos básicos que los santos necesitan para edificar vidas ejemplares, permanecer firmes y ser testigos eficaces al mundo: santidad personal, relativa a su relación con Dios; amor mutuo, que atañe a su relación de unos con otros; y servicio espiritual, tocante a su responsabilidad con la Iglesia.

CON RELACIÓN A LA SANTIDAD PERSONAL

sed, pues, sobrios, y velad en oración. (4:7b)

Es lógico que el pensamiento piadoso esté en el centro de la comunión con Dios, ya que mientras más conozcamos la mentalidad de una persona, más enriquecedora será la relación con ella (Ro. 12:1-2; Ef. 4:23-24; Fil. 4:8). La palabra traducida **sed** se deriva de un término que literalmente significa: “Estar en sus cabales” (*sōphroneō*), estar bajo control y no dejarse llevar por una opinión errante de uno mismo (Ro. 12:3; cp. Pr. 23:7), emoción indebida o pasión incontrolable. Marcos la usó para describir al maniaco del que Jesús liberó una legión de demonios (Mr. 5:15). El verbo también se refiere a proteger la mente (cp. Pr. 4:23) y mantenerla lúcida. La mente cristiana debe estar claramente fija en prioridades espirituales y vida justa (Jos. 1:8; Mt. 6:33; Col. 3:2, 16; Tit. 2:11-12), objetivos de los que un mundo autoindulgente, engañoso y muy influenciado por Satanás trata constantemente de distraer la atención, desviar y destruir (cp. 1 Jn. 2:15-16). Cuando las mentes de los creyentes están sometidas a Cristo (2 Co. 10:5) y a su Palabra (Sal. 1:2; 19:7, 10; 119:97, 103, 105; cp. 2 Ti. 3:15-17) estos ven las cosas desde una perspectiva eterna.

La vida santa también requiere agudeza espiritual. **Sobrios** (*nēphō*) se relaciona de cerca en significado con **velad**, y denota estar espiritualmente atentos. Jesús expresó un sentimiento parecido cuando advirtió a los apóstoles: “Velad” (Mt. 24:42) y “Velad y orad” (26:41).

El pensamiento piadoso y la agudeza espiritual son cruciales para mantenerse **en oración**. **Oración** es el acceso a todos los recursos espirituales, pero los creyentes no pueden orar adecuadamente si sus mentes son inestables debido a ocupaciones mundanas, ignorancia de la verdad divina, o indiferencia hacia los propósitos divinos (cp. 1 Co. 14:15; He. 10:22; 1 Jn. 5:14-15). Los santos que estudian en serio las Escrituras y descubren sus profundas verdades en cuanto a Dios experimentan una enriquecedora comunión con Él (Sal. 42:1; Jn. 14:23; 2 Co. 13:14; 1 Jn. 1:3), al entender lo que Pablo llamó “la mente de Cristo” (1 Co. 2:16; cp. Is. 40:13; 2 Ti. 1:7). Este elemento esencial en la relación del creyente con Dios está ilustrado por la relación del Espíritu con el Padre. Pablo escribió: “El que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Ro. 8:27). Puesto que el Espíritu Santo y el Padre conocen perfectamente la mente uno del otro, existe un perfecto acuerdo en la intercesión del Espíritu.

La vida santa viene cuando los creyentes leen y meditan a diario en la Palabra de Dios, a fin de conocer los pensamientos de Dios y tener comunión con Él según su voluntad. Judas llama a esto “orando en el Espíritu Santo” (v. 20).

CON RELACIÓN AL AMOR MUTUO

Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados. Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones. (4:8-9)

El amor mutuo tiene que ver principalmente con las relaciones mutuas entre los creyentes. **Ante todo** se refiere a la suprema importancia de esa virtud en la vida cristiana (cp. 1 Co. 13:13; Fil. 2:2; Col. 3:14), y el imperativo traducido **tened** une a “sobrios” y a “velad en espíritu de oración” bajo la prioridad de que haya **entre vosotros ferviente amor**. **Ferviente** (*ektenēs*) denota dilatación o esfuerzo, y describe a una persona que corre con músculos tensos, ejerciendo máximo esfuerzo. La antigua literatura griega usaba la palabra para describir a un caballo esforzándose y corriendo a toda velocidad. A principios de esta carta (1:22) Pedro también la usa como un adverbio relacionado para describir la intensidad y el esfuerzo que deben caracterizar al **amor** cristiano. Tal amor es sacrificial, no sentimental, y requiere un esfuerzo del músculo espiritual en cada creyente para amar a pesar de los insultos, los agravios y las incomprensiones de los demás (Pr. 10:12; Mt. 5:44; Mr. 12:33; Ro. 12:14, 20; 1 Jn. 4:11; cp. Ro. 12:15; Gá. 6:10; Ef. 5:2; Stg. 1:27).

Es obvio que el verdadero amor tiende intrínsecamente a perdonar las ofensas de los demás (cp. Pr. 10:12). Pero los comentaristas difieren en cómo interpretar la expresión **el amor cubrirá multitud de pecados**. Algunos afirman que se refiere al amor de Dios que cubre pecados, mientras otros dicen que describe a creyentes que amorosamente pasan por alto las transgresiones entre ellos. Ya que el texto no ofrece ninguna explicación, parece que lo mejor es entender la frase como un axioma general. Sea de Dios o del hombre, el amor cubre el pecado.

Amor se deriva de la conocida palabra griega *agapē* (cp. 1:8, 22; 2:17; 3:10), que conlleva un fuerte significado volitivo, o perteneciente a la voluntad. La salvación resulta de la decisión del Señor de amar a todos los que creen: “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8; cp. Jn. 3:16; 1 Jn. 4:19). Los cristianos deben seguir el ejemplo de Señor, decidiendo incluso amar a quienes son desagradables, porque “toda la ley y los profetas” (Mt. 22:40) dependen de hacer eso (vv. 37-39), igual que hace el testimonio de ellos (Jn. 13:34-35).

La orden **hospedaos** (-literalmente “amar a los extranjeros”) lleva ese **amor** más allá del círculo de amistades cristianas hacia otros creyentes que ni siquiera conocen (cp. He. 13:2).

Según la ley mosaica, los judíos debían practicar la hospitalidad con los extranjeros (Éx. 22:21; Dt. 14:29; cp. Gn. 18:1-2). Jesús elogió a los creyentes que proveían comida, ropa y refugio a otros (Mt. 25:35-40; cp. Lc. 14:12-14). Sin embargo, el espíritu de hospitalidad se extiende más allá de los actos tangibles de proveer alimentos o un lugar donde posar. Incluye no solamente el acto sino una actitud generosa, de modo que lo que se haga, sin importar el sacrificio, se haga **sin murmuraciones**. La hospitalidad bíblica no tiene que ver con la mentalidad del “Almanaque del pobre Richard”, que afirma que los pescados y las visitas apestan después de tres días.

Puesto que los creyentes aún pecan (Ro. 7:18-19; 1 Jn. 1:8; cp. 1 Ti. 1:15), lo único que preservará la unidad de la Iglesia es el amor que perdona y se extiende en bondad hacia los extraños. El amor también juega un papel básico en la evangelización de los incrédulos. Jesús dijo a los apóstoles: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:35).

CON RELACIÓN AL SERVICIO ESPIRITUAL

Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, (4:10-11a)

Todo cristiano **ha recibido un don** especial (don espiritual), un poder divino para ministrar al cuerpo. Pablo escribió: “A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho... Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Co. 12:7, 11). Así como cada parte del cuerpo humano tiene una función particular, así también sucede con cada miembro del Cuerpo de Cristo (cp. 12:14).

Las categorías de las que el Señor saca los componentes del don para cada creyente se dan en dos pasajes paulinos:

Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría (Ro. 12:3-8).

Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere (1 Co. 12:4-11).

(Para un comentario completo sobre estos dos pasajes de dones espirituales, véase John MacArthur, *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Romanos* [Grand Rapids: Portavoz, 2010], pp. 173-84, y *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Primera Corintios* [Grand Rapids: Portavoz, 2003], pp. 325-335).

Los dones espirituales de cada creyente son únicos, como si cada uno fuera un copo de nieve o una huella espiritual. Es como si en su paleta espiritual Dios sumergiera su pincel en diferentes colores, o categorías de dones, y pintara en cada cristiano una mezcla exclusiva de colores. No solo que Dios otorga dones espirituales y los dispone en maneras diferentes (Ef. 4:7), sino que también da a los creyentes la fe necesaria para ejercerlos, como hizo con Pablo (cp. Ro. 12:3). Este apóstol resume así el poder del funcionamiento de los dones: “Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo” (1 Co. 12:4-6).

Puesto que el Espíritu Santo supervisa soberanamente la distribución de los dones espirituales (1 Co. 12:11), los creyentes no pueden ganarlos, orar pidiéndolos, ni generarlos de ninguna manera (cp. Hch. 8:20). El término traducido “don” en Efesios 4:7 (*dōrea*) destaca la liberalidad de la gracia y los dones divinos, mientras que *charisma* (**don**) resalta el aspecto misericordioso de lo que Dios ha hecho. Esa palabra se refiere en el Nuevo Testamento tanto a dones espirituales como a salvación (p. ej., Ro. 1:11; 6:23; 1 Co. 1:7; 1 Ti. 4:14; 2 Ti. 1:6).

Cuando los creyentes ministran con sus dones **a los otros**, lo hacen en una forma que benefician mutuamente a la Iglesia (cp. 1 Co. 12:7). A la inversa, la falta de uso o depreciación errónea de los dones (y quizás también de quienes los poseen) afecta negativamente al Cuerpo de Cristo:

Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso. Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo. Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros. Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios; y a aquellos del cuerpo que nos parecen menos dignos, a éstos vestimos más dignamente; y los que en nosotros son menos decorosos, se tratan con más decoro. Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros (1 Co. 12:15-25).

Los dones muy visibles y evidentes (p. ej., predicar, enseñar, evangelizar) no son necesariamente los más valiosos en cada caso. Dios ve los dones de los creyentes como edificadores y su ejercicio como algo esencial para el bienestar del Cuerpo de Cristo. **Buenos administradores** son quienes manejan sus dones espirituales de modo sabio y los usan de manera obediente (cp. 1 Co. 4:2; Tit. 1:7). Los lectores de Pedro estaban familiarizados con los **administradores** que manejaban la tierra, los fondos, los suministros alimentarios, y otros recursos de los propietarios. La analogía del apóstol era obvia, y por tanto no usar los dones debilita a la iglesia local porque otros no pueden reemplazar los dones exclusivos de los creyentes que no están ministrando.

La variedad de dones espirituales se expresa en la palabra **multiforme**, que literalmente significa “de muchos colores” o “multifacético”. Dos creyentes pueden tener el don de la enseñanza, pero cada uno lo demostrará con una mezcla única de gracia y fe. Eso provee lo necesario para la edificación y

la diversidad espiritual útil dentro de la iglesia. Por ejemplo, la predicación de un dirigente puede resaltar la exhibición de misericordia y mansedumbre, mientras que la de otro podría enfatizar el discernimiento de la verdad, y la de otro más la sabiduría en su aplicación.

Puesto que los dones espirituales resultan de la **gracia de Dios**, la Iglesia no puede idear ningún plan humano para repartirlos. Muchos cristianos quizás no puedan clasificar claramente su propio don debido a su singularidad, pero tales individuos pueden estar disponibles al Espíritu Santo (cp. Jn. 14:26; Ro. 14:17; 15:13; 1 Co. 2:10, 12-13; 2 Ti. 1:14), pudiendo observar cómo Él los motiva y los utiliza en el ministerio.

Las dos categorías más amplias de dones espirituales son los del lenguaje y del servicio. **Si alguno habla**, ministrará por medio de categorías de predicación y enseñanza, sabiduría, conocimiento y discernimiento. **Si alguno ministra**, lo hará por medio de aspectos tales como administración, oración, misericordia o ayuda. Además, quienes hablan no deben comunicar opinión humana, sino que deben hacerlo **conforme a las palabras de Dios**, según se revela únicamente en la Biblia (cp. Hch. 7:38; Ro. 3:2). De igual modo, cualquier don de servicio no debe ejercerse por poder humano, sino **conforme al poder que Dios da** (cp. Fil. 4:13), es decir, en dependencia en el Espíritu Santo.

LA INTENCIÓN DE NUESTRO DEBER

para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén. (4:11b)

Como es la meta en todo para los creyentes, el propósito de cumplir las obligaciones del deber cristiano en medio de un mundo hostil es que **sea Dios glorificado**. Estas cláusulas finales del pasaje constituyen una doxología, una expresión de alabanza y gloria a Dios (cp. Ro. 11:36; 16:27; Ef. 3:20-21; 1 Ti. 1:17; Jud. 25), que los cristianos pueden expresar correctamente solo **por Jesucristo**. **En todo** se refiere a la totalidad de los asuntos de responsabilidad cristiana.

Los comentaristas han debatido durante mucho tiempo en cuanto a si **a quien** se refiere a **Dios** o a **Jesucristo**. Lo mejor es ver la designación como una ambigüedad bendecida e inspirada; **la gloria y el imperio** pertenecen tanto a Dios en Cristo como a Cristo en Dios, **por los siglos de los siglos** (cp. Sal. 104:31; 113:4; 138:5; Hab. 2:14; Mt. 17:2; Jn. 1:14; 10:30; 2 Co. 4:6; Col. 1:15; He. 1:3; 2 P. 1:16-18).

Los creyentes querrán glorificar a Dios en todo lo que piensan, dicen y hacen. El apóstol Pablo expresó: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Co. 10:31). Obedecerán más fácilmente la exhortación de Pablo si están motivados por la certeza y la cercanía de la Segunda Venida, que resulta en santidad personal, amor mutuo, y servicio espiritual dentro de la Iglesia.

Pedro concluyó este pasaje con el conocido **amén**, un término para afirmación que significa “que así sea”.

Las observaciones de J. C. Ryle sobre la vida santa aún se aplican a todos los creyentes que viven en un mundo hostil al cristianismo:

Un hombre santo busca vivir con mentalidad espiritual. Hace todo lo posible por establecer totalmente sus afectos en las cosas de arriba, y procura no aferrarse demasiado a las cosas de la tierra. No descuidará los asuntos de la vida actual, pero el primer lugar en su mente y pensamientos los da a la vida venidera. Trata de vivir como quien tiene su tesoro en el cielo, y como quien pasa por este mundo como extranjero y peregrino en camino hacia su hogar (*Holiness* [reimpresión; Hertfordshire: Evangelical Press, 1987], p. 37).

22. La prueba de fuego

Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello. Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? Y: Si el justo con dificultad se salva, ¿En dónde aparecerá el impío y el pecador? De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien. (4:12-19)

Por nueve días durante el verano del 64 d.C., un enorme incendio rugió en la ciudad de Roma. Las llamas se extendieron rápidamente a través de las estrechas calles de la ciudad y de las muchas viviendas de madera muy apiñadas y, por lo general, abarrotadas de gente. Debido al conocido deseo de renovar a Roma por cualquier medio, la población creía que el emperador Nerón fue el responsable de iniciar el incendio. A medida que el fuego destruía la mayor parte de los distritos de la ciudad, él observaba con regocijo desde la Torre de Mecenas. Las tropas romanas evitaron que las personas extinguieran el incendio, e incluso iniciaron algunos fuegos más. El desastre desmoralizó en gran manera a los romanos debido a que muchos perdieron casi todos sus bienes terrenales, y también vieron quemado su orgullo cívico. Con la gente resentida contra Nerón en un nivel elevado, este desvió la atención de sí mismo y convirtió a la comunidad cristiana en el chivo expiatorio por el incendio.

El ardid de Nerón fue ingenioso porque los cristianos en el Imperio Romano ya eran blancos injustos de mucho odio y calumnias. Los incrédulos informaron falsamente que los cristianos consumían carne y sangre humana durante la Cena del Señor (cp. Mr. 14:22-25; 1 Co. 11:23-26), y que el beso santo (cp. 5:14; Ro. 16:16; 1 Co. 16:20; 2 Co. 13:12; 1 Ts. 5:26) en realidad era una señal de lujuria incontrolada. Además, los romanos veían al cristianismo como una secta del judaísmo. Con el aumento del antisemitismo en esos días, la población fácilmente adoptó también una actitud anticristiana. El cristianismo también había causado estrés dentro de las familias cuando uno de los cónyuges (en particular mujeres) llegaba a creer pero el otro no. Tal situación generó más resentimiento hacia los santos.

Tras el incendio de Roma, Nerón se aprovechó de ese sentimiento anticristiano y castigó a los creyentes usándolos como antorchas humanas para iluminar sus fiestas en el jardín, cosiéndolos dentro de pieles de animales para ser devorados por depredadores, crucificándolos, y sometiéndolos a torturas atroces e injustas.

Es probable que el apóstol Pedro escribiera esta carta justo antes del inicio de la persecución de Nerón. Por eso, según se analizó antes en esta obra (1:6-7; 2:11-12, 19-20; 3:8-9, 14, 17; 4:1), el principal tema repetitivo del apóstol es cómo sus lectores debían responder al tratamiento injusto. Hoy va en aumento la hostilidad hacia los cristianos que hablan contra los pecados de la cultura y en

defensa de la exclusividad del evangelio. Por tanto, a fin de soportar tanto la hostilidad actual como la que podría venir en el futuro, los creyentes deben prestar atención a las instrucciones de este pasaje sobre cómo soportar las graves pruebas. Estos versículos llevan a los creyentes a esperar sufrimiento, a regocijarse en medio del sufrimiento, a evaluar el sufrimiento, y a encomendar el sufrimiento a Dios. (Para un trato más amplio de todo el tema del sufrimiento, véase John MacArthur, *El poder del sufrimiento* [Grand Rapids: Portavoz, 2005]).

ESPERAR SUFRIMIENTO

Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, (4:12)

Al no esperar que los persiguieran de manera tan infame, era comprensible que los creyentes a los que Pedro escribió estuvieran sorprendidos, atribulados y confundidos por su padecimiento. Quizás esperaban que la vida estuviera llena de bendiciones, beneficios y protección divina. Sin embargo, la expectación de sufrimiento por parte de los creyentes está ligada a las palabras de Jesús, quien escribió a los apóstoles: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros” (Jn. 15:18), la amonestación de Pablo a Timoteo: “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Ti. 3:12), y la advertencia del apóstol Juan: “Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece” (1 Jn. 3:13). Para los cristianos, la confrontación con el pecado y el mundo a menudo resulta en sufrimiento, lo cual es parte del costo prometido del discipulado (cp. Mt. 10:38-39; 16:24-26; Jn. 12:24-26). Tener en cuenta el precio es algo que se halla detrás de las palabras de Jesús de que nadie construye una torre o entra en batalla sin primero calcular el costo (Lc. 14:28-32).

Amados (*agapētos*, cp. 2:11) es una palabra pastoral común que comunica ternura, compasión, afecto y cuidado (cp. 1 Co. 4:14; 1 Ts. 2:8). Tal amor proporciona un dulce acolchado para que las agotadas almas de los creyentes reposen en medio de las pruebas y persecuciones. El padecimiento severo puede tentarlos a dudar del amor de Dios y permitir que entre a sus mentes el mismo pensamiento que una vez motivó a la esposa de Job a pronunciar las despreciables palabras: “¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete” (Job 2:9). Por eso el apóstol intentó tranquilizar a sus lectores acerca del amor constante tanto de él como de Dios.

La frase **no os sorprendáis** informa que los creyentes deben esperar que el evangelio de Cristo sea ofensivo para muchos, y que esto provocará persecución. El original griego es *zenizō*, que significa “estar asombrado o extrañado” por la novedad de algo. Los cristianos nunca deberían sorprenderse por la persecución. Más adelante en el versículo, Pedro usa el sustantivo relacionado *zenos*, traducido como **alguna cosa extraña**, pero eso también se podría traducir como “algo sorprendente”, que enfatiza aún más lo que dice Pedro sobre esperar persecución. Ya que los santos son obedientes a Dios y eficaces en proclamar el evangelio, la animosidad entre los incrédulos es inevitable. “Somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquéllos olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?” (2 Co. 2:15-16; cp. 4:3; 1 Co. 1:18). Como dice el adagio probado por el tiempo: “El sol que derrite la cera también endurece la arcilla”, y “el evangelio salva y mata” (cp. Ro. 9:15-24). Trátese de hostilidad hacia su mensaje exclusivo, de sus esfuerzos por evangelizar, o de su piadoso estilo de vida, los creyentes deben recordar que la dificultad es un corolario de la fe bíblica (Mr. 10:30; Jn. 16:33; 1 Ts. 3:4; 2 Ti. 2:3-4; 3:12; cp. Mt. 7:13-14).

A pesar de que el término traducido **fuego de prueba** (*purōsis*) describe figuradamente una dolorosa experiencia de persecución, también se usa para un horno de fundición que purga de impurezas (cp. Sal. 66:10; Pr. 17:3; véase también el estudio de 1:6-7 en el capítulo 3 de esta obra). Puede ser que aquí Pedro esté usando su conocimiento de la profecía de Malaquías:

He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿O quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia. (Mal. 3:1-3)

Ese texto habla de fuego purificador, en contraste con el fuego consumidor en Malaquías 4:1: “Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama”. La evidencia de que Pedro estaba pensando en las palabras de Malaquías se ve reforzada por la referencia del apóstol a “la casa de Dios” (v. 17), donde tal juicio purificador debe venir. Pedro está diciendo que la persecución constituye la purga que el Señor hace de su templo: su pueblo.

El maltrato que **ha sobrevenido** sobre los creyentes también es como una **prueba** para comprobar la autenticidad de su fe (cp. Job 23:10; Ro. 5:3; 2 Co. 1:10; 2 Ti. 3:11; Stg. 1:3-12). Sufrir por causa de la justicia no solo refina sino que, incluso antes que eso, revela si las personas son verdaderos creyentes. Jesús ilustró esta verdad en la parábola de los suelos: “Parte [de la semilla] cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó” (Mt. 13:5-6). El Señor describió una respuesta superficial e inadecuada a la predicación del evangelio. Algunas personas no permitieron que la semilla de la Palabra penetrara el suelo duro de sus corazones, y pronto la persecución reveló que su reacción al evangelio no fue más que una profesión superficial y falsa (vv. 20-21).

El verbo traducido **os aconteciese** (*sumbainontos*) podría significar “caer por casualidad”, y exige que los cristianos entiendan que las experiencias del sufrimiento injusto por Cristo no son accidentales sino inevitables porque el mensaje del pecado, de la salvación y del juicio ofende. Además, estos incidentes ocurren por diseño de Dios y revelan si la fe de los creyentes profesantes está realmente regenerada (cp. Job 5:17; Pr. 3:11-12; He. 12:5-11; Ap. 3:19).

GLORIARSE EN EL SUFRIMIENTO

sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. (4:13-14)

Por cuanto es una manera generosa de traducir *katho* (“mientras”, “según lo cual”) y por consiguiente muestra que la recompensa eterna de los cristianos es proporcional al sufrimiento terrenal que sufren (cp. Ro. 8:18; 2 Co. 4:16-18; He. 11:26; 2 Jn. 8; Ap. 2:10). Se trata de una relación razonable ya que el sufrimiento revela fidelidad al Señor Jesucristo, quien observó esta relación entre la prueba y la recompensa, diciendo:

Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres con los profetas. (Lc. 6:22-23)

Pedro enriquece aún más la resistencia de quienes son perseguidos al declarar que ellos son **participantes de los padecimientos de Cristo**. Eso no tiene ningún sentido redentor; ni se refiere únicamente a la unión espiritual con Él, como Pablo lo describe en Romanos 6; se refiere a que los creyentes experimentan el mismo tipo de sufrimiento que Cristo soportó: padecer por lo que es justo. R. C. H. Lenski detalla correctamente el significado del dicho de Pedro:

Los lectores [de 1 Pedro] están solo en comunión con los padecimientos de Cristo. Este es un pensamiento que Pablo sostiene de manera total y prominente en Romanos 8:17; 2 Corintios 1:7; 4:10; Filipenses 1:29; 3:10; Colosenses 1:24. El tema se remonta al mensaje de Cristo (Jn. 15:20, 21).

Participamos en los padecimientos de Cristo cuando sufrimos por causa de su nombre, cuando el odio que lo golpeó nos golpea también a causa de Él. No hay una idea de tener comunión en la expiación del padecimiento de Cristo, y en que nuestro sufrimiento también sea expiatorio. En Mateo 5:12 la persecución nos coloca en la compañía de los profetas perseguidos (en realidad una gran exaltación); aquí nos pone en la compañía de Cristo mismo, en una comunión incluso mayor, o [*koinōnia*]. ¿Es esa una “cosa extraña” o la debemos considerar extraña? Persecución es lo que debemos considerar adecuado y natural esperar, sí, como Pedro afirma (siguiendo a Mt. 5:12), es una causa de gozo (*The Interpretation of the Epistles of St. Pedro, St. John and St. Jude* [reimpresión; Minneapolis: Augsburg, 1966], p. 203).

El Cristo que padeció a manos de hombres malvados, aunque nunca tuvo pecado (Is. 53:9; Mt. 26:67; 27:12, 26, 29-31, 39-44; Jn. 10:31, 33; 11:8; Hch. 2:23), prometió a los creyentes que sería un privilegio sufrir de la misma forma cuando manifestó: “Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra” (Jn. 15:20).

A medida que los creyentes sufren injustamente deberían gozarse, como lo hizo su Señor, un sentimiento totalmente inaceptable para aquellos que no tienen esperanza de recompensa eterna, pero afirmado por el Señor cuando declaró:

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros (Mt. 5:10-12).

La revelación de su gloria llegará “el día en que el Hijo del Hombre se manifieste” (Lc. 17:30), lo cual se refiere al regreso de Cristo. El Señor reanudó la total experiencia de **su gloria** después de ascender al cielo, pero aún no la ha revelado en la tierra para que todos vean (cp. Mt. 24:30; Fil. 2:9-11; Ap. 19:11-16). (Pedro, Santiago y Juan obtuvieron un vislumbre de esa gloria cuando presenciaron la transfiguración de Cristo [Mr. 9:2-3; cp. 2 P. 1:16-18]).

El segundo uso que Pedro hace de **gocéis** (*chairō*) en el versículo 13 está calificado por **gran alegría** (*agalliaō*), una referencia a un gozo delirante. Cuando Cristo regrese, los creyentes se gozarán **con gran alegría** (cp. el estudio de gozo en el capítulo 3 de esta obra), y lo harán proporcionalmente a su participación en los padecimientos de Él en esta vida. Quienes participan de

los sufrimientos del Señor también comunicarán su gloria (5:1; cp. Mt. 20:20-23). El padecimiento de los santos por la justicia los prueba, los refina, y hace que obtengan un “excelente y eterno peso de gloria” (2 Co. 4:17), para que mientras más grande sea su sufrimiento mayor sea su esperanza, y la riqueza de su gozo (cp. 2 Co. 4:16-18; Stg. 1:2).

El nombre de Cristo es la causa del odio malévolos dirigido hacia los creyentes (Mt. 10:22; 24:9). En los primeros días de la iglesia, el **nombre de Cristo** se convirtió primero en sinónimo del Salvador mismo y de todo lo que Él representa (cp. Lc. 24:47; Jn. 1:12; Hch. 2:38; 4:17, 30; 9:15; 19:17). Pedro aseveró en su sermón ante el concilio: “En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12). Más tarde los apóstoles “salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (5:41). En la visión de Jesús relacionada con la conversión de Saulo de Tarso y su posterior predicación como el apóstol Pablo, Cristo le dijo a Ananías de Damasco: “Yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre” (9:16). No es el **nombre** “Cristo” lo que ofende a los impíos, sino más bien quién es Él y lo que dijo e hizo lo que causa hostilidad de parte de ellos.

Esa animosidad se resume en la palabra **vituperados** (*oneidizō*), que significa “acusar” o “lanzar insultos sobre”. En la Septuaginta describe hostilidad acumulada para con Dios y su pueblo por parte de los paganos (Sal. 42:10; 44:16; 74:10, 18; cp. Is. 51:7; Sof. 2:8). En el Nuevo Testamento se refiere a las indignidades y maltratos que Cristo soportó por parte de los pecadores (Mt. 27:44; Mr. 15:32; Ro. 15:3). En el siglo I, a menudo los incrédulos se exasperaban y se enfurecían porque con mucha frecuencia los creyentes hablaban de Cristo, y cuya acusación hacia los pecadores ellos despreciaban (cp. Hch. 4:17-18; 17:1-7).

Sin embargo, todo el odio y la violencia del mundo contra los cristianos no reducen el hecho de que sean **bienaventurados**. En realidad son más **bienaventurados** por ese sufrimiento, no solo por el premio eterno que recibirán sino por la bendición actual, **porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre ellos**. No es tan solo debido al sufrimiento que el Espíritu Santo reposa sobre los creyentes, como cuando Él llegaba y salía de un profeta del Antiguo Testamento, sino más bien que Él ya está de manera permanente en los creyentes (Ro. 8:9; 1 Co. 6:19-20; 12:13), concediéndoles alivio sobrenatural en medio de su sufrimiento. Puesto que el Espíritu es **Dios**, la gloria divina define su naturaleza (cp. Sal. 93:1; 104:1; 138:5). **Glorioso** rememora a la *Shejiná*, que en el Antiguo Testamento simbolizaba la presencia terrenal de Dios (Éx. 24:16-17; 34:5-8; 40:34-38; Hab. 3:3-4). Cuando el tabernáculo y el arca del pacto fueron llevados al recién dedicado templo de Salomón, “la gloria de Jehová [llenó] la casa de Jehová” (1 R. 8:11). Así como la brillante nube de la *Shejiná* reposaba en el tabernáculo y el templo, así el Espíritu Santo vive y ministra hoy día a los creyentes. **Reposa** (del tiempo presente de *anapauō*) significa “dar descanso, refrigerio e interrupción del trabajo duro” (cp. Mt. 11:28-29; Mr. 6:31), y describe uno de los ministerios del Espíritu. “Refrigerio” viene sobre esos creyentes que padecen por causa del Salvador y del evangelio. El Espíritu les da gracia al impartirles resistencia, comprensión y todo el fruto que viene en el abanico de su bondad: “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley” (Gá 5:22-23).

Ese tipo de refrigerio y poder divinos llegaron sobre Esteban, un líder de la iglesia en Jerusalén y su primer mártir conocido. Cuando comenzó a defender su fe ante los dirigentes judíos, estos “vieron su rostro como el rostro de un ángel” (Hch. 6:15). La conducta de Esteban expresaba serenidad, tranquilidad y gozo, todo el fruto del Espíritu, no disminuido sino incluso ampliado por el sufrimiento y la gracia del Consolador sobre él. Los miembros del concilio se enfurecieron cuando

Esteban les hizo un recuento de la historia redentora desde el Antiguo Testamento, relato que culminó con la obra expiatoria de Jesús el Mesías. La paz de Esteban controlada por el Espíritu se hizo evidente cuando “lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios” (Hch. 7:55-56). Mientras sus enemigos intentaban matarlo a pedradas, Esteban “invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió” (vv. 59-60). Realmente, el Espíritu de gloria lo elevó por sobre el sufrimiento hasta un dulce descanso. Esa obra poderosa del Espíritu fue la causa del testimonio posterior de Pablo en 2 Corintios 12:9-10: “Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”.

EVALUAR EL SUFRIMIENTO

Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello. Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? Y: Si el justo con dificultad se salva, ¿en dónde aparecerá el impío y el pecador? (4:15-18)

No todo sufrimiento trae el alivio del Espíritu Santo. Las dificultades generadas por acciones fuera de la ley obviamente no representan sufrir por la justicia. Si algún creyente es **homicida, o ladrón** (delitos capitales en el mundo antiguo), no tiene derecho de quejarse por ser castigado, ni ningún derecho de esperar la gracia del Espíritu. Lo mismo se aplica a cualquiera que padece **como malhechor** (*kakopoios*), un término más general que abarca todos los delitos sin excepción (cp. 2:14; 3 Jn. 11).

La sorprendente inclusión del término traducido **entremeterse en lo ajeno** (*allotriepiskopos*), usado solo aquí en el Nuevo Testamento, y en principio al parecer de menor importancia en comparación con los términos anteriores de Pedro, muestra que todos los pecados, no solamente los delitos, hacen perder el consuelo y el reposo del Espíritu Santo. La palabra literalmente significa “alguien que se mete en cosas ajenas a su llamado”, “agitador” o “buscapleitos”. Las exhortaciones de Pablo a los tesalonicenses ilustran el significado de la palabra:

Y que procuréis tener tranquilidad, y ocuparos en vuestros negocios, y trabajar con vuestras manos de la manera que os hemos mandado (1 Ts. 4:11).

Porque oímos que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno. A los tales mandamos y exhortamos por nuestro Señor Jesucristo, que trabajando sosegadamente, coman su propio pan (2 Ts. 3:11-12).

Los cristianos nunca deben ser alborotadores o agitadores en la sociedad o en sus lugares de trabajo (cp. 1 Ti. 2:1-3; Tit. 3:1-5). Pueden confrontar los pecados en las vidas de otros creyentes, ayudar a administrar disciplina en la iglesia, estimular a los incrédulos con el evangelio, y animar a los santos compañeros a mayores niveles de piedad; pero con relación a los asuntos privados de otros que no nos incumben, los creyentes nunca deben entrometerse de manera inapropiada. Más específicamente,

Pedro se estaba refiriendo al activismo político y a la agitación civil, que son actividades perjudiciales o ilegales que interfieren con el buen funcionamiento de la sociedad y el gobierno. Tales actividades obligan a las autoridades a imponer castigo (Ro. 13:2-4; para un estudio más amplio de estos temas, véase el capítulo 13 de esta obra). Está mal que los creyentes vean tal castigo como persecución por su fe. Si se salen de la fe y esto les trae problemas, hostilidad, resentimiento o percusión, no tienen más derecho de esperar el reposo del Espíritu Santo del que esperarían si fueran asesinos. El hecho de que Pedro incluya aquí *allotriepiskopos* en su lista de pecados podría significar que algunos discípulos, en su celo por la verdad y su resentimiento por el paganismo, estaban causando problemas en la sociedad por razones más allá de una preocupación sincera y legítima por el evangelio.

Recuerdo una conversación que tuve una vez con un pastor ruso que había sufrido en gran manera bajo el comunismo soviético. Le pregunté si él o sus compañeros cristianos se rebelaron alguna vez contra el gobierno. Replicó que todos estaban convencidos de que, si alguna vez eran ofendidos o perseguidos por las autoridades civiles, sería únicamente por causa del evangelio. La iglesia rusa en realidad se fortaleció en ese ambiente, y el hombre se preguntaba cómo los pastores en Estados Unidos podían contar con personas santas sin que padecieran por el evangelio.

Si alguno padece como cristiano, su sufrimiento califica para la bendición del Espíritu Santo. Que **no se avergüence** (*aischunō*, “no sentirse deshonrado”), **sino** más bien que a causa de esta bendición de consuelo sobrenatural **glorifique a Dios por ello**. Los creyentes del siglo I se referían unos a otros como “hermanos” (Hch. 1:15-16; 6:3; 9:30; 12:17; 15:13), “santos” (Hch. 9:13; Ro. 8:27; 15:25; 1 Co. 16:1), y los “de este Camino” (Hch. 9:2; 19:9, 23; 22:4; 24:14, 22). Sin embargo, es irónico que el término **cristiano** no fue un nombre que los creyentes asumieron al principio para sí mismos; al contrario, debido a que originalmente fue una designación despectiva que el mundo les dio, el nombre se asociaba con odio y persecución (cp. Hch. 11:26; 26:28). Este se ha convertido en, y debería seguir siéndolo, el nombre dominante y amado por el que se conoce a los creyentes, esto es los que pertenecen a Cristo.

Sino glorifique a Dios en este contexto significa alabarlo por el privilegio y el honor de sufrir **por ello**, debido a todo lo que Él ha hecho, está haciendo y hará para siempre por sus santos. Este tipo de sufrimiento no solo produce gozo por la recompensa celestial y la bendición de **Dios**, sino que también purifica a la Iglesia. Aquí el pensamiento de Pedro vuelve a las imágenes de Malaquías 3:1-3 (véase comentario sobre el v. 12, antes en este capítulo). El Señor purgará su templo: su pueblo. **Es tiempo** (*kairos*) en este contexto designa un momento decisivo y crucial para **que el juicio comience**. La palabra griega para **juicio** es *krima* y se refiere a un proceso judicial que toma una decisión sobre el pecado de alguien. El término identifica una cuestión de sentencia judicial (cp. 1 Co. 6:7) y se usa específicamente para juicio divino (cp. Ro. 2:5; 5:16; 11:33). El juicio divino sobre los creyentes es la decisión que Dios toma sobre los pecados de ellos, lo que incluye disciplinar y lleva a la limpieza (cp. 5:9-10) a **la casa de Dios**, pero no a condenación eterna:

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús (Ro. 8:1).

Mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo (1 Co. 11:32).

Casa es la referencia de Pedro a la Iglesia; otros versículos del Nuevo Testamento también clarifican ese significado (cp. 2:5; Gá 6:10; Ef. 2:19; 1 Ti. 3:15; He. 3:6; 10:21).

Pedro plantea la pregunta comparativa: **si primero [el juicio] comienza por [los creyentes], ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?** La respuesta es clara: el juicio concluye con la condenación final que Cristo hará de los impíos en el gran trono blanco (Ap. 20:11-15; cp. Mt. 7:21-23; 25:44-46). Aunque Dios disciplina ahora a su propio pueblo, el juicio futuro para los perdidos será infinitamente más devastador (cp. Dn. 12:2; Mt. 13:41-42, 49-50; 22:11-14; 25:41; Mr. 9:44-49; Lc. 13:23-28; 16:23-24; Ap. 14:10-11).

Es muchísimo mejor para la gente soportar el sufrimiento con gozo ahora como creyentes que son purificados por el testimonio eficaz y la gloria eterna, que soportar después tormento eterno como incrédulos (cp. Lc. 16:19-31). Pedro reforzó ese punto para sus lectores con una cita de la Septuaginta tomada de Proverbios 11:31: **Si el justo con dificultad se salva, ¿en dónde aparecerá el impío y el pecador? Con dificultad** viene del adverbio *molis* (relacionado con *molos*, “difícilmente”), que significa “a duras penas” o “apenas” (véase usos en Hch. 14:18; 27:7, 8, 16) y que manifiesta la dificultad con que los creyentes son llevados a la salvación final a través de los fuegos del sufrimiento injusto, la purga divina, y la disciplina ordenada por Dios:

Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos (He. 12:7-8).

Pablo afirmó esta necesidad en respuesta a su propio sufrimiento intenso a manos de los judíos malvados que lo apedrearon en Listra. Lucas ofrece el relato del sufrimiento y la respuesta de Pablo en Hechos 14:19-22:

Entonces vinieron unos judíos de Antioquía y de Iconio, que persuadieron a la multitud, y habiendo apedreado a Pablo, le arrastraron fuera de la ciudad, pensando que estaba muerto. Pero rodeándole los discípulos, se levantó y entró en la ciudad; y al día siguiente salió con Bernabé para Derbe. Y después de anunciar el evangelio a aquella ciudad y de hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.

Ese fue tan solo un incidente en una larga lista de pruebas injustas que el apóstol soportó, registradas especialmente en 2 Corintios 1:3-11; 4:7-18; 6:4-11; 7:5; 11:23-33, y que concluyeron en 12:7-10, en que Pablo demuestra que su sufrimiento fue para doblegarlo y así fortalecerlo:

Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetea, para que no me enaltezca sobremedida; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

Jesús dijo que los creyentes tendrían aflicción en este mundo, que incluye ser perseguidos hasta la muerte (Jn. 16:2-3, 33), y que tal sufrimiento les vendría por causa de Él (Mt. 10:24-25) a fin de que “perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos” (He. 2:10; cp. 1 P. 1:11). Fue difícil para Jesús ser el Salvador debido al inconmensurable dolor que soportó por la exposición a este mundo pecaminoso y por tener que estar bajo la maldición de Dios por todos los pecados de todos

aquellos que alguna vez creerían. Si fue **con dificultad** que Él se entregó para redimir a los pecadores, y **con dolorosa dificultad** que los redimidos soportan para su gloria final, ¿piensa alguien que **el impío y el pecador**, que han vivido sin padecer por la justicia (porque son injustos), simplemente morirán y dejarán de existir, o que se les dará un lugar en el cielo porque Dios no es nada más que amor y perdón? Esa es una idea ridícula. Pedro está diciendo que el sufrimiento eterno de los impíos, comparado con el padecimiento temporal de los piadosos, es mucho más grande. Pablo distingue de esta manera los sufrimientos terrenales de los santos y el castigo sin fin de los perdidos:

Esto es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis. Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder (2 Ts. 1:5-9).

ENCOMENDAR EL SUFRIMIENTO A DIOS

De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien. (4:19)

De modo que atrae al lector hacia el obvio deber que tiene al sufrir. **Los que padecen según la voluntad de Dios** reciben este aliento con relación a la dificultad de su justo dolor, que sucede **según la voluntad de Dios** (cp. 3:7; 5:10). Al saber esta realidad los creyentes dan reposo a **sus almas** en el cuidado y el propósito de Dios. **Encomienden** (*paratithemi*) es un término bancario que se refiere a depositar para tener custodia segura. Sería necesario preocuparse adecuadamente por el carácter y la capacidad de la persona a la que se da tal confianza. Jesús usó la misma palabra en la cruz cuando encomendó su espíritu al Padre (Lc. 23:46; cp. el estudio de 2:23 en el capítulo 15 de esta obra). Los creyentes deben animarse aún más a recordar que Aquel a quien entregaron sus almas es el **fiel Creador**. Solo aquí en el Nuevo Testamento se llama **Creador** a Dios. Esto se debe a que generalmente se entendía que el Autor de todo, el Diseñador de todo lo que existe, Aquel que sustenta no solo esta creación material sino que logra su propósito en todo, llevará a cabo lo que desea; solo Él es totalmente capaz y digno de confianza para hacer **el bien**. ¿Quién podría ser mejor que el confiable Creador que siempre actúa con justicia? Puesto que Dios es fiel en sí mismo y para sus propias promesas, las almas de los creyentes descansan en el poder y el propósito divinos (cp. 1:3-5; Jn. 10:27-30; 17:11-12, 15; Ro. 8:35-39; Ef. 1:13-14; Fil. 1:6; 1 Ts. 5:23-24; 2 Ti. 1:12; Jud. 24-25).

El salmista David recorrió la senda que lo llevó de la angustia por causa de sus perseguidores hasta la seguridad en su fiel Creador. El Salmo 31 es un enriquecedor ejemplo de un creyente que se encomienda a Dios:

En ti, oh Jehová, he confiado; no sea yo confundido jamás; líbrame en tu justicia. Inclina a mí tu oído, líbrame pronto; sé tú mi roca fuerte, y fortaleza para salvarme. Porque tú eres mi roca y mi castillo; por tu nombre me guiarás y me encaminarás. Sácame de la red que han escondido para mí, pues tú eres mi refugio. En tu mano encomiendo mi espíritu; tú me has redimido, oh Jehová, Dios de verdad. Aborrezco a los que esperan en vanidades ilusorias; mas yo en Jehová he esperado. Me gozaré y alegraré en tu misericordia, porque has visto mi aflicción; has conocido

mi alma en las angustias. No me entregaste en mano del enemigo; pusiste mis pies en lugar espacioso. Ten misericordia de mí, oh Jehová, porque estoy en angustia; se han consumido de tristeza mis ojos, mi alma también y mi cuerpo. Porque mi vida se va gastando de dolor, y mis años de suspirar; se agotan mis fuerzas a causa de mi iniquidad, y mis huesos se han consumido. De todos mis enemigos soy objeto de oprobio, y de mis vecinos mucho más, y el horror de mis conocidos; los que me ven fuera huyen de mí. He sido olvidado de su corazón como un muerto; he venido a ser como un vaso quebrado. Porque oigo la calumnia de muchos; el miedo me asalta por todas partes, mientras consultan juntos contra mí e idean quitarme la vida. Mas yo en ti confío, oh Jehová; digo: Tú eres mi Dios. En tu mano están mis tiempos; librame de la mano de mis enemigos y de mis perseguidores. Haz resplandecer tu rostro sobre tu siervo; sálvame por tu misericordia. No sea yo avergonzado, oh Jehová, ya que te he invocado; sean avergonzados los impíos, estén mudos en el Seol. Enmudezcan los labios mentirosos, que hablan contra el justo cosas duras con soberbia y menosprecio. ¡Cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen, que has mostrado a los que esperan en ti, delante de los hijos de los hombres! En lo secreto de tu presencia los esconderás de la conspiración del hombre; los pondrás en un tabernáculo a cubierto de contención de lenguas. Bendito sea Jehová, porque ha hecho maravillosa su misericordia para conmigo en ciudad fortificada. Decía yo en mi premura: Cortado soy de delante de tus ojos; pero tú oíste la voz de mis ruegos cuando a ti clamaba. Amad a Jehová, todos vosotros sus santos; a los fieles guarda Jehová, y paga abundantemente al que procede con soberbia. Esforzaos todos vosotros los que esperáis en Jehová, y tome aliento vuestro corazón.

23. El pastoreo del rebaño

Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria. (5:1-4)

W. Phillip Keller escribió: “No es por accidente que Dios nos haya elegido como ovejas. El comportamiento de las ovejas y de los seres humanos se parece en muchos aspectos... Las ovejas no ‘se ocupan simplemente de ellas mismas’ como alguien podría suponer. Más que cualquier otro tipo de rebaño, ellas requieren atención sin fin y un cuidado meticuloso” (*A Shepherd Looks at Psalm 23* [Grand Rapids: Zondervan, 1979], pp. 20-21).

Por ejemplo, Dios ha creado a la mayoría de animales con un misterioso instinto para encontrar su camino a casa. Pero si una oveja se extravía en territorio desconocido, se desorienta por completo y no puede hallar su camino de vuelta, como en la conmovedora parábola del Señor acerca de la oveja perdida (Lc. 15:3-7). Las ovejas necesitan un pastor que las guíe, las atienda, las proteja, y que a veces las rescate del peligro.

Las ovejas pasan la mayor parte de su tiempo comiendo y bebiendo. Pero si se pierden son incapaces de hallar alimento adecuado y agua. Abandonadas a su suerte, comen indiscriminadamente plantas tanto saludables como venenosas, o arrasan y arruinan su propio pasto. Además, es necesario guiarlas hasta cierta agua que no sea impura, que no esté estancada, que no esté muy caliente ni muy fría, ni demasiado borrasca. Por eso es que el salmista se refiere a “aguas de reposo” en el Salmo 23:2.

Las ovejas también tienen mucha necesidad de ayuda por parte de alguien más. Debido a que su lana segrega una gran cantidad de lanolina aceitosa que impregna su vellón, se les adhiere mucho polvo, pasto y suciedad traída por el viento. Ya que estos animales no tienen habilidad para limpiarse, permanecen sucias hasta que los pastores las esquilan. Entre esquilada y esquilada es necesario cortarles esa sucia y pegajosa acumulación debajo de sus colas, porque de lo contrario no eliminan adecuadamente los desperdicios y pueden enfermar o incluso morir. Como las ovejas también son por naturaleza pasivas y prácticamente indefensas contra los depredadores, y cuando son atacadas su único recurso es huir llenas de pánico, el pastor debe estar siempre alerta para defenderlas y rescatarlas de ataques.

No es de extrañar entonces que Jesús comparara a las multitudes desorientadas, confundidas, impuras y espiritualmente perdidas con rebaños de ovejas sin pastores (Mt. 9:36; Mr. 6:34). Estas no podían alimentarse espiritualmente por su cuenta y no tenían a nadie que las guiara y las protegiera. El profeta Isaías también comparó la condición de la humanidad perdida con las ovejas extraviadas: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino” (Is. 53:6).

Todas las imágenes anteriores acerca de ovejas y pastores eran conocidas por los miembros de la sociedad principalmente agrícola del siglo I, pero aun hoy día se deben tener en cuenta si hemos de entender la riqueza de este pasaje. Sin duda Pedro comprendía las imágenes cuando llamó a los creyentes **la grey de Dios**, y cuando mandó a los **ancianos** que la apacentaran. Puesto que incluso los creyentes son propensos a errar, a aceptar lo que les perjudica, a volverse inmundos, y a ser muy vulnerables e indefensos por cuenta propia, y a menudo ingenuos, es apremiante la demanda de pastores que sean fieles y responsables. Y cuando la Iglesia está bajo severa persecución, como ocurría en el tiempo de Pedro, es aún más vulnerable y está en gran necesidad de pastores fuertes, santos y eficaces. El apóstol, escribiéndoles a los ancianos de varias iglesias en Asia Menor (1:1) y a los ancianos de la Iglesia en todas las épocas, les dio varios mandatos fundamentales y cruciales con relación al pastoreo. Tales disposiciones se pueden entender mejor haciendo cuatro preguntas básicas respecto a este pasaje: ¿A quiénes se envían a pastorear? ¿A quiénes se debe pastorear? ¿Cómo se debe pastorear? ¿Por qué razón deben servir los pastores?

¿A QUIÉNES SE ENVÍAN A PASTOREAR?

Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad (5:1-2a)

Ruego es la solicitud del apóstol por la realidad de que los destinatarios de esta epístola estaban padeciendo persecución (4:12-19) y que eran atacados por causa de la justicia. Ese hecho llevó a Pedro a exhortar **a los ancianos** a pastorear a las atribuladas y acosadas ovejas. El primer y evidente punto que aquí se debe tomar en cuenta es que el Espíritu Santo afirma que tal liderazgo y responsabilidad espiritual para con la Iglesia pertenecen a **los ancianos**. Eso es característico y constante en los libros del Nuevo Testamento que tratan con la Iglesia. La primera mención de los ancianos aparece en Hechos 11:30, donde el escritor Lucas los identifica como los líderes de la iglesia en Jerusalén. Posteriores referencias en Hechos (14:23; 15:4, 6, 22, 23; 16:4; 20:17; 21:18) continúan dejando en claro el papel de los ancianos. En 1 Timoteo 5:17, Pablo los identifica como aquellos hombres que gobiernan mientras “trabajan en predicar y enseñar”. Tito 1:5 establece que los ancianos debían dirigir cada iglesia en toda ciudad. Las calificaciones para tales hombres aparecen en 1 Timoteo 3:1-7 y Tito 1:5-9. (Para un examen detallado de estos dos pasajes, véase John MacArthur, *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Primera Timoteo* [Grand Rapids: Portavoz, 2004], pp. 107-137; MacArthur, *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Tito*, [Grand Rapids: Portavoz, 2002], pp. 33-70).

Ruego (*parakaleō*) significa literalmente “alentarse unos a otros”, o en sentido general “animar u obligar a alguien a ir en cierta dirección”. El sustantivo relacionado se asocia a menudo con el ministerio del Espíritu Santo (cp. Jn. 14:16-17, 26; 15:26; 16:7). Aquí Pedro dirige la apelación **a los ancianos**, quienes son los designados por el Señor para ser los líderes dotados de la iglesia. Existen tres términos del Nuevo Testamento usados de manera intercambiable para referirse a estos hombres: anciano (*presbuterion*; cp. 1 Ti. 5:19; 2 Jn. 1; 3 Jn. 1), obispo o supervisor (*episkopos*; cp. 2:25; Fil. 1:1; 1 Ti. 3:2; Tit. 1:7), y pastor (*poimēn*; cp. Ef. 4:11). *Anciano* resalta la madurez necesaria del hombre para tal ministerio, y en muchas iglesias protestantes es el título oficial escogido para el cargo. *Obispo*, o *supervisor*, establece la responsabilidad general de la tutela. *Pastor* tiene que ver con la palabra **apacentar** y expresa el deber prioritario de alimentar o enseñar la verdad de la Palabra de Dios.

El Antiguo Testamento está lleno de referencias a los ancianos en Israel (p. ej., Lv. 4:15; Nm. 11:25; Dt. 25:7; 1 R. 21:11; Sal. 107:32; Pr. 31:23). El Nuevo Testamento también indica que los ancianos seguían siendo importantes en la sociedad judía en aquellos días (p. ej., Mt. 15:2; 16:21; Lc. 9:22; Hch. 4:5; 24:1). Cada sinagoga tenía sus ancianos gobernantes que tenían deberes de liderazgo y eran responsables por enseñar (cp. Neh. 8:4-8; 9:5; Hch. 15:21). La iglesia primitiva adoptó ampliamente un modelo parecido (cp. Hch. 2:42-47; 6:4), y estableció una pluralidad de hombres piadosos y dotados para guiar, proteger y alimentar a cada congregación local (cp. Tit. 1:5). Era responsabilidad de los ancianos predicar la verdad con el fin de edificar a los creyentes y protegerlos contra el pecado y el error, siendo siempre los mayores ejemplos de fidelidad para el rebaño (5:3; 1 Ti. 4:12; He. 13:7).

Es importante que Pedro usara el plural, **ancianos**. En referencia a este ministerio, el término siempre aparece en plural en el Nuevo Testamento, afirmando que el cargo estaba designado para una pluralidad de hombres. Un uso singular de la palabra en referencia a los líderes de la iglesia ocurre solo en casos tales como cuando el apóstol Juan se llama “el anciano” (2 Jn. 1; 3 Jn. 1) o cuando Pedro aquí se llama **anciano también**, y cuando se da instrucción acerca de una acusación contra un anciano específico (1 Ti. 5:1, 19). La pluralidad de líderes fieles, tal como fue diseñado por el Señor, no solo provee más cuidado ministerial (cp. Éx. 18:13-26) sino que ofrece algunas salvaguardas importantes (cp. Pr. 11:14). Primero, ayuda a proteger a la iglesia en contra del error. El apóstol Pablo dijo a la iglesia en Corinto: “Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás

juzguen... Y los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas” (1 Co. 14:29, 32). Nadie debía hablar o ministrar de forma independiente (cp. 1 Co. 14:26-33), enseñando estrictamente por su cuenta y sin ser responsable o estar sometido al conocimiento de otros -maestros.

Una pluralidad de ancianos en una iglesia local también evita desequilibrio. Es común que el dominio por parte de un líder resulte en autoritarismo sobre el rebaño, a menudo con un énfasis excesivo en alguna doctrina o práctica que no está en armonía con el resto de la Biblia, exponiendo a las personas a grave error doctrinal y práctica anti bíblica. Hay variedad de cargos, dones y administraciones (Ro. 12:3-8; 1 Co. 12:4-11), y cada creyente, incluso los ancianos, tiene un don único (véase el estudio sobre 4:10-11 en el capítulo 21 de esta obra), y no hay dos dones exactamente iguales. Una pluralidad de ancianos piadosos y dotados enriquece a la iglesia, ya que Dios no da todas las habilidades espirituales a un solo hombre. La elevación indebida de un hombre por sobre lo que es apropiado (cp. 1 Ti. 3:6; 5:22) representa un abuso contra el cual una pluralidad de ancianos en la iglesia protege.

Por último, una pluralidad de ancianos evita la discontinuidad en la iglesia. Cuando un hombre que ha sido el único líder dominante en una iglesia local se marcha sin siquiera haber desarrollado ancianos compañeros, nadie puede reemplazarlo, lo que resulta en una interrupción importante del ministerio para esa iglesia. En ese vacío sin pastor, los comités de ovejas luchan por encontrar un pastor entre quienes no tienen rebaño o entre aquellos a quienes les gustaría un rebaño diferente. Los resultados a menudo son desilusionadores e incluso divisivos. Por tanto, Dios diseñó que la iglesia local sea pastoreada por una pluralidad de ancianos (cp. Hch. 14:23; Tit. 1:5).

La tarea de apacentar conlleva una responsabilidad sin igual delante del Señor de la Iglesia (He. 13:17; cp. 1 Co. 4:1-5). Aunque tal tarea incluye los elementos positivos de liderazgo espiritual hacia la madurez y la semejanza a Cristo, así como la tutela espiritual para proteger al rebaño, su objetivo principal es alimentar a ese rebaño a través de la predicación y enseñanza eficaz de la revelación divina, que es la fuente de todos los elementos positivos. Pedro -recibió de primera mano instrucción de parte del mismo Señor resucitado, acerca de la principal responsabilidad de apacentar:

Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. El le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas (Jn. 21:15-17).

Jesús usó dos veces la palabra “apacienta” (*boskō*), que se podría traducir “alimentar”. “Pastorear” (*poimainō*) encarna todos los aspectos del pastoreo. La tarea del pastor no es decir a las personas únicamente lo que quieren oír (2 Ti. 4:3-4), sino edificarlas y fortalecerlas con las verdades profundas del sólido alimento espiritual que produce discernimiento, convicción, congruencia, poder y testimonio eficaz con relación a la grandeza de la obra salvadora de Cristo. Cualquiera que sea la terminología con que el Nuevo Testamento identifique al pastor y a su tarea, por sobre todo se halla la primacía de la verdad bíblica. Él está para alimentar a las ovejas.

En tiempos del Antiguo Testamento, siempre que los pastores espirituales de Israel fallaban en alimentar o cuidar del pueblo, por medio de sus profetas Dios los reprendía. Jeremías declaró:

¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de mi rebaño! dice Jehová. Por tanto, así ha dicho Jehová Dios de Israel a los pastores que apacientan mi pueblo: Vosotros

dispersasteis mis ovejas, y las espantasteis, y no las habéis cuidado. He aquí que yo castigo la maldad de vuestras obras, dice Jehová. Y yo mismo recogeré el remanente de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché, y las haré volver a sus moradas; y crecerán y se multiplicarán. Y pondré sobre ellas pastores que las apacienten; y no temerán más, ni se amedrentarán, ni serán menoscabadas, dice Jehová (Jer. 23:1-4; cp. Ez. 34:2-16).

Pedro incluye algo de motivación convincente en esta exhortación a los líderes en cuanto a pastorear. Primero, el respetado apóstol se identificó humildemente con ellos llamándose a sí mismo **anciano**. En vez de sacar ventaja de su respeto hacia él como un apóstol y enaltecerse por esa razón, Pedro tuvo afinidad con la tarea de ellos como alguien que entendía los retos y las dificultades inherentes al pastorado (véase otra vez Jn. 21:15-17).

Como otra motivación, Pedro les recordó que él era **testigo de los padecimientos de Cristo**. El hecho de que hubiera visto al Cristo sufriente y -resucitado afirmaba la realidad de su identidad apostólica (Lc. 6:12-16; cp. Hch. 1:12-17) y le daba autoridad. **Testigo** (*martus*) tiene doble significado: alguien que personalmente vio y experimentó algo, y alguien que da testimonio de lo que vio. Puesto que a muchos de los que dieron testimonio de sus experiencias con Cristo los habían matado, el término *mártir* llegó a referirse a alguien que fue matado por ser testigo cristiano (cp. Mt. 16:24-25; 24:9; Ap. 6:9; 20:4). En el caso de Pedro, ser **testigo** de los padecimientos de Jesús junto con sus compañeros apóstoles, y ser comisionado para proclamar esos sufrimientos a fin de declarar el mensaje del evangelio (cp. Lc. 24:45-48; Hch. 22:15), lo convertía en una fuente confiable para animar a los ancianos a que cumplieran su deber. La obra redentora del Señor fue un enfoque primordial en la predicación de Pedro (Hch. 2:14-36; 3:12-26; 4:8-12), y un tema importante en esta carta (1:11, 19; 2:21-24; 3:18; 4:1, 13).

La mención que Pedro hace de la gloria futura motiva por medio de expectación. Como alguien que fue **participante de la gloria que será revelada**, el apóstol podía ofrecer a los otros ancianos la verdadera esperanza de una recompensa eterna por el fiel servicio que realizaban. **La gloria que será revelada** apunta hacia el regreso de Cristo (cp. 1:7-9; 4:7, 12-13; Mt. 24:30; 25:31; Mr. 13:26; Lc. 21:27; véase el estudio de 4:7a en el capítulo 21 de esta obra) cuando Él venga en plena expresión de su gloria para destruir a los impíos, premiar a los suyos, y establecer su reino para siempre. Pedro afirma que él **también** es **participante** (*koinōnos*) en esa última bendición, indicando que así también sucede con los ancianos. Que los creyentes participen de la gloria eterna con su Señor es la esencia de su esperanza (5:10; cp. 2 Co. 1:1-7; Fil. 3:20-21; Col. 1:27; 3:4; 2 Ts. 2:14; He. 2:10; 2 P. 1:3; 1 Jn. 3:2). Y que quienes pastorean recibirán un día tal galardón de parte del mismo Cristo debería ser una motivación poderosa para todos los lectores de Pedro (véase el estudio de 4:13 en el capítulo anterior de esta obra y de 1:3-5 y 1:13 en los capítulos 2 y 5, respectivamente). Sin duda, la anticipación de Pedro era exponencialmente ampliada porque él había visto esa gloria venidera en la transfiguración (cp. Mt. 17:1-8; 2 P. 1:16-19).

¿A QUIÉNES SE DEBE PASTOREAR?

la grey de Dios que está entre vosotros, (5:2b)

Este pasaje establece claramente que los ancianos tienen la mayordomía más seria delegada para pastorear no su propio rebaño sino **la grey de Dios**. Jesucristo vino a la tierra para redimir a su Iglesia (cp. Jn. 10:11; Ef. 5:25b-27). Después de ascender de vuelta al cielo, envió su Espíritu para fortalecer a su Iglesia (cp. Jn. 16:5-11; Hch. 1:4-9) con los necesarios dones espirituales y hombres dotados, a fin de apacentar al rebaño para que sea como Cristo (cp. Jn. 14:26; 15:15-17; Ef. 4:11-12).

Y el hecho de que Cristo comprara ese rebaño con su propia sangre (1:18-19; cp. Hch. 20:28) destaca el valor de la Iglesia para el Señor. En la forma que se presenta, el término traducido aquí **rebaño** (*poimnion*) es un diminutivo, un término de cariño que resalta aún más la preciosidad de la Iglesia (cp. Jn. 10:1-5). El comentarista R. C. H. Lenski se hace eco de este énfasis:

“Rebaño” trae a la mente todas las imágenes de pastor halladas en la Biblia: las ovejas mansas, indefensas, susceptibles a extraviarse, necesitadas de un pastor, felices, pacíficas bajo el cuidado de este, que producen pesar cuando se pierden, dispersas, etc. Esta es la “grey de Dios” que fue comprada a gran precio (Hch. 20:28), que es sumamente preciosa a la vista de Él, y que constituye una gran confianza puesta en las manos de pastores humanos que deben seguir el ejemplo de Yahvé, el Pastor (Sal. 23:1), y de Cristo, el Buen Pastor (v. 4). ¡Qué pastor podría tener el cuidado de alguna parte de la grey *de Dios* y tratarla de manera despreocupada! Las palabras de Pedro son pocas pero rebosantes de ternura y serio significado (*The Interpretation of the Epistles of St. Pedro, St. John and St. Jude* [reimpresión; Minneapolis: Augsburg, 1966], p. 218; cursivas en el original).

¿CÓMO SE DEBE PASTOREAR?

cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. (5:2c-3)

A la pregunta clave de cómo los ancianos deben pastorear, Pedro proporciona respuestas tanto positivas como negativas. **Cuidando** en realidad se traduce de una sola palabra griega, *episkopeō*, que literalmente significa “tener cobertura sobre”, o “vigilar sobre”. El sustantivo es *episkopos* (“obispo”, o “supervisor”; cp. 1 Ti. 3:1). Su clara connotación aquí en esta primera respuesta positiva es que los pastores deben vigilar el rebaño para evaluar su condición, así como para guiarlo, protegerlo y alimentarlo.

La segunda manera positiva en que los ancianos deben ejercer la supervisión es **siendo ejemplos de la grey**. Los pastores deben participar lo suficiente en la vida del rebaño, a fin de que puedan implantar un ejemplo santo para que las personas sigan. El aspecto más importante del liderazgo espiritual, y la mejor prueba de su eficacia, es el poder de una vida ejemplar (cp. la aplicación del apóstol Pablo en cuanto a esto en Hch. 20:17-38; 2 Co. 1:12-14; 6:3-13; 11:7-11; 1 Ts. 2:1-10; 2 Ts. 3:7-9; 2 Ti. 1:13-14). Pablo incluso llegó tan lejos como para exhortar a sus ovejas a que lo imitaran (1 Co. 4:16; 11:1; 1 Ts. 1:6; cp. He. 13:7).

La supervisión espiritual bíblica también implica evitar tres peligros inherentes en la tarea pastoral. El primer peligro que Pedro menciona es pastorear **por fuerza**, y no como líderes siervos entusiastas y dispuestos que ministran **voluntariamente**. La enseñanza obvia es que el pastor debe ser diligente en lugar de perezoso, con un corazón más motivado que obligado a ser fiel, y que debe mostrarse apasionado en cuanto a su privilegiado deber en vez de ser indiferente. Cuando el corazón está lleno de Cristo y se encuentra motivado por el amor hacia Él y hacia las almas, existe mucha compulsión interior que imposibilita cualquier necesidad de presión motivacional externa.

Desde esta perspectiva, Pablo declara: “Si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!” (1 Co. 9:16). Él definió la adecuada compulsión para ministrar cuando escribió: “Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres... el amor de Cristo nos constriñe” (2 Co. 5:11, 14). La pasión personal de Pablo también es evidente en Romanos 1:14-16:

A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor. Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma. Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego.

Este servicio celoso se debe efectuar de acuerdo con la voluntad de Dios, así como el Señor quiere que el sufrimiento injusto perfeccione a sus santos (4:19). Quienes pastorean al pueblo de Dios no tienen que dudar en cuanto a la diligencia y la seriedad con que deben cumplir su ministerio espiritual de cuidar las almas preciosas que son del Señor, sabiendo que tendrán que rendir cuentas: “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso” (He. 13:17).

El segundo peligro que los pastores deben evitar es la tentación de ser motivados por dinero o beneficios materiales. En Hechos 20:33-35, Pablo manifiesta la actitud correcta:

Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir (cp. 1 Ts. 2:8-9; 1 Ti. 6:6-11).

Los requisitos bíblicos básicos para ser anciano también dejan en claro que este se debe caracterizar por ser un siervo desinteresado, comprometido a -sacrificarse y a no preocuparse por el dinero y el materialismo (1 Ti. 3:3; Tit. 1:7; cp. 2 Ti. 3:1-2). Sin embargo, esto no quiere decir que no se deba compensar de manera adecuada a los pastores. Pablo enseñó que quienes ministran la Palabra tienen el derecho de vivir de ese ministerio (1 Co. 9:7-14). Es más, aquellos ancianos que sirven con diligencia, con mayor compromiso y excelencia en enseñar la Palabra y guiar a las ovejas, deberían recibir mayor reconocimiento y una remuneración más generosa de parte de sus congregaciones (1 Ti. 5:17-18; cp. 1 Ts. 5:12-13).

Ganancia deshonesta en realidad va más allá de la sola búsqueda de riquezas, y habla de la vergonzosa adquisición de estas. Los verdaderos pastores nunca usarán el ministerio para robar el dinero de las ovejas o para adquirirlo con deshonestidad, como hacen siempre los falsos profetas. Tan despreciable conducta es típica de falsos pastores, de charlatanes y herejes que se disfrazan como siervos de Dios con el fin de enriquecerse y despojar a sus víctimas (Is. 56:11; Jer. 6:13; 8:10; Mi. 3:11). En su segunda carta Pedro califica a los falsos maestros con un lenguaje fuerte: “Por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme” (2:3). En cambio, los verdaderos pastores se regocijan por el privilegio de servir a todo costo personal; como Pablo les dijo a los corintios: “Yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas” (2 Co. 12:15). Ministran por dinero y beneficio personal es prostituir el llamado del Señor de la Iglesia, así como lo es la pereza e indiferencia hacia las personas confiadas a los ancianos. Ningún verdadero pastor debería permitir que la riqueza personal lo motive, sino que más bien debería servir **con ánimo pronto** (*prothumōs*, “de manera voluntaria, libre y entusiasta”) debido al enaltecido llamado y privilegio (cp. 1 Ti. 1:12-17).

Finalmente, los llamados a pastorear pueden estar en peligro de querer dominar a otros de manera pecaminosa. **Señorío sobre** (*katakuriuō*) connota intensidad en dominar sobre personas y circunstancias (véase Diótrefes como un ejemplo en 3 Jn. 9-10). Todo tipo de liderazgo autocrático,

opresivo e intimidante, con elementos de demagogia (rasgos que suelen caracterizar al estilo de liderazgo y a la metodología de hombres no regenerados) es una perversión del cargo de supervisor. En Mateo 20:25-28, el Señor Jesús estableció la norma:

Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.

Como para impulsar el reto de los ancianos con el peso de la responsabilidad que tenían, Pedro añade un fuerte recordatorio de que quienes pastorean no eligen su responsabilidad, ni a aquellos por quienes son responsables. Todo pastor tiene personas que **están** bajo su **cuidado** (klērōn, “lo que se entrega para que otro cuide”) por parte del Señor mismo. La enseñanza de Cristo en Mateo 18, la primera instrucción relacionada con la vida en la Iglesia, acentúa cuán preciosos son sus hijos (creyentes) y cómo se les debe tratar:

Cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe. Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar. ¡Ay del mundo por los tropiezos! porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo! Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego. Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos. Porque el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido. ¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se descarria una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se había descarriado? Y si acontece que la encuentra, de cierto os digo que se regocija más por aquélla, que por las noventa y nueve que no se descarriaron. Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños (Mt. 18:5-14).

¿POR QUÉ RAZÓN DEBEN SERVIR LOS PASTORES?

Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria. (5:4)

Príncipe de los pastores es uno de los títulos más hermosos para el Salvador en toda la Biblia. La imagen de pastor para el Mesías aparece primero en el Antiguo Testamento (Zac. 13:7; cp. Sal. 23:1). El Evangelio de Juan lo llama “el buen pastor” (10:11; cp. vv. 2, 12, 16, 26-27). El escritor de Hebreos da a Cristo el nombre del gran pastor (13:20-21). A principios de esta carta, Pedro lo llama “Pastor y Obispo” de las almas (2:25).

Aparezca (*phaneroō*) significa “manifestarse”, “mostrarse”, o “revelarse”. Aquí, igual que en 5:1, la referencia es a la revelación de Cristo en la Segunda Venida, tiempo en que los pastores recibirán **la corona incorruptible de gloria**. En el mundo grecorromano de la época de Pedro, coronas en lugar de trofeos eran los premios por la victoria en eventos atléticos:

¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. (1 Co. 9:24-25)

Las coronas temporales con el tiempo se oxidan, se destiñen o, si son hechas de plantas, mueren rápidamente. Pedro no estaba esperando tan solo alguna versión **incorruptible** de una **corona** terrenal, sino metafóricamente la **gloria** eterna que no se marchita. El término **incorruptible** viene del mismo origen que el nombre de la flor (amaranto) que supuestamente no pierde su floración. (Véase otra vez el breve estudio de este término bajo 1:4 en el capítulo 2 de esta obra). La frase de Pedro se puede expresar como “la incorruptible corona que es la gloria”. Esto es coherente con el uso del caso genitivo en otras menciones de la recompensa eterna. Santiago escribió de la corona que es vida (1:12). Pablo escribió de la corona que es justicia (2 Ti. 4:8) y de la corona que es gozo (1 Ts. 2:19). Todas estas son facetas de bendición eterna y todas son incorruptibles.

La recompensa de gloria eterna debería ser la única razón que todo pastor necesita para desear servir fielmente. El tema de premios futuros como incentivos para el servicio cristiano ya ha sido uno de los énfasis de Pedro en esta carta (1:4-5, 13; 4:13; cp. 4:7). La plena expresión de la corona eterna y gloriosa de un pastor estará en proporción a su servicio fiel en la tierra (cp. 1 Co. 9:24-27; 2 Co. 5:10; 2 Ti. 4:6-8; Ap. 2:10).

Pastorear el rebaño es una responsabilidad seria y aleccionadora, y los ancianos son responsables ante Dios por sus ministerios. Santiago estaba totalmente consciente de esa responsabilidad cuando escribió la siguiente advertencia: “No os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación” (3:1; cp. Ez. 3:17-19; 33:7-9; Hch. 20:26-27; 2 Ti. 4:1-2; He. 13:17). Santiago no estaba tratando de desalentar a los pastores verdaderamente calificados y dispuestos, sino que estaba recordando las ambiciosas y elevadas normas de Dios para ellos, y la recompensa (“juicio”) que recibirán ante el tribunal de juicio de Cristo (cp. 1 Co. 3:9-15; 4:3-5; 2 Co. 5:9-11). Los supervisores de Cristo enfrentan una tarea de enormes proporciones, pero la fiel vigilancia produce recompensa eterna en la forma de mayor servicio y gozo en el cielo del Señor: “Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (Mt. 25:23).

24. Actitudes fundamentales de la mente cristiana

Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda

vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén. Por conducto de Silvano, a quien tengo por hermano fiel, os he escrito brevemente, amonestándoos, y testificando que ésta es la verdadera gracia de Dios, en la cual estáis. La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos mi hijo, os saludan. Saludaos unos a otros con ósculo de amor. Paz sea con todos vosotros los que estáis en Jesucristo. Amén. (5:5-14)

El espíritu de esta época en la sociedad occidental es de antiintelectualismo. El pensamiento de la Nueva Era, una fuente importante de tal insensatez, ha influido en muchas maneras en la religión y la filosofía. En el espíritu del misticismo hindú, la filosofía de la Nueva Era cree todo y nada al mismo tiempo. Las distinciones entre lo natural y lo sobrenatural tienden a mezclarse en una confusión nebulosa. El énfasis está en experiencias místicas en lugar de contenido racional.

A través de los tiempos, especialmente en el siglo pasado, esa clase de perspectiva se ha abierto paso de manera gradual pero firme dentro de la cristiandad. La Iglesia Católica Romana siempre ha estado muy involucrada en misticismo, con rituales y ceremonias que suplantán la adoración bíblica y la predicación del verdadero evangelio. Los protestantes neoortodoxos promueven un tipo diferente de antiintelectualismo, al que el finado Francis Schaeffer llamó “un salto de fe” dentro del reino irracional. El movimiento carismático es tal vez el abastecedor más patente de antiintelectualismo místico y subjetivismo espiritual. Agreguemos posmodernismo, la idea de que no hay verdad absoluta y de que cada persona puede desarrollar su propio punto de vista basado en la intuición y la experiencia, y obtendremos un concepto adicional del grado en que este antiintelectualismo ha invadido el mundo de hoy.

Los anteriores sistemas reducen a Dios a un ser aislado, trascendente, accesible y conocible solo por medio de experiencia o sensación mística, en lugar de ser revelado a través de la verdad proposicional. A la Biblia no se la ve como la única revelación inspirada de Dios, sino como no infalible ni acreditada. En consecuencia, a la verdad divina se le hace caso omiso, los absolutos morales de lo bueno y lo malo desaparecen, y el engaño acerca de la condición espiritual del ser humano prevalece.

Tal insensatez mística es la antítesis de cómo se debe conocer a Dios, quien nunca pretendió que su pueblo se relacionara con Él sin que las personas pusieran sus mentes en la revelación divina. La comunión y adoración verdaderas se deben basar en un entendimiento claro y preciso de la verdad bíblica. Por medio del salmista David, Dios declaró: “Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos. No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento” (Sal. 32:8-9; cp. 25:8). El profeta Isaías escribió estas conocidas palabras: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta” (Is. 1:18). En Jeremías, Dios reprendió a su pueblo por su terrible falta de comprensión espiritual: “Mi pueblo es necio, no me conocieron; son hijos ignorantes y no son entendidos” (Jer. 4:22; cp. Os 4:6).

Dios siempre se ha preocupado de que los creyentes usen sus mentes redimidas para escudriñar las Escrituras con el fin de conocerlo (cp. Mt. 13:23; Jn. 17:17; Hch. 17:11; 1 Co. 14:15; Ef. 4:14; Col. 1:9; 2 Ti. 2:15; He. 5:12-14) y de llegar a conformarse a la imagen de su Hijo. El apóstol Pablo les

dijo a los filipenses: “Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irrepreensibles para el día de Cristo” (Fil. 1:9-10). Pedro también requirió de los creyentes que usaran sus mentes para entender la verdad de Dios y aplicarla a sus vidas: “Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento” (2 P. 1:5; cp. Ro. 12:1-2; 1 Co. 2:16; 2 Ti. 1:7).

El Señor también se preocupa por la condición de la mente no regenerada. Pablo escribió a los romanos: “Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen” (Ro. 1:28). A los corintios les explicó: “El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4). El apóstol instruyó a los efesios: “Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles [no redimidos], que andan en la vanidad de su mente” (Ef. 4:17), y a los colosenses les recordó: “Vosotros también... erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente” (Col. 1:21). En Romanos 8:5-8, Pablo ofreció quizás el mejor resumen del contraste entre el pensamiento no regenerado y la mente regenerada:

Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios (cp. 1 Co. 2:14; 2 Co. 10:5; Gá 5:19-25; Ef. 2:1).

Si los elegidos tienen un enfoque descuidado y superficial de la verdad de la Biblia, sus mentes no pueden estar llenas con los pensamientos divinos que deben conformar y controlar sus conductas (cp. Dt. 6:5; Pr. 15:14; 18:15; 22:17; Mt. 22:37; Ef. 4:23; 5:15-17; He. 10:16). Es crucial que el creyente adopte continuamente la verdad, “porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Pr. 23:7).

Dicho todo esto, todavía existe el peligro de suponer que el pensamiento espiritual es tan solo procesar información a fin de comprender la doctrina de manera intelectual, cuando por el contrario el pensamiento espiritual implica mucho más. Incluye todas las actitudes, convicciones y motivaciones que llevan a poner en práctica la verdad doctrinal.

En la última sección de esta carta, Pedro enfoca las actitudes piadosas tan necesarias para producir una mente espiritual. En una letanía final de exhortaciones y algunas palabras finales, el apóstol lleva a sus lectores a considerar las actitudes cristianas esenciales: sujeción, humildad, confianza, dominio propio, vigilancia, fortaleza, esperanza, adoración, fidelidad y amor.

SUJECIÓN

Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; (5:5a)

Así como hizo antes en la carta (3:1, 7), Pedro usa *homoiōs* (**igualmente**) como un vocablo de transición. En 3:1, la versión Reina-Valera de 1960 traduce la palabra como “asimismo”. En todos los tres casos en que la usa, la expresión marca un cambio de enfoque de un grupo a otro. En 5:1-4 Pedro se dirigió a líderes de la iglesia; ahora se vuelve a la congregación. Así como los pastores se sujetan al Gran Pastor, así también el rebaño se sujeta a sus pastores.

La actitud fundamental en la vida de los santos debe ser la sumisión, un tema relativamente conocido ya en esta epístola. En 2:13-20 y 3:1-7 Pedro manda que los creyentes se sometan a

empleadores, autoridades civiles, y también dentro del matrimonio. No se requiere menos de quienes están bajo el liderazgo del cargo divinamente instituido de pastor en la entidad más importante sobre la tierra: la propia Iglesia de Cristo.

Aunque nadie está exento de la exhortación de Pedro de que todos deben sujetarse a los **ancianos**, él se dirige específicamente a los **jóvenes**. A pesar de que no se indica en el contexto por qué los escogió, es probable que lo haya hecho porque es obvio que ellos por lo general tienden a ser los miembros más agresivos y testarudos de cualquier grupo. No hay razón para verlos como alguna facción reconocida o como una asociación fija en la iglesia. Es probable que el asunto de la sumisión no haya sido un gran problema para las mujeres o las personas mayores en la iglesia, que eran más experimentadas y maduras espiritualmente (cp. Sal. 119:100; Pr. 16:31; 20:29).

Al llamar a los jóvenes a estar **sujetos** a quienes son mayores en el Señor, Pedro volvió a utilizar el término militar *hupotassō*, “alinearse bajo rango”. El apóstol llama a todos en la iglesia a dejar a un lado el orgullo de promoción personal y colocarse de manera voluntaria y respetuosa bajo el liderazgo de sus pastores (cp. 1 Ti. 5:17; He. 13:7). Está claro que, dado el contexto anterior (vv. 1-4), **ancianos** se refiere a los líderes espirituales, los pastores y ancianos, no simplemente a los santos de mayor edad. El hecho de que toda la iglesia tenga la obligación de someterse a aquellos que Dios ha puesto en autoridad sobre esta es un tema en las cartas de Pablo:

Hermanos, ya sabéis que la familia de Estéfanos es las primicias de Acaya, y que ellos se han dedicado al servicio de los santos. Os ruego que os sujetéis a personas como ellos, y a todos los que ayudan y trabajan (1 Co. 16:15-16).

Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros (1 Ts. 5:12-13).

Como puede verse en el contexto más amplio, los cristianos deben estar sujetos a todo aquel en autoridad, pero especialmente en la iglesia. El proceso de crecimiento espiritual florece entre aquellos que han tenido una actitud de sumisión. Un rebaño no sumiso, por otra parte, dificulta el ministerio de los pastores y pierde una característica clave en la santificación: “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso” (He. 13:17).

HUMILDAD

y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; (5:5b-6)

Inseparablemente ligada a una actitud subyacente y sumisa está una mente entregada a la humildad (cp. Sal. 25:9; Dn. 10:12; Mi. 6:8; Mt. 5:3-5; Ef. 4:1-2; Stg. 4:10). Puesto que el que es de verdad humilde — y solo el humilde — siempre se somete, los dos mandatos de Pedro abarcan a **todos** los creyentes.

Revestíos (*egkomboomai*) literalmente significa “atarse algo encima”, como un delantal de trabajo usado por los siervos. Aquí se describe de manera figurada el hecho de que la persona se cubra con una actitud de **humildad** mientras se somete a las autoridades que tiene sobre sí. La palabra para **humildad** aquí es *tapeinophrosunēn*, “de poca importancia mental”, o “autodegradación”. Describe la actitud de quien sirve voluntariamente, incluso en las tareas más bajas (cp. 1 Co. 4:1-5; 2 Co. 4:7;

Fil. 2:5-7). Tal vez incluso más que hoy, la humildad no era una característica admirada en el mundo pagano del siglo I. Las personas la veían como un distintivo de debilidad o cobardía, para ser tolerada únicamente en la involuntaria sumisión de los esclavos.

Es probable que cuando Pedro escribió este versículo haya recordado la ocasión en que Cristo se ciñó una toalla y lavó los pies de los discípulos, incluso los del mismo apóstol, como está registrado en Juan 13:3-11 y aplicado por Jesús en los vehículos 12-17, como sigue:

Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris (cp. Sal. 131:1-2; Mt. 25:37-40; Lc. 22:24-27; Ro. 12:3, 10, 16; Fil. 2:3-11).

A fin de reforzar su exhortación acerca de la humildad, Pedro citó de Proverbios 3:34, **Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes** (cp. Stg. 4:6). La cita del apóstol difiere ligeramente de la Septuaginta al sustituir **Dios** por “Señor” en la Septuaginta, pero es obvio que los nombres son sinónimos. Sin duda, el hecho de que el Señor resista **a los soberbios** (cp. Pr. 6:16-17a; 8:13) es la mayor motivación para que los santos adopten una actitud de humildad. El orgullo pone a alguien contra Dios y viceversa. Por otra parte, Dios bendice **y da gracia a los humildes** (cp. Job 22:29; Sal. 37:11; Pr. 22:4; 29:23; Mt. 11:29; Lc. 10:21; 18:13-14; 1 Co. 1:28-29; 2 Co. 4:7-18). El profeta Isaías estableció bien el principio: “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados” (Is. 57:15; cp. 66:2).

El apóstol Pablo conocía la gracia que viene a los humildes:

Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetea, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte. (2 Co. 12:7-10)

Basado en el versículo anterior de Proverbios que Pedro mencionara, este mandato viene con énfasis: **Humillaos** en sumisión, no solo para evitar la oposición divina y recibir la gracia divina, sino porque la autoridad sobre todos los creyentes en la Iglesia no es otra cosa que **la poderosa mano de Dios**. O como Santiago lo estableció: “Humillaos delante del Señor” (4:10a).

La poderosa mano de Dios describe el poder soberano de Dios en acción, en y a través de los ancianos de la iglesia, así como en la experiencia de vida de su pueblo (cp. Is. 48:13; Ez. 20:33-34; Sof. 1:4; 2:13; Lc. 1:49-51). Ya sea para liberación (Éx. 3:19-20; 13:3-16), prueba (Job 30:20-21) o castigo (Ez. 20:33-38), el poder de Dios siempre está cumpliendo sus propósitos eternos en beneficio de los suyos (cp. Sal. 57:2; 138:8; Is. 14:24-27; 46:10; 55:11; Jer. 51:12; Hch. 2:23; Ro. 8:28; 9:11, 17; Ef. 3:11; Fil. 2:13). Durante su tiempo de persecución, sufrimientos y pruebas, esa garantía sin duda animó a la audiencia de Pedro a perseverar (cp. Sal. 37:24; Pr. 4:18; Mt. 10:22; 24:13; Ro. 8:30-

39; He. 12:2-3; Stg. 1:4, 12; Ap. 3:5), al saber que todo el sufrimiento es solo para que **él** los **exalte cuando fuere tiempo** (cp. 5:10). A pesar de que Jesucristo nació en el tiempo apropiado (Gá 4:4; Tit. 1:3) y padeció una muerte sustitutiva en el tiempo exacto que Dios designó (1 Ti. 2:6), Dios exaltará (*hupsoō*, “alzaré o levantaré”) o librará a los creyentes de sus pruebas, tribulaciones y sufrimientos en el tiempo sabiamente determinado por Él. Algunos han sugerido que esta exaltación podría ser una referencia a la gloria final escatológica que viene a los creyentes en la Segunda Venida, “el tiempo postrero” al que Pedro se refirió en 1:5 (cp. 2:12); pero la frase griega *en kairō* es literalmente “a tiempo” (cp. Hch. 19:23; Ro. 9:9) y no se trata de un término escatológico. Es mejor ver esto como el tiempo señalado en que el Señor libra de la dificultad a los creyentes humildes y sumisos.

Si la actitud fundamental para el crecimiento espiritual es la sumisión, la humildad constituye, pues, la base a la que se ancla el fundamento. Volverse orgullosamente rebelde, pelear contra los propósitos del Señor, o juzgar su providencia como cruel o injusta, es perderse la dulce gracia de su exaltación cuando el sufrimiento haya cumplido el propósito (cp. Stg. 1:2-4). Es el Señor Jesús mismo quien prometió: “Cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido” (Lc. 14:11).

CONFIANZA

echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros. (5:7)

Cuando los creyentes soportan con humildad y sumisión encuentran su fortaleza en medio de las pruebas por medio de la plena confianza en el propósito perfecto de Dios. Sin duda el salmista David es la fuente de Pedro, debido que esta confianza era suya, y a que el apóstol debió haber conocido muy bien sus palabras: “Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará; no dejará para siempre caído al justo” (Sal. 55:22). La **ansiedad** de David provenía de los ataques de un amigo similar a Judas (véase vv. 12-14), una prueba más difícil de soportar porque viene de alguien amado y en quien se confiaba. Pedro extrajo de ese texto para instruir a todos los creyentes en todo tipo de tribulación, a fin de seguir el ejemplo de David y entregarse por completo al cuidado del Señor (cp. 2:23; 4:19).

Echando (de *epiriptō*) significa lanzar algo sobre algo o alguien más. Por ejemplo, en Lucas 19:35 se usa en referencia a lanzar un manto sobre un animal. Pedro exhorta a los creyentes a echar **sobre** el Señor **toda ansiedad**, palabra esta que puede incluir todo desagrado, desánimo, desesperación, duda, dolor, sufrimiento y cualquier otra prueba que estén enfrentando (cp. 2 S. 22:3; Sal. 9:10; 13:5; 23:4; 36:7; 37:5; 55:22; Pr. 3:5-6; Is. 26:4; Nah. 1:7; Mt. 6:25-34; 2 Co. 1:10; Fil. 4:6-7,19; He. 13:6) porque pueden confiar en el amor, la fidelidad, el poder y la sabiduría de Dios.

DOMINIO PROPIO

Sed sobrios, (5:8a)

Este mandato requiere otro elemento básico de pensamiento según Dios, el cual Pedro ya mencionó (véanse los estudios anteriores sobre 1:13 y 4:7 en los capítulos 5 y 21 de esta obra). En un nivel físico, **sobrios** (*nēphō*) se refiere al autocontrol con relación a la embriaguez. Sin embargo, aquí como en sus otros usos en el Nuevo Testamento, tiene una connotación más metafórica (cp. 1 Ti. 2:15; 3:2, 11; Tit. 2:2). Incluye ordenar y equilibrar asuntos importantes de la vida, lo que requiere la disciplina de la mente y el cuerpo, y evita las atracciones embriagadoras del mundo (cp. 2:11; Lc. 21:34; Ro. 12:1-2; 13:14; Fil. 4:8; Col. 3:2; 1 Ts. 5:6-8; Tit. 2:12; Stg. 1:27; 4:4; 1 Jn. 2:15-16).

VIGILANCIA

y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; (5:8b)

La razón de que los cristianos deban cultivar las anteriores actitudes de sumisión, humildad, confianza y dominio propio es que enfrentan la oposición espiritual feroz e implacable de parte de Satanás y sus demonios. Los creyentes no deben ser indiferentes a esa realidad (cp. Pr. 15:19; He. 6:12) ni complacientes con el pecado (1 Co. 5:6; He. 3:13), mucho menos deben volverse víctimas del enemigo (2 Co. 2:11; Ef. 6:11; cp. 1 Ts. 3:5). En lugar de eso, las realidades de la guerra espiritual requieren vigilancia. Pedro insta a los creyentes: **velad** (*grēgorēsate*), una orden imperativa que significa “estar vigilante”, o “permanecer despierto”. Las fuerzas espirituales que asaltan a los cristianos, no solo directamente (cp. Gn. 3:1-7; Mr. 1:13; 2 Co. 12:7; 1 Ts. 2:18) sino a menudo de manera muy sutil (2 Co. 11:14), requieren que quienes aman a Cristo mantengan tal vigilancia. El Señor advirtió a sus discípulos: “Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mt. 26:41).

Pedro identifica a Satanás como **vuestro adversario el diablo**; el pronombre **vuestro** hace muy personal tal designación. Satanás no solo es el adversario de Dios y sus santos ángeles, sino que es el enemigo cruel e implacable de todo el pueblo de Dios (cp. Job 1:6-8; 2:1-6; Zac. 3:1). **Adversario** (*antidikos*) se usaba como un término técnico con el significado de “oponente legal”, así como de todo tipo de enemigo que sea serio y agresivamente hostil. El término traducido **diablo** (*diabolos*) lleva esta oposición al nivel de un “enemigo malicioso que calumnia o ataca”. Jesús lo llamó tres veces el príncipe de este mundo (Jn. 12:31; 14:30; 16:11; cp. Ef. 2:2), lo cual muestra la formidable plataforma desde la que lanza sus malévolos asaltos.

El diablo controla el reino demoníaco y administra el sistema del mundo humano y caído. En persona y a través de sus representantes los demonios que, al igual que él, nunca duermen ni descansan, tenazmente y como un depredador en medio de su propia oscuridad malvada, Satanás caza para matar. Él **como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar** (cp. Job 1:6-12; 2:1-7). La imagen que Pedro ofrece de un **león rugiente** se deriva del Antiguo Testamento (Sal. 7:2; 10:9-10; 17:12; 22:13-21; 35:17; 58:6; 104:21; Ez. 22:25) y describe la crueldad de este cazador cuando persigue a su presa. **Devorar** tiene el sentido de “tragar”, haciendo hincapié en el objetivo final, no para herir sino para destruir. A diferencia de la mayoría de creyentes modernos, Pedro no habría tenido la experiencia de ver leones en un zoológico. Sin embargo, pudo haber presenciado el sangriento espectáculo de leones matando víctimas para el entretenimiento de los romanos. Sin duda él estaba consciente de tales sucesos.

La oposición de Satanás a Dios y a los creyentes se halla detrás de los enemigos humanos de Dios y su Palabra. Apocalipsis 12 es el pasaje crucial que traza las líneas de batalla en la prolongada guerra con los enemigos del reino de Dios (vv. 3-4; cp. Is. 14:12-16; Ez. 28:1-19). Aquellos demonios que no están atados (véase el estudio de 3:19-20 en el capítulo 19 de esta obra) son las fuerzas siniestras y diabólicas detrás del sistema mundial. Los hijos de Dios, en su lucha contra el engaño y la tentación que viene del mundo a su carne, en realidad están batallando con estrategias demoníacas y conteniendo con estas (Ef. 6:11-12; cp. 2 Co. 10:3-5).

Satanás y los demonios se ocultan invisibles en el mundo espiritual, pero hacen su obra a través de agentes humanos (cp. 1 Ti. 4:1-2; 2 P. 2:1-22; Jud. 3-16). Apocalipsis 12:4 declara que “el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese”. El dragón es Satanás, la mujer es Israel, y el hijo es Cristo. La dramática imagen es la del Mesías a

punto de salir de Israel, el pueblo escogido de Dios, y de Satanás a punto de devorarlo. El enemigo intentó implementar ese plan a través del horrible asesinato de todos los niños varones menores de dos años en Belén y sus alrededores por parte de Herodes el Grande (Mt. 2:13-18). Intentó derrotar a Cristo dándole los reinos del mundo sin ningún sufrimiento (Mt. 4:1-11; Lc. 4:1-12). Judas Iscariote también fue un instrumento de Satanás, usado para traicionar al Señor en un esfuerzo mal concebido por frustrar de algún modo el plan de Dios (Lc. 22:3; Jn. 13:27; cp. Mt. 26:47-56). Satanás también usó a los dirigentes judíos en un esfuerzo por obstaculizar la misión redentora de Cristo (cp. Mt. 12:14; 21:46; 22:15-16; 26:1-5; 27:20-23; Lc. 6:7; Jn. 5:16; 7:1-13, 32; 8:44, 59; 11:8, 47-48, 53, 57). El enemigo continúa incansable en sus esfuerzos por oponerse a Cristo, tratando de torcer el evangelio salvador (cp. Gá 1:6-9; 1 Jn. 4:1-4) e intentando arruinar el plan redentor de Dios (cp. Mt. 13:38-39; 2 Co. 2:11; 4:3-4).

Además de oponerse directamente a Jesucristo, a lo largo de los siglos Satanás ha tratado de destruir a la nación de Israel (cp. Est. 3:1—4:3), el pueblo del cual vendría el Mesías. En su visión, a Juan se le dio una mirada en el tiempo futuro de tribulación al final de la era, y vio que “la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días” (Ap. 12:6). Dios preservará a Israel (“la mujer”) durante la última mitad (“mil doscientos sesenta días”) del período de tribulación de siete años en que Satanás, a través del anticristo, intente de nuevo y sin éxito destruir a los judíos. Estos serán protegidos y salvados (Zac. 12:10; 13:1; Ro. 11:11-12, 25-29), y a ellos se les dará el reino prometido (Zac. 14:4-9, 16-21; Ap. 20:1-6).

Tercero, la estrategia de Satanás ha sido oponerse a los ángeles santos: “Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo” (Ap. 12:7-8). Cuando Satanás cayó la primera vez del cielo, aquellos ángeles que se le unieron en su rebelión lo acompañaron en la guerra contra el arcángel Miguel, (cp. Dn. 10:13, 21; 12:1), y contra sus legiones de ángeles santos.

Los creyentes son el cuarto objetivo en la estrategia cósmica de guerra contra Dios, y el principal enfoque de la amonestación de Pedro en este pasaje. El apóstol Juan describe esa parte de la visión: “Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Ap. 12:17). Tras ser expulsados del cielo, el diablo (“el dragón”) y sus demonios comenzaron su asalto contra “el resto de la descendencia de ella” (los creyentes), aquellos que obedecen los mandamientos de Dios y confían en Cristo para su salvación. No contento con engañar a los no creyentes (Ap. 12:9; 2 Co. 4:3-4) y esclavizarlos a su sistema mundial de ignorancia, incredulidad, falsa religión, y pecado, Satanás también enfoca sus esfuerzos en oponerse a los santos.

Satanás intenta **devorar** a los creyentes de varias maneras. Primera, Dios le puede permitir atacarlos directamente. La historia de la experiencia penosa de Job y el triunfo final de su fe ilustra esto muy bien. En el Nuevo Testamento, Pedro mismo experimentó el ataque violento de Satanás (Lc. 22:31-34) cuando el enemigo hizo que negara tres veces a Cristo (vv. 54-62). Sin embargo, el Señor usó ese incidente para fortalecer la fe del apóstol y darle mayor habilidad para instruir a otros (cp. Jn. 21:15-22). El apóstol Pablo también tuvo que lidiar con el asalto de un agente demoníaco que guió el ataque de falsos maestros sobre la iglesia en Corinto (2 Co. 12:7-10). Algunos de los miembros de la iglesia en Esmirna padecieron como resultado de persecución satánica (Ap. 2:10), y otros en Tiatira experimentaron las dolorosas consecuencias de enseñanza demoníaca en su iglesia (Ap. 2:18-24). El quinto sello revela los miles de asesinados por Satanás a través del anticristo durante la gran tribulación cuando piden que la justicia divina llegue rápidamente contra los perversos enemigos

(Ap. 6:9-11). Finalmente, Dios incluso usa a Satanás como agente de castigo para quienes profesan predicar a Cristo, pero, en realidad, extravían a otros con falsa doctrina (1 Ti. 1:18-20), y para aquellos que no están dispuestos a arrepentirse de su pecado (1 Co. 5:1-5).

En general, Satanás y sus demonios lanzan constantemente ataques sobre creyentes individuales a través del omnipresentemente pecaminoso y seductor sistema mundial. Juan condensa la batalla espiritual a tres puntos en que la condición caída de los creyentes es susceptible a la tentación:

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre (1 Jn. 2:15-17; cp. Hch. 5:3).

Segundo, Pablo reconoce los ataques de Satanás a los creyentes en el reino más íntimo de las relaciones humanas: el matrimonio y la familia. Por eso el apóstol encargó a los corintios:

El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tienta Satanás a causa de vuestra incontinencia (1 Co. 7:3-5).

Cuando un cónyuge niega la relación física al otro, Satanás tentará al privado a que peque, acelerando así actitudes que a menudo traen la destrucción de ese matrimonio y esa familia.

Tercero, los creyentes — tanto los dirigentes como los miembros de la congregación — son susceptibles a los ataques de Satanás dentro de la iglesia. Pablo dio instrucciones a Timoteo de elegir a hombres bien calificados como pastores (1 Ti. 3:1-6), a fin de que no estén sujetos a “la condenación del diablo” (v. 7). Satanás también trata de destruir la unidad de la iglesia, de hacer ineficaz su poder espiritual y de confundir su propósito (cp. 1 Co. 1:10-13; 6:1-6; 11:17-34; 14:20-38; Ap. 2—3).

La primera línea de defensa de Pedro para la protección contra las estrategias de Satanás es sencilla y directa: **Sed sobrios, y velad**. Si Satanás engañó tan fácilmente a Eva en el perfecto ambiente del Edén (Gn. 3:1-13; 1 Ti. 2:14; cp. 2 Co. 11:3), cuánto más susceptibles a la astucia y al engaño del diablo son los pecadores redimidos que viven en un mundo pecador y caído (2 Co. 11:3).

Contrario a lo que algunos enseñan, la Biblia en ninguna parte manda a los creyentes atacar al diablo o a los demonios con oraciones o fórmulas, ni a “atar al diablo”. Quienes neciamente participan en inútiles esfuerzos de hablarle a Satanás (quien de todos modos no es omnipresente), de ordenarle, o -rechazarlo a él o a otros demonios están confundidos y equivocados en cuanto a sus poderes como cristianos. Ya que los santos no son apóstoles de Cristo, no tienen autoridad sobre los demonios (cp. Mt. 10:1; Lc. 9:1; 2 Co. 12:12). Sólo el mismo Cristo, enviando a un ángel santo y poderoso, puede atar a Satanás:

Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo (Ap. 20:1-3).

Satanás ya ha sido derrotado por Cristo (cp. Ro. 16:20), y por medio de la fe en la verdad y la oración también puede ser derrotado en las vidas de los creyentes. Es por la Palabra de Dios, créida y obedecida, que los cristianos pueden vencer a Satanás:

Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre. Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre (1 Jn. 2:12-13; cp. 4:4-6).

Los creyentes saldrán victoriosos si espiritualmente están alerta a cualquier influencia satánica que se manifieste en su entorno y sus relaciones, y si evalúan potenciales tentaciones y huyen de ellas (Pr. 1:10-17; 4:14-15; Mt. 18:8-9; 26:41; 1 Co. 6:18; 10:13-14; 2 Co. 2:11; 1 Ti. 6:11; 2 Ti. 2:22; Stg. 1:13-16).

FORTALEZA

al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo. (5:9)

Pedro ordena a los cristianos tener una mente que sea resuelta con la cual resistir **firmes en la fe** a Satanás. Tal resistencia hace que el diablo huya (Stg. 4:7). **Resistid** significa “tomar posición en contra”, y estar **firmes** es hacer de esa posición algo sólido (el griego es *stereos*, de donde viene el vocablo *estéreo*, que significa “sólido”, o equilibrado en ambos extremos). Esto se logra al estar sólidamente fijos **en la fe** (*tē pistei*), lo cual constituye la revelación bíblica que se halla en todo el cuerpo de verdad revelada contenida en las Escrituras (cp. Gá 1:23; Ef. 4:5,13; Fil. 1:27; 1 Ti. 4:1). Este es un llamado a conocer y creer la sana doctrina, a ser exigentes en distinguir la verdad del error, y a estar dispuestos a defender la verdad y poner al descubierto el error. El pedido de Judas es más apropiado en este vínculo: “Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Jud. 3). Es esa fe de “una vez por todas” la que es la revelación escrita de Dios y constituye la **fe** en la cual los creyentes se afirman sólidamente, y con la cual resisten constantemente a Satanás. Esta firme posición es el resultado de la fiel dirección de los pastores en la iglesia, como Pablo lo indica en Efesios 4:11-14:

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error.

Ya que Satanás es un mentiroso (Jn. 8:44; cp. Gn. 3:1; 2 Ts. 2:9) y un engañador (Ap. 20:7-8), la única manera segura de resistirlo es mediante la fiel obediencia a la verdad bíblica. La batalla es espiritual, en el reino sobrenatural, según Pablo observa:

Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (2 Co. 10:3-5).

Los “argumentos” son ideologías, ideas, teorías, filosofías religiosas y sistemas satánicos de pensamiento “que se [levantan] contra el conocimiento de Dios”; es decir, son puntos de vista antibíblicos que mantienen cautivas a las personas como si estuvieran recluidas en una gran fortaleza. Los cristianos no pueden destruir esas ideas con ingenio humano, sino solo con la verdad bíblica: “Llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”. Solo cuando alguien tiene la mente de Cristo sobre un tema en particular es que es rescatado de tales ideas.

Pedro concluye esta sección con un mensaje de confianza para sus lectores, de que no están solos mientras perseveran con humildad y sumisión, de manera vigilante y valiente en medio de muchas persecuciones, sufrimientos y pruebas. Él les recuerda **que los mismos padecimientos se van cumpliendo en sus hermanos en todo el mundo**. Los cristianos en otros lugares pueden tener afinidad con ellos porque todo segmento de la comunidad cristiana ha experimentado o experimentará ataque de parte del enemigo (cp. He. 13:3). Dios permite esta forma de pruebas dolorosas para lograr su perfecta obra en las vidas de sus elegidos (cp. 1:6-7; 4:19; 5:10; Mt.5:10-12; Jn. 15:18-21; 2 Co.1:6-7; Stg. 5:11).

ESPERANZA

Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. (5:10)

La esperanza proporciona a los creyentes un ambiente de confianza en que después de la tribulación y la dificultad de esta vida pueden contar con que Dios los glorificará en el cielo. Y durante esta vida pueden contar con la obra continua del Señor de santificarlos por medio del sufrimiento (cp. Sal. 33:18; Pr. 10:28; Ro. 4:18-21; 5:5; Gá. 5:5; Tit. 1:2; 2:13; He. 3:6; 6:19; véase también el estudio de 1:3, 13, 21 con relación a la esperanza, en los capítulos 2, 5 y 6 de esta obra). Para apreciar plenamente ese futuro, los creyentes deben comprender que esto solo puede venir **después que** hayan **padecido un poco de tiempo** (cp. Ro. 8:18; véase también el estudio de 1:6 en el capítulo 3 de esta obra). Los cristianos no deben temer el sufrimiento, pues saben que nada los puede separar del amor de Cristo (Ro. 8:31-39).

Pedro llama a Dios **el Dios de toda gracia**, lo que recuerda el título que Pablo le da de el “Dios de toda consolación” (2 Co. 1:3). Dios ya ha prometido gracia para la eternidad; aquí se provee **gracia** para el presente (cp. 4:10; 5:5; Ro. 12:3; 16:20; 1 Co. 3:10; 15:10; 2 Co. 1:12; 9:8; 12:9; Ef. 3:7; 4:7; Fil. 1:7; 2 Ti. 2:1; He. 4:16; 12:15; 13:9; Stg. 4:6; 2 P. 3:18), a fin de fortalecer a los creyentes y hacer de su carácter cristiano lo que este debería ser.

El apóstol observa además que Dios **llamó** a los creyentes (una referencia al llamado eficaz y salvador del Señor; cp. 1:15; 2:9, 21; 3:9) **a su gloria eterna en Jesucristo** (1:4-7; 4:13; 5:1, 4). La gloria a la que los santos son llamados la describió Pablo en Filipenses 3:11-14:

Si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

El apóstol Juan también describió esto en 1 Juan 3:2-3:

Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.

La gloria de los santos será ser semejantes a Jesucristo (Fil. 3:20-21). Debido a ese objetivo, Dios **mismo** (personalmente), mientras ellos aún están aquí (y aunque el diablo los ataque) usa el padecimiento de los creyentes para moldearlos a la imagen de Cristo (cp. 2 Ts. 3:3). Pedro describe de forma concisa la promesa de ese proceso santificador de maduración espiritual por parte de Dios con cuatro palabras sinónimas: **perfeccione** (llevar a la plenitud; cp. Fil. 1:6; He. 2:10; 10:1; Stg. 1:4); **afirme** (conformar; cp. Sal. 90:17; 119:106; Ro. 15:8; 1 Co. 1:8); **fortalezca** (robustecer; cp. Lc. 22:32; 1 Ts. 3:2; 2 Ts. 2:17; 3:3; Stg. 5:8); y **establezca** (poner como fundamento; cp. Sal. 7:9; 89:2; Is. 9:7; Ro. 16:25; 1 Ts. 3:13). Todos estos términos connotan fuerza e inamovilidad, que Dios quiere para todos los creyentes mientras enfrentan la batalla espiritual (1 Co. 15:58; 16:13; Ef. 6:10; 2 Ti. 2:1). Él los establece firmemente en la verdad de la revelación divina, donde permanecen en fe y confianza hasta que comprendan su gloria eterna.

La oración de Pablo por los efesios es coherente con la promesa que Pedro hace aquí:

Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (Ef. 3:17-19).

ADORACION

A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén. (5:11)

Al contemplar toda la gracia divina mencionada, y abrumado tanto por la idea de santificación y glorificación como por el deseo de ilustrar una mentalidad de adoración, Pedro irrumpe en una corta doxología de regocijo porque Dios tiene **el imperio** sobre todas las cosas **por los siglos de los siglos** (cp. 4:11). Aunque ya no da mandatos en esta sección del capítulo, el apóstol sigue ideando el pensamiento cristiano y una disposición santa, que somete a sus lectores a los líderes espirituales y los hace humildes delante de Dios para cuando sean exaltados a su debido tiempo. Tal actitud también echa toda preocupación sobre Dios; ejerce dominio propio, vigilancia y fortaleza contra el enemigo; manteniendo al mismo tiempo la esperanza de que el proceso de sufrimiento perfeccionará a los creyentes en la tierra y les producirá recompensa celestial. Además de todas las exhortaciones de Pedro, y en respuesta a las promesas adheridas a ellas, las mentes de los creyentes deben estar constantemente llenas con una actitud de alabanza y adoración hacia Dios (1:3-4; 2:9; Sal. 50:23; 96:2; 138:5; 148:13; Is. 24:14; 42:12; 43:21; He. 13:15; Jud. 25; Ap. 4:10-11).

Imperio (*kratos*) en realidad significa fortaleza, y aquí denota la capacidad de Dios de dominar, de tener todo en el universo bajo su control soberano e inatacable (cp. Éx. 15:11-12; Job 38:1—41:34; Sal. 8:3; 66:7; 89:13; 102:25; 103:19; 136:12; Is. 48:13; Jer. 23:24; Mt. 19:26; Ro. 9:21). Ya que Él tiene todo poder, sabiduría, autoridad y soberanía, es digno de toda la alabanza y de la adoración que los santos le puedan rendir.

FIDELIDAD

Por conducto de Silvano, a quien tengo por hermano fiel, os he escrito brevemente, amonestándoos, y testificando que ésta es la verdadera gracia de Dios, en la cual estáis. (5:12)

Esta sección constituye los saludos finales que ilustran varias actitudes más de la mente cristiana. Aunque Pedro no manda específicamente que sus lectores las exhiban, son evidentes en sus referencias a otros creyentes.

La lealtad de un compañero siervo de Cristo estaba en la mente del apóstol cuando mencionó a **Silvano**, otro nombre para Silas, quien viajó con Pablo (Hch. 15:40; 16:25) y a veces aparece en sus cartas (2 Co. 1:19; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:1). Silas era profeta (Hch. 15:32, 40) y ciudadano romano (16:37) que fue amanuense o secretario de Pedro para esta carta. Silvano registró las palabras del apóstol y más tarde entregó la epístola a sus destinatarios (véase el estudio en la introducción). Pedro lo llama **hermano fiel**, un modelo de fidelidad en cuanto a la verdad y a la Iglesia, y a Pedro mismo, como lo indica él mismo en la referencia personal: **a quien tengo por hermano fiel**.

Pedro también inserta en una frase secundaria un resumen de su propósito: **Os he escrito brevemente, amonestándoos, y testificando que ésta es la verdadera gracia de Dios**. ¿Qué puede él querer decir con esto que no sea referirse a la propia carta, con toda la verdad del evangelio viniendo a sus lectores y a todos los demás que aman **la verdadera**, salvadora, santificadora y glorificadora **gracia de Dios**? Este es un reconocimiento a la inspiración que en un sentido anticipa la declaración del apóstol en 2 Pedro 1:20-21: “Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”. Allí el apóstol afirma la inspiración del Antiguo Testamento; aquí habla de su primera carta como la verdad relacionada con la salvación que Dios proporciona. Pedro escribió como un autor inspirado y autorizado de “la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1:23; cp. 2 P. 3:2). Ya que esto es verdadero, el apóstol exhorta a los creyentes a ser fieles a la verdad de su carta, exclamando: **en la cual estáis**. Esto reitera el llamado 5:9 a permanecer firmes en la fe (cp. Ro. 5:1-2).

AMOR

La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos mi hijo, os saludan. Saludaos unos a otros con ósculo de amor. Paz sea con todos vosotros los que estáis en Jesucristo. Amén. (5:13-14)

Pedro terminó la epístola no mandando la actitud de amor sino ilustrándola personalmente. Su amor por los creyentes en Roma, desde donde él escribió, se ve en la designación de **la iglesia que está en Babilonia**, que es una referencia indirecta a la iglesia en la capital del imperio. Según se observó en la introducción, **Babilonia** es posiblemente la palabra de código o nombre alternativo para Roma (cp. Ap. 14:8 donde Juan usa Babilonia para representar a todo el sistema mundial controlado por el anticristo; véase también 16:19; 17:5; 18:2, 10, 21). Algunos comentaristas sugieren que Babilonia resume el vínculo de Roma con las falsas religiones. Pero podría ser mejor entender que al estar intensificándose la persecución, Pedro fue cuidadoso en no poner en peligro a los cristianos romanos. Al haber escrito esta carta desde Roma, el apóstol no quiso que el manuscrito se descubriera y que la iglesia fuera perseguida aún más. Por tanto, no hizo mención a Roma, dejando en ignorancia a cualquier autoridad curiosa y hostil de que esta carta se originó en la capital imperial.

Los creyentes en Roma demostraron verdadero amor y afecto al enviar sus saludos, como lo hizo **Marcos**, a quien Pedro llamó **mi hijo**, una designación que indica que era el hijo espiritual del apóstol (como Timoteo lo fue de Pablo). Este es el Juan Marcos mencionado en Hechos 12:12, que era primo de Bernabé, y quien lo acompañó junto con Pablo a Antioquía y Chipre (12:25; 13:4-5). Más tarde los abandonó en Perge (13:13), lo que hizo que Pablo se negara a llevarlo en el segundo

viaje misionero del apóstol (15:36-41). Luego Pablo manifestó que Juan Marcos le era útil (2 Ti. 4:11). **Marcos** también fue el autor del evangelio que lleva su nombre.

Saludaos unos a otros con ósculo de amor es obviamente otro indicador del afecto que los creyentes deben tener unos por otros. El **ósculo** santo — hombres a hombres y mujeres a mujeres — era una señal externa habitual de afecto entre los creyentes en la iglesia primitiva (Ro. 16:16; 1 Co. 16:20; 2 Co. 13:12; 1 Ts. 5:26; cp. Lc. 7:45; 22:47-48).

Pedro terminó su carta con la sencilla declaración: **Paz sea con todos vosotros los que estáis en Jesucristo** (cp. Mr. 9:50; Lc. 2:14; Jn. 14:27; 20:19, 21, 26; Ro. 1:7; 5:1; 1 Co. 14:33; 2 Co. 13:11; Ef. 4:3; Fil. 4:7; Col. 3:15; 2 Ts. 3:16; He. 13:20; Ap. 1:4).

No hay atajo para que una mente cristiana posea las actitudes y los motivos santos que Pedro esbozó. Estas se perfeccionarán únicamente cuando de manera regular y fiel los creyentes se ponen bajo la influencia de la predicación, la enseñanza y el estudio de la verdad de Dios, y permiten con obediencia que su Palabra les cambie los corazones y conforme sus caracteres (Lc. 11:28; Stg. 1:22-25; cp. Sal.19:7; 119:105; Pr. 6:23; Mr. 4:20; Lc. 6:46-48; Jn. 14:21; 17:17; Ro. 15:4; Col. 3:16; 2 P. 1:2-8; véase también el comentario sobre 2:1-3 en el capítulo 8 de esta obra).

Introducción a 2 Pedro

Algunos ven a 2 Pedro (junto con Judas) como el “rincón sombrío” del Nuevo Testamento. En consecuencia, esta carta no se predica, estudia, analiza o cita a menudo. Incluso se la ha rechazado en algunos círculos académicos donde los críticos la descartan como una carta seudónima (falsificada), indigna de un estudio serio.

Sin embargo, la Iglesia de Jesucristo ignora a esta epístola a su propio riesgo. Después de todo, Pedro la escribió para ayudar a los creyentes a enfrentar un mundo repleto de engaño espiritual sutil. Como sabía que su muerte era inminente (1:14), el apóstol quiso recordar a sus lectores las verdades que ya les había enseñado, de modo que esas verdades siguieran protegiéndoles después de su partida (v. 15). Pedro también estaba consciente de que la amenaza de los falsos maestros se cernía en el horizonte, y quiso poner al descubierto a los apóstatas con el fin de expulsar de la iglesia sus doctrinas demoníacas.

La advertencia de Pedro nunca ha sido más oportuna de lo que es hoy. El rápido avance de los medios masivos de comunicación, junto con la falta de discernimiento de la Iglesia, han permitido que el error doctrinal se extienda como reguero de pólvora. Los falsos maestros propagan sus herejías por medio de televisión, radio, internet, libros, revistas y seminarios, haciendo todo lo posible por promoverse a sí mismos. En el proceso, sus carnadas atraen multitudes que cambian la verdad por mentiras arbitrarias (cp. 1 Ti. 1:19; 2 Ti. 2:16-18). Para colmo de males, algunos en la Iglesia moderna, motivados por el miedo cobarde al rechazo o por ideas equivocadas acerca del amor, son renuentes a desenmascarar a los apóstatas de la actualidad. En lugar de contrarrestar el error, o bien lo aceptan o le hacen caso omiso en nombre de la tolerancia.

No obstante, el apóstol Pedro no tuvo reparos en denunciar a los engañadores que amenazaban a su amada grey. Los reconoció por lo que eran: lobos disfrazados de ovejas (Mt. 7:15; Hch. 20:29) que se hallan al acecho para devorar a los ignorantes con sus seductoras mentiras. Pedro comprendió que los falsos maestros son emisarios del infierno y títeres de Satanás, motivados por amor al dinero, poder, prestigio y protagonismo. Debido a que son maestros del engaño, pregonan con éxito doctrinas de demonios a almas desprevenidas, comercializando ruina eterna como si fuera vida eterna.

La única defensa segura contra las tácticas de estos engañadores se encuentra en la verdad de la Palabra de Dios. Por supuesto que Pedro sabía esto, razón por la cual escribió esta epístola. Como un verdadero hombre de Dios, le preocupaba mucho proteger a quienes estaban bajo su cuidado espiritual.

CONTROVERTIDA AUTORÍA PETRINA

Aunque sin querer dignificar generalmente a escépticos incrédulos, en este caso es útil ver cómo esta epístola se eleva a la altura de la integridad inspirada frente a los asaltos acerca de la legitimidad de la misma.

La autoría de 2 Pedro se ha debatido más agresivamente y mucho más que la de cualquier otro libro del Nuevo Testamento. Sin embargo, la carta misma declara explícitamente que fue escrita por “Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo” (1:1). El texto griego en realidad reza: “Simeón Pedro”, usando la forma hebrea del nombre del apóstol utilizado además únicamente en Hechos

15:14 (véase nota al pie en LBLA, NBLH, NTV). Tal referencia solo refuerza la afirmación de que el autor fue Pedro, ya que es improbable que un falsificador usara una forma desconocida del nombre del apóstol. En 1:14 el autor se refirió a la predicción que Cristo hiciera de su muerte (cp. Jn. 21:18); en 1:16-18 afirmó haber sido uno de los testigos (de lo cual solo hubo tres; Mt. 17:1) de la transfiguración; en 3:1 se refirió a una carta anterior (1 Pedro) que el autor escribió a sus lectores; y en 3:15 se refirió a Pablo como “amado hermano”, haciéndose por tanto colega espiritual del gran apóstol. Tales alusiones personales fortalecen aún más la afirmación de que la carta fue escrita por Pedro, afirmación que debería representar una certeza a menos que hubiera pruebas convincentes de lo contrario. Como se verá pronto, tales pruebas no existen.

Sin ninguna lógica, muchos críticos ven las alusiones personales como la obra de un falsificador que intentó hacerse pasar como el mismo Pedro. Es irónico que muchos de esos mismos críticos sostengan que 1 Pedro tampoco fue escrita por ese apóstol, precisamente porque a 1 Pedro *le faltan* suficientes alusiones personales a él. Según Daniel B. Wallace señala: “Al leer la literatura, no podemos dejar de ver un elemento caprichoso y de doble rasero, en que los eruditos ya han llegado a su conclusión a pesar de las pruebas” (“Second Peter: Introduction, Argument and Outline” [Biblical Studies Press: www.bible.org, 2000]).

Además de las alusiones personales de la epístola a sucesos en la vida de Pedro, hay similitudes entre el lenguaje de 2 Pedro y los discursos del apóstol en Hechos. El verbo traducido “alcanzado” (1:1) aparece únicamente otras tres veces en el Nuevo Testamento, una de ellas en Hechos 1:17; “piedad” se usa cuatro veces en 2 Pedro (1:3, 6, 7, 3:11), pero en otras partes (fuera de las epístolas pastorales) solo por parte de Pedro en Hechos 3:12; “el día del Señor” (3:10) aparece en Hechos 2:20, y solo en 1 Tesalonicenses 5:2 y 2 Tesalonicenses 2:2 en el resto del Nuevo Testamento. El uso de tales palabras poco usuales sugiere aún más que el apóstol Pedro escribió esta epístola.

Sin embargo, muchos eruditos no se conforman con aceptar a primera vista las afirmaciones de la epístola. En vez de eso insisten en que alguien que afirmaba ser Pedro la escribió décadas después de la muerte del apóstol. Con el fin de apoyar su rechazo a la autenticidad de la carta, esos críticos fomentan varios argumentos.

Primero observan que la iglesia primitiva fue lenta en aceptar a 2 Pedro como parte del canon de las Escrituras. La primera persona que declaró explícitamente que Pedro la escribió fue Orígenes, a inicios del siglo III. Los críticos afirman que no hay rastro de la existencia de la epístola hasta ese momento. Además, aunque Orígenes la aceptaba como un verdadero escrito de Pedro, señaló que otros tenían dudas acerca de su autenticidad. Escribiendo en el siglo IV, el historiador Eusebio de Cesarea también expresó dudas en cuanto a 2 Pedro. No la rechazó, pero la incluyó entre los libros del Nuevo Testamento cuya autenticidad estaba en duda. El silencio de los padres de la iglesia antes de la época de Orígenes se toma como una negación tácita de la autenticidad de 2 Pedro.

Los críticos también señalan varios supuestos problemas históricos que, según ellos, indican que la epístola no se pudo haber escrito durante la vida de Pedro. Primero, sostienen que la referencia a las cartas de Pablo (3:15-16) refleja una época en que tales cartas se habían recopilado y reconocido como Escrituras. Argumentan que esto no sucedió hasta mucho tiempo después de la muerte de Pedro. Segundo, los críticos creen que los falsos maestros de los que se habla eran gnósticos del siglo II. Tercero, el escritor se refiere a “vuestros apóstoles” (3:2) y declara que los “padres” (que se supone que fueron la primera generación de cristianos) ya habían muerto (3:4). Desde una perspectiva crítica, eso sugiere que 2 Pedro fue escrita por alguien que no era apóstol ni pertenecía a la primera generación de creyentes. Por último, los críticos sostienen que la referencia a la predicción

de Cristo en cuanto a la muerte de Pedro (1:14) se deriva de Juan 21:18. Sin embargo, el Evangelio de Juan no se escribió durante la vida de Pedro.

Un argumento convincente en la percepción de muchos críticos es la supuesta dependencia de 2 Pedro en Judas. Puesto que fechan a Judas después de la vida de Pedro, se deduce que este no pudo haber escrito 2 Pedro. Además, los críticos insisten en que un apóstol no habría sacado ideas tan extensamente de una fuente no apostólica.

Esos críticos implacables también señalan supuestas diferencias en estilo, vocabulario y doctrina entre 1 y 2 Pedro. Sugieren que el lenguaje griego de la primera epístola es pulido y sofisticado, mientras que el de la segunda es tosco y poco natural, repleto de lenguaje grandilocuente y construcciones difíciles. Los críticos afirman que el vocabulario de las dos epístolas también es muy diferente, y que 2 Pedro muestra un conocimiento de la cultura y la filosofía griega más allá de la comprensión de un simple pescador galileo. Por último, según los cálculos que esgrimen, muchos temas doctrinales que se hallan en 1 Pedro están ausentes en 2 Pedro. Todos esos factores llevan a muchos escépticos a insistir en que el mismo autor no pudo haber escrito ambas epístolas.

No obstante, tras un examen más minucioso, cada uno de los argumentos anteriores falla totalmente en descalificar a Pedro como el autor de esta epístola.

Es cierto que la confirmación externa de 2 Pedro en los escritos de los padres de la iglesia es menos extensa que la encontrada para la mayoría de los demás libros del Nuevo Testamento. Sin embargo, es mucho más completa que la confirmación dada a cualquiera de los libros excluidos del canon. Es más, 2 Pedro nunca fue rechazada como falsa (incluso por los padres que hubieran cuestionado su autenticidad, tales como Eusebio), ni se le atribuyó alguna vez a nadie más que a Pedro.

Aunque Orígenes fue el primero en atribuir 2 Pedro al apóstol Pedro, otros antes de él estaban familiarizados con la epístola. Orígenes fue un crítico literario astuto, y es probable que no lo hubiera engañado una falsificación reciente. Por otra parte, él cita varias veces la epístola como parte de las Escrituras, lo que sugiere fuertemente que 2 Pedro era conocida y aceptada como canónica mucho antes de su época. La inclusión de la epístola en el papiro Bodmer P72 del siglo III también indica que en ese tiempo se le consideraba parte del canon. (El Códice Sinaítico y el Códice Vaticano, monumentales manuscritos del siglo IV, y el Códice Alejandrino, del siglo V, también incluyen a 2 Pedro).

El maestro de Orígenes, Clemente de Alejandría, escribió un comentario sobre las epístolas católicas (generales), que incluye a 2 Pedro (Eusebio *Historia eclesiástica*, 6.14.1). Al escribir un comentario sobre el libro, Clemente indica que consideró esta carta como parte de las Escrituras (y por tanto auténtica). Además, el testimonio de Clemente brinda fuerte evidencia de que la canonicidad de la epístola fue generalmente aceptada por la Iglesia en la primera mitad del siglo II.

Una evidencia más de la existencia y aceptación de la epístola en ese tiempo viene de Justino Mártir (aprox. 100-165 d.C.). En su *Diálogo con Trifón*, Justino escribió: “Así como había falsos profetas contemporáneos con los santos profetas [judíos], hay muchos falsos maestros entre nosotros, de los cuales nuestro Señor nos advirtió que nos cuidáramos” (82.1). Tal pasaje tiene un parecido sorprendente con 2 Pedro 2:1: “Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina”. El hecho de que la palabra griega traducida “falsos maestros” (*pseudodidaskaloi*) aparezca antes de la época de Justino solo en 2 Pedro 2:1 sugiere además que Justino la tomó de 2 Pedro.

El apócrifo *Apocalipsis de Pedro*, fechado en la primera mitad del siglo II, muestra clara evidencia de dependencia literaria en 2 Pedro. En la primera parte del siglo II, la *Epístola de Bernabé* (5:4)

declara “que con justicia se perderá un hombre que teniendo el conocimiento del camino de justicia se obliga a entrar al camino de la oscuridad”, un pasaje que recuerda a 2 Pedro 2:21: “Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado”. De igual modo, las palabras de *Bernabé* 15:4, “en seis mil años el Señor traerá todas las cosas a su fin; porque el día con Él significó mil años; y Él mismo me dará testimonio, diciendo: He aquí, el día del Señor será como mil años”, parecen haberse extraído de 2 Pedro 3:8: “Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día”.

El *Pastor de Hermas*, fechado también en los primeros años del siglo II, expresa: “Anda y di a todos los hombres que se arrepientan, y vivirán para Dios; porque en su compasión el Señor me envió para dar arrepentimiento a todos, aunque algunos de ellos no lo merecen a causa de sus hechos; pero al sufrir por mucho tiempo, el Señor quiso que fueran llamados a ser salvos por medio de su Hijo” (*Similitud* 8.11.1). Es extraordinario el parecido con 2 Pedro 3:9: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”.

El hecho de que 2 Pedro apenas fuera conocida en el siglo II lo sugieren también dos obras gnósticas: *El evangelio de la verdad* y *El libro secreto de Juan*, que contienen probables menciones a esta carta.

Casi al mismo tiempo que el apóstol Juan escribiera el libro del Apocalipsis (a mediados de la década de los noventa del siglo I), Clemente de Roma escribió: “Dejemos que este pasaje bíblico esté lejos de nosotros, donde Él manifestó: ‘Miserables los de doble ánimo, que dudan en su alma y declaran: Estas cosas también oímos en los días de nuestros padres, y he aquí que hemos envejecido, y ninguna de estas cosas nos han acontecido’” (*1 Clemente* 23.3). Clemente parece estar repitiendo 2 Pedro 3:4, que expresa: “¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación”. Ambos pasajes relacionan el escepticismo de falsos maestros, y los dos continúan advirtiendo que el juicio se avecina (*1 Clemente* 23.5; 2 P. 3:10).

Otros dos pasajes en *1 Clemente* usan frases griegas halladas en el Nuevo Testamento solo en 2 Pedro y en ningún escrito extra bíblico de esa época. Ambos usan la frase traducida “excelente (la RVR-60 traduce la misma palabra griega como ‘magnífica’) gloria” en referencia a Dios (*1 Clemente* 9.2; 2 P. 1:17); los dos pasajes describen a la fe cristiana como “el camino de la verdad” (*1 Clemente* 35.5; 2 P. 2:2).

Por último, si 2 Pedro fue escrita antes de Judas, entonces Judas es el primer documento en citarla (véase el estudio de la relación entre Judas y 2 Pedro en la “Introducción a Judas”). El argumento de los críticos de que la supuesta dependencia literaria de 2 Pedro en Judas demuestra que Judas se escribió después de la vida de Pedro depende de dos suposiciones. Primera, el autor de 2 Pedro debió haber sacado ideas de Judas. Segunda, Judas se debió haber escrito después de la vida de Pedro. No obstante, ninguna de estas suposiciones se puede probar.

La evidencia interna indica que 2 Pedro vino primero, ya que Pedro empleó tiempos futuros para describir las falsas enseñanzas de los apóstatas (2:1-3; 3:3). Por otra parte, en paralelo a 2 Pedro, Judas usa tiempos que expresan que aquellos que fueron profetizados habían llegado (Jud. 4). No usa tiempos futuros con relación a los apóstatas.

Las referencias extrabíblicas arriba mencionadas constituyen un sólido argumento de que 2 Pedro era conocida en la Iglesia desde el siglo I en adelante. Es verdad que ninguno de los padres que aludieron a 2 Pedro antes de la época de Orígenes citó a 2 Pedro como fuente. Sin embargo, eso no

era extraño; los padres apostólicos citan a 1 Pedro veintinueve veces sin nombrar a Pedro, y a Romanos treinta y una veces sin nombrar a Pablo (véase Robert E. Picirilli, “Allusions to 2 Peter in the Apostolic Fathers”, *Journal for the Study of the New Testament* 33 [1988], p. 74). (Para un resumen de las alusiones a 2 Pedro en los escritos de los padres de la iglesia antes del tiempo de Orígenes, véase también Michael J. Kruger, “The Authenticity of 2 Peter”, *Journal of the Evangelical Theological Society* 42/4 [1999], pp. 649-56; B. B. Warfield, “The Canonicity of Second Peter”, en John E. Meeter, ed., *Selected Shorter Writings of Benjamin B. Warfield*, vol. 2 [Phillipsburg, N.J.: Presbyterian and Reformed, 1973], pp. 49-68).

Las alusiones a 2 Pedro por parte de los padres de la Iglesia no prueban que Pedro escribió su segunda carta; pero sí eliminan la objeción de que la supuesta falta de certificación externa descarta una fecha durante la vida de Pedro. También explica por qué la epístola fue finalmente aceptada por la Iglesia como canónica; no era una falsificación del siglo II como muchos críticos modernos sostienen, sino que tenía antecedentes que se remontan a los tiempos apostólicos. Kruger realza la importancia de la aceptación definitiva de 2 Pedro por la iglesia como parte del canon de las Escrituras:

En nuestra investigación para determinar la autenticidad de 2 Pedro no podemos pasar por alto la realidad de que a pesar de las reticencias de algunos, esta carta fue definitiva y totalmente aceptada por la Iglesia como canónica en todos los sentidos. El hecho de que 2 Pedro enfrentara tal resistencia (sumada a la incesante oposición de falta de literatura petrina) y a que *aún* prevaleciera, demuestra que es digna de seria consideración. ¿Es tan fácil descartar las conclusiones de Orígenes, Cirilo de Jerusalén, Gregorio Nacianceno, Epifanio [sic], Atanasio, Agustín, Rufino, Jerome, y los concilios de la iglesia de Laodicea, Hipona y Cartago? Por consiguiente, si la epístola de 2 Pedro tuvo tan firme posición en el canon del siglo IV, entonces quizás la responsabilidad de la prueba debería recaer sobre aquellos que sugieren que no pertenecía allí. (“Authenticity”, p. 651, cursivas en el original).

No hay justificación para que los críticos modernos supongan que tales estudiosos antiguos eran crédulos y poco sofisticados. Al contrario, los mismos concilios que aceptaron a 2 Pedro como canónica también rechazaron otras obras que reclamaban a Pedro como su autor (tales como *El evangelio de Pedro*, *La predicación de Pedro*, *La enseñanza de Pedro*, *El apocalipsis de Pedro*, *Los hechos de Pedro y los doce apóstoles*, *La epístola de Pedro a Felipe*, y *La carta de Pedro a Santiago*). Dichos concilios reconocieron que 2 Pedro se destacaba claramente de tales falsificaciones como Escrituras divinamente inspiradas.

Las supuestas dificultades históricas planteadas por los críticos no demuestran que 2 Pedro no se pudiera haber escrito durante la vida del apóstol. La referencia a las cartas de Pablo (3:15-16) no se debe forzar para que signifique *todo* lo que Pablo escribió; simplemente habla de esas epístolas de las que Pedro estaba consciente cuando escribió 2 Pedro. Nada en el texto habla de una colección de cartas inspiradas de Pablo ni sugiere que Pedro o sus lectores estaban familiarizados con todas ellas. El hecho de que las cartas de Pablo ya estuvieran circulando entre las iglesias durante su propia vida se clarifica en Colosenses 4:16.

Tampoco es un anacronismo, como algunos acusan, que Pedro se refiera a las cartas inspiradas de Pablo como Escrituras (3:16). Los apóstoles sabían que lo que escribían bajo la inspiración del Espíritu Santo (Jn. 14:26) eran Escrituras a la par con el Antiguo Testamento. Pablo afirmó varias veces estar escribiendo las mismas palabras de Dios. En 1 Corintios 2:13 declaró: “Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu,

acomodando lo espiritual a lo espiritual”, mientras que en 14:37 agregó: “Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor”. Pablo elogió a los tesalonicenses porque cuando recibieron la palabra de Dios que oyeron de parte de él, la recibieron “no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios” (1 Ts. 2:13; cp. 2 Co. 13:3; 1 P. 4:11-12).

Tampoco la evidencia apoya la afirmación de que los falsos maestros a los que 2 Pedro se refiere fueran gnósticos del siglo II. Los elementos de la enseñanza hereje que ellos predicaban eran comunes al siglo I, mientras que las enseñanzas características del gnosticismo del siglo II (p. ej. el dualismo cosmológico, un creador maligno que formó el mundo físico perverso y la salvación por medio de conocimiento secreto) están ausentes de 2 Pedro. Charles Bigg escribe:

Todas las características de la descripción de los falsos maestros y burladores se encuentran en la era apostólica. Si tenían “ojos llenos de adulterio”, eran aquellos en Corinto que defendían el incesto. Si “blasfemaban de las dignidades”, eran aquellos que hablaban mal de San Pablo. Ellos profanaban el ágape [la fiesta de amor o el culto de comunión], igual que hacían los corintios. Se mofaban de la Parusía [el regreso de Cristo], y algunos de los corintios negaban que hubiera habido resurrección (*A Critical and Exegetical Commentary on the Epistles of St. Peter and St. Jude*, The International Critical Commentary [Edinburgh, T. & T. Clark, 1902], p. 239).

Segunda de Pedro tampoco analiza los asuntos clave del siglo II (p. ej. el papel de los obispos en el gobierno de la iglesia, el gnosticismo plenamente desarrollado, y el montanismo). La falta de mención en cuestiones concretas del siglo II es especialmente notable en 3:8: “Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día”. Una de las principales creencias del siglo II era el chilianismo, una forma primitiva de premilenialismo. Si 2 Pedro fue escrita en el siglo II, es poco probable que su autor hubiera dejado de mencionar el chilianismo en relación con 3:8.

El autor ya se había identificado como apóstol (1:1), por lo que la referencia a “vuestros apóstoles” (3:2) no puede querer decir que él se excluyera de ese grupo. Puesto que los apóstoles fueron dados por Dios a la Iglesia (cp. 1 Co. 12:28; Ef. 2:20; 4:11-12), era apropiado para Pedro describirlos (incluyéndose él mismo) como “vuestros apóstoles”. Los “padres” a los que se refiere 2 Pedro 3:4 no eran la primera generación de cristianos, sino los patriarcas del Antiguo Testamento. Ambos contextos (el diluvio; vv. 5-6) y el uso de la frase “los padres” apoyan tal interpretación. En el Nuevo Testamento (Jn. 6:58; 7:22; Hch. 13:32; Ro. 9:5; 11:28; 15:8; He. 1:1) y en los escritos de los padres apostólicos, esa frase no se refiere a la primera generación de creyentes sino a los patriarcas del Antiguo Testamento.

Tampoco es necesario que la mención de la muerte inminente de Pedro (1:14) se derive de Juan 21:18. Obviamente, Pedro estuvo allí cuando Jesús hizo tal predicción, y la oyó con sus propios oídos.

Mucho se ha hablado de las diferencias de estilo entre las dos epístolas de Pedro. Pero las diferencias no son tan importantes como muchos aseveran con seguridad. El comentarista Joseph Mayor, quien negó que Pedro escribiera 2 Pedro, admitió, sin embargo: “No existe ese abismo entre [1 y 2 Pedro] que algunos podrían tratar de presentar” (citado en D. Edmond Hiebert, *Second of Peter and Jude: An Expository Commentary* [Greenville, S.C.: Unusual Publications, 1989], p. 12). Tampoco las dos breves epístolas que Pedro escribió proporcionan suficiente material para establecer de manera definitiva su estilo.

Algunos sostienen que el vocabulario de las dos epístolas es tan diferente que el mismo autor no pudo haber escrito ambos libros. No obstante, el porcentaje de palabras comunes en 1 y 2 Pedro es más o menos el mismo porcentaje común en 1 Timoteo y Tito, ambas escritas por Pablo y parecidas en contenido. También es similar a la cantidad de vocabulario común hallado en 1 y 2 Corintios (Kruger, “Authenticity”, pp. 656-57).

La diferencia en vocabulario y estilo entre 1 y 2 Pedro se puede explicar en parte por sus diferentes temas: 1 Pedro fue escrita para consolar a quienes padecen persecución, 2 Pedro para advertir del peligro de falsos maestros. A pesar de que no aportan nada al análisis, las diferencias en estilo pueden reflejar que Silvano (Silas) actuó como amanuense de Pedro para 1 Pedro (1 P. 5:12), una costumbre común en la época del apóstol. Bajo la dirección de este, Silvano pudo haberle suavizado la gramática y la sintaxis. No obstante, ya que lo más probable era que Pedro estuviera en la cárcel cuando escribió 2 Pedro (véase “Fecha, lugar de escritura, y destino” más adelante), él quizás no tuvo acceso a un amanuense y por eso tal vez escribió la epístola por mano propia.

La acusación de que 2 Pedro refleja una comprensión de la filosofía helenística más allá de lo que pudiera esperarse que Pedro conociera no solo supone neciamente conocer lo que Pedro en realidad sabía, sino que también pasa por alto la influencia del entorno de Pedro en él. El apóstol nació y se crió en Galilea, la cual incluso en la época de Isaías era conocida como “Galilea de los gentiles” (Is. 9:1). Cerca estaba la región gentil conocida como Decápolis (Mt. 4:25; Mr. 5:20; 7:31). Además, se sabe que muchos de los términos helenísticos que Pedro usaba eran de uso común en su época. El apóstol usaba términos con los que sus lectores estaban familiarizados, sin revestirlos con los matices de significado que los filósofos griegos les daban.

A pesar de las supuestas diferencias en estilo de 1 y 2 Pedro, existen notables similitudes entre los libros. El texto de los saludos en ambas epístolas, “Gracia y paz os sean multiplicadas” (1 P. 1:2; 2 P. 1:2) es idéntico en el griego, y la frase no se encuentra en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. Otras palabras comunes a ambos libros pero raras en el resto del Nuevo Testamento incluyen *aretē* (“admirable”, “excelencia”, “diligencia”; 1 P. 2:9; 2 P. 1:3, 5), *apothesis* (“quitando”, “abandonar”; 1 P. 3:21; 2 P. 1:14), *philadelphia* (“amor fraternal” 1 P. 1:22; 2 P. 1:7), *anastrophē* (“manera de vivir”, “conducta”; 1 P. 1:15, 18; 2:12; 3:1, 2, 16; 2 P. 2:7; 3:11), y *aselgeia* (“lascivias”, “disoluciones”, “nefanda -conducta”, “concupiscencias”; 1 P. 4:3; 2 P. 2:2, 7, 18). Además, 2 Pedro, al igual que 1 Pedro, contiene expresiones semíticas coherentes con la educación judía del apóstol.

Aunque los diferentes temas de cada epístola requerían que Pedro abordara diferentes cuestiones doctrinales, hay sin embargo algo común en la enseñanza. Ambas cartas hablan del mensaje profético de Dios revelado en el Antiguo Testamento (1 P. 1:10-12; 2 P. 1:19-21), del nuevo nacimiento (1 P. 1:23; 2 P. 1:4), de la elección soberana que Dios hace de los creyentes (1 P. 1:2; 2 P. 1:10), de la necesidad de santidad personal (1 P. 2:11-12; 2 P. 1:5-7), del juicio de Dios sobre la inmoralidad (1 P. 4:2-5; 2 P. 2:10-22), de la segunda venida de Cristo (1 P. 4:7, 13; 2 P. 3:4), del juicio a los malvados (1 P. 4:5, 17; 2 P. 3:7), y del señorío de Cristo (1 P. 1:3; 3:15; 2 P. 1:8, 11, 14, 16; 2:20; 3:18).

Solo hay dos posibilidades en cuanto a la autoría de 2 Pedro. O fue escrita por Pedro como se afirma, o se trata de un seudónimo y la obra de un falsificador que se hizo pasar por el apóstol. Si lo último fuera cierto, el autor habría sido un hipócrita y también un mentiroso, un impostor que condena a falsos maestros por ser lo que él mismo era, y por ofrecer severa advertencia acerca del juicio divino.

Por otra parte, si el libro fue escrito por un falsificador es difícil ver cuál era la motivación de este sujeto. Los autores de obras seudónimas por lo general adjuntaban a sus escritos el nombre de una

persona prominente para dar credibilidad a sus falsas enseñanzas. Pero 2 Pedro no contiene enseñanza que contradiga el resto del Nuevo Testamento. Puesto que es totalmente ortodoxa, la epístola pudo haber salido fácilmente bajo el propio nombre del autor. Incluso el autor observa que los falsos maestros (a quienes está condenando) rechazaban la autoridad apostólica de Pablo (3:16). Es más, no se impresionaban con ningún tipo de autoridad (2:1, 10). Por consiguiente, una apelación falsificada a la autoridad apostólica no habría añadido mucho al argumento del autor (en especial ya que al hacerlo habría sido culpable de la misma hipocresía que estaba denunciando).

Las obras seudónimas también se escribían a veces porque a las personas les fascinaba saber más acerca de los personajes importantes de la iglesia primitiva. Sin embargo, 2 Pedro no contiene nueva información respecto a Pedro.

Hay muchas otras dificultades con el punto de vista de que 2 Pedro es un seudónimo. Por ejemplo, es difícil explicar la diferencia en estilo entre las dos epístolas, ya que la mayoría de autores seudónimos intentaban copiar el estilo de la persona que fingían ser. Además, un falsificador no habría tenido que hacer que Pedro confesara su incapacidad para entender los escritos de Pablo (3:15-16); los autores seudónimos tendían a glorificar a sus héroes (los declarados “autores”) y a exagerarles sus aptitudes. Un autor seudónimo tampoco se habría referido a Pablo como “nuestro amado hermano” (3:15). Los escritos de la iglesia primitiva no hablan del apóstol en términos tan familiares. Por ejemplo, Policarpo se refirió a él como “el bendito y glorioso Pablo” (*Epístola de Policarpo a los Filipenses*, 3.1), Clemente lo llamó “el bendito Pablo” (*1 Clemente*, 47:1), e Ignacio lo describió como “Pablo, quien fue santificado, quien obtuvo un buen informe, quien es digno de toda felicitación; en cuyos pasos de buen grado me encontraría pisando” (*Carta a los efesios*, 12.2).

Algunos sostienen que la escritura de libros seudónimos (llamados falsificaciones piadosas) era una costumbre aceptada. Puesto que todo el mundo sabía que alguien más escribió el libro en nombre del supuesto autor, no había un engaño involucrado. Pero la pregunta obvia es: ¿Qué propósito habría en escribir un documento seudónimo si todo el mundo sabía que se trataba de un seudónimo? En el caso de 2 Pedro, ¿por qué un autor seudónimo habría incluido todas las alusiones a Pedro si sus lectores sabían que Pedro no escribió la epístola?

A pesar de las afirmaciones de algunos eruditos, no hay evidencia de que la iglesia primitiva aceptara la práctica de los seudónimos. Por el contrario, “nadie parece haber aceptado un documento como religioso o filosóficamente normativo que se supiera que es falsificado. No conozco un solo ejemplo... Estamos obligados a admitir que en los círculos cristianos se consideraban los seudónimos como una estrategia deshonrosa que, si se llegaba a descubrir, el documento se rechazaba y al autor, si era conocido, lo vituperaban” (L. R. Donelson, *Pseudepigraphy and Ethical Argument in the Pastoral Epistles* [citado en Thomas R. Schreiner, *1, 2 Peter, Jude*, The New American Commentary (Nashville: Broadman & Holman, 2003), p. 272]).

Desde el principio la Iglesia rechazó documentos falsificados. En 2 Tesalonicenses 2:2, Pablo advirtió a los tesalonicenses: “No os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca”. Incluso en esa etapa inicial en la historia de la Iglesia, los falsificadores hacían circular cartas que pretendían ser de Pablo para extender así más fácilmente falsa doctrina. De ahí que el apóstol advirtió a sus lectores que no se dejen engañar, y dio pasos para certificar que sus cartas eran verídicas (2 Ts. 3:17; cp. 1 Co. 16:21; Gá. 6:11; Col. 4:18). El obispo que escribió la obra seudónima *Los hechos de Pablo y Tecla* fue retirado del cargo, aunque protestó diciendo que la había escrito por amor al apóstol y con deseos de honrarlo (Tertuliano, *On Baptism*, XVII; *The Ante-Nicene Fathers*, vol. 3 [reimpresión; Grand Rapids: Eerdmans, 1973], p. 677). El canon muratorio, una lista

del siglo II de los libros del Nuevo Testamento, rechazó dos cartas falsas que pretendían ser escritas por Pablo, “ya que no es apropiado que el veneno se mezcle con la miel” (citado en F. F. Bruce, *The Canon of Scripture* [Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1988], p. 160). Por ese mismo tiempo Serapión, el obispo de Antioquía, ofreció la siguiente explicación por rechazar el falso *Evangelio de Pedro*: “Nosotros, hermanos, recibimos a Pedro y a los demás apóstoles como al mismo Cristo. Pero rechazamos esos escritos que falsamente llevan su nombre, ya que estamos familiarizados con los apóstoles, y también sabemos que no ha llegado hasta nosotros tal legado” (citado en Eusebio, *Historia eclesiástica*, 6.12).

El Nuevo Testamento dio mucha importancia a la veracidad (cp. Jn. 19:35; Ro. 3:7; 1 Co. 13:6; 2 Co. 4:2; 7:14; 13:8; Ef. 4:15, 25; 5:9; Col. 3:9; 1 Ti. 2:7; 3:15). El Espíritu Santo, el “Espíritu de verdad” (Jn. 14:17; 15:26; 16:13; 1 Jn. 5:6), nunca pudo haber inspirado una falsificación. Por tanto, la iglesia primitiva rechazó con toda razón tales obras. Si 2 Pedro hubiera sido una falsificación, también la habrían rechazado.

Por eso, a pesar del escepticismo y las dudas de los críticos modernos, la mejor respuesta a la pregunta de quién escribió 2 Pedro es: “Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo” (1:1).

FECHA, LUGAR DE ESCRITURA, Y DESTINO

Según la tradición, a Pedro lo martirizaron casi al final de la persecución que hizo Nerón. Puesto que Nerón murió en el 68 d.C., la muerte de Pedro debió haber ocurrido antes de ese tiempo. Según parece, 2 Pedro se debió escribir poco antes de la muerte del apóstol (1:14), quizás en el 67 o 68 d.C. Pedro no informa dónde se hallaba cuando escribió esta epístola. Pero ya que su muerte era inminente, y que fue martirizado en Roma, es probable que la escribiera estando allí preso. A diferencia de la primera epístola, 2 Pedro no menciona a sus destinatarios. Sin embargo, puesto que esta era la segunda carta que les había escrito (3:1), probablemente se trataba de las mismas personas (o al menos de algunas de las mismas personas) a las que fue dirigida 1 Pedro, creyentes que vivían en “Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia” (1 P. 1:1), provincias ubicadas en Asia Menor (la actual Turquía).

OCASIÓN

Pedro escribió su primera epístola con el fin de consolar e instruir a los creyentes que se enfrentaban a la amenaza externa de persecución. El apóstol se refiere en esta segunda carta a la amenaza aún más mortal de los falsos maestros que surgirían dentro de la iglesia. Advirtió a los creyentes que estuvieran alerta contra las mentiras engañosas de los falsos maestros. La vívida e incisiva descripción de los herejes y apóstatas que él hace solo es comparable a la de Judas.

Pedro no identificó una herejía específica. Según se indicó antes en “Autor” en la introducción a 1 Pedro, a esta herejía le faltaban las características del gnosticismo del siglo II. Fueran quienes fueran estos herejes, eran como muchos otros que han negado a Cristo (2:1); que han retorcido las Escrituras, incluso los escritos de Pablo (3:15-16); que se han ido tras “fábulas artificiosas” (1:16) de “herejías destructoras” (2:1); que se han burlado de la segunda venida de Cristo (3:4) y del juicio venidero (3:5-7); que han practicado inmoralidad (2:2, 13-14, 19); que han despreciado la autoridad (2:10); que han sido arrogantes y vanos (2:18); y que han buscado ganancia material (2:3, 14). Segunda de Pedro no solo sirve como un reproche muy necesario hacia los falsos maestros de la época del apóstol, sino que también presenta características comunes a los falsos maestros de todos los tiempos. A causa de la maldad de vida que fluye de la doctrina hereje, Pedro se enfocó más en la

conducta piadosa que en las enseñanzas específicas que los herejes propagaban. El Señor Jesucristo manifestó estas palabras:

Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis (Mt. 7:16-20).

BOSQUEJO

Saludo (1:1-2)

I. Evitemos la falsa enseñanza comprendiendo la salvación (1:3-11)

- A. La salvación la sustenta el poder de Dios (1:3-4)
- B. La confirman las gracias cristianas (1:5-7)
- C. Resulta en abundante recompensa (1:8-11)

II. Evitemos la falsa enseñanza comprendiendo las Escrituras (1:12-21)

- A. Estas se confirman por el testimonio apostólico (1:12-18)
- B. Son inspiradas por el Espíritu Santo (1:19-21)

III. Evitemos la falsa enseñanza descubriendo a los falsos maestros (2:1-22)

- A. Su infiltración (2:1-3)
- B. Su juicio (2:4-10a)
- C. Su atrevimiento (2:10b-13a)
- D. Su impureza (2:13b-17)
- E. Su influencia (2:18-22)

IV. Evitemos la falsa enseñanza comprendiendo el futuro (3:1-18)

- A. La certeza del día del Señor (3:1-10)
- B. Las implicaciones prácticas del día del Señor (3:11-18)

25. La fe preciosa del creyente. Primera parte: Origen, sustancia y suficiencia

Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra: Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús. Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; (1:1-4)

John Murray, uno de los principales teólogos reformados del siglo XX, escribió lo siguiente acerca del profundo y superlativo significado de la expiación:

El Padre no escatimó a su propio Hijo. No perdonó nada que exigieran los dictados de la rectitud constante. Y es el trasfondo del consentimiento de su Hijo lo que oímos cuando Él declara: “Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc. 22:42). ¿Por qué? Fue para que el amor eterno e invencible pudiera hallar la plena comprensión de su deseo y propósito en la redención por medio del precio y del poder. El espíritu del Calvario es el amor eterno, y la base de la justicia eterna. Es el mismo amor manifestado en el misterio de la agonía en Getsemaní y el árbol maldito del Calvario que envuelven seguridad eterna alrededor del pueblo de Dios. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Ro. 8:32). “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?” (Ro. 8:35). “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:38, 39). Esa es la seguridad que una perfecta expiación ratifica, y es la perfección de la expiación la que la afirma (*Redemption—Accomplished and Applied* [Grand Rapids: Eerdmans, 955], p. 78).

Sin lugar a dudas, la redención divina de los pecadores, a fin de dar vida eterna por medio de la obra expiatoria de su Hijo Jesucristo, es el regalo más precioso de Dios para todos los que creen. Con la certeza de la salvación a la vista, Pedro empieza su segunda carta enriqueciendo a sus lectores respecto a tres grandes verdades acerca de la salvación: su origen, su sustancia y su suficiencia.

ORIGEN DE LA SALVACIÓN

Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra: (1:1)

Según la costumbre de la época, el apóstol empezó su epístola con un saludo tradicional, identificándose adecuadamente como el autor. **Simón**, la forma griega del hebreo “Simeón”, el padre de una de las doce tribus de Israel, era un nombre judío común (cp. Mt. 13:55; 26:6; 27:32; Hch.

1:13; 8:9; 9:43). **Pedro** es la forma de una palabra griega que significa “roca” (Cefas es su equivalente arameo; véase Jn. 1:42; 1 Co. 1:12; 3:22; 9:5; 15:5; Gá. 1:18; 2:9, 11, 14). El apóstol usó ambos nombres con el fin de asegurarse que los destinatarios de la carta supieran exactamente de parte de quién venía el escrito.

Al identificarse como **siervo**, Pedro se puso con humildad y gratitud en la posición de sumisión, deber y obediencia. Algunos de los más grandes líderes en la historia de la redención usaron el título de *siervo* (p. ej., Moisés, Dt. 34:5; Sal. 105:26; Mal. 4:4; Josué, Jos. 24:29; David, 2 S. 3:18; Sal. 78:70; todos los profetas, Jer. 44:4; Am. 3:7; Pablo, Ro. 1:1; Fil. 1:1; Tit. 1:1; Santiago, Stg. 1:1; Judas, Jud. 1), y con el tiempo se convirtió en una designación adecuada para todo creyente (cp. 1 Co. 7:22; Ef. 6:6; Col. 4:12; 2 Ti. 2:24). En los días de Pedro, llamarse por voluntad propia **siervo** (*doulos*, “esclavo”) era rebajarse gravemente en medio de una cultura en la que a los esclavos se les consideraba no mejores que los animales. Aunque esa práctica podría haber sido socialmente humillante, era espiritualmente honorable. Era reconocer que se tenía el deber de obedecer al amo, sin importar el costo. Del sentido en que esto se aplica a los cristianos, William Barclay explica:

(i) Llamar al cristiano [*doulos*] de Dios quiere decir que es su posesión inalienable. En el mundo antiguo el amo poseía sus esclavos de la misma manera que poseía sus herramientas. Un siervo podía cambiar de amo; pero un esclavo no. El cristiano pertenece inalienablemente a Dios.

(ii) El llamar al cristiano [*doulos*] de Dios quiere decir que está incondicionalmente a su disposición. En el mundo antiguo, el amo podía hacer lo que quisiera con su esclavo; tenía hasta poder de vida o muerte sobre él. El cristiano no tiene derechos propios porque se los ha rendido a Dios.

[(iii)] Llamar al cristiano el *doulos* de Dios quiere decir que le debe una incuestionable obediencia. La ley antigua era tal que la orden de un amo era la única ley del esclavo. Incluso si a un esclavo se le ordenaba hacer algo que violaba la ley, no podía protestar, porque en cuanto a él se refería, la orden de su amo era la ley. En cualquier situación, el cristiano solo tiene una pregunta para hacer: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” La orden de Dios es su única ley.

[(iv)] El llamar al cristiano [*doulos*] de Dios quiere decir que debe estar constantemente a su servicio. En el mundo antiguo el esclavo no tenía literalmente tiempo propio, ni vacaciones, ni ocio. Todo su tiempo pertenecía a su amo. El cristiano no puede, ni deliberada ni inconscientemente, programar su vida con las horas y las actividades que pertenecen a Dios, y las horas y actividades en las que puede hacer lo que quiera. El cristiano es necesariamente una persona cuyos momentos todos está al servicio de Dios (William Barclay, *Comentario al Nuevo Testamento* [Barcelona: Editorial Clie, 1999], p. 1015; cursivas en el original).

Aunque Pedro se veía humildemente como siervo, también se presentó con nobleza como un **apóstol de Jesucristo**, alguien oficialmente enviado por el mismo Cristo como testigo divinamente comisionado del Señor resucitado, con autoridad para proclamar la verdad de Cristo (Mt. 10:1; Mr. 3:13; 16:20; Lc. 6:13; Hch. 1:2-9, 22; 1 Co. 9:1; 1 Jn. 1:1; cp. Mt. 28:19-20; Jn. 14:26; 16:13). Al presentarse en estos términos, Pedro establece un modelo para todos aquellos en el liderazgo espiritual: el anonimato sumiso y sacrificial de un esclavo, combinado con la dignidad, el significado y la autoridad de un apóstol.

El apóstol envió esta carta a los mismos cristianos que recibieron la primera. Ellos formaban parte de los elegidos de Dios esparcidos en las regiones gentiles de “Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia” (1 P. 1:1). Tales creyentes eran gentiles en su mayoría, pero sin duda alguna también había judíos cristianos entre los destinatarios de la epístola, la cual es muy probable que Pedro escribiera en

el año 67 o 68 d.C., casi un año después de escribir su primera carta (para más detalles, véase la introducción a 2 Pedro).

La manera en que Pedro describió a sus lectores es teológicamente rica, aunque breve, y señala hacia la fuente divina de salvación. **Habéis alcanzado** implica que la salvación de los creyentes es un regalo. El verbo (*lagchanō*) significa “obtenido por voluntad divina” o “entregado por medio de asignación” (como en la práctica bíblica de echar suertes para conocer la voluntad de Dios; cp. Lv. 16:8-10; Jos. 7:14; 1 S. 14:38-43; 1 Cr. 25:8-31; Pr. 16:33; 18:18; Jon. 1:7; Hch. 1:16-26). Es evidente que se refiere a algo que no se consigue por esfuerzo humano o que se basa en la dignidad personal, sino que emana del propósito soberano de Dios. Los lectores de Pedro recibieron **fe** debido a que Dios en su gracia se la había querido dar (cp. Hch. 11:15-17; Gá. 3:14; Ef. 1:13; Fil. 1:29).

Una fe podría significar aquí *la* fe objetiva, como en las doctrinas de la fe cristiana, o podría denotar creencia subjetiva. Pero lo mejor es entenderla en este contexto sin el artículo definido (en contraste a Judas 3) como fe subjetiva, el poder del cristiano para creer el evangelio de salvación. Aunque creer en el evangelio se ordena a todos, de modo que todos son responsables por su obediencia o desobediencia (y en ese sentido este es el lado humano de la salvación), Dios aún debe conceder sobrenaturalmente a los pecadores la habilidad y el poder de creer para salvación (Ef. 2:8-9; cp. 6:23; Ro. 12:3; 1 Co. 2:5). Pedro comenzó su primera epístola escribiendo acerca de la decisión y la elección divina en la salvación, mientras que aquí se refiere a la respuesta humana de fe. La soberanía de Dios y la responsabilidad humana forman los elementos esenciales de la salvación. Solo cuando el Espíritu Santo aviva el alma muerta de alguien en respuesta a escuchar o leer el evangelio, a esto se llama fe salvadora iniciada de modo que el pecador pueda aceptar la redención (cp. Hch. 11:21; 16:14).

Otra evidencia de que la fe aquí es subjetiva viene de la descripción que Pedro hace de la fe de sus lectores como **igualmente preciosa que la nuestra**. La palabra traducida **igualmente** (*isotimon*) significa “del mismo valor”, o “de igual privilegio”. Designa aquello que es igual en rango, posición, honor, prestigio, precio o valor. Esto no tendría sentido si se refiriera al objeto de la verdad del evangelio, ya que esa verdad no tiene igual. Cada creyente ha recibido fe como un don personal, una fe que es la misma en naturaleza, el precioso regalo de Dios que produce iguales privilegios espirituales en salvación para todos los que la reciben (cp. Jn. 17:20; Hch. 11:15-17; 13:39). Dentro de los fieles, Dios no ve distinciones entre cristianos; como Pablo escribió: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gá. 3:28; cp. v. 26; Ro. 10:12-13).

Todos los elegidos han recibido como un don la fe que salva. Efesios 2:8-9 declara: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”. Estos versículos tienen profundo significado y aplicación trascendental.

Nuestra respuesta en la salvación es **la fe**, pero ni siquiera esto es **de nosotros, pues es don de Dios**. La **fe** no es algo que ejercemos en nuestro propio poder o con nuestros propios recursos. En primer lugar, no *tenemos* poder ni recursos adecuados para ello. Además de esto, Dios preferiría que no confiásemos en tales cosas aun si las tuviéramos. De otro modo la salvación sería en parte por nuestras propias **obras**, y tendríamos alguna razón para jactarnos de nosotros mismos. Pablo se propone hacer énfasis en que hasta **la fe** es ajena para nosotros mientras no sea dada por Dios.

Algunos han objetado esta interpretación diciendo que **la fe** (*pistis*) tiene declinación femenina, mientras que **esto** (*touto*) es neutro. Lo cierto es que no hay problema en ello mientras se entienda que la palabra **esto** no se refiere con exactitud al sustantivo **fe** sino al acto de creer. Además, esta

interpretación pone el mejor sentido al texto porque si **esto** se refiere a **por gracia sois salvos** (es decir, a la declaración completa), la adición de **y esto no de vosotros, pues es don de Dios** sería redundante, porque gracia se define como un acto que Dios realiza a nuestro favor sin merecerlo. Si la salvación es por gracia, tiene que ser un regalo inmerecido de Dios. **La fe** es presentada como un regalo de Dios en 2 Pedro 1:1, Filipenses 1:29 y Hechos 3:16...

Al aceptar la obra consumada de Cristo a nuestro favor, actuamos por la **fe** suministrada por la **gracia** de Dios. Ese es el acto supremo de fe humana, el acto que a pesar de ser nuestro, tiene su razón de ser en Dios porque es su **don** dado a nosotros **por gracia**. Cuando una persona se ahoga y deja de respirar, no hay nada que pueda hacer en absoluto. Para que pueda respirar de nuevo es indispensable que otra persona le inicie la respiración. Una persona que está muerta espiritualmente no puede tan siquiera tomar una decisión de fe a no ser que Dios primero le infunda el aliento de vida espiritual. La **fe** es el simple acto de respirar el oxígeno suministrado por la **gracia** de Dios. Por esa razón somos responsables de ejercerla y también de las consecuencias que trae el no hacerlo (cp. Jn. 5:40) (John MacArthur, *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Gálatas, Efesios* [Grand Rapids: Portavoz, 2010], pp. 86-87).

Lo más probable es que Pedro usa el pronombre **nuestra** porque tenía en mente el conflicto entre judíos y gentiles en la Iglesia. El libro de Hechos registra que el apóstol estaba muy relacionado con ese tema en los primeros días de la Iglesia. Él explicó a hermanos judíos separatistas su encuentro con la casa del gentil Cornelio:

Entonces comenzó Pedro a contarles por orden lo sucedido, diciendo: Estaba yo en la ciudad de Jope orando, y vi en éxtasis una visión; algo semejante a un gran lienzo que descendía, que por las cuatro puntas era bajado del cielo y venía hasta mí. Cuando fijé en él los ojos, consideré y vi cuadrúpedos terrestres, y fieras, y reptiles, y aves del cielo. Y oí una voz que me decía: Levántate, Pedro, mata y come. Y dije: Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda entró jamás en mi boca. Entonces la voz me respondió del cielo por segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llames tú común. Y esto se hizo tres veces, y volvió todo a ser llevado arriba al cielo. Y he aquí, luego llegaron tres hombres a la casa donde yo estaba, enviados a mí desde Cesarea. Y el Espíritu me dijo que fuese con ellos sin dudar. Fueron también conmigo estos seis hermanos, y entramos en casa de un varón, quien nos contó cómo había visto en su casa un ángel, que se puso en pie y le dijo: Envía hombres a Jope, y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro; él te hablará palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa. Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios? (Hch. 11:4-17; cp. 10:1-48).

Pedro reiteró en el concilio de Jerusalén la verdad de que Dios no tiene favoritos en cuanto a la salvación y a los privilegios espirituales de judíos y gentiles:

Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: Es necesario circuncidarlos, y mandarles que guarden la ley de Moisés. Y se reunieron los apóstoles y los ancianos para conocer de este asunto. Y después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyese por mi boca la palabra del evangelio y creyesen. Y Dios, que conoce los corazones, les

dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones. Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos (Hch. 15:5-11).

Por tanto, no debería sorprender que Pedro se refiriera aquí a esa misma verdad. Entre sus elegidos Dios no tiene favoritismos basados en origen étnico; Él brinda a todos los cristianos la misma fe salvadora con todos sus privilegios (cp. Ef. 2:11-18; 4:5).

La fe salvadora de los creyentes está disponible debido a **la justicia de... Jesucristo**. Los pecadores reciben vida eterna porque el Salvador les atribuye su **justicia** perfecta (2 Co. 5:21; Fil. 3:8-9; 1 P. 2:24), cubriéndoles sus pecados y haciéndolos aceptables ante Él. Romanos 4:4-8 declara:

Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia. Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado (cp. Hch. 13:38-39).

Esta doctrina tan importante de la justicia atribuida está en el mismo corazón del evangelio cristiano. La salvación es un regalo de parte de Dios en todos los aspectos. Tanto la fe para creer como la justicia para satisfacer la santidad de Dios provienen de Él. Cristo llevó en la cruz la ira de Dios contra todos los pecados de aquellos que habrían de creer (2 Co. 5:18-19). Tales pecados fueron imputados a Cristo para que Dios pudiera imputar a los creyentes toda la justicia que era de Él. Su justicia cubre por completo a los redimidos, tal como lo expresó de manera hermosa el profeta Isaías: “En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas” (Is. 61:10).

Cabe señalar que Pedro no se refiere aquí a Dios **nuestro** Padre sino a **nuestro Dios y Salvador Jesucristo**. Aquí la justicia procede del Padre, pero alcanza a todo creyente a través del Hijo, Jesucristo (cp. Gá. 3:8-11; Fil. 3:8-9). La construcción griega pone un solo artículo antes de la frase **Dios y Salvador**, lo cual hace que ambos términos se refieran a la misma persona. Por tanto, Pedro identifica a Jesús, no solo como Salvador sino también como Dios (cp. 1:11; 2:20; 3:2, 18; Is. 43:3, 11; 45:15, 21; 60:16; Ro. 9:5; Col. 2:9; Tit. 2:13; He. 1:8), el autor e instrumento de la salvación. El apóstol clarificó la misma relación en su sermón de Pentecostés en que tomó la verdad de Dios del Antiguo Testamento y la aplicó a Jesús (Hch. 2:21-36; cp. Mt. 1:21; Hch. 4:12; 5:31).

SUSTANCIA DE LA SALVACIÓN

Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús. (1:2)

En la versión de Pedro de este saludo familiar recuerda a sus lectores que los verdaderos santos viven en el reino de **gracia y paz**, tal como el apóstol Pablo enseñó a los cristianos romanos: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Ro. 5:1-2). Dios quiere que la sustancia de la salvación de **gracia y paz sean multiplicadas**, es decir, que llegue a sus hijos en raudales interminables y abundantes. Declaraciones similares llenan las epístolas (p. ej., 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Gá. 1:3; Ef. 1:2). La **gracia** (*charis*) es un

favor gratuito e inmerecido de parte de Dios hacia los pecadores, que otorga a quienes creen en el evangelio perdón total y eterno a través del Señor Jesucristo (Ro. 3:24; Ef. 1:7; Tit. 3:7). **Paz** (*eirēnē*) con Dios y de parte de Él en todas las circunstancias de la vida es el efecto de la gracia (Ef. 2:14-15; Col. 1:20), que se deriva del perdón que Dios ha concedido a todos los elegidos (cp. Sal. 85:8; Is. 26:12; 2 Ts. 3:16). “Gracia sobre gracia” (Jn. 1:16) es una expresión que define el flujo ilimitado de favor divino, mientras que la paz viene con tal plenitud que es divina y está más allá del entendimiento humano (Jn. 14:27; Fil. 4:7). Los creyentes reciben **gracia** incomparable por cada pecado (Sal. 84:11; Hch. 4:33; 2 Co. 9:8; 12:9; He. 4:16) y **paz** abundante por cada prueba (Jn. 14:27; 16:33).

Toda esta gracia y paz vienen **en** (a través de) **el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús**. Estos elementos no están disponibles para quienes no conocen ni aceptan de todo corazón el evangelio. **Conocimiento** (*epignōsis*; cp. 1:8; 2:20) es una forma reforzada de la palabra griega básica para “conocimiento” (*gnōsis*; cp. 1:5, 6; 3:18). Transmite la idea de una sabiduría plena y abundante a través del conocimiento en que participa cierto grado de entendimiento íntimo acerca de un tema específico (cp. Ro.3:20; 10:2; Ef. 1:17). La sustancia de la salvación de alguien es este tipo de conocimiento racional y objetivo de Dios por medio de su Palabra (cp. Jn. 8:32; 14:6; 17:17; 2 Jn. 2). Este concepto fundamental del conocimiento pertenecía ante todo al Antiguo Testamento (cp. Éx. 5:2; Jue. 2:10; 1 S. 2:12; Pr. 2:5; Os. 2:20; 5:4). Pablo usó a menudo la misma palabra en relación con la verdad divina (Ef. 1:17; 4:13; Fil. 1:9; Col. 1:9, 10; 2:2; 3:10; 1 Ti. 2:4; 2 Ti. 2:25; 3:7; Tit. 1:1). El conocimiento que produce salvación no se deriva de sentimientos, intuición, emoción o experiencia personal sino únicamente de la verdad revelada y basada en el evangelio predicado en la Palabra y procedente de ella: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Ro. 10:17; cp. v. 14).

La salvación requiere un conocimiento verdadero de la persona y la obra de Jesucristo (cp. Gá. 2:20; Fil. 3:10). Involucra no el simple conocimiento de la verdad *acerca de* Él sino *conocerlo* de veras por medio de la verdad de su Palabra (cp. Jn. 20:30-31; 21:24; 2 Ti. 3:15-17; 1 Jn. 5:11-13). De ahí que Pedro concluyera esta carta exhortando a sus lectores creyentes, quienes ya poseían tal **conocimiento** salvador para crecer “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (3:18). Conocer al Señor al ser salvos es el punto de partida. El resto de la vida del creyente es una búsqueda de mayor conocimiento de la gloria y la gracia del Señor. Pablo manifestó que esa era su búsqueda apasionada, “a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Fil. 3:10). El apóstol también dejó en claro que estar consumido con la gloria de su Señor era el medio por el cual el Espíritu Santo lo transformó en la semejanza a Cristo (2 Co. 3:18).

SUFICIENCIA DE LA SALVACIÓN

Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; (1:3-4)

En 2 Corintios 9:8 el apóstol Pablo hace una asombrosa declaración acerca de la abrumadora y generosa suficiencia de la salvación de Dios: “Poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda

buena obra”. La palabra traducida “suficiente” (*autarkeia*) se refiere a autosuficiencia, lo que significa tener todo lo necesario. Además significa ser independiente de circunstancias externas y de lo que las fuentes externas pueden proveer. Los recursos espirituales de los creyentes, proporcionados generosamente por la gracia divina, son suficientes para satisfacer las demandas de la vida (Fil. 4:19; cp. 2 Cr. 31:10).

Pero a pesar de la revelación de Dios en cuanto a su tremenda generosidad (cp. 1 Cr. 29:10-14), a menudo los cristianos creen que de alguna manera Él fue tacaño en la dispensación de su gracia. Dios puede haberles dado suficiente gracia para permitirles la justificación (Ro. 3:24), pero no suficiente para la santificación. O a su vez a algunos creyentes les han enseñado que recibieron suficiente gracia para la justificación y la santificación, pero no suficiente para la glorificación, y por tanto temen perder la salvación. Incluso si creen que hay suficiente gracia para la glorificación final, muchos cristianos aún sienten que no hay suficiente para poder tratar con los problemas y pruebas de sus vidas. Sin embargo, no existe razón alguna para que algún creyente dude de la suficiencia de la gracia de Dios o para que busque recursos espirituales en otra parte (cp. Éx. 34:6; Sal. 42:8; 84:11; 103:11; 107:8; 121:1-8; Lm. 3:22-23; Jn. 1:16; 10:10; Ro. 5:15, 20-21; 8:16-17, 32; 1 Co. 2:9; 3:21-23; Ef. 1:3-8; 2:4-7; 3:17-19; 1 P. 5:7). Pablo amonestó a los colosenses:

Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad (Col. 2:8-10).

Jesús comparó a la salvación con una fiesta de bodas: “El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo... He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas” (Mt. 22:2, 4; cp. Lc. 15:17-24; Ap. 19:6-9). Él usó esa analogía porque en la cultura judía del siglo I la fiesta de bodas representaba una celebración generosa. De igual manera, cuando Jesús redimió a los suyos Dios dispensó con generosidad a través de la morada del Espíritu Santo toda la gracia y recursos espirituales (Ro. 12:5-8; 1 Co. 12:8-10; Ef. 3:20-21) que los creyentes necesitarían. Pedro recordó a sus lectores cuatro componentes esenciales de la realidad de la salvación suficiente a su disposición: poder divino, provisión divina, adquisición divina y promesas divinas.

PODER DIVINO

nos han sido dadas por su divino poder, (1:3b)

Cualquiera que sea la suficiencia espiritual que tengan los creyentes, esta no se debe a ningún poder que posean dentro de sí mismos (cp. Mt. 19:26; Ro. 9:20-21; Ef. 1:19; Fil. 3:7-11; 1 Ti. 1:12-16; Tit. 3:5) sino que se deriva del **divino poder**. Pablo lo expresó de esta manera: “Al que puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir, por el poder que obra eficazmente en nosotros” (Ef. 3:20, NVI). El **poder** que actúa en los creyentes es de la misma naturaleza divina del que resucitó a Cristo (cp. Ro. 1:4; 1 Co. 6:14; 15:16-17; 2 Co. 13:4; Col. 2:12). Ese poder permite a los santos hacer obras que agradan y glorifican a Dios (cp. 1 Co. 3:6-8; Ef. 3:7), así como lograr propósitos espirituales que ellos ni siquiera pueden imaginarse (véase otra vez Ef. 3:20).

El pronombre posesivo **su** se refiere al Señor Jesús. Si el pronombre personal modificara a Dios, es probable que Pedro no hubiera usado la palabra descriptiva **divino**, ya que la deidad está intrínseca en el nombre de Dios. El uso que el apóstol hace de **divino** con relación al Hijo resalta que Jesús es verdaderamente Dios (cp. Jn. 10:30; 12:45; Fil. 2:6; Col. 1:16; 2:9; He. 1:3) y además refuta

cualquier duda persistente que algunos lectores puedan haber tenido respecto a esa realidad (cp. 1 Jn. 5:20). Pedro mismo había sido testigo del poder divino de Cristo (1:16; cp. Mr. 5:30; Lc. 4:14; 5:17).

La provisión de poder espiritual (bendiciones espirituales) que Dios hace a los creyentes nunca se corta. Ellos podrían distanciarse de la fuente divina por medio del pecado, o no ministrar y no utilizar lo que está disponible, pero desde el momento en que experimentan fe en Jesucristo, tales bendiciones espirituales les **han sido dadas** por parte de Dios para fortalecerlos. **Han sido dadas** (*dedōrēmenēs*) es un pasivo perfecto, que significa que en el pasado, con -resultados continuos en el presente, Dios otorgó de manera permanente su poder a los creyentes.

PROVISIÓN DIVINA

Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad (1:3a)

A causa de sus constantes pecados y fracasos como cristianos, a muchos de ellos les resulta difícil no pensar en que incluso después de la salvación se ha perdido algo en el proceso de santificación. Esta incorrecta idea hace que los creyentes busquen “segundas bendiciones”, “bautismos espirituales”, lenguas, experiencias místicas, visiones psicológicas especiales, revelaciones privadas, “autocrucifixión”, la “vida más profunda”, emociones aumentadas, ataduras de demonios, y combinaciones de varias de estas características en un intento por lograr lo que supuestamente se ha perdido de sus recursos espirituales. Toda clase de ignorancia y tergiversación de las Escrituras acompaña a esas actividades insensatas, que en sus raíces corruptas son fallas en entender exactamente lo que Pedro afirma aquí. Los cristianos han recibido **todas las cosas** en forma del poder divino que se necesita con el fin de prepararlos para la santificación, no les falta nada en absoluto. En vista de tal realidad, el Señor responsabiliza a todos los creyentes por obedecer todos los mandatos de la Biblia. Los cristianos no pueden afirmar que sus pecados y fracasos son consecuencia de la provisión limitada de Dios. No hay tentación ni asalto de Satanás y sus demonios que esté más allá de los recursos que los cristianos poseen para vencer (1 Co. 10:13; 12:13; 1 P. 5:10). A fin de resaltar la magnitud del poder divino dado a cada creyente, Pedro hace la asombrosa declaración de que los santos han recibido de parte de Dios **todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad**. Sintácticamente, el término **todas las cosas** está en la posición enfática porque el Espíritu Santo está resaltando a través de Pedro la magnitud de la autosuficiencia de los creyentes.

El gran poder que dio vida espiritual a los cristianos sustentará esa **vida** en toda su plenitud. Sin pedir más, ellos ya tienen todos los recursos espirituales que necesitan para perseverar en una vida santa. **La vida y la piedad** definen el ámbito de la santificación, la vivencia de la vida cristiana para la gloria de Dios: que se halla entre la salvación inicial y la glorificación final. Con la dádiva de la nueva vida en Cristo (Jn. 3:15-16; 5:24; 6:47; Tit. 3:7; 1 Jn. 2:25) vino todo lo relacionado para la conservación de esa **vida**, todo el trayecto hacia la glorificación. Es por eso que los creyentes están eternamente seguros (Jn. 6:35-40; 10:28-29; 2 Co. 5:1; 1 Jn. 5:13; Jud. 1, 24-25) y se les puede asegurar que Dios les dará poder para perseverar hasta el final (Mt. 24:13; Jn. 8:31; He. 3:6, 14; Ap. 2:10), a través de toda tentación, pecado, fracaso, vicisitud, lucha y pruebas de la vida.

La palabra traducida **piedad** (*eusebeia*) engloba tanto la verdadera reverencia en adoración como su compañía, la obediencia activa. Los santos nunca deberían cuestionar la suficiencia de Dios, porque su gracia que es tan poderosa para salvar es igualmente poderosa para sustentarlos y darles la posibilidad de llevar una conducta recta (Ro. 8:29-30; Fil. 1:6).

ADQUISICIÓN DIVINA

mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, (1:3c)

Después de tener en cuenta el poder divino y la provisión divina a disposición de los cristianos, surge entonces la pregunta: “¿Cómo se experimentan esas verdades en toda plenitud?” El apóstol indica que esto se hace **mediante el conocimiento de Jesús**. **Conocimiento** (*epignōsis*) se refiere al discernimiento que es profundo y verdadero. La palabra se usa a veces de manera intercambiable con el término más básico *gnōsis*, que simplemente significa conocimiento. Pero Pedro se está refiriendo a algo más que a un conocimiento superficial de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Cristo mismo advirtió del peligro de un conocimiento inadecuado de Él, incluso por parte de quienes ministran en su nombre:

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad (Mt. 7:21-23; cp. Lc. 6:46).

El conocimiento salvador personal del Señor es el punto de partida obvio para los creyentes, y al igual que ocurre con todo en la vida cristiana, viene **de aquel que los llamó** (Jn. 3:27; Ro. 2:4; 1 Co. 4:7; cp. Jon. 2:9). Teológicamente, el llamado de Dios comprende dos aspectos: el llamado general y el llamado eficaz. El teólogo Charles M. Horne define así estos dos aspectos de manera resumida:

El llamado general es una invitación que viene por medio de la predicación del evangelio: es un llamado que incita a los pecadores a aceptar la salvación. “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (Jn 7:37; cp. Mt 11:28; Is 45:22; etc.).

Este mensaje (*kerygma*), que debe ser proclamado con autoridad — no debatido de forma opcional — contiene tres elementos esenciales: (1) Es un relato de hechos históricos, una proclama histórica: Cristo murió, fue enterrado, y resucitó (1 Co 15:3-4). (2) Es una interpretación confiable de esos eventos, una evaluación teológica. Cristo murió por nuestros pecados. (3) Es una oferta de salvación para todo el que la desee, una convocatoria ética. ¡Arrepiéntanse! ¡Crean!

El llamado general se debe ofrecer de manera gratuita y universal. “Jesús se acercó... diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones” (Mt 28:18-19).

El llamado eficaz es activo; es decir, siempre resulta en salvación. Se trata de una invitación *creativa* que acompaña a la predicación externa del evangelio; está investida con el poder para entregar el destino divinamente previsto. “Llama poderosamente la atención que en el Nuevo Testamento el término para llamado, cuando se usa de modo específico con referencia a la salvación, se aplica de manera casi uniforme, no a la invitación universal del evangelio sino al llamamiento que lleva a los hombres a un estado de salvación y que, por tanto, es eficaz” (John Murray, *Redemption—Accomplished and Applied* [Grand Rapids: Eerdmans, 1955], p. 88).

Quizás el pasaje clásico sobre el llamado eficaz se encuentra en Romanos 8:30: “Y a los que predestinó, a éstos también llamó”. Otras referencias pertinentes incluyen: Romanos 1:6-7; 1 Corintios 1:9, 26; 2 Pedro 1:10.

El llamado eficaz es inmutable, asegurando así nuestra perseverancia. “Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Ro 11:29). (*Salvation* [Chicago: Moody, 1971], pp. 47-48; cursivas en el original. Véase también estas otras referencias del Nuevo Testamento: Jn. 1:12-13; 3:3-8; 6:37, 44-45, 64-65; Hch. 16:14; Ef. 2:1, 5, 10; Col. 2:13; 1 Ts. 1:4-5; 2 Ti. 1:9; Tit. 3:5).

Como en todos los aspectos de este llamado en las epístolas, el uso que Pedro hace aquí de **llamó** se refiere claramente al llamado eficaz e irresistible hacia la salvación.

Dios lleva a cabo su llamado salvador por medio de la majestad revelada de su propio Hijo. Los pecadores son atraídos **por** la **gloria** y la **excelencia** de Jesucristo. En la Biblia **gloria** siempre pertenece solo a Dios (cp. Éx. 15:11; Dt. 28:58; Sal. 8:1; 19:1; 57:5; 93:1; 104:1; 138:5; 145:5; Is. 6:3; 42:8, 12; 48:11; 59:19; He. 1:3; Ap. 21:11, 23). Por eso cuando los pecadores ven la gloria de Cristo están presenciando la deidad de Él (cp. Lc. 9:27-36; Jn. 1:3-5, 14). A menos que a través de la predicación del evangelio (Ro. 10:14-17) comprendan quién es Cristo (el glorioso Hijo de Dios que es Salvador; cp. Jn. 20:30-31; 2 P. 1:16-18), y que entiendan la necesidad que tienen de arrepentimiento, a fin de llegar a Jesús en fe, suplicando salvación, los pecadores no pueden escapar al infierno y entrar al cielo.

Por tanto, cuando Dios atrae a los pecadores hacia sí mismo, ellos no solo ven la gloria de Cristo como Dios, sino también su **excelencia** como hombre. Eso se refiere a la vida moralmente virtuosa de Jesús y a su perfecta humanidad (cp. Mt. 20:28; Lc. 2:52; 22:27; 2 Co. 8:9; Fil. 2:7; He. 2:17; 4:15; 7:26; 1 P. 2:21-23; 1 Jn. 3:3). Todas las bendiciones de la salvación, el poder y la provisión llegan solo a quienes ven y creen las palabras y los hechos del inmaculado Hombre/Dios (cp. Jn. 14:7-10; Hch. 2:22; 1 Co. 15:47; 1 Jn. 1:1-2; 5:20).

PROMESAS DIVINAS

por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; (1:4)

La gloria de Cristo como Dios y su excelencia como el Hombre perfecto atraen a las personas a una relación salvadora con Él. **Por medio de** estos atributos de gloria y excelencia Jesús ha logrado todo lo que es necesario para la salvación de los creyentes, por lo que Él también les **ha dado** sus **preciosas y grandísimas promesas**. El término traducido **ha dado** viene del mismo verbo (*dōreomai*) que aparece en el versículo 3, de nuevo en el tiempo perfecto, describiendo acción pasada con efectos continuos.

Pedro describe todas las promesas de la salvación en Cristo como **preciosas** (*timios*) y **grandísimas** (*megistos*), que respectivamente significan “valiosas” y “más grandes”. Estas palabras incluyen todas las **promesas** divinas para los propios hijos de Dios contenidas tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo (cp. 2 Co. 7:1), tales como: la vida espiritual (Ro. 8:9-13), la vida de resurrección (Jn. 11:25; 1 Co. 15:21-23), el Espíritu Santo (Hch. 2:33; Ef. 1:13), gracia abundante (Jn. 10:10; Ro. 5:15, 20; Ef. 1:7), gozo (Sal. 132:16; Gá. 5:22), fortaleza (Sal. 18:32; Is. 40:31), guía (Jn. 16:13), ayuda (Is. 41:10, 13-14), instrucción (Sal. 32:8; Jn. 14:26), sabiduría (Pr. 2:6-8; Ef. 1:17-18; Stg. 1:5; 3:17), cielo (Jn. 14:1-3; 2 P. 3:13), recompensas eternas (1 Ti. 4:8; Stg. 1:12).

El Señor concede todas estas promesas **para que por** medio de **ellas** los creyentes lleguen **a ser** totalmente **participantes de la naturaleza divina**. En primer lugar, el hecho de llegar **a ser** no está concebido para presentar simplemente una posibilidad futura, sino una certeza actual. El verbo se basa en todo lo que Pedro ha escrito. Él ha declarado que en la salvación los santos son -llamados eficazmente por parte de Dios mediante el verdadero conocimiento de la gloria y la excelencia de Cristo, y por tanto los creyentes reciben todo lo relacionado con la vida y la bondad, así como promesas espirituales de valor incalculable. Es por todo eso que ellos pueden llegar a ser, aquí y ahora, poseedores de la propia vida eterna de Dios (cp. Jn. 1:12; Ro. 8:9; Gá. 2:20; Col. 1:27). A menudo **participantes** (*koinōnos*) se traduce “comunidad”, y significa “partícipe” o “socio”. Los

creyentes son en esta vida socios de la misma vida que le pertenece a Dios (Col. 3:3; 1 Jn. 5:11; cp. Jn. 6:48-51).

De aquello en que los creyentes participan Pedro cambia a aquello en que no forman parte: **la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia**. Quienes participan de la vida eterna de Dios y Cristo han **huido** completamente de los efectos del pecado (Fil. 3:20-21; 1 Jn. 3:2-3; cp. Tit. 1:2; Stg. 1:12; 1 Jn. 2:25; Ap. 2:10b-11). **Corrupción** (*phthora*) denota un organismo en descomposición o putrefacción, con su hedor acompañante. La descomposición moral del mundo está motivada por **la concupiscencia** (*epithumia*), o “deseos de la carne” (1 Jn. 2:16; cp. Ef. 2:3; 4:22). **Habiendo huido** describe una lucha triunfante del peligro, en este caso los efectos de la propia naturaleza, la pecaminosidad del mundo en decadencia, y su destrucción final (cp. Fil. 3:20-21; 1 Ts. 5:4, 9-10; Ap. 20:6). En la glorificación los creyentes serán redimidos totalmente, por lo que tienen vida eterna en santidad perfecta en un nuevo cielo y una nueva tierra donde ningún pecado o ninguna corrupción existirán alguna vez (cp. Ap. 21:1-4; 22:1-5).

Cabe señalar que Pedro toma de la terminología de la religión mística panteísta que pide a sus adherentes reconocer la naturaleza divina dentro de ellos y perderse entre la esencia de los dioses. Los falsos maestros antiguos (los gnósticos) y los más recientes (místicos orientales y todo tipo de gurús de la Nueva Era) a menudo han resaltado la importancia de obtener personalmente conocimiento trascendental. Sin embargo, el apóstol Pedro destacó a sus lectores la necesidad de reconocer que solo naciendo espiritualmente de nuevo (Jn. 3:3; Stg. 1:18; 1 P. 1:23) se puede obtener el verdadero conocimiento divino, vivir de forma justa como hijos de Dios (Ro. 8:11-15; Gá. 2:20), y así participar de la naturaleza de Dios (cp. 2 Co. 5:17). Los falsos profetas de la época de Pedro creían que el conocimiento trascendental elevaba a las personas por encima de cualquier necesidad de moral. Pedro el apóstol respondió a esa idea asegurando que el verdadero conocimiento de Dios por medio de Cristo da a los creyentes todo lo que necesitan para llevar vidas como Dios manda (cp. 2 Ti. 3:16-17).

26. La fe preciosa del creyente. Segunda parte: Su seguridad

vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas

cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. (1:5-11)

La doctrina de la seguridad, preservación o perseverancia eternas de los santos es el hecho objetivo, revelado por el Espíritu, de que la salvación es perpetua, mientras que la convicción es la confianza subjetiva de los creyentes, dada por el Espíritu, de que poseen realmente dicha salvación eterna. Aunque tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento hablan mucho sobre la seguridad (p. ej., Job 19:25; Is. 32:17; Col. 2:2; 1 Ts. 1:4-5; He. 6:11; 10:22), muchos que profesan a Jesucristo luchan por experimentarla. Eso hace surgir la obvia pregunta de por qué algunos cristianos no tienen seguridad. Parece que hay una combinación de varias razones por las cuales los creyentes dudan de su salvación. Aunque en cierto modo esta división es artificial, debido a que las razones se superponen, sigue siendo útil revisarlas.

Primera, algunos no tienen seguridad porque se hallan bajo una predicación exigente, de confrontación y condenatoria de la ley que mantiene un elevado nivel de justicia, obliga a las personas a reconocer sus pecados, y les hace sentir el peso de su pecado y del desagrado de Dios. Tal predicación podría alterar en gran manera a algunos oyentes y les haría vacilar en cuanto a su condición -espiritual. El púlpito que cuenta con fuerte confrontación no siempre equilibra ese aspecto con la predicación que transmite intenso consuelo a quienes están bajo la gracia, lo cual produce convicción verdadera.

Segunda, algunas personas sienten que son demasiado pecadoras para ser salvas, y por eso tienen dificultad en aceptar el perdón. Podría haber dos causas básicas para esto. Primera, la conciencia humana puede ser implacable en algunas almas sensibles, y de manera natural brinda poco perdón y poca gracia y misericordia para aliviar la condenación y la culpa (cp. Sal. 58:3; Pr. 20:9). Segunda, la santidad, la ley de Dios, y la justicia divina hablan fuertemente contra el pecado (cp. Is. 35:8; 52:11; Ro. 6:13, 19); la propia ley no contiene nada de perdón (Dt. 27:26; Gá. 3:21; He. 10:28; Stg. 2:10; cp. Jer. 9:13-16; Hch. 13:39).

Una tercera razón para la falta de seguridad es que algunos no comprenden con exactitud el evangelio. Tienen una idea errónea (arminiana) que sostiene que la salvación exige tanto el esfuerzo de ellos como el de Dios. Creen que la salvación está segura mientras el creyente continúe creyendo y evite conductas pecaminosas. Pero la seguridad de la salvación eterna puede ser muy difícil de alcanzar para el individuo que cree que esta depende en parte de su propio “libre albedrío” en cooperación con Dios. Tales personas necesitan una verdadera comprensión del evangelio, es decir que la salvación es una actividad totalmente soberana y divina en la que la redención del pecador (de la justificación a la glorificación) depende únicamente de Dios (Jn. 6:37, 44-45, 64-65; 15:16; Ro. 8:31-39; Fil. 1:6; 1 Ts. 1:4-5; 2 Ts. 2:13-14; 2 Ti. 1:9; Jud. 24-25).

Algunos creen que Dios perdonó solamente los pecados cometidos hasta el momento de la salvación, y que las transgresiones cometidas después permanecen sin perdón a menos que se confiesen; esto significa que un individuo debe estar confesando conscientemente durante toda su vida cristiana para continuar recibiendo perdón. Sin embargo, contrario a tal manera de pensar la Biblia enseña que Dios envió a su Hijo al mundo con el fin de pagar por completo el precio de todos los pecados pasados, presentes y futuros de todos los que creen (Is. 43:25; 44:22; 53:5, 8, 11; 61:10; Jn. 1:29; Ro. 3:25; 5:8-11; Ef. 1:7; 1 Jn. 1:7; 2:2; 4:10; cp. Is. 1:18). Además, la resurrección de Cristo afirmó la aceptación de Dios de ese pago total (Ro. 4:25; 8:34; 1 Co. 15:17). Una comprensión exacta de la totalidad del perdón es fundamental para la seguridad de los creyentes.

Cuarta, algunas personas carecen de seguridad porque no pueden recordar el momento exacto de su salvación. El evangelicalismo y el fundamentalismo han puesto erróneamente demasiado énfasis en un acontecimiento dramático: la denominada decisión por Cristo. Han hecho tanto hincapié en hacer una oración, en levantar una mano, en recorrer un pasillo, o en firmar una tarjeta, que cuando las personas no pueden recordar tal suceso podrían preguntarse si su salvación es verdadera. La única base legítima para la seguridad no tiene nada que ver con un hecho pasado en que se “tomó una decisión”, sino que se basa en la realidad de la confianza actual de la obra expiatoria de Cristo, como lo evidencia el patrón actual de fe, obediencia, justicia y amor por el Señor (cp. 1 Jn. 1:6-7; 2:6) que el creyente muestra.

Quinta, algunos creyentes siguen sintiendo la fuerte influencia de su carne o humanidad no redimida, y se preguntan si son realmente nuevas criaturas en Cristo (2 Co. 5:17). Un día todos los santos experimentarán liberación total de la carne cuando entren al reino celestial (Ro. 8:23; 1 Jn. 3:2; cp. 1 Co. 15:52-57). Pero mientras sientan que el poder de la carne se rebela contra ellos (Ro. 7:14-25; Gá. 5:17) podrían dudar que en realidad sean de Cristo.

No obstante, es necesario leer Romanos 7:14-25 de forma equilibrada. El pasaje no explica la realidad y el poder de la carne, pero sí habla del deseo de creyente de hacer lo que es correcto (vv. 15, 19, 21), de su odio por el pecado (vv. 23-24), y de su deleite en la ley de Dios (v. 22). La batalla a la que Pablo se refiere es un indicativo del espíritu regenerado en lucha contra la carne (cp. Ro. 8:5-6), y por tanto es una razón para que los santos tengan confianza en que poseen nueva vida en Cristo. Los incrédulos no tienen esa lucha (Ro. 3:10-20) ni confianza en Cristo.

Sexta, otros cristianos pueden carecer de seguridad porque no ven la mano de Dios en todas las pruebas que padecen. Por tanto, se pierden la prueba más fuerte de seguridad, la cual es una fe comprobada. Pablo instruyó a los -romanos:

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Ro. 5:1-5; cp. He. 6:10-12; Stg. 1:2-4).

Pedro escribió antes:

En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo (1 P. 1:6-7).

Los sufrimientos prueban la fe de los creyentes, no para el bien de Dios sino del de ellos. El Señor sabe que la fe de los cristianos es verdadera fe salvadora porque Él se las otorgó (Ef. 2:8-9); sin embargo, ellos reconocen que su fe es real porque triunfa en medio de las pruebas que experimentan. En la providencia soberana de Dios, Él ordenó que los sufrimientos de los creyentes constituyeran el crisol del que se deriva la seguridad que tienen (cp. Job 23:10; Ro.8:35-39).

Séptima, otros carecen de seguridad porque no conocen ni obedecen la Biblia, y por tanto no andan en el Espíritu, cuyo ministerio es dar certeza a los cristianos sumisos (Ro. 8:14-17). Lo hace primero iluminándoles las Escrituras (1 Co. 2:9-10). El mismo proceso de iluminación significa que el

Espíritu Santo está confirmando a los creyentes que son hijos de Dios. Segundo, el Espíritu da testimonio a través de la salvación misma, a medida que revela a los santos que Jesucristo es en realidad quien los salva (1 Jn. 4:13-14). La obra del Espíritu en los corazones de los elegidos les hace amar a Cristo y vivir en el amor de Dios (Gá. 4:6). Tercero, el testimonio del Espíritu atrae a los creyentes hacia la comunión con Dios, como lo indica la expresión “¡Abba, Padre!” en Romanos 8:15 y en Gálatas 4:6. Ese término de intimidad connota una petición de alabanza y adoración generada por el Espíritu y ofrecida al Padre.

Por último, y quizás mezclado en todos los puntos anteriores, algunos creyentes carecen de seguridad porque pecan intencionalmente. Está claro que quien camina en la carne y satisface sus deseos (Gá. 5:16-21) no conocerá la bendición del fruto espiritual del gozo de la seguridad (vv. 22-23). La pureza y la seguridad van de la mano, como señala Hebreos 10:22: “Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura”. Cuando los creyentes caen en pecado les pueden venir dudas, al igual que ocurrió incluso al salmista en varias ocasiones (p. ej., Sal. 31:22; 32:3-4; 77:1-4, 7). Cualesquiera que sean las causas de la falta o pérdida de seguridad, la cura fiable es caminar en el Espíritu y por tanto obedecer los mandamientos de Dios (Ez. 36:27; Jn. 14:26; 16:13; 1 Co. 2:12-13).

La seguridad de la posición de gracia delante de Dios no es un asunto de menor importancia, sino que en realidad es la suprema bendición de la experiencia cristiana (Ro. 5:1; 8:38-39; cp. Sal. 3:8; Is. 12:2). Esto es así porque quien duda pierde el gozo de todas las demás bendiciones de la vida en Cristo (cp. Ef. 1:3-14). Primero, la seguridad hace que el corazón viva al más alto nivel de gozo. Con relación al propósito de su primera epístola, el apóstol Juan dijo a sus lectores: “Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido” (1 Jn. 1:4).

Segundo, la bendición de la seguridad levanta el alma para buscar los propósitos de Dios por sobre todo lo demás. Las conocidas palabras iniciales del Padrenuestro sugieren esto: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mt. 6:9-10; cp. v. 33).

Tercero, la seguridad también llena de gratitud y alabanza al corazón. El salmista demostró esto: “Mas yo esperaré siempre, y te alabaré más y más. Mi boca publicará tu justicia y tus hechos de salvación todo el día, aunque no sé su número” (Sal. 71:14-15; cp. 103:1-5).

Una cuarta bendición de la seguridad es que fortalece el alma contra tentaciones y pruebas. Pablo exhortó a los efesios:

Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes... Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios (Ef. 6:13, 16-17).

El yelmo se entiende mejor no como la salvación misma sino como Pablo lo identifica en 1 Tesalonicenses 5:8: “La esperanza de salvación”. Cuando las pruebas y las tentaciones asaltan a los creyentes, Dios los protege de la pérdida de esperanza.

Quinto, la seguridad también obliga a los cristianos a amar la obediencia. El salmista declaró: “Tu salvación he esperado, oh Jehová, y tus mandamientos he puesto por obra” (Sal. 119:166). En cambio, la inseguridad de no saber si la salvación es segura puede hacer que las personas caigan más profundamente en los pecados de temor y duda, los cuales llevan consigo algunas transgresiones más.

Sexto, la bienaventuranza de la seguridad tranquiliza el alma con paz perfecta y reposo en medio de las tormentas de la vida. Independientemente de las circunstancias que azotan a los creyentes, hay un ancla divina de seguridad (He. 6:19).

Séptimo, la seguridad permite a los creyentes esperar con paciencia la misericordia necesaria en el tiempo perfecto de Dios. Si su esperanza descansa firmemente en la certeza de la salvación, entonces pueden perseverar en esperar que se cumpla esa esperanza (Ro. 8:25; cp. Sal. 130).

Por último, la bienaventuranza de la seguridad purifica el corazón. Juan escribió: “Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Jn. 3:2b-3). Si los creyentes están conscientes de que pasarán la eternidad con el Señor, disfrutando sus recompensas por el servicio terrenal a Él, esto cambiará la manera en que viven (cp. 2 Co. 5:9-10).

Las promesas de confiabilidad y suficiencia de la Palabra de Dios proporcionan un fundamento firme para una fuerte seguridad acerca de la salvación. La Confesión Bautista de 1689 (también conocida como la Antigua Confesión de Londres) resume bien la doctrina de la seguridad:

Aunque los creyentes que lo son por un tiempo y otras personas no regeneradas vanamente se engañen a sí mismos con esperanzas falsas y presunciones carnales de que cuentan con el favor de Dios y que están en estado de salvación (pero la esperanza de ellos perecerá¹), los que creen verdaderamente en el Señor Jesús y le aman con sinceridad, esforzándose por andar con toda sinceridad delante de él, pueden en esta vida estar absolutamente seguros de hallarse en el estado de gracia, y pueden regocijarse en la esperanza de la gloria de Dios; y tal esperanza nunca les avergonzará.²

1. Jer. 17:9; Mt. 7:21-23; Lc. 18:10-14; Jn. 8:41; Ef. 5:6, 7; Gá. 6:3, 7-9.

2. Ro. 5:2, 5; 8:16; 1 Jn. 2:3; 3:14, 18, 19, 24; 5:13; 2 P. 1:10.

Esta certeza no es un mero convencimiento conjetural y probable, basada en una esperanza falible, sino que es una seguridad infalible de fe¹ basada en la sangre y la justicia de Cristo reveladas en el evangelio;² y también en la evidencia interna de aquellas virtudes del Espíritu a las cuales éste les hace promesas,³ y en el testimonio del Espíritu de adopción testificando con nuestro espíritu que somos hijos de Dios;⁴ y, como fruto suyo, mantiene el corazón humilde y santo.⁵

1. Ro. 5:2, 5; He. 6:11, 19, 20; 1 Jn. 3:2, 14; 4:16; 5:13, 19, 20.

2. He. 6:17, 18; 7:22; 10:14, 19.

3. Mt. 3:7-10; Mr. 1:15; 2 P. 1:4-11; 1 Jn. 2:3; 3:14, 18, 19, 24; 5:13.

4. Ro. 8:15, 16; 1 Co. 2:12; Gá. 4:6, 7.

5. 1 Jn. 3:1-3.

(*Confesión Bautista de Fe de 1689* [Pensacola, Florida: Chapel Library, 2009], p. 17)

Todo ese estudio lleva al texto para este capítulo, en el cual Pedro (1:5-11) llega a la conclusión de su análisis inicial de la soteriología al darle una mirada detallada a este tema de la seguridad. El don divino de vida eterna conlleva la posibilidad y la intención de que sus receptores vayan a disfrutar los beneficios plenos de la verdadera seguridad (Jn. 10:10; Ro.8:16; Col. 2:2; He. 6:11; 10:22; 1 Jn. 3:19; cp. Sal. 3:8; Is. 12:2). Los creyentes que están dudosos o confundidos acerca de su salvación, que sucumben al temor y no experimentan la anticipación de las promesas de Dios o los beneficios plenos de una fe vital, están fuera de la voluntad de Dios. Un estudio de la seguridad revela además que los cristianos que disfrutan esta certeza no se vuelven presas fáciles de falsos maestros (como los

herejes a los que el apóstol analiza en el capítulo 2 de esta carta), y están preparados para resistir sus engaños y errores (cp. Ef. 6:10-11; Jud. 20-23). Pedro examina las bendiciones de la seguridad identificando cuatro aspectos: el esfuerzo prescrito, las virtudes buscadas, las opciones presentadas y los beneficios prometidos.

EL ESFUERZO PRESCRITO

vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a (1:5a)

Debido a todas las “preciosas y grandísimas promesas” (v. 4) que Dios ha entregado a los creyentes, y a que han recibido “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad” (v. 3), **por esto mismo** ellos deben responder con el máximo esfuerzo para vivir por Cristo. Esta prescripción repite la exhortación de Pablo a los filipenses:

Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad (Fil. 2:12-13).

Por medio de Cristo, Dios concedió a los creyentes una salvación perfecta y plena (cp. Ef. 1:7; 3:17-21; Col. 2:10; Tit. 2:14; 1 P. 2:9); sin embargo, paradójicamente les exige que la expresen **poniendo toda diligencia** (cp. Col. 1:28-29). **Poniendo** (*pareispherō*) significa “traer”, o “suministrar además” e implica hacer un gran esfuerzo para proveer algo necesario. En vista del esfuerzo de Dios en proporcionar salvación, y paralelo a ese esfuerzo, los creyentes están obligados a recurrir a todas sus facultades regeneradas para llevar vidas piadosas (3:14; cp. Ro. 6:22; Gá. 6:9; Ef. 5:7-9; He. 6:10-12). Ellos deben desempeñar ese esfuerzo con **toda diligencia** (*spoudē*, “celo y entusiasmo”), acompañada por una sensación de urgencia (cp. 2 Co. 8:7).

La **fe** salvadora es el terreno en que crece el fruto de la santificación cristiana (cp. Ro. 15:13; Ef. 2:10; 5:9; Gá. 5:22-23; 2 Ts. 2:13-15; He. 6:11-12, 19-20; 1 Jn. 5:13). Sin embargo, esa fe batalla con la carne y no producirá una sensación firme de seguridad a menos que los santos busquen santificación (cp. Fil. 3:12-16). La palabra que se traduce **añadid** (*epichorēgeō*) se deriva del término que significa “director de coro”. En los antiguos grupos corales, el director era responsable por suministrar todo lo necesario para su grupo, y por tanto el término para “director de coro” llegó a referirse a un proveedor. William Barclay proporciona este trasfondo adicional:

[El verbo griego] viene del nombre [*choregōs*], que quiere decir literalmente *el director de un coro*. Tal vez la mayor contribución que hizo Grecia, y especialmente Atenas, al mundo fueron los grandes dramas de hombres como Esquilo, Sófocles y Eurípides, que todavía figuran entre nuestras más apreciadas posesiones. Todos estos dramas necesitaban coros numerosos y era, por tanto, muy caro montarlos.

En los grandes días de Atenas había ciudadanos pudientes y generosos que asumían voluntariamente el deber de reunir, mantener, entrenar y equipar tales coros a sus propias expensas. Estos dramas se representaban en las grandes fiestas religiosas. Por ejemplo, en la ciudad de Dionysia se ponían tres tragedias, cinco comedias y cinco ditirambos. Había que encontrar personas que proveyeran los coros para todo esto, lo que podía elevarse a 3.000 dracmas. Los que se hacían cargo de esa empresa a costa de su propio bolsillo y por amor a sus ciudades se llamaban [*chorēgoi*]...

La palabra sugiere hasta un cierto derroche. No quería decir equipar a lo pobre o miserablemente, sino aportando generosamente todo lo necesario para una representación noble. [*Epichorēgein*] salió al ancho mundo y amplió su significado, no solamente al equipamiento de un coro, sino a asumir responsabilidad por cualquier clase de equipamiento. Puede querer decir equipar a un ejército con las provisiones necesarias; o equipar a un alma con todas las virtudes necesarias para la vida. (William Barclay, *Comentario al Nuevo Testamento* [Barcelona: Editorial Clie, 1999], p. 1017).

Los creyentes deben suministrar (“proveer pródigo o generosamente”), junto con todo lo que Cristo ha provisto, todas las virtudes requeridas para mantener la seguridad de la salvación (cp. Lc. 10:20; Ro. 5:11; 14:17).

LAS VIRTUDES BUSCADAS

vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. (1:5b-7)

La siguiente cualidad, **virtud** (*aretē*), usa la palabra distintiva en el griego clásico que describe a la excelencia moral. Tan encumbrado término se usaba para heroísmo moral, percibido como la capacidad divinamente concedida de sobresalir en hazañas valientes y heroicas. Llegó a abarcar la cualidad más destacada en la vida de alguien, o el apropiado y excelente cumplimiento de una tarea o de un deber (cp. Fil. 4:8). *Aretē* nunca tuvo el significado de virtud que se encuentra enclaustrada, sino la que se manifiesta en el curso normal de vida. El apóstol Pablo modeló así la búsqueda de tal heroísmo espiritual: “Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3:14; cp. 2 Co. 5:9; 1 Ts. 4:1, 10).

En el núcleo de la virtud está el **conocimiento**. **Conocimiento** se refiere a la verdad divina que se halla en la base del discernimiento y la sabiduría -espiritual (Ro. 15:14; 2 Co. 10:5; Col. 1:9; cp. Pr. 2:5-6; 9:10), la verdad propiamente comprendida y aplicada (cp. Col. 1:10; Flm. 6). Esta virtud está relacionada con la iluminación (cp. 2 Co. 4:6), que es tener la mente muy bien esclarecida en cuanto a la verdad de la Biblia (Col. 3:10; Tit. 1:1; 2 P. 1:3; 3:18) y requiere diligente estudio y meditación en ella (Jn. 5:39; Hch. 17:11; 2 Ti. 2:15; cp. Dt. 11:18; Job 23:12; Sal. 119:97, 105), con el fin de adquirir “la mente de Cristo” (1 Co. 2:16).

Del conocimiento fluye una tercera cualidad: **dominio propio** (*egkrateia*), que literalmente significa “retenerse uno mismo” (cp. Gá. 5:23). Se usaba con relación a atletas que buscaban autodisciplina y autocontrol, golpeando incluso sus cuerpos para ponerlos en sumisión (cp. 1 Co. 9:27). También se abstendrían de alimentos deliciosos, vino y actividad sexual, con el fin de enfocar todas sus fuerzas y su atención en su régimen de entrenamiento. La falsa teología (como la propuesta por los herejes de la época de Pedro y analizada en los capítulos 2 y 3) separa inevitablemente la fe de la conducta, porque no puede liberar el alma de los efectos nocivos del pecado, y obliga a los seguidores a batallar con sus propias fuerzas por controlarse y a dar rienda suelta a sus pasiones (cp. 1 Ti. 6:3-5; 2 Ti. 2:14, 16-19; 1 Jn. 4:1-6; Jud. 16-19).

Una cuarta virtud esencial tras la cual los cristianos deben ir es la **paciencia**, que entraña perseverancia y resistencia para hacer lo correcto (Lc. 8:15; Ro. 2:7; 8:25; 15:4-5; 2 Co. 12:12; 1 Ti. 6:11; 2 Ti. 3:10; Tit. 2:2; Ap. 2:19): resistir tentaciones y soportar en medio de pruebas y dificultades.

Paciencia (*hupomonē*) es un término difícil de expresar con una sola palabra. Algo poco común en el griego clásico, el Nuevo Testamento a menudo utiliza la expresión para referirse a permanecer firmes en medio de trabajos desagradables y penurias (cp. Ro. 5:3-4; 12:12; 2 Co. 1:6; 2 Ts. 1:4; Stg. 1:12; 1 P. 2:20; Ap. 2:2-3), del tipo que pueden hacer la vida sumamente difícil, dolorosa, penosa y traumática, incluso hasta el punto de la muerte (cp. Ap. 1:9; 3:10; 13:10; 14:12). Barclay vuelve a ofrecernos información útil:

[*Hupomonē*] se traduce corrientemente por *paciencia*; pero *paciencia* es una palabra demasiado pasiva. [*Hupomonē*] siempre tiene un trasfondo de coraje. Cicerón definía *patientia*, su equivalente latino como: «El sufrir voluntario y cotidiano de cosas duras y difíciles por causa del honor y de la utilidad.» Didimo de Alejandría escribe sobre el temple de Job: «No es que el hombre justo no deba tener sentimientos, aunque debe soportar pacientemente todo lo que le aflija; pero es una virtud auténtica cuando una persona siente profundamente las cosas con las que lucha, pero sin embargo desprecia el dolor por causa de Dios.»

[*Hupomonē*] no se limita a aceptar y sufrir; siempre mira hacia delante. Se dice de Jesús... que por el gozo que tenía por delante, soportó la cruz despreciando la vergüenza (Hebreos 12:2). Eso es [*Hupomonē*], la firmeza cristiana. Consiste en aceptar con coraje todo lo que la vida nos pueda hacer, y transformar hasta el peor suceso en otro paso adelante y hacia arriba. (Barclay, *Comentario*, p. 1018).

En el centro de la búsqueda espiritual está una quinta cualidad, **piEDAD**, que viene de un término (*eusebeia*) que significa reverencia por Dios (1:3; 3:11; 1 Ti. 2:2; 6:6; cp. 1 Co. 10:31). También se podría traducir “religión verdadera”, o “adoración auténtica”, y transmite la idea de que quien la posee honra y adora apropiadamente a Dios (1 Ti. 3:16; Tit. 1:1; cp. Jn. 4:24; Fil. 3:3). En el pensamiento griego *eusebeia* abarcaba todos los rituales relacionados con la adoración y la lealtad ofrecidas a dioses paganos, respecto a todo lo que es divino. Los primeros cristianos santificaron las definiciones griegas de la palabra y la dirigieron hacia el único Dios verdadero y Padre del Señor Jesucristo. El apóstol Pablo instruyó a Timoteo en que tal reverencia hacia Dios es de máxima prioridad a causa de su valor eterno. Pablo escribió: “La piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera” (1 Ti. 4:8; cp. Hch. 2:25-28).

De la reverencia vertical por Dios en cada segmento de la vida fluye la virtud horizontal del **afecto fraternal**. El acompañante del afecto por Dios es el afecto por los demás (cp. Ro. 13:8-10; Gá. 5:14; 1 Ts. 1:3; He. 6:10; Stg. 2:8). Es muy probable que Pedro estuviera recordando aquí lo que Jesús les había dicho a los dirigentes religiosos:

Y uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó por tentarle, diciendo: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas (Mt. 22:35-40; cp. 1 Jn. 4:20-21).

La búsqueda de devoción mutua en los santos fluye de la virtud más exaltada de todas: **amor**. Para los creyentes, el **amor** por los demás (especialmente compañeros cristianos) siempre ha sido inseparable del amor por Dios (Jn. 13:34; 15:12; 1 Ts. 4:9; 1 Jn. 3:23; 4:7, 21). Este es el conocido amor *agapē*, el amor sacrificial y desinteresado de la voluntad (Mt. 5:43-44; 19:19; Mr. 10:21; Lc. 6:35; Jn. 14:21, 23; 15:12-13; Ro. 12:9; 1 Co. 8:1; 16:14; 2 Co. 8:8; Gá. 5:13-14; Ef. 1:15; Fil. 1:9;

2:2; Col. 1:4; 1 Ts. 3:6; He. 10:24; 1 Jn. 2:5; 4:7-12). (Para un estudio más amplio del concepto bíblico del amor, véase el capítulo 7 de esta obra.)

LAS OPCIONES PRESENTADAS

Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. (1:8-9)

Dios seguramente no quiere que sus hijos sean desgraciados y dudosos en cuanto al regalo de la salvación que les ha dado; al contrario, desea y se deleita en el gozo y la confianza que muestran (cp. Sal. 5:11; 16:11; 33:1; 90:14; 105:43; Jn. 15:11; Hch. 13:52; Ro. 15:13). Si los cristianos han de disfrutar plenamente de su seguridad como Dios les desea, deben considerar las dos opciones que Pedro presenta en este pasaje y elegir la positiva en lugar de la negativa.

Positivamente, Pedro pide que se busquen **estas cosas** (la lista anterior de virtudes) y explica la consecuencia de hacerlo. La frase traducida **están en vosotros, y abundan**, es una fuerte expresión sacada de dos participios presentes (*huparchonta* y *pleonazonta*). El primero denota tener una propiedad en un sentido permanente, y el segundo se refiere a poseer más que suficiente, incluso demasiado, de algo. Si las virtudes están presentes y abundan en la vida de los creyentes, y van cada vez más en aumento, esas cualidades **no los dejarán** (“hacer”, “poner en orden”) **estar** espiritualmente **ociosos ni sin fruto**.

Ociosos (*argos*), significa “inactivo”, o “haragán” cuando se emplea en el Nuevo Testamento, y siempre describe algo inoperante o inservible (cp. Mt. 12:36; 20:3, 6; 1 Ti. 5:13; Tit. 1:12; Stg. 2:20). **Sin fruto** (*akarpōs*) o “estéril” se usa a veces en relación con incredulidad o apostasía. Por ejemplo, Pablo advirtió en contra de “las obras infructuosas de las tinieblas” (Ef. 5:11). Judas describió a los apóstatas como “árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados” (Jud. 12). Mateo 13:22 y Marcos 4:19 usan la palabra cuando relatan la descripción que Jesús hace de los creyentes superficiales en la parábola del sembrador. Puede referirse incluso a verdaderos creyentes que por un tiempo son improductivos (Tit. 3:14; cp. 1 Co. 14:14). Las vidas de los cristianos serán cada vez más productivas espiritualmente si buscan las virtudes que Pedro indica. Pero si esas cualidades no están presentes, es muy probable que los creyentes lleguen a ser idénticos a los profesantes superficiales que Jesús describe en su parábola.

El uso de la expresión que identifica el verdadero **conocimiento de nuestro Señor Jesucristo** demuestra que Pedro se está dirigiendo a verdaderos cristianos. A los auténticos creyentes Dios les ha concedido positivo **conocimiento** salvador (1:3; Lc. 1:77; 2 Co. 2:14; 4:6; 8:7; Col. 2:2-3; 3:10; cp. Pr. 1:7; 2:5-6; 9:10; Is. 33:6), por tanto, poseen la capacidad de buscar y aplicar fructíferamente las virtudes mencionadas. Si esas cualidades están presentes en la vida de alguien, entonces tiene y disfruta este genuino **conocimiento**.

Por otra parte, Pedro presenta una opción negativa para que sus lectores eviten. Si alguien que profesa fe en Cristo no busca las virtudes y la productividad, y por tanto **no tiene estas cosas, tiene la vista muy corta, y es ciego**, incapaz de discernir su verdadera condición espiritual (cp. Is. 59:10; Ap. 3:17).

El creyente que no está experimentando un incremento en las virtudes renuncia a la seguridad, **habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados**. Literalmente la frase aquí quiere decir “albergar [*lambanō*] falta de memoria [*lēthē*]”. **Purificación** se traduce de *katharismos*, de donde se deriva la palabra *catarsis* (“limpieza”). Tal pecado del creyente lo hace incapaz de confiar en que fue

limpiado y rescatado de su antigua vida (Ef. 2:4-7; 5:8, 26; Tit. 3:5-6; Stg. 1:18; 1 P. 1:23; 1 Jn. 1:7). Estos creyentes en pecado no pueden tener la seguridad de haber sido realmente salvos porque no ven un aumento de virtud y utilidad en su vida. Así como una vez estuvieron ciegos ante la salvación que entonces les hizo ver, ahora pueden volver a experimentar cierto tipo de ceguera espiritual.

Esa clase de amnesia espiritual lleva a esos cristianos a repetir antiguos pecados, y les roba seguridad. Tal seguridad se relaciona directamente con el servicio y la obediencia espiritual en la actualidad, no tan solo con una salvación pasada atenuada en la memoria del creyente desobediente.

LOS BENEFICIOS PROMETIDOS

Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. (1:10-11)

Pedro insta a los creyentes a elegir la opción positiva mencionada en el versículo 8. Reiterando lo dicho en el versículo 5 (“poniendo toda diligencia”), el apóstol manda a los creyentes que procuren **tanto más** ser espiritualmente diligentes, a fin de conocer y disfrutar la realidad de la salvación eterna. **Procurad** (*spoudasate*) es la forma verbal del sustantivo *spoudē* (“diligencia”) usada en el versículo 5, y de nuevo transmite urgencia y entusiasmo. Con la finalidad de resaltar el derecho de los creyentes a disfrutar la seguridad, el apóstol no habla de la fe de ellos sino de la elección soberana de Dios. Los cristianos pueden **hacer firme** (en Hebreos 9:17, la palabra para **firmes** [*bebaios*] se usa en el sentido de una validez o confirmación legal) la **vocación y elección** que Dios hace de ellos. **Haciendo** (*poieisthai*) es reflexivo, e indica que los creyentes deben afirmarse a sí mismos. **Vocación y elección** son realidades inseparables que evidencian el llamado que Dios hace a la salvación de los creyentes (Ro. 11:29; 2 Ts. 2:14; 2 Ti. 1:9; cp. Mt. 4:17; Hch. 2:38; 3:19; 17:30), basado en la elección soberana que ya les hizo en la eternidad pasada (Ro. 8:29; Ef. 1:4, 11; Tit. 1:2; 1 P. 2:9). La preocupación de Pedro es que los cristianos tengan confianza y seguridad de que están incluidos entre los elegidos. Dios conoce a sus escogidos (cp. 2 Ti. 1:9, y el estudio de 1 P. 1:1-5 en el capítulo 2 de esta obra), y ellos deberían disfrutar el conocimiento de que le pertenecen.

Porque haciendo estas cosas, es decir, buscando cada vez más las virtudes morales esenciales para vivir en santidad, los cristianos ofrecen evidencia ante sí mismos y disfrutan la seguridad de que Dios les ha concedido vida eterna (cp. He. 6:11). **Haciendo** hace referencia al patrón de conducta diaria (cp. Ro. 12:9-13; Gá. 5:22-25; Ef. 5:15; Col. 3:12-17). Si este patrón está de acuerdo con las virtudes morales que Pedro describió, los creyentes **no** caerán **jamás** en la duda, la desesperación, o el temor. Esto les permite disfrutar con confianza de una vida espiritual abundante y productiva (cp. Sal. 16:11; Jn. 10:10; Ef. 1:18; 2:7; 1 Ti. 6:17).

De esta manera, refiriéndose otra vez a la búsqueda constante de santidad, las bendiciones de la seguridad y la perseverancia llegan a los creyentes. En consecuencia, les **será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo**. La seguridad de tener **entrada en el reino eterno** es la experiencia del cristiano que practica lo que Pedro ha enumerado. Todo eso se convierte en un gran estímulo para los cansados lectores del apóstol. Ningún creyente tiene que vivir con dudas acerca de la salvación; en la actualidad todos ellos podrían disfrutar de una seguridad **amplia y generosa**. Una abundante recompensa celestial en el futuro también podría estar implícita (cp. 2 Ti. 4:8; He. 4:9; 12:28; 1 P. 5:4; Ap. 2:10; 22:12).

El Señor recompensará a sus hijos en base a la fidelidad con que busquen la justicia (véase de nuevo 1 Co. 3:11-14; 2 Co. 5:10). La seguridad en esta vida y las riquezas en el cielo son los beneficios de la diligencia y la productividad espiritual.

27. Declaración del legado de Pedro

Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente. Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación; sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas. (1:12-15)

Todo buen maestro se da cuenta del valor de la repetición. Las investigaciones han mostrado que una hora después de oír un mensaje hablado, las personas olvidan hasta el 90 por ciento de lo que oyeron. Con seguridad Dios sabía eso cuando le dijo a Israel:

Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas (Dt. 6:4-9; cp. v. 12; 7:18; 8:2, 18-20; 9:7; 2 R. 17:38; 1 Cr. 16:12; Sal. 78:7, 11, 42; 103:2; 106:7, 13; 119:16, 153; Is. 51:13-15; Mr. 12:29-30, 32-33).

A pesar de todas las advertencias y los avisos a lo largo de los siglos, los israelitas han tenido gran retentiva para las cosas malas y poca retentiva para la verdad de Dios, por lo que Isaías les acusó: “Te olvidaste del Dios de tu salvación, y no te acordaste de la roca de tu refugio” (Is. 17:10a; cp. 51:13a; Os. 8:7-14). De igual modo, el Señor dio la Pascua como un recordatorio anual de la redención, gracia y misericordia, juicio y justicia, y pacto con Israel (Éx. 13:3-10). Sin embargo, hoy día cuando los judíos observan la Pascua están recordando la salida de Egipto, aun mientras rechazan al Dios que los liberó (cp. Ro. 2:28-29; 10:2-4).

Incluso los creyentes tienden a recordar las cosas que es mejor olvidarlas y a olvidar las que deberían recordarse (cp. Ro. 7:15, 18-19; He. 12:5). Por eso Pedro escribe las palabras en este texto y más adelante les dice a sus lectores: “Amados, esta es la segunda carta que os escribo, y en ambas despierto con exhortación vuestro limpio entendimiento” (3:1). Y no mucho después que Pedro escribiera esto, Judas exhortó a sus lectores: “Vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo” (Jud. 17; cp. Hch. 20:35; 2 Ti. 2:8; Stg. 1:25). Puesto que su carta es muy parecida a 2 Pedro, Judas debió haber tenido en mente la

epístola de Pedro. Ambos estaban siguiendo el ejemplo del Señor cuando amonestó a los apóstoles: “Acordaos de la palabra que yo os he dicho” (Jn. 15:20).

En este pasaje Pedro se desvía de su tema de la salvación y deja caer una declaración acerca de la importancia de que las personas recuerden la verdad esencial. Cristo había llamado a Pedro a pastorear (Jn. 21:15-19), y las palabras del apóstol revelan su pasión pastoral en cuatro motivaciones: urgencia, bondad, fidelidad y brevedad.

URGENCIA

Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, (1:12a)

Por esto se remite de nuevo a la grandeza de la salvación (1:1-4) y a la dicha de la seguridad (1:5-11), temas tan cruciales que nunca deben olvidarse. Pedro no quiere que sus lectores olviden que fueron salvados (v. 9), ni las bendiciones de su salvación (v. 3). Cuando el apóstol usa el tiempo futuro, **no dejaré de**, estaba primero indicando que recordaría a sus oyentes la verdad **siempre** que tuviera la oportunidad, incluso al escribir esta epístola inspirada por el Espíritu. Pero también anticipó a todos que en las épocas venideras leerían esta carta y se les recordaría **estas** grandes **cosas** que Dios le había encomendado decir.

El apóstol Pablo, al igual que Pedro, sabía la necesidad de repetir la verdad: “Por lo demás, hermanos, gozaos en el Señor. A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro” (Fil. 3:1; cp. Ro. 15:15; 2 Ts. 2:5). Judas también trató de recordar a sus lectores lo que ya sabían (v. 5).

Al contrario de lo que algunos creen, no existe tal cosa como la verdad espiritual nueva, sino tan solo un entendimiento más claro de las verdades eternas (Is. 40:8; 1 P. 1:23-25; cp. Mt. 5:18) que la Palabra de Dios enseña. Las personas no siempre conocen las verdades de la Biblia, ni siempre escuchan interpretaciones verdaderas y precisas de ellas. Por tanto, hay quienes en esa condición pueden creer que cierta verdad es nueva, y lo es para ellos. Pero no hay nueva revelación de parte de Dios (cp. Jud. 3). Todos los que predicán y enseñan las Escrituras están recordando a las personas de modo tan constante lo que Dios ha dicho en su Palabra que tanto la repetición de Él como la de ellos hace que la verdad se asimile.

Sin duda alguna 2 Pedro 2 y la carta de Judas ilustran vívidamente este principio de la repetición divina en la Biblia. Las epístolas del Nuevo Testamento tratan con el mismo evangelio y toda su riqueza, revelándolo en diferentes términos y analogías. Los evangelios sinópticos narran la misma historia de tres maneras. Jesús repitió su mensaje en sermones, parábolas y lecciones objetivas adondequiera que iba, exponiendo a sus seguidores a la verdad una y otra vez. Tal repetición fue clave en la capacitación de los doce.

Incluso los mensajes de los profetas del Antiguo Testamento son básicamente los mismos, ya que predicán ley, justicia y perdón. Los Salmos repiten los atributos y las obras de Dios. Los libros de Crónicas repasan material de 1 y 2 Samuel y de 1 y 2 Reyes. Deuteronomio 5:1-22 es una segunda entrega de la ley en el Sinaí (Éx. 20), que hacía que el pueblo la recordara y se preparara para entrar a la tierra prometida.

BONDAD

aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente. (1:12b)

Pedro fue un pastor amable que entendió y mostró sensibilidad por su rebaño. La Biblia encomia la bondad (cp. 2 Co. 10:1; Gá. 5:23; 6:1; 1 Ts. 2:7; 2 Ti. 2:25), la humildad (cp. Mt. 5:5; 1 Ti. 6:11; Stg.

3:13) y la ternura (cp. Ef. 4:32), características que Pedro demostró cuando reconoció que sus lectores ya poseían virtudes piadosas. Los estaba animando, sin ser condescendiente o indiferente a la devoción que tenían hacia Cristo (cp. 1 P. 5:2-3).

Sin duda los destinatarios de esta carta habían oído otras cartas inspiradas del Nuevo Testamento que les fueron leídas y predicadas (cp. 3:15-16), por lo que conocían y creían **la verdad**, y ahora estaban siendo **confirmados** en ella. El verbo traducido **confirmados** (*stērizō*), que significa “establecer firmemente”, o “fortalecer”, es participio pasivo perfecto que indica una condición establecida. A través de su fidelidad los destinatarios de la carta habían mostrado evidencia de que el verdadero evangelio estaba firmemente **presente** en ellos. Sin lugar a dudas Pedro los afirmó como creyentes verdaderos y maduros. Él pudo haber hecho eco de las palabras de Pablo a los colosenses: “Ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio, que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad” (Col. 1:5b-6; cp. 1 Ts. 2:13; 1 Jn. 2:27; 2 Jn. 2). Cuando alguien llega a conocer a Cristo, la verdad mora en esa persona (2 P. 1:12; 1 Jn. 2:14, 27; 2 Jn. 2; cp. Jn. 17:19; 2 Co. 11:10; Ef. 4:24; 6:14). Todavía era indispensable que los lectores de Pedro recibieran este recordatorio, en vista de la amenaza que enfrentaban por la poderosa infiltración de falsos maestros (capítulo 2 de esta carta).

FIDELIDAD

Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertar con amonestación; (1:13)

Al haber sido un confidente íntimo de Jesús como el líder reconocido de los doce, más que cualquier otro hombre el apóstol Pedro vivió en proximidad estrecha y constante a la verdad divina. Sin embargo, él y sus compañeros apóstoles aún no entendían o apreciaban esa verdad, incluso al final del ministerio terrenal de Cristo, como indica la pregunta que el Señor les hiciera: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me [habéis] conocido?” (Jn. 14:9).

Pedro le falló tremendamente a su Maestro por un tiempo, a pesar de la advertencia de Jesús (véase Lc. 22:31-34, 54-62). Por tanto, el apóstol supo de primera mano que aunque los creyentes estén cimentados en la verdad necesitan pastoreo constante para impedir que merodeen hacia el pecado. El pastor bíblico exhibe fidelidad en enseñar al pueblo lo que Dios le ha entregado.

No solo se trata de que tal instrucción leal sea beneficiosa, útil y fortalecedora, aunque sin duda lo es. Más allá de los beneficios, Pedro tiene **por justo** (*dikaios*), es decir que consideraba correcto reprender a los creyentes. Su devoción como pastor lo hacía fiel a su pueblo porque él era leal a su Señor en hacer lo que era **justo, en tanto que** estuviera morando **en este cuerpo** terrenal. El término traducido **este cuerpo** (*skēnōma*) es la palabra usada para “tienda de campaña”, sacado de la conocida imagen de los nómadas de Oriente Medio en tiendas de campaña portátiles. Pedro también estaba en una morada temporal y sabía que un día Dios plegaría esa tienda de campaña con el fin de liberarle el alma eterna y así darle entrada al cielo.

Mientras Dios le diera vida terrenal, Pedro sería fiel para despertar **con amonestación** a quienes el Señor pusiera en su vida. **Despertaros** es una forma compuesta del verbo *diegeirō*, que quiere decir “activar completamente”, o “estimular a fondo” una condición de letargo, somnolencia o sueño. Nada menor al estado de alerta espiritual satisfaría a este pastor leal, pues los creyentes pueden volverse haraganes (cp. Mr. 13:35-37; Ro. 13:11; 1 Ts. 5:6; He. 6:12), y no estar alerta y lúcidos respecto a asuntos espirituales u otros deberes (cp. Pr. 13:4; 24:30-31). Esa palabra pudo haber hecho

que Pedro recordara su propia incapacidad para permanecer despierto en Getsemaní la noche antes de la muerte de Jesús (Mt. 26:36-46).

El pastor como Dios manda alienta a su rebaño principalmente **con amonestación**. De manera constante e incansable se mantiene enseñando y revisando todos los importantes temas, doctrinas y mandamientos de la Biblia. No importa cuánta verdad divina hayan oído los creyentes o cuán espiritualmente maduros sean, todavía necesitan recordatorios para aplicar esa verdad (cp. Ro. 12:1-13:10; 1 Co. 3:5-23; Gá. 5:1-6; Ef. 4:11-16). Al querer que el rebaño recuerde, el verdadero pastor lo alimenta constantemente con toda la dieta bíblica. Como se da cuenta de que la familiaridad puede generar menosprecio, emplea todos los pasajes sobre cada tema, de modo que haya frescura en vez de familiaridad.

BREVEDAD

sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas. (1:14-15)

Por último, la pasión y la motivación de Pedro por el ministerio incluyen una clara comprensión de la brevedad de su vida misma (cp. Job 7:6-7; 9:25-26; 14:1-2; Sal. 39:5; 89:47a; 90:5-6, 10; Stg. 4:13-17). Por eso escribió que sabía con certeza **que en breve debía abandonar el cuerpo**. Es evidente que Pedro creía que su muerte estaba cerca, y la describió en la analogía de **abandonar** su tienda de campaña, la misma imagen que Pablo usó en su segunda carta a los corintios:

Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial (2 Co. 5:1-2).

La expresión **en breve** conlleva un doble significado en que puede denotar “prontitud” o “rapidez”. Quizás aquí transmite ambas cosas. Cuando Pedro escribió esto ya tenía más de setenta años; por tanto era razonable que esperara que su muerte no estuviera muy lejos. También sabía que su muerte sería repentina o rápida, **como nuestro Señor Jesucristo** se lo había **declarado**. El Señor Jesús había indicado claramente como cuarenta años antes, durante la restauración del apóstol en que volvió a comisionarlo entre el tiempo de la resurrección y la ascensión del Señor, que la muerte del apóstol sería más bien repentina:

De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme (Jn. 21:18-19).

Las palabras de Jesús fueron una predicción del martirio de Pedro. El hecho de que predijera que el apóstol sería ejecutado, específicamente por -crucifixión, se evidencia por la expresión “extenderás tus manos”. Por tanto, Pedro había vivido otras cuatro décadas, o más, siendo fiel en apacentar las ovejas del Señor, sabiendo todo el tiempo que en cualquier momento su vida terminaría rápidamente. (La tradición, registrada por Eusebio [*Historia eclesiástica*, 3:1, 30], atestigua que Pedro fue crucificado cabeza abajo a petición de él mismo porque se sentía indigno de morir igual que había muerto Cristo).

En vista de la brevedad de su vida y ministerio, Pedro intentaba **con gran diligencia** recordar la verdad a los creyentes, de modo **que después de su partida** ellos pudieran **en todo momento tener**

memoria de estas cosas. No hay razón para limitar las palabras del apóstol, **estas cosas**, a lo que escribió exactamente antes (vv. 1-11), como algunos hacen. Todo lo que se encuentra en esta carta es parte de la doctrina esencial, para ser insertado de manera inolvidable en las mentes de los creyentes.

El apóstol usó el término **partida** (*exodos*) para referirse a su muerte porque la palabra connota la salida de un lugar (tierra) para ir a otro (cielo), el éxodo que todo creyente disfrutará (1 Co. 15:50-57; He. 4:9-10). A Pedro, al igual que a Pablo (Hch. 20:24), no le interesaba que los miembros de su audiencia lo recordaran a él o a su muerte, sino que recordaran la verdad que les había enseñado.

Que Pedro entendía muy bien la urgencia, la bondad, la fidelidad y la brevedad de su ministerio se evidencia en esta epístola, especialmente como se resume en la declaración del legado en este pasaje. El líder de los doce quería que los creyentes evitaran los peligros de la negligencia espiritual; por tanto, trabajó con diligencia a través de su predicación y escritos para reiterar los asuntos importantes. Él deseaba dejar su última voluntad fin y su testamento a fin de recordar a los santos la grandeza de la salvación y la bendición de la seguridad, y asegurarse de que la falsa doctrina no les robara su rica herencia espiritual.

28. La Palabra segura

Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo. Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo. (1:16-21)

A través de los siglos la Biblia ha tenido muchos y tremendos críticos y detractores. Los ataques a la veracidad bíblica posiblemente alcanzaron su momento decisivo durante la época de la iluminación. Hayden V. White articuló de la siguiente manera el ambiente de ese período:

La actitud mental en la iluminación era internamente compleja y variada, pero más o menos puede caracterizarse como una dedicación de la razón, la ciencia y la educación humana como el mejor medio para levantar una sociedad estable de hombres libres en la tierra. Esto significó que la iluminación era básicamente desconfiada de la religión, hostil a la tradición, y resentida de cualquier autoridad basada solo en la costumbre o la fe. A fin de cuentas, esta época no fue nada más que secular en su orientación; ofreció el primer programa en la historia de la humanidad para

la construcción de una comunidad humana constituida únicamente de material natural (“Editor’s Introduction”, en Robert Anchor, *The Enlightenment Tradition* [New York: Harper & Row, 1967], ix; citado en Norman L. Geisler y William E. Nix, *A General Introduction to the Bible*, revisada y aumentada [Chicago: Moody, 1968, 1986], p. 139).

A través de sus escritos y la promoción de sus ideas seculares, filósofos tales como Thomas Hobbes (1588-1679; materialismo), Benedict de Spinoza (1632-1677; panteísmo racionalista y naturalismo), David Hume (1711-1776; escepticismo y supérnaturalismo), Immanuel Kant (1724-1804; agnosticismo filosófico), Friedrich Schleiermacher (1768-1834; romanticismo y teología positiva), y Georg W. F. Hegel (1770-1831; el idealismo filosófico y el proceso dialéctico [tesis, antítesis y síntesis]) hicieron mucho por socavar y destruir la confianza en la infalibilidad de la Biblia y el entendimiento bíblico de la naturaleza de la verdad. Tales filosofías de la iluminación también allanaron el camino para el liberalismo teológico (Albrecht Ritschl, 1822-1899; Adolf von Harnack, 1851-1930), el existencialismo y el relativismo posmoderno de la actualidad (Soren Kierkegaard, 1813-1855; Friedrich W. Nietzsche, 1844-1900; Rudolf Bultmann, 1884-1976; Martin Heidegger, 1889-1976); y la alta crítica (F. C. Baur, 1792-1860; Julius Wellhausen, 1844-1918).

Sin embargo, eruditos conservadores, ortodoxos y evangélicos tales como Francis Turretin (1623-1687), Jonathan Edwards (1703-1758), Charles Hodge (1797-1878), Benjamin B. Warfield (1851-1921), y J. Gresham Machen (1881-1937) defendieron de modo incansable y constante la suficiencia y la confiabilidad de la Biblia. Esos hombres y otros maestros que honran a Dios apoyaron firmemente el punto de vista de la Reforma de la supremacía de la Palabra de Dios, que Bush y Nettles la resumen así:

Los reformadores creían en la Biblia como el mensaje escrito de parte de Dios. Era confiable, sin duda alguna. Se la estudiaba, se le tenía en cuenta. Se la tomaba como la autoridad definitiva con relación a tales temas sobre los que habla o hace afirmaciones. Dios no había revelado todo. La Biblia no contenía expresamente toda la verdad que podía conocerse. Pero lo que enseñaba se creía que era totalmente confiable. La verdad en cualquier otra rama no contradecía la verdad bíblica. A partir de la Biblia se podía encontrar el verdadero conocimiento de la realidad (L. Russ Bush y Tom J. Nettles, *Baptists and the Bible* [Chicago: Moody, 1980], p. 175).

Lo que el apóstol Pedro escribió en 2 Pedro 1:16-21 es fundamental para el entendimiento que los reformadores tenían de las Escrituras, y expresa claramente que en la Biblia los creyentes disponen de una revelación escrita y precisa de la verdad de Dios. Pedro repitió la declaración del salmista: “El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo” (Sal. 19:7b; cp. 93:5; 111:7). Dios, por medio del profeta Isaías, reveló esto con relación a la confiabilidad y al efecto de su Palabra:

Porque como descende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié (Is. 55:10-11; cp. 40:8; Sal. 119:89; Mt. 5:18; 24:35; Jn. 10:35b; 2 Ti. 2:19a).

Pedro escribió en su segunda epístola a creyentes bombardeados por falsa enseñanza que intentaba socavarles la confianza en la Biblia y, por tanto, destruir la fe cristiana. En el capítulo 2 describe en términos vívidos a los proponentes de tales errores con el fin de que los creyentes pudieran entender y reconocer mejor el peligro que tales proponentes representaban. Sin embargo, no basta simplemente con estar conscientes de los falsos maestros; los creyentes deben saber cómo defenderse

contra esos errores. El arma en esa defensa es la segura Palabra de Dios (cp. 2 Co. 10:3-5). En el presente pasaje el apóstol hace referencia a su propia experiencia de testigo de la revelación, y a la revelación sobrenatural y escrita de Dios.

EXPERIENCIA PRESENCIAL DE PEDRO

Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo. (1:16-18)

Porque es el término casual que une este pasaje con el anterior, explicando por qué Pedro recuerda la verdad a sus lectores. Él está absolutamente convencido de la verdad que enseña porque la había experimentado en persona. También habla por los otros apóstoles y por los demás autores del Nuevo Testamento cuando afirma refiriéndose en segunda persona del plural: **no os hemos dado a conocer... fábulas artificiosas**. Todo lo que habían presenciado lo recibieron por revelación sobrenatural (Jn. 1:51; 1 Jn. 1:1-3), verificando que lo que les fue enseñado y posteriormente predicaron era la verdad (Mt. 13:11, 16-17; cp. Mt. 11:25-26; 1 Co. 2:10).

La afirmación de comienzo de Pedro contesta la acusación de sus críticos de que él enseñaba mentiras cuidadosamente elaboradas con el único objetivo de atraer seguidores crédulos y ganar dinero de ellos. Los falsos maestros religiosos comúnmente buscan el poder y la popularidad que no solo trae dinero (cp. Mi. 3:11), sino también favores sexuales (cp. Jer. 23:14). No obstante, Pedro refutó a sus acusadores diciendo que él y sus compañeros apóstoles no estaban **siguiendo** el enfoque engañoso de los falsos maestros.

Artificiosas proviene de *sophizō* (“hacer entendidos”) y connota ideas -sofisticadas y sutilmente inventadas. La expresión también se refiere a cualquier cosa clandestina o engañosa. Al tratar de devorar a las ovejas, los falsos maestros camuflan sus mentiras (cp. 2:1) para hacerlas parecer como verdad divina (Jer. 6:14; 14:14; 23:16, 21, 26; cp. Mt. 7:15).

Fábulas (*muthos*, de donde se deriva la palabra *mitos*) hace referencia a historias legendarias de dioses y personajes heroicos que participaban en sucesos milagrosos y realizaban hazañas extraordinarias. Tales fábulas caracterizaban la mitología pagana y su visión del mundo. Pablo usa *muthos*, que siempre tiene una connotación negativa en el Nuevo Testamento, tanto como Pedro, para referirse a las mentiras, las invenciones y los engaños de todos los falsos maestros (1 Ti. 1:4; 4:7; 2 Ti. 4:4; Tit. 1:14). Pedro negó rotundamente que estuviera aprovechándose de tales historias ficticias cuando había **dado a conocer** su enseñanza. Sin lugar a dudas, los falsos maestros habían manifestado a los lectores del apóstol que la fe y la doctrina cristiana solo eran otro conjunto de mitos y fábulas.

Dado a conocer (*gnōrizō*) se usa a menudo en el Nuevo Testamento para hablar de impartir nueva revelación (Jn. 17:26; Ro. 16:26; Ef. 1:9; 3:3, 5, 10; cp. Lc. 2:15; Jn. 15:15; Hch. 2:28; Ro. 9:22-23; 2 Co. 8:1; Col. 1:27; 4:7, 9). En este caso, la revelación se relacionaba con **el poder y la venida del Señor Jesucristo**, es decir, su segunda venida en gloria y dominio (Mt. 25:31; Lc. 12:40; Hch. 1:10-11; Tit. 2:13; 1 P. 1:13; Ap. 1:7). Al parecer los falsos maestros no solo estaban socavando la enseñanza de Pedro en general, sino que también estaban negando específicamente lo que él expresaba acerca del regreso de Cristo. La referencia de Pedro a esa línea de ataque más tarde en esta carta (3:3-4) confirma ese hecho.

Puesto que Pedro relacionó la frase **el poder y la venida** con la aparición del **Señor Jesucristo**, este es un seguro indicador de que se refería al regreso del Señor (cp. Mt. 24:30; 25:31; Ap. 19:11-16). La descripción ciertamente no calza con la primera venida de Jesús en mansedumbre y humildad (cp. Lc. 2:11-12; Ro. 1:3; 2 Co. 8:9; Fil. 2:6-7).

Venida es la palabra común del Nuevo Testamento *parousia*, que también quiere decir “aparecer” o “llegar”. Siempre que este término se usa en el Nuevo Testamento con relación a Jesucristo, se refiere a su regreso. W. E. Vine analiza este aspecto del significado del vocablo:

Cuando se usa para el regreso de Cristo significa no simplemente su venida momentánea a por sus santos, sino su presencia con ellos desde ese momento hasta su revelación y manifestación al mundo. En algunos pasajes la palabra da notoriedad al comienzo de esa época, el curso del período que se sugiere en 1 Corintios 15:23; 1 Tesalonicenses 4:15; 5:23; 2 Tesalonicenses 2:1; Santiago 5:7, 8; 2 Pedro 3:4. En otros pasajes el curso es sobresaliente: Mateo 24:3, 37; 1 Tesalonicenses 3:13; 1 Juan 2:28; en otros es la conclusión del período: Mateo 24:27; 2 -Tesalonicenses 2:8 (*An Expository Dictionary of New Testament Words*, 4 tomos. [Londres: Oliphants, 1940; reimpresión, Chicago: Moody: 1985], 1:209).

Pedro ha declarado en su primera carta la verdad de la segunda venida de Cristo (1 P. 1:7, 13; 4:13; 5:4). Pero aquí hace hincapié en que él y los otros apóstoles eran testigos de la misma majestad que Cristo manifestará en todo su esplendor cuando regrese. Desde luego que todos los apóstoles habían contemplado toda la majestad de Cristo durante su vida y su ministerio (Jn. 2:11; 17:6-8), y también en su muerte (Jn. 19:25-30), resurrección (Lc. 24:33-43) y ascensión (Hch. 1:9-11), por lo que quienes fueron escritores del Nuevo Testamento (p. ej., Mateo, Juan y Pedro) fueron testigos oculares de gran parte de lo que escribieron. Lo que Pedro señala es que los falsos maestros negaban las afirmaciones que él hacía respecto a Jesús, pero a diferencia del apóstol, ellos no fueron testigos presenciales de la vida y del ministerio de Cristo.

Visto con nuestros propios ojos (*epoptai*) originalmente significaba “observadores generales” o “espectadores”, pero con los años su significado evolucionó. Barclay explica:

En el uso del griego de los días de Pedro, éste era un término técnico. Ya hemos hablado de las religiones místicas. Consistían en una especie de [dramas] de pasión, en los que se representaba la historia de un dios que había vivido, sufrido, muerto y resucitado, [para nunca más volver a morir]. Al adorador se le permitía estar presente en el [drama] de pasión y se le ofrecía la experiencia de identificarse con el dios que moría y resucitaba, solamente después de un largo curso de instrucción y preparación. Cuando llegaba a ese punto, era un iniciado y la palabra técnica que le describía [*epoptēs*]; era un testigo presencial privilegiado de las experiencias del dios (William Barclay, *Comentario al Nuevo Testamento* [Barcelona: Editorial Clie, 1999], p. 1019).

Con ese uso en mente, está claro que Pedro se veía y veía a sus compañeros apóstoles como espectadores preeminentemente privilegiados que habían alcanzado el mayor y más verdadero nivel de experiencia espiritual en estar con Cristo. Pedro tenía en mente un evento particular que de modo dramático mostró con anterioridad la venidera **majestad** de Cristo.

Majestad (*megaleiotēs*), que también se puede traducir “esplendor”, “grandeza” o “magnificencia”, se usa en otras partes del Nuevo Testamento para identificar “la grandeza de Dios” (Lc. 9:43). Jesús había profetizado que algunos de los apóstoles verían la manifestación de la grandeza divina de Él: “De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan

visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino” (Mt. 16:28; cp. Lc. 9:27). En ese hecho especial en que **Dios Padre** estaba presente, Cristo **recibió de Él honra** (*timē*, “estado exaltado”) y **gloria** (*doxa*, “radiante esplendor”). El primer término otorga a Jesús el más exaltado respeto y reconocimiento (Jn. 5:23; 1 Ti. 1:17; He. 2:9; Ap. 4:9, 11; 5:12-13), y el segundo le confiere brillantez divina sin igual (Mt. 24:30; Lc. 9:32; cp. Jn. 1:14; 17:22; 2 Ts. 1:9).

En ese extraordinario suceso **Dios el Padre** también llamó a Cristo **magnífica gloria** (un hermoso nombre sustituto para Dios; cp. Dt. 33:26, LXX), y le envió una **voz** (anuncio audible) sumamente significativa. La **voz** del Padre fue: **Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia**, lo cual podía referirse a una de dos ocasiones diferentes: el bautismo del Señor o su transfiguración (Mt. 3:17; 17:5). Una descripción más detallada del apóstol acerca de este episodio lo identifica exactamente como la transfiguración, ya que **esta voz fue enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo**. Lo más probable es que se tratara del monte Hermón, la montaña más alta cerca de Cesarea de Filipo (cp. Mr. 8:27), donde Pedro, Jacobo y Juan vieron la nube de gloria divina alrededor de ellos y a Jesús, y oyeron la voz de parte de Dios (Mt. 17:5; Mr. 9:7; Lc. 9:35).

El anuncio **este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia** es la afirmación del Padre con relación a que el Hijo tiene naturaleza y esencia idénticas con Él (cp. Jn. 5:17-20; Ro. 1:1-4; Gá. 1:3; Col. 1:3; 2:9), y a que Cristo es perfectamente justo (cp. 2 Co. 5:21; He. 7:26). De este modo, en una declaración concisa Dios declaró una relación con Cristo tanto de naturaleza divina como de amor divino (el vínculo perfecto de amor y santidad dentro de la Divinidad), y su total satisfacción con todo lo que Jesús dijo e hizo. Como conclusión clara, el pronunciamiento del Padre también confirmó el derecho de Cristo de volver a venir, en el momento ordenado, y de recibir a los suyos y poseer el reino que por derecho le pertenece. Así lo declara Apocalipsis 5:9-13:

Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra. Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.

(Para un comentario completo sobre la transfiguración y Mateo 17:1-13, véase John MacArthur, *Matthew 16-23*, MacArthur New Testament Commentary [-Chicago: Moody, 1988], pp. 61-72).

No existe razón alguna para que los lectores de Pedro de entonces o de ahora ponga su fe en los falsos maestros que niegan el glorioso regreso futuro de Jesucristo. Mientras que esos herejes no estuvieron presentes en el monte de la transfiguración, Pedro fue un testigo presencial de la majestad de la Segunda Venida. Él, Jacobo y Juan vieron a Moisés y Elías afirmando a Cristo (Lc. 9:30-32), y sobre todo, los apóstoles oyeron a Dios mismo honrar a su Hijo.

REVELACIÓN SOBRENATURAL DE DIOS

Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es

de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo. (1:19-21)

Por acertados que ellos fueron en declarar la verdad, Dios no dependió simplemente de los relatos orales y presenciales de los apóstoles. Dios, a través de la mediación del Espíritu Santo, supervisó la narración de tales experiencias y pensamientos en la revelación inspirada de la Biblia (2 Ti. 3:16). La respuesta de Pedro a quienes ponían en duda la validez de las experiencias del apóstol es que los creyentes tienen una fuente incluso mejor: **la palabra profética más segura** de las Escrituras. Algunos comentaristas sostienen que la frase indica que las experiencias de los apóstoles validaron la Biblia, que el atisbo de la gloria del reino de Jesús en el monte de la transfiguración confirmó de alguna manera las predicciones de los profetas con relación a la Segunda Venida. Esa es una explicación posible, pero la interpretación literal de la frase, “tenemos la más segura palabra profética”, recomienda otra explicación, una tan confiable y útil como lo fue la experiencia de Pedro: **la palabra profética** de la Biblia que es **más segura**. A lo largo de la historia de la redención, Dios mismo ha enfatizado reiteradamente que su Palabra inspirada es verdadera, infalible y la fuente totalmente suficiente de verdad, lo cual no requiere confirmación humana (Sal. 19:7; 119:160; Jn. 17:17; 1 Co. 2:10-14; 1 Ts. 2:13; cp. Pr. 6:23; Dn. 10:21).

El uso de **tenemos** en el versículo 19 no presenta tanto énfasis como el nosotros del versículo 18, donde se refiere a Pedro, Jacobo y Juan. En vez de eso, este segundo uso se refiere genéricamente a todos los creyentes. Como grupo son poseedores de la Palabra, la fuente de la verdad de Dios que es mucho más fiable que las experiencias colectivas de todos ellos, incluso como apóstoles. Segunda de Corintios 12:1 es un ejemplo útil de las limitaciones de la experiencia humana como fuente de verdad: “Ciertamente no me conviene gloriarme; pero vendré a las visiones y a las revelaciones del Señor”. El apóstol Pablo deseaba defender su apostolado, pero parece admitir que las visiones y experiencias personales (incluso de los cielos) no son útiles ni fundamentales como baluartes de la verdad de Dios. Eso se debe a que no se pueden verificar ni repetir, y a que son incomprensibles (vv. 2-4). En realidad, Pablo prefirió defender su apostolado con sus padecimientos y no con sus visiones sobrenaturales (vv. 5-10). Cuando los autores del Nuevo Testamento escribieron acerca de Cristo y su regreso prometido, confirmaron la verdad de las Escrituras del Antiguo Testamento (cp. Mt. 4:12-16; 12:19-20; 21:1-5; Lc. 4:16-21; Ro. 15:3; He. 5:5-6; 1 P. 2:6-7, 22; Ap. 19:10). Así que no fue la experiencia de los apóstoles sino el relato inspirado y escriturado de la vida y las palabras de Cristo, escrito por autores inspirados por el Espíritu y contenidas en el Nuevo Testamento, que lo valida el Antiguo. Esa validación cumple las creencias de los judíos con relación a la supremacía de la revelación escrita, tal como Michael Green explica:

Los judíos prefirieron siempre la profecía a la voz del cielo. En realidad, consideraron a la última, *bath qōl*, o revelación divina entregada en la época posprofética, “hija de la voz”, como un sustituto inferior para la revelación, puesto que los días de la profecía habían cesado. Y en cuanto a los apóstoles, es difícil insistir demasiado en su respeto por el Antiguo Testamento. Uno de sus más fuertes argumentos para la verdad del cristianismo fue el de la profecía (véanse las disertaciones en Hechos, Romanos XV, I Pedro II, o todo Hebreos o Apocalipsis.). Ellos buscaron en la palabra escrita de Dios la seguridad absoluta, igual que su Maestro, a quien le bastó decir “escrito está” para poner punto final a la cuestión... [Pedro] está diciendo: “Si usted no me cree, vaya a las Escrituras”. Calvino afirma: “La pregunta no es si los profetas son más confiables que el evangelio”; es simplemente que “ya que los judíos no tenían duda de que todo lo que los profetas enseñaban venía de Dios, no asombra que Pedro afirmara que la palabra de dichos

profetas era más segura” (*The Second General Epistle of Peter and the Epistle of Jude* [Grand Rapids: Eerdmans, 1968], p. 87).

La expresión **la palabra profética** en la época de Pedro abarcaba todo el Antiguo Testamento. El término se extiende más allá de los pasajes de la -profecía predictiva hasta incluir toda la Palabra inspirada, la cual en general anticipa la venida del Mesías, según clarificó Pablo cuando escribió:

Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén (Ro. 16:25-27).

Jesús mismo afirmó esa realidad, diciendo: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn. 5:39; cp. Lc. 24:27, 44-45). Aunque el Señor estaba hablando principalmente de las Escrituras del Antiguo Testamento, las palabras no se limitan a eso. Las Escrituras son las Escrituras, y lo que es cierto del Antiguo Testamento también lo es con relación a las Escrituras del Nuevo Testamento (cp. 2 P. 3:15-16, en el que Pedro llama Escrituras a los escritos de Pablo).

Pedro afirma que sus lectores harían **bien en estar atentos a la palabra profética**. Si ellos iban a vivir expuestos a los sutiles errores de los falsos maestros, era muy urgente que conocieran y prestaran atención cuidadosa a la Biblia para que pudieran rechazar las falsas enseñanzas (Sal. 17:4; Hch. 18:28; Ef. 6:11, 17; cp. Mt. 4:4; 22:29; 1 Co. 10:11; Ap. 22:19). A fin de expresar su punto de modo incluso más directo, el apóstol ofreció una sencilla metáfora en que compara la Palabra de Dios con **una antorcha que alumbra en lugar oscuro**. Esa figura del lenguaje recuerda las conocidas palabras del salmista: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Sal. 119:105; cp. v. 130; 43:3; Pr. 6:23). **Oscuro** (*auchmēros*) es el significado que viene de la idea original de esta palabra, “seco” o “árido”, y después “sucio” o “turbio”. La frase **lugar oscuro** abarca la lóbrega tenebrosidad del mundo caído que impide que las personas vean la verdad hasta que la **antorcha** de la revelación divina les resplandezca.

Por tanto, Pedro compara la Biblia con una antorcha que provee luz a un mundo pecador en tinieblas. El calendario de la historia redentora se mueve hacia **el día** que Dios ha designado para el evento glorioso en el que Jesucristo regrese en total y resplandeciente esplendor y majestad (Mt. 24:30; 25:31; Tit. 2:13; Ap. 1:7; cp. Col. 3:4). Cuando **el día esclarezca**, Cristo finalizará la temporal noche terrenal del pecado y de tinieblas espirituales, regresando en gloria para establecer su reino. El apóstol Juan describe esto en Apocalipsis 19:11-16:

Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.

El acontecimiento agri dulce marca la culminación del propósito de la salvación de Dios y su juicio sobre los malvados (cp. Is. 2:12; 13:6; Sof. 1:14; 1 Co. 1:8; 3:13; 4:5; Ef. 4:30; 1 Ts. 3:13; 2 Ts. 1:7; 2 Ti. 4:1; 1 P. 2:12).

Lucero de la mañana (*phōsphoros*), que literalmente significa “portador de luz”, era el nombre dado al planeta Venus, el cual precede al sol de la mañana en el cielo, y se usa aquí para Cristo, cuya venida inicia el reino milenial y el establecimiento de su reinado. La Biblia se refiere en varios lugares a Cristo como una estrella (Nm. 24:17; Ap. 2:28; 22:16; cp. Mt. 2:2). Pedro añade el hecho de que la estrella sale **en los corazones** de los creyentes. Cristo regresará en un resplandor de luz físicamente visible que abarcará todo y afectará a cada ser humano para bendición o maldición. Cambiará la tierra milenial (3:10-13), destruyendo finalmente el universo y reemplazándolo con cielos nuevos y nueva tierra (Ap. 20:11; 21:1). La referencia a los **corazones** indica que su regreso también transformará a los creyentes en reflejos perfectos de la verdad y la justicia de Cristo, y los hará entrar a la imagen de su gloria (Ro. 8:29; Fil. 3:20-21; 1 Jn. 3:1-2). En su segunda venida reemplazará la revelación temporal perfecta de las Escrituras con la revelación eterna perfecta de su persona. Él cumplirá la Palabra escrita y la inscribirá para siempre en los corazones de los santos glorificados.

Pedro pasa de considerar el final de la Biblia, cuando esta gobierna totalmente el corazón perfeccionado, a tener en cuenta el inicio de las Escrituras: su inspiración divina. Según lo escribió Pablo: “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Ti. 3:16); en consecuencia, **ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada**. La frase **es de** se traduce de *ginetai*, que significa más exactamente “llega a ser de”, “se origina en” o “surge de”. Ninguna porción de los santos escritos, el Antiguo Testamento o el Nuevo, nació en la manera que lo hicieron todas las falsas profecías (cp. Jer. 14:14; 23:32; Ez. 13:2). Por ejemplo, el profeta Jeremías explicó el modo en que Dios veía a los falsos profetas de esa época:

Así ha dicho Jehová de los ejércitos: No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan; os alimentan con vanas esperanzas; hablan visión de su propio corazón, no de la boca de Jehová. Dicen atrevidamente a los que me irritan: Jehová dijo: Paz tendréis; y a cualquiera que anda tras la obstinación de su corazón, dicen: No vendrá mal sobre vosotros. Porque ¿quién estuvo en el secreto de Jehová, y vio, y oyó su palabra? ¿Quién estuvo atento a su palabra, y la oyó? He aquí que la tempestad de Jehová saldrá con furor; y la tempestad que está preparada caerá sobre la cabeza de los malos. No se apartará el furor de Jehová hasta que lo haya hecho, y hasta que haya cumplido los pensamientos de su corazón; en los postreros días lo entenderéis cumplidamente. No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, mas ellos profetizaban. Pero si ellos hubieran estado en mi secreto, habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo, y lo habrían hecho volver de su mal camino, y de la maldad de sus obras. ¿Soy yo Dios de cerca solamente, dice Jehová, y no Dios desde muy lejos? ¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra? Yo he oído lo que aquellos profetas dijeron, profetizando mentira en mi nombre, diciendo: Soñé, soñé (Jer. 23:16-25; cp. Ez. 13:3).

Esos falsos profetas hablaban de sus propios asuntos, de sus propias ideas, pero nunca el verdadero mensaje de Dios surgió de una **interpretación** humana. **Interpretación** (*epiluseōs*) es una desafortunada traducción porque en castellano indica cómo uno entiende la Biblia, mientras que el sustantivo griego es un genitivo que indica fuente. Por tanto, Pedro no se está refiriendo a la explicación de las Escrituras, sino a su origen. La siguiente declaración en el versículo 21, **porque**

nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino (*alla*, “precisamente lo opuesto”, “todo lo contrario”) **que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo**, apoya también el punto de origen. Lo que los seres humanos pudieran pensar o creer no tiene absolutamente nada que ver con la profecía divina. (Véase el estudio de 1 P. 1:10-11a en el capítulo 4 de esta obra).

Inspirados (*pheromenoi*) es un participio pasivo presente que quiere decir “llevado continuamente” o “transportado a lo largo”. Lucas usa dos veces este verbo (Hch. 27:15, 17) para describir cómo el viento empuja fuerte a un barco de vela a través de las aguas. Para Pedro fue como si los escritores de las Escrituras levantara sus velas espirituales y permitieran que el Espíritu los llenara con su poderoso aliento de revelación mientras plasmaban por escrito sus palabras divinas (cp. Lc. 1:70). Cuando Jeremías declaró: “Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo” (Jer. 1:4), estaba escribiendo por todos los escritores del Antiguo Testamento y, por extensión, por todos los escritores del Nuevo Testamento que los siguieron. El único que conoce la mente de Dios es el Espíritu de Dios (1 Co. 2:10-13; cp. Jn. 15:26; Ro. 8:27; 11:34; cp. Jn. 3:8), por tanto, solo Él pudo haber inspirado las Escrituras.

Si los creyentes van a enfrentar los errores de los falsos maestros, deben tratar de conocer, aceptar y obedecer la totalidad de la Biblia, incluso como hizo el apóstol Pablo al declarar ante el gobernador romano Félix: “Pero esto te confieso, que según el Camino que ellos [los judíos] llaman herejía, así sirvo al Dios de mis padres, creyendo *todas las cosas* que en la ley y en los profetas están escritas” (Hch. 24:14, cursivas añadidas).

29. Una descripción de los falsos maestros

Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. (2:1-3a)

No hay nada más ofensivo para Dios que la distorsión de su Palabra (cp. Ap. 22:18-19). Falsificar los hechos acerca de Dios y de lo que dijo, promocionando incluso las mentiras de Satanás como si fueran la verdad de Dios, es la forma más vil de hipocresía. Con la eternidad en juego es difícil creer que alguien pudiera engañar de manera intencional a otras personas, enseñándoles algo que espiritualmente es catastrófico. Sin embargo, tal arrogancia atroz es exactamente lo que caracteriza a los falsos ministerios de los falsos maestros.

Como el padre de las mentiras (Jn. 8:44), Satanás está constantemente usando el engaño y la falsa doctrina para atacar a la Iglesia, empleando falsos maestros para infiltrarse en el verdadero rebaño. Cuando afirman que enseñan verdad, estos proveedores del error demoníaco se disfrazan como

ángeles de luz (cp. 2 Co. 11:14) e intentan entrar sin ser vistos al redil. Como resultado, a lo largo de la historia redentora Dios ha advertido en muchas ocasiones a los creyentes de estar alerta contra tales hombres (y mujeres).

Deuteronomio 13, por ejemplo, contiene una advertencia anticipada de Moisés contra los falsos profetas. Se prescribe un grave castigo para estos hombres, junto con todos los que apoyan su falsedad:

Cuando se levantara en medio de ti profeta, o soñador de sueños, y te anunciara señal o prodigios, y si se cumpliera la señal o prodigio que él te anunció, diciendo: Vamos en pos de dioses ajenos, que no conociste, y sirvámosles; no darás oído a las palabras de tal profeta, ni al tal soñador de sueños; porque Jehová vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma. En pos de Jehová vuestro Dios andaréis; a él temeréis, guardaréis sus mandamientos y escucharéis su voz, a él serviréis, y a él seguiréis. Tal profeta o soñador de sueños ha de ser muerto, por cuanto aconsejó rebelión contra Jehová vuestro Dios que te sacó de tierra de Egipto y te rescató de casa de servidumbre, y trató de apartarte del camino por el cual Jehová tu Dios te mandó que anduvieses; y así quitarás el mal de en medio de ti (Dt. 13:1-5; cp. 18:20-22).

Esta misma solemnidad se repite en el Nuevo Testamento por parte de Cristo y los apóstoles, que cuidadosamente advierten a los creyentes en cuanto a los falsos maestros y sus engaños (Mt. 24:11; Lc. 6:26; 2 Co. 11:13-15). A la luz de esta amenaza satánica, los escritores del Nuevo Testamento hacen hincapié en la importancia de estar armados con la verdad (cp. Ef. 6:14-17) con el propósito de discernir (1 Ts.5:20-22). Para ellos la pureza doctrinal era una prioridad muy elevada (1 Jn. 4:1) y una preocupación sincera (2 Co. 11:28). Es más, los apóstoles reservaron sus críticas más duras para quienes distorsionan la verdad (cp. Gá. 1:9; Fil. 3:2).

El punto de vista del Antiguo y del Nuevo Testamento es inequívoco: Dios no tolera los falsos profetas (cp. Is. 9:15; Mi. 3:5-7; Mt. 7:15-20; 1 Ti. 6:3-5; 2 Ti. 3:1-9; 1 Jn. 4:1-3; 2 Jn. 7-11). Es irónico que muchos en la iglesia de hoy día hacen exactamente lo contrario: toleran a cualquier maestro que afirma ser cristiano, sin importar el *contenido* de su enseñanza. Tan irreflexiva aceptación, en el nombre del amor y la unidad, ha producido una descuidada indiferencia hacia la verdad. En consecuencia, algunos cristianos ven los absolutos bíblicos como una vergüenza, prefiriendo aceptar falsos maestros a pesar de la clara protesta de la Biblia (Jer. 28:15-17; 29:21, 32; Hch. 13:6-12; 1 Ti. 1:18-20; 3 Jn. 9-11).

Sin lugar a dudas, los ataques de Satanás a menudo son externos, por medio de la propagación de falsas religiones y sectas. Pero también utiliza tácticas internas, tratando de destruir al pueblo de Dios desde el interior. Por tanto, sus siervos, como lobos vestidos de ovejas (Mt. 7:15), hacen todo lo posible para infectar al rebaño con la doctrina de demonios (1 Ti. 4:1). Debido a que esta falsa enseñanza viene en formas sutiles, los que no tienen discernimiento son a menudo engañados y no puedan distinguir el error de la verdad.

Pedro entendía el peligro que la falsa doctrina representaba para sus lectores. En su primera epístola ya les había advertido que estuvieran alerta contra las tácticas del diablo (1 P. 5:8). En este pasaje vuelve a hablar de las estrategias del maligno, exponiendo a los siervos de Satanás por lo que en realidad son. Es más, el apóstol nos da una clara descripción de los falsos maestros, analizando específicamente su esfera de acción, el sigilo, el sacrilegio, el éxito, la sensualidad, el estigma, y el motivo que sustenta sus operaciones. Como resultado, las perspectivas de Pedro son tan aplicables

hoy día como lo fueron hace dos milenios, ya que abordan un problema que sigue afectando a la Iglesia contemporánea (cp. 2 Jn. 7).

SU ESFERA DE ACCIÓN

Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, (2:1a)

Después que acababa de analizar la segura palabra de verdad (1:19-21), Pedro cambia ahora su enfoque a las palabras engañosas de los falsos profetas (capítulo 2). La conjunción coordinada **pero** caracteriza esta transición contrastante. Por medio de verdaderos profetas, Dios ha hablado la verdad a su pueblo, **pero** a través de falsos profetas Satanás siempre ha tratado de ensombrecer o contaminar el mensaje divino. Como siervos del engañador, los falsos profetas propagan mentiras y falsedades en su ataque sistemático a la verdad.

A lo largo de la historia estos mercenarios espirituales siempre han asediado a la grey de Dios. Incluso en tiempos del Antiguo Testamento **hubo también falsos profetas entre el pueblo** de Israel que propagaron sus engaños y causaron devastación (1 R. 22:1-28; Jer. 5:30-31; 6:13-15; 23:14-16, 21, 25-27; 28:1-17; Ez. 13:1-7, 15-19). Ese Israel del Antiguo Testamento se ve evidenciado aquí tanto por la terminología de Pedro (cp. Mt. 2:4; Lc. 22:66; Hch. 7:17; 13:17; 26:17, 23, donde usos similares de la expresión **el pueblo** se refieren claramente al pueblo judío), como por sus ilustraciones del Antiguo Testamento (Noé, 2:5; Sodoma y Gomorra, 2:6; Lot, 2:7; y Balaam, 2:15).

Incluso durante el ministerio de Jesús los falsos profetas seguían siendo un grave problema para el pueblo judío (Mt. 7:15-20). Por eso todo el sistema religioso era corrupto, con los fariseos proveyendo el ejemplo principal de la falsa religión. He aquí la acusación que Cristo hace a estos embaucadores espirituales:

Pero el Señor le dijo: Ahora bien, vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de maldad. Necios, ¿el que hizo lo de fuera, no hizo también lo de adentro? Pero dad limosna de lo que tenéis, y entonces todo os será limpio. Mas ¡ay de vosotros, fariseos! que diezmáis la menta, y la ruda, y toda hortaliza, y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios. Esto os era necesario hacer, sin dejar aquello. ¡Ay de vosotros, fariseos! que amáis las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! que sois como sepulcros que no se ven, y los hombres que andan encima no lo saben. Respondiendo uno de los intérpretes de la ley, le dijo: Maestro, cuando dices esto, también nos afrentas a nosotros. Y él dijo: ¡Ay de vosotros también, intérpretes de la ley! porque cargáis a los hombres con cargas que no pueden llevar, pero vosotros ni aun con un dedo las tocáis. ¡Ay de vosotros, que edificáis los sepulcros de los profetas a quienes mataron vuestros padres! De modo que sois testigos y consentidores de los hechos de vuestros padres; porque a la verdad ellos los mataron, y vosotros edificáis sus sepulcros. Por eso la sabiduría de Dios también dijo: Les enviaré profetas y apóstoles; y de ellos, a unos matarán y a otros perseguirán, para que se demande de esta generación la sangre de todos los profetas que se ha derramado desde la fundación del mundo, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que murió entre el altar y el templo; sí, os digo que será demandada de esta generación. ¡Ay de vosotros, intérpretes de la ley! porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis (Lc. 11:39-52; cp. 12:1; Mt. 23:13-36; Mr. 12:38-40).

Así **como** Pedro sabía que falsos profetas habían asaltado a Israel, también tenía la certeza de que **habrá entre** la Iglesia **falsos maestros**. Años atrás Jesús había profetizado que en los últimos días la Iglesia tendría que soportar gran variedad de falsos maestros: “Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán” (Mt. 24:4-5; cp. vv. 11, 24).

De igual manera, Pablo advirtió a Timoteo:

Que prediques la palabra... Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas (2 Ti. 4:2-4; cp. Hch. 15:24; 20:29-30; Ro. 16:17-18; Gá. 1:6-9; 1 Ti. 4:1-3; 2 Ti. 3:1-9; Jud. 4, 12-13).

Los falsos maestros se presentan cuando la Iglesia comienza a aceptar la cultura mundana que la rodea. En consecuencia, las congregaciones ya no desean sufrir (aferrarse a) la sana (saludable) doctrina. La adoración y la predicación centradas en Dios se sustituyen por payasadas y entretenimiento centrado en el hombre. Un énfasis bíblico en el pecado, el arrepentimiento y la santidad se reemplaza con un hincapié en la autoestima y las necesidades que se perciben. Las personas buscan maestros que solo prediquen ideas agradables y positivas “conforme a sus propias concupiscencias” porque tienen “comezón de oír”. Como resultado, esos maestros populares (que se “amontonarán”) “apartarán de la verdad” a las mentes de las personas, dejándolas sensibles a la influencia engañosa de Satanás.

La advertencia de la Biblia es clara: en la Iglesia *surgirán* falsos maestros. Es más, la Iglesia es uno de los principales campos de acción de Satanás. Por eso todo verdadero pastor debe estar continuamente alerta, estudiando, -proclamando y defendiendo constantemente la verdad, “para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen” (Tit. 1:9b).

EL SIGILO DE LOS FALSOS MAESTROS

que introducirán encubiertamente herejías destructoras, (2:1b)

Los falsos maestros no son sinceros y claros acerca de sus acciones. Después de todo, la Iglesia nunca los aceptaría si las estratagemas que usan quedan al descubierto. Por el contrario, **encubiertamente** y de forma engañadora entran a la Iglesia haciéndose pasar por pastores, maestros y evangelistas. Por eso es que Judas también los describe como “hombres [que] han entrado encubiertamente” (Jud. 4). El verbo traducido **encubiertamente** (*pareisduō*) significa “colarse sin ser visto” o “entrar a hurtadillas de manera fingida”. El término se refiere a un acusado inteligente que intenta engañar a un juez, o a un delincuente que vuelve en secreto a un lugar del que fue desterrado.

Al hacerse pasar como verdaderos pastores, los falsos maestros introducen **herejías destructoras** (o literalmente “herejías de devastación”). **Destructoras** (*apōleias*) significa “ruina total” y habla de la condenación final y eterna de los malvados. En este contexto el término indica que las payasadas de estos hombres tienen consecuencias eternas desastrosas, tanto para ellos como para sus seguidores. Que esta palabra griega tiene el sentido de condenación puede verse por su uso para describir a quienes atraviesan la puerta ancha en Mateo 7:13, por su uso para describir el destino de Judas en Juan 17:12, por su aplicación en la condena a los incrédulos en Romanos 9:22, por su uso para describir el juicio del hombre de pecado en 2 Tesalonicenses 2:3, y por el uso que Pedro hace en 3:7 de esta carta para describir la destrucción de los impíos. El apóstol caracterizó tales **herejías** como opuestas al evangelio, que condenan en lugar de salvar.

El término **herejías** (*haireseis*) denota “una opinión, especialmente una idea obstinada que es sustituida por la sumisión al poder de la verdad, y que conduce a la división y la formación de sectas” (W. E. Vine, *An Expository Dictionary of New Testament Words*, 4 tomos. [Londres: Oliphants, 1940; reimpresión, Chicago: Moody, 1985], 2:217). Al usar esta palabra, Pedro indica que tales falsos maestros han intercambiado la verdad de la Palabra de Dios por opiniones proclamadas por ellos mismos. En consecuencia, distorsionan la verdad para sus propios fines, convenciendo a los ingenuos de que les crean sus mentiras. De ahí que su enseñanza no era más que una falsificación religiosa, una falsa imitación cristiana. Aunque *haireseis* puede simplemente referirse a una secta o división (Hch. 24:14; cp. 5:17; 15:5; 24:5; 26:5; 28:22; 1 Co. 11:19), aquí se refiere a la peor clase de desviación y engaño: enseñar que tales afirmaciones son bíblicas, pero en realidad son todo lo contrario.

Los falsos maestros no siempre se oponen abiertamente al evangelio. Algunos afirman creerlo y aseguran ser poseedores de la verdadera interpretación; pero en verdad lo malinterpretan u ofrecen un mensaje superficial e inadecuado que no puede salvar. Puesto que su enseñanza es tan letal como lo es su sutileza, las opiniones sedicentes de los falsos maestros pueden condenar las almas de incautos creyentes profesos (cp. Mt. 13:20-22, 36-42, 47-50). A menos que se arrepientan, crean la verdad, y se vuelvan a Cristo, quienes aceptan estas doctrinas herejes estarán eternamente perdidos.

EL SACRILEGIO DE LOS FALSOS MAESTROS

y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. (2:1c)

La conjunción **aun** pone de relieve la magnitud inconcebible de la arrogancia de los falsos maestros, un orgullo que se evidencia porque **negarán al Señor**. **Negarán** es un término fuerte que significa “rechazar”, “no estar dispuesto a” o “decir con firmeza no”. El mismo verbo aparece en Hebreos 11:24 para describir el rechazo de Moisés a ser llamado hijo de la hija de Faraón. Aquí en este pasaje Pedro usó el participio en tiempo presente (*arnoumenoi*) para denotar un patrón habitual de rechazo, indicando que los falsos maestros rechazan de manera característica la autoridad divina (cp. Jud. 8).

Señor (*despotēs*, de donde se deriva la palabra *déspota* en español) significa “soberano”, “gobernante” o “señor”. El vocablo aparece diez veces en el Nuevo Testamento y siempre se refiere a alguien que tiene autoridad suprema. En cuatro ocasiones (1 Ti. 6:1, 2; Tit. 2:9; 1 P. 2:18) se refiere al señor de una casa o una hacienda, quien tiene autoridad sobre todos los criados. Tanto aquí como en las otras cinco apariciones (Lc. 2:29; Hch. 4:24; 2 Ti. 2:21; Jud. 4; Ap. 6:10) se refiere directamente a Cristo o a Dios.

Por tanto, para Pedro el supremo sacrilegio de los falsos maestros es que niegan el señorío soberano de Jesucristo. Por supuesto, quizás no nieguen exteriormente la deidad, la expiación, la resurrección o la segunda venida de Cristo. Pero en su interior se niegan firmemente a someter sus vidas al gobierno soberano del Señor (Pr. 19:3; cp. Éx. 5:2; Neh. 9:17). Como resultado, los estilos inmorales y rebeldes de estos individuos inevitablemente los traicionarán.

La frase **que los rescató** calza perfectamente en la analogía de Pedro, quien está aludiendo al señor de una casa que compra esclavos y los pone a cargo de varios quehaceres hogareños. Puesto que ahora se les considera propiedad personal del señor, ellos le deben completa lealtad. Aunque los falsos maestros sostienen que son parte de la familia de Cristo, con sus actitudes rechazan tales declaraciones, negándose a convertirse en siervos bajo la autoridad de él. **Rescató** (*agorazō*) significa “comprar” o “redimir del mercado”, y en este contexto es comparable a Deuteronomio 32:5-6 (cp. Sof. 1:4-6). Los falsos maestros de la época de Pedro proclamaban a Cristo como su Redentor, pero

se negaban a aceptar su señorío soberano, revelando por ende su verdadero carácter como enemigos no regenerados de la verdad bíblica.

Muchos toman la declaración del **Señor que los rescató** en el sentido que Cristo ha comprado realmente la redención total para todas las personas, incluso para los falsos maestros. Comúnmente se cree que Cristo murió para pagar por completo el castigo por los pecados de todos los seres humanos, sea que alguna vez lleguen a creer o no. La idea popular es que Dios ama a todos y quiere que todos sean salvos; en consecuencia, Cristo murió por todo el mundo.

Esto significa que la muerte de Cristo fue un sacrificio o redención potencial que se convierte en verdadera expiación cuando un pecador se arrepiente y cree el evangelio. Según este punto de vista, la evangelización consiste en convencer a pecadores para que reciban lo que ya se ha hecho por ellos. Todos pueden creer y ser salvos si lo desean, ya que nadie queda excluido de la expiación.

Si este punto de vista se lleva a su conclusión lógica, el infierno estaría lleno de personas cuya salvación fue comprada por Cristo en la cruz. Por tanto, el lago de fuego estaría lleno de personas condenadas cuyo pecado Cristo expió totalmente al haber llevado el castigo que les correspondía bajo la ira de Dios.

De acuerdo con este punto de vista, el cielo estaría poblado por individuos que tuvieron la misma expiación provista para ellos, pero que están allí porque *la* recibieron. Según los proponentes de esta opinión, Cristo murió en la cruz por los condenados en el infierno al igual que lo hizo por los redimidos en el cielo. La única diferencia entre el destino de los redimidos y el de los condenados es la decisión del pecador.

Esta perspectiva sostiene que el Señor Jesucristo murió para hacer posible la salvación, no para hacerla real. Él no compró totalmente la salvación para cualquier persona. Tan solo quitó una barrera para todo el mundo, lo que simplemente hace de la salvación algo potencial. En última instancia el pecador es quien, por lo que hace, determina la naturaleza de la expiación y su aplicación. De acuerdo con esta perspectiva, cuando Jesús clamó: “Consumado es”, realmente se debió traducir: “Se deja constancia”.

Por supuesto, las dificultades y falacias que surgen de la interpretación anterior de este punto de vista se derivan de la falta de comprensión de dos enseñanzas bíblicas muy importantes: la doctrina de la incapacidad absoluta (llamada a menudo depravación total) y la doctrina de la expiación misma.

Correctamente entendida, la doctrina de la incapacidad absoluta afirma que todos los seres humanos están muertos en sus delitos y pecados (Ef. 2:1), están separados de la vida de Dios (Ro. 1:21-22), están haciendo solamente el mal que brota de corazones engañosos en estado terminal (cp. Jer. 17:9), son incapaces de entender las cosas de Dios (1 Co. 2:14), están cegados por el amor al pecado, y además cegados por Satanás (2 Co. 4:4), están deseando solamente hacer la voluntad de su padre el diablo, son incapaces de buscar a Dios, y no tienen disposición alguna para arrepentirse (cp. Ro. 3:10-23). Por tanto, ¿cómo va el pecador a tomar la decisión correcta de activar la expiación a su favor?

Está claro que la salvación solo viene de parte de Dios (cp. Sal. 3:8; Jon. 2:9): Él debe dar luz, vida, vista, entendimiento, arrepentimiento y fe (Jn. 1:12-13; 1 Co. 1:30; Ef. 2:8-9). La salvación viene al pecador por parte de Dios a través de su voluntad y poder. Puesto que eso es verdad, y está basado en la doctrina de la elección soberana (1 P. 1:1-3; 2 P. 1:3; cp. Ro. 8:26-30; 9:14-22; Ef. 1:3-6), Dios determinó la extensión de la expiación.

¿Por quiénes murió Cristo? Murió por todos los que habrían de creer porque fueron elegidos, llamados, justificados y se les concedió arrepentimiento y fe por parte del Padre. La expiación es limitada a quienes creen, que conforman el grupo de los elegidos de Dios. Cualquier creyente que no

cree en la salvación universal sabe que la expiación de Cristo es limitada (cp. Mt. 7:13; 8:12; 10:28; 22:13; 25:46; Mr. 9:43, 49; Jn. 3:17-18; 8:24; 2 Ts. 1:7-9). Cualquier persona que rechaza la idea de que toda la humanidad se salvará cree necesariamente en una expiación limitada, ya sea limitada por el pecador que es soberano o por Dios que es soberano.

Se debe olvidar la idea de una expiación ilimitada. Si se afirma que los pecadores tienen el poder para limitar su aplicación, entonces la expiación por su naturaleza está limitada en poder y eficacia reales. Con ese entendimiento es menos que una expiación real, y de hecho es simplemente potencial y está restringida por las voluntades de seres humanos caídos. Pero la verdad es que solo Dios puede poner los límites de la expiación, que se extiende a cada pecador creyente sin distinción.

Los adherentes del punto de vista ilimitado deben afirmar que Cristo en realidad no expió por alguien en particular, sino potencialmente por todo el mundo sin excepción alguna. Todo lo que hizo en la cruz no fue un pago general y completo por el pecado, porque pecadores por quienes murió aún están condenados. El infierno está repleto de individuos cuyos pecados habrían sido pagados por Cristo, pecado cancelado, pero aun así castigados para siempre.

Por supuesto, tal idea es completamente inaceptable. Dios limita la expiación a los elegidos, para quienes no fue algo potencial sino una satisfacción real por el pecado. Dios proporcionó el sacrificio en su Hijo, el cual pagó realmente por los pecados de todos los que habrían de creer, los elegidos por Él para la salvación (cp. Mt. 1:21; Jn. 10:11, 27-28; Ef. 5:25-26).

Charles Spurgeon ofreció una vez una perspectiva precisa y convincente sobre el debate acerca del alcance de la expiación:

A menudo nos dicen que limitamos la expiación de Cristo porque declaramos que Él no produjo satisfacción para todos los hombres, porque entonces todos los hombres se salvarían. Bueno, nuestra respuesta a esto es que, por otro lado, nuestros oponentes la limitan; nosotros no. Los arminianos dicen: Cristo murió por todos los hombres. Pregúnteles qué quieren decir con eso. ¿Murió Cristo para asegurar la salvación de todos los hombres? Ellos afirman: “No, por supuesto que no”. Les hacemos la siguiente pregunta: ¿Murió Cristo para asegurar la salvación de algún hombre en particular? Contestan: “No”. Están obligados a admitir esto, si son coherentes. También señalan: “No, Cristo, ha muerto para que cualquier hombre pueda ser salvo si...” y luego siguen ciertas condiciones de salvación. Ahora, ¿quién es el que limita la muerte de Cristo? Ustedes, ¿por qué? Porque afirman que Cristo no murió infaliblemente para asegurar la salvación de cualquier persona. Disculpennos, cuando dicen que limitamos la muerte de Cristo, contestamos: “No, queridos amigos, ustedes son los que hacen eso”. Afirmamos que Cristo murió para asegurar infaliblemente la salvación de una multitud que nadie puede contar, que a través de la muerte de Cristo no solo se podrían salvar, sino que son salvos y no pueden por ninguna posibilidad correr el riesgo de ser nada más que salvos. Ustedes pueden recibir su expiación; quédense con ella. Nosotros nunca renunciaremos a la nuestra por el bien de ella (Citado por J. I. Packer, “Introductory Essay”, en John Owen, *The Death of Death in the Death of Christ* [s.p., s.f.; reimpresión, Londres: Banner of Truth, 1959], p. 14).

El escritor contemporáneo David Clotfelter añade estas observaciones:

Desde el punto de vista calvinista, es el arminianismo es el que presenta dificultades lógicas, pues declara que Jesús murió por multitudes que nunca se salvarán, incluso millones que ni siquiera oirán de Él. También asevera que en el caso de aquellos que están perdidos, la muerte de Jesús, representada en la Biblia como un acto por medio del cual Él llevó sobre sí el castigo que debió

haber sido nuestro (Is. 53:5), fue ineficaz. Cristo sufrió una vez por los pecados de ellos, pero ahora tendrán que sufrir en el infierno por esos mismos pecados.

La expiación arminiana tiene la apariencia inicial de ser muy generosa, pero mientras más de cerca se le mira, menos impresiona. ¿Garantiza la salvación de alguna persona? No. ¿Garantiza que aquellos por quienes Cristo murió tendrán la oportunidad de oír de Él y responderle? No. ¿Quita de alguna manera o incluso aligera los padecimientos de los perdidos? No. En realidad, la expiación arminiana no *expía*. Simplemente despeja el camino para que Dios acepte a quienes pueden levantarse por sus propios medios. Los calvinistas no creen que alguna persona caída tenga tal poder, y por tanto ven la expiación arminiana como inadecuada para la salvación de pecadores y como una ofensa para Cristo (*Sinners in the Hands of a Good God* [Chicago: Moody, 2004], p. 165; cursivas en el original).

Por consiguiente, los pecados de los falsos maestros no fueron pagados en la expiación de Cristo.

En oposición a lo que algunos cristianos creen hoy, a quienes rechazan el señorío de Cristo no se les debe designar simplemente como cristianos de segunda clase (como *creyentes*, pero no *discípulos*). En lugar de eso, los que rechazan el señorío soberano de Cristo enfrentarán **destrucción repentina** si no se arrepienten de tal rebelión (cp. He. 10:25-31). **Repentina** (*tachinos*) significa “rápida” o “inminente”, y **destrucción** (*apōleia*) se refiere a perdición o condenación eterna en el infierno (cp. Mt. 7:13; Jn. 17:12; 2 Ts. 2:3). Este horrible destino, que viene en la muerte o en el regreso de Cristo (Jn. 12:48; 2 Ts. 1:7-10) espera a los falsos maestros y a todos los que los siguen en su sendero sin arrepentimiento.

EL ÉXITO DE LOS FALSOS MAESTROS

Y muchos seguirán (2:2a)

La Biblia es clara en que **muchos** más individuos **seguirán** el camino ancho que lleva a la destrucción de los que se adherirán al camino estrecho que lleva a la vida (Mt. 7:13-14; cp. 24:10-12). En parte, el mérito se lo llevan los falsos maestros debido a la popularidad del “camino ancho”, porque conducen a las personas por ese camino y las animan a no mirar hacia atrás. El mensaje de independencia, libertad y exaltación personal que predicán es intrínsecamente atractivo para el corazón humano caído, que prefiere servirse a sí mismo antes que someterse a Cristo.

Jesús declaró en su Sermón del Monte: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mt. 7:21). Las afirmaciones superficiales y poco sinceras de ser seguidores de Cristo no tienen sentido; solo aquellos que se someten por completo al señorío del Señor y obedecen su voluntad demuestran que le pertenecen de veras (cp. Jn. 15:14-16; Stg. 1:22-25; 1 Jn. 2:3-6; 5:1-5).

LA SENSUALIDAD DE LOS FALSOS MAESTROS

sus disoluciones, (2:2b)

Disoluciones habla de prácticas vergonzosas y se refiere a la inmoralidad sexual habitual y conducta libertina sin restricciones. Al usar la forma plural del sustantivo (*aselgeiais*), Pedro destaca que la lascivia sexual de los falsos maestros viene en muchas formas y extremos. Puesto que han rechazado el señorío de Cristo, sus vidas se caracterizan por rebeldía e indulgencia desenfrenadas (cp. Mt. 23:28; 2 Ts. 2:7; 1 Jn. 3:4). De manera intencional se niegan a poner restricciones a sus deseos

carnales o aventuras sexuales. La decadente conducta de estos individuos llevó a Judas a comparar sus pecados con los de los habitantes de Sodoma y Gomorra:

Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo... como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno (Jud. 4, 7; cp. Gn. 18:16—19:29).

Sin duda alguna Pedro estuvo de acuerdo con la evaluación que Judas hiciera de los falsos maestros, como se verá más adelante en este capítulo de su epístola (2:7, 10, 13-14, 18-19, 22). Al referirse reiteradamente a la conducta pecaminosa de tales maestros, Pedro clarificó que las **disoluciones** absolutas son una característica distintiva de estas falsificaciones espirituales. Un maestro podría afirmar ser vocero de Dios, pero si su vida se caracteriza por corrupción, lujuria e inmoralidad, demuestra que en realidad es un fraude.

EL ESTIGMA DE LOS FALSOS MAESTROS

por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, (2:2c)

El camino de la verdad se refiere a la doctrina correcta y la predicación precisa del evangelio (Hch. 9:2; 19:9, 23; 22:4; 24:14, 22; cp. Mt. 7:14; Jn. 14:6; Hch. 16:17; 18:25-26). Sin embargo, **por causa de los** falsos maestros, y de la destrucción espiritual que dejan a su paso, el mensaje bíblico ha sido reprochado ante los ojos del mundo. Así lo declara Lenski:

Al ver a cristianos profesos correr hacia toda clase de excesos, personas ajenas blasfeman, denigran, maldicen y condenan al verdadero -cristianismo. Afirman: “Si eso es cristianismo, ¡maldito sea!” Cuando muchos siguen tales excesos, los de afuera no pueden distinguir y, por tanto, blasfeman respecto a todo el “camino”. Los no creyentes consideran que tales falsos exponentes son verdaderos productos del cristianismo (R. C. H. Lenski, *The Interpretation of the Epistles of St. Peter, St. John, and St. Jude* [reimpresión, Minneapolis: Augsburg, 1966], p. 307).

Mediante su enseñanza engañosa y su conducta inmoral, los falsos maestros han **blasfemado** (literalmente han “difamado”, “calumniado” o “denigrado”) el evangelio. Por supuesto, el modo de funcionar que usan es coherente con la misión de Satanás. Por una parte, él trata de socavar a la Iglesia desde el interior, introduciendo herejías engañosas y falsas doctrinas. Por otra parte, trata de empañar la reputación de la Iglesia desde el exterior, desenmascarando periódicamente a falsos maestros ante un mundo que observa con atención. Cuando los incrédulos relacionan la conducta de los falsos maestros con la práctica de la verdadera Iglesia, el nombre de Cristo es inevitablemente difamado.

Para contrarrestar estos implacables esfuerzos satánicos, la Iglesia debe ser doctrinalmente pura, y los cristianos deben llevar el tipo de vidas justas que hacen creíble el poder transformador de Cristo. Con esto en mente, el apóstol Pablo exhortó a los filipenses a ser “irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual [resplandezcan] como luminas en el mundo” (Fil. 2:15; cp. Mt. 5:16; Ef. 2:10; 5:8; 1 Ts. 2:12; Tit. 2:5, 7, 14; 1 P. 2:9-12).

EL MOTIVO SUSTENTADOR DE LOS FALSOS MAESTROS

y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. (2:3a)

A los falsos maestros básicamente no los motiva una fascinación por la falsa doctrina o la rebeldía, y ni siquiera una inclinación por la inmoralidad sexual. Por supuesto que participan activamente en cada una de esas actividades. Pero la gente común y corriente puede cometer todos esos pecados sin ser maestros. En lugar de eso, la motivación principal que motiva a los falsos maestros es un amor desenfrenado por el dinero. El término para **avaricia** (*pleonexia*) connota un incontrolado deseo codicioso por dinero y riqueza. Más tarde en este capítulo Pedro describe a los falsos maestros como individuos que “tienen el corazón habituado a la codicia” (v. 14). Ansían tanto dinero como sea posible (cp. 1 Ti. 6:3-5, 10) y son expertos en despojar de la riqueza a los miembros de la iglesia. Esta es una acusación bíblica común y corriente, y una caracterización de los charlatanes religiosos (véase Jer. 6:13; 8:10; 1 Ti. 6:3, 5, 9-11; Tit. 1:7, 11; 1 P. 5:1-3; Jud. 11, 16).

A fin de lograr sus materialistas objetivos, los falsos maestros **harán mercadería de** los miembros de la iglesia **con palabras fingidas**. **Mercadería** (*emporeuomai*) significa “traficar en” o “lograr ganancia de”. Tales sujetos quieren enriquecerse de las personas a quienes “ministran”. Aunque afirman servir a otros, solo están interesados en servirse a sí mismos **con** el uso de **palabras fingidas** para enriquecer sus propios bolsillos.

Curiosamente, la palabra en español *plástico* se deriva del término **fingidas** (*plastos*). De acuerdo con sus raíces etimológicas, *plástico* originalmente tenía la connotación de algo de lo que se pone en duda su autenticidad. Después de todo, los artículos de plástico se ven a menudo como si fueran fabricados de otros materiales como madera, metal, porcelana, etc. Por tanto, a primera vista el plástico “engaña” a los consumidores. De igual forma, los falsos maestros tienen que ver con la doctrina falsa. Su teología no se basa realmente en la verdad bíblica, sino que simplemente la moldean por medio de falsos argumentos con el fin de que parezca verdadera (cp. Col. 2:8, 20-23; 2 Ti. 2:14-18).

Entonces el objetivo de Satanás es engañar a la mayor cantidad de personas que le sea posible, dentro y fuera de la Iglesia, por medio de falsos maestros. En contraste, el objetivo de Dios es identificar y exponer a tales hipócritas. A través de la advertencia de Pedro, el Espíritu Santo deja en claro que los falsos maestros están en todas partes, y esto ha sido así desde los albores de la historia redentora. En respuesta, los creyentes deben estar alerta y discernir, tomando en serio la amonestación apostólica de Pablo a los ancianos efesios:

Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno. Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados (Hch. 20:28-32).

30. Juicio divino sobre los falsos maestros

Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme. Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio; y si no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos; y si condenó por destrucción a las ciudades de Sodoma y de Gomorra, reduciéndolas a ceniza y poniéndolas de ejemplo a los que habían de vivir impiamente, y libró al justo Lot, abrumado por la nefanda conducta de los malvados (porque este justo, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos), sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio; y mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, (2:3b-10a)

Dios es la verdad.

Vez tras vez la Biblia reitera esta sencilla pero indispensable realidad (Sal. 25:10; 31:5; 57:10; 86:15; 108:4; 117:2; Jn. 1:9, 14, 17; 3:33; 7:28; 14:17; 15:26; 16:13; 17:3; 1 Ts. 1:9; 1 Jn. 5:6, 20; Ap. 3:7, 14; 6:10; 15:3; 19:11). El salmista declara respecto a Él: “Justicia y juicio son el cimiento de tu trono; misericordia y verdad van delante de tu rostro” (Sal. 89:14). El profeta Isaías coincide: “El que se bendijere en la tierra, en el Dios de verdad se bendecirá; y el que jurare en la tierra, por el Dios de verdad jurará” (Is. 65:16). Y el Señor Jesucristo, como Dios en carne humana, proclama: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida” (Jn. 14:6a).

Como el Dios de la verdad, Él no puede mentir. Incluso el malvado profeta Balaam reconoció esto: “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?” (Nm. 23:19; cp. Ro. 3:4; Tit. 1:2). Y el autor de Hebreos concuerda: “Es imposible que Dios mienta” (He. 6:18).

Por tanto, cuando Dios habla siempre dice la verdad. Esto significa que su Palabra infalible es perfectamente sin error y totalmente confiable. Dicho de modo simple, la Biblia — al igual que su Autor — es la verdad (Sal. 12:6; 19:7; 119:151, 160; cp. Neh. 8:3; Sal. 119:42, 130; Mt. 22:29; Jn. 17:17; Hch. 18:28; 20:32; Ro. 1:2; 15:4; 16:26; Ef. 5:26; 2 Ti. 3:15-17; He. 4:12; Stg. 1:18; 2 P. 1:19-21). Teniendo en cuenta esto, no es de extrañar que Dios quiera que sus siervos proclamen y expliquen su Palabra de manera veraz (2 Co. 4:2; 2 Ti. 2:15), con precisión y por completo, sin desviación ni manipulación (cp. Dt. 4:2; 12:32; Ap. 22:19). Hacer cualquier otra cosa es malinterpretar tanto el significado pretendido como el carácter inherente de Dios mismo.

En marcado contraste, Satanás es el pícaro mentiroso y padre de mentiras (Jn. 8:44; cp. Gn. 3:1; 2 Co. 11:14; 2 Ts. 2:9); su objetivo principal, como enemigo de Dios, es engañar, y con eso en mente “cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4). En otras palabras, Satanás y sus siervos se oponen de forma antagónica a los propósitos salvadores de Dios; distorsionan la verdad para ensombrear el mensaje divino.

Por supuesto, al final todos los planes de Satanás resultarán frustrados (Ap. 20:10-15; cp. Is. 24:21-23). Después de todo, Dios es soberano sobre el malvado y sus secuaces (cp. Job 1:12, 2:6; Lc. 8:31; 22:31). Además, como Dios de verdad, el Señor se opone a todos los engañadores que pertenecen a

Satanás (cp. Pr. 6:16-19; 19:5, 9; Mt. 4:1-11), y promete que finalmente serán castigados para siempre (cp. Ap. 21:8; 22:15).

De hecho, la Biblia deja en claro que Dios aborrece toda mentira (Pr. 6:16, 17; 12:22), especialmente las que se inventan acerca de Él y de su Palabra. Santiago 3:1 advierte que todos los maestros espirituales (incluso creyentes) están sometidos a “mayor condenación” (un nivel superior de responsabilidad delante de Dios) debido a la influencia que ejercen (cp. 1 Co. 3:9-15). Cuando falsos maestros incrédulos propagan mentiras y herejías espirituales están a la vez aumentando la severidad de su castigo futuro. Mientras se destruyen a sí mismos engañan también a otros, razón por la cual Dios siempre ha respondido de modo tan extremo ante la falsa enseñanza.

Por tanto, así ha dicho Jehová el Señor: Por cuanto vosotros habéis hablado vanidad, y habéis visto mentira, por tanto, he aquí yo estoy contra vosotros, dice Jehová el Señor. Estará mi mano contra los profetas que ven vanidad y adivinan mentira; no estarán en la congregación de mi pueblo, ni serán inscritos en el libro de la casa de Israel, ni a la tierra de Israel volverán; y sabréis que yo soy Jehová el Señor (Ez. 13:8-9; cp. Is. 9:13-17; 28:14-17; Jer. 14:14-15; 23:13-15).

A medida que Pedro continúa con su retrato de los falsos maestros, resalta la seriedad que Dios le da a la verdad, y también cuán hostil es hacia quienes la distorsionan. El apóstol ya ha ofrecido a sus lectores una descripción general de los falsos maestros (vv. 1-3a). Más adelante en este capítulo ampliará esa descripción, añadiendo detalladas y vívidas imágenes en palabras. Pero antes que nada, en esta sección (vv. 3b-10a) explica en detalle la “destrucción repentina” (v. 1), o sea el juicio seguro e inminente que Dios traerá sobre los engañadores espirituales. Tal juicio, que sin duda alguna caerá sobre todo falso maestro que no se arrepiente, se desarrolla bajo tres encabezados: la promesa del juicio, el precedente para el juicio, y el patrón del juicio.

LA PROMESA DEL JUICIO

Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme. (2:3b)

Aunque los falsos maestros no enfrentarán la **condenación** eterna hasta su muerte, su sentencia fue decretada por Dios **ya de largo tiempo**. (La frase **ya de largo tiempo** se traduce de una palabra, *ekpalai*, que simplemente significa “desde hace muchísimo tiempo”.) A lo largo de la historia, desde el primer pronunciamiento de juicio sobre la serpiente en el huerto (Gn. 3:13-15), Dios ha condenado a todos aquellos que distorsionan la verdad divina (cp. Is. 8:19-21; 28:15; Jer. 9:6-9; 14:14-15; Sof. 3:1-8; Ap. 21:8, 27). La expresión **no se tarda** recalca la triste realidad de la retribución divina; la sentencia de Dios contra todo maestro mentiroso está acumulando activamente ira hasta que cada uno perezca en el infierno. (Véase el estudio sobre la frase de Judas 4 “los que desde antes habían sido destinados para esta condenación” en el capítulo 2 de mi comentario de Judas).

Con las palabras **su perdición no se duerme**, Pedro personifica la condenación eterna de los falsos maestros como si se tratara de un verdugo que permanece despierto, listo para administrar la justa sentencia de condenación de parte de Dios sobre aquellos que le falsifican su Palabra.

EL PRECEDENTE PARA EL JUICIO

Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio; y si no perdonó al mundo

antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos; y si condenó por destrucción a las ciudades de Sodoma y de Gomorra, reduciéndolas a ceniza y poniéndolas de ejemplo a los que habían de vivir impíamente, y libró al justo Lot, abrumado por la nefanda conducta de los malvados (porque este justo, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos), (2:4-8)

Pedro continúa su denuncia de los falsos maestros haciendo referencia a tres relatos conocidos de juicio divino del libro de Génesis. Podría haber sido tentador para algunos de los lectores originales de Pedro dudar si los falsos maestros serían realmente castigados o no. Por el momento parecían estar floreciendo, pues hacían circular sus mentiras espirituales y disfrutaban de popularidad, sensualidad y riqueza. Entonces Pedro les recordó a sus lectores la historia bíblica, y señaló que, así como Dios juzgó fielmente en el pasado, así también hará prevalecer la justicia en el presente.

A medida que el apóstol ofrece una visión general de los tres ejemplos del Antiguo Testamento pone de relieve los extremos de la ira de Dios (en el caso de los ángeles caídos), del alcance de la ira de Dios (en el caso del mundo antiguo en la época del diluvio), y de la profundidad de la ira de Dios (en el caso de Sodoma y Gomorra). En otras palabras, no hay criaturas demasiado encumbradas, demasiado numerosas, o demasiado básicas para escapar al juicio divino; la venganza del Señor se impondrá sobre todos los que se le oponen. Además, como Pedro señala en este pasaje, los falsos maestros de su época no fueron la excepción.

EL CASO DE LOS ÁNGELES CAÍDOS

Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio; (2:4)

La frase breve **porque si** inicia una sentencia condicional que se extiende hasta el versículo 8. Sin embargo, la partícula **si** no implica inseguridad aquí y es probable que se traduzca mejor “ya que”. Ya que **Dios no perdonó a los ángeles** del cielo cuando **pecaron** contra Él (ni les proveyó ningún medio de salvación), los humanos que pervierten la verdad divina tampoco deben esperar una vía de escape a la venganza divina. Los ángeles, al igual que los seres humanos (Mt. 24:45-51; 25:14-30; Lc. 12:48; 16:1-8; 19:12-27; 1 Co. 4:2), eran responsables de honrar a Dios y obedecer su verdad. Los que se rebelaron fueron sentenciados al castigo eterno.

La dinámica espiritual de cómo y por qué **pecaron** los ángeles permanece en muchos sentidos como un misterio teológico. El más exaltado de todos los ángeles, Lucifer, quiso encumbrarse a una posición de igualdad con Dios. Como se muestra en el dramático lenguaje de Apocalipsis 12:3-9, un tercio de los ángeles se unieron a la revuelta celestial comandada por Lucifer, de modo arrogante se rebelaron contra Dios, y fueron expulsados del cielo (cp. Is. 14:12-21; Ez. 28:12-19; Lc. 10:18).

Sin embargo, es probable que Pedro no se esté refiriendo aquí a los -ángeles que cayeron originalmente, ya que no fueron arrojados de inmediato **al infierno** ni fueron confinados de modo permanente **a prisiones de oscuridad** para esperar su juicio final. Es más, se trata de los demonios que ahora están sueltos por el mundo, asegurando los propósitos de Satanás. El apóstol Pablo los identifica cuando escribió: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Ef. 6:12; cp. 2:1-2; 1 P. 5:8). Cuando el Señor regrese, los demonios (junto con Satanás) serán atados durante el reinado milenial de Cristo (Is. 24:21-23; Ap. 20:1-3) y finalmente serán lanzados al lago de fuego (Ap. 20:10).

Arrojándolos al infierno es en realidad la traducción de una sola palabra, *tartarōsas*. El verbo, usado solo aquí en el Nuevo Testamento, se deriva de tártaro, que en la mitología griega identificaba a un abismo subterráneo que era incluso más bajo que el Hades (infierno). Tártaro llegó a referirse a la morada de los espíritus más malvados, donde los peores rebeldes y criminales recibían el castigo divino más severo. Muchos como Jesús usaron el término *gehena* (el nombre para el vertedero de basura de Jerusalén, donde ardía constantemente el fuego) para ilustrar los tormentos inextinguibles de la angustia eterna (Mt. 5:22, 29-30; 10:28; 18:9; 23:15, 33; Mr. 9:43, 45, 47; Lc. 12:5); Pedro usó una palabra conocida del pensamiento popular griego para designar al infierno. El libro pseudoepígrafo *1 Enoc*, una conocida obra para la mayoría de los judíos del Nuevo Testamento (cp. Jud. 14), también menciona el tártaro (1:9). Pedro debió haber tenido plena confianza en que sus lectores entendían lo que quiso decir, ya que no les dio ninguna explicación del término.

Además, el apóstol describe este encarcelamiento demoníaco diciendo que Dios **entregó** a los ángeles caídos **a prisiones de oscuridad**. **Entregó** (*paredōken*), como en Hechos 8:3 y 12:4, significa encarcelar. **Prisiones de oscuridad** (cp. Mt. 8:12) es la mejor traducción, aunque algunos manuscritos antiguos dicen “cadenas” (como en la RVA). Trátese de **prisiones** o de “cadenas”, la traducción de la idea es la misma: se refiere a la pérdida de la libertad en un lugar de confinamiento, un destino que los demonios temían (cp. Mt. 8:29; Lc. 8:31). Los que fueron enviados allí estaban **reservados al juicio**, como prisioneros culpables que esperan la sentencia final y la ejecución en el último día (cp. Ap. 20:10).

No obstante, dos preguntas importantes aún surgen del texto: ¿A qué ángeles caídos se refiere esta acción? Y ¿qué hicieron para merecer tan severo encarcelamiento? Lo que Pedro no explica, Judas sí lo hace:

Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno (Jud. 6-7).

La realidad de que esos demonios “no guardaron su dignidad”, significa que se salieron de su propia esfera de existencia y comportamiento, “su propia morada”. Judas 6 es una referencia a los acontecimientos de Génesis 6:1-4 en que ciertos ángeles caídos poseyeron a hombres mortales y luego cohabitaron con mujeres. La flagrante transgresión de tales demonios fue una clara violación de los límites que Dios les había establecido. Judas 7 compara sus “vicios contra naturaleza” a los de Sodoma y Gomorra de haber “fornicado” (es decir, practicado homosexualidad, una perversión que Dios condena por completo: Lv. 18:22; 20:13; Ro. 1:26-27; 1 Co. 6:9). (Para un estudio más detallado del texto de Judas, véase la sección Judas 6-7 en el capítulo 2 de mi comentario de Judas. Cabe señalar que Pedro también se refirió a esos mismos demonios en su primera epístola; véase el análisis de 1 Pedro 3:18-22 en el capítulo 19 de esta obra).

Desde luego, el propósito principal de Pedro aquí no fue abundar en detalles de este relato acerca de los ángeles caídos, sobre todo porque sus lectores al parecer ya conocían el tema. Al contrario, él usó este ejemplo para enfatizar la idea central de su argumento, concretamente que Dios juzga con severidad a todos los que se le oponen a Él y a su verdad. Al igual que esos ángeles, los falsos maestros rebeldes enfrentarán la ira divina.

EL CASO DEL MUNDO ANTIGUO

y si no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos; (2:5)

No solo que Dios juzgó a ciertos ángeles caídos, sino que tampoco **perdonó al mundo antiguo**. Es más, acabó con la totalidad de la población humana **trayendo el diluvio sobre** ella y ahogando en **el diluvio a los impíos**. El **mundo antiguo** se refiere a las personas que vivían en ese tiempo del **diluvio**, todas las cuales eran malvadas. El **mundo** fue destruido por esta razón.

Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Jehová: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho (Gn. 6:5-7).

Sin embargo, Dios **guardó a Noé**, quien era justo, un verdadero adorador de Dios inmerso en una sociedad malvada y corrupta. Resistiendo la sofocante perversidad que lo rodeaba, y caminando con Dios, Noé junto con su esposa y sus hijos con sus esposas, constituyeron las **otras siete personas** a quienes el Señor **guardó** de la destrucción en el arca. Más de un siglo antes de que llegara de veras el diluvio, Dios reveló a Noé su plan para enviar juicio:

Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová. Estas son las generaciones de Noé: Noé, varón justo, era perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé. Y engendró Noé tres hijos: a Sem, a Cam y a Jafet. Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra. Dijo, pues, Dios a Noé: He decidido el fin de todo ser, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra (Gn. 6:8-13).

Mientras construía el arca, Noé también actuó como **pregonero de justicia**, advirtiéndolo a las personas de la muerte inminente y la retribución divina, y las llamó a arrepentirse. Años antes Enoc les había predicado un mensaje parecido:

De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él (Jud. 14-15; véase el comentario sobre este pasaje en el capítulo 4 de mi comentario de Judas).

Diluvio se traduce de *kataklusmos*, de donde se deriva la palabra castellana *cataclismo*. El relato del Génesis, junto con evidencia geológica actual, indica que el diluvio fue realmente *catastrófico* en todo sentido (cp. Gn. 7:10-24). Debido a la pecaminosidad del hombre, Dios destruyó a todo individuo y animal de tierra (excepto los que estaban en el arca), cubriendo todo el planeta con agua, hasta los picos de las montañas más elevadas (Gn. 7:19-20). (Para un examen bíblico y científico detallado del diluvio, véase John C. Whitcomb, hijo, y Henry M. Morris, *El diluvio del Génesis* [Barcelona: Editorial Clie, 1982]; para una defensa concisa de la doctrina bíblica de un diluvio universal, véase Morris, *Science and the Bible*, ed. rev. [Chicago: Moody, 1986], capítulo 3, “Science and the Flood”).

Impíos (cp. 2:6; 3:7; Jud. 4, 15, 18), del griego *asebeia*, es la caracterización de la humanidad antigua en una palabra, un término que se refiere a la falta total de reverencia, adoración o temor de

Dios (cp. Mt. 24:11, 24; 1 Jn. 4:1-3; 2 Jn. 7). Los padres de la iglesia primitiva lo usaban para describir a los ateos y herejes. Al igual que los falsos maestros de la época de Pedro, los **impíos** de los días de Noé, por medio de su rebelde inmoralidad, finalmente provocaron el juicio de Dios sobre sí mismos.

EL CASO DE SODOMA Y GOMORRA

y si condenó por destrucción a las ciudades de Sodoma y de Gomorra, reduciéndolas a ceniza y poniéndolas de ejemplo a los que habían de vivir impiamente, y libró al justo Lot, abrumado por la nefanda conducta de los malvados (porque este justo, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos), (2:6-8)

Para su tercer ejemplo histórico del juicio divino, el apóstol descendió a las pervertidas profundidades **de Sodoma y de Gomorra**. Estas eran a la vez las principales ciudades de la cuenca o llanura del Jordán (Gn. 13:12; 14:8; Dt. 29:23), localizadas en el valle de Sidim o mar salado, cerca del extremo sureste del Mar Muerto. Antes de la destrucción de Sodoma y Gomorra, el Génesis describe favorablemente la región como fértil, un lugar ideal para plantar cultivos y criar animales (13:8-10).

A causa del grave pecado de estas ciudades, Dios las **condenó** a la **destrucción**. El juicio descrito en Génesis 19:1-28 fue un paralelo en menor escala al del diluvio universal (que ocurrió más o menos cuatrocientos cincuenta años antes). Al igual que Noé y su familia, Lot y sus hijas fueron los únicos habitantes que escaparon. Todos los ciudadanos **de Sodoma y de Gomorra** fueron erradicados, esta vez por incineración y asfixia en vez de muerte por inmersión. Génesis 19:24-25 resume así el relato:

Entonces Jehová hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego de parte de Jehová desde los cielos; y destruyó las ciudades, y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades, y el fruto de la tierra.

La palabra traducida **destrucción** (*katastrophē*, de la cual el vocablo castellano *catástrofe* es una transliteración) indica derribar y arruinar totalmente. La devastación fue tan completa que redujo a ambas ciudades a nada más que **ceniza**. (La frase **reduciéndolas a ceniza** está descrita por una palabra en el original: [*tephrōsas*] un participio pasado de una raíz verbal que también se puede traducir “cubierto de ceniza”). Es más, el juicio de Dios fue tan definitivo que las ruinas siguen sin descubrirse, y la ubicación exacta de las ciudades todavía se desconoce. Es posible, pero sin sustento alguno, que fueran enterradas debajo de lo que ahora es la densa agua mineral en la parte sur del Mar Muerto. Que esta **destrucción** se refiere a más que muerte física está claro en el texto -paralelo en Judas 7, que afirma que las personas de esas ciudades “fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno”. No solo que el juicio divino enterró bajo cenizas los cuerpos de los habitantes, sino que hundió sus almas en el juicio eterno. Es a causa del castigo perpetuo que las ciudades son ejemplos, al igual que los ángeles caídos.

Aunque es probable que los ciudadanos de Sodoma y Gomorra conocieran el mensaje de justicia y juicio que Noé predicó luego del diluvio (trasmitido después del diluvio por Noé y su familia), no obstante lo rechazaron. En lugar de eso decidieron vivir en pecado y perversión, sobre todo en homosexualidad (Gn. 19:4-11). Más de veinte veces en la Biblia estas ciudades se usan como **ejemplo a los que habían de vivir impiamente** (véase Mt. 10:14, 15; 11:23, 24; Lc. 17:28-32). Dios usó las ciudades y su holocausto para enviar una inequívoca advertencia a generaciones futuras de

pecadores rebeldes; concretamente que los depravados no pueden ir tras la impiedad y al mismo tiempo escapar de la venganza de Dios y del juicio eterno (cp. 3:7, 10; Mt. 25:41; Ro. 1:18; 2:5, 8; Ef. 5:6; 1 Ts. 2:16; 2 Ts. 1:8; He. 10:26-27; Ap. 6:17).

Antes de la destrucción de Sodoma y Gomorra, Dios le hizo conocer a Abraham la maldad de estas ciudades (Gn. 18:20-21; cp. 13:13). En respuesta, el patriarca expresó su sincera preocupación por algunos individuos justos que pudieran aún estar viviendo allí. Imploró al Señor que retuviera su juicio por bien de ellos (Gn. 18:23-33). El Señor estaba dispuesto a preservar las ciudades si se pudieran hallar tan solo diez moradores justos. Pero cuando ni siquiera se pudo cumplir ese mínimo, el Señor destruyó la población malvada.

Como en el ejemplo anterior del diluvio, Pedro consoló a sus lectores recordándoles a aquellos que escaparon al castigo. Durante el diluvio, Dios preservó de manera misericordiosa a Noé y su familia. En este caso, durante la demolición de Sodoma y Gomorra, Dios **libró al justo Lot**, junto con sus dos hijas.

Aquellos que conocen el relato del Génesis podrían preguntarse por qué a **Lot** se le designa como **justo** no menos de tres veces en los versículos 7-8. Después de todo, cuando aparece por primera vez en la Biblia se le describe implícitamente como superficial, egoísta y mundano (Gn. 13:5-13). Durante los acontecimientos de Génesis 19 Lot demostró inequívoca debilidad moral e increíblemente mal juicio cuando, en lugar de los ángeles visitantes, ofreció a sus hijas a los lujuriosos sodomitas (vv. 6-8). Más tarde dudó cuando los ángeles lo instaron a salir inmediatamente de la ciudad (vv. 15-22). Incluso después de haber escapado a la ira de Dios, Lot mostró una conducta sorprendentemente pecaminosa, incluso con embriaguez e incesto (vv. 30-35).

Sin embargo, hay razones para designar a Lot como **justo** (es decir, un creyente). Por ejemplo, al igual que su tío Abraham (cp. Gn. 15:6; Ro. 4:3, 20-24), Lot era justo en el sentido de ser un creyente a quien Dios le había acreditado justicia por la fe del hombre. Esto no significaba que Lot o Abraham -estuvieran libres de pecado (véase Gn. 16:1-6 para un ejemplo de la desobediencia de Abraham), pero eran justos en sentido forense. Dios les imputó la justicia divina porque eran verdaderos creyentes (cp. Sal. 24:3-5; Fil. 3:9). Además Lot, al igual que Abraham, es una ilustración de justificación en el Antiguo Testamento.

Sin lugar a dudas, Lot también mostró varias señales de la obra del Espíritu Santo en su corazón. Por ejemplo, su reverencia hacia los ángeles santos que lo visitaron proporcionó un marcado contraste con los perversos proceder de sus vecinos (Gn. 19:1-8). Y aunque inicialmente dudó en salir de la ciudad, en última instancia obedeció la orden de Dios y hasta advirtió a sus yernos acerca de la inminente perdición (19:14). Además, cuando finalmente salió, obedeció negándose a mirar hacia atrás (cp. 19:17).

Pedro señala a continuación que Lot era justo de corazón, como se desprende del hecho de que estaba **abrumado por la nefanda conducta de los malvados**. Su odio por el pecado de quienes lo rodeaban era una señal segura de que se trataba de un creyente (cp. Sal. 97:10; 119:7, 67-69, 77, 101, 106, 121, 123; Pr. 8:13; Ro. 12:9). A veces Lot pudo haber sido materialista y moralmente débil, pero no quería ninguna parte de **la nefanda conducta** que caracterizaba a la cultura de esos hombres **malvados**. El término **nefanda** (*aselgeia*) significa “conducta escandalosa”, mientras que **malvados** (*athesmos*) denota acciones que son “sin restricciones” y “sin normas legales”, violando tanto la convicción de la conciencia como el mandamiento de Dios. La flagrante inmoralidad de sus conciudadanos había **abrumado** en gran manera a Lot; la palabra griega (*kataponeō*) transmite la idea de agotar a alguien por medio de desgaste y honda tribulación del alma.

La profundidad del abatimiento de Lot se encuentra en la declaración entre paréntesis de Pedro: **porque este justo, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos.** La palabra **afligía** (*basanizō*) literalmente significa “torturar”, y demuestra el enorme suplicio que Lot experimentaba por estar expuesto a la maldad que lo rodeaba. Pedro sabía que sus lectores, al vivir en medio de la cultura corrupta en que se hallaban, podían identificarse con la difícil posición de Lot. Las propias situaciones que vivían les angustiaban igualmente el alma mientras presenciaban los excesos inmorales de los falsos maestros y sus seguidores (cp. 2:18-20).

Así como Noé y su familia, Lot se enfrentó al pecado de su época y se negó a seguir las doctrinas demoníacas y las costumbres inmorales que impregnaban la sociedad antigua. Recordando el relato del juicio de Dios sobre Sodoma y Gomorra, Pedro advierte a sus lectores acerca de la perdición que enfrentarán todos los enemigos de Dios (y específicamente los falsos maestros). Sin embargo, al destacar la salvación de Lot, el apóstol al mismo tiempo consuela a los justos recordándoles que no tienen nada que temer.

EL PATRÓN DEL JUICIO

sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio; y mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia. (2:9-10a)

Ya antes en esta sección (en el v. 4) Pedro comenzó una larga cláusula condicional. Ahora, en los versículos 9 y 10 proporciona la conclusión: *si* (o ya que) Dios supo a quién juzgar y a quién rescatar en el pasado, entonces sin duda **sabe** cómo hacer lo mismo en el presente y el futuro.

Siglos antes de la época de Pedro, la Biblia estableció el patrón divino de juicio. El profeta Malaquías escribió:

Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve. Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada. Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho Jehová de los ejércitos (Mal. 3:16—4:3).

En pocas palabras, **el Señor sabe** cómo juzgar a los malvados mientras al mismo tiempo preserva a los que le pertenecen (cp. Mt. 13:36-43; 1 Ts. 4:13-18; 5:1-5).

Entonces para Pedro el patrón del juicio divino está claro. Primero hay consuelo en el hecho de que **el Señor sabe** cómo **librar de tentación a los piadosos**. Dios sabe cómo salvar a quienes le pertenecen; por tanto, ellos no tienen absolutamente nada que temer (Sal. 27:1; Pr. 1:33; Jn. 14:27; 2 Ti. 1:7; cp. Is. 8:12). En este contexto la palabra traducida **tentación** (*peirasmós*, que por lo general transmite el concepto de prueba) connota la idea de un ataque con intención de destruir. (Véase Mr. 8:11; Lc. 4:12; Hch. 20:19; y Ap. 3:10 para otros ejemplos en que *peirasmós* se usa en este mismo

sentido.) Los creyentes entonces son llamados a confiar en la sabiduría infinita y el poder soberano de su protector divino (cp. Ro. 8:28, 38-39).

Dios no solo sabe cómo rescatar a sus hijos sino también cómo **reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio**. Los está reservando **para el día del juicio** final y mientras tanto también son **castigados**. Los **injustos** son como prisioneros en la cárcel que esperan la sentencia final y la transferencia a su último destino. Mientras esperan, siguen acumulando más culpa (cp. Ro. 2:3-6). Ellos enfrentarán el **juicio** ante el gran trono blanco, el tribunal futuro donde Dios condena a todos los impíos de todas las épocas al infierno eterno, el lago de fuego (Ap. 20:11-15; cp. Mt. 11:22, 24; 12:36; Jn. 12:48; Hch. 17:31).

El Señor apunta **mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío**. De ahí que Pedro cierre el círculo del debate volviendo a contar dos características principales de los falsos maestros. Al igual que los malvados contemporáneos de Noé y Lot, los falsos maestros son esclavos del pecado. El griego indica que sus vidas se caracterizan por un continuo “ir tras la carne en degradante lujuria”. Son deshonestos, irrespetuosos y desagradables a Dios, pues persiguen activamente sus fantasías sensuales (como se mencionó antes en 2:2; cp. Jud. 6, 7) y ostentan con avidez sus irreverentes blasfemias (cp. 2:1). **Concupiscencia** se traduce de *miasmou*, que significa “contaminación”. La palabra castellana *miasma*, que significa fétido y malsano, se deriva de este término. **Señorío** (*kuriotēs*) significa “autoridad” (cp. Ef. 1:21; Col. 1:16; Jud. 8), y en este contexto indica que los falsos maestros rechazaron la autoridad soberana de Jesucristo sobre sus vidas. Según se analizó en el versículo 1, superficialmente se identificaban con Él pero se negaban a vivir de acuerdo con los mandamientos del Señor.

En consonancia con la inequívoca promesa de Dios, el juicio divino llegará finalmente sobre todos sus enemigos (cp. 1 Co. 15:25-26). El precedente histórico no deja lugar para la duda. Igual que en el pasado, Dios en última instancia destruirá a todos los que se le oponen, incluso a los falsos maestros y sus seguidores. No obstante, al mismo tiempo rescatará a los creyentes de tan aterrador fin. Este pasaje repite, por tanto, las palabras de Pablo a los tesalonicenses:

Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás; tanto, que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis. Esto es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis. Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros) (2 Ts. 1:3-10).

31. Criaturas nacidas para ser asesinadas

y desprecian el señorío. Atrevidos y contumaces, no temen decir mal de las potestades superiores, mientras que los ángeles, que son mayores en fuerza y en potencia, no pronuncian juicio de maldición contra ellas delante del Señor. Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales, nacidos para presa y destrucción, perecerán en su propia perdición, recibiendo el galardón de su injusticia, ya que tienen por delicia el gozar de deleites cada día. Estos son inmundicias y manchas, quienes aun mientras comen con vosotros, se recrean en sus errores. Tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón habituado a la codicia, y son hijos de maldición. Han dejado el camino recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad, y fue reprendido por su iniquidad; pues una muda bestia de carga, hablando con voz de hombre, refrenó la locura del profeta. Estos son fuentes sin agua, y nubes empujadas por la tormenta; para los cuales la más densa oscuridad está reservada para siempre. Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error. Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció. Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno. (2:10b-22)

Los pastores fieles protegen a sus rebaños. Trabajan duro día tras día para instruir, reprender, corregir y capacitar al pueblo de Dios (cp. 2 Ti. 3:16-17), llevando sus rebaños por la senda de la verdad (Sal. 119:105). Como el buen Pastor mismo, montan guardia incluso cuando los enemigos espirituales atacan (Hch. 20:28-32; cp. Jn. 10:13-14). La cobardía no es una consideración para ellos; tampoco lo es el acomodo. Después de todo, han recibido la comisión divina de pastorear “la grey de Dios [hasta que] aparezca el Príncipe de los pastores” (1 P. 5:2, 4).

Debido a que aman la verdad y cuidan de veras la salud de sus congregaciones, los verdaderos pastores siempre están recelosos de las falsas enseñanza. Reconocen la naturaleza mortal de las mentiras de Satanás: patrañas espirituales diseñadas para engañar, dividir y finalmente destruir al pueblo de Dios. Por eso es que los pastores fieles predicán la verdad y ponen el error al descubierto con tal tenacidad. Se dan cuenta de que la eternidad está en juego.

En esta línea, el puritano John Owen escribió:

A ellos [pastores] les corresponde preservar la verdad o doctrina recibida del evangelio y profesada en la iglesia, y defenderla contra toda oposición. Este es un fin principal del ministerio... Y el descuido pecaminoso de este deber es lo que ha causado la mayor parte de herejías y errores perniciosos que han infectado y arruinado a la iglesia. Aquellos, muchos de los cuales, cuyo deber era preservar la doctrina del evangelio integro en la profesión pública de este han “hablado cosas perversas, para arrastrar a los discípulos tras ellos”. Obispos, presbíteros,

maestros públicos, han sido los cabecillas de las herejías. Por eso este deber, especialmente en esta época, cuando las verdades fundamentales del evangelio están impugnadas en tanto lugar por parte de todo tipo de adversarios, se debe de una manera especial estar atentos (*Works*, ed. William Goold [Johnstone y Hunter: Edinburgh, 1850-53], XVI:81s. Citado en J. I. Packer, *A Quest for Godliness* [Wheaton, Ill.: Crossway, 1990], p. 64).

En otras palabras, los líderes fieles de la iglesia adoptan una postura agresiva contra los falsos maestros y sus doctrinas. No pueden aceptar o tolerar el error en el nombre del amor, ni pueden sencillamente pasarlo por alto. Al contrario, están llamados a “refutar a los que contradicen” (Tit. 1:9).

Pedro mismo era un pastor preocupado (1 P. 5:1-4), que con furia retórica respondía a los falsos maestros. Es más, muchos años antes Jesús le había encargado específicamente que alimentara al pueblo de Dios (Jn. 21:15-17). Ahora, al escribir su segunda epístola, el apóstol reservó las más fuertes palabras de reprensión divina para quienes sustituirían veneno espiritual por la leche pura de la Palabra (cp. 1 P. 2:2). Su puntiaguda descripción remata el retrato de los falsos maestros que comenzó en 2:1-3. (Al igual que ocurrió con la sección anterior, esta también se asemeja mucho a la epístola de Judas).

En este pasaje el Espíritu Santo no identifica específicamente los blancos de las críticas de Pedro. El texto ni siquiera ofrece una descripción detallada de los errores precisos que se refutan. Se deduce entonces que la diatriba del apóstol está destinada a ser aplicada de modo general a la enseñanza falsa en cualquier forma y época. Quienes propagan engaño doctrinal invitan a los más elevados niveles de denuncia divina: condenación que está merecida por al menos cinco razones: su arrogancia, costumbres, compensación, profecías y perversión de los falsos maestros.

SU ARROGANCIA

y desprecian el señorío. Atrevidos y contumaces, no temen decir mal de las potestades superiores, mientras que los ángeles, que son mayores en fuerza y en potencia, no pronuncian juicio de maldición contra ellas delante del Señor. Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales, nacidos para presa y destrucción, perecerán en su propia perdición, recibiendo el galardón de su injusticia, (2:10b-13a)

Desde la rebelión inicial de Satanás (cp. Ez. 28:17), el descaro ha sido la característica principal de los enemigos de Dios (cp. 1 Ti. 3:6). Los falsos maestros, por supuesto, no pueden ser la excepción a esta regla. Sus palabras y sus acciones revelan actitudes de arrogancia egocéntrica; son **atrevidos** e insolentes, como es típico de los no regenerados que son hijos del diablo. Son audaces y **contumaces** (*tolmētai*, literalmente “desafiadores” o “insensatos”) para desafiar a Dios exaltándose ellos mismos, sin importarles las consecuencias (p. ej., 2 Cr. 32:25; Est. 3:5; Dn. 4:30; 5:20, 22-23; Hch. 12:21-23). Están decididos a seguir su propio camino a cualquier precio, siendo tercos y **atrevidos** (*authadeis*), un término que connota engreimiento vanidoso y obstinación.

Para ilustrar el alcance de la arrogancia inquebrantable de tales individuos, Pedro observa que **no temen decir mal de las potestades superiores. Decir mal** (*blasphēmō*), vocablo del que la palabra *blasfemia* es una transliteración, significa “calumniar” o “hablar de manera ligera o profana de asuntos sagrados” (cp. 2 R. 19:4, 22; Sal. 74:18; 1 Ti. 1:20; Ap. 16:10-11). Y **potestades superiores** en este contexto se refiere a demonios (cp. Jud. 8), que son **potestades** (*doxa*, “glorias”) que poseen una existencia trascendental y sobrenatural, más allá del nivel humano (Ef. 6:12). Aunque estos

falsos maestros eran simples mortales, que por naturaleza son “un poco menor que los ángeles” (Sal. 8:5), con gran arrogancia se consideran a sí mismos superiores a los seres angelicales.

La Biblia muestra que los ángeles caídos conservan aún la huella de la majestad divina, una sombra de la gloria que tenían antes de la caída. En este sentido son como los hombres pecadores — que siguen conservando la imagen divina (Gn. 1:26; Sal. 8:5) y creación posterior a la caída — lo que evidencia su magnificencia dada por Dios (1 Co. 15:40-41). Por tanto, sigue habiendo una cantidad transcendente de dignidad para los demonios, a pesar de estar caídos. El apóstol Pablo sugiere esto cuando se refiere a los demonios como principados, poderes y gobernadores (cp. 2 Co. 10:3-5) delineando al menos tres niveles de majestad y autoridad dentro del reino demoníaco. Aunque no hay duda de que están subordinados a Dios, los ángeles caídos (bajo el liderazgo de Satanás) ejercen gran influencia y poder en este mundo (Jn. 12:31; cp. Ef. 2:2). Durante veintiún días un demonio poderoso impidió al valiente ángel Gabriel hacer la obra de Dios hasta que el arcángel Miguel y poderosos ángeles llegaron para ayudarlo (Dn. 10:13). Sin embargo, sin ningún temor los falsos maestros de la época de Pedro simplemente se burlaron de los demonios, suponiendo que ellos (como hombres caídos) eran de alguna manera superiores a los ángeles caídos.

Es necesario reconocer que muchos falsos profetas modernos en los sectores extremos del movimiento carismático hacen con ligereza sus fortunas supuestamente atando y condenando a los demonios, como si tuvieran verdadero poder sobre tales demonios. En realidad, se trata de falsos exorcistas como los “hijos de un tal Esceva” (Hch. 19:13-16) que calzan perfectamente en la descripción de Pedro. Los paganos desarrollan elaborados ardides para apaciguar a sus dioses demoníacos. No obstante, los maestros y predicadores que son falsos cristianos declaran descaradamente su autoridad sobre las fuerzas del infierno.

En contraste, incluso **los ángeles justos, que son mayores en fuerza y en potencia, no pronuncian juicio de maldición contra ellas** (las potestades superiores del v. 10) **delante del Señor**. Ya que no hay modificador, el término **ángeles** se refiere a los santos **que sin duda son mayores en fuerza y en potencia** que los hombres caídos o los demonios. Pero incluso desde su exaltada posición, los ángeles santos no irrespetan a sus homólogos caídos como hacen los falsos maestros. Por ejemplo, el poderoso arcángel Miguel, que “contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda” (Jud. 9). Al igual que Miguel, los creyentes no deberían confrontar solos a Satanás y sus secuaces. En vez de eso deberían buscar los poderes de intervención de Dios contra los demonios. Sin embargo, los falsos maestros, en marcado contraste, se muestran tan seguros de sí mismos, tan descarados y temerarios que hacen lo que ni siquiera Miguel “se atrevió a” hacer: injuriar directamente a las potestades superiores como si tuvieran autoridad sobre ellas. (Para más información sobre la lucha entre Miguel y Satanás, véase el análisis de Jud. 8-9 en el capítulo 3 de mi comentario de Judas).

Las imprudentes blasfemias a Dios y a los ángeles por parte de los falsos maestros demuestran que estos son **como animales irracionales** (cp. Jud. 10). Se les puede comparar a bestias que no tienen capacidad racional, que actúan únicamente por auto indulgencia y pasión irreflexiva. Los **animales** nacen como criaturas de instinto, lo que significa que sus reacciones al estímulo están programadas de antemano, insertadas por Dios en su composición genética (cp. Gn. 1:30). Puesto que actúan por instinto, los animales no son racionales; por tanto, no hacen contribuciones intelectuales a la sociedad. Es más, la mayoría de ellos tienen como papel principal en el sistema ecológico servir **para presa y destrucción**, proporcionando de este modo carne para otros miembros de la cadena alimentaria.

Los embaucadores espirituales, presentándose fraudulentamente como verdaderos maestros, exhiben ignorancia como la del animal, **hablando mal de cosas que no entienden**. Ridiculizan la verdad divina y la autoridad celestial, expresando cosas que ni siquiera entienden. Al igual que los animales, no hacen ninguna contribución positiva y en realidad servirían mejor a los demás estando muertos. De ahí que al final del versículo 12 se predice que ellos **perecerán en su propia perdición**. No escaparán a la futura ira de Dios. Cuando el fuego de Dios consuma al mundo entero con todas sus criaturas (3:7, 12), los falsos maestros también serán finalmente destinados **para presa y destrucción** al igual que las demás criaturas. Judas agrega que los malignos programas instintivos de estos falsos maestros serán destruidos (v. 11). Como enemigos de Dios, tras haber distorsionado intencionalmente el mensaje de la Palabra, enfrentarán castigo eterno en el lago de fuego (Ap. 20:9-15).

En realidad, el lago de fuego es donde los falsos maestros sufrirán para siempre la furia de la ira de Dios, **recibiendo el galardón de su injusticia**. (Esta frase no es la mejor traducción, ya que podría malinterpretarse que está mal que Dios los juzgue. El griego para **recibiendo** es *adikoumenoi*, un presente medio o forma verbal pasiva mejor entendida como significado “resultar perjudicado”, “ser dañado” o “ser ofendido” [cp. Ap. 2:11]). De ese modo personifican la ley de la siembra y la cosecha: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gá. 6:7; cp. Os. 10:12-13). Los que se dedican a la falsa doctrina, exhibiendo un enfoque fanfarrón hacia las cosas espirituales, serán castigados eternamente por sus transgresiones (cp. Jer. 8:1-2; 14:15; 29:32).

SUS COSTUMBRES

ya que tienen por delicia el gozar de deleites cada día. Estos son inmundicias y manchas, quienes aun mientras comen con vosotros, se recrean en sus errores. Tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón habituado a la codicia, y son hijos de maldición. (2:13b-14)

Como regla general, los pecadores tienden a cometer actos depravados en la noche: “Los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan” (1 Ts. 5:7). Según los historiadores, la pagana sociedad romana toleraba la disipación y la juerga, siempre y cuando se limitaran discretamente al amparo de las tinieblas. Pero el libertinaje era mal visto y desaprobado durante el día cuando todos lo podían presenciar. Debido a su naturaleza pública, tal comportamiento se consideraba inapropiado, incluso por parte de incrédulos romanos. No obstante, los falsos maestros de la época de Pedro estaban tan consumidos por la lujuria, la codicia y el vicio que consideraban **delicia el gozar de deleites cada día**, sin querer esperar hasta el anochecer.

A consecuencia de la pasión que mostraban por la perversión, Pedro comparó a estos charlatanes espirituales con **inmundicias y manchas**, dos términos que hablan de lugares sucios, defectos, sarna y cosas enfermas. Como llagas malignas, los falsos maestros **se recrean en sus errores** y disfrutaban abiertamente del fruto de su pecado. Al mismo tiempo engañan a quienes caen bajo la influencia de su enseñanza (Ro. 16:18; 2 Ti. 3:13; Jud. 16-19; cp. Jer. 23:26; 2 Co. 11:13; 2 Ts. 2:10), promoviendo activamente la maldad en las vidas de sus seguidores.

Para empeorar las cosas, los falsos maestros introducen su lascivia en la Iglesia, y de manera resuelta **comen con** los santos. **Comen** (*suneuōcheomai*) significa también “estar de parranda” o “entretenerse juntos”, como en una comida pública. Aquí podría referirse a una fiesta de amor de la iglesia que acompañaba a la Santa Cena (cp. el análisis sobre Jud. 12a en el capítulo 3 de mi

comentario de Judas). Fingiendo fe en Cristo, los falsos maestros deseaban tener un lugar legítimo en la mesa. Pero en realidad eran una influencia contaminante. En otra parte del Nuevo Testamento, como una protección contra tales intromisiones, el Espíritu Santo advierte a los creyentes que efectúen comidas especiales en la iglesia con propiedad (1 Co. 11:20-22), a cuidarse de falsos maestros que podrían querer infiltrarlos (Mt. 7:15; cp. Hch. 20:28-31; 1 Co. 16:13), y a que se alejen de tales individuos (2 Jn. 9-11).

En el versículo 14 Pedro cambia el enfoque de la conducta pública de los falsos maestros a sus pensamientos y acciones en privado. **Tienen los ojos llenos de adulterio** indica que estos farsantes espirituales ya no poseían ninguna disciplina moral; ni siquiera podían mirar a una mujer sin verla como un objeto potencial de su adulterio o fornicación (cp. Mt. 5:28). En pocas palabras, la lujuria que exhibían era insostenible e insaciable, una forma atroz de lascivia que estaba llena de deseos pecaminosos.

No obstante, incluso como depredadores amenazantes, los falsos maestros siguen ganando adeptos dentro de la Iglesia. Como agentes de Satanás, **seducen a las almas inconstantes**, ensañándose con los débiles espirituales (cp. Stg. 1:6), convenciéndolos de creer mentiras doctrinales, y atrayéndolos hacia estilos libertinos de vida. La palabra **seducen** (*deleazō*) literalmente significa “atrapar con un cebo”, y la imagen de la palabra es inconfundible. Los falsos maestros, al igual que los pescadores con el uso de un señuelo, engañan a sus víctimas haciéndoles creer engaños. Bajo el disfraz de ministerio auténtico apuntan hacia los incautos (cp. 2 Ti. 3:6-8) espiritualmente inmaduros, sin discernimiento o incrédulos. Pedro sabía que solamente un fundamento firme en la Palabra de Dios constituía una defensa segura contra las tácticas de estos farsantes (1 P. 2: 1-3; cp. Ef. 4:14; 1 Jn. 2:13).

Más allá de los favores sexuales, los falsos maestros de la época de Pedro también estaban interesados en acumular riqueza. La frase **tienen el corazón habituado a la codicia** indica que su inmoralidad siempre estaba acompañada por avaricia. **Habituado** (*gumnazō*), de donde se deriva la palabra *gimnasio* en español, es un término atlético que significa “ejercicio” o “disciplina”. Como verbo presenta una inquietante descripción de los falsos maestros. William Barclay explica:

El cuadro es terrible. La palabra que usa para *entrenado* se usa de los atletas que se ejercitan para los juegos. Aquellas personas han entrenado sus mentes de hecho para que no se concentren más que en deseos prohibidos. Han peleado deliberadamente con su conciencia hasta destruirla; [han luchado intencionadamente con sus mejores sentimientos hasta conseguir estrangularlos; han luchado deliberadamente con Dios hasta echarlo de la vida; han luchado deliberadamente con sus sentimientos más finos hasta que los han estrangulado; se han entrenado deliberadamente para concentrarse en las cosas prohibidas. Sus vidas han sido una batalla terrible para destruir la virtud y capacitarse en las técnicas del pecado] (*William Barclay, Comentario al Nuevo Testamento* [Barcelona: Editorial Clie, 1999], p. 1024; cursivas en el original).

Sin lugar a dudas, Pedro entendía que las acciones de estos individuos no eran accidentales. Sus infracciones eran delitos premeditados, no lapsos momentáneos de juicio. Como autores intelectuales del pecado, los falsos maestros habían planeado sus ataques y habían motivado sus corazones hacia fines sensuales y materialistas.

Con disgusto comprensible, el apóstol responde con un apelativo cortante pero apropiado: **hijos de maldición**. Como mentirosos e hipócritas, los falsos maestros personifican a aquellos a quienes Dios ha maldecido al infierno. La frase de Pedro es un hebraísmo que expresa la idea de que los seres humanos son “hijos” de cualquier influencia que tenga dominio en sus vidas (cp. Gá. 3:10, 13; Ef.

2:1-3; 1 P. 1:14). Como siervos de Satanás y esclavos del pecado fueron correctamente denunciados como hijos de la maldición del infierno.

SU COMPENSACIÓN

Han dejado el camino recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad, y fue reprendido por su iniquidad; pues una muda bestia de carga, hablando con voz de hombre, refrenó la locura del profeta. (2:15-16)

El diccionario define *compensación* como un incentivo para hacer algo, o como un motivador para realizar una tarea. En el caso de los falsos maestros, Pedro reveló que el principal incentivo de ellos era y es el beneficio personal. En pocas palabras, su compensación era realmente una etiqueta de precio: los motivaba el dinero, como ya se había observado en los versículos 3 y 14. A fin de ilustrar más este punto, Pedro compara a los falsos maestros con el falso profeta Balaam del Antiguo Testamento (Nm. 22-24; cp. Jud. 11).

Los falsos maestros, al igual que Balaam antes que ellos, **han dejado el camino recto. El camino recto** es una metáfora del Antiguo Testamento que indica obediencia a la Palabra de Dios (Gn. 18:19; 1 S. 12:23; Job 8:19; Sal. 18:30; 25:9; 119:14, 33; Pr. 8:20, 22; cp. Hch. 13:10). **Dejado** describe una rebelión directa y deliberada contra las Escrituras. Al rechazar la Palabra de Dios, los falsos maestros de la época de Pedro se negaron a andar en obediencia, eligiendo a su vez extraviarse del rumbo a pesar de las consecuencias eternas (cp. Jud. 13). Al hacer eso estaban **siguiendo** insensatamente **el camino de Balaam hijo de Beor**.

La historia de **Balaam** es un ejemplo clásico de un profeta que estaba motivado por el beneficio económico. Después de ser contratado por Balac, el rey de Moab, Balaam intentó maldecir al pueblo de Israel cuando vagaban por el desierto (Nm. 22:1-6). Balac veía a los israelitas como una amenaza militar y esperaba derrotarlos con la ayuda de Balaam. Este individuo se había ganado una reputación como profeta a sueldo, y era de una ciudad junto al río Éufrates donde eruditos han encontrado evidencia de una secta de profetas cuyas actividades se asemejaban a las costumbres de Balaam.

En la primera mitad de Números 22, Balaam parece ser un profeta fiel (vv. 7-21). Sin embargo, incluso en este pasaje sus tácticas parecen sugerir que esperaba negociar un pago mayor de parte de Balac antes de realizar su servicio profético (v. 13). Por supuesto, al final Balaam no maldijo a Israel sino que lo bendijo. A pesar de todo, estaba más que dispuesto a aceptar las riquezas de Balac (vv. 18, 40; 24:13) porque **amó el premio de la maldad** (cp. Pr. 11:18). Si Dios no hubiera intervenido a favor de Israel, Balaam habría pecado voluntariamente para su propio beneficio material (cp. Dt. 23:4-5).

Aunque Balaam afirmó hablar solamente las palabras de Dios, el Señor sabía que deseaba maldecir a Israel a cambio de dinero. A causa de su codicia, Balaam **fue reprendido por su iniquidad**. Mientras el falso profeta cabalgaba sobre su **muda bestia de carga**, el Señor hizo milagrosamente que el animal hablara **con voz de hombre** (Nm. 22:22-35) lo cual **refrenó la locura del profeta**. El término traducido **locura** (*paraphronia*) literalmente significa “al lado de la propia mente”. En otras palabras, Balaam era tan codicioso que estaba “al lado de sí mismo”. Su amor por el dinero lo había llevado a actuar de manera irracional (cp. 2 Co. 11:23).

Además de la codicia, Balaam también estaba motivado por la inmoralidad sexual. Cuando su intento de maldecir a Israel falló, el **profeta** trató de arruinar a los hebreos por medio de corrupción moral. Usó su influencia para promover relaciones que Dios había prohibido estrictamente (Éx. 34:12-16; Dt. 7:1-4; Jos. 23:11-13; Esd. 9:12; cp. Éx. 23:32), es decir, matrimonios entre los

israelitas y sus vecinos paganos, los moabitas y los madianitas (Nm. 25; 31:9-20). En Números 31:16, Moisés identifica a Balaam como una importante influencia corruptora: “He aquí, por consejo de Balaam [las mujeres paganas] fueron causa de que los hijos de Israel prevaricasen contra Jehová en lo tocante a Baal-peor, por lo que hubo mortandad en la congregación de Jehová” (cp. Nm. 25:1-3). Balaam animó a los israelitas a practicar idolatría, inmoralidad y matrimonios mixtos en un segundo intento por destruirlos, esta vez mediante la asimilación dentro de la sociedad cananea pagana. La apostasía del profeta no solo atacó la santidad de Dios, sino que también amenazó la misma existencia de su pueblo elegido. Aunque Balaam lo sabía muy bien, permitió que los impulsos carnales guiaran sus decisiones. Y como resultado padeció la definitiva pena de muerte (Nm. 31:8; cp. Pr. 13:15).

SUS PROFECÍAS

Estos son fuentes sin agua, y nubes empujadas por la tormenta; para los cuales la más densa oscuridad está reservada para siempre. Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error. Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció. (2:17-19)

Tres características principales siempre han marcado el estilo de ministerio de los falsos maestros. Primera, son autoritarios (Jer. 5:31), gobernando invariablemente a sus iglesias de una manera dominante (cp. 3 Jn. 9-10), y denunciando con firmeza a quienes les cuestionan su autoridad. Para empeorar las cosas, siempre les falta capacitación formal u ordenación reconocida, y actúan más allá de cualquier responsabilidad bíblica o teológica legítima.

Segunda, los falsos maestros ministran en una forma centrada en el -hombre (Jer. 23:16, 26; Ez. 13:2), satisfaciendo lo que creen que las personas quieren oír y aceptar (cp. Is. 30:10; 2 Ti. 4:3-4). En consecuencia, predicán sus propias visiones (Lm. 2:14; Ez. 13:9; Zac. 10:2; Col. 2:18) de salud, riqueza, prosperidad y falsa paz (Jer. 6:14; 23:17; Ez. 13:10, 16). El verdadero maestro resalta la santidad de Dios, la pecaminosidad del hombre, y la desesperada condición resultante. Sin embargo, los falsos maestros prefieren mensajes de su propia elaboración: melosos engaños que apelan a los apetitos carnales de sus oyentes.

Tercera, los falsos maestros tratan con desprecio a las doctrinas históricas de la Iglesia basadas en las Escrituras (cp. Jer. 6:16). En lugar de predicar la ortodoxia bíblica, promocionan sus propias y autoproclamadas novedades, metodologías y doctrinas. A propósito, se distancian del pasado, refrendando con arrogancia algún enfoque recién inventado para ministrar, y a menudo afirman revelación privada de parte de Dios en defensa de sus tesis humanas.

Sin lugar a dudas, todas estas tres características correspondían a los falsos maestros de la época de Pedro. Pero el apóstol no resultó engañado por el carisma o los trucos de los farsantes. Él los conocía por lo que realmente eran: **fuentes sin agua, y nubes empujadas por la tormenta** (cp. Jud. 12b).

Al describir a los falsos maestros Pedro eligió dos metáforas que representan agua, el elemento natural más esencial en el árido Oriente Medio. Debido a su relativa escasez y su vital importancia, el agua proporcionaba el ejemplo perfecto de sustento espiritual. Es más, el Señor Jesucristo había usado esta misma metáfora años antes cuando prometió a sus discípulos: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (Jn. 7:37-38).

Por tanto, como espejismos en el cálido desierto arenoso, Pedro describe a los falsos maestros como aquellos que prometen lo que no cumplen. Son **fuentes sin agua** que no ofrecen nada más que falsas esperanzas de alivio a los sedientos espirituales. También los trata como **nubes empujadas por la tormenta**. En la región mediterránea oriental la brisa marina trae periódicamente niebla que parece indicar lluvia. Pero a veces la humedad atmosférica se mantiene solo brevemente y no produce lluvias importantes. La tierra queda reseca y árida; los habitantes quedan desilusionados. Al igual que esas **nubes**, los falsos maestros no tienen sustancia ni proveen refrigerio transformador de vida (cp. Jud. 12).

Sin titubear, Pedro volvió a anunciar el terrible juicio que espera a los falsos maestros: **para los cuales la más densa oscuridad está reservada para siempre** (cp. Jud. 13). La **densa oscuridad** mencionada aquí se refiere al infierno, el lugar de castigo eterno donde coexisten el fuego (Mt. 13:42; 25:41) y las tinieblas (Mt. 8:12; 22:13).

A pesar del hecho de que no tienen sustancia espiritual para ofrecer, los falsos maestros invariablemente afirman tener gran sabiduría y conocimiento, **hablando palabras infladas y vanas**. Engañan a sus seguidores a través de su extravagante verborrea y su rimbombante retórica, haciéndolos creer que poseen profunda erudición teológica, insondable visión espiritual, e incluso revelaciones de parte de Dios. Con tales “verdades” deslumbran a sus víctimas (Judas llamó “estrellas errantes” a tales individuos, v. 13), aunque en realidad no dicen nada que sea verdaderamente divino y, como un meteorito, se desvanecen en la oscuridad (cp. Jud. 13b). En la Iglesia de hoy estas **palabras infladas y vanas** (cp. 1 Ti. 1:5-6; 6:3-5; 2 Ti. 2:14-18; Tit. 3:9) incluyen el vocabulario florido del ritualismo religioso, las complicadas doctrinas de las sectas pseudocristianas, y los razonamientos académicos del liberalismo dominante.

Igual que en la época de Pedro, los falsos maestros contemporáneos **seducen** a sus oyentes **con concupiscencias de la carne y disoluciones**, usando su vocabulario vacío y arrogante. No se preocupan por llevar la verdad a la mente de las personas; en cambio apuntan a sus lujurias, ofreciéndoles un mensaje carnal orientado en sensaciones que alimentan los instintos sensuales de los oyentes. A menudo tales maestros poseen un encanto personal y un atractivo carismático que otras personas, especialmente mujeres susceptibles, encuentran encantador (cp. 2 Ti. 3:1-6; 4:3-4).

Los individuos que siguen a los falsos maestros son **los que verdaderamente habían huido de los que viven en error**. En otras palabras, son hombres y mujeres que a través de determinación moral están tratando de mejorar su situación. Incluyen a personas que batallan con relaciones destrozadas, que luchan con “necesidades emocionales sentidas”, y que desesperadamente anhelan alivio de la culpa, la ansiedad y el estrés. Están insatisfechas con el estilo de vida **de los que viven en error** (la multitud promedio de humanidad no regenerada) y buscan una mejor manera de vivir (cp. Mr. 10:17-22) o alguna forma de experiencia religiosa (cp. Hch. 8:18-24). Pero eso no significa que sean verdaderamente redimidos. Es más, en medio de su desesperación, soledad e intentos de mejoramiento personal son sumamente susceptibles a las explotaciones seductoras de los falsos maestros.

Cuando atraen a estas personas, los falsos maestros les **prometen libertad** y victoria mientras **son ellos mismos esclavos de corrupción**. Sus vacías promesas incluyen liberación, propósito, prosperidad, paz y felicidad. Sin embargo, **ellos mismos** ni siquiera poseen tales bendiciones. En realidad, son esclavos de su lujuria, **porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció**. Se encuentran tan rematadamente dominados y controlados por su naturaleza pecaminosa (Jn. 8:34; Ro. 6:16) que su enseñanza es vacía de cualquier poder divino. A pesar de que ofrecen libertad, son esclavos del pecado y totalmente incapaces de otorgar verdadera libertad espiritual

porque rechazan a Jesucristo, el único que puede liberar realmente el alma (Jn. 8:31-32, 36; Ro. 8:2; Gá. 5:1; He. 2:14-15; cp. Stg. 1:25).

SU PERVERSIÓN

Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno. (2:20-22)

Sin lugar a dudas, los falsos maestros de la época de Pedro eran individuos externamente religiosos. Habían profesado fe en Jesucristo y tal vez convencían a otros de que sabían mucho más acerca de Él de lo que en realidad era cierto. De otro modo no habrían podido infiltrarse de forma tan eficaz en la iglesia.

En la búsqueda de la religión, específicamente el cristianismo, **ciertamente ellos** escaparon **de las contaminaciones del mundo**. **Contaminaciones**, o “poluciones”, es *miasma*, una palabra cuya transliteración al español transmite el mismo significado que en el griego: “Volátil exhalación que antiguamente se creía que causaba enfermedad... influencia o ambiente que tiende a agotar o corromper”. El sistema depravado **del mundo** produce, por así decirlo, vapores venenosos, males infecciosos y vicios morales en todas las formas imaginables. La humanidad perdida está muy contaminada por la inmoralidad y la vanidad del mundo, y algunos, como aquellos que se convierten en falsos maestros, tratan de escapar a él. Lo hacen **por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo**, hallando refugio temporal en la iglesia. Tal **conocimiento** constituye una acertada sensibilización *acerca de* Cristo, pero de ninguna manera un conocimiento salvador *de* Él (Mt. 7:21-23; He. 6:4-6; 10:26-29). Por tanto, los esfuerzos de estas personas a la larga resultan en nada más que reforma moral temporal y superficial a través de religión, la religión del cristianismo nominal, vacío de fe y arrepentimiento verdaderos.

Es evidente que los falsos maestros no están realmente en Cristo porque **enredándose otra vez en** las contaminaciones del mundo **son vencidos**. No son los vencedores de los que el apóstol Juan escribió en su primera epístola (1 Jn. 5:4-5) o en el libro del Apocalipsis (2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21). Puesto que no hay verdadera salvación para ellos, ni han recibido gracia para vencer el poder del pecado (Ef. 1:7), para andar en el Espíritu Santo (1 Co. 2:12-13; Ef. 2:8-10), y para perseverar en la fe (Fil. 2:12-13; 2 Ts. 1:11-12), se hunden de nuevo en la contaminación del mundo y rechazan por completo el evangelio de la salvación. Este **postrer estado viene a ser** muchísimo **peor que el primero**. Después de todo, aquellos que entienden la verdad y, sin embargo, la -abandonan -enfrentarán mucho mayor juicio que quienes nunca la han oído (cp. Mt. 10:14-15; 11:22-24; Mr. 6:11; Lc. 12:47-48).

En consecuencia, mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado (cp. Mt. 26:24). El camino de la justicia es la fe cristiana (véase el estudio de 2:2 en el capítulo 29 de esta obra). Debido a la mayor condenación que enfrentan, a los falsos maestros les vendría mejor no haber oído acerca de la Biblia y la doctrina que, después de considerarla, haberla rechazado. Su insincera consideración del evangelio les proporciona acceso a la enseñanza divina en la Palabra de Dios, el santo mandamiento (cp. Éx. 24:12; Dt. 6:1, 25; Jos. 22:5; 2 R. 17:37; Sal. 19:8; 119:96; Pr. 6:23; Mt. 15:3; Jn. 12:50; Ro.

7:12; 16:26; 1 Jn. 2:7). Pero en última instancia renuncian a Cristo y su fe salvadora. Por tanto, desprecian el único camino verdadero de salvación y en consecuencia quedan sin ninguna esperanza de vida eterna. El escritor de Hebreos ofrece una advertencia parecida contra la apostasía:

Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio (He. 6:4-6; cp. Mt. 13:3-7; Jn. 6:60-66).

Más adelante en esa carta, el escrito reitera la misma verdad en diferentes palabras:

Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo! (He. 10:26-31).

(Para un comentario sobre los pasajes de Hebreos, véase *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Hebreos y Santiago*, [Grand Rapids: Portavoz, 2014], pp. 165-168, 287-291).

Los maestros apóstatas, como Pedro los describe, en realidad se desarrollan dentro de la iglesia donde en parte exhumados del fango de la maldad en la sociedad, oyen la verdad pero al final la rechazan. Así como Judas Iscariote, se reproducen en proximidad a Jesucristo y su Palabra, cubriéndose en la fingida justicia de la hipocresía. En última instancia usan a la iglesia únicamente para sus propios fines egoístas, como parásitos espirituales, tratando seductoramente de arrastrar con ellos a tantos como sea posible, para malvada satisfacción de las huestes de Satanás (cp. 1 Ti. 4:1-2).

En una última imagen de la despreciable naturaleza de los falsos maestros, Pedro los describe usando representaciones gráficas del reino animal. Su primera analogía de lo que **les ha acontecido** a ellos es **lo** que dice el **verdadero proverbio** (Proverbios 26:11): **El perro vuelve a su vómito**. La segunda tal vez la tomó prestada de un antiguo adagio secular: **la puerca lavada vuelve a revolcarse en el cieno**. En tiempos bíblicos los perros y los cerdos eran animales despreciables (cp. Job 30:1; Sal. 22:16; Mt. 7:6; Lc. 16:21). A los perros, por ejemplo, casi nunca los tenían como mascotas domésticas porque por lo general eran animales callejeros semisalvajes, a menudo sucios, enfermos y peligrosos (cp. 1 R. 14:11; 21:19, 23-24; Is. 56:11; Ap. 22:15). Vivían en los basureros y estaban dispuestos a comerse **su propio vómito**. No sorprende entonces que los judíos trataran a los perros con desprecio y disgusto. Los cerdos de igual modo representaban la suciedad, siendo los seres más bajos en inmundicia para los judíos (cp. Lc. 15:15-16). Esto principalmente se debía a que la ley mosaica los declaraba ceremonialmente inmundos (Lv. 11:7; Dt. 14:8). La comparación de Pedro es entonces inconfundible: Los falsos maestros son la personificación de la inmundicia y de la obscenidad espiritual.

Tristemente el cristianismo contemporáneo cuenta con muchos individuos como los que Pedro describe en este pasaje. Estos han ido tras mejoramiento personal y reforma moral en su búsqueda de experiencias espirituales y religiosas. Muchos de ellos se han convertido en maestros, predicadores y profetas designados por sí mismos dentro de la iglesia profesante. Por desgracia, igual que perros

sucios o cerdos inmundos, finalmente regresan a sus antiguos estilos de vida, rechazando así al Único que puede reformarlos de veras. Quienes se convierten en líderes espirituales son en realidad falsos maestros motivados por sus propios intereses egoístas y sus deseos sensuales. Al considerarles el carácter abominable y la condenatoria influencia, la advertencia de Pedro es clara: ¡Aléjense de los falsos maestros y desenmáscárenlos! Los creyentes genuinos deben escuchar a los verdaderos apóstoles y profetas, no a los falsos (3:1-2).

32. La certeza de la Segunda Venida

Amados, esta es la segunda carta que os escribo, y en ambas despierto con exhortación vuestro limpio entendimiento, para que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles; sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. (3:1-10)

Jesucristo *va* a regresar.

A lo largo de los siglos, la realidad de esa maravillosa promesa ha conformado el meollo de la expectativa cristiana. Esa es la esperanza bendita de la Iglesia (Tit. 2:11-14), su máximo anhelo (cp. Ro. 8:23), y el gran clímax de la historia salvadora (Mt. 25:31-46), un tiempo de redención para los creyentes (Ef. 4:30) y el momento de juicio para los enemigos de Dios (2 Ts. 2:1-12). También marca el inicio del reino terrenal de Cristo (Ap. 20:6), durante el cual los santos reinarán con Él en santidad (2 Ti. 2:12; Ap. 5:10). La esperanza de -resurrección corporal (1 Ts. 4:13-18), la recompensa espiritual (cp. Mt. 25:21, 23), y un sistema mundial justo (Is. 9:6-7) están todos vinculados al regreso de Jesús. No es de extrañar entonces que la iglesia primitiva encontrara gran consuelo en la Segunda Venida. Después de todo, los lectores de esta epístola ya habían soportado

mucha persecución fuera de la iglesia (cp. 1 P. 4:12-14). Ahora estaban experimentando problemas internos por parte de los falsos maestros. Por tanto, anhelaban el regreso de su Salvador, el Juez que enderezaría todas las cosas (cp. 2 Ti. 4:7-8). Según explica un escritor:

La esperanza de la venida de Cristo era de gran importancia para la iglesia primitiva. En realidad, su certeza era tan real que los creyentes del siglo I se saludaban entre sí con el término “Maranata”, que significa “el Señor viene”. En lugar de estar asustados por tal posibilidad, se aferraban a ella como a la culminación de todos sus sufrimientos. Como es lógico, el Nuevo Testamento refleja esta intensa expectativa refiriéndose al regreso de Jesús, sea directa o indirectamente, en cada libro del Nuevo Testamento excepto Filemón y 3 Juan (Nathan Busenitz, *Living a Life of Hope* [Ulrichsville, Ohio: Barbour Books, 2003], p. 122).

Desde luego, el diablo también reconoce cuán importante es esta doctrina para la Iglesia. Cuando los cristianos viven en la expectativa del regreso prometido de Cristo demuestran celo y entusiasmo espiritual, reconociendo que pronto darán cuenta a su Maestro (Ro. 13:11; 1 Ti. 6:14; 2 Ti. 4:5). Como escribiera el apóstol Juan, se trata de una esperanza purificadora (1 Jn. 3:3). Sin embargo, cuando los creyentes se olvidan de la Segunda Venida y en su lugar empiezan a enfocarse en las cosas de este mundo, se absorben en lo temporal y se vuelven apáticos y fríos hacia lo eterno. Satanás sabe que si logra que la Iglesia subestime la importancia del regreso de Cristo, o incluso que niegue por completo su realidad, puede quitar una fuente muy significativa de esperanza y motivación cristiana. Para tal fin el diablo instala continuamente escépticos y falsos maestros dentro de la iglesia, hombres que rechazan, minimizan o alteran la promesa de Jesús. Tales cínicos que hoy día plagan la cristiandad también estaban alrededor en la época de Pedro. (Para un enfoque más detallado de la venida del Señor y de quienes la niegan, véase John MacArthur, *La Segunda Venida* [Grand Rapids: Portavoz, 1999]).

En 3:1-10, Pedro responde directamente a los ataques de los falsos maestros. En primer lugar, considera los argumentos falaces que hacían contra la Segunda Venida. A continuación, contesta esas acusaciones, proporcionando argumentos opuestos que apoyan el regreso de Cristo. Por último, el apóstol finaliza asegurando a sus lectores que, a pesar de lo que digan los herejes, el juicio futuro de Dios es seguro.

ARGUMENTOS EN CONTRA DE LA SEGUNDA VENIDA

sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. (3:3-4)

En su descarado rechazo del regreso de Cristo, los falsos maestros de la época de Pedro comenzaron negando la Palabra de Dios. Aunque reconocían **la promesa de su advenimiento** (véase el estudio de los vv. 1-2 a continuación; 3:15-16; cp. Mt. 10:23; 24:29-31, 42; 25:31; Mr. 8:38; Hch. 1:10-11; 3:20-21; 1 Co. 4:5; Fil. 3:20; 1 Ts. 1:10; 5:23; 2 Ti. 4:1; Tit. 2:13; He. 9:28; 1 P. 5:4; 1 Jn. 2:28; Ap. 16:15), simplemente la menospreciaban como falsa. En vez de someterse a la propia revelación de Dios, los falsos maestros rechazaban de plano la realidad de la segunda venida de Jesús, de manera simultánea y para su propia satisfacción pecaminosa, haciendo caso omiso a cualquier idea futura de rendición de cuentas (cp. 1 P. 5:1-4). Como resultado, se burlaban de los que eran justos, alardeaban de su propia inmoralidad, y de manera insensata se aferraban a una visión uniformista del mundo. El

apóstol analizó cada uno de estos tres factores (burlas, inmoralidad y filosofía uniformista) para sus lectores, a medida que desenmascaraba la verdadera motivación de los corazones de los falsos maestros.

BURLAS

sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, (3:3a)

A lo largo de la historia de la Iglesia los falsos maestros han tratado habitualmente de intimidar a los fieles actuando como **burladores** despectivos mediante el menosprecio sarcástico. En este caso, la esperanza de la venida de Jesús sufría la peor parte del escarnio.

Sin lugar a dudas, la iglesia primitiva creía que el regreso de Cristo era inminente. El apóstol Pablo, por ejemplo, creía que esto iba a ocurrir incluso en el transcurso de su vida (cp. 1 Ts. 4:17), opinión que probablemente tenían todos los discípulos. Como seguidores de Cristo, anhelaban reunirse con su Señor y ver su reino establecido en la tierra.

Pero el paso del tiempo amenazó pronto la sensación de expectativa de la iglesia. Al parecer algunos de los cristianos a quienes Pedro escribió estaban comenzando a dudar incluso de que Jesús regrese algún día. Les preocupaba que su esperanza no fuera tan segura como habían creído al principio.

Los falsos maestros, desde luego, se apresuraron a sacar provecho de tales temores, plantando semillas de nuevas dudas y alimentando ansiedad -apocalíptica. Como línea inicial de defensa, Pedro comenzó recordando a sus lectores que sabían **primero esto**. La frase **primero esto** no se refiere a secuencia cronológica, sino más bien a prioridad máxima. Antes de desarrollar sus argumentos opuestos, el objetivo principal del apóstol fue advertir a sus lectores acerca de las tácticas de los falsos maestros, en concreto que estaban negando resueltamente el regreso de Cristo con el fin de satisfacer sus propias proezas sin enfrentar consecuencias. (Para un estudio sobre cómo Pablo respondió a preocupaciones similares con relación al regreso de Cristo, véase la exposición de 1 Tesalonicenses 4:13-18 y 2 Tesalonicenses 2:1-5 en John MacArthur, *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: 1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito* [Grand Rapids: Portavoz, 2012]).

El apóstol continuó con la expresión común del Nuevo Testamento **en los postreros días**, una frase que se refiere a todo el tiempo entre la primera y la segunda venida de Cristo (cp. Hch. 2:17; 2 Ti. 3:1; He. 1:2; Stg. 5:3; 1 P. 1:20; 1 Jn. 2:18; Jud. 18). A todo lo largo de ese prolongado período **vendrán burladores** que tratarán de socavar la confianza de la Iglesia en el regreso de Cristo. A pesar de que Pedro usa la forma del tiempo futuro de *erchomai* (**vendrán**), no estaba limitando las actividades de los **burladores** a algún día futuro lejano. Al contrario, estaba indicando la seguridad de la presencia de tales individuos dentro de la Iglesia. Siempre ha habido aquellos que se burlan de la promesa de juicio o de liberación (cp. Is. 5:18-19; Jer. 17:15; Ez. 12:21-24; Mal. 2:17). Y tales blasfemias continuarán hasta el final de la historia redentora (cp. Jud. 18-19).

Para resaltar su idea, Pedro indica que **vendrán burladores** que se reirán de la verdad. Por medio de sus burlas sin sentido, incluso hoy día los falsos maestros atacan la promesa de Cristo y a cualquiera que la cree. El argumento que esgrimen no es sano ni lógico; más bien es una forma despiadada de intimidación que ridiculiza a los cristianos llenos de esperanza como individuos tontos y mal informados.

INMORALIDAD

andando según sus propias concupiscencias, (3:3b)

Sea que los falsos maestros lo admitan o no, la inmoralidad es la verdadera razón por la que niegan la Segunda Venida. La palabra traducida **andando** es una forma del verbo *poreuomai*, que literalmente

significa “viajar” o “ir”. Denota una línea de conducta o comportamiento de largo plazo (cp. Lc. 1:6; Hch. 9:31; 14:16). En cuanto a los falsos maestros, sus estilos de vida se enfocan en **sus propias concupiscencias** y en su sensualidad (cp. 2:10, 13-14, 18). Por tanto, niegan el regreso de Cristo porque les desagrada la idea de la retribución divina (cp. Ro. 1:18). Quieren la libertad de ir tras todo tipo de placeres lujuriosos sin ningún temor al castigo futuro. En las propias palabras de Michael Green:

El hedonismo antropocéntrico [búsqueda de placer centrado en el hombre] siempre se burla de la idea de normas definitivas y de una división final entre los salvos y los perdidos. Para los hombres que viven en el mundo de lo relativo, la afirmación de que lo relativo pondrá fin a lo absoluto es poco menos que ridícula. Para los hombres que alimentan una creencia en la autodeterminación y la perfectibilidad humanas, la misma idea de que han de rendir cuentas y de que son dependientes es un trago amargo. ¡Con razón se burlan! (*The Second Epistle of Peter and the Epistle of James* [Grand Rapids: Eerdmans, 1968], p. 127).

Por el contrario, los creyentes aceptan el hecho de que el Señor va a regresar (Hch. 1:10-11), que darán cuenta de sus vidas (Ro. 14:12; 2 Co. 5:10), y que Él les dará recompensas basadas en la fidelidad (1 Co. 3:12-15). Ellos también creen que cuando Cristo venga revelará los aspectos secretos del corazón (1 Co. 4:5). Quienes confían de verdad en el regreso del Señor tienen un incentivo para llevar una vida santa (Fil. 3:20-21; 4:1; 1 Jn. 3:2-3) porque se dan cuenta de “que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí” (Ro. 14:12).

UNIFORMISMO

y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. (3:4)

La burlona pregunta **¿dónde está la promesa de su advenimiento?** inserta un rechazo a la venida del Señor basado en una opinión revisionista de la historia. A fin de apoyar este punto equivocado de vista, los falsos maestros afirmaban que **desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación**. Aunque la frase **los padres** puede referirse a los padres de la fe cristiana o a la primera generación de creyentes que habían muerto, ninguno de tales significados es probable. Más bien, de acuerdo con otras referencias del Nuevo Testamento (p. ej., Ro. 9:5; He. 1:1), quizás se trata de una referencia a los patriarcas del Antiguo Testamento (cp. Gn. 25:8-10; 35:28-29; 49:33). **Durmieron** es un eufemismo del Nuevo Testamento para la muerte (Jn. 11:11, 13; 1 Co. 11:30; 15:51).

El argumento de los herejes era simple. Si **todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación** (que significa que el universo es un sistema de causa y efecto divinamente creado pero cerrado y naturalista), entonces la intervención divina (que incluye el regreso de Cristo) debe descartarse *a priori*. En tiempos modernos, a ese punto de vista se le conoce como uniformismo. Al sostener que el presente es la clave del pasado, el uniformismo afirma que los únicos procesos naturalistas que alguna vez han funcionado en el pasado son los mismos procedimientos que funcionan hoy día. Esto niega categóricamente la intervención divina a lo largo de la historia mundial, oponiéndose en particular a la creación en seis días y al diluvio universal.

El surgimiento del uniformismo moderno ocurrió en gran manera debido a los esfuerzos del abogado y geólogo británico del siglo XIX Charles Lyell. Su libro *Principios de geología* tuvo una profunda influencia en la comunidad científica de su época. Es más, el uniformismo de Lyell fue una columna principal sobre la cual Charles Darwin estableció su teoría de la evolución. (Darwin llevó

con él una copia de *Principios de geología* durante su famoso viaje a bordo del *Beagle* a las Galápagos y otras islas de la costa del Pacífico en América del Sur entre 1831-32). Como resultado de la hipótesis de Lyell el catastrofismo, que previamente había sido la filosofía dominante entre los geólogos, fue en gran parte abandonado durante más de un siglo.

Sin embargo, en las últimas décadas ha habido un resurgimiento del interés en el catastrofismo entre los geólogos seculares. Se hizo manifiesto que existe demasiada evidencia de catastrofismo en las características geológicas de la tierra para apoyar el punto de vista sosegado y uniformista de Lyell. Pero en lugar de aceptar el relato bíblico de una creación catastrófica de seis días y de otra catástrofe universal (es decir, el diluvio de la época de Noé), los “nuevos catastrofistas” optaron por innumerables catástrofes más pequeñas.

Sin lugar a dudas, hay un elemento de uniformidad general en el universo; se trata de una manifestación del cuidado providencia de Dios por su creación. Después de todo, se produciría caos si las leyes naturales y los procesos universales no funcionan normalmente en una manera constante. Un punto de vista bíblico del universo ve entonces a la creación como un sistema *abierto*, en que Dios ha ordenado un funcionamiento uniforme de las causas naturales, pero también un universo en que Él ha intervenido y aún interviene. Los que van más allá de esto, abogando por un uniformismo tan rígido como para impedir la participación de Dios en la historia, se han engañado insensatamente. Al igual que los falsos maestros de los días de Pedro, los de hoy día niegan las promesas de las Escrituras (incluso el regreso de Cristo) basándose en su convenientemente inventada perspectiva global del mundo.

ARGUMENTOS PARA LA SEGUNDA VENIDA

Amados, esta es la segunda carta que os escribo, y en ambas despierto con exhortación vuestro limpio entendimiento, para que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles... Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. (3:1-2, 5-9)

Al refutar las acusaciones blasfemas presentadas por los falsos maestros, Pedro se basó en cuatro fuentes principales: Las Escrituras, la historia, la eternidad y el carácter de Dios.

LAS ESCRITURAS

Amados, esta es la segunda carta que os escribo, y en ambas despierto con exhortación vuestro limpio entendimiento, para que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles; (3:1-2)

Las palabras con que Pedro inicia este segmento, **amados, esta es la segunda carta**, indican que el apóstol también escribió otras cartas a esta misma audiencia. Es más, esta expresión es tal vez una referencia implícita a 1 Pedro, su otra **carta** canónica. El corazón pastoral del apóstol y la verdadera

preocupación hacia sus lectores se expresan en el término **amados** (cp. 3:8), usado muy frecuentemente por los apóstoles Pablo y Juan en sus escritos del Nuevo Testamento.

Pedro escribió sus dos cartas inspiradas en parte para recordar a sus lectores ciertas verdades básicas doctrinales y espirituales (1:12-15; 1 P. 1:13-16, 22-25). El vocablo **despierto** indica su esfuerzo por perturbar cualquier autosatisfacción y clarificar la urgencia espiritual con la cual advirtió a su audiencia acerca de los falsos maestros. El apóstol se opuso de manera activa y agresiva a los herejes, con la esperanza de proteger de los lobos amenazadores a su rebaño. Para hacer eso debió alertar las sensibilidades de sus destinatarios, revelándoles **con exhortación** la verdad al **limpio entendimiento** que tenían. En la salvación, el Espíritu Santo da a cada creyente un **limpio entendimiento**, una mente sincera que está purificada y sin contaminación de las seductoras influencias del mundo y la carne (Ro. 8:9, 11, 13-16; cp. 1 Co. 2:12; 3:16; 6:11; Ef. 1:12-14; 2 Ti. 1:7, 14). Al reiterar las verdades espirituales que sus lectores ya sabían, el apóstol los armó con renovada convicción y refutación en contra de la falsa enseñanza.

El primer recordatorio de Pedro tiene que ver con la verdad de las Escrituras acerca del Antiguo Testamento, **las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas** (cp. 1:20-21). (El uso que Pedro hace del adjetivo **santos** provee un marcado contraste entre la maldad de los falsos profetas y la justicia de los verdaderos [cp. Jud. 14-15]).

En todo el Antiguo Testamento los **profetas** auguraron continuamente el juicio escatológico de Dios. Por ejemplo, Isaías proclama:

Porque he aquí que Jehová vendrá con fuego, y sus carros como torbellino, para descargar su ira con furor, y su reprensión con llama de fuego. Porque Jehová juzgará con fuego y con su espada a todo hombre; y los muertos de Jehová serán multiplicados (Is. 66:15-16; cp. 13:10-13; 24:19-23; 34:1-4; 51:6).

Y el profeta Malaquías repite este tema, anunciando:

Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada. Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho Jehová de los ejércitos (Mal. 4:1-3).

Por tanto, de Isaías a Malaquías, desde el principio de los profetas del Antiguo Testamento hasta el final, el tema de la ira final de Dios (a menudo llamada “el día del Señor”) está claramente anunciado (cp. Ez. 30:3; Jl. 2:31; Mi. 1:3-4; Sof. 1:14-18; 3:8; Mal. 4:5).

El **mandamiento del Señor y Salvador dado por los apóstoles** se refiere al Nuevo Testamento (cp. un uso parecido de *entolē* [mandamiento] en 1 Ti. 6:14) y su tema: Jesucristo. (Pedro los llama **vuestros apóstoles** para denotar la relación que tenían con la iglesia). Veintitrés de los veintisiete libros del Nuevo Testamento se refieren explícitamente al regreso del Señor. De los cuatro que no lo hacen (Gálatas, Filemón, 2 Juan y 3 Juan) Gálatas 5:5 sí le hace referencia: “Pues nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia”. Y 2 Juan 8 habla de la recompensa futura del creyente, una doctrina que halla su cumplimiento definitivo después de la Segunda Venida. En realidad entonces solamente Filemón y 3 Juan guardan completo silencio sobre el tema. En los doscientos sesenta capítulos del Nuevo Testamento hay cerca de trescientos casos en que los apóstoles de Cristo hacen referencia a la segunda venida del Señor.

Al proclamar su gran esperanza, los apóstoles simplemente estaban reflejando la promesa de su Salvador: “Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras” (Mt. 16:27; cp. 25:31; 26:64; Mr. 13:3-27; Lc. 12:40). El apóstol Pablo, por ejemplo, confirmó varias veces su creencia en el glorioso regreso de Cristo (1 Co. 4:5; 15:23-28; 1 Ts. 3:13; 2 Ts. 1:7-8, 10; 2 Ti. 4:1, 8; Tit. 2:13; cp. He. 9:27-28), un acontecimiento que el apóstol Juan describió de esta manera:

Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES (Ap. 19:11-16; cp. 1:7; 16:15; Is. 24:23).

De Mateo a Apocalipsis se reitera una y otra vez el regreso de Cristo. Pedro entendía el peso de este testimonio apostólico inspirado. Como resultado afirmó la Segunda Venida con inquebrantable confianza.

HISTORIA

todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. (3:4b-7)

A menudo los escritores del Nuevo Testamento recurrieron a la historia del Antiguo Testamento para destacar un punto (p. ej., 1 Co. 10:1-13; He. 11; cp. Ro. 15:4), igual como Jesús hizo en varias ocasiones (Lc. 11:29-32; 17:26-32). De ahí que no sorprenda que Pedro hiciera lo mismo. En este caso recurrió a la historia del Antiguo Testamento para defender más la Segunda Venida.

Como **todas las cosas** de los falsos maestros **permanecen** con su visión uniformista de la historia (véase el estudio anterior del v. 4), ellos **ignoran** los hechos históricos. La palabra traducida **ignoran voluntariamente** (*lanthanō*) en realidad tiene una connotación negativa, y la Nueva Versión Internacional la traduce “intencionalmente olvidan”. Los hechos no simplemente evitan a tales -burladores. Más bien, esos individuos han cerrado a propósito sus ojos a la verdad. De modo deliberado hacen caso omiso a la evidencia histórica, eligiendo no prestar atención a los informes bíblicos de la retribución divina. Puesto que les encanta su pecado, y desean vivir a su antojo (cp. Job 20:12-13; Sal. 36:1-4; 73:5-12; Pr. 13:19; 14:9; 16:30; 26:11; Jn. 3:20; Ro. 1:21-32; Ef. 4:17-19; 2 Ti. 3:2-4), tomaron decisiones conscientes de no pensar en las consecuencias finales (cp. Nm. 15:31; Dt. 7:9-10; Job 36:12, 17; Sal. 34:16; 78:49-50; Mt. 10:28; 13:41-42, 49-50; Ro. 1:18; 1 Co. 6:9-10; Gá. 6:8; 2 Ts. 2:8-10; Ap. 21:8, 27).

Como resultado de su ceguera autoinducida, los falsos maestros descartaron dos acontecimientos monumentales en la historia que les desaprueban sus puntos uniformistas de vista. El primero es la creación cuando el universo junto con **los cielos fueron hechos** al instante **por la palabra de Dios**

(Gn. 1:1). Él no necesitó materiales preexistentes (Gn. 1:1-2:1; cp. Is. 40:28; 45:8, 12, 18; 48:13; Hch. 17:24) ni prolongados períodos. Aunque Dios siempre ha existido (Sal. 90:2; 102:25-27; Ro. 1:20; Ap. 16:5), la creación marcó el inicio del universo en tiempo y espacio. Las Escrituras, sobre todo Génesis 1—2, apoyan una creación relativamente reciente y una tierra joven, creada especialmente de la nada en seis días consecutivos de veinticuatro horas. La frase **en el tiempo antiguo** no sugiere una creación de miles de millones de años de antigüedad. Varios miles de años sin duda habrían bastado para el uso de esa frase de Pedro. Además, una visión de una tierra joven (en la que el universo no tiene más de diez mil años) está claramente apoyada por el contexto más amplio del Génesis (véase, por ejemplo, las genealogías en los capítulos 5, 10-11).

Cuando Dios creó los cielos, **también** fue formada divinamente **la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste**. Dios conformó la tierra entre dos superficies de masa acuosa (Gn. 1:6-9; cp. Pr. 8:27-29). En el segundo día de la creación recogió las aguas superiores en algo así como una bóveda de vapor alrededor de toda la tierra, y las aguas más bajas en reservas subterráneas, ríos, lagos y mares. Entonces al tercer día separó la tierra del agua, permitiendo que apareciera la tierra seca (Gn. 1:10). (Para un trato completo de la creación bíblica y muchos de los principales asuntos implicados, véase John MacArthur, *La batalla por el comienzo* [Grand Rapids: Portavoz, 2003]).

Cuando Adán y Eva vivían en el mundo anterior al diluvio, debajo de la bóveda de vapor que Dios había creado, estaban protegidos de la perjudicial radiación del sol. Por este motivo vivieron mucho más tiempo que los seres humanos de hoy (cp. Gn. 5:5). Sin embargo, a pesar del ambiente ideal que disfrutaban, la situación espiritual del mundo anterior al diluvio empeoró rápidamente. Es más, la maldad de los descendientes de Adán y Eva aumentó tanto que Dios decidió juzgar al mundo y ahogar a todos sus habitantes menos a ocho de ellos (Gn. 6:5-7, 11-13). **Por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua**. La referencia de Pedro a **mundo** no es principalmente a la tierra física, puesto que el planeta en sí no fue destruido, sino más bien al orden mundial pecaminoso (1 Jn. 2:15-17; cp. 1 Co. 1:20-21; 2 Co. 4:4; Gá. 4:3; Col. 2:8, 20; 1 Ti. 6:17; He. 11:7; Ap. 11:15; 18:2-20). El término **anegado** (*katakluzō*, de donde se deriva la palabra *cataclismo* en español) significa “inundar” o “ahogar”, e implica desbordamiento destructivo total.

Contrario a las objeciones de ciertos escépticos, habría habido más que suficiente agua para cubrir toda la tierra. Además del agua que ya había sobre la superficie de la tierra (la cual incluso en el mundo posterior al diluvio de hoy día cubre casi tres cuartas partes del planeta), existían otras dos enormes fuentes de agua: reservas subterráneas (“las fuentes del grande abismo” [Gn. 7:11; cp. 8:2]), y la bóveda creada en el día dos (“las aguas que estaban sobre la expansión” [Gn. 1:7]). Estas dos fuentes juntas proveyeron suficiente agua para abarcar todo el globo con lluvia durante cuarenta días y cuarenta noches (Gn. 7:12). El lenguaje de Génesis 7, donde el diluvio se describe en detalle, puede explicarse únicamente si un diluvio universal está a la vista. (Para comentario adicional sobre el diluvio, véase notas sobre Génesis 7:11—8:4 en John MacArthur, *La Biblia de estudio MacArthur* [Nashville: Grupo Nelson, 2011]).

Los falsos maestros de la época de Pedro se negaban a ver correctamente la historia del mundo. Debido a su hedonismo egocéntrico proporcionan un ejemplo clásico de ignorancia voluntaria. Al igual que los historiadores revisionistas de hoy, los falsos maestros negaban deliberadamente tanto la historia de la creación como el diluvio, los dos acontecimientos catastróficos que refutan con facilidad sus opiniones uniformistas.

En Génesis 9:11, 15, Dios prometió nunca más volver a destruir la tierra por medio de un diluvio universal. Pero eso *no* significa que nunca vuelva a promulgar juicio global. Al contrario, **los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego**.

Mientras que el sistema mundial anterior al diluvio fue ahogado por el agua, el actual sistema mundial será consumido por las llamas (Job 21:30; Sal. 9:7; 96:13; Mt. 13:40-42; 25:32; Ro. 2:5; He. 9:27; 10:27). Ese juicio futuro, como pasó con el diluvio, vendrá **por** el poder y la autoridad de **la misma palabra** de Dios.

La Biblia asocia a menudo **fuego** con el juicio final. El profeta Isaías escribió:

Porque he aquí que Jehová vendrá con fuego, y sus carros como torbellino, para descargar su ira con furor, y su reprensión con llama de fuego. Porque Jehová juzgará con fuego y con su espada a todo hombre; y los muertos de Jehová serán multiplicados (Is. 66:15-16; cp. Dn. 7:9-10; Mi. 1:4; Mal. 4:1).

El Nuevo Testamento también vincula al fuego con juicio. Pablo manifestó a los tesalonicenses:

Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo (2 Ts. 1:6-8; cp. Mt. 3:10-12).

Así como la abundante presencia de agua facilitó el diluvio, lo dominante del fuego hace creíble un infierno futuro. Por ejemplo, las galaxias constan de miles de millones de ardientes estrellas. Incluso el centro de la tierra contiene un enorme volumen de roca fundida que arde a más de 6.800 grados centígrados. Solo una corteza de quince kilómetros de espesor separa a la humanidad del ardiente centro de la tierra. Más significativo aún, debido a su estructura atómica toda la creación es una potencial bomba atómica. El devastador poder de las armas nucleares demuestra la fuerza destructora que Dios ha puesto dentro del átomo. Cuando Él esté listo usará ese tipo de energía nuclear en un holocausto atómico que desintegrará el universo (véase el comentario sobre 3:10 más adelante en este capítulo y sobre 3:12 en el próximo capítulo de esta obra).

Entonces la advertencia de Pedro es clara: **los cielos y la tierra están guardados por Dios para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos**. Así como en el tiempo de Noé, ese día de juicio final será para **los hombres impíos** y no para los creyentes (cp. Mt. 25:41; Lc. 3:17; Jn. 5:29). El Señor sacará del mundo a los que le pertenecen antes de desatar su ira definitiva (cp. Mal. 3:16-18).

ETERNIDAD

Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. (3:8)

Moisés declaró en el Salmo 90:4: “Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigiliass de la noche”. La paráfrasis que Pedro hace del salmo animaba a sus lectores a no pasar por alto **esto**: que el punto de vista de Dios en cuanto al tiempo es muy diferente al de la humanidad (cp. Sal. 102:12, 24-27). La cantidad de tiempo terrestre que transcurre no tiene importancia desde la perspectiva eterna de Dios. Un momento no es diferente de un eón, y los eones pasan como momentos para el Dios eterno.

Lo que puede parecer muchísimo tiempo para los creyentes, **como mil años**, es realmente corto, **como un día**, a los ojos de Dios. En el contexto Pedro sostiene que aunque el regreso de Cristo puede parecer lejano para los seres humanos, es inminente desde la perspectiva de Dios. Las personas finitas no deben limitar a su calendario a un Dios infinito. El Señor Jesucristo regresará en el momento *exacto* determinado por Dios en la eternidad pasada. Quienes insensatamente exigen que

Dios actúe según el marco de tiempo de ellos pasan por alto que Él es “el Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Is. 57:15). De igual modo, aquellos que sostienen que Cristo no regresará porque aún no ha vuelto demuestran el colmo de la insensatez.

Más allá de la sensación general de que **mil años** significan mucho tiempo en comparación con **un día** que significa muy poco, existe también aquí la indicación específica de que mil años en realidad yacen entre la primera fase del día del Señor al final del tiempo de tribulación (Ap. 6:17) y la última fase al final del reino milenial. Al fin de ese trayecto el Señor destruirá el universo y creará nuevos cielos y nueva tierra (Ap. 20:1-21:1).

EL CARÁCTER DE DIOS

El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. (3:9)

El apoyo de Pedro a la Segunda Venida culminó con una apelación al carácter de Dios. La idea central de su argumento es esta: La razón de que el regreso de Cristo no sea inmediato se debe a que Dios es paciente con los pecadores. Toda espera solo es atribuible a la paciencia misericordiosa del Señor. No es que Él sea indiferente, impotente o distraído. Al contrario, es exactamente lo opuesto. Debido a que Dios es compasivo y paciente demora su venida a fin de que los pecadores elegidos puedan llegar al arrepentimiento (1 P. 3:20; cp. Mt. 4:17; 9:13; Mr. 6:12; Lc. 15:10; Ro. 2:4; 2 Ti. 2:25; Ap. 2:5).

A pesar de las burlas de los escarnecedores, **el Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza. Retarda** (*bradunō*) significa “demorado” o “tardío”, y sugiere la idea de “pérdida de tiempo”. Nada de eso se aplica a Dios; su aparente tardanza no es por falta de capacidad, amnesia o apatía. Para el cumplimiento de **su promesa**, Dios está haciendo que todo obre exactamente según su plan y programación perfectos (cp. 2 S. 22:31; Sal. 111:5, 7-8; Is. 25:1; Jer. 33:14; 2 Co. 1:20). Ese mismo principio se aplicó a la primera venida de Cristo: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gá. 4:4).

Paciente se traduce de una forma del verbo *makrothumeō*. Esta es una palabra compuesta que combina “grande” con “mucho enojo”. Pedro la usa para mostrar que Dios tiene una enorme capacidad para almacenar enojo e ira antes de desbordarse en juicio (cp. Éx. 34:6; Jl. 2:13; Mt. 18:23-27; Ro. 2:4; 9:22). Mientras que ese juicio es inevitable y mortal, la misericordiosa paciencia de Dios ofrece de antemano a los elegidos la oportunidad de reconciliación y salvación (véase 3:15). La ira de Dios hacia el pecador individual se apacigua al instante cuando esa persona se arrepiente y cree en el evangelio (cp. Lc. 15:7, 10; Hch. 13:47-48).

Nosotros se refiere tanto a los lectores inmediatos de Pedro como a todos los que alguna vez llegarán a la fe en Jesucristo (cp. Jn. 10:16). Hay quienes sostienen que el pronombre implica la salvación de todas las personas. Sin embargo, el contexto inmediato y los comentarios acerca de “la perdición de los hombres impíos” (v. 7) limita claramente **nosotros** a los creyentes. La carta está dirigida a “a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra... por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas *llegaseis* a ser participantes de la naturaleza divina” (1:1b, 4a; cursivas añadidas). De ahí en adelante, el uso de **nosotros** está dirigido a los creyentes (2:1-3; 3:2). El pronombre de 3:1 está representado por “amados”. Las palabras del versículo 8, “mas, oh amados, no *ignoréis* esto” (cursivas añadidas), vuelven a vincular a **nosotros** con los amados. El **nosotros** para

con quienes el Señor es paciente se refiere, por tanto, a los mismos amados que Él está esperando que se arrepientan.

Dios desea que **ninguno perezca** (“ser totalmente destruido” en el infierno eterno), pero algunos sufren condenación porque están muertos en sus pecados y rechazan el ofrecimiento que Dios hace de salvación en Cristo. Al mismo tiempo, la Biblia clarifica que el Padre no se complace en la muerte de los perdidos: “Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis” (Ez. 18:32; cp. Jer. 13:17; Mt. 23:37). De hecho, Dios en realidad ofrece salvación a todos (cp. Is. 45:21-22; 55:1; Mt. 11:28; Jn. 3:16; Hch. 17:30; 1 Ti. 2:3-4; Ap. 22:17).

La Biblia establece con claridad que Dios aborrece absolutamente el pecado (Dt. 25:16; 1 R. 14:22; Sal. 5:4-6; 45:7; Pr. 6:16-19; 15:9; Hab. 1:13) y de ahí las consecuencias potenciales para cada individuo, que incluyen castigo eterno en el infierno. Sin embargo, a fin de mostrar su propia gloria en medio de la ira, Dios eligió salvar a algunos y no salvar a otros. De este modo lo explicó el apóstol Pablo:

Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra. De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece (Ro. 9:16-18; cp. Jos. 11:20; Jn. 1:13; 6:37, 44; Ro. 11:7).

El contexto indica que **ninguno** y **todos** están limitados a los elegidos, es decir, a **todos** los que el Señor ha elegido y llamará para sí. En otras palabras, Cristo no regresará hasta que cada persona a quien Dios ha elegido sea salva. Al usar el término **nosotros** (una referencia a los lectores creyentes de Pedro), el apóstol limita a **ninguno** y a **todos** a la esfera de los seres humanos elegidos.

Por supuesto, una vez que todos los elegidos están incluidos, la paciencia de Dios se agotará. Después de haber dado al mundo todo el tiempo determinado en su soberanía, Dios derramará su ira sobre la tierra. Aunque su paciencia ahora mismo pone freno a su juicio, el tiempo de gracia que la humanidad disfruta ahora, por prolongado que parezca según normas humanas, no durará para siempre (cp. Gn. 6:3).

LA SEGURIDAD DEL JUICIO DIVINO

Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. (3:10)

Basándose en sus argumentos anteriores, Pedro afirma con confianza que **el día del Señor vendrá**. Sin que importe lo que puedan declarar los falsos maestros, la evidencia contra ellos es abrumadora.

En la Biblia **el día del Señor** significa las intervenciones extraordinarias y milagrosas de Dios en la historia humana con propósitos de juicio, que culminarán en su juicio final de los malvados en la tierra y la destrucción del universo actual. Los profetas del Antiguo Testamento veían el día final del Señor como juicio, oscuridad y condenación sin igual, un día en que el Señor destruiría por completo a sus enemigos, reivindicaría su nombre, revelaría su gloria, y establecería su reino (Is. 2:10-21; 13:6-22; Jl. 1—2; Am. 5; Abd. 15; Sof. 1:7-18; Zac. 14; Mal. 4). Los escritores del Nuevo Testamento también previeron ese día como un acontecimiento impresionante y terrible (2 Ts. 2:2; cp. Mt. 24:29-31). Según el libro del Apocalipsis, este hecho se reflejará en dos etapas: durante la

tribulación (Ap. 6:17) y luego del milenio (Ap. 20:7-10). Después, Dios establecerá cielos nuevos y tierra nueva (Ap. 21:1).

Un examen más a fondo de la frase **el día del Señor** revela diecinueve referencias incuestionables en el Antiguo Testamento y cuatro en el Nuevo Testamento. Los profetas del Antiguo Testamento usaron la expresión para describir tanto acerca de juicios históricos (Is. 13:6-22; Ez. 30:2-19; Jl. 1:15; Am. 5:18-20; Sof. 1:14-18) como de juicios escatológicos lejanos (Jl. 2:30-32; 3:14; Zac. 14:1; Mal. 4:1, 5). Seis veces lo llaman “el día de perdición” y cuatro veces “el día de venganza”. Los escritores del Nuevo Testamento lo llaman un día de “ira”, “visitación” y el “gran día del Dios Todopoderoso” (Ap. 16:14). Estos son juicios terribles de parte de Dios (cp. Jl. 2:30-31; 2 Ts. 1:7-10) provistos a causa de la abrumadora pecaminosidad del mundo.

Pedro describió que el día del Señor llegará **como ladrón en la noche**, lo que significa que será inesperado, sin advertencia, y desastroso para quienes no están preparados. El apóstol Pablo usó la misma comparación cuando escribió a los tesalonicenses: “Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche” (1 Ts. 5:2).

Con la culminación de la fase final del día del Señor, **los cielos pasarán con grande estruendo**, una conmoción universal que el mismo Jesucristo predijo en el Sermón del Monte: “El cielo y la tierra pasarán” (Mt. 24:35). **Cielos** se refiere al universo físico visible del espacio interestelar e intergaláctico. Igual que Cristo, Pedro predijo la desintegración de todo el universo como una desaparición (“pasarán”) instantánea, no por medio de una posibilidad naturalista sino únicamente por la intervención omnipotente de Dios.

El término **estruido** (*rhoizēdon*) es una onomatopeya, una palabra que suena como lo que significa. Se refiere a “un sonido de ráfaga”, o “un sonido fuerte”, y también tiene la connotación de los silbidos crepitantes que emiten los objetos cuando son consumidos por el fuego. En ese día futuro el ruido de los átomos del universo desintegrándose será ensordecedor, diferente a cualquier cosa que los mortales hayan oído alguna vez.

Pedro sigue ampliando su declaración anterior del versículo 7: **los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas**. La palabra **elementos** (*stoicheia*) literalmente significa “los que están en fila”, como letras del alfabeto o números. Cuando se usa en referencia al mundo físico, describe los componentes atómicos básicos que componen el universo.

El calor será tan intenso que **la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas**. El poder de Dios consumirá todo en el reino material, el planeta entero (con sus civilizaciones, ecosistemas y recursos naturales) y el universo celestial circundante. Sin embargo, en medio de esa angustiosa destrucción, el Señor protegerá su rebaño.

En la actualidad los burladores y los falsos maestros podrían mofarse. Pero sus comentarios despectivos y sus ofensas descaradas solo tienen corta vida. Un día Cristo regresará y el juicio de Dios será desplegado, una realidad que está garantizada por su promesa y apoyada por su poder. Después de su regreso todo el universo actual dejará de existir. Será reemplazado por un cielo y una tierra totalmente nuevos donde los justos vivirán para siempre con Dios (Ap. 22:5). Los injustos, por otra parte, enfrentarán las consecuencias eternas de su pecado (Ap. 20:10-15).

En vista de todo esto, los creyentes deben esperar con anhelante expectación. Después de todo, Jesucristo viene otra vez, y su regreso sucederá con puntualidad.

33. Cómo vivir en la anticipación del regreso de Cristo

Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irrepreensibles, en paz. Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición. Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza. Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén. (3:11-18)

Un día, en el futuro relativamente cercano, este universo será totalmente destruido. Bajo el peso de la ira consumidora de Dios, en el castigo final, se derretirá en un holocausto definitivo de inimaginable intensidad.

Para los enemigos de Dios ese juicio futuro será una pesadilla ineludible. Pero para los hijos de Dios significará el cumplimiento de la esperanza de los cristianos, un sueño hecho realidad, en los albores del reinado de Cristo en la tierra, seguido por la creación de nuevos cielos y nueva tierra. Y para Dios mismo, esto marcará su triunfo total sobre todos los que se le oponen, e incluye la destrucción final de la muerte y la total erradicación del pecado (1 Co. 15:24-28).

Este último segmento contiene la exhortación que Pedro hace a sus lectores para que reaccionen correctamente ante el regreso del Señor y el juicio final. Después de todo, la conducta diaria de estos debe ser coherente con la -esperanza que tienen (cp. Ro. 15:13; Col. 1:23; He. 6:11; 1 Jn. 3:3) mientras piensan en la realidad de la recompensa divina y la promesa de la gloria eterna.

La frase **puesto que todas estas cosas han de ser deshechas** se refiere al pasaje anterior (3:7-10), en el que se predice la destrucción de este universo. Hasta el momento en que todo sea reemplazado finalmente por un estado eterno glorioso, Pedro se dirige así al modo en que sus lectores deberían actuar: **cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir**. Esta declaración parece una pregunta en algunas traducciones, pero en realidad es una exclamación de asombro, un recurso retórico que no espera una respuesta. La frase **cómo no debéis vosotros** se traduce del exclusivo término griego *potapous*, que también se podría traducir “cuán asombrosamente excelentes deberían ser”. A la luz del juicio prometido de Dios, Pedro retó a sus lectores a vivir en consonancia con su esperanza cristiana, permitiendo así que sus expectativas del regreso de Cristo influyan en su comportamiento diario.

Como extranjeros y peregrinos, los creyentes no forman parte del sistema del mundo (Fil. 3:20; He. 11:10-11, 16; 1 P. 1:1; 1 Jn. 2:15-17). Por tanto, deben vivir teniendo en cuenta las bendiciones

eternas que recibirán cuando Jesucristo se revele finalmente en toda su gloria (cp. Mt. 5:48; Col. 3:2; 1 P. 1:13-15). El apóstol Pablo, por ejemplo, mostró ese tipo de actitud.

Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables. Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo (2 Co. 5:9-10; cp. 1 Co. 4:5b).

Es evidente que el pensamiento de la recompensa futura y la rendición de cuentas a Dios transformó la perspectiva de Pablo sobre cómo vivía. Saber que un día iba a estar delante de Cristo, su Rey, fue una gran motivación para andar “como es digno” (Ef. 4:1).

A medida que Pedro extraía sus implicaciones prácticas de la verdad escatológica, exhortaba a sus lectores a llevar también vidas dignas, caracterizadas por una **santa** (acciones y comportamientos externos) y **piadosa** (actitudes internas del corazón y reverencia) **manera de vivir**. La complejidad del mandato que el apóstol les entregó, vivir teniendo en cuenta la Segunda Venida, se teje de siete hilos distintos: perspectiva eterna, paz interior, pureza práctica, predicación fiel, percepción doctrinal, progreso espiritual, y alabanza continua.

PERSPECTIVA ETERNA

¡esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. (3:12-13)

Si los creyentes están **esperando y apresurándose para la venida del día de Dios**, tal vehemente expectativa no permite que se preocupen o teman ese día. Más bien, como Pablo escribió a Tito, estarán gozosamente “aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tit. 2:13; cp. 2 Ti. 4:8; Ap. 22:20).

Esperando expresa una actitud de esperanza, una perspectiva de la vida que anhela vigilante la llegada del Señor. El uso que Pedro hace de **apresurándose** solo fortalece tal concepto. En lugar de temer la desaparición inminente del mundo, los cristianos la anhelan, sabiendo que tienen mucho que esperar y nada que temer del Padre que los ama (1 Jn. 4:18). Por eso, al igual que Pablo, fácilmente pueden decir *Maran-ata*, “el Señor viene” (1 Co. 16:22; cp. 1 Jn. 2:28; Ap. 22:20).

La venida se traduce del término conocido *parousia*, que literalmente significa “la presencia”. En el Nuevo Testamento no se describe ante todo un lugar o suceso. En vez de eso, se resalta la llegada personal y corporal de Jesucristo.

Algunos comentaristas comparan el **día de Dios** con el “día del Señor”, pero estas no son expresiones sinónimas. El **día de Dios** se refiere al estado eterno en que Dios someterá permanentemente a todos sus enemigos (cp. Sal. 110:1; Hch. 2:33-35; 1 Co. 15:28; Fil. 2:10-11; 3:21; He. 10:13). Sin embargo, el “día del Señor”, según se analizó en el capítulo anterior de esta obra, se refiere a los hechos finales y turbulentos que acompañan al juicio final de los incrédulos. Aunque sin duda los cristianos anhelan el día de Dios, su actitud hacia la agitación que lo precede es más sobria. La experiencia de la visión en que el apóstol Juan comía un pequeño libro y lo encontraba dulce al paladar pero difícil de tragar (Ap. 10:9-10), ejemplifica de modo dramático esos sentimientos dobles. El librito representa el juicio venidero: dulce para los creyentes a causa del **día de Dios**, pero amargo debido al “día del Señor”.

En el cual, refiriéndose al día de Dios, indica que algunos otros acaecimientos seguros se deben realizar primero para que este ocurra. En preparación para ese día, Pedro reiteró que Dios destruirá el universo actual maldito por el pecado: **¡los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán!** (Para un estudio de comentarios parecidos de Pedro en los vv. 7, 10, véase el comentario sobre esos versículos en el capítulo anterior de esta obra.) Hay varios pasajes en el libro del Apocalipsis que, aunque describen los sucesos de la tribulación mil años antes, ofrecen vívidos anticipos del tipo de poder que Dios exhibirá en la destrucción final:

El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde. El segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre. Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida. El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas (Ap. 8:7-11).

El séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está. Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra. Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira. Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande (16:17-21).

Por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga. Y los reyes de la tierra que han fornicado con ella, y con ella han vivido en deleites, llorarán y harán lamentación sobre ella, cuando vean el humo de su incendio, parándose lejos por el temor de su tormento, diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una hora vino tu juicio! (18:8-10).

Después de la destrucción final del universo llegará el día de Dios, y este corrupto sistema mundial será abolido para siempre (Ro. 8:18-23; 1 Jn. 2:16). **Según sus promesas**, ese nuevo día presentará **cielos nuevos y tierra nueva**, lo que significa que Dios creará un universo totalmente distinto (cp. Sal. 102:25-26; Is. 65:17; 66:22).

La palabra traducida **nuevos** (*kainos*) significa “novedoso en calidad”, “diferente” o “distinto a todo lo conocido anteriormente”. Por tanto, los cielos nuevos y la tierra nueva serán más que simplemente nuevos en tiempo o cronología; también serán nuevos en carácter: reinos **en los cuales mora la justicia**. **Mora** (*katoikeō*) quiere decir “establecerse y estar en casa”, o “instaurar residencia permanente y cómoda”. En el nuevo orden de Dios la justicia disfrutará una existencia permanente y perfecta. El apóstol Juan describió además lo maravilloso de ese nuevo universo:

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y

Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron... Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella. No entrará en ella ninguna cosa inmundada, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero (Ap. 21:1-4, 22-27).

Basándose en todo lo que Dios les tiene preparado, los creyentes deberían vivir en expectativa constante: estando pendientes siempre del regreso de Cristo y viendo todo en esta vida a la luz del destino eterno que les espera.

PAZ INTERIOR

Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él... en paz (3:14a)

Como quienes están **en espera de estas cosas** (el día de Dios, los nuevos cielos y la nueva tierra, el estado eterno, y el glorioso reino eterno), los creyentes fieles están motivados a vivir en un modo que refleje su perspectiva eterna. Eso requiere que esperen **con diligencia** (Sal. 34:14; 2 Co. 13:11; 2 Ti. 2:22; Stg. 3:18) para que cuando Cristo regrese sean **hallados por él... en paz**. La frase **ser hallados** es un aleccionador recordatorio de que nadie podrá esconderse de Cristo cuando regrese. A Él no se le pasará nada, sino que “aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones” (1 Co. 4:5; cp. 2 Co. 5:9-10).

Paz (*eirēnē*) podría referirse a una relación de salvación con Dios y a estar en paz con Él (cp. Ro. 5:1; Ef. 2:14). Sin embargo, el apóstol se dirige a sus lectores como **amados**, lo que indica que ya eran cristianos (cp. Ro. 1:7; 12:19; 1 Co. 4:14; 15:58; Ef. 5:1; Col. 3:12; 2 Ts. 2:13; Stg. 2:5; 1 Jn. 3:2; Jud. 1). **Paz** también podría aplicarse a personas no salvas pero que tienen inclinación por la iglesia. Quizás Pedro las estaba exhortando a ser diligentes para ir tras la auténtica paz de la salvación, a fin de que cuando Cristo aparezca las encuentre verdaderamente salvas. Pero eso tal vez constituye solo un entendimiento secundario de la expresión, como lo es la idea de estar en paz con otros creyentes.

En este contexto, **paz** se refiere principalmente a la verdadera paz mental que acompaña una fe confiada en el Señor. Esta es una repetición de la amonestación de Pablo a los filipenses: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil. 4:6-7; cp. Jn. 16:33; Ro. 14:17; 15:13; Col. 3:15; 1 P. 5:14). Pedro está hablando de la clase de paz que destierra tanto las preocupaciones terrenales como los temores cósmicos, una paz que llega al saber con toda seguridad que los pecados están perdonados. Por terribles que se pongan las cosas a medida que la historia humana se dirige hacia la destrucción final, los creyentes que viven en esperanza gozan de continua y asentada paz, la cual el Señor ha planificado para aquellos que lo aman (1 Co. 2:9).

PUREZA PRÁCTICA

sin mancha e irrepreensibles, (3:14b)

En marcado contraste con los falsos maestros, que son “inmundicias y manchas” (2:13), Pedro exhortó a sus lectores a permanecer **sin mancha e irrepreensibles**. **Sin mancha** puede denotar carácter cristiano, el tipo de personas que los creyentes en realidad son; e **irrepreensibles** denota reputación cristiana, la clase de individuos justos y virtuosos que otros perciben que los creyentes son... debido a lo que son.

Obviamente, dentro de la iglesia hay aquellos cuyas vidas no son ni **sin mancha** ni **irrepreensibles**. Tales sujetos, caracterizados por estilos pecaminosos de vida, podrían ser cristianos o no (Mt. 13:20-22; Gá. 5:19-21; Ef. 5:5; 1 Jn. 1:6, 8, 10; 2:9-11; 3:10-12; cp. Jn. 8:34; Ro.6:16).

Hay quienes no son lo uno ni lo otro, y otros que en público parecen **irrepreensibles**, pero cuyas vidas privadas en realidad están lejos de ser **sin mancha**. Al igual que los fariseos de hoy día, estos se esfuerzan por parecer buenos, pero no cultivan de veras un corazón de justicia (cp. Mt. 15:7-8; 23:25, 27). Aunque por fuera conservan una reputación honorable, lo hacen tan solo por ocultar hipócritamente el pecado del que no se han arrepentido.

En contraste, Pedro exhortó a sus lectores a mantenerse **sin mancha e irrepreensibles**. Como verdaderos creyentes les ordena manifestar los más elevados niveles de integridad y santidad personal (Sal. 15:1-5; 24:3-4; 37:18; 119:1; Pr. 11:3, 5; Mi. 6:8; Jn. 14:23; Hch. 24:16; Ef. 1:4; Fil. 2:15; 4:8; 1 Ti. 3:9; 1 Jn. 2:3-6; 3:1-3; Jud. 24; cp. Gn. 6:9; Nm. 14:24; Esd. 7:10; Job 1:1). Cuando el mundo que está observando presencia su buena conducta, la reputación **sin mancha** de tales cristianos sirve como un testimonio esencial para la esperanza transformadora en el evangelio.

Entonces para los creyentes la promesa del regreso de Cristo sirve como un poderoso incentivo para vivir en santidad. Después de todo, la rendición futura de cuentas y la recompensa celestial son motivaciones convincentes que animan a los creyentes a abandonar continuamente el pecado y a practicar con diligencia los medios de gracia (tales como la oración y la alabanza, Fil. 4:6; la asimilación de la Biblia, Stg. 1:21-23; 1 P. 2:2; la adoración, Jn. 4:23-24; la Cena del Señor, 1 Co. 11:23-28, y el compañerismo, He. 10:25).

PREDICACIÓN FIEL

Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; (3:15a)

Sin lugar a dudas, Pedro deseaba que sus oyentes esperaran con anhelo el regreso de Cristo. Al mismo tiempo no quería que permanecieran ociosos ni se desligaran de la sociedad, estando consumidos de tal manera por pensamientos acerca del futuro que se olvidaran de sus apremiantes responsabilidades espirituales en el presente. El juicio de Dios aún no había llegado; su ira aún no se había derramado. Aún había tiempo para predicar las buenas nuevas a los perdidos. Por eso Pablo les recordó que continuaran con el ministerio de la reconciliación (2 Co. 5:18-20), tratando de alcanzar a otros con la verdad vivificante del evangelio.

Según se observó en 3:8-9 (véase el estudio de esos versículos en el capítulo anterior de esta obra), el **Señor** retarda su regreso para salvar al resto de sus elegidos. Por tanto los cristianos deberían considerar la **paciencia** de Dios con alegría, sabiendo que Él está añadiendo todos los días otros a su familia hasta que esté completa.

En la parábola del hijo pródigo (Lc. 15:11-32), Jesús ilustró de modo eficaz la realidad de la paciencia misericordiosa de Dios hacia los pecadores. La historia nos habla de un hijo rebelde que abandonó a su familia para llevar una vida de inmoralidad y disipación. Por mucho tiempo desperdició su oportunidad, desaprovechando el privilegio de servir a su padre. Pero un día entró en razón, se arrepintió de su estilo pecador de vida, y regresó a casa. En lugar de ser rechazado o

desheredado por su padre, o recibido de mala gana, el padre aceptó al hijo con amor y compasión. Ese padre representa a Dios que responde a los pecadores penitentes con misericordia y gracia, derramadas pródiga, jubilosa y generosamente sobre los que se arrepienten y llegan a Él en fe. Y todo el cielo se regocija, como lo describe la fiesta que el padre dio en honor de su hijo.

Cuando los cristianos anticipan el día de Dios, que para ellos significa bendición eterna, también deben recordar el día del Señor, que para los perdidos significará castigo eterno. Con eso en mente, la oportunidad de la actual paciencia de Dios únicamente debería aumentar el celo evangelizador de la Iglesia (cp. Fil. 2:15; Col. 4:6; 2 Ti. 4:5).

PERCEPCIÓN DOCTRINAL

como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición. Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza. (3:15b-17)

Con la frase **como también**, Pedro se estaba refiriendo a advertencias similares que el apóstol Pablo había hecho con relación a la falsa enseñanza.

Pedro habló con cariño de su compañero apóstol como **nuestro amado hermano Pablo**, acentuando su vida y su misión común. Como los dos líderes principales de la iglesia primitiva, sin duda Pedro y Pablo estaban muy conscientes cada uno del ministerio del otro. Es más, ambos habían estado presentes en el fundamental concilio de Jerusalén (Hch. 15:6-21), y habían ministrado con Silas (cp. Hch. 15:40 con 1 P. 5:12). Más de veinte años antes, Pedro había sido confrontado por Pablo cuando erróneamente se negó a comer con cristianos gentiles (Gá. 2:11-21; cp. vv. 8-9; 1 Co. 1:12; 3:22). Como portavoz principal de la iglesia primitiva, Pedro quedó sin duda avergonzado por la amonestación pública de Pablo; no obstante, aceptó con buena actitud el reproche y respondió con arrepentimiento. Su respeto por Pablo no había disminuido.

Aquí Pedro busca apoyo en las cartas inspiradas de Pablo, recordándoles a sus lectores que rechacen a los falsos maestros y recuerden lo que Pablo **ha escrito, según la sabiduría que le ha sido dada**. Curiosamente, Pedro no especifica una o varias cartas paulinas. En lugar de eso ofrece un apoyo general a estos escritos inspirados, demostrando el origen divino de la revelación entregada a Pablo.

Se puede asumir que Pedro envió esta carta a las mismas regiones de Asia Menor que su primera epístola (cp. 1 P. 1:1; 2 P. 3:1). De ser así, sus lectores tal vez conocían muy bien varias de las epístolas de Pablo, ya que escribió varias de ellas a esa misma región (p. ej., Gálatas, Efesios, Colosenses). Por eso la referencia de Pedro a **casi todas las epístolas** de Pablo sugiere que los lectores de Pedro conocían mucha de la correspondencia de Pablo. Debido a que Pablo estaba **hablando en** sus cartas acerca **de estas** mismas **cosas** (es decir, acontecimientos escatológicos), tiene sentido que Pedro citara aquí las obras de Pablo.

Sin embargo, en los escritos de Pablo acerca del día del Señor, el regreso de Cristo, y las glorias de la eternidad, Pedro reconoció que **algunas** de esas cosas son **difíciles de entender**, como por ejemplo el arrebatamiento de la Iglesia (1 Ts. 4:15-17), la aparición del hombre de pecado (2 Ts. 2:1-4), el regreso de Cristo en juicio (1 Ts. 5:1-11; 2 Ts. 1:3-10), y las glorias del cielo (2 Co. 5:1; 12:2-4). La palabra traducida **difíciles de entender** (*dusnoētos*) conlleva la connotación adicional de “complicado de interpretar”. Al usar dicho término Pedro no estaba sugiriendo que las enseñanzas de

Pablo fueran imposibles de entender; solo está reconociendo que son más complejas que otras, especialmente la revelación profética (cp. 1 P. 1:1-12).

Tales complejidades abrieron la puerta para que **los indoctos e inconstantes**, es decir, los falsos maestros, distorsionaran lo que Pablo enseñaba acerca del futuro. **Indoctos** denota falta de información, e **inconstantes** un carácter espiritual vacilante. **Tuercen** se refiere a retorcer el cuerpo de alguien en un potro de tortura. El término describe vívidamente cómo los falsos maestros manipulaban ciertos asuntos proféticos, distorsionándolos para confundir y engañar a los faltos de juicio. Tal desviación a menudo continúa en la actualidad respecto a la revelación profética.

Como es lógico, los falsos maestros no se detuvieron con la profecía, sino que **también** distorsionaron **las otras Escrituras**, incluso la enseñanza bíblica sobre la ley de Dios, la justificación por fe y la santificación. El hecho de que Pedro pusiera los escritos de Pablo a la par con **las otras Escrituras** afirma claramente que Pablo escribió verdad inspirada divinamente (cp. 1:20-21; 1 Ts. 2:13; 2 Ti. 3:16-17). Los escritores del Nuevo Testamento estaban conscientes de que redactaban la Palabra de Dios, como sin duda lo estuvieron los profetas del Antiguo Testamento. La expresión traducida **Escrituras** es *graphas*, del verbo *graphō* (“escribir”) que aparece ciento ochenta veces en el Nuevo Testamento, de las cuales la mitad se refieren a la Biblia como la “palabra escrita”. El sustantivo *graphē* se usa cerca de cincuenta veces, exclusivamente respecto a la Biblia e inclusive al Antiguo Testamento (p. ej., Mr. 12:10) y al Nuevo Testamento, según lo clarifica esta referencia (cp. 1 Co. 15:3).

Al distorsionar **las Escrituras**, los falsos maestros estaban al mismo tiempo asegurando **su propia perdición** (cp. 2:1, 3-12; 3:7; Jud. 10, 13; Ap. 22:18-19), así como la muerte espiritual de sus seguidores. Por eso Pedro advierte a sus **amados lectores de antemano**, para que ellos puedan guardarse contra **el error de los inicuos** (Fil. 3:2; 1 Ti. 4:1-7; 6:20-21; 2 Ti. 2:15-19; Tit. 1:10-16; 3:10). **Inicuos** (*athesmōn*) tiene el significado literal de “sin ley o costumbre”, y llegó a significar “moralmente corruptos”, el rasgo esencial de carácter de los engañadores espirituales.

De acuerdo con la advertencia de Pedro, los creyentes **no** deben ser **arrastrados por** las mentiras antibíblicas de los falsos maestros (cp. 1 Ti. 1:18-19). Al contrario, deben estar alerta y discernir, **no sea que** caigan de su **firmeza**. **Firmeza** (*stērigmos*) indica seguridad, o pie firme; es todo lo contrario a ser inestable. La preocupación de Pedro no era que sus lectores perdieran la salvación, sino que pudieran deslizarse de la estabilidad doctrinal y perder su confianza en la verdad (cp. 1 Co. 16:13; Ef. 4:14; 1 Ts. 5:21). Por esto el apóstol los instó a ser espiritualmente perceptivos, o tener discernimiento, para que su recompensa eterna no disminuyera (2 Jn. 8).

PROGRESO ESPIRITUAL

Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. (3:18a)

En lugar de caer presa de las maquinaciones de los falsos maestros, Pedro animó a sus lectores a buscar la semejanza de Cristo y el crecimiento espiritual, una meta que todo creyente debería tener. El apóstol Pablo dio instrucción similar a los efesios.

Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan

mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor (Ef. 4:14-16).

Creced (*auxanō*) significa “progreso o aumento en la esfera de”. Debemos crecer en **la gracia** por medio del **conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo**. Debido a su **gracia**, Dios perdona los pecados de sus hijos (Ro. 3:25; Ef. 1:7; 2:5, 8; cp. Hch. 15:11). Ellos a su vez se alimentan de la Biblia (Hch. 17:11; 2 Ti. 2:15) y se comunican con Cristo (Jn. 15:1-11), lo que en consecuencia aumenta el **conocimiento** que tienen de Él (Ef. 4:13; Col. 1:9-10; 3:10). En su carta anterior, Pedro había comentado acerca de este mismo proceso, exhortando a sus lectores: “Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 P. 2:2). A medida que aumentan en conocimiento y madurez, los cristianos están mejor preparados para defenderse de doctrinas destructivas y engaños espirituales.

Es fundamental señalar que Pedro llamó a Jesús **Señor y Salvador**. Buscar un entendimiento más profundo de la plenitud de la persona de Cristo, tanto en su obra de salvación como en su señorío (Ro. 5:1-5; Ef. 4:15-16; Fil. 2:12-14; 3:10, 12-14), proporciona a los creyentes la estabilidad doctrinal que necesitan para evitar que los engañen.

ALABANZA CONTINUA

A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén. (3:18b)

Pedro terminó la carta con una doxología, llamando a los creyentes a alabar y adorar a Dios (cp. Sal. 95:1-6; 105:1-5; 113:1-6; 148; 150; Ro. 11:36; 1 Co. 10:31; 2 Co. 1:20; Ef. 1:12; 3:20-21; 1 Ti. 1:17; Jud. 25). Debían darle **a Él** toda la **gloria** tanto **ahora**, en el presente, como **hasta el día de la eternidad**.

Es claro que el pronombre **Él** se refiere de nuevo a Cristo y es una afirmación segura de su deidad e igualdad con Dios. Después de todo, el Antiguo Testamento declara que la **gloria** divina pertenece únicamente a Dios: “Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas” (Is. 42:8; cp. 48:11; Dt. 5:24; 28:58; Neh. 9:5; Sal. 93:1-2; 104:31; 138:5; Ez. 11:23). Sin embargo, varios lugares en los evangelios atribuyen esa misma gloria a Jesucristo: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14; cp. Mt. 16:27; 25:31; Jn. 17:24). La única conclusión posible entonces es que Cristo es digno de la gloria del Padre *porque* Él mismo es Dios (cp. Jn. 5:23; Ap. 1:5-6). Pedro comenzó esta epístola con una afirmación de la deidad de Cristo en 1:1, y ahora termina con la misma aseveración.

Después de consolar a sus lectores con la seguridad del regreso de Cristo (en 3:1-10), Pedro concluyó con una exhortación para vivir a la luz de esa realidad (en vv. 11-18). En consecuencia, repitió uno de los temas más destacados del Nuevo Testamento. En palabras del apóstol Pablo:

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria (Col. 3:1-4).

Bibliografía

- Arndt, W. F., F.W. Gingrich y F.W. Danker. *A Greek-English Lexicon of the New -Testament and Other Early Christian Literature*. Chicago: Univ. of Chicago, 1957.
- Barclay, William. *Comentario al Nuevo Testamento*. Barcelona: Editorial Clie, 1999.
- Bigg, Charles. *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistles of St. Peter and St. Jude*. The International Critical Commentary. Reimpresión. Edinburgh: T. & T. Clark, 1975.
- Bruce, F. F. *El canon de la Escritura*. Barcelona: Editorial Clie, 2002.
- Carson, D. A., Douglas J. Moo y Leon Morris. *Una introducción al Nuevo -Testamento*. Barcelona: Editorial Clie, 2008.
- Green, E. M. B. (Michael). "Peter, Second Epistle of". En J. D. Douglas, ed. *The New Bible Dictionary*. Grand Rapids: Eerdmans, 1979.
- _____. *The Second Epistle of Peter and the Epistle of Jude*. The Tyndale New -Testament Commentaries. Grand Rapids: Eerdmans, 2002.
- _____. *2 Peter Reconsidered*. Londres: Tyndale, 1961.
- Guthrie, Donald. *New Testament Introduction*. Edición revisada. Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1990.
- Harrison, Everett F. *Introducción al Nuevo Testamento*. Grand Rapids: Libros -Desafío, 1980.
- Hiebert, D. Edmond. *An Introduction to the Non-Pauline Epistles*. Chicago: Moody, 1962.
- _____. *First Peter: An Exegetical Commentary*. Chicago: Moody, 1984.
- _____. *Second of Peter and Jude: An Expository Commentary*. Greenville, S. C.: Unusual Publications, 1989.
- Kelly, J. N. D. *A Commentary on the Epistles of Peter and Jude*. Peabody, Mass.: -Hendrickson, 1988.
- Kistemaker, Simon. *Comentario al Nuevo Testamento: 1 y 2 Pedro, Judas*. Grand Rapids: Libros Desafío, 1994.
- Kruger, Michael J. "The Authenticity of 2 Peter", *Journal of the Evangelical Theological Society* 42/4 (1999): pp. 645-71.
- Lenski, R. C. H. *The Interpretation of the Epistles of St. Peter, St. John, and St. Jude*. Reimpresión. Minneapolis: Augsburg, 1966.
- MacArthur, John. *Doce hombres comunes y corrientes*. Nashville: Caribe, 2004.
- Picirilli, Robert E. "Allusions to 2 Peter in the Apostolic Fathers", *Journal for the Study of the New Testament* 33 (1988): pp. 57-88.
- Rees, Paul S. *Triumphant in Trouble. Studies in 1 Peter*. Westwood, N.J.: Revell, 1962.
- Schreiner, Thomas R. *1, 2 Peter, Jude*. The New American Commentary. -Nashville: Broadman & Holman, 2003.

- Selwyn, E. G. *The First Epistle of St. Peter*. London: Macmillan, 1961.
- Stibbs, Alan M. *The First Epistle of Peter*. The Tyndale New Testament -Commentaries. Grand Rapids: Eerdmans, 1971.
- Vine, W. E. *Diccionario expositivo de palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento exhaustivo*. Nashville: Grupo Nelson, 1999.
- Wallace, Daniel B. "Second Peter: Introduction, Argument and Outline". -Biblical Studies Press, www.bible.org, 2000.
- Warfield, Benjamin B. "The Canonicity of Second Peter". En John E. Meeter, ed. *Selected Shorter Writings of Benjamin B. Warfield*. Volumen 2. Phillipsburg, N. J.: Presbyterian and Reformed, 1973.
- White, William Jr. "Peter, Second Epistle of". En Merrill C. Tenney, ed. *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible*. Volumen 4. Grand Rapids: -Zondervan, 1977.

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 1-5*

© 2009 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 6-10*

© 2011 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 11-17*

© 2013 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Luke 18-24*

© 2014 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Lucas*

© 2016 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Ricardo Acosta

Realización ePub: produccioneditorial.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “PDT” ha sido tomado de la versión Palabra de Dios para Todos © 2005, 2008, 2012 Centro Mundial de Traducción de La Biblia © 2005, 2008, 2012 World Bible Translation Center.

Realización ePub: produccioneditorial.com

EDITORIAL PORTAVOZ

2450 Oak Industrial Drive NE

Grand Rapids, MI 49505 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1570-8 (rústica)

ISBN 978-0-8254-6423-2 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-8550-3 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 25 24 23 22 21 20 19 18 17 16

Tomos del *Comentario al Nuevo Testamento* de John -MacArthur

Mateo

Marcos

Lucas

Juan

Hechos

Romanos

1 y 2 Corintios

Gálatas, Efesios

Filipenses, Colosenses y Filemón

1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito

Hebreos y Santiago

1 Pedro a Judas

Apocalipsis



NUESTRA VISIÓN

Maximizar el efecto de recursos cristianos de calidad que transforman vidas.

NUESTRA MISIÓN

Desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

NUESTROS VALORES

Nuestros valores se encuentran fundamentados en la Biblia, fuente de toda verdad para hoy y para siempre. Nosotros ponemos en práctica estas verdades bíblicas como fundamento para las decisiones, normas y productos de nuestra compañía.

Valoramos la excelencia y la calidad
Valoramos la integridad y la confianza
Valoramos el mérito y la dignidad de los individuos y las relaciones
Valoramos el servicio
Valoramos la administración de los recursos

Para más información acerca de nuestra editorial y los productos que publicamos visite nuestra página en la red:
www.portavoz.com

COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

1 Y 2 PEDRO

JOHN MACARTHUR

“Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual”.

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*